

4325





HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1868.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ.

Este obra es propiedad de sus autores, quienes han autorizado a los editores para que la reimpriman, tanto en España como en las demás partes del mundo, con el fin de facilitar a los lectores el acceso a esta obra, y para que los libros que se han publicado por los editores, no sean considerados como falsos.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

SEGUNDA EDICIÓN.



TOMO I

MADRID

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 8

1868

ESPAÑA.

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, segun está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

SEGUNDA EDICION.



TOMO I.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 5.

1860.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1808.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA.

por

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ.

Este libro es propiedad de la Biblioteca Nacional de España y no puede ser reproducido ni distribuido sin el consentimiento expreso de la Biblioteca Nacional de España.

SEGUNDA EDICIÓN.



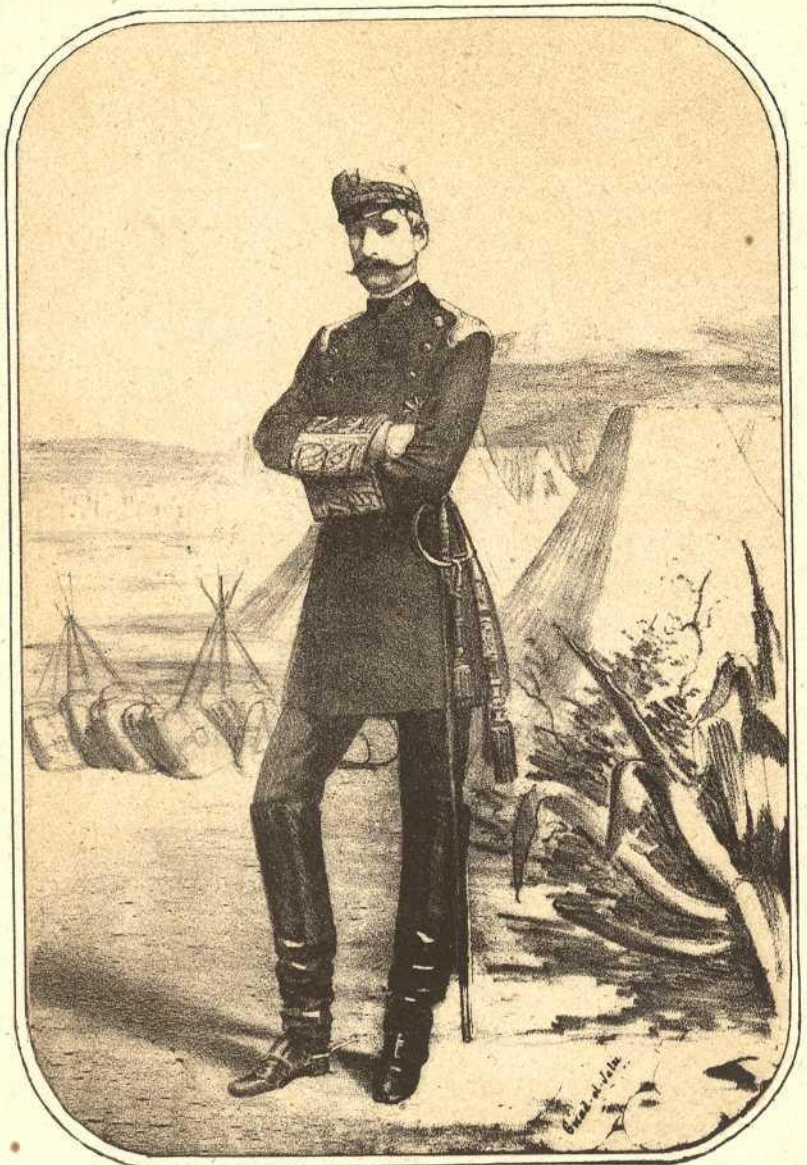
TOMO I

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, n.º 2.

1860.





Lit. Huertas 16 y 16.

Art. Coronado



AL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROS DE OLANO,

Marqués de Guad-el-Jelú, Conde de la Almina, Vizconde de Ros, Grande de España de primera clase, Senador del Reino, Teniente general de los ejércitos nacionales, Director general de Infantería, Caballero gran cruz de la Real y distinguida orden de Carlos III, de la militar de San Fernando, de la militar de San Hermenegildo, de la de Isabel la Católica, Sócio de mérito y de número de varias Sociedades científicas, literarias y artísticas, etc., etc., etc.

EXCMO. SEÑOR:

A V. E. que ha sabido conquistar los laureles de Minerva y de Marte, rara vez reunidos en una misma frente, nos atrevemos á dedicar una obra en la que están recopiladas todas las glorias literarias y guerreras de la madre patria: esta obra se titula la HISTORIA DE ESPAÑA.

Hubiéramos podido presentar esta respetuosa instancia antes de dar principio á la publicacion, si por ese medio hubiéramos buscado auxilios materiales; mas como no era así, resolvimos esperar hasta tener seguridad de dar cima á nuestra grande empresa con los propios recursos, y ya la tenemos. V. E., que tan bien sabe cuánto cuesta al ingenio esta clase de trabajos, apreciará el que tenemos la honra de ofrecerle, si no por su buen desempeño, por las inmensas dificultades que su realizacion presenta.

Los augustos nombres de SS. MM. y AA. son los primeros que figuran en las listas de suscripcion; y la opinion general ha acogido nuestra nueva edicion de una manera tal, que ha excedido á nuestras más lisonjeras esperanzas.

Falta solo ahora, para colmar nuestros deseos, que V. E. se digne admitir esta respetuosa dedicatoria, á fin de que, al hacerse la segunda edicion, el por más de un título ilustre y preclaro nombre de V. E., esclarezca la oscuridad del de los autores; y si V. E. lo estima conveniente, le rogamos se sirva recomendar la adquisicion de esta utilisima obra á los individuos que componen la bizarra y brillante arma que V. E. tan dignamente manda y dirige.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 5 de Julio de 1860. — Excmo. Señor. — Dionisio S. de Aldama. — Manuel García Gonzalez.

**Sres. D. Dionisio S. de Aldama y D. Manuel
García Gonzalez**

Muy señores míos y de mi mayor consideracion: Es en mi poder la atenta carta que Vds. me han dirigido, y al contestarla cumplo con un sentimiento de gratitud dando á Vds. gracias, así por el juicio con que me honran más allá de mis merecimientos, cuanto por la generosa oferta de dedicarme un libro importante, al que no puede mi nombre añadir nada, ni mi proteccion serle útil; el uno es muy modesto, y la otra alcanza poco: por eso la oferta de Vds. es en extremo generosa, y yo que la acepto la pago con mi gratitud.

La historia de la nacion es el libro del ciudadano, y dichosos Vds. si aciertan á darle la forma y el precio convenientes para que, llenando su fin, sea el libro del pueblo; esto es, el libro del hombre, de la mujer y del niño, en cualquier estado y condicion que vivan.

Yo lo espero así, y en tal concepto lo recomendaré al arma cuya direccion me tiene S. M. encomendada; pero si la suscripcion no correspondiese al número de la infantería, no lo atribuyan Vds. á indiferencia por el saber, sino al alcance en que la campaña ha puesto los fondos de la mayor parte de los regimientos y batallones.

Cuenten Vds. en el número de sus amigos á su reconocido y seguro servidor Q. B. S. M.—Antonio Ros de Olano.—Madrid 6 de Julio de 1860.





Lit. Huertas 16 y.18.

D^a Isabel II Reina de las Españas.

LOS AUTORES AL LECTOR.

Al anunciar al público la idea que habíamos concebido de publicar una HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, estábamos muy lejos de esperar la favorable y especial acogida que había de obtener nuestro pensamiento, superior en mucho á las esperanzas que alimentábamos. Cierto que no se nos ocultaba la necesidad imperiosa en que se hallan muchas clases de la sociedad de conseguir por poco precio una verdadera historia de la madre patria, que por lo costoso de su adquisición les ha sido hasta aquí poco menos que imposible el obtenerla; empero nunca hubiésemos creído, volvemos á repetir, que esta acogida había de superar á nuestros más lisonjeros cálculos. Tan generosa conducta por parte del público, nos impone el doble deber, de gratitud y de conciencia, de corresponder á su confianza dignamente, no sin exponer antes, y en muy breves palabras, la línea de conducta que nos proponemos seguir en todo el curso de la obra.

Es esta de tal magnitud, y tan inmensa la responsabilidad que contraemos al acometerla, que no vacilamos en

confesar nuestra natural desconfianza, si bien nos sobra la necesaria fé, al mismo tiempo que tenemos la íntima convicción de que, Dios mediante, daremos cima á tan importante trabajo. Á falta de una sólida instruccion, que estamos muy lejos de poseer, y de un caudal de erudicion vasta y extensa, hallarán nuestros lectores una narracion verídica, pero sencilla é imparcial de los hechos que vayamos refiriendo, sin que el apasionado espíritu de partido guie nuestra pluma, ni desfigure por ende los hechos, no solo de la historia contemporánea, sino de las épocas más remotas. Nuestra HISTORIA, pues, no será una historia democrática, ni progresista, ni absolutista; será, sí, una historia imparcial, una referencia de hechos exactos, sin largas digresiones en el terreno filosófico, y con apreciaciones y comentarios sumamente breves, y esto cuando sea absolutamente indispensable.

Conocido es el afán de saber que en el día se ha desarrollado en todas las clases de la sociedad, aun en las menos acomodadas; prueba de ello, los millares de suscritores que cuentan muchas de esas publicaciones recreativas, que no tienen otro objeto que el de distraer el ánimo del lector. Ahora bien, ¿cuánto más útil, instructiva y provechosa es la historia de la madre patria, sobre todo cuando se compone de páginas tan brillantes y gloriosas como la nuestra? Por eso, toda persona medianamente instruida, lo primero que se apresura á saber es la historia de su país; y como hasta aquí ha sido tan costosa la adquisicion de una HISTORIA DE ESPAÑA COMPLETA, porque los compendios no deben tomarse en cuenta á causa de su extremado laconismo, insistimos en que la que hoy nos atrevemos á ofrecer al público es sumamente útil bajo todos conceptos.

En cuanto al plan que en su redaccion nos proponemos seguir, nuestros lectores podrán en parte haberlo ya apreciado desde las primeras entregas; el estilo será sencillo en extremo, así por nuestras especiales circunstancias literarias, á que antes hemos aludido, como tambien porque nuestro objeto es el de ponerla al alcance de todas las capacidades; teniendo la satisfaccion de que así haya parecido á muchas personas tan competentes como ilustradas, que nos han favorecido con su aprobacion.

Réstanos solo advertir, por via de contestacion á algunas objeciones que se nos han hecho respecto á la imposibilidad de encerrar en solos cinco tomos una historia de tales dimensiones, que hasta llegar á los tiempos de la restauracion, ó sea la época de D. Pelayo, iremos descartando toda clase de comentarios, sobre todo en cuanto se refiere á los tiempos primitivos, de cuyos fabulosos personajes nos ocuparemos con todo el laconismo posible; y desde los Reyes Católicos procederemos con más detenimiento, y así sucesivamente, á medida que se vaya avanzando en la narracion de la historia. Esta la dividiremos por épocas hasta la terminacion de la España goda; y desde este último período lo haremos por siglos, subdivididos por reinados, á fin de facilitar al lector la manera de acudir á un período determinado de la historia, evitándole de este modo la confusion y trabajo que de otra suerte resulta.

Tal es nuestro pensamiento: al público, juez severo é imparcial, toca fallar sobre la bondad ó pequeñez de nuestra obra, que desde luego entregamos á su justa y desapasionada censura.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

EPOCA PRIMERA.

TIEMPOS PRIMITIVOS.

Antes de comenzar la narracion de los sucesos que forman la gloriosa historia española, creemos conveniente dar una ligera idea de los nombres que sucesivamente ha tenido España, así como de la etimología de cada uno de aquellos.

No hay seguramente detalle ninguno que no interese, cuando se trata de la historia de nuestra madre comun; de esa historia, cuya relacion hace que lata de placer y de orgullo el corazon del lector español; que admira al extranjero, y que al cronista, por poco hábil que sea, le ofrece un encanto indefinible, un placer sin segundo, que le hace llevadera su ímproba y espinosa tarea: el placer que extasia el corazon del buen hijo cuando canta las glorias de su adorada madre.

Diversos nombres tuvo en un principio nuestra nacion, de los cuales *Hispalia* fué el primero, tomado de Hispalis, uno de sus dominadores primitivos. Llamóse tambien *Iberia*, del rio Ebro, *Iberus* en latin; *Hesperia*, de la estrella *Hesperus*, llamada por algunos vespertina, porque al ocultarse el sol aparece en el cielo sobre las tierras occidentales; y finalmente, se denominó *Hispania*, del rey Hispano, segun algunos; y segun otros, de *Spania*, palabra fenicia, cuya significacion es *septentrional*. Este último nombre ha prevalecido, llegando hasta nuestros días á través de

tantos siglos, sin otra alteracion que la de haberse mudado, por efecto de las variaciones del idioma, *Spania* en *España*.

Esta ocupa en Europa la mayor parte de la península ibérica. Está comprendida entre los $36^{\circ} 0' 30''$ y $43^{\circ} 46' 40''$ de latitud N.; y en cuanto á longitud, se halla entre el meridiano $5^{\circ} 34' 4''$ al E. del que pasa por el Observatorio de Madrid, y el que está á $7^{\circ} 2' 46''$ del expresado punto en direccion O.

Las extremidades de España son las siguientes: al N., el cabo Ortegal; al E., el cabo Creus; al S. Tarifa, y al O. el cabo Finisterre.

La separan de Francia los Pirineos y el golfo de Vizcaya, parte del Atlántico conocida con esta denominacion, estableciendo sus límites septentrionales; y está rodeada por el Mediterráneo, en la parte de E. y S.; por el O. la baña el Océano Atlántico, y confina con Portugal.

Es su extension de 156 leguas de S. á N., desde Tarifa al cabo de Peñas; de 198 y media de E. á O., desde el cabo de Creus (Cataluña) hasta el de Finisterre (Galicia), calculándose su superficie en más de 15,000 leguas cuadradas de 20 al grado.

Respecto de costas, tiene 465 y media leguas; en el Mediterráneo, 256 y dos tercios, desde Huelva á Cataluña; y en el Océano, 199 desde esta misma provincia á Guipúzcoa. Cuenta por la parte fronteriza á Portugal 113 leguas, y por la de Francia 92 y media; siendo sus límites continentales de 223 y media, y en total 709, contándose dos tercios de España bañados por el mar.

Algunos de los hechos que vamos á referir están refutados por respetables autores, tanto antiguos como contemporáneos. No obstante, haremos de ellos una ligera reseña sin poder determinar los que son apócrifos, advirtiendo empero, á su tiempo, desde cuál época puede darse crédito á los que sucesivamente referiremos; porque deseosos de cumplir nuestro propósito hasta donde posible nos sea, no nos hemos limitado á reconocer uno ó dos volúmenes, sino que hemos examinado antiguos cronicones y muy apreciables y raros manuscritos.

Se cree que despues del diluvio universal y durante dos siglos no completos estuvo España deshabitada y en una absoluta soledad, hasta que 2170 años antes de Jesucristo, apareció en ella Tubal, hijo quinto de Japhet. Mariana afirma la venida de aquel, pero otros autores fidedignos la niegan; y si bien es cierto que despues de dicho horroroso cataclismo se multiplicaron en tales términos los descendientes del patriarca que construyera la célebre y salvadora arca, que les fué forzoso diseminarse y extenderse por diversos países, parece improbable que estando tan despoblado el mundo, y teniendo tan á la mano mil deliciosas y fértiles comarcas, llegasen

hasta España, tan distante de los países en que vivían. Empero deberemos, por ahora, caminar por el resbaladizo terreno de las probabilidades, puesto que los primeros pobladores del mundo carecieron de medios para transmitir á las generaciones que habian de sucederles los acontecimientos entonces ocurridos.

El año 2015 antes de J. C., vino á España Ibero, al cual sucedieron Jubalda, Brigo, Tago y Beto, de cuya dominacion nada puede referirse. Cada uno de ellos trajo consigo gran número de personas: por consiguiente, cuando 1797 años antes de J. C. apareció Gerion, que es el primero que se erigió en soberano, estaba España ya bastante poblada.

El nombre de aquel, que en lengua caldea significa *peregrino*, da clara muestra de su carácter aventurero y emprendedor. Vino á España con infinitos de sus secuaces, noticioso de lo fértil de su suelo y de las riquezas que la tierra en su seno encerraba, riquezas que, segun es fama, fuera de aquel ostentaba la generosa y pródiga naturaleza; porque en la superficie se veían esparcidos, en no pocas partes, terrones de los más ricos y preciosos metales.

Prevalido de los conocimientos que poseía, muy notables en aquella ruda y bárbara época, deslumbró fácilmente á los ignorantes habitantes de España, á quienes enseñó la manera de fomentar y cuidar los ganados, que entonces constituían una de las principales riquezas.

Habitaban los españoles en rústicas chozas desparramadas sin orden, sin leyes, sin freno y sin reconocer autoridad alguna. Su natural feroz les hacia tener enérgico carácter, hijo de las costumbres de la época y de la absoluta libertad en que vivían. Gerion, empero, supo subyugarlos en términos que le dejaron convertir en un verdadero tirano, que de todos se servía como de viles y miserables esclavos.

Previo el dominador que pudiera aparecer alguno que tratase de usurparle su reino; y para evitarlo, quiso asegurarse por la parte del mar, cerca del cual hizo edificar una fortaleza inmediata á Gades, después Cádiz, y otra junto á los Pirineos, que, segun se cree, es hoy la ciudad de Gerona.

Por aquel tiempo existía un hombre de noble corazón y elevados instintos, llamado Osiris: salió de la Etiopía, pasó á la India, recorrió el Asia, y vino á Europa sin más objeto que el de destruir la tiranía donde quiera que la encontrase; y despues de lograrlo, se dedicaba á difundir los conocimientos agrícolas, en los que entonces era consumado. A Osiris atribuyen algunos autores el invento de la confeccion del pan.

Llegó á noticia de este hombre extraordinario la miserable condicion á que se hallaban reducidos los habitantes de España, y de-

terminó venir con su ejército á darles la libertad; mas avisado Gerion se preparó á recibirle con numerosa hueste.

Junto á Tarifa, y no muy distante del Estrecho de Gibraltar, se avistaron los dos ejércitos, español y egipcio, quedando deshecho el primero, y muerto sobre el campo su caudillo Gerion.

Osiris fué generoso, y no recordó que la serpiente fomentada en el seno tal vez hinca el ponzoñoso diente en el mismo pecho á cuyo calor revivió. Perdonó la vida á tres hijos que tenia Gerion, y después de encomendarlos á personas que cuidasen de formar sus costumbres, se volvió á Egipto.

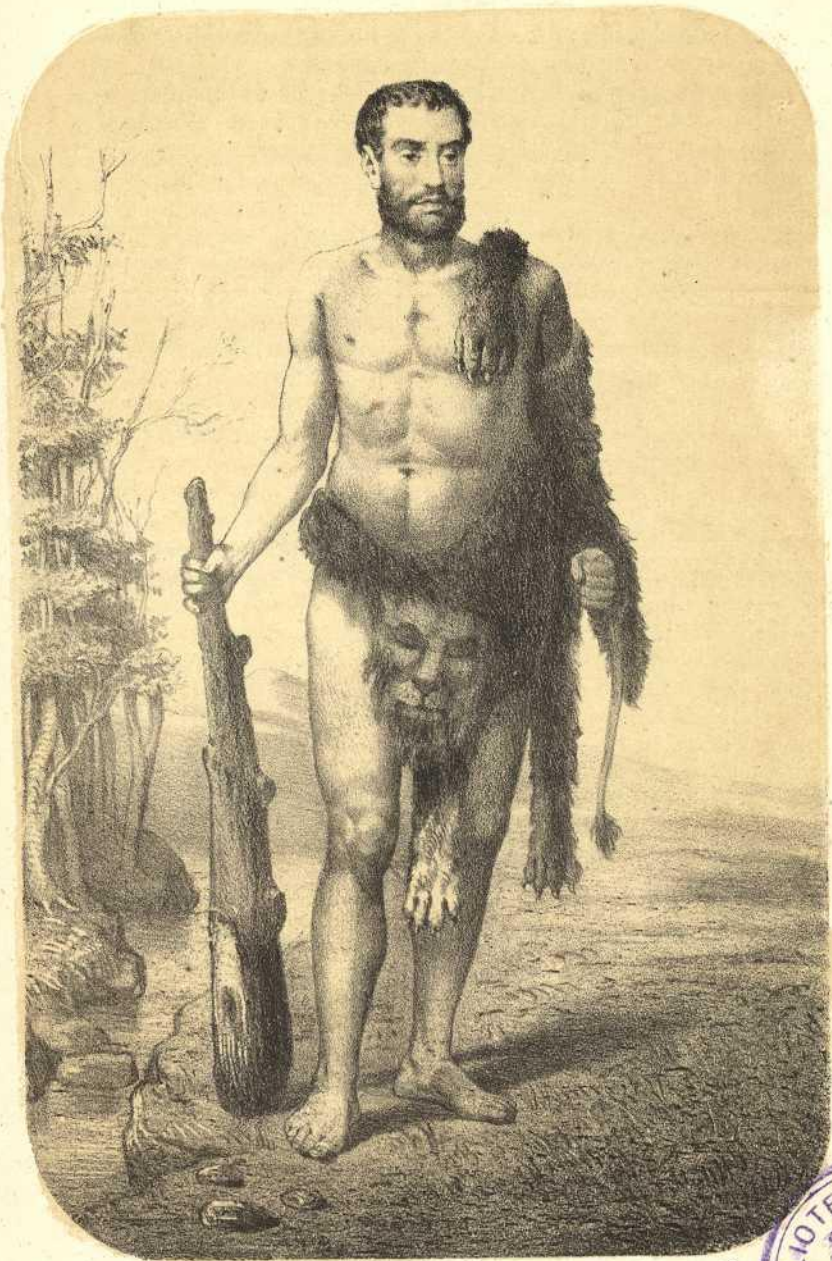
Juntos reinaron los tres hermanos, alimentando siempre en su corazón la idea de vengar á su padre. Olvidados del beneficio recibido, se valieron de un hermano de Osiris que habia quedado en España y deseaba mucho reinar, el cual, impulsado por su ambición y cegado con dádivas, se dirigió á Egipto, asesino á Osiris y ocupó su trono.

Poco gozó de su triunfo el traidor fratricida, porque Oro, hijo de Osiris, á quien después por sus hazañas denominaron Hércules Líbico ó Libio, abandonó la Scythia, en donde por su padre estaba de gobernador, llegó á Egipto, dió muerte á su tío, y se hizo cargo de aquel Estado. El asesino de Osiris quiso disculparse, manifestando que los Geriones le habian inducido á cometer el nefando crimen; empero esto no detuvo el robusto brazo de Hércules, aunque le decidió á venir á España seguido de su ejército, para vengar por completo la muerte de su padre.

Los Geriones habian concentrado sus riquezas en Gades: el remordimiento del cometido crimen los hacia cobardes, y la duda de la fidelidad de sus oprimidos súbditos, temerosos; mas sin embargo, salieron á impedir el paso al ejército de Hércules.

Era de ver aquella muchedumbre compuesta de hombres mal cubiertos con pieles de diversos animales y armados de ferradas mazas, y á su frente el atlético caudillo, vestido con los despojos del terrible leon y apoyado en la contundente clava.

Fuerte y valiente por naturaleza, era clemente y compasivo por carácter; y de antemano compadecido del gran número de víctimas que de una y otra parte iba á ocasionar la pérfida sevicia de solo tres malvados, propuso á los Geriones una lucha personal, combatiendo él sucesivamente con cada uno de sus tres enemigos. Estos aceptaron sin vacilar, porque eran valientes: los tres pensaron que Hércules no podria salir vencedor en tres combates, y cada uno se consideraba superior á los otros, contando con que España seria absolutamente suya, aunque á costa de la vida de sus dos hermanos; porque los ambiciosos no conocen ni aun los sagrados vínculos de la sangre.

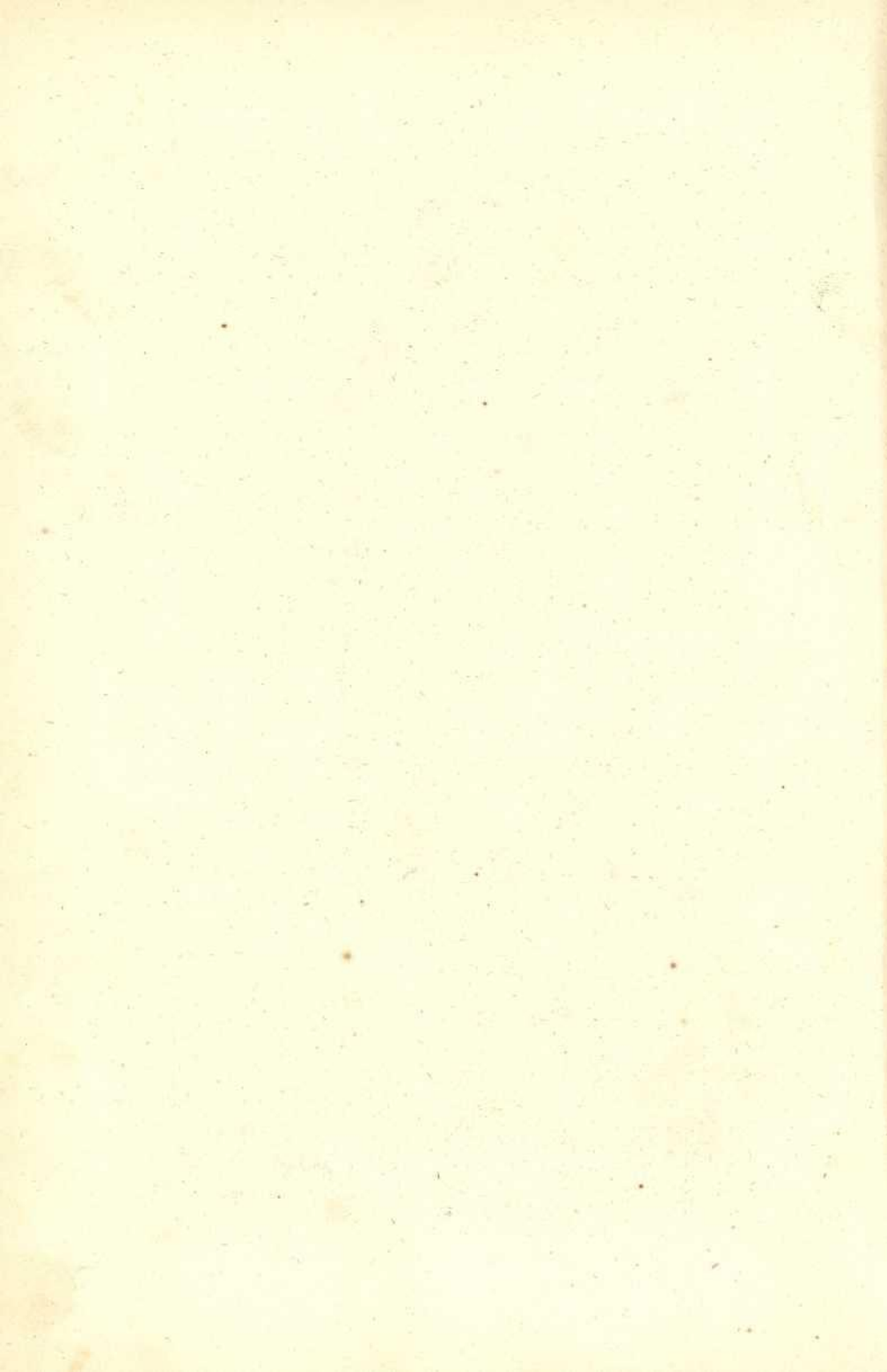


Moreno lit.

Lit. M. Sanchez Huertas 16 y 18.

HERCULES.





El suceso no realizó el pronóstico. A la vista de ambos ejércitos fueron vencidos sucesivamente los tres hermanos, y el vencedor hizo que las cabezas de aquellos fuesen paseadas por entre las desordenadas hileras de sus secuaces.

Terminado de esta manera el sangriento pleito, Hércules encargó el gobierno de España á uno de sus compañeros, llamado Hispalo, y abandonó á España.

Cuéntase que antes de marchar mandó arrojar en el mar, cerca de Cádiz, grandes peñascos, para formar los dos promontorios denominados columnas de Hércules.

Ningun hecho notable se refiere de Hispalo, fuera de la fundacion de Sevilla: y aun esto lo niegan muchos, atribuyendo aquella á Julio César. Los que afirman lo primero, basan su opinion en que la hermosa ciudad se denomina en latin *Hispalis*.

Creemos inútil referir la sucesion de soberanos que progresivamente reinaron despues de Hispalo. De algunos, apenas puede referirse cosa que digna sea de mencionarse; y los sucesos que de otros se cuentan, de muy lejos revelan su origen fabuloso. Por esta razon nada decimos de Atlante, Sicoro, Sicano, Sicileo, Luso, Siculo, Testa, Romo, Palatuo, Caco, Erietreo, Gargoris, Abidis, abandonado en un bosque y criado por las fieras, y de otros que son personajes absolutamente mitológicos.

Lo que hemos referido basta para dar una idea de los principios de la poblacion de España, sin que presentemos cosa alguna como positiva: si diremos, empero, que se asegura un hecho, en cuya parte esencial están conformes casi todos los historiadores. Hablamos de una extraordinaria sequía, á la que siguió un hambre asoladora, que fué causa de que España quedase despoblada. Al fijar la época en que tuvo lugar esta horrible catástrofe no están conformes, así como difieren al señalar la duracion de aquella, si bien aseguran los que más corta la creen, que llegó á diez y siete años.

No es posible designar con absoluta seguridad quiénes fueron los que vinieron á poblar nuevamente á España, despues del expresado desastre. Los primeros que conocemos son los celtas, y puede decirse que á la aparicion de estos no estaba España por completo desierta. Se ha cuestionado mucho acerca de la procedencia de aquellos: Masdeu, Sabau y Flores sientan que existieron en España antes que en la Galia ó Francia; pero otros autores, con Mariana, aseguran lo contrario, manifestando que los celtas, atravesando los Pirineos, vinieron de la Galia á España; así tambien se inclina á creerlo Lafuente.

Se sabe que los celtas ocuparon á su entrada una parte de España, hasta las márgenes del Ebro; y del nombre de los nuevos

pobladores, unido á la palabra *íberos*, con que entonces se denominaba á los españoles, se les llamó celtiberos, y Celtiberia á una parte de la nacion.

A los celtas siguieron otros diversos pueblos, que estaban estrechamente ligados á ellos, cuyos pueblos fueron internándose. Entre los nuevos invasores aparecieron poco despues los isleños de Rodas, que fundaron en Cataluña una ciudad, á la que dieron el nombre de su isla, y que hoy conocemos con el de Rosas. Tambien se les atribuye la invencion de los molinos harineros, los cuales simplificaron infinito el procedimiento de moler el trigo, hasta entonces tan imperfecto como difícil. Se cree igualmente que intrudujeron el uso de la moneda, entonces desconocido en España, fabricándola de cobre solamente, y que enseñaron además la manera de tejer las esteras y hacer las sogas.

No mucho tiempo despues aparecieron en las costas de Cádiz los fenicios. Estrabon y Plinio creen que se hallaban en España 1600 años antes de J. C.; empero solo faltaban 1200 para la venida del Salvador del mundo, cuando los fenicios se acercaron á España.

Despues de haber arrebatado el señorío de los mares á los rodios y á los frigios, arribaron á Cádiz. Su carácter astuto les hizo comprender que no debian presentarse como conquistadores; y aparecieron como simples comerciantes que traian el objeto de cambiar los productos que sus naves encerraban por los que España producía, y por los metales preciosos que en este nuevo paraíso tanto abundaban.

Paulatinamente y sin dejar entrever su verdadera intencion, fueron extendiendo su comercio desde Cádiz, por las costas de la bellissima Andalucía; y tanta preponderancia llegaron á adquirir, que se hicieron dueños del afecto de los españoles. Estos aprendieron de los fenicios el conocimiento de algunas artes, y sobre todo, la manera de escribir, que en un principio se verificaba con unos punzones de metal sobre las hojas de cierto árbol, y posteriormente sobre delgadas tablas de cera.

Esta circunstancia dió grande renombre en España á los fenicios, con los cuales tanto se unieron los celtiberos ó españoles, que comenzaron á hacer uso de un lenguaje misto, mezclado del suyo natural y del fenicio.

Cuando llegó este caso, ya iban demostrando su ambicion y su propósito de erigirse en dominadores. Empero avinoles mal que se dejaron ver por el mar los cartagineses, los cuales, dirigiendo su rumbo hácia las Baleares, desembarcaron en estas islas, y tomando posesion de la de Ibiza, edificaron en ella la ciudad de este nombre. Creyéndose seguros en la posesion de aquella, trataron de apoderarse de Mallorca y Menorca, y para lograrlo las rodearon

con las numerosas naves que traían, dejando entre unas y otras el menor espacio posible.

No dudaban los cartagineses que estaban habitadas dichas islas; porque, entre otros, allí moraron largo tiempo los rodios ó rhodios, y se les atribuye la fundacion de algunas poblaciones. Mas nadie se acercaba, sin embargo; á nadie se veía, y al girar los ojos de un punto á otro de tan vasta extension, no semejaba sino un triste desierto aquel terreno.

Creyendo, sin duda, que no habia habitantes en las islas, determinaron algunos hacer un desembarco; pero otros, menos incautos, creyeron prudente que solo bajase á tierra un cuerpo de exploradores, los cuales, en cuanto se acercaron demasiado á Mallorca, fueron rechazados, quedando muertos no pocos sobre el campo.

El arma favorita de los mallorquines era la honda, y sus proyectiles sendas piedras; empero no se ha conocido posteriormente matadora bala que más mortal sea. La piedra despedida de la chascante honda por el robusto brazo del fuerte mallorquin, era mensajera segura de la muerte.

El mal éxito de esta tentativa obligó á los cartagineses á tomar nuevo rumbo, deseosos de procurarse entrada en la parte interior de España. Trataron de lograrlo con insistencia, empero el mismo suceso tuvieron en todas partes; y cuando se preparaban para conferenciar y acordar la manera de allanar los obstáculos que á su intento se oponían, tuvieron que retirarse apresuradamente á Cartago, de donde les avisaron que estaba amenazada y en grave peligro la opulenta ciudad, atacada vivamente por los pueblos limítrofes.

En aquel tiempo de desórden, los pueblos, las naciones, los bienes particulares; todo, en fin, estaba á merced del más fuerte: empero el duro y enérgico carácter de los españoles, que desde los tiempos más remotos se ha distinguido por su decidido amor á la independencia y á la libertad, hizo que la fuerza se estrellase contra su valor, y que la reemplazase la astucia.

Usando de ella, se posesionaron de su ánimo los fenicios de Cádiz; pero olvidados de la verdad que acabamos de apuntar, ó engreídos con su prosperidad y opulencia, porque á la riqueza van generalmente unidos el orgullo y el deseo de dominar á los demás, llegaron á irritar á los españoles por sus actos despóticos, y porque demostraron muy al descubierto las ideas de ambicion y predominio que iban muy en breve á desplegar.

Los llamados turdetanos, menos sufridos que otros, quizá por ser los más próximos á Cádiz, comenzaron á conferenciar entre sí y á demostrar á las claras su enojo contra los fenicios gaditanos.

Reunieron una especie de asamblea ó senado, en la cual acordaron decidida y unánimemente acometer á los fenicios, á fin de quebrantar á tiempo el ominoso yugo con que trataban de envilecerles.

En muy breve tiempo formaron un respetable ejército, bajo las órdenes del valiente Baucio, príncipe turdetano; y como nada aprovecha tanto á un pueblo, siquier sea poco numeroso, como la íntima union y la más estrecha fraternidad, con tal reserva y tanta prudencia se hizo todo en Turdeto, que el primer aviso que los fenicios tuvieron fué la ruda y enérgica acometida de los españoles, los cuales deshicieron completamente á su fuerte y orgulloso enemigo, le pusieron en fuga, le tomaron cuanto poseia, y le dejaron en verdadera dispersion.

Arredrados por efecto de la pesadumbre que les ocasionara tan impensado golpe, se dirigieron los fugitivos á Medina-Sidonia, sin poder convencersse de que en tan pocas horas hubiesen sufrido en su suerte tan extraordinario y aflictivo cambio. Tales son los sucesos que tienen lugar en este triste mundo, y nunca está más cerca la desgracia que en los momentos de prosperidad; nunca se aproxima más de cierto la ruina, que en los momentos en que se llega al apogeo de la dicha y de la gloria.

Como la suerte es extremada para favorecer lo mismo que para deprimir, no se satisfizo con la primer derrota de los fenicios. A Medina-Sidonia fueron á buscarlos sus denodados vencedores, y tomando, no sin resistencia, la ciudad, sostuvieron casi un formal sitio para apoderarse del famoso templo, en que se encerraron los fugitivos; realizado lo cual le entregaron á las llamas, y pasaron á cuchillo á cuantos pudieron haber á las manos.

En tan duro conflicto, viendo de cuán terrible manera les habian hecho expiar los españoles su afan de dominar y su altanería con ellos, procuraron reunirse para conferenciar y ver el modo de oponer un fuerte remedio al mal que les oprimia, amenazándoles con su completa destruccion. Comprendieron que sus fuerzas no eran suficientes para vencer á un enemigo fuerte, denodado, orgulloso con sus recientes victorias, y defensor de sus familias y hogares; y no encontrándose capaces de obrar por sí mismos, se decidieron en favor del peor de cuantos partidos pudieran adoptar: determinaron pedir socorro á los cartagineses.

Era Cartago una fuerte y poblada ciudad, situada en la costa de África y no lejos de Túnez. Como metrópoli de la república cartaginesa, era muy rica, y sus naturales eran valientes, emprendedores, y muy hábiles en la navegacion y en el comercio.

Habia sido Cartago en sus primitivos tiempos una colonia de Tiro; empero habiendo llegado al colmo de su engrandecimiento, se habia declarado independiente, erigiéndose en cabeza de una con-

federacion completa de diversas colonias, á la vez militares y comerciantes. Los individuos que á las expresadas colonias pertenecian eran tan entendidos en todo género de especulacion, como aptos para las fatigas de la guerra y el manejo de las armas, siendo además señores de los mares; porque nadie les aventajaba entonces en inteligencia marítima, y en el número de naves que poseian.

Conociendo los fenicios el poder de los cartagineses, enviaron sus embajadores á la opulenta ciudad. Llegaron aquellos, expusieron su mensaje ante el Senado, y este les acogió con la mayor benevolencia, limitándose, sin embargo, á contestar que sufriesen con buen ánimo la desgracia que sobre ellos pesaba, y presentasen la posible resistencia si eran provocados; pero cuidando de no provocar á los españoles, hasta que el Senado aprestase una fuerte armada, que enviaría en auxilio de los oprimidos fenicios.

Hacia muy largo tiempo que los de Cartago miraban con envidiosos ojos á los fenicios españoles; porque siempre la amada España ha sido codiciada de los extranjeros. No obstante, ante los embajadores supo el Senado disimular el regocijo que le causaba aquella inesperada mutacion, hija de las vicisitudes de los humanos sucesos: apenas podian, sin embargo, creer que les abriesen las puertas de España, los únicos que podian y debian impedir que en ella penetrasen.

Por los años 523 ó 524 antes de J. C., apareció la armada cartaginesa en las aguas de Cádiz, provista de máquinas de guerra y henchida de elegidos guerreros, porque no habian olvidado el mal éxito de su tentativa contra las islas Baleares. El caudillo elegido se llamaba Masharbal, y este, antes que nadie pudiera evitarlo, á consecuencia de la proteccion de los fenicios, dispuso el desembarco, que se verificó sin el menor obstáculo.

Salió animoso á buscarle el valiente Baucio, seguido de su victorioso ejército; y los cartagineses, á decir verdad, inauguraron la campaña de muy triste manera: Baucio los derrotó con sus españoles tantas veces, que los invasores comenzaron á pensar seriamente en adoptar nuevo rumbo; recordaron otra vez los sucesos de Mallorca; se convencieron de que los iberos no se dejaban sojuzgar por fuerza de armas, y decidieron apelar al dolo y la falsia, en cuyas fatales artes eran muy prácticos.

Poseian los de Cartago algunos puntos fortificados segun el uso de aquellos tiempos, en las playas de la Bética ó Andalucía; y fingiendo que desistian de internarse en lo interior de la peninsula, entablaron tratos de paz, manifestando que jamás habian pensado en hacer guerra á los españoles, porque conocian su valor y estimaban en mucho su amistad; y que si habian venido desde Carta-

go habia sido con el único objeto de castigar á los fenicios, los cuales, teniendo el mismo origen que los cartagineses y siendo muchos de ellos sus deudos, habian menospreciado sus ritos religiosos y profanado el sagrado templo de Hércules. A estas razones agregaron otras dirigidas á sembrar la discordia entre los fenicios y españoles, sin recordar que aquellos los llamaron como aliados, y que debian guardar la prometida fé.

Los españoles, que siempre han tenido el defecto de pecar de sinceros y de tocar en crédulos hasta el exceso, si bien contestaron con su altivez connatural, no desecharon la amistad, ni aparentaron que la deseaban; y como los artificiosos que negocian con los sinceros logran muy fácilmente lo que se proponen, cesó la guerra, y los cartagineses continuaron avanzando para dar feliz cima á su pérfido desigño.

Hemos abreviado cuanto ha sido posible la relacion de los sucesos que corresponden á la primera época, los cuales, sobre presentar poco interés en razon de su remota antigüedad, carecen en su mayor parte de la necesaria exactitud, especialmente hasta la aparicion de los fenicios. Cumpliendo lo que en el prólogo hemos ofrecido, iremos extendiendo cada vez más la narracion, á medida que el interés y la importancia de los sucesos lo exijan.

hicieron á conveniencia de que los fenicios alcañan detras de
directamente su independencia. La seguridad de los ritos con-
quasiadores les hizo comprender que era en la guerra sensible de
los griegos españoles, y que al sentir el error no podían sentir
neces impudicas.

No previeron sin embargo, que mientras proseguían guerra
á sus víctimas, los fenicios comprendían los de importantes y
unidad de su vida, que de gran parte de su grande albedío
habían perdido, por lo que se desahucaban los fenicios de
luchas sobre los cartagineses, elocando con ellos de tan mala
manera que las derrotaron y dispersaron completamente. Cogidos
de sorpresa y desahucados, los fenicios en dispersión,
incendiaron los vencedores cuantas casas y posesiones tenían los
cartagineses en aquellos contornos.

ÉPOCA SEGUNDA.

Mucho eslabaron estos el desahucado sucesos, cuando los ha-
las ocasionado también terribles; siempre las daban por muy bien
empañadas, puesto que
nos en rebaja y sin la menor consideración.
Cuando fueron repuestos del sentido de sus relaciones con
nuevos auxilios, los fenicios de Cartago, comenzaron la guerra en
mayor escala y daban las necesarias preparaciones.

ESPAÑA CARTAGINESA.

El sitio más importante por donde se comunicaban las relaciones con
Hemos dicho que desde la aparición de los fenicios presenta más
grados de certeza cuanto se ha referido; y ahora debemos añadir
que, en lo sucesivo, puede darse crédito á cuanto referiremos. Si
hubiese algun hecho dudoso, manifestaremos los nombres de los
autores que lo afirman, y los de aquellos que lo refutan.

La perniciosa ambicion y la sórdida avaricia precedieron al
cálculo de los cartagineses, porque el corazon humano jamás está
contento con lo que posee; siempre aspira á tener más, y no hay
consideracion ni respeto bastante poderoso que pueda detener la
ambicion y avaricia en su arrollador y precipitado curso, una vez
desbordado.

Como los de Cartago estaban animados de tan malas pasiones,
en un punto olvidaron los lazos que á los fenicios los unian, y no
recordaron tampoco que estos habían puesto en ellos su entera
confianza, de la cual se preparaban á abusar de tan escandalosa
manera.

Por este tiempo (año 521) había muerto Baucio, bizarro gene-
ral de los españoles; y sin embargo de que este malogrado caudi-
llo les había servido de viviente obstáculo, no se atrevieron, á
pesar de su muerte, á probar la fortuna de las armas, porque te-
mian los bélicos instintos de los españoles. Esta consideracion les
obligó á proseguir, por decirlo así, en su trabajo de zapa, y se de-

dicaron á convencerlos de que los fenicios atacaban ostensible y directamente su independencia. La sagacidad de los arteros conquistadores les hizo comprender que esta era la cuerda sensible de los crédulos españoles, y que al sentirla vibrar no podrian permanecer impasibles.

No previeron, sin embargo, que mientras procuraban engañar á sus víctimas, los fenicios comprendian toda la importancia y maldad de su inicua obra; y les hubiera sido de grande utilidad haberlo previsto, porque de improviso se arrojaron los fenicios-españoles sobre los cartagineses, chocando con ellos de tan ruda manera, que los derrotaron y dispersaron completamente. Cogidos de improviso y desapercibidos, despues de ponerlos en dispersion, incendiaron los vencedores cuantas casas y posesiones tenian los cartagineses en aquellos contornos.

Mucho celebraron estos el desagradable suceso, aunque les habia ocasionado grandes pérdidas; empero las daban por muy bien empleadas, puesto que les prestaba motivo para ir contra los fenicios sin rebozo y sin la menor consideracion.

Quando lograron reponerse del sufrido desastre, reforzados con nuevos auxiliares llegados de Cartago, comenzaron la guerra en mayor escala y dándola las necesarias proporciones.

El sitio más nombrado por entonces fué el de Cádiz, que duró muchos meses, empleándose para rendir la ciudad las máquinas de guerra entonces en uso. Algunos aseguran que en este sitio se empleó por primera vez el *ariete*, llamado así de la palabra *aries*, carnero, porque para batir las murallas se le hacia retroceder para dar fuerza al golpe, y porque el extremo delantero imitaba la cabeza de dicho cuadrúpedo, la cual, como era de hierro macizo, solia abrir brecha con cierta facilidad en determinadas ocasiones.

Tomada la metrópoli de los dominios que poseian los fenicios, continuaron extendiéndose los de Cartago; arrojaron á aquellos por completo de la rica peninsula, y pusieron triste fin á su dominacion en España por los años 501 antes de J. C., y 252 de la fundacion de Roma.

Tan pronto como los arteros invasores se vieron dueños de Cádiz, se internaron por el poético y risueño litoral de la bellisima Andalucía. Hecho esto, trataron de hacer lo mismo por las costas del Mediterráneo, en las cuales poseian muy ricas colonias los griegos, que procedentes de la isla de Samos vinieron á España el año 753 antes de J. C., y 252 antes de tomar á Cádiz los cartagineses.

Los griegos-españoles miraban á los invasores con notable prevención, porque recordaban que durante sesenta años habían dominado á los griegos focenses arrojándolos de la parte de Italia

que estos poseían, y obligándolos á refugiarse en Marsella, en cuya ciudad residían muchos de sus compatriotas.

Las expresadas colonias griegas habian llegado al apogeo de su prosperidad. Los primeros que desde la isla de Samos arribaron á España, no conocian ni aun la existencia de la hermosa península: una furiosa y deshecha tempestad les hizo arribar á Tarteso ó Tartesio (Tarifa), 266 años antes de J. C.

Estaba poblada esta ciudad, y en ella vendieron cuantas mercaderías traían en sus naves, y regresaron á su isla ricos y contentos; empero desde entonces pensaron en fijarse en España, y cuando comenzaron á realizar sus proyectos, fundaron las colonias de que en un principio nos hemos ocupado, en las costas de Valencia y Cataluña. Una de las ciudades que fundaron, fué la célebre y memorable Sagunto (Murviedro).

Anudando el quebrado hilo de nuestra narracion, diremos que la expulsion de los fenicios y las disposiciones que adoptaban los cartagineses, hicieron comprender á los griegos-españoles que pudiera llegar muy en breve el caso de que quisieran hacer con ellos, lo que primero hicieran con los fenicios.

Aunque fuertes y opulentos, no se hallaban en situacion de hacer frente á Cartago si desplegaba todo su poder; y comprendiéndolo así, determinaron aliarse con los romanos.

Roma, fundada por Rómulo y Remo 753 años antes de J. C., era entonces la única república capaz de hacer frente á Cartago, con cuyos soldados habian tenido los romanos diversos encuentros navales. Estos antecedentes movieron á los griegos á solicitar la alianza con Roma, quedando aquella, en efecto, estipulada.

Entretanto comenzaron á circular fuertes rumores en contra de Cartago: toda el África se disponia á declarar la guerra á dicha república, porque excitaba la envidia, y se temia que llegase á hacer universal su dominacion. Los primeros que trataron de atraer á los españoles fueron los mauritanos, cuyo territorio estaba dividido de España solo por el Estrecho de Gibraltar: deseaban separarlos de los cartagineses; empero el Senado de Cartago, que sabia cuanto se meditaba en contra de la república, mandó á España á Sefon, hijo de Asdrubal, á fin de mantener á los españoles en la alianza con los cartagineses.

El nuevo gobernador supo desempeñar la mision que á su celo cometiera el Senado: convocó á todos los principales españoles; les hizo grandes ofertas; les manifestó las intrigas y amaños por medio de los cuales trataban de seducirlos y esclavizarlos los de la Mauritania, y les instó, por último, á que se mantuviesen firmes en su amistad con los cartagineses, á quienes ya de antiguo conocian, y de cuya alianza tantos bienes podian reportar.

Los españoles, confiados y crédulos como siempre, ofrecieron de nuevo su amistad á la pérvida república, y acompañaron su promesa con la de levantar una legion de 3,000 hombres, no en contra de los mauritanos, con quienes tenian amistad, sino para resistir á toda invasion contra Cartago, de donde quiera que viniese.

Safon reunió su ejército y se dirigió á buscar á sus enemigos. Esperó algunos dias en vano; y viendo que nadie aparecia, con objeto de intimidar se internó en el país, quemando, talando, destruyendo y haciendo esclavos á cuantos hombres á su paso encontraba.

Consternados los mauritanos, celebraron una asamblea en Tán-ger, frente á Tartesio, y resolvieron mandar una embajada á los españoles, para procurar convencerles de que los de Cartago eran los enemigos del género humano, que solo se proponian ser dueños del universo, á costa de la libertad de los demás. La arenga de los enviados terminó dejando entrever una amarga queja contra los españoles, que siendo sus amigos auxiliaban al enemigo comun, y exhortándoles á que mirasen bien con quién se unian y de quién se separaban.

A esta última parte contestaron los españoles que no habian dado tropas á Cartago para hacer guerra, sino para defender el propio territorio; y á la influencia de los ancianos se debió que Safon ajustase la paz con los mauritanos; paz de duracion bien efimera, y que rompió el cartaginés con un leve pretexto, y ocasionando infinitos males é inusitados horrores. Tan terrible fué el choque, que los africanos quedaron casi por completo destruidos; porque fueron batidos, cogiéndolos en medio del ejército que salió de la peninsula ibérica, y de otro que exprofeso salió de Cartago.

Segun Mariana, un ciudadano llamado Sarucco Barcino, por ser natural de Barce, ejecutó tantas notables proezas en favor de Cartago, que la república le declaró su ciudadano, y fué tronco de la familia de los Barceinos, de la que muy pronto nos ocuparemos.

Poco despues tuvieron los cartagineses que fijar su atencion en Sicilia. Ardía esta isla en destructora guerra, sostenida principalmente por los habitantes de Catania contra los de Siracusa. Para socorrer á los primeros salió de Atenas una fuerte armada, proponiéndose prestarles favor en apariencia, pero con el propósito de apoderarse de la isla; que de este modo favorecen siempre los extranjeros.

Por aquel tiempo, poseian los cartagineses algunos puntos, no distantes de lo que hoy es la ciudad de Trápani; y los de Agrigento, hoy Girgenti, queriendo desalojarlos del territorio que ocupaban, aprovecharon una ocasion que se les presentó á la mano. Un dia en que los de Cartago salieron al campo á hacer los acostum-

brados sacrificios á sus falsos dioses, los sorprendieron inermes y desprevenidos los de Agrigento, y los pasaron á cuchillo.

No hay para qué decir hasta dónde llegaría el furor del Senado cartaginés, al tener noticia de tan espantosa catástrofe. En el momento se decretó la salida de una expedición, de la cual formaron parte 10,000 españoles, y entre ellos un cuerpo de bizarros honderos mallorquines: por cierto que al decir de algunos, causaron risa á los enemigos; porque usándose ya algunas piezas de armadura para defensa del cuerpo, los fundibularios ú honderos iban casi desnudos, y al parecer sin armas. Himilcón Cipo mandaba el ejército hispano-cartaginés, y Dionisio Siracusano el de Sicilia, cuyos soldados trocaron bien pronto la extemporánea risa en duelo; porque despues de una larga, dudosa y reñidísima accion, los mallorquines, con una incesante lluvia de piedras certeramente dirigidas, deshicieron el ala izquierda del ejército siciliano, sembrando la tierra de cadáveres.

Faltaríamos á nuestro propósito, si nos detuviéramos á referir todo lo ocurrido en la guerra de Sicilia. Diremos solamente que los españoles, siempre valientes y generosos, acudieron al llamamiento que en nombre del Senado de Cartago hizo Anibal Gisgon para llevar socorro á los suyos contra los de Siracusa; que ellos fueron los que antes que ninguno tomaron por asalto á Selimonte; que por tercera vez formaron considerables legiones, y que con ellas dieron á los de Cartago la victoria, cuando ya los llevaba en vergonzosa derrota Dionisio Siracusano.

Hemos referido estos hechos en justa alabanza de los españoles. Ahora, dejando las guerras de Sicilia, volvamos la vista á nuestra nacion.

En el año 238 antes de J. C., dispuso el Senado de Cartago que pasase á España Amilcar Barca, de la familia de los Barcinos, con la difícil mision de conquistarla. Tal fué el agradecimiento de la pérfida Cartago, cuya perfidia no puede llamarse sin par, porque se encontrará despues en la de Roma.

La guerra de Sicilia habia tenido fatal término: Roma habia vencido á Cartago; esta necesitaba hacerse bastante fuerte para vengarse de aquella, y ningun medio mejor, aunque largo y expuesto, que apoderarse de España.

Presentóse Amilcar seguido de un numeroso ejército, y con la celeridad del rayo, en el espacio de un año recorrió toda la Bética por Córdoba, Málaga y Sevilla; y despues de haberse hecho dueño de todo aquel territorio, dirigió sus conquistas á la costa oriental, pasando de Almería á Murcia y á Valencia.

Los saguntinos, que estaban siempre recelosos de Cartago, mandaron á Amilcar una embajada, para manifestarle que debian res-

petar en ellos á los aliados de Roma. Recibió Amilcar benévola-mente á los embajadores, y contra sus deseos respetó la alianza, porque no se consideraba bastante fuerte aun para desafiar la có-lera de la orgullosa Roma: por esto, haciendo virtud de la necesi-dad, se dirigió hácia el Ebro, y se detuvo para realizar las nupcias de su hija Himilce con Asdrubal. Terminados los regocijos con que se celebraron las bodas, marchó con sus huestes en direccion de los Pirineos, y se fijó en la region de los laletanos para fundar una ciudad, á la cual denominó Barcino, á fin de inmortalizar el nombre patronímico de su linaje, que hoy es la ciudad de Barcelona.

Lleno de orgullo el caudillo cartaginés, y persuadido de que na-da podia impedir ya la completa conquista de España, se dirigió de nuevo á la costa oriental, en donde por su órden se habia cons-truido una magnífica fortaleza llamada Acra-Leuka, por estar fun-dada sobre una roca blanquecina, en el mismo sitio que hoy ocupa Peñíscola. En ella tenia el depósito de las catapultas y arietes, los elefantés, los almacenes de cuantos efectos de guerra pudieran serle necesarios para la continuacion de la conquista, y, sobre todo, su alhaja de más precio, su hijo Anibal, á la sazón de diez y seis años de edad, que consigo trajo de Cartago para educarle en la teórica y práctica de la guerra.

Es notable que siempre en España, desde los más remotos tiempos, ha habido en las supremas ocasiones un hombre grande y bastante decidido para cortar los vuelos á la opresion y libertar á los opri-midos. Cartago iba apoderándose de España, y Amilcar victorioso destruía obstáculos, imponía tributos, fundaba ciudades y fortalezas; y cuando más seguro se creía de su completo triunfo, el dedo de Dios marcaba para él las fúnebres palabras que en otro tiempo anonadaron á Baltasar, en medio del apogeo de su poder y de su mundana gloria.

Hallábase el caudillo de Cartago disponiendo el bloqueo de Hélice (que es hoy Belchite, segun algunos), sin dudar un momento de su triunfo, ignorando que secretamente se habian reunido los régu-los ó caudillos de los pueblos comarcanos, con objeto de confede-rarse y hacer frente al enemigo comun.

Uno de ellos, llamado Orisson, decidió oponer un dique al im-petuoso torrente con que Cartago trataba de arrollar toda la penín-sula. No usó, en verdad, del medio más leal; empero convencido de la insuficiencia de los medios materiales de que disponia para ha-cer frente á la ambiciosa república, apeló á la astucia, ó si se quie-re, á la mala fé, disculpable, si disculparse puede, considerando la fuerza de amor pátrio que le impulsara, y la carencia de medios legítimos que oponer á la opresion y á la tiranía.

Colocóse Orisson al frente de un escogido cuerpo de soldados y

se presentó con ellos á Amilcar, manifestando que iba á auxiliarle en su empresa; de este modo se introdujo entre las huestes de los cartagineses.

Los demás régulos permanecieron con sus tropas en ademan amenazador, como enemigos de Cartago, y algunos parapetados detrás de unos carros de leña. Comenzó la batalla, y en cuanto Orisson encontró la oportuna ocasion que deseaba, revuelve sus legiones contra las de Cartago; los confederados abandonan sus parapetos, para coger entre dos fuegos al enemigo; los encargados de los carros prenden la leña, que estaba hábilmente preparada para presentar instantáneamente grandes llamas; aguijan los bueyes que estaban uncidos á los carros, é impulsándolos en desórden hácia los sorprendidos enemigos, hicieron en ellos tan espantoso estrago y tan horrible carnicería, que en poco tiempo las opresoras huestes se pronunciaron en vergonzosa fuga.

Amilcar Barca, el indómito caudillo de la ambiciosa república, el artero tirano de la independiente Iberia, pereció en la huida, en medio de las aguas del Guadiana, arrastrado por su veloz caballo al atravesar el rio. Sus dispersas y diezmadas legiones, se refugiaron en Acra-Leuka.

Tal fin tuvo el fundador de Barcelona, despues de haber dominado en la principal parte de España, durante nueve años; fin, por cierto, poco digno de su valor y de sus notables dotes como general.

Los jefes y soldados reunidos en Acra-Leuka, nombraron á Asdrubal para suceder á Amilcar; empero este nombramiento encontró no poca oposicion en el Senado de Cartago.

Existian de muy antiguo dos familias rivales, que se disputaban siempre los primeros puestos de la república: una era la de Hannon, y otra la de los Barcas. Divididos los pareceres de los senadores, acaso el nombramiento de Asdrubal no hubiera sido sancionado; empero llegó oportunamente de Acra-Leuka el jóven Anibal, hijo de Amilcar y cuñado de Asdrubal; y tales y tan elocuentes razones expuso, que el último fué, por fin, elegido para gobernador de España.

No defraudó las esperanzas de la república. Reforzado su ejército con nuevas legiones, presentó la batalla á Orisson y le derrotó completamente, apoderándose despues de varias ciudades; pero mayores conquistas que con sus victoriosas armas hizo con el dulce y amable carácter que desplegara, el cual le captó el afecto y la voluntad de muchos españoles.

Aprovechando la oportunidad que le presentaba la circunstancia de no tener enemigos á quienes combatir, quiso erigir en el interior de África una nueva ciudad, que fuese la capital del gobierno.



aquellas provincias, siendo al propio tiempo cómodo y útil puerto para el grande comercio de la metrópoli. Al efecto fundó á Nueva-Cartago, hoy Cartagena, con aprobacion y aplauso de la república, que se felicitaba cada dia más por su acertada eleccion.

Pero al mismo tiempo que esto sucedia, la ambiciosa Roma miraba con envidiosos ojos y siniestras intenciones las ventajas de Cartago. Era émula de ésta aquella república, ya fuerte y poderosa; y pensando seriamente en adquirir su parte en las riquezas de España, presa siempre de la rapacidad de unos y de otros, trató de explotar en su provecho el descontento que reinaba entre los ampuritanos y saguntinos, que habitaban en las colonias situadas en las costas de Cataluña y de Valencia.

Coincidió con esto el temor que nuevamente inspiró á las expresadas colonias la peligrosa vecindad de la Nueva-Cartago, y sin perder momento acudieron á Roma, para manifestar su recelo y recordar la alianza que con ella tenían.

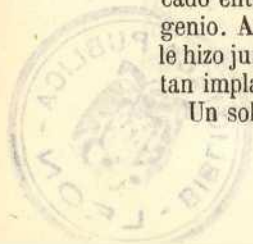
No necesitó de nuevo aviso el Senado romano, para mandar sus embajadores á Asdrubal. Llegados aquellos á la presencia de este, le suplicaron cortésmente limitase sus conquistas á lo que poseia, sin molestar á los pueblos establecidos entre el Ebro y los Pirineos, que eran aliados de Roma.

Ni el Senado ni Asdrubal dejaron de comprender los designios de Roma; empero fué preciso atribuir al respeto debido al derecho de los pueblos, lo que era temor al poder de la república rival. Atendiendo á lo expuesto por los embajadores, se estipuló un tratado entre Cartago y Roma, en el cual se ponía el Ebro por limite á las conquistas de la primera, y se ofrecia por esta mantener inviolables la libertad y el terreno que ocupaban las colonias de los saguntinos y ampuritanos.

Quedó Asdrubal contristado al pensar que el compromiso adquirido con Roma le incapacitaba y coartaba por completo su libertad de obrar, y acudió á hacer sacrificios á sus falsos dioses, deseoso de tenerlos propicios para poder salir de la angustiosa posicion en que se hallaba; empero impensadamente, al pié de los altares, le dió de puñaladas un esclavo de un noble español á quién Asdrubal habia quitado la vida.

En el momento fué proclamado Anibal, hijo de Amilcar Barca; y aunque muy jóven, confirmó el Senado la eleccion del ejército; porque al recuerdo de su padre reunia las ventajas de haberse educado entre el estruendo de las armas, y el ser de muy despejado ingenio. Además, era declarado enemigo de Roma; porque su padre le hizo jurar repetidas veces, sobre los altares de sus dioses, odio tan implacable como inextinguible á los romanos.

Un solo pensamiento agitaba dia y noche la acalorada mente del



jóven caudillo. En humillar el orgullo de Roma cifraba toda su ambicion; empero conocia las dificultades que tamaña empresa presentaba, y solo se ocupó de hacerlas desaparecer.

En tanto que llegaba el anhelado momento, quiso dar buena muestra de sí, y determinó extender sus conquistas por España. En poco tiempo dominó á los oleadas, que habitaban en las orillas del Tajo; siguió por el territorio Carpetano y por el de los vacceos; y talando en su furioso frenesí cuanto encontraba al paso, llegó hasta Elmántica, hoy Salamanca, que estaba preparada y dispuesta á la defensa; pero ante sus muros se detuvo la impetuosa carrera del conquistador.

Refieren algunos autores, que despues de una obstinada resistencia, capitularon los elmantinos, bajo la condicion de quedar libres si entregaban la ciudad. Condescendió Anibal: salieron los defensores; y las mujeres, dejando en la plaza sus alhajas y riquezas, para que con semejante cebo se distrajese la atencion de los soldados, sacaron ocultas entre las ropas las espadas. La guardia que en la principal puerta habia quedado de órden del caudillo, abandonó su puesto, recelando que no la iba á tocar parte alguna en el botin; y armados los elmantinos con las espadas que sacaron ocultas las mujeres, revolvieron contra los cartagineses, ocupados exclusivamente en el saqueo, y los vencieron, pasando á cuchillo más de la mitad.

Anibal, con ánimo superior á tan imprevista desgracia, logró reunir á los dispersos y fugitivos, y se dirigió de nuevo á la ciudad, ganoso de lavar la afrenta y vengar la derrota. Pero como los ciudadanos comprendieron que la defensa no podia ser muy larga, anticipadamente abandonaron la ciudad, internándose en las vecinas sierras, hasta que, en virtud de un convenio ajustado con el jefe cartaginés, volvieron á sus casas, prévio el ofrecimiento de aliarse á aquel, y servir á Cartago con lealtad.

El bizarro conquistador consideraba sus triunfos como muy insignificantes; porque su pensamiento estaba tan fijo en Roma, como la brújula en direccion del Norte. Creia estar ya en aptitud de háberse las con la presuntuosa república que despreciaba á Cartago, y solo buscaba un pretexto plausible, que no tardó en encontrar.

Su padre Amilcar Barca, que abrigó siempre las mismas siniestras intenciones respecto de Roma, habia persuadido á los turbotas que edificasen una ciudad no lejos de Sagunto, á la cual pusieron por nombre Turba. No fueron defraudadas las esperanzas de Amilcar, al proponer la fundacion de la expresada ciudad: su objeto no fué otro que el de colocar cerca de Sagunto unos vecinos díscolos, con los cuales trabarian muy pronto cuestion; y el suceso correspondió con el propósito. Sin embargo, la inmediata muerte de

Amilcar no permitió que realizase su inicuo proyecto; pero continuaron siempre en cuestiones los turboletas con los saguntinos, y la cizaña que sembró el padre la recogió Anibal su hijo en abundante cosecha.

Quiso ofender á Roma, por quien Sagunto estaba patrocinada; y para lograrlo, se declaró protector de los de Turba. Al efecto escribió al Senado de Cartago, manifestándole la conducta inquieta y reprehensible que los de Sagunto observaban, pintándolos con los más negros colores, á fin de persuadir al Senado de que aquellos eran viles instrumentos de Roma, viva y ostensiblemente interesada en turbar la paz. La exposicion terminaba pidiendo autorizacion para vengar en los saguntinos las injurias hechas por Roma á Cartago.

Anibal recordaba que su padre no habia podido alcanzar ventajas sobre los romanos, en la primera guerra púnica; tenia siempre presente en la memoria que habia jurado odiar hasta la muerte á aquellos; juramento que uno y otro dia hiciera, sobre los altares de sus dioses. Á vengar á su padre y á cumplir su juramento se dirigió hácia Murviedro, entonces Sagunto, resuelto á apoderarse de ella á toda costa; y antes de que se acercase, enviaron los saguntinos sus embajadores á los romanos, manifestando el riesgo que iban á correr, y recordando la antigua alianza.

El Senado de Roma, en vez de mandar sus legiones contra Anibal, se contentó con enviar sus embajadores, cuando aquel habia ya sitiado á Sagunto con un ejército que, segun Tito Livio, constaba de 150,000 combatientes. Con semejante fuerza, y en medio del ruido que producian las catapultas, los arietes, las ballistas y otras terribles máquinas de guerra, no era fácil que oyese las templadas razones de los embajadores de Roma; por otra parte, ¿quién logra convencer á quien no quiere dejarse persuadir?

En este caso se hallaba el orgulloso Anibal, el cual, desentendiéndose de la dicha embajada, y recordando antiguas injurias recibidas de Roma, despachó bruscamente á los legados y continuó el asedio, mandando jugar simultáneamente contra los muros de Sagunto las infinitas y formidables máquinas asestadas contra ella.

Mas no se crea que el ejército de Cartago obtenia de balde las ventajas que en el sitio iba adquiriendo; aquel era diezmado desde las murallas, y en las heroicas salidas que de vez en cuando los bizarros saguntinos hacian.

Ya habian abierto los arietes y catapultas practicables brechas, y creyó Anibal llegada la ocasion de penetrar en la ciudad; empero al avanzar por las citadas aberturas, las máquinas que tenian los ciudadanos preparadas, y el arrojó con que opusieron sus espadas y cuerpos para detener á los sitiadores, hizo que

estos precipitadamente se replegasen aterrados, á pesar de los esfuerzos que su caudillo hiciera para contenerlos. El mismo Anibal fué herido en la pelea, y no pudo evitar que sus soldados corriesen despavoridos hasta llegar á las propias trincheras.

Dudoso y desconfiado Anibal del término de aquella horrible lucha, hizo abrir una mina, y por ella introdujo sus tropas en la plaza; empero los vigilantes sitiados replegaron suficiente tropa al centro de la ciudad, é hicieron fracasar el ardid de que usara el sitiador.

Aun resistieron aquellos bizarros ciudadanos, dignos de mejor suerte, mucho tiempo, hasta que agotados los víveres, consintieron en capitular con los invasores. Tal vez se hubiera evitado la horrible y memorable catástrofe que vamos á describir, si Anibal, menos seguro de su triunfo, hubiera sido más razonable; mas persuadido de que la ciudad sería suya muy en breve, fijó tan vergonzosas condiciones, que los bizarros hijos de Sagunto dijeron á una voz: «Antes morir que ser humillados;» y asidos de las manos, juraron perecer uno á uno y destruir la ciudad, ofreciendo solamente al bárbaro opresor un informe monton de ruinas.

¡Notable resolución, digna de hidalgos pechos, de independientes corazones españoles! Dificil era que el tirano creyese que el horrible juramento sería cumplido en toda su destructora latitud; empero no conocia el acerado corazón del enemigo contra quien combatia.

Tan patético es de suyo el cuadro que muy en breve tendremos á la vista, que no hay para qué cuidar de su colorido: las sombrías tintas que en él dominan no necesitan ser recargadas; porque la simple relacion de los hechos, dan al cuadro toda la vigorosa entonacion que necesita.

En efecto, la imaginacion se abisma al hacerse cargo de los horrores que cobijara bajo su lúgubre manto, aquella terrible noche de luto, de desolacion. El pensamiento se resiste á creer que la reina de las sombras, al ocupar el sitio que abandonara el resplendente sol, estuviese en tan suprema ocasion apacible y serena; antes por el contrario, se la figura negra, sin estrellas; oye de vez en cuando el lejano zumbido del huracan, y ve de rato en rato rasgarse los sombríos celajes, para dar paso á la pálida luz de algun fugaz relámpago, que precede al pavoroso retumbar del trueno aterrador.

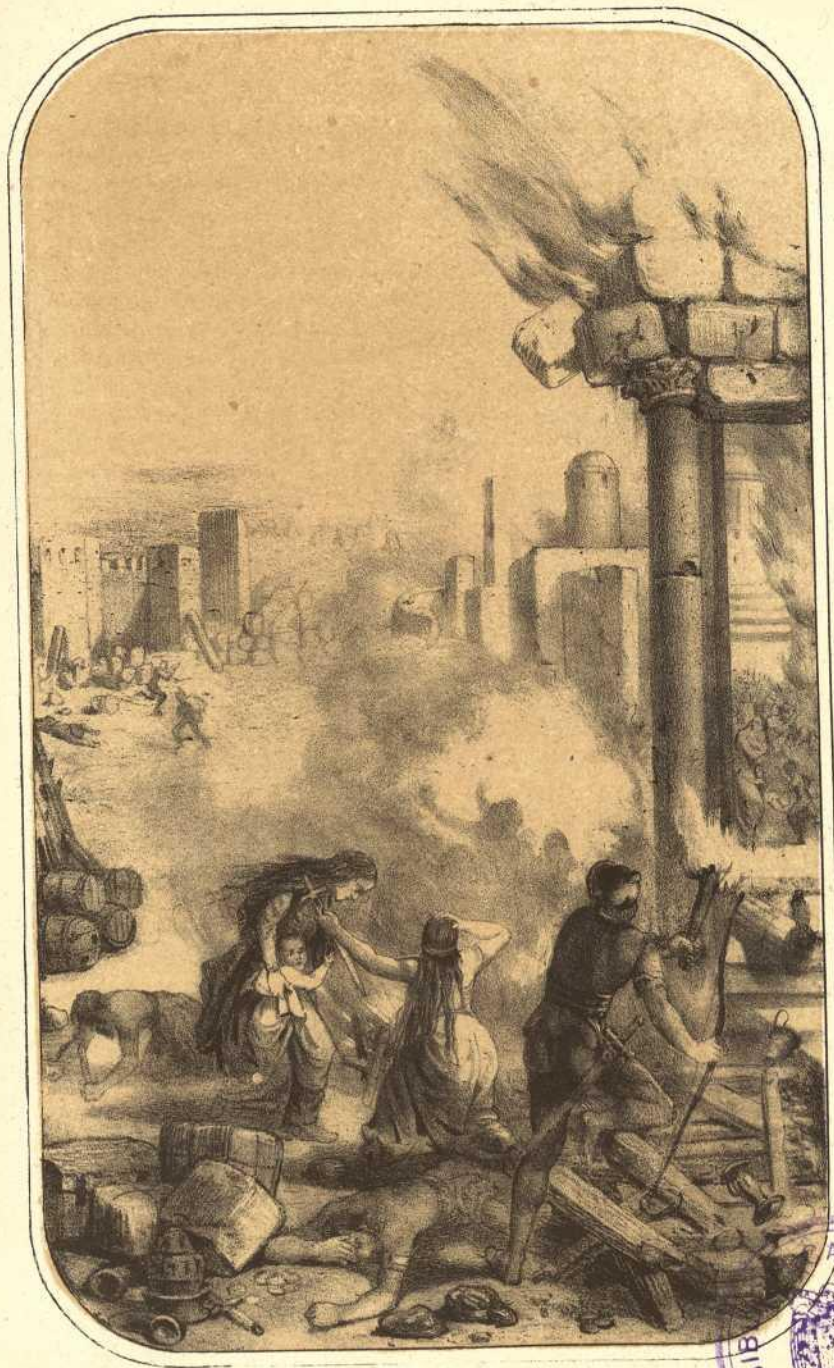
Sin embargo, el negro cuadro se iluminó de pronto; porque una inmensa hoguera, encendida en la gran plaza, consumió en breves horas cuantos muebles y alhajas poseian los sitiados, aumentando los horrores de aquella terrible noche el siniestro fulgor producido por las destructoras llamas.

En una parte se veía á una madre que asesinaba al hijo amado que llevara en sus entrañas, y con el crudo acero tinto en la humeante sangre traspasaba su propio corazón, haciendo que se mezclase aquella con la suya, que era la misma; en otra, la jóven á quien el enemigo habia pocas horas antes arrebatado el amante, falta de ánimo para clavar en su seno el acero, apuraba una copa de tósigo mortal; el trémulo anciano, aunque en sus canas pudiera tener ante el enemigo un escudo que le defendiese, no queriendo sobrevivir á la ruina de su patria, ni ser esclavo de los opresores, con juvenil corazón denodadamente se lanzaba en las llamas; y en medio de tan desgarradoras escenas, venía á redoblar sus horrores el estridente fragor de la voraz hoguera, que junto con las alhajas y preseas, devoraba los humanos cuerpos que en ella buscaran la libertad.

Y cuando esto sucedía dentro de las murallas, extramuros tenia lugar otra escena no menos destructora. Los heróicos saguntinos aptos para llevar las armas, quisieron morir como libres y como héroes. Hicieron una vigorosa salida contra los atónitos cartagineses y el choque fué tal, que vencedores y vencidos enrojecieron con abundante sangre la tierra, hasta en sus entrañas estremecida. Los ayes de los que espirantes dentro de la ciudad daban el último adiós á la madre patria; el horrisono fragor de las crujientes armas fuera de los muros; las llamas de la inmensa hoguera, que no era ya otra cosa toda la ciudad, llegando amenazadoras hasta la bóveda celeste como para demandar venganza al cielo; el chocar con la tierra los inertes ferrados cuerpos de los moribundos guerreros; los lienzos de muralla desplomados al violento impulso del devastador fuego, que estremecían con su horrisono estruendo, y el crujir sin cesar de las maderas y de los humanos huesos calcinados, hacían que los que se miraban vencedores peleasen solamente como verdaderos autómatas, por solo el instinto de la propia conservación, pero aun más aterrados que los heróicos vencidos, los cuales en perecer con honra cifraban ya su gloria.

Los inocentes, oprimidos por el fuerte, jamás invocaron en vano la venganza del cielo; y el ángel exterminador comenzaba ya á mover sus alas sobre la criminal Cartago; empero el conquistador, que veía solamente la seguridad de su triunfo, se apresuró á entrar en Sagunto, despues de haber perecido sus defensores.

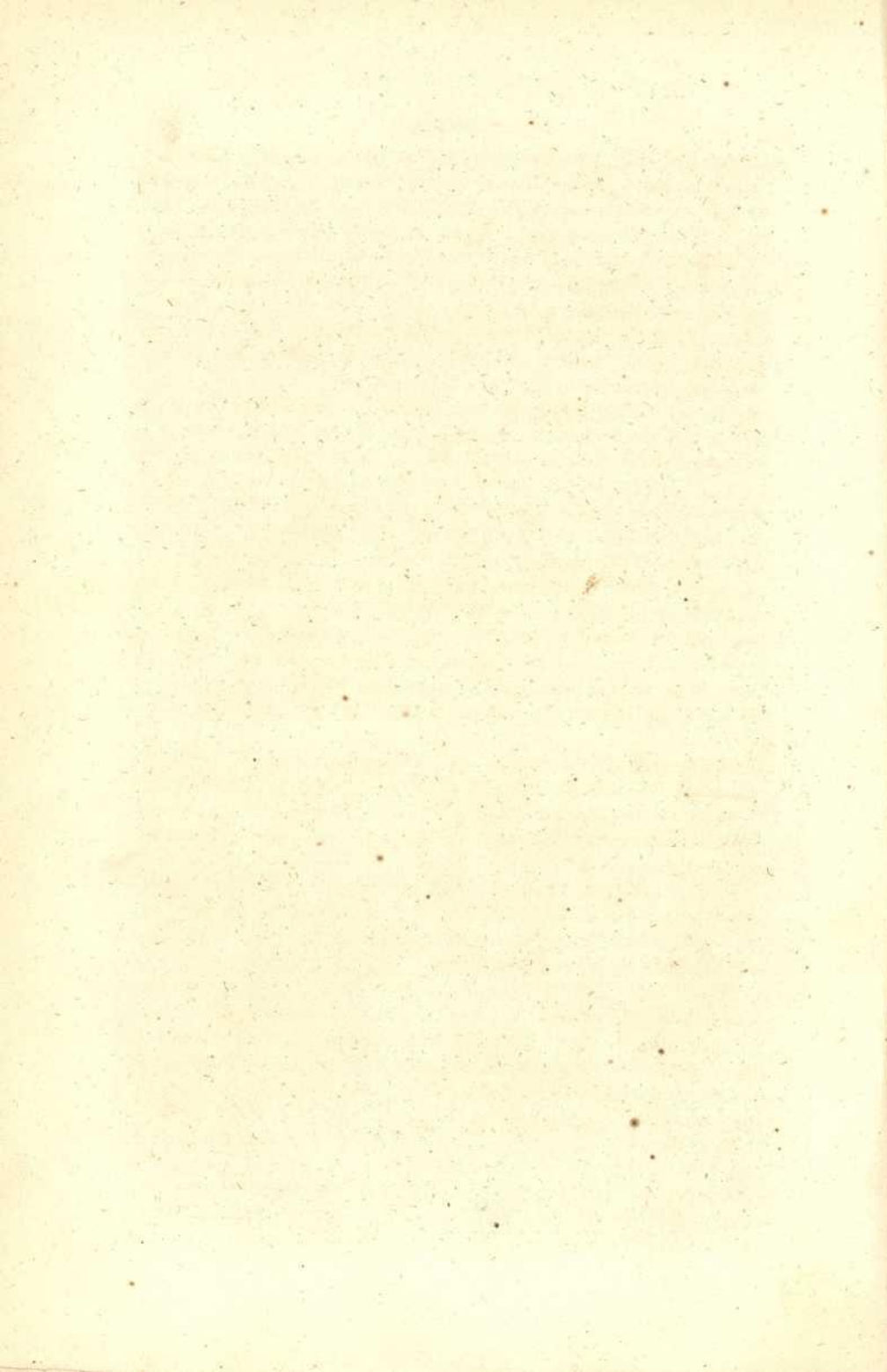
El corazón de Anibal se conmovió al acercarse á la destruida ciudad; nada de ella existía: candentes metales aun no fundidos; ardientes cenizas; demacrados cadáveres; desolacion y exterminio; no habia otra cosa ya de la opulenta Sagunto; pero quedó el impercedero recuerdo de su gloria, y la inmarcesible corona que merecen los mártires de la independéncia de su patria;



Lit. Huérfas 16 y 18.

Ultima noche de Saquito





corona que los indómitos saguntinos tan á su costa ganaron. Cierta es que, aunque raros, algunos otros ejemplos análogos cuenta la historia; empero Sagunto le dió á las generaciones futuras, y jamás fué tanta la gloria del imitador, como la del primero en obrar las hazañas.

Tal fin tuvo la gloriosa y memorable Sagunto, despues de haber resistido ocho meses de asedio contra todo el poder de la prepotente Cartago; terminando su gloriosa existencia con la horrible catástrofe que hemos referido, el año 534 de la fundacion de Roma, 219 antes de J. C.

No tardó en llegar á Italia la noticia de la ruina de Sagunto, ni anduvieron remisos los embajadores para dar cuenta al Senado romano del mal éxito de su mision, y de la altivez del caudillo de Cartago. Irritado aquel á consecuencia de creerse escarnecido y menospreciado, exigió á la república africana una pronta y cumplida satisfaccion, que le fué rotundamente negada; y esta absoluta negativa fué la chispa eléctrica que, recorriendo el espacio más veloz que la rápida exhalacion, encendió la segunda guerra púnica entre ambas repúblicas, romana y cartaginesa.

¡Cuán deleznales y efimeros son los momentos de alegría y de triunfo, y cuánto es verdad que del extremo placer al más amargo desconsuelo, solo hay un corto paso! Esta clara verdad está palpablemente demostrada en los sucesos de la república africana.

Roma la declaró la guerra, en vista de la negativa del Senado de Cartago; y Anibal, embriagado de placer porque creia llegado el momento de realizar los más dulces ensueños de su guerrera vida, salió de España al frente de un ejército de 90,000 hombres, la mayor parte españoles.

Pasó los Pirineos, atravesó la Galia meridional, y abriéndose ancho paso por los Alpes, llegó á las inmediaciones del Tessino, en cuyo sitio encontró las primeras legiones romanas, que se presentaban á estorbar su rápida carrera.

No es posible decir si fué más pronto el verlas, ó el derrotarlas; pero si puede asegurarse que la misma afrenta recibió un segundo ejército romano, en las llanuras de Trévia; otro tercero, junto al lago Trassimeno; y el cuarto, con mayor destrozo que los anteriores, en la célebre y para Roma desastrosa batalla de Cannas. Se asegura que en esta perecieron tantos senadores y caballeros romanos, que se recogieron de los cadáveres millares de anillos, símbolo ó señal en aquel tiempo de nobleza.

Aunque nos hemos propuesto no referir ningun suceso que no corresponda absolutamente á la historia de nuestra patria, hemos entrado en la relacion de los precedentes detalles, porque si Carta-

go humilló á Roma y destrozó cuatro de sus temidos ejércitos, lo debió quizá á que las dos terceras partes del suyo estaban compuestas de españoles.

Desdicha fué, por cierto, que entonces, como en otras ocasiones, se prestasen dóciles y sumisos á servir de escabel al pedestal de la soberbia extranjera, en vez de permanecer en expectativa en tanto que se destrozaban entre sí sus comunes enemigos; empero no comprendieron que por sus mismas manos formaban el yugo que habia de abatir su cuello, viniese aquel del romano ó del cartaginés, segun quien en definitiva quedase vencedor.

Quando Anibal salió de España en direccion de Italia, quedó en aquella su hermano Asdrubal de gobernador por Cartago. Viendo el Senado de Roma cuán mal se presentaban los asuntos de la guerra, determinó mandar fuerzas á España, no dudando de llamar con esto la atencion de Anibal, y tambien porque de mucho tiempo meditaba la invasion.

El general cartaginés, despues del memorable triunfo de Cannas, debió marchar sobre Roma, la que, abrumada por la consternacion que en ella habian producido tantas y tan inmediatas derrotas, hubiera probablemente sucumbido; empero no lo hizo, porque los dias de alegría y los de duelo están contados, y el momento del descenso para la opulenta república africana se acercaba ya; y para evitar los inmutables decretos del cielo, la prevision humana es poca cosa.

Dos ejércitos romanos salieron en direccion de España, mandado el uno por Publio Cornelio Scipion, y el otro por su hermano Cneo Cornelio. Desembarcó este en Ampurias; porque Cataluña fué el primer punto de España en que se ostentaran las orgullosas águilas de Roma, y fué mejor recibido de lo que debia esperar, porque miraban los ampuritanos como un verdadero auxiliar suyo al que era declarado enemigo de Cartago. Por otra parte, su carácter amable y dulce se atrajo las generales simpatias, tanto más fácilmente, cuanto que se veia en Cneo al vengador de la heroica Sagunto.

Sin embargo, salieron á impedirle el paso un jefe de Cartago llamado Hannon, y otro español, aliado de la república africana, cuyo nombre era Indivil, segun unos; segun otros Andobal. La batalla y el triunfo fueron una misma cosa: Roma venció á Cartago; le mató 6,000 soldados; aprisionó 2,000, y le quitó inmensas riquezas, que habia dejado Anibal al partir á Italia. Dicese que esta batalla tuvo lugar en las inmediaciones de Lérida.

Noticioso el gobernador Asdrubal de cuanto ocurría, determinó hacer una expedicion en busca de los romanos, á fin de vengar la derrota de Hannon. Al efecto dispuso saliesen cuarenta naves del

puerto de Cartagena bajo las órdenes de Himilcon, jefe cartaginés, y él se dirigió al frente del ejército de tierra, siguiendo la costa.

Tampoco Cneo carecia de confidentes; supo la direccion que habian tomado los expedicionarios, y abandonando á Tarragona, en donde estaba entonces, con una armada de treinta y cinco velas, atacó por sorpresa á los de Cartago en las bocas del Ebro, y despues de un largo y dudoso combate tomó á Asdrubal veinte y cinco naves, echó otras á pique, y las restantes las hizo quedar varadas en la costa, hecho lo cual recorrió todo el litoral hasta el cabo Martin. Como señor de aquella tierra, y sin opositor que se atreviese á salir á su encuentro, se decidió á llegar hasta el mismo puerto de Cartagena, entregando á las llamas los arrabales de la bella ciudad.

Sobrecogido Asdrubal, se retiró á Cádiz; y era para estarlo, porque seguian á Cneo más de cien pueblos españoles, casi todos celtiberos, y por consecuencia rayos en los combates y mármoles en el sufrimiento, con cuyo importante auxilio obtuvo sus triunfos y se atrevió á llegar hasta Castulon (provincia de Jaen), centro de los dominios españoles que poseia Cartago.

No obstante, Asdrubal halló medio de comprar ó seducir de otra manera á los ilergetes, que estaban acaudillados por los jefes españoles Indivil y Mandonio, antes aliados de los cartagineses. Estos, en union de aquellos, se determinaron á oponerse á los romanos, á pesar de sus recientes victorias.

Supolo Cneo, y se dirigió á encontrarle en su camino, trastornando en pocas horas todo el proyecto de Asdrubal; porque si bien tenia este por auxiliares á los ilergetes, belicosos é indomables por naturaleza, el romano llevaba en pos de sí además de su ejército muchos millares de celtiberos, cuyo natural y notabilísimo valor estaba impulsado por el furor y la vergüenza que en ellos causara, el ver que algunos de sus compatriotas se unian á los opresores.

Las principales victorias que los romanos obtuvieron, despues de la naval que en otro lugar hemos referido, fueron tres: una en las márgenes del Ebro; otra cerca de Tortosa, y otra en Andalucía. Mas como quiera que los triunfos siempre cuestan sangre, mucho más en aquel tiempo cuyos guerreros no conocian más armas que las blancas, el Senado de Roma, que tenia toda su atencion y conato puestos en la guerra de España, mandó treinta galeras con 8,000 soldados escogidos, con aprestos de guerra y con vituallas, bajo las órdenes de Publio Cornelio Scipion, hermano de Cneo, nombrado en otro tiempo al mismo que este para pasar á España. Desembarcó en Tarragona; y así que se reunieron ambos hermanos, determinaron dirigirse á la memorable Sagunto, ya reedificada por los cartagineses.

Existían algunos saguntinos, quiénes por no hallarse en la ciudad cuando la horrible catástrofe, ó por otra causa, habían sobrevivido á la gloriosa ruina de aquella, y estaban desterrados de su amada patria. No dudaban lograr el placer de volver á ella, si se acogían á sus aliados los romanos; y para intentarlo eligieron á un noble saguntino llamado Acedux ó Abelux, el cual se dirigió á Bostar, gobernador por Cartago del castillo de Sagunto, á fin de convencerle de que librando á las personas que en rehenes tenia en el dicho castilló, en donde para seguridad de los de Cartago los habia dejado Anibal al partir para Italia, se captaria el afecto y la voluntad de todos los españoles.

Cómo logró persuadir Abelux á Bostar, se ignora; únicamente puede decirse que los rehenes fueron entregados, á condicion de que serian llevados á sus familias libres é indemnes.

Los Escipiones lo hicieron del mismo modo que lo habían prometido; y tan generoso proceder acabó de afirmar el buen concepto que de ellos tenían formado los españoles. Sin embargo, los pocos saguntinos que existían no lograron ver por entonces su amada ciudad; porque los rigores de la estacion obligaron á los romanos á separarse de aquella, para situar sus cuarteles de invierno en Tarragona.

No mucho despues recibió Asdrubal órden del Senado para marchar á Italia en auxilio de Anibal; y aunque el inesperado mandato contrariaba notablemente sus deseos, obedeció y se puso en camino. Empero como los Escipiones querian impedir su marcha, para que no fuera en auxilio de Cartago contra Roma, fueron á su encuentro y le alcanzaron muy cerca del Ebro. Terrible y sangrienta fué la batalla: segun Tito Livio, perecieron 25,000 africanos, quedando 10,000 prisioneros; y Asdrubal, seguido de los restos de su diezclado ejército, fué huyendo hasta encerrarse en Cartagena. Verdad es que al triunfo de los romanos contribuyó no poco la numerosa parte de españoles que arrastrados y por fuerza seguian á Asdrubal, los cuales en el momento critico le desampararon.

La honra de Cartago estaba empeñada, y se decidió á no desistir; por esto á cada pérdida seguia un nuevo refuerzo. Los romanos, por su parte, tenían notable escasez de recursos; mas los españoles generosa y voluntariamente se los proporcionaban, por lo mismo que los Escipiones tenían el esquisito tacto de no imponer ningun tributo ni gravar al país con ninguna exaccion, á fin de no hacerse odiosos á los que querian conquistar.

El desastre que sufrieran los cartagineses en las márgenes del Ebro, los dejó desalentados; empero pronto recobraron el ánimo, con la noticia de que su república mandaba sesenta naves con 14 ó

15,000 soldados, peones y caballos, mandados por Magon, hermano de Anibal y de Asdrubal.

Reunidos los tres hermanos, y deseando dar un golpe que impusiese temor á los españoles, se dirigieron á Illiturgo (Andújar), cuya ciudad, antes suya, se habia entregado al enemigo. Verificaron su designio y la sitiaron con 60,000 hombres; mas no tardaron mucho en llegar los Escipiones con un convoy de trigo y otros víveres, que al fin llegó á poder de los sitiados. Dada la batalla entre ambos ejércitos, Asdrubal, Magon é Himilcon, que eran los jefes defensores de los de Cartago, fueron vencidos con pérdida de cerca de 4,000 prisioneros, experimentando igual derrota cuando por segunda vez sitiaron á Illiturgo.

Despues de estos hechos no ocurrió cosa notable, hasta que repuesto en parte de sus pérdidas el ejército cartaginés, trató de acometer á Intibil ó Incibile, ciudad situada entonces entre Teruel y Tortosa, cerca de la cual obtuvieron los romanos una nueva victoria que costó la vida á Himilcon, uno de los tres jefes de los cartagineses, el cual fué reemplazado inmediatamente por Asdrubal Gisgon. Á pesar de todos los esfuerzos, habia sonado la hora de la expiacion; y los cartagineses iban de derrota en derrota, siendo posteriormente vencidos en Bigerra, en Munda y en Jaen, llamada entonces Auringis.

Llegó por fin el momento de que los dos hermanos, Cneo y Publio, pensasen seriamente en la desgraciada é inmortal Sagunto, que cinco años hacia estaba en poder de los cartagineses. Fueron hácia ella, y despues de un corto sitio, capituló la guarnicion y entregó la ciudad á los romanos. Sus jefes procedieron con gran política; porque tan pronto como se vieron dueños de la ciudad, la entregaron sin dilacion á los pocos saguntinos que por casualidad aun existian. Este hecho tuvo lugar 214 años antes de J. C.

Dirigiéronse luego los dos hermanos á la ciudad de Turba (hoy Villena), causa eficiente del horrible desastre de la antigua Sagunto; desmantelaron primero la ciudad; la arrasaron despues por los cimientos, y vendieron en público mercado á los turboletas que hicieron prisioneros, como si fueran cabezas de ganado. Notable escarmiento, si hubiera seguido inmediatamente á la ruina de Sagunto.

Todo sonreia por entonces á los romanos, así como los cartagineses llevaban en pos la ruina y la desolacion; por esto los Escipiones no queriendo desaprovechar los momentos, determinaron dividirse, dirigiéndose Cneo contra Asdrubal Barceino, y Publio contra Asdrubal Gisgon.

El primero que encontró al enemigo fué Cneo: hallóle en Avitorgis (Alcañiz), repuesto en parte con los refuerzos recientemente recibidos. Empero, no podia hacer frente al romano con esperanza de

suceso, porque este llevaba con sus tropas 50,000 celtiberos, ó españoles, valientes hasta la temeridad; y comprendiéndolo así apeló á la astucia; logró sobornar á los celtiberos, y en un dia abandonaron estos las águilas romanas, dejando casi en cuadro, como hoy diríamos, el ejército de Cneo. Hay autores que no dan por cierta la parte concerniente al soborno, refiriendo que el artero Asdrubal hizo circular rumores, relativos á supuestos destrozos que otro ejército cartaginés hacia en las villas y haciendas de los celtiberos que seguían á los romanos, sin respetar sus familias, y que esta creencia les hizo volar á sus casas. Esto es más propio de la proverbial nobleza y extremado desinterés de los españoles.

Viéndose Cneo sin suficiente ejército, comenzó á retirarse sin mostrar flaqueza, y en sitio conveniente se puso á la defensiva, hasta reponer el pasado é imprevisto descalabro.

En tanto que esto sucedía cerca de Alcañiz, Publio había emprendido una terrible batalla. Cuando ya tenía casi ganada la acción y los soldados comenzaban á entonar el marcial cántico de la victoria, apareció en el campo Masinissa seguido de su caballería compuesta de númidas, denominada veloz ó ligera, cuyos caballos eran rayos, tigres los caballeros; y como á las continuas cargas con que acosaba á los romanos Masinissa se uniese la aparición inesperada del jefe español Indivil con 7,000 bizarros infantes, envuelto por todas partes el valiente Publio, cumpliendo como general y como soldado, recibió un bote de lanza que le hizo caer del caballo sin vida, y el resto de su ejército aterrado con esta desgracia, se dispersó. Los soldados que seguían á Indivil eran suesse-tanos, de Sangüesa, según la más probable creencia y los más entendidos autores; y este suceso tuvo lugar en Murcia.

Cneo, en tanto, calculaba los medios de reponer su ejército, que tan reducido había quedado después de la deserción de los 50,000 celtiberos. No fué larga, empero, su vacilación; porque demasiado pronto comprendió hasta qué punto le había vuelto el rostro la voluble fortuna.

Se hallaba sumergido en una mortal tristeza, inusitada en un guerrero de tan esforzado ánimo, sin acertar á darse cuenta de lo que en su desasosegado corazón pasaba. Mas supo de pronto que los cartagineses del ejército de Asdrubal Gisgon se dirigían á incorporarse con los que mandaba Asdrubal Barcino, y en el mismo instante comprendió toda la extensión de su desgracia. No dudó un momento que si su amado hermano viviese, los dos ejércitos de Cartago no se reunirían; y esta creencia probable se convirtió en realidad, tan pronto como llegaron al campo de Cneo algunos romanos, que dispersos á consecuencia de la derrota y muerte de Publio, refirieron á aquel el funesto suceso.

Pasados los primeros momentos concedidos al justo y legítimo dolor, se mostró tan fuerte como era, decidiéndose á morir, que era el único partido que su dolorido corazón aceptaba; pero á morir con honra, como noble y como valiente.

El ejército enemigo, fuerte por efecto de la reunion de los dos jefes Barcino y Gisgon, no se hizo esperar mucho. Cneo no tenía ni tropa, ni posición para poder resistirle, habiéndose hecho tan numeroso; y decidido á vender cara su vida y la rendición de sus soldados, subió con ellos precipitadamente á una montañuela vecina, desde donde podía oponer mayor resistencia. Empero, conspirando en su daño todos los elementos, según es costumbre de la impía suerte cuando quiere decididamente oprimir á una de sus víctimas, el terreno era pedregoso y duro por una parte; por otra, el tiempo era muy escaso, y no pudo hacer foso ni fortificarse apenas, formando arrebatadamente y casi sin concierto unas trincheras con los bagajes.

Este leve obstáculo fué bien pronto deshecho; la batalla estuvo reñidísima; el triunfo le obtuvo Cartago, como debía esperarse, y Cneo, deseando vengar á su hermano y dar ánimo á sus secuaces como valiente soldado, avanzó á combatir en las primeras líneas, en donde pereció, no sin sembrar primero por el suelo no pocos enemigos, muertos y mutilados.

Estos inesperados desastres, mayores aun por haber causado la muerte de los dos Escipiones, aterraron al Senado romano.

El desaliento comenzaba á cundir en las poco antes vencedoras falanjes; empero, otro animoso jefe, el valiente Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, espontáneamente se dedicó á cortar aquel mal en su misma raíz, comenzando por hacerse cargo de las legiones romanas, las cuales aclamaron por su general á aquel ilustre jefe, á quien tan mortales golpes no habian anonadado.

El entusiasmo comenzaba á renacer de nuevo, porque nada abate más al soldado que carecer de un jefe supremo digno del mando, cuando los exploradores, acercándose precipitados, anunciaron que Asdrubal habia vadeado el Ebro con su ejército, llevando de reserva á Magon con el suyo.

Esta inesperada nueva, la disminucion de las legiones y el estado moral en que estas se hallaban, turbó el ánimo del nuevo general y aun más el de su ejército. Aquel, sin embargo, superando su temor, comenzó á infundir ánimo á sus guerreros con tanta energía como si nada temiese; mas sus palabras eran perdidas, porque ya se divisaban los estandartes de Cartago, y el desaliento de los romanos llegaba á su colmo.

Jamás como en aquella ocasión se vió más claramente, hasta qué punto es verdad que un extremo toca en el opuesto. El pavor de

los romanos les hizo llegar hasta la desesperacion; y causando esta en ellos una especie de vértigo, comenzaron á batirse, impulsados por el instinto de conservacion, como verdaderos furiosos.

Eran los romanos muy inferiores en número; pero sin ser acometidos acometieron tan atrevidamente, que puede asegurarse estaban poseidos de un terrible frenesí. Los cartagineses que, por el contrario, se acercaron seguros de su triunfo, apoyados en su número y animados por sus últimas notables victorias, decayeron de ánimo á consecuencia de la brusca acometida de aquellos á quienes esperaban encontrar rendidos y suplicantes. Apenas esperaron el primer choque; poco despues de llegar huyeron cobardemente, reprochándose su cobardía, pero sin detener la fuga; y los vencedores, sin comprender cómo habian vencido, no dejaban de acosar al aterrizado enemigo.

Asdrubal afligido reposaba sin dormir en su campo, y sus soldados dormian sin recelo ni precaucion. No podian suponer que habiendo salido Marcio con bien de la primera y desigual lucha, se atreviese á buscarlos en sus mismos reales, exponiendo en una segunda accion cuanto con la primera habia ganado.

Con estos pensamientos aguardaba el jefe de Cartago la venida del alba, para procurar reunirse á Magon y juntos los ejércitos dar un golpe decisivo; empero Marcio le sacó de sus meditaciones, apareciéndose en sus reales. Se habia acercado silencioso, y todo el ejército concertado y tranquilo como un solo hombre, mudo y casi receloso al mismo tiempo, como quien va á acometer un grande hecho, cuyo resultado es dudoso y puede ser funesto.

Tan pronto como se vió el romano dentro de las lineas cartaginesas, rompe repentinamente el silencio, comienza el estrago, y decidido á morir ó triunfar del enemigo, acuchilla y ataca con rapidez; y como se habia acercado al campamento cartaginés por varios puntos y en el mayor silencio, y como hubiera encontrado á los enemigos descuidados y entregados al reposo, se cansó de causar muertes y destrozos, escapando Asdrubal en tan horrible noche milagrosamente.

No se contentó con esto el bizarro y activo romano. Se dirigió en el acto en busca de Magon, el cual, por los dispersos y fugitivos del ejército de Asdrubal, sabia ya los desastres de aquella triste noche. Era de dia ya cuando avistó las huestes del otro jefe de Cartago, y los brillantes rayos del esplendente sol no hacian relucir las armas de los romanos, porque venian tintas en sangre cartaginesa. Este funesto espectáculo hizo que rápidamente cundiese el pavor entre las filas de Magon, acuchilladas sin piedad como las de Asdrubal y deshechas miseramente por los secuaces del valiente Lucio Marcio, escapando los jefes á favor de sus veloces caballos. Segun Tito Livio,

tuvo lugar este hecho en las inmediaciones de Tortosa, encontrándose en el campo cartaginés un escudo ó rodela de plata maciza, que pesaba ciento treinta y ocho libras, y tenia en el anverso la imágen ó busto de Asdrubal Barcino.

El heróico Marcio salvó á Roma en España, cuando estaba ya vencida con muerte de sus dos caudillos; salvó á Roma en Italia, porque impidió que Asdrubal fuese á reforzar á Anibal; y sin embargo Roma, pérfida é ingrata entonces como en otras ocasiones, se resintió vivamente de que al dar parte el que habia consumado tan gloriosos hechos, firmara como teniente de gobernador, y en el momento mandó para desempeñar dicho cargo á Claudio Neron, desentendiéndose completamente de Marcio.

Fué este tan buen patricio, que al llegar Neron desde Cápua en donde hacia la guerra contra Anibal, le entregó sin oponer obstáculo el mando, aunque sabia que las tropas le hubieran en todo obedecido; empero, solo amaba á su patria y queria servirla sin condiciones.

Desembarcó Claudio Neron en Tarragona el año 211 antes de J. C., con 11,000 infantes y 1,100 caballos, que se reunieron á las tropas de Marcio; y formando un solo cuerpo, se dirigió en busca de Asdrubal, que estaba aun aterrado con las impensadas y terribles rotas.

Caminando el ejército sin cesar, por la mañana dió vista á los reales enemigos. Estaban estos entre Illiturgo y Mantisa (hoy Cazorla), en un sitio denominado Piedras-Negras. Colocó Neron en desfiladeros y puestos convenientes su tropa, de manera que Asdrubal no pudiera dejar de caer en sus manos; empero, el cartaginés, como en todo trance apurado, apeló á la astucia, viendo que la fuerza le serviria de muy poco. Cuando ya era llegada la noche pidió hablar al romano, para establecer tratos de paz: Neron le dejó acercar y entablaron la negociacion. Dicese que invirtió muchísimo tiempo en presentar proposiciones, dificiles de aceptar, y diversas enmiendas; y en tanto que él dilataba la plática, sus soldados, á favor de las tinieblas y de la fragosidad del terreno, fueron desfilando y poniéndose en salvo. Cuando por el tiempo trascurrido juzgó que la operacion estaria terminada, de pronto metió espuelas al poderoso corcel y desapareció de la vista del asombrado Neron, quedando encendidas las hogueras en el campamento de Cartago, para que viéndolas á distancia, no se sospechase la fuga, mientras se verificaba.

Hé aqui lo único que hizo en España Claudio Neron, y sin embargo, el Senado le prefirió al bizarro Lucio Marcio, que humilló á Cartago cuando Roma estaba humillada y vencida, mientras que su sucesor solo supo dejarse burlar del astuto Asdrubal.

Llegada á Roma la noticia, no hay para qué decir si causaría general disgusto: inmediatamente se trató de dar sucesor á Claudio; mas el Senado y el pueblo vacilaban en la eleccion, así por el término que tuvieran los ejércitos de Cneo y de Publio, como por haber comprendido hasta qué punto eran arteros y falaces los cartagineses.

Varios fueron los nombrados que se apresuraron á dimitir el cargo, renunciando al honor que se les hacia y que temian fuese para su propia ruina; empero, súbitamente se puso de pié un jóven de veinte y cuatro años llamado Publio Escipion, el cual despues de manifestar quién era, añadió que si se le nombraba procónsul, él vengaría á Roma y á su propia familia; porque era hijo de uno de los Escipiones, antes tantas veces nombrado, y sobrino del otro.

En abono de su valor hablaban con grande elocuencia sus antecedentes; porque teniendo diez y nueve años solamente, salvó la vida á su padre en la batalla del Tessino; y cuando despues del formidable destrozo de Cannas la mayor parte de los jóvenes romanos trataban de huir, creyendo ya por completo vencedor y en la misma Roma al general de Cartago, el jóven Escipion desnudando la espada se colocó en medio de la asamblea, y amenazó de muerte al que no desistiese de tan antipatriótico proyecto.

Aceptada la proposicion del jóven Publio, se le mandó poner brevemente en marcha, y poco tiempo despues se embarcó en Ostia con rumbo á Tarragona, en donde tomó tierra seguido de 10,000 infantes y 1,000 caballos, y llevando consigo como tenientes ó legados suyos á su hermano Lucio Escipion y á Cayo Lelio. Publio distinguió mucho al valiente Lucio Marcio, y le llevó siempre consigo.

El primer pensamiento del nuevo caudillo romano se fijó sobre Cartagena. Era la ciudad más fuerte de cuantas en España poseian los enemigos; estaba situada enfrente de Africa; era excelente puerto, y en ella tenian los de Cartago los rehenes españoles, los almacenes, depósitos y provisiones de todo género.

No dudó de la resistencia que los cartagineses opondrian; empero tampoco se le pasó por alto que una vez lograda tan atrevida empresa, podia contarse el enemigo próximamente expulsado de España.

Aguardó Escipion la llegada de la florida primavera, con cuya época coincidió el estar separados entre si los generales de Cartago. Magon estaba en las inmediaciones de Cádiz; Asdrubal Barcino en la Carpetania, antiguo reino de Toledo, y Anibal Gisgon en la boca del Guadiana.

Aprovechando tan buena ocasion, comisionó el romano á Lelio para que siguiese con la armada á lo largo de la costa, en tanto

que él personalmente pasaba el Ebro con 25,000 infantes y 2,500 caballos.

Siete dias invirtieron en el camino, dando al cabo de ellos vista á Cartagena, ocupada entonces por muy escasa guarnicion. No creia Asdrubal que á tanto se atreviesen los romanos, y todo le parecia más fácil que un ataque á la ciudad que era entonces la metrópoli española de Cartago; el emporio de su comercio; el arca de sus tesoros; su arsenal; su armería y depósito de las formidables máquinas de guerra, y, en fin, su mejor puerto en el Mediterráneo.

La escasa guarnicion rechazó con valor varios asaltos en los cuatro primeros dias de asedio; empero cuando estaba al terminar el último, se presentó al caudillo sitiador un desconocido para darle parte de la existencia de un sitio que en las bajas mareas quedaba seco, ó cuando menos en disposicion de dar cómodo paso á los guerreros, para llegar hasta las mismas murallas.

El jóven Escipion, que tuvo el defecto de explotar en más de una ocasion la credulidad del vulgo, diciéndose favorecido de sus dioses, hizo entender á sus soldados que las falsas deidades favorecian la grande empresa que habian acometido; que Neptuno, retirando las aguas del borrascoso mar, les proporeionaría fácil camino para llegar á la victoria.

Hizo, en efecto, Neptuno el anunciado favor á los romanos; porque calculando Publio oportunamente el tiempo, hizo poner en marcha á los que habian de atacar por aquella parte cuando el mar decrecia, y los soldados vieron no sin asombro realizada la profecía de su jefe, á quien tuvieron por un semi-dios. En tanto que aquellos denodados romanos acometian por la parte del mar, Escipion asaltaba por la del Norte; y como los sitiados, ignorantes de que iba á ser la plaza acometida por dos puntos, acudieron á rechazar á Publio descuidando por otros la defensa, poco despues de echadas las escalas y violentada una puerta, quedó Cartagena, con quanto en su seno encerraba, en poder de los romanos, 210 años antes de la venida de J. C.

A pesar de haber sido horrible la carnicería hecha por la desenfrenada soldadesca en los primeros momentos, bien pronto puso coto el jóven general á los desmanes de su ejército, mostrándose él mismo en extremo compasivo y humano. Cuéntase que sus soldados, creyendo complacerle, le presentaron una hermosa doncella que en breve debía desposarse con Alucio, príncipe celtibero. Escipion, sin pararse ni aun á considerar la hermosura de la jóven, mandó buscar á los padres de aquella y á su prometido; y en quanto llegaron á su presencia, habló á Alucio en estos términos: «Jóven español, las prendas que adornan á esta hermosa prisionera,

la hacen digna de que se establezca noblemente. Yo no he podido ser insensible á sus gracias y su posesion me haria el más venturoso de los mortales; pero me consta que la amas con la ternura que ella merece, y renuncio con gusto en tu favor un bien para mí tan apreciable. Vive seguro de que ha sido respetado su decoro, pues no te presentaria yo un don que no fuese digno de tí que le recibes, ni de mí que te le ofrezco: solo exijo en recompensa tu amistad con el pueblo romano, y creo que nunca tendrás motivo para arrepentirte de haberla aceptado.»

Tan bello proceder de parte del conquistador no habló en vano al corazon del noble principe español, quien besando reconocido la mano que le restituia á su amada, aceptó la amistad del romano, confirmandola con unirse á su ejército, seguido de 1,400 escogidos ginetes, montados en magníficos caballos andaluces.

Los padres de la jóven, tambien en testimonio de su eterna gratitud, presentaron á Publio una gruesa cantidad de oro; empero el generoso vencedor, no queriendo dejar imperfecta ó empañada su noble y brillante accion, dándoles sentidas gracias por la muestra de su agradecimiento, pasó intacta la suma á manos de Alucio, diciéndole que la recibiese como dote de su amada.

Tal efecto produjo en España la notable accion de Publio, que un grande número de pueblos se le unieron, manifestando que debia servirse á una república que producía tales héroes.

Fuese cálculo, extraño en un caudillo tan jóven, ó fuese virtud, es lo cierto que el noble proceder de aquel, hizo que el ejército romano se aumentase muchísimo con los cuerpos auxiliares de españoles que diariamente se incorporaban á sus legiones; porque no contento el conquistador con perdonar la vida á los prisioneros, los cuales, á buen librar, por la ley eran esclavos, los dió libertad y los restituyó todos sus bienes, sin exceptuar á los que, siendo primeramente aliados de Roma, se habian pasado á las filas de los cartagineses.

El triunfo habia sido tan completo en el mar como en tierra, porque Lelio habia derrotado la armada de Cartago, apresándola casi todas las naves; y deseando Escipion mandar un digno mensajero á Roma, comisionó al mismo Lelio para que fuese á dar parte al Senado, llevando consigo algunas alhajas y varios prisioneros que reservó, como testimonio de la victoria. Entre estos se contaban varios consejeros de Cartago, y el general Magon, que habiendo venido rápidamente á socorrer á Cartagena, fué hecho prisionero.

La estacion calorosa tocaba á su término, y el aterido invierno dejaba ya entrever su proximidad, en lo mustio y árido de la campiña y en el general despojo de los copudos y frondosos árboles. Por esta razon, y no apareciendo enemigos contra quienes comba-

tir, dejando Escipion suficiente guarnicion en Cartagena, se dirigió á Tarragona, para permanecer en cuarteles de invierno.

No descansaba, sin embargo, Asdrubal Barcino: tan pronto como los rigores de la frígida estacion comenzaron á desaparecer, salió á campaña con todas las fuerzas que pudo reunir.

Por aquel tiempo ya habia regresado Lelio de Roma, en donde le hicieron un casi régio recibimiento, porque llevaba consigo todos los frutos materiales de la última victoria. El general Magon, hermano del primero de este nombre, que defendiera á Cartagena, y muchos senadores prisioneros; setenta y cuatro banderas; ciento y trece naves, que cargadas de viveres y provisiones de todo género estaban ancladas en el puerto; máquinas y aprestos de guerra sin número, y 10,000 prisioneros de condicion noble ó libre: hé aquí cuanto se apresó en Cartagena, además de no pequeño tesoro; habiendo quedado en Roma las banderas, los senadores y el general prisioneros.

Lelio, como dijimos, habia regresado y se dispuso á acompañar á Escipion, que á marchas forzadas iba en busca de Asdrubal. Llevaba tambien consigo por guias y auxiliares á los dos régulos de los ilergetes y de los lacetanos, Indivil y Mandonio, aliados antes de los cartagineses, y que ocasionaron la rota y muerte de Publio; empero la mujer del segundo y los hijos del primero se hallaban en Cartagena cuando la rendicion de esta, y Escipion se los hizo devolver inmediatamente; agradecidos sin duda á tan noble conducta, se le presentaron ambos con sus secuaces y juraron á Roma eterna amistad.

El ejército romano, ó más bien, aliado, dió vista al de Asdrubal cerca de Bécula (Bailén), y poco tiempo despues y á no larga distancia amenazaba trabarse la batalla entre Úbeda y Baeza; pero el de Cartago, hallándose inferior al romano, que habia sido reforzado con varios cuerpos de ejército españoles, y desconfiando de algunos de estos que consigo tenia, antes de que asomara la risueña aurora movió su campo en el mayor silencio, y ocupó unas colinas á cuyo pié se deslizaba un rio, que se cree fuese el Guadalquivir. Subió á dichas alturas, colocó los númidas y los honderos mallorquines á vanguardia, y en una elevacion superior se situó él mismo con todo su ejército.

Cuando la luz permitió ver á Escipion las posiciones que ocupaba el enemigo, no se desanimó, contra lo que este esperaba; por el contrario, mandó atacar con tanto vigor como decision, á pesar de la gran dificultad de la subida. Estaban las cumbres llenas de piedras movibles, y los de Cartago á pié firme y sin dificultad las hacian rodar contra los romanos, sin desperdiciar golpe, obstruyendo el áspero camino y dificultando cada vez más la ascension á la cumbre.

Sin embargo, el gran Escipion por un flanco, y Lelio por el otro, llegaron á los llanos sin reparar en la áspera subida, y allí comen-zó una horrible batalla cuerpo á cuerpo, que no fué larga ni dudo-sa: huyeron los cartagineses, dejando en la tierra 8,000 muertos y 12,000 prisioneros, entre infantes y caballos; entre estos últimos un sobrino de Masinissa, llamado Massiva. A este dió libertad el vencedor, devolviéndole á su tío con un rico vestido y un magnífico caballo que le regaló; pero no obtuvieron los prisioneros cartagi-neses la ventaja de verse libres, y fueron vendidos públicamente como esclavos. No sucedió así á los prisioneros españoles, que re-cibieron libertad sin rescate.

Luego que Asdrubal se creyó seguro y á suficiente distancia, ce-lebró consejo con sus tenientes: en él se decidió que Masinissa con su veloz caballería corriese la España citerior, con el único objeto de molestar á los pueblos españoles aliados de Roma; que Magon pasase á las islas Baleares á reclutar honderos, y que Asdrubal Barcino hiciese continuas levas por la Bética y la Lusitania. De este modo creía el jefe africano poder realizar su marcha á Italia en socorro de Anibal, dejando primero en orden á España, de la cual poseian ya los romanos todas las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética.

Para que Asdrubal Barcino pudiese marchar á Italia, vino en su reemplazo desde Cartago Hannon; y coincidió con la llegada de este el regreso de Magon, que, segun en su lugar dijimos, habia ido á Mallorca á reclutar fundibularios ú honderos.

Ocupábase el gran Escipion en el arreglo de los dominios his-pano-romanos, cuando los dos precitados jefes cartagineses lle-garon, y estos sin detenerse se internaron por la Celtiberia, para continuar las levas de gentes, á fin de aumentar su ejército de res-petable manera.

Sabian que Escipion estaba en Tarragona, pero no contaron con que les iba á los alcances Silano, teniente de aquel, el cual acaudi-llaba un escogido ejército de romanos, considerablemente aumenta-do con numerosos cuerpos de españoles.

Largo tiempo tardaron en encontrarse y venir á las manos; em-pero se avistaron, segun algunos autores, cerca de Segovia. Tra-bóse la batalla entre el ejército de Silano y el de Magon, siendo este último deshecho y puesto en fuga; y al terminarse la accion apareció Hannon de refresco, cuyo ejército no solamente fué igual-mente derrotado, si que tambien el mismo caudillo fué hecho pri-sionero por Silano, cuando apenas habia puesto el pié en España.

En tanto que estos sucesos tenian lugar (año 207 antes de J. C.), formulado el plan de campaña que Escipion se proponia, mandó á su hermano Lucio se dirigiese á sitiar á Oringis ó Auringis (Jaen).

Apenas habia formalizado el sitio, cuando dió el asalto, tomó la ciudad, consintió á los soldados el saqueo, y autorizado por su jefe y hermano, marchó á Roma á dar cuenta al Senado, llevando consigo al prisionero Hannon y 300 nobles cautivos.

Tan crítica como expuesta era la posicion que en España ocupaban los cartagineses. Sus jefes, derrotados ó prisioneros, habian abandonado la península ibérica, y de todos ellos solo dos, Asdrubal Gisgon y el antiguo Magon, permanecian en ella. Pero estaban circunscritos á los confines de la Bética, teniendo casi redneido su dominio á los puntos que ocuparon en un principio, cuando vinieron á realizar la invasion, so pretexto de auxiliar á los fenicios. Es decir, que despues de doce años de sangrientas luchas, de pérdidas y de inmensos sacrificios, despues de haber sido casi los dueños absolutos de España, habian vuelto al estado en que se hallaban pocos meses despues de su llegada á Gades.

No se abatió, empero, Asdrubal Gisgon; lejos de esto, reuniendo el mayor número de cartagineses que le fué posible, y aumentándole con las levás de españoles á quienes violentamente obligaba á tomar las armas, juntó 50,000 infantes y cerca de 5,000 caballos, con cuya respetable fuerza avanzó algun terreno. Cuando esto se verificaba, ya venia en busca de Asdrubal Escipion en persona. Sus legiones no componian el número que las de Asdrubal contaban, aunque traia como auxiliares á Indivil, á Mandonio y al príncipe español Alucio con sus 1,400 caballos. Fácil le hubiera sido aumentar su ejército; pero como cauto general, no se atrevia á contar con muchos de los celtiberos, porque recordaba lo que á su padre y á su tío sucediera: además, sabia muy bien que en la guerra no vence la muchedumbre: triunfan los valientes. No obstante, admitió de un príncipe andaluz llamado Cocca ó Colca, 3,000 peones y 500 caballos escogidos; y con ellos, agregados á las tropas de Indivil, Mandonio, Alucio y las legiones romanas, avanzó decidido hasta dar vista al ejército de Asdrubal.

Vistosos por extremo y por de más brillantes aparecian ambos campamentos, cuyo aspecto bélico encantaba la vista. Ninguno de ambos caudillos se determinaba á tomar la iniciativa; porque el romano comprendia que de la próxima batalla dependia la total expulsion de los cartagineses, ó el que recuperasen mucha parte de lo ya perdido; y el de Cartago, sin desconocer esto mismo, temia la pericia y valor de su contrario, y recordaba los hechos de armas anteriores y recientes, tan funestos para la república africana.

Por fin, Escipion comenzó á poner en movimiento sus tropas avanzadas, y aceptó el reto Asdrubal; empero tanto en aquel dia como en los subsiguientes solo tuvieron lugar varias parciales escaramuzas, hasta que, pasados algunos de aquellos, prepararon las

haces ambos caudillos para dar la batalla; mas el dia acabó con los ejércitos puestos en orden, sin que ninguno de los jefes se atreviese á pasar con sus huestes un fértil y risueño valle que dividia los campamentos; y al descender el sol hácia el ocaso, los cartagineses deshicieron las haces y se recogieron á sus reales, visto lo cual por Escipion, mandó á su ejército retirarse á los suyos.

Convencido el romano de que su contrario estaba tan poco confiado como muy receloso, determinó atacarle por sorpresa, teniendo en cuenta la inferioridad numérica del ejército romano. Al efecto, al rayar el alba, de improviso y rápidamente atravesó el valle, y acometió á los cartagineses en sus mismos reales. Sorprendido Asdrubal hizo un esfuerzo supremo, jugando oportuna y hábilmente su caballería, para hacer salir á los contrarios de su campamento. Entonces tuvo lugar una lucha horrible, como todas las en que solo toma parte una caballería contra otra, hasta que ya en el valle se formalizó la batalla.

Puso Escipion en ambos extremos de la media luna que formara, las más escogidas legiones romanas, y en el centro las tropas auxiliares: Asdrubal, por el contrario, en los extremos de la media luna tenia los auxiliares celtiberos recién reclutados, que jamás llevaran las armas, quedando estos últimos deshechos brevemente.

Acaso no hubiera terminado tan pronto la accion, porque Asdrubal hacia prodigios como general, como soldado, y como quien conocia que aquella lucha era decisiva, que era asunto de vida ó de muerte; mas una espesísima y fuerte lluvia que repentinamente comenzó á desprenderse de las nubes dió fin á la batalla, retirándose los de Cartago en buen orden, hasta que acercándose demasiado los vencedores, se pronunciaron en declarada fuga.

Separados definitivamente ambos campos á consecuencia del fuerte temporal, Asdrubal, favorecido por las sombras de la noche, comenzó á levantar su campamento con todo el posible orden y el mayor silencio. Sin embargo, cuando rayaba la aurora, tuvo aviso Escipion de que el enemigo huía de aquellos sitios; y en tanto que movia su campo, mandó que la caballería alcanzase á aquel y fuese picando su retaguardia. Cumplieron como buenos los bizarros ginetes; contuvieron la huida, y dieron lugar á que llegando los romanos convirtiesen la fuga en batalla, y la batalla en atroz carnicería, dejando el campo cubierto de cadáveres y heridos: baste decir que, segun Mariana, los 54,500 hombres de Cartago quedaron reducidos á unos 7,000, que en union de Asdrubal pudieron salvar la vida guareciéndose en las sierras, y huyendo por las más inculdas é inaccesibles asperezas.

Tuvo lugar la última batalla que hemos referido, entre Sevilla y Córdoba, 206 años antes de J. C. Asdrubal pudo llegar hasta Cá-

diz, en cuya plaza se encerró, única que en union con algunas pequeñas poblaciones de las cercanías constituian entonces los dominios hispano-cartagineses.

Ya entonces Escipion acariciaba en su pensamiento una idea magnífica, pero de inmensa importancia y de difícil realizacion. Le favorecia, sin embargo, el haber quedado casi dueño absoluto de España. Además, el valiente Masinisa, que se hallara en la pasada rota, habia determinado volver la espalda al sol que se ocultaba, y el rostro al que brillante aparecia por el Oriente; que no es de ayer esta infame costumbre. Antes de pasarse decididamente, quiso avistarse con Silano, que estaba amenazando á Cádiz: verificó su entrevista; pasó despues á verse con Escipion, y concertado con ambos, para disimular su traicion hasta el momento oportuno, regresó á Cádiz.

En tanto el caudillo romano continuaba ocupado de su idea dominante: queria herir en el corazon á sus contrarios, y para lograrlo trataba de atacar á la misma Cartago: esta era la idea que, segun antes hemos dicho, de mucho tiempo en su mente acariciaba.

Deseoso de poner por obra su proyecto, marchó en direccion de Africa, con el objeto de tener una entrevista con el anciano Siphax, rey de los númeridas. Verificóse aquella, y quedaron de acuerdo; hecho lo cual volvió Escipion á Cartagena satisfecho del éxito de su viaje, celebrando su regreso con el castigo de otra Illiturgo (hoy Cariñena) y de Castulon, por haberse siempre sostenido contra los romanos.

Para domar la segunda mandó á Marcio, y el fué personalmente hácia la primera, encontrando en ambas los dos jefes heroica y obstinada resistencia. Dícese, sin embargo, que Castulon se rindió más pronto porque hubo un traidor dentro de sus muros, que vendió la plaza; empero sea por esto, ó porque su resistencia cedió de pronto, el vencedor depuso el enojo, y á nadie castigó. No sucedió lo mismo con Illiturgo, cuyos habitantes, bien por efecto del tenaz é indomable carácter aragonés, ó bien porque no esperaban perdon, á consecuencia de haber en otro tiempo bárbaramente degollado á cuantos romanos se refugiaron en sus muros despues de una derrota, se propusieron defenderse hasta el último extremo, y lo realizaron en efecto, rechazando muchas veces á Escipion y sus huestes, llegando á imponerles pavor. Sin embargo, entraron por asalto, degollaron á todo ser viviente, sin exceptuar los niños de mantillas, despues incendiaron la ciudad, con intencion de que ni vestigio quedase de ella, y aun dícese que el terreno fué sembrado de sal.

Consumado tan inhumano y bárbaro hecho, se dirigió á Cartagena con el objeto de celebrar las éxequias de su padre y de su tío,

lo que verificó con extraordinaria y magnífica pompa, dejando encargado á Marcio que sujetase varias ciudades de dudosa lealtad y vacilante fé. Roma se iba mostrando ya tal cual era; no necesitaba halagar á los españoles, porque tenia destruidos á los cartagineses, é iba manifestando su ambicion y avaricia, en toda su repugnante desnudez.

En muy poco tiempo cumplió Marcio las órdenes que recibiera, recorriendo toda la hermosa Bética, casi sin encontrar resistencia: solamente Astapa (situada muy cerca de donde hoy está Estepa) se propuso no entregarse á los romanos. Unidos sus heróicos moradores juraron imitar á los inmortales saguntinos, y no fueron menos puntuales para cumplir latamente su terrible juramento.

Viendo el valiente Marcio que le cerraban las puertas, formalizó el sitio; los sitiados hicieron varias salidas, batiéndose denodadamente; obligaron al orgulloso y fuerte romano á aceptar una formal batalla, y cuando ya no les fué posible obrar más inusitados prodigios, copiando puntalmente las últimas escenas de Sagunto, pusieron sobre una inmensa pira de leña todas sus ropas, preseas y alhajas, con las mujeres, los ancianos y los niños; y cuando vieron que la defensa no podia prolongarse más, incendiaron la pira, que devoró de consuno las inocentes víctimas con sus riquezas, en tanto que los belicosos jóvenes se batian para impedir la entrada, porque ninguno de ellos la queria ver. Se cumplió su terrible y funesto deseo: cuando pisaron el suelo de Astapa los romanos, habia perecido hasta el último español de los que tan heróicamente la defendieran.

Algunos historiadores no saben explicarse exactamente por qué se hizo más célebre el nombre de Sagunto que el de Astapa, habiendo sido igual el glorioso fin de ambas. Créese por unos que tenga parte en ello el haber sido romanos los primitivos historiadores; y por esta causa no encomiaron la gloria de Astapa, que se defendió contra los suyos, como la de Sagunto que se defendió contra los cartagineses. No encontramos acertado este juicio, porque en idéntico caso se halla Numancia, de la cual muy en breve nos ocuparemos, y su celebridad si no superó, igualó por lo menos á la de Sagunto. Más bien nos adherimos al parecer de los que creen que Astapa fué menos nombrada porque no era tan opulenta, grande y poderosa como la memorable ciudad á que dignamente imitó, del mismo modo que las hazañas del oscuro soldado, por mucho que se elogien, nunca son tan encomiadas y aun exageradas como las del caudillo, ni los servicios del humilde servidor son jamás ensalzados al nivel de los que prestan los magnates, siquier sean menores en importancia y valor.

La heróica firmeza, y la exagerada abnegacion de los habitantes

de la célebre Astapa, hicieron grande efecto en el ánimo de Marcio; porque como valiente, apreciaba y respetaba el valor. Sin embargo, obedeciendo al supremo caudillo, dió cima al proyecto de sujetar todas las ciudades que aun resistian en la Bética, dejando reducida la dominacion cartaginesa al puerto de Cádiz.

Era gobernador de esta ciudad el antiguo Magon, y comprendiendo que en la extrema derrota y aniquilamiento de Cartago pocos, muy pocos, le serian fieles, estaba vigilante á toda hora, y tuvo aviso de que se fraguaba un complot para entregar la plaza á los romanos. En el acto arrestó á todos los jefes de la conspiracion, y los hizo embarcar en una flota que se dirigia á Africa, mandada por Adherbal.

Súpolo el activo Escipion, y mandó á Lelio saliese al encuentro de aquel y le atacase: este lo verificó en las aguas de Algeciras, apresando y destruyendo la armada de Cartago, de la que solo escapó Adherbal en una galera, á fuerza de remos.

Hecho esto se reunieron Lelio y Marcio para tomar á Cádiz; empero tuvieron que desistir por entonces de su propósito, porque la ciudad estaba egregiamente fortificada y defendida.

Roma, casi dueña de España, estuvo á punto de perder cuanto llevaba ya ganado; porque una violenta y peligrosa enfermedad atacó repentinamente á Escipion, poniéndole en tan grave peligro que se esparcieron voces de su muerte.

Tan pronto como circuló esta noticia, comenzaron á agitarse sordamente muchas ciudades que, aunque tarde, comprendian que solo habian cambiado un yugo por otro. Dieha agitacion tomó cuerpo y mayores proporciones, porque los dos hermanos españoles Indivil y Mandonio, creyéndose desligados de la alianza que con Roma habian hecho por agradecimiento hácia Escipion, proclamaron de nuevo la independencia de su patria. Contribuyó á dar más importancia á los parciales movimientos, la sublevacion de todas las legiones romanas que acampaban en las dilatadas márgenes del Ebro: aquellas, creyendo muerto á su caudillo, se amotinan y piden en tumulto las pagas que á los individuos se debian, llegando hasta el exceso de deponer á sus jefes y reemplazarlos con soldados electos por las mismas legiones.

En seguida se dirigen á Cartagena con ánimo de establecer el orden y gobierno que mejor les parezcan; mas al llegar á la ribera del Júcar recibieron la noticia, poco grata entonces para ellos, de que Escipion vivia y que estaba completamente restablecido. Algunas horas despues no pudieron dudar de la exactitud de esta noticia; porque Escipion en persona vino á encontrarlos, y muy en breve los envolvió con el ejército que traia. Luego que los tuvo vencidos, castigó con pena de la vida á los que habian sido cabezas del

motin, y á los demás les ofreció pagarles de los tesoros de los dos españoles sublevados, contra los cuales se dirigieron en el acto los romanos vencedores y vencidos.

Indivil y Mandonio, que por sus espías y exploradores supieron lo que cerca del Júcar habia sucedido, repasaron el Ebro; mas sin embargo, los alcanzó Escipion, y como llevaba un ejército mucho más numeroso, los venció y persiguió durante algunos dias, hasta que convencidos de que no podian luchar contra Roma, se entregaron apelando á la clemencia del vencedor, el cual usó con la mayor benignidad de la victoria. A nadie quitó la vida, y se limitó á cumplir la palabra que diera á sus legiones, de pagarlas con los tesoros de los dos régulos ó principes españoles, á los cuales exigió una contribucion tan fuerte cuanto fué necesario para realizar el completo pago de sus tropas.

Por entonces regresó de Africa Masinissa, á donde habia pasado con el objeto de reclutar caballería. Trajo en efecto consigo algunos millares de númidas, figurando que venian en socorro de Cartago; empero ya tenia concertado su plan con Escipion, el cual se acercó á Cádiz y tuvo una entrevista decisiva con el africano, jurándose en ella una eterna amistad, que ninguno de los dos quebrantó jamás, y acordando la manera de arrancar la ciudad de Cádiz á los cartagineses. Este concierto era inútil, porque Magon, que mandaba la plaza, estaba tan convencido de que no era posible defenderla mucho tiempo, que embarcó en sus naves cuantas riquezas tenia acumuladas en la antigua Gades, y siguiendo las instrucciones del Senado, salió de aquel puerto, dejando el gobierno de la ciudad á Masinissa. Antes de esto, y para reunir oro y plata, hizo grandes y onerosas exacciones, sin perdonar las alhajas y metales preciosos que habia en los templos de sus falsos dioses.

Embarcado Magon tomó el derrotero de Cartagena, su antigua metrópoli, con ánimo de atacarla por sorpresa; mas la guarnicion hispano-romana le rechazó tan enérgica y decididamente, que emprendió de nuevo su rumbo hácia Cádiz, en donde no pudo penetrar. Masinissa habia abolido ya la autoridad de Cartago, y Roma imponía en la expresada ciudad, por lo cual Magon se recogió al puertecillo de Cimby's. Desembarcando allí, tomó el terreno necesario para establecer su campo, y envió mensajeros á la ciudad para quejarse de la novedad que observaba, añadiendo que deseaba hablar con los magistrados.

Estos aprovecharon la ocasion para ofrecerse al caudillo de Cartago, alegrándose de poder sincerarse, manifestando á Magon la traicion de Masinissa; pero tan pronto como se presentaron al villano cartaginés, fueron inhumanamente azotados y despues muertos en cruz, suplicio el más doloroso y vil que entonces se conocia, pa-

gando de tan cara manera su credulidad y falta de prevision, al tratar con gente tan pérfida como la de Cartago.

Tal fué la despedida que   España dieron los cartagineses: una traicion los introdujo en España; con una villanía se despidieron, y su dominacion fué una no interrumpida s erie de infamias y desmanes, abandonando la península ibérica el año 205 antes de J. C.,   los catorce de su aparicion en las costas de Cádiz, y cinco despues de la llegada del gran Escipion.

Antes de retirarse Magon   Cartago, se dirigió a las Baleares y dispuso el desembarco en la isla de Mallorca; mas no pudo verificarse porque lo impidieron las certeras piedras de los honderos, y el cartaginés tuvo que retirarse   Mahon, cuya ciudad fundó, segun algunos, y segun otros existia ya, y solo la di  su nombre.

Por este tiempo el gran Escipion fundó la bella Itálica, cuyas ruinas dieron motivo   los sentidos y hermosos versos de nuestro célebre Rioja, situándola en las inmediaciones de Sevilla, en un punto llamado anteriormente Sancios, y destin ndola para municipio romano. Fué muy notable por haber visto en ella la primera luz los tres célebres emperadores Trajano, Adriano y Teodosio.

Quedaron, pues, los romanos libres de contrarios en España, aunque sin poder jactarse de que toda la nacion los queria; pero no habiendo ya extranjeros con quienes combatir, la empresa de conquistar toda la nacion, valiéndose de la energía   del halago, segun las circunstancias les aconsejasen, les parecia mucho más fácil y hacadera.

Viendo Escipion que habia logrado abatir   sus contrarios y expulsarlos de España, se dirigió   Roma, para dar cuenta al Senado y gracias á sus dioses en el Capitolio.

Su entrada en la ciudad eterna fué magnifica. Le precedian en la marcha varios vistosos carros, en los que conducian el oro y la plata cogida en España, que, segun Tito Livio, llegaba á 14,542 libras en barras, y una cantidad análoga en moneda acuñada.

El Senado se reunió para esperarle en el magnifico templo de Belona, diosa de la guerra, y le acogió, lo mismo que el pueblo, con victores y palmas, escuchando, pendiente de sus labios, cuanto con la energía del valiente y la modestia del verdadero héroe refiriera, dirigiéndose á los senadores y al entusiasmado pueblo. Mas terminado su interesante relato, expuso su idea dominante de atacar   Cartago y herir en el corazon   la célebre república africana, su mortal enemiga.

Indescribable fué el entusiasmo que despertó tamaño pensamiento entre la multitud; empero no fué acogido con la misma unanimidad por el Senado. Cuando se ve descollar un hombre sobre la multitud, en la cual no comprendemos solamente á las clases



infimas del pueblo, rara vez dejan de aparecer envidiosos rivales, aunque se consideren inferiores al héroe de la época. De aquellos tenía no pocos el gran Escipion, cuyos pensamientos fueron expuestos ante la asamblea por Caton y por Fabio. Venció, sin embargo, la mayoría, y fué comisionado el invicto caudille para pasar á Sicilia, con facultad de dirigirse á Africa, si una imperiosa y verdadera necesidad lo exigiese.

Pasó en efecto á Italia, mas no tardó mucho en encontrar razon para marchar hácia Cartago; porque sabido es que nunca dejan de encontrarse fuertes motivos para ejecutar lo que uno más desea.

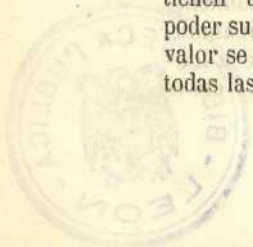
Verificó su desembarco en África con una armada y un ejército formidables, que hicieron estremecer de espanto á la aterrada y atónita república. Presentia sin duda que era ya llegada la hora de la expiacion; que se acercaba el momento en que el cielo iba á consumir la justa venganza, por la que sin cesar clamaban las infinitas victimas de la desmedida ambicion de la que soñara en su inaudito orgullo llegar á ser la dominadora del universo entero.

Contaba Escipion con los auxilios de Masinissa y de Siphax, rey de los nómadas: el primero no faltó á su palabra; empero el viejo soberano le dejó burlado, agregándose á los cartagineses. Hubiérale sido de mayor provecho no haber quebrantado la palabra empeñada; porque Escipion, en tanto que repetia los mensajes para entablar negociaciones con Siphax, deseoso de dar á este una dura leccion, atacó una noche por sorpresa el campamento africano; incendió las tiendas; entró á sangre y fuego llevando en pos la desolacion y la muerte, tendiendo sobre el campo 40,000 africanos.

Fué muy mal mirada por los mismos romanos tamaña alevostia, menor sin duda si no la hubiera hecho ser en sus resultados tan copiosa de sangre; empero el romano, para cohonestar su artera y cruel accion, apeló, como en otras ocasiones, al supersticioso fanatismo, asegurando á los suyos que la horrible carniceria habia sido un justo castigo de los dioses, los cuales le habian inspirado la realizacion del execrable hecho.

Este funesto prólogo del horroroso drama cuya terrible ejecucion iba muy en breve á verificarse, obligó al Senado cartaginés á llamar á su seno al heróico Anibal, que en más felices tiempos para Cartago, fué el terror de la ambiciosa y prepotente Roma.

Los dos héroes de aquel feroz y guerrero siglo iban á verse frente á frente, y esta circunstancia parecia indicar que la lucha seria duradera, y dudoso su definitivo resultado. Sin embargo, los héroes tienen una mision que cumplir sobre la tierra, emanada de un poder superior y omnipotente: cuando la mision ha terminado, el valor se extingue, el talento se amengua, y el desacierto preside á todas las operaciones del que antes siempre acertara, como si un



benigno y poderoso genio le inspirase. La voluntad del cielo es irrevocable, y ya tenia decidido que el refulgente sol de Cartago descendiese á su ocaso.

Llegado Anibal á Cartago, se enteró por menor del estado de aquella república; temió á su contrario, y este no temió menos al entendido y valiente caudillo cartaginés; porque el valor y el talento honran siempre al talento y al valor, siquiera se ostenten en el mayor enemigo. Por esto, sin duda, antes de apelar á las armas, acordaron celebrar una entrevista, y se reunieron bajo el modesto lienzo de una tienda de campaña.

Largamente discutieron, con tanta paz y tan completa armonía como si muy cordiales é íntimos amigos fueran; empero el resultado de aquella plática no fué otro que el de afirmar á los dos en su creencia de que las dos repúblicas no podían existir: era forzoso que una de ambas sucumbiese, y cuál habia de ser esta no podia decidirlo sino las armas.

Poco despues de termina la la entrevista, se dió la famosísima batalla de Zama, en que el justamente célebre y temido Anibal fué vencido por el rayo de la guerra, por el gran Escipion, quien confesó noblemente las elevadas dotes de su enemigo, del cual en diversas ocasiones repitió que envidiaba los talentos militares.

La fuerte pesadumbre que oprimiera á Anibal, le obligó á huir á los países más remotos, en direccion de Levante. Se duda si antes ó despues de su fuga se establecieron las condiciones de paz que impusiera á Cartago el vencedor; es muy probable que huyese antes, para no ver la deshonra y humillacion de su amada patria, por la que tanto habia hecho, y á la que tanta gloria habia dado en más felices dias, haciendo que se estremeciese de pavor la orgullosa república romana.

Vergonzosas y duras fueron, en efecto, las condiciones impuestas por Escipion, las cuales pueden resumirse de la siguiente manera: Cartago renunciaria á todas sus posesiones de fuera de África; entregaria cincuenta personas de las más nobles y elevadas de la república, escogidas por el mismo Escipion, que servirian de rehenes; pagaria á Roma 10,000 talentos de plata en cincuenta plazos; y por último, entregaria á Escipion todas las naves que constituian su armada.

Cuánta pena causaria esta última condicion á los cartagineses, no hay para qué expresarlo: baste decir que humillada y afligida, vió quemar ante sus mismos ojos cerca de 700 de sus mejores naves; justo castigo de no haber sabido impedir con ellas el desembarco de su enemigo. Pero aun fué más humillante y dura, si se quiere, otra condicion, por la cual se obligaba Cartago á no emprender en lo sucesivo ninguna guerra sin que fuese aprobada y

permitida por Roma; quedando aquella república pobre, desprovista, á merced y tutela de su siempre irreconciliable enemigo.

Tampoco olvidó Escipion á Masinissa; porque exigió que le devolviese la república cuanto sus mayores habian poseido, dándole para resguardo cien personas en rehenes, y á todo accedió Cartago; todo lo aceptó sin vacilar. Tal era su estado de postracion y abatimiento, que se resignó á sufrir su vergüenza, no teniendo bastante valor sus soldados para perecer como los de Sagunto y Astapa, antes que ver el triunfo del contrario y la propia humillacion.

Magon no vió la ruina de su patria, porque habia muerto ya, á consecuencia de una antigua herida. En cuanto á Siphax, rey de los nómidas, que fué hecho prisionero por Lelio y por Masinissa, á causa de su ancianidad ó de la pesadumbre de verse destinado á entrar encadenado al carro del vencedor, segun costumbre de aquella época, falleció cerca de Roma y evitó con la muerte su última y más dolorosa ignominia.

El triunfo de Escipion al presentarse en Roma, quizá fué el más notable de cuantos le precedieran, y quitó á los sucesivos la esperanza de superarle. El Senado, teniendo muy presente que Escipion habia terminado la segunda guerra púnica con tanta gloria de Roma, y cuantas hazañas habia obrado contra Cartago, le acordó para distinguirse de sus mayores el renombre de *Africano*, y por *Escipion el Africano* le conoce la historia.

De esta manera terminó en España la dominacion de Cartago, y de la misma desapareció la antigua y poderosa república, árbitra en otro tiempo de los destinos del mundo, y á quien emponzoñara su misma ambicion, como mató despues á Roma y hará sucumbir más pronto ó más tarde, á cuantos en ella cifren su porvenir y su gloria.

ÉPOCA TERCERA.

ESPAÑA ROMANA BAJO LA REPÚBLICA.

Al abandonar Escipion á España, dejó encargado el gobierno de esta á los procónsules romanos Lucio Cornelio Lentulo, y Lucio Manlio Acidino (año 201 antes de J. C.). Una vez ausente Escipion, comenzaron á moverse los defensores de la independencia de España; porque aquel caudillo se habia hecho respetar y querer, y todos estaban á raya, unos por agradecimiento, otros por temor, sin embargo de que aun los más agradecidos llevaban pesadamente el yugo, y veian claramente que la proteccion era el bello manto que encubria la horrible esclavitud.

El movimiento, parcial y latente si se quiere, era cada dia impulsado por los desmanes y vejaciones que á toda hora cometian los pretores de Roma; por manera que no era difícil prever cuál seria el término de aquella exacerbacion y oculta ira, que no podia tardar mucho en estallar.

Los primeros á desnudar el temido acero, fueron los régulos Indivil y Mandonio, terminando el primero su brillante y gloriosa vida militar desgraciadamente, traspasado de una saeta en medio de una sangrientísima refriega dada por los ilergetes y sedetanos, en donde hoy está la ciudad de Vich, en número de 30,000 peones y más de 4,000 ginetes. Entonces no habia, como en la época anterior, auxiliares en uno ú otro bando; peleaban españoles contra romanos, llevando estos la ventaja de los conocimientos y práctica

de la guerra, y lo escogido y avezado de las legiones; empero esta batalla fué por demás fatal á España, quedando sobre el campo 13,000 soldados, dispersos y en fuga los demás, Indivil muerto y Mandonio prisionero.

Esta derrota hizo que por entonces se restableciese la paz, aunque ficticia, como hija de la necesidad y de las circunstancias; pero el rencor y el odio, más que nunca vivos y animados, existían en el corazón de los independientes españoles. Sin embargo, por entonces la impotencia les hacía sufrir y callar; por lo que pasaron algunos años y se relevaron diversos pretores, sin que ocurriese cosa que sea digna de mencionarse. Lentulo pasó á Roma, para pedir los honores del triunfo por haber sujetado la sublevación de Indivil y Mandonio; vino en su reemplazo Cayo Cornelio Cethego, y por entonces poco más ó menos debió tener lugar la división de España en ulterior y citerior, comprendiéndose en la primera la Bética y la Lusitania (Andalucía y Portugal), y en la segunda todo el resto de la península.

El año 192 antes de J. C. vino á España Cneo Sempronio Tuditano, en calidad de pretor de la España citerior, y encontró más difícil de lo que creía el gobierno de los belicosos españoles. La derrota de Indivil y Mandonio, después de una obstinada lucha, no había extinguido el fuego del puro amor patrio; le había amortiguado nada más, y solo hacía falta un caudillo que inspirase confianza y ánimo al independiente pueblo español. Hallóle cuando menos lo pensaba, en un hombre que en otro tiempo había favorecido á los romanos contra los cartagineses; empero solo pugnaba entonces por destruir á Cartago, cuya larga dominación le era en extremo odiosa, y viendo que la alianza de los romanos era un verdadero y horrible sarcasmo, libre ya de Cartago, se sublevó contra la orgullosa Roma.

Hablamos de Colca, á quien no nombramos ahora por primera vez, el cual, unido á otro hombre poderoso y valiente llamado Luscinon, salió á campaña seguido de numeroso ejército.

Acudió Tuditano á sofocar la sublevación; mas tuvo necesidad de aceptar la batalla, que fué sangrienta, porfiada y dudosa, quedando la victoria por los españoles, los cuales pusieron en fuga á los romanos é hirieron al mismo caudillo. Tan dura lección apesadumbró de tal manera á Tuditano, que á consecuencia de su violento dolor se le exacerbó las heridas, y la gangrena le ocasionó la muerte.

Este rudo golpe originó un serio conflicto en la capital de la república, porque no le esperaban: él hizo ver de lo que eran capaces los españoles, poniendo de manifiesto la inmensa dificultad de llevar á cabo la conquista. En tanto que se trató de arrojar á los carta-

gineses de la península, Roma contaba con la alianza eficaz y poderosa de gran parte de España; por temor, por engaño ó por crédula ignorancia, los españoles estaban fraccionados; pero ya los pueblos se habian unido, identificando sus deseos é intereses, para romper el nuevo yugo con que se trataba de oprimirles.

En el Mediodía de España la guerra con Roma tenia diverso carácter que en el resto de la península. Por aquel tiempo ya habia pedido Cádiz al Senado que la ciudad fuese declarada libre ó franca; porque siempre aliada de Roma, se habia unido á ella, y no habia sido conquistada. El senado accedió á la demanda de la antigua Gades, y esta decision del senado romano dió gran renombre á la expresada ciudad, que fué considerada como metrópoli de la bella Bética.

En tanto pululaban las partidas de guerreros por el resto de España, las cuales, si no servian para destruir en grandes masas las falanges romanas, las diezmaban y batian en detalle, colocándolas en un estado precario y violento, no dejándoles vivir ni reposar con seguridad á ninguna hora ni en parte alguna. Dichas partidas habian tomado mayor ánimo y aumentádose mucho á consecuencia de la formidable derrota y muerte de Tuditano, que no há mucho hemos referido; y si las legiones con su opresora fuerza lograban sofocar la insurreccion en una provincia, la disolucion de una partida era señal de muchas y simultáneas sublevaciones; cada gota de sangre española derramada producía veinte guerreros prontos á vengar la muerte de su compatriota, sellando en caso necesario con la sangre tambien la noble causa de la independencia de su amada patria.

El angustioso aspecto que presentaban los asuntos de Roma en España, hizo que el Senado determinase mandar á la península ibérica á Marco Poncio Caton, llamado Censor ó Censorino, en cuyo talento, valor y rectitud, tenia completa confianza.

Embarcóse Caton en Porto-Venere, acompañado de Publio Manlio, nombrado pretor de la España citerior, de Appio Claudio Nerón, elegido para el mando de la ulterior, y seguido de dos legiones de escogidos infantes y de 5,000 buenos ginetes, á bordo de 25 galeras.

Llegado á España el nuevo procónsul desembarcó en Cataluña, y sin efusion de sangre hizo salir de la ciudad de Rosas los soldados españoles que la guarnecian, dejando en ella para custodia la tropa romana.

Tenia gran fama Caton de hombre íntegro y morigerado; su conducta en Rosas agradó mucho, y fuese por esto ó fuese por la buena fama, recibíronle de amistosa manera en una parte de Ampurias; y decimos en una parte, porque esta ciudad estaba dividida

por medio de un muro, que separaba el sitio que ocupaban los griegos de origen, del que habitaban los españoles. Comunicábanse ambos para cuanto les convenia por medio de una puerta única, colocada en el centro del muro; y de noche guardaba y vigilaba cada uno la entrada, dentro de la respectiva línea divisoria, á fin de que ni los griegos pudieran pasar á la parte española, ni los españoles á la de los griegos.

Estos eran sumamente afectos á los romanos, y les recibieron como queda dicho; empero los españoles, declarados ya enemigos irreconciliables de los nuevos opresores, se decidieron á defenderse, confiados en su número, inmensamente mayor que el de los griegos, en su proverbial valor y en su férreo carácter.

Tenia Caton sentados sus reales cerca de la ciudad, cuando se le presentaron unos enviados de Belistages, hombre de gran prestigio entre los ilergetes que estaban confederados con los romanos, á pedirle socorro contra los sublevados que odiaban á Roma y á los que eran sus fieles aliados.

El procónsul les hizo ver lo escaso de la fuerza que tenia, y el riesgo que podia correr si la desmembraba; mas tales fueron las vivas instancias y las angustiosas súplicas de los emisarios de Belistages, que fingiendo Caton acceder á sus ruegos, mandó embarcar una parte de sus tropas, diciendo á los embajadores que marchasen delante y animasen á los suyos, en tanto que llegaba el socorro que iba luego á enviar.

Casi coincidió con el embarque de los romanos la aparicion á poca distancia de un fuerte ejército español. El procónsul, sin perder momento, mandó desembarcar á sus legiones; á favor de las sombras de la noche hizo que una parte de aquellas atravesase por sendas y sitios excusados á la retaguardia de los reales enemigos, y al romper el alba dispuso que tres de sus cohortes ó compañías atacasen las trincheras de los españoles.

Esta sorpresa pareció muy mal augurio para aquellos; porque ni estaban preparados, ni esperaban que estando á su frente los enemigos, una parte de ellos, cuyo número ignoraban, viniese á atacarlos por el lado opuesto.

Sorprendidos de este modo, y teniendo necesidad de acudir sin preparacion á las armas, lo verificaron sin orden ni concierto. Sin embargo, diremos en honor de los españoles, que á pesar de la enunciada desventaja, no se rindieron sin pelear y como hombres en quienes el temor, hijo de la sorpresa, embotase el connatural valor. Lejos de eso, la batalla fué tan larga como dudoso su resultado: los romanos se vieron arrollados y deshechos tantas veces, que el mismo Caton personalmente se arrojó á los trances más expuestos y rudos de la accion, para que viendo sus tropas hasta qué

punto despreciaba su vida en defensa de la república, no estimasen los soldados la propia en mayor grado que el supremo caudillo la suya. La victoria fué, por fin, de Caton, y la sangrienta batalla tuvo lugar no muy lejos de Ilerda (hoy Lérida). No podemos designar fijamente el número de muertos que hubiera de una y otra parte, porque el mismo Caton no le determina en la relacion que remitió al Senado, limitándose á decir que fueron muchos; y las cifras que algunos autores antiguos señalan, son refutadas por otros, que las creen, en nuestro entender con razon, sumamente exageradas.

Esta victoria hizo que se restableciese por entonces la tranquilidad en toda aquella línea hasta el Ebro, por lo cual se dirigió Caton á Tarragona, en tanto que los pretores sofocaban algunos chispazos de insurreccion; movimientos parciales y de escasa importancia en sus resultados del momento, pero que eran vivas y elocuentes protestas contra la opresion, y señales infalibles de que las cadenas serian en mil pedazos deshechas, tan pronto como la ocasion se presentase propicia.

No estuvo Caton tranquilo mucho tiempo. La Bética, que nada habia dado que hacer mucho tiempo hacia á los romanos, comenzó tambien á mostrarse hostil y deseosa de contribuir á la grande obra de la libertad é independencia de España. La insurreccion iba tomando alarmantes proporciones, y el pretor Publio Manlio se veia vivamente atacado por los habitantes de Turdeto, ciudad que algunos fijan no lejos de Cádiz, en donde hoy está el Puerto de Santa Maria; y aunque el cónsul pensaba acudir á socorrerle si la insurreccion se prolongaba, determinó dejar asegurada la dominacion en todo el territorio que ocupaba y que estaba dividido por la ribera del Ebro.

En tanto, se habia proclamado la independencia de España en la region mediterránea de la provincia de Tarragona, cuyos naturales se llamaban lacetanos. Esta provincia confinaba por el Poniente con los ilergetes, enemigos terribles é irreconciliables del nombre romano, cuyo territorio tenia sus límites cerca de los vascones, ocupando la extension que media desde los Pirineos en direccion de Huesca, llegando hasta Lérida y Fraga, contando por límite el rio Segre desde Urgel al campo de Balaguer. Tocaban por el Oriente con los laletanos, en cuyo territorio estaban comprendidas Barcelona y otras importantes ciudades. Tambien se hallaban en Cataluña los ausetanos, que tomaban el nombre de Ausa su capital, y otros diversos pueblos, todos enemigos de la opresion, todos belicosos, y todos de firmísimo carácter. Estas circunstancias, el extraordinario número de españoles aptos para las fatigas de la guerra, y el ver que aparecia el incendio en tres ó cuatro partes simul-

táneamente en cuanto lograban sofocarle en una sola, tenían inquietos al procónsul y á los pretores. Cada día echaban más de ver la importancia de la alianza con España, sin la cual no hubieran expulsado á los cartagineses, y la gran dificultad de dominarla por fuerza de armas.

Subdivididas las de Roma para atender á diversas partes, el conquistador intentó en su arrolladora carrera tomar á Segoncia (Villavieja, segun Lafuente, y Sigüenza, segun Mariana, en la provincia de Guadalajara); pero lo intentó en vano. Sin embargo, fué sujetando las sublevaciones, y apelando á las terroríficas medidas, castigó dura é inhumanamente á los moradores de diversas ciudades; á unos, como esclavos, los vendió en público mercado; á otros los pasó á cuchillo, y se asegura que en menos de un año hizo demoler, ó más bien arrasar, cerca de cuatrocientas poblaciones.

Estas bárbaras y atroces disposiciones sosegaron las revueltas; empero multiplicaron los enemigos y aumentaron el rencor, el cual lo experimentaba de terrible manera todo romano que se separaba, aunque solo fuera durante cortos momentos, de la respectiva cohorte.

En tanto que todo esto se ejecutaba, no descuidaba Caton la manera de acumular riquezas para mandarlas á Roma; porque personalmente fué hombre de grande integridad y pureza, declarado enemigo de la inmoralidad, é infatigable perseguidor del dolo y del fraude. Por esta razon él no se enriqueció, como hicieran sus antecesores; pero aumentó considerablemente el público tesoro, porque hizo trabajar y beneficiar con el mayor conato las abundantes minas que por do quiera encontraba, y al regresar á Roma, poco tiempo despues de ejecutar tan fuertes é inusitados castigos, para recibir los honores del triunfo, llevó consigo 1,400 libras de oro, y algunas menos de plata, que ingresaron en el tesoro de Roma, é hizo á cada uno de sus soldados un buen donativo.

Diversos pretores vinieron á España, despues de la marcha de Caton, sin que durante algunos años sucediese cosa notable ni digna de mencionarse, porque solo ocurrieron sublevaciones parciales más ó menos pronto sofocadas, y se impusieron diversos castigos, menos ó más crueles. Sin embargo, para que el lector no carezca de las precisas noticias, y á fin de no sobrecargar la narracion de datos indiferentes ó de escasa importancia, insertaremos al terminar esta tercera parte una tabla cronológica de todos los procónsules y pretores que gobernaron en España, sin omitir ni aun los nombres de aquellos cuyo gobierno fué menos importante. Del mismo modo lo verificaremos en el respectivo lugar con los emperadores, cuyo gobierno ó administracion corresponde á la época cuarta; haciéndolo tambien con los reyes godos; con los de Astu-

rias, Galicia y Leon; con los jueces y condes de Castilla; con los condes de Aragon y de Barcelona; con los reyes moros de Toledo, de Valencia y de Granada; con los almoravides y almohades de Córdoba, y con cuantas noticias puedan contribuir á aclarar y perfeccionar el conocimiento de la historia patria. Volviendo á esta, diremos que solo dos hechos fueron los más notables, despues de los que hemos referido, en una série de cinco ó seis años.

En el 186 antes de J. C., lograron reunir los celtiberos un numeroso ejército, con el cual retaron al opresor denodadamente. Dióse la batalla en las inmediaciones de Toledo, en las frondosas riberas del Tajo, y Marte se mostró propicio á los heróicos y oprimidos españoles durante largo rato, en términos que las legiones de Roma se vieron envueltas primero, despues arrolladas y casi en dispersion.

Mandaba á los romanos Cayo Calpurnio, el cual, con un ánimo y esfuerzo superiores á toda exageracion, avivando el ardor de los soldados con sus palabras y con su valor, logró despues de una gran lucha que los vencidos fuesen vencedores y estos arrollados y puestos en fuga, quedando en el campo más de 20,000 celtiberos, y no muchos menos de los opresores.

Posteriormente (en 182) tuvo lugar otro sangriento y encarnizado combate, en los campos de Ebury (Talavera de la Reina), muy semejante al anterior en su feliz principio y fatal desenlace, merced á un ardid de Quinto Fulvio Flaco, que mandaba á los romanos.

La sucesion de los tiempos, que todo lo agota, destruye ó aniquila, producía en España un efecto diametralmente opuesto; porque en vez de disminuir el odio que los españoles profesaban á Roma, se aumentaba cada dia con visible acrecimiento. Diversas circunstancias á cual más poderosas, contribuían á hacerle inextinguible. Los triunfos que obtenían en España los romanos, eran casi siempre hijos de ardidés, de engaños, de traiciones: eran valientes los soldados de Roma; empero no en mayor ni aun en igual grado que los españoles. Por otra parte, estaba en el corazon de estos perennemente vivo el ingrato recuerdo de la artera maña con que se insinuaron en su afecto, y dieron comienzo á su fatal y execrable dominacion; y para coronar todo esto, la sórdida avaricia y facinerosa rapacidad de los procónsules y pretores, acababa de exasperarlos y poner á ruda prueba su sufrimiento y resignacion.

Entre todos ellos, célebres en el expresado funesto concepto, fuera de Caton, descolló por sus actos calificados de estafas y de robos, el pretor Publio Furcio Philon, que vino á España en el año 175 antes de J. C. Baste decir que tan al exceso llegaron sus rapacidades, que produjeron una sublevacion general y en masa de

todas las provincias; sublevacion que puso en verdadero conflicto al Senado y que alarmó á la opulenta y orgullosa Roma, de donde vino inmediatamente Appio Claudio Centon, con la mision, difícil y espinosa por cierto, de restablecer la paz y aquietar los ánimos.

Logró tranquilizar en apariencia muchas provincias, mas no siempre á favor de los medios pacíficos; porque si bien no se expresan detalles, se sabe que al regresar á Roma recibió la ovacion correspondiente á los jefes que obtenian victorias notables, y Mariana dice que ganó á los celtiberos una batalla que mereció los honores del expresado triunfo.

No fué, sin embargo, perdida para los españoles la antes expresada sublevacion. Los romanos sensatos y pensadores, llegaron á comprender que al espíritu de independencia debia agregarse algun otro fuerte y poderoso motivo, que mantenía viva é inextinguible la insurreccion. Hecho este prudente cálculo, solo restaba comprender la primordial causa de tantas revueltas, que no podian ser reprimidas ni por el duro terror ni por los más enérgicos correctivos; y se la explicaron creyendo que la tiránica conducta de los delegados de Roma daba fomento y pábulo á la malquerencia y al odio que los españoles profesaban, en ascendente progreso cada dia, á la república romana.

En este sentido hablaron diversos senadores, que fueron apoyados por Escipion *el Africano*, y por Caton *Censorino*, cuyos abogados, poderosos por sus palabras y más aun por las circunstancias que en ellos concurrían, y por el práctico conocimiento de la materia que se ventilaba, lograron que fuese tomado en consideracion tan importante asunto.

Entonces quedaron abolidos los cargos de pretores; se suprimió el derecho hasta entonces concedido á los magistrados de Roma, de obligar á todo español á que les vendiese la vigésima parte de la cosecha de trigo, al precio que los mismos compradores querian fijar; júzguese si aquel seria infimo y despreciable. Adquirieron los indígenas la facultad de establecer por sí mismos las cantidades de los impuestos, y otras no tan notables ventajas, debidas á la rectitud de algunos senadores, y aun al denodado valor y sin igual constancia de los opresos, pero no vencidos españoles. Hay autores que, sin negar nada de cuanto acabamos de narrar, presentan como origen del acuerdo del Senado y de la defensa hecha en favor de España por Escipion y Caton, la presencia en Roma de unos embajadores españoles, que acudieron á dicha asamblea para reclamar contra las injusticias de varios pretores.

Otra embajada pasó despues á Roma (año 171 antes de J. C.), á fin de hacer presente al Senado un asunto de bien distinta naturaleza.

El derecho latino prohibía el matrimonio entre los romanos y las españolas; y á la fecha en que los embajadores pasaron á Roma, se contaban más de 4,000 nacidos de uniones que las leyes de la república declaraban ilegítimas. En favor de tan inocentes victimas declamaron sentida y justamente los enviados, y no clamaron en vano. Su pretension se extendía á pedir se concediese una ciudad y algunas tierras, en donde se estableciesen los que en tal caso se hallaban; y el Senado concedió á los que de aquellos estuviesen manumitidos la ciudad de Carteya (segun Mariana es hoy Tarifa, que antes fué Tartessio), primera colonia romana fundada en España, que en sentir de Tito Livio se llamó colonia de los *Libertinos*. Supónese que tomó el nombre de la palabra *liberto* puesta en diminutivo, aplicable á los que habian salido de la esclavitud; y como por la ley eran esclavos los hijos de españolas y romanos, al hacerlos libres y concederles derechos, pasaban á la condicion de libertos.

Acaso estas concesiones serian hijas de los buenos deseos del Senado; empero no nos parece aventurado creer que pudieran tener otro origen menos espontáneo y más interesado. La elocuencia de Caton y la energía de Escipion el Africano, podrian sin duda mucho; pero creemos que no influiria poco la constante experiencia del indomable carácter de los españoles; de su notorio valor, y de la ninguna eficacia de las medidas rigurosas y coercitivas.

Mas viendo abierta la senda, y acaso comprendiendo que por entonces no podian oponerse abiertamente á Roma, y que esta estaba dispuesta á procurar adquirir por medios conciliadores lo que por la violencia no podia, continuaron formulando sus peticiones, y en el año 169, siendo procónsul Marco Claudio Marcelo, se estableció otra colonia en Córdoba, denominada *Patricia*; porque si bien en su origen fué destinada al mismo objeto que Carteya, lo pintoresco y delicioso del sitio obligó á muchos patricios ó nobles romanos á edificar magníficas posesiones, embellecidas con todos los primores hijos de las artes, para habitar en tan encantador clima y bajo tan puro y sereno cielo.

Córdoba, segun Strabon, fué fundada por Marco Claudio Marcelo; sin embargo, Mariana dice que Silió Itálico hace mencion de Córdoba en tiempo de Anibal: lo que prueba que fué fundada antes de la citada época, y que sin duda se atribuye esta gloria á Marcelo por haberla embellecido y dado el título de municipio romano.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que los patricios que edificaban suntuosas moradas en España, iban más lejos de lo que debian; porque no solamente estaba Roma muy distante de poseer en plena paz el terreno que ocupaba, si que tambien la guerra levantaba más amenazadora que nunca su horrible y destructora cabeza.

Las medidas conciliadoras hicieron algunos prosélitos; empero la nacion en masa solo queria lograr su independencia.

Cierto es que los españoles derramaban por ella copiosos raudales de su generosa sangre; empero no lo es menos que los romanos adquirian á igual precio las ventajas que lograban obtener, no siempre grandes, y jamás decisivas.

Seria por demás prolijo y fatigoso para la imaginacion del lector, el detallar uno por uno los infinitos choques y las batallas que casi sin interrupcion se sucedian: en ellas nada hubo de notable; el triunfo fué alternativamente de la magnánima Iberia y de la pérfida y ambiciosa Roma, y solo podemos asegurar que hasta el año 154 antes de J. C. continuó tan violento estado, sin que los romanos pudiesen habitar sitio alguno con tranquilidad, y sin que los españoles se arredrasen ni desistiesen de su enérgico propósito ni de su tenaz resistencia.

No habia, empero, unidad en los pueblos, y este era un mal demasiado grave, para que no se tratase de remediárle. Sin duda por esto en el predicho año 154 se formó una respetable confederacion entre los pueblos cuyos habitantes eran más resueltos y decididos, figurando entre ellos los celtiberos, arevacos, vacceos y lusitanos.

Tan pronto como se divulgó esta noticia, llegó hasta Roma y dió mucho en que pensar al Senado; porque si bien le tenia cuidadoso el indomable valor de los españoles, la desunion de estos reavivaba la esperanza de aquel. Por esto la confederacion le alarmó tanto, que antes del tiempo marcado por la ley ó por la costumbre, se apresuró á enviar para el siguiente año á Quinto Fulvio Nobilior, dándole un ejército de 30,000 hombres escogidos y entresacados de las más bizarras y experimentadas legiones, encargándole además el gobierno general de España con las más latas y amplias facultades.

La noticia de la última determinacion de la república romana, lejos de intimidar á los españoles, centuplicó su energía y puso al cabo su paciencia. En prueba de ello se prepararon oportunamente, y espiondo dia por dia cuanto las autoridades romanas de la ibérica península determinaran, supieron la llegada del nuevo ejército, y un numeroso cuerpo de bizarros y denodados celtiberos preparó una emboscada en las inmediaciones de Numancia.

Mandaba las españolas huestes un caudillo celtibero, por nombre Carus, cuyo esfuerzo le hizo adquirir imperecedera y abundante gloria con su honrosa y temprana muerte; empero no sin ver antes acuchillado y deshecho el fuerte y florido ejército de Roma por las magníficas legiones celtiberas, que tan digna y noblemente

condujo á la victoria. Este hecho tan fatal y funesto para los opresores de España, tuvo lugar en el año 153 antes de J. C.

La terrible derrota impuso más pavor al Senado y arredró al ejército beligerante de Roma, que solo cobró algún ánimo cuando Masinissa envió á Fulvio algunos centenares de ginetes númeras y diez elefantes. Eran estos de grande importancia, segun la manera de guerrear en aquellos remotos tiempos usada: su utilidad para trasportar hombres, máquinas, aprestos y objetos de gran peso, era por todos reconocida; y un solo elefante aguijado contra los enemigos, equivalia á muchos caballos, á consecuencia de su atroz fiereza cuando se le irrita, y de su extraordinaria fuerza, que excede á todo cálculo aunque sea exagerado. Por esto, la llegada del oportuno y respetable refuerzo devolvió el ánimo á los abatidos romanos; mas los humanos sucesos son muy difíciles de prever con la necesaria exactitud: no parece sino que la Providencia quiere demostrar en dadas ocasiones lo débil é incompleto del humano raciocinio, y con cuánta facilidad se tornan en instrumentos de nuestro pesar y duelo, aquellos objetos en que con más aparente razon fundamos toda la esperanza de nuestro consuelo y alegría.

Así sucedió entonces; Nobilior y sus huestes colocaron toda su gozosa esperanza en el refuerzo númera, y principalmente en los poderosos elefantes, y entraron en batalla muy confiados en el triunfo. Desde luego los romanos comenzaron á perder terreno: tal era el arrollador ímpetu de los españoles; y viendo el caudillo de Roma que las legiones vacilaban y que del estado en que las veia, á declararse abiertamente en fuga, solo mediaba un paso, hizo colocar á vanguardia los elefantes, para cargar con ellos al enemigo, apelando á este medio como extremo y único en el apurado trance en que á su ejército veia, pero con entera seguridad de restablecer la accion y obtener la victoria. La esperanza le hizo traicion; los hostigados elefantes, lejos de dirigirse á sembrar el terror y la muerte entre los españoles, revuélvense airados contra los mismos que los aguijaban, é internándose veloces y destructores por entre las legiones romanas, concluyeron con atroz destrozo lo que comenzaron las terribles armas de los independientes españoles. Estos acudieron á secundar la obra de sus improvisados é involuntarios auxiliares, sin curarse de lo expuesto que era cargar mezclados con ellos; empero solo veian la proximidad del triunfo que, en efecto, alcanzaron. Cuatro mil romanos quedaron sobre el campo, muriendo tambien tres elefantes: la pérdida de los españoles fué considerable, y proporcionada á la de los enemigos.

La posicion de Quinto Fulvio Nobilior era por el extremo crítica: habia perdido dos batallas, á precio tan crecido de hombres, que centuplicaba la fatal importancia de aquellas. Estaba vacilante é

irresoluto, porque de todo punto desconocía el país, lo mismo que su ejército, y si se valía de españoles, no hay para qué decir de qué manera le guiarían; baste asegurar que habiendo reclutado por la violencia, y abusando del poder, algunos cuerpos de españoles que agregó á sus legiones, todos, sin exceptuar uno solo, abandonaron las águilas de Roma tan pronto como encontraron la oportuna ocasión.

Repuesto en lo posible, comenzó á hostilizar algunas ciudades; y no tardó en fijar sus miras en Occilis (hoy Medinaceli, segun se cree), que siendo un depósito de armas, aprestos y municiones de los romanos, habia dado el grito de insurrección contra ellos, pronunciándose abiertamente en favor de la independencia española.

Desistió, sin embargo, por entonces, porque carecia de todo; pedia socorros al Senado, que nunca llegaban: el invierno rigoroso y cruel hacia sufrir crudamente á sus tropas, y no determinándose á alejarse, porque el temor le tenia arredrado, formó un regular atrincheramiento en las cercanías de Numancia, decidiéndose á pasar en él lo que del invierno faltaba, aunque quizá tal vez le pesaría su determinación; porque los españoles no le dejaban punto de reposo, acometiéndole siempre por donde menos lo esperaba, como muy conocedores que eran del terreno.

En tanto que los referidos sucesos tenían lugar, los lusitanos sostenían con enérgica bizzarria una guerra también asoladora, bajo el mando de su caudillo Cessaron, contra Lucio Mummió, pretor de Roma. No eran menos terribles ni en menor número los horrores que tenían lugar en el suelo hoy portugués; baste decir que en una batalla sucumbieron 10,000 romanos, vengando estos la horrible rota matando poco despues en otra más de 6,000 españoles, incluso el mismo caudillo Cessaron.

En el siguiente año, 152 antes de J. C., recuperó Marco Claudio Marcelo la ciudad de Occilis (Medinaceli, segun ya hemos dicho), y despues de tomar posesion de ella y guarnecerla, se dirigió á Nertóbriga (hoy Riela), habiendo primero multado á aquella en treinta talentos de oro.

La amenazada ciudad envió sus diputados al cónsul de Roma, para ajustar un tratado de paz; pero no fué posible realizarle. Unos y otro exigían condiciones que no podían ser admitidas por la parte contraria, y los enviados se retiraron, dejando rota la negociacion, vuelta á entablar por segunda vez, con idéntico resultado en cuanto á no quedar establecida la paz. Sin embargo, en la segunda entrevista concedió á la ciudad el cónsul una tregua, de suficiente duración para que aquella acudiese al Senado romano, puesto que él sin duda no se encontraba con facultades suficientes para acceder á las condiciones que los diputados presentaban.

Fueron en efecto á Roma los comisionados, y expusieron ante el Senado el objeto que á la república les dirigia. Encontraron fuerte oposicion en Fulvio, quien declamó largamente en contra; y en virtud de sus instancias, solo lograron del Senado la promesa de que harian saber su voluntad á los que reclamaban, cuando los enviados estuviesen de regreso en España.

Inútil es decir que los comisionados comprendieron perfectamente lo que significaba y valia la respuesta lacónica y ambigua de la pérvida república; por esto se decidieron á prepararse para continuar la guerra, y para sostenerla con toda la energía y el teson de que tan patentes muestras llevaban ya dadas los españoles.

En tanto que los enviados caminaban la vuelta de su ciudad, en Roma se trataba de reclutar legiones para aumentar los contingentes de los ejércitos invasores. Levantóse bandera para el enganche de gente voluntaria, mas nadie se presentaba á inscribirse en las listas, y los dias trascurrían inútilmente para el objeto, porque las circunstancias de la guerra de España, y la fiera y sangrienta resistencia de sus naturales, habian impuesto un respeto que rayaba en pavor.

Acababa de ser nombrado para el gobierno de España el cónsul Lúculo, y ni encontraba tribunos, ni hallaba soldados, ni persona alguna que quisiera seguirle, circunstancias que le tenían verdaderamente desolado. En este estado tan precario y desgraciado para los ambiciosos conquistadores, ocurrió un suceso muy parecido á otro que tuviera lugar setenta años antes. Cuando la esperanza de reunir legiones se habia extinguido, pues ni voluntarios para formar una cohorte habia, se presenta repentinamente Escipion Emiliano, hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo de Escipion el Grande ó el Africano, pidiendo pasar al ejército de España como simple soldado, ó en el puesto que el Senado determinase.

Esta notable resolucion produjo un efecto mágico; porque siempre y en todas las cosas los hombres vulgares ó faltos de propia resolucion y de consejo, han necesitado del ejemplo de uno que por sí mismo sepa decidir y ejecutar. Escipion fué entonces el hombre que la ignorante é indecisa multitud necesitaba. Aquellos mismos que pocos minutos antes temian pasar á España y estaban aterrizados por la guerra, como si aquel solo hombre fuera el emblema de la victoria y la égida universal de los romanos, se apresuraron á inscribirse en las listas, y les faltaba tiempo para pasar á España.

Completo el personal de las nuevas legiones, salió de Roma Lúculo, á quien dió el Senado por lugarteniente al jóven Escipion Emiliano, llamado despues *Africano*, como su abuelo adoptivo, por idéntica razon. Con Lúculo, que venia encargado de la España anterior, vino Sergio Sulpicio Galba, para gobernar la ulterior, en

calidad de pretor solamente, siendo ambos, más que autoridades romanas, sangrientos verdugos é impudentes facinerosos.

Estaba el cónsul Marcelo ajustando la paz con los numantinos, siendo la primera y principal condicion que estos se separasen de los belos, arevacos y titios, y el pretor Atilio destruyendo ciudades y talando campos en la Lusitania, cuando llegaron á España Licinio Lúculo y Sergio Sulpicio Galba.

Apenas habia puesto el primero de ambos su pié en la península ibérica, cuando sin perder momento se dirigió á la Carpetania, y vadeando el Tajo, sitió inmediatamente á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), con grande aparato de máquinas y pertrechos.

Es de advertir que Lúculo estaba absolutamente pobre, y su primer deseo era el de salir de tan penoso estado. Su pobreza, ó mejor dicho, la creencia de que no saldria de ella, le obligaba á desesperarse cuando los voluntarios no acudian á inscribirse, porque esperaba en España el remedio de su miseria, fundándose en lo que á sus antecesores habia sucedido; y por eso cuando llegó á esta rica península, no paró hasta Cauca, porque á Roma habia llegado la fama que de rica tenia dicha ciudad. Muy pronto veremos de la traidora y vil manera que inauguró su mando el traidor, avaro y sanguinario Lúculo.

Salieron bizarramente los cáucios para procurar romper las líneas de los romanos, y lograron arrollarlos; empero en un segundo choque triunfaron estos, con grande derrota de los primeros, los cuales tuvieron que aceptar la paz, á fin de evitar los horrores y tristes resultados de un largo sitio.

Establecidas y aceptadas por una y otra parte las condiciones ó bases del tratado, comenzaron á cumplirse religiosamente por parte de la ciudad, entregando los rehenes segun se habia estipulado, y dejando que entrase en aquella la guarnicion romana. Por desgracia sucedió en esta ocasion lo que siempre acontece al leal y noble leon cuando pelea con el artero y traidor tigre: tan pronto como los romanos pusieron el pié dentro de la ciudad, viendo que los cáucios permanecian inermes y tranquilos, confiados en la fé de la capitulacion, hizo el tirano una señal convenida de antemano, y los soldados del villano Lúculo comenzaron á degollar bárbaramente á los confiados é indefensos españoles, sin que sirviesen de escudo á tan cruel traicion la inocencia del niño, la debilidad de la mujer ni la surcada faz del respetable anciano; terminando tan horrorosa escena con un general saqueo, ordenado por el infame pretor, tomando en él su buena parte, para comenzar á realizar sus sueños de sórdida avaricia.

Temieron los españoles comarcanos que tan funesto ejemplo se

repite en breve, y determinaron abandonar los respectivos hogares. Para poder verificarlo recogieron cuanto era manuable y portátil, quemando todo lo que no en las públicas plazas, hecho lo cual abandonaron las ciudades y se refugiaron en lo más inculto y áspero de las vecinas sierras. Hé aquí por qué en un principio hemos dicho que la perfidia de Cartago sería sin par, si no le hubiese excedido la de Roma; pero desgraciadamente, tendremos otras ocasiones de comprobar la exactitud de este aserto.

Después de haber llevado á cabo el sanguinario y feroz hecho que acabamos de referir, se dirigió el innoble asesino á Intercacia (hoy Villagarcía, en la provincia de Valladolid), cuyos habitantes humillaron tan digna como merecidamente al odioso y despreciable pretor. Este requirió á la ciudad, instándola á que se entregase después de estipuladas las necesarias condiciones, á lo cual rotundamente se negaron los habitantes. Entonces Lúculo formalizó el sitio; pero llegó al colmo su desesperacion viendo que aquel se prolongaba muchísimo, y que las catapultas y los arietes no eran bastante poderosos para lograr que la indomable ciudad se rindiese.

En tal estado se hallaban sitiados y sitiadores, cuando comenzó á declararse una enfermedad entre estos últimos, que amenazaba diezmar las legiones de Roma. Si el hambre destructora reinaba dentro de la ciudad, hacia fuera de sus muros mayores estragos: los soldados del feroz Lúculo se veian obligados á comer trigo y cebada solamente, cuyos granos cocian un poco para poder masticalos. Uno ú otro dia se desbandaban varios romanos á fin de proveerse de caza; empero solo servia para algunos hombres, y concluyó por agotarse: la absoluta carencia de sal, les mortificaba tambien sobremanera. Las malas comidas, y las aguas, finísimas y delgadas como procedentes de las sierras, originaron la enfermedad de que antes hemos hablado, la cual consistia en lentas calenturas, sostenidas por una progresiva debilidad, hija de la disenteria.

Haciendo, sin embargo, un esfuerzo supremo, ordenó Lúculo el asalto, y una acometida general por varias brechas que las máquinas de guerra habian abierto. Atacaron los guerreros como hombres desesperados que luchan con el hambre y la muerte, no creyendo encontrar la cesacion de sus males sino en triunfar ó en morir. El bizarro Escipion subió por una escala el primero, y obtuvo el premio de la corona mural, que solo se concedia al primero que ponía el pié sobre el muro de una ciudad enemiga.

No eran menos, sino más valientes, los soldados y ciudadanos de Intercacia; y aunque el sitiador lo ignoraba, luchaban tambien con el hambre asoladora; mas como quiera que si se entregaban

solo podian esperar ser degollados como víctimas inermes y cobardes, estaban decididos á morir con los fuertes aceros en las manos, á fuer de buenos y leales.

Cumplieron tan bien su propósito, que rechazaron enérgica y bizarramente á los romanos, cuyas águilas volaron despavoridas: muchos soldados perecieron en la fuga, ahogados en una laguna que estaba próxima á la ciudad.

Toda la noche estuvieron los invictos sitiados reparando los destrozos causados por las catapultas y los arietes: por manera que al asomar el sol por el Oriente, aclarando y dando forma visible á los objetos, los sitiadores quedaron tristemente sorprendidos, viendo que la ciudad estaba intacta, y que habian malgastado y perdido todo el tiempo que anteriormente emplearan. Tanto preocupó al infame pretor el resultado del ataque y la activa energia de los sitiados, que hubiera levantado el asedio, á no contenerle Escipion, segun se cree; pero no le levantó, y no siendo posible á los de Intercacia soportar más los horrores del hambre, y especialmente por justa consideracion á las mujeres y á los débiles niños y ancianos, se avinieron á capitular, pero firmes y decididos en no entablar trato alguno con el perjuro Lúculo, sino con el leal Escipion. El procaz y cínico sitiador recibió tan dura y merecida leccion, humillado y en silencio. Nada podia decir al exclamar los mensajeros de Intercacia, «que perecerian antes que entregarse á un hombre que no respetaba la fé de un solemne tratado; que solo en el caso de capitular con su lugarteniente Escipion Emiliano, y respondiendo este del cumplimiento de la capitulacion, se entregarian.»

Lúculo, con todo el dolor de un avaro que mira fracasar un proyecto que habia de reportarle mucho dinero, tuvo que sufrir la humillacion de ver que subia su teniente por aquel momento al mando supremo, porque su palabra nada valia y para nada era considerada. Los pueblos todos sabian muy bien que si al recobrar Lúculo su autoridad, momentáneamente perdida, hubiera querido faltar á los pactos de paz, el honrado Escipion le hubiera atravesado con su espada, y las bases de capitulacion se hubieran respetado completamente.

Para consolarse el avaro pretor de tamaña ignominia, comenzó á extender sus operaciones, buscando siempre noticias de las poblaciones que tenian más fama de ricas y opulentas. La sed de oro le hizo dirigirse á Pallancia (hoy Palencia), á la cual puso sitio sin perder un instante; empero tampoco allí pudo saciar su ávido deseo de riquezas. Los bizarros cántabros por una parte, y por otra la célebre caballeria palentina le hostigaron tanto y le causaron tan notables pérdidas, que tuvo necesidad de levantar apresuradamente

el sitio, caminando casi en verdadera fuga; porque la precitada caballería le fué á los alcances, picándole denodadamente la retaguardia hasta llegar á la ribera del Duero, cuyo rio vadeó desesperado, y dudoso de lograr la realizacion de la única mira que se propusiera al solicitar del Senado su venida á la desgraciada Iberia. No obstante, tanto se desveló y tanto hizo para llegar á ser poderoso, que al regresar á Roma iba cargado de riquezas, en tales términos, que el suceso habia sobrepujado á su esperanza, ya que no á su deseo. Dícese que llevó su extraordinaria impudencia hasta erigir un templo á la *Felicidad*, y que en uno de los palacios que edificó tenia tantos salones principales como falsos dioses adoraban los gentiles, llevando cada salon el nombre de una de las deidades mitológicas. Gastrónomo hasta el punto de no pensar en otra cosa que en los placeres de la mesa, habia señalado una suma á cada salon, en proporcion de la categoría del dios presidente, que servia para graduar la cantidad y calidad de los manjares que habian de servirle cada dia: por manera que al designar el salon en que queria comer, sabian ya los criados lo que debia gastarse y lo que habian de preparar.

Este opulento señor vino á España pobre y famélico; júzguese por esto y por lo que hicieron la mayor parte de sus predecesores y sucesores hasta qué punto seria esta nacion saqueada. Lúculo no entró en ninguna ciudad en que no autorizase por primera determinacion el pillaje y el robo, siendo siempre la principal parte del infame producto para él mismo.

En tanto, su colega Sergio Sulpicio Galba casi le superaba en crueldad, y en autorizar las mayores depredaciones en la oprimida region lusitana; porque despues de haber sufrido una terrible derrota que le hizo retroceder muchas leguas y perder no pocos soldados, robó casas, taló campos, quemó poblaciones y ejecutó tanta y tan infame tropelía, que los pueblos lusitanos adonde aun no habia llegado el sanguinario Galba, mandaron á este sus diputados para preguntarle en qué razon podia fundar semejantes desmanes y atropellos. El pretor, que segun Ciceron era hombre elocuente y grande orador, hizo á los enviados un largo y discreto razonamiento, no costándole mucho esfuerzo el persuadir á aquella gente sencilla y leal de que habia sido compelido y obligado á hacer lo que se le afeaba, contra sus mismos sentimientos y deseos. Esto hubiera importado poco, si no hubiera sido una hábil preparacion, por decirlo así, para llevar á cabo la más atroz perfidia, quizá sin ejemplo hasta que realizara otra análoga en Caucia su colega Lúculo, de la cual poco hace nos hemos ocupado.

El villano Galba convenció á los leales lusitanos de que la esterilidad de aquellos terrenos obligaba á unos y otros á sostener la

guerra en su más espantosa atrocidad; pero que deseando él que aquella cesase, haría una general y equitativa repartición de otros terrenos feraces y productivos, ocupando cada uno el que le correspondiese, sin que en lo sucesivo pudiese ser molestado por nadie. Si él se valió de este pretexto ó de otro análogo, no lo afirmaremos; pero es un hecho indudable que forjada con artera destreza la alevosa traición, cogió entre sus redes á 30,000 lusitanos, pasó á cuchillo 9,000, é hizo prisioneros los restantes.

Este cruento hecho, en el cual resaltan la más repugnante sevicia y la más punible mala fé, clamaba venganza; porque los hechos crueles no producen escarmientos: irritan á los fuertes y vigorizan á los débiles, puesto que no hay riego que tanto fecundice como el de la sangre inocente y leal.

Los belicosos lusitanos se aprestaron á vengar á los suyos, inermes víctimas de la perfidia de Roma; empero las masas, por decididos que sean los hombres que las forman, nada son sin un caudillo que las guíe y dirija, y este caudillo apareció para terror de la prepotente y ambiciosa república. La Providencia, que permite el castigo de los pueblos en justa expiación de sus crímenes, valiéndose á las veces de otros más criminales para ejecutar la pena, deja siempre un hombre apto para castigar á los castigadores, cuando la expiación del pueblo delincuente se ha consumado. Acaso á esto se debiese la salvación de un hombre valiente y emprendedor, que milagrosamente se libró de la terrible carnicería ordenada por el infame Galba.

Llamábase Viriato: era hombre de recia y fuerte complexión; de corazón magnánimo; de ideas elevadas; infatigable y duro para hacer frente á la guerra y á los trabajos; de perspicaz vista y robusto brazo. Su condición era tan humilde, que le hizo ejercitarse en apacentar ganados, y la necesidad material le hizo pasar de pastor á bandolero. Estos eran los principios y circunstancias del hombre que por primera vez aparecía en la ensangrentada arena lusitana, decidido á vengar á sus infelices amigos y á hacer que el Senado y el Capitolio romanos se estremeciesen hasta en sus cimientos.

Decidido á empuñar el vengador acero, recorrió más veloz que el rayo las comarcas de la Lusitania, clamando venganza y excitando á llevarla á cabo: sus enérgicas palabras no eran pronunciadas en vano, y cuantos le escuchaban le seguían, decididos á vencer ó morir en la demanda, eligiéndole por su caudillo; porque en ningún otro reconocían las brillantes y precisas cualidades que en Viriato concurrían.

Tan pronto como logró reunir 10,000 hombres decididos y fuertes, pasó á la Turdetania (en las inmediaciones de Cádiz), en donde

entonces se hallaba el pretor Vetilio, el cual acababa de suceder á Galba.

Este regresó á Roma, y á su llegada se formuló contra él una terrible acusacion ante el Senado: tales fueron sus vandálicos actos en España.

Contra el acusado pretor tomó la palabra el severo y recto Caton, el cual, aunque muy anciano, conservaba toda su energía; mas sus declamaciones nada lograron, porque la mayoría del Senado, compuesta en aquella época de hombres venales y de desenfundadas costumbres, absolvió al opulento y malvado pretor, sin mirar sus crímenes y vicios, sino sus inmensas riquezas, aunque de tan feo y repugnante origen nacidas. No fué, empero, del todo perdida la acusacion contra Galba fulminada; porque no faltaban tampoco algunos romanos que reprobaban los actos arbitrarios, punibles y criminales obrados en España por los pretores.

Entre los hombres probos que se pusieron de parte de la vejada y oprimida Iberia, tomó la palabra Calpurnio Pison, tribuno del pueblo, á cuyos esfuerzos se debió que el Senado promulgase una ley, en virtud de la cual se concedia á las ciudades aliadas de Roma, y á las sujetas á esta, el derecho de denunciar los atropellos y excesos de los magistrados y jefes romanos, pudiendo reclamar ante el Senado la devolucion de las sumas producidas por las injustas exacciones, por los excesos y por los despóticos actos de los pretores.

Hemos dejado á Viriato en la Turdetania, seguido de 10,000 bizarros guerreros, prontos á vengar á sus sacrificados hermanos. El nuevo pretor Vetilio, aunque no podia suponer las notables circunstancias que en el caudillo lusitano concurrían, queriendo cortar el mal en su raiz, ejecutó un hábil movimiento, por efecto del cual quedó reducido Viriato con su hueste á un estrecho recinto, en lo más áspero y fragoso de aquellas espesuras.

Deshabitado todo aquel terreno, y cortados por los romanos todos los caminos, el valiente caudillo comprendió que el hambre obligaria á sus secuaces á rendirse. Este temor, hizo en efecto, que algunos de aquellos pensasen en proponer al romano un tratado de paz. Empero tan pronto como lo supo Viriato, colocándose en el centro de sus tropas, les dirigió una enérgica alocucion, recordando la infame traicion de Galba, la que Lúculo cometiera en Caucia, y los mil ejemplos que ya tenían de la punible facilidad con que los pretores de Roma faltaban á sus más solemnes palabras y sagrados compromisos. Entregarse á ellos, en concepto de aquel valeroso caudillo, era igual á presentar sus inermes pechos al traidor acero: por esto propuso á sus soldados que, si querian salvarse ó tener un fin digno de hombres valientes, desistieran de su propósito y confiaran en él, obedeciendo puntualmente sus órdenes.

Las palabras de un héroe, dichas con la energía que presta la verdad y con la resolución hija del valor, siempre hallaron eco en los oídos de los valientes. Al terminar Viriato la última de las suyas, todos los guerreros juraron á una voz obedecerle hasta sucumbir; y entonces el caudillo, colocando sus tropas en orden de batalla, previno que al montar él á caballo, solo quedasen á su inmediación 1,000 buenos ginetes que escogió previamente, y que los demás se dispersasen por diversos puntos que les designó, señalando como sitio para reunirse todos un pueblo de la Turdetania, llamado entonces Tribola, y que hoy no existe, segun varios autores.

Vetilio, que vió avanzar lentamente á Viriato con las haces preparadas á la batalla, creyó que en efecto trataba de presentarla, fatigado por el hambre, y deseoso de perecer como héroe, con el acero en la mano. Para poder resistirle, hizo reunir todas las fuerzas que tenia diseminadas con objeto de cortar los caminos, que era precisamente lo que el caudillo lusitano deseaba.

Se acercaba este á pié, tranquilo y sereno, hasta llegar á tiro de ballesta: Vetilio, ordenadas sus huestes, esperaba á que el contrario comenzase la acción, para cansarle y destruirle; y poco después creyó llegado el momento, porque Viriato montó á caballo. En el instante mismo comenzó una evolución incomprensible sin duda para el romano, el cual, acosado por las primeras líneas, ni se apercibió del efecto que producian los tornos y revueltas de las tropas lusitanas, hasta que la notable disminución del ejército contrario le hizo ver que se salvaban por mil distintas sendas, en términos que permaneció perplejo durante algunos momentos, tanto por la sorpresa que le causó la rara estratagemata, como por no saber á dónde acudir primero.

En tanto, Viriato con sus 1,000 ginetes continuaba acosando y diezmado las cohortes de peones, aunque avanzando y retrocediendo alternativamente. Entonces Vetilio determinó cargar decididamente contra Viriato y sus bravos ginetes; mas de pronto oyó este último la señal convenida que indicaba estar en salvo sus soldados, y completando entonces su ardid célebre y memorable, sus ginetes, rápidos como el rayo, se diseminaron también como por encanto, y el mismo caudillo, á favor de las tinieblas de la noche, desapareció por unos jarales y breñas, por donde parecia imposible que pudiese pasar ningun caballo.

Tuvo de su parte el lusitano un perfecto conocimiento del terreno y de todos aquellos contornos, así como el pretor de Roma los desconocia completamente. Por esto quedó por completo burlado, y en vez de lograr coger en sus redes á los 10,000 guerreros, tuvo que contentarse con la escasa pérdida que aquellos sufrieron duran-

te el simulacro de combate, la cual fué compensada con los romanos que sobre el campo quedaron.

Inmediatamente se reunió á Viriato gran número de españoles, habitadores de todos aquellos contornos, porque tan notable hecho dió gran renombre al caudillo de España; confianza á sus secuaces; á Roma temor. Vetilio, exasperado aun más con la burla que con la pérdida, mandó despues en diversas direcciones sus exploradores, con el objeto de averiguar el sitio en que se habia reunido el ejército lusitano, y no tardó en saberlo. En el momento mismo se dirigió á encontrarle, y Viriato salió á recibirle, demostrando aceptar resueltamente el combate.

Dió principio este con notable ardor de una y otra parte; empero poco á poco comenzó á entibiarse el de los lusitanos, los cuales empezaron á ceder el puesto, casi declarándose, más que en retirada, en fuga. No necesitó más Vetilio para creerse vencedor, y para cargar denodadamente á los fugitivos. Pero la falsa huida solo era un ardid, hijo de la fecunda imaginacion de un guerrero de instinto, que comprendia perfectamente la desigualdad de fuerzas, y suplía esta falta con la astucia y con verdaderos ardidés de guerra.

En cuanto llegó cerca de unos bosques inmediatos á un sitio á propósito para realizar su proyecto, manda volver el frente hácia el enemigo; de los bosques inmediatos sale una muchedumbre que preparada de antemano tenia, y acosando por todas partes á los romanos, colocados en un sitio estrecho y desventajoso por efecto de unos pantanos adonde muchos romanos quedaron atollados, hizo Viriato una horrible carnicería, pereciendo el mismo pretor Vetilio y dispersándose unos 6,000 romanos que pudieron evadirse, los cuales no pararon su carrera hasta llegar á Tartessio.

Pidió el segundo de Vetilio socorros, para reforzar sus aniquiladas huestes, á varios pueblos aliados de Róma, entre ellos á los titios y belos. Gran número de estos se dirigia á incorporarse á las legiones, cuando apareció Viriato, que noticioso de lo que sucedia, marchó apresuradamente á cortarles el paso, y lo logró completamente; porque trabada la batalla fué tal el destrozo hecho en los auxiliares, que todos quedaron en el campo sin salvarse ni uno solo. Así lo refiere Appiano, quien asegura que no quedó ni uno que pudiera llevar la noticia al cuestor de Roma.

Estos célebres hechos tuvieron lugar en el año 147 antes de J. C.; y á consecuencia de ellos se pidieron auxilios á Roma, sin que pudieran mover un paso las legiones mientras aquellos no llegasen.

Libre Viriato por entonces de contrarios, recorrió hasta la Carpetania, y en ella se hallaba cuando llegó el pretor Cayo Plucio, nombrado para suceder al difunto Vetilio. Este se dirigió animoso á buscar al caudillo de España; le encontró; presentó la batalla, que



el contrario aceptó, y usando Viriato de ardidés muy semejantes al que empleara en la Turdetania, quedó vencedor en la pelea, haciendo sucumbir á 4,000 romanos.

Tan aterrizados estaban estos, que un cuerpo de 1,000 soldados se dejó vencer por 300 españoles; y uno de estos que iba desbandado, fue sorprendido impensadamente por cuatro caballos romanos. El guerrero español, cuyo valor rayaba tan en lo fabuloso como el vigor de su brazo, atraviesa de un terrible bote de lanza el caballo de uno de los romanos, y dando en seguida una cuchillada de revés al ginete, le cortó á cercen la cabeza, quedando los otros tres guerreros tan atónitos y petrificados, que le dejaron marchar sin oponerle el menor obstáculo. Así lo refieren diversos autores.

Otras victorias más ó menos notables habia obtenido sobre las legiones de Roma el héroe Viriato, y el Senado llegó á oír con temor el nombre del invicto caudillo. La república romana, á pesar de contar tantos valerosos y entendidos guerreros, no encontraba uno que se atreviese á venir á España para oponerse al temido lusitano.

Este continuó su victoriosa y brillante carrera, recorriendo la península de un extremo á otro. Vuelto á la Lusitania, encontró en Ourique (Portugal) al pretor Unimano, el cual, después de derrotado por Viriato, murió sobre el campo de batalla. Las haces y segues que llevaban los liectores y eran las insignias pretoriales, cayeron en poder del vencedor, el cual, uniéndolas á las águilas ó estandartes de la orgullosa Roma, las colocó sobre los montes, para que sirviesen de trofeos de la brillante victoria.

El otro pretor, llamado Nagidio, se encontró también en Portugal (en Viseo) con Viriato; y aunque salvó la vida, sufrió la más completa y vergonzosa derrota de cuantas habian precedido á la de Viseo. Por manera que no habiéndose opuesto á Viriato ningun pretor que no fuese vencido, crecía el temor en Roma; el desaliento en las legiones; la incertidumbre en los caudillos; la esperanza en España.

Pasado el año 146 antes de J. C., en el que tuvo lugar la derrota de Nagidio, le fué preciso al Senado pensar seriamente en oponer un fuerte dique al arrollador curso de los brillantes triunfos de Viriato. El primer jefe romano que comenzó á detenerle fué Cayo Lelio, llamado *el Prudente*, cuyo renombre habia adquirido en virtud de su claro talento, desarrollado por efecto de una larga experiencia, y duplicado por su exquisito tacto y su gran prevision.

Sin embargo de tan ventajosas dotes, solo logró sostener la guerra sin experimentar fuertes reveses; emperó tampoco pudo lograr ni aun medianos triunfos. Como el Senado confiaba tanto en su pericia y en su inteligencia, estaba poco satisfecho del resul-

tado del gobierno de Lelio, sin considerar que hacia más que mucho con sostener decorosamente la guerra, cuando tantos de sus predecesores habian cubierto su nombre de ignominia, y de duelo á la república.

El resultado del gobierno de este pretor, de quien el Senado lo esperaba todo, hizo ver claramente á aquel que la campaña que acogió en un principio con la sonrisa del desprecio, y que denominó, por los antecedentes del caudillo, *guerra de ladrones*, era una lucha seria, comprometida y difícil de extinguir. Por esto hizo un nuevo esfuerzo, reunió un buen ejército, y nombró jefe de este á Quinto Fabio Máximo Emiliano, hijo de Paulo Emilio y hermano de Escipion Emiliano, el cual acababa de ser elegido cónsul.

Quinto Fabio estaba animado y tenia confianza en si mismo, en el crecido ejército que traia á sus órdenes, y en el de Cayo Lelio, que se habia sostenido sin experimentar pérdidas sensibles ó notables.

Dispuesto á continuar la campaña llegó á Urso (hoy Osuna), en donde estableció su campamento, y á donde hizo venir el ejército de Lelio. En seguida se dirigió á hacer sacrificios en el templo de Hércules Gaditano; porque en aquel tiempo habia muy contadas personas que profesasen la primitiva religion cristiana, dada por Moisés al pueblo hebreo en las inmediaciones del Sinaí. La gentílica dominaba en Roma, y lo mismo sucedia en España, en donde las invasiones de fenicios, cartagineses y romanos, gentiles todos, habian propagado la falsa y ridícula religion, que obligaba á adorar y dar reverente culto á las deidades mitológicas; deidades cuya vida era un tejido de absurdas fábulas y de escandalosos vicios.

Quinto Fabio, fanático hasta la exageracion como todos los romanos, creyó que no podria obtener ventaja alguna en la lucha á que se preparaba, si previamente no obtenia el favor de sus dioses. Para impetrar la gracia de aquellos, se dirigió, como antes hemos dicho, al templo de Hércules Gaditano; mas no tuvo en cuenta que mientras sacrificaba las ofrecidas victimas, desamparaba su ejército, y le privaba de la direccion del supremo caudillo, si de ella necesitaba durante su ausencia; y la necesitó en efecto.

El lugarteniente de Quinto Fabio supo por los exploradores que Viriato se acercaba al campamento, en busca de sus enemigos, para demostrar que no les temia. Salíó el romano á recibirle, y trabada la lucha, éste fué derrotado, con gran gloria de España y terror de Roma (año 145).

La triste noticia de esta desgracia sorprendió á Quinto Fabio, y le hizo dar de mano á los sacrificios para incorporarse apresuradamente á su ejército; pero no llevaba consigo la grata esperanza que desde Roma á España le acompañara: aquella habia dejado su

lugar á una melancólica desconfianza; porque lejos de esperar que Viriato acometiese, venia seguro de que rehuiría aceptar la lucha.

Tanta impresion le hizo la precitada derrota, que desistió de todos sus propósitos. Lejos de emprender ninguna operacion de campaña, comenzó á formular proyectos y á figurar preparativos, sin hacer otra cosa que dejar al tiempo deslizarse, á fin de que trascurriese el año, y concluyese con este su gobierno. Tanto puede á las veces una temeraria resolucion en los árduos lances de la vida; la de Viriato, impuso al animoso Quinto Fabio, y quizá salvó las huestes lusitanas; porque de otro modo, en el discurso de un año, ¿quién podrá asegurar que no hubiera experimentado alguna derrota?

Mas no logró, sin embargo, su objeto Quinto Fabio. El Senado de Roma, no encontrando persona que se determinase á venir á España, prorogó á Fabio los poderes, y este se encontró en el mismo caso que si el tiempo no hubiese trascurrido.

En tanto que estos sucesos tenian lugar en nuestra península, la gran Cartago, la opulenta ciudad metrópoli de la temida república que puso en confusion é impuso temor á la de Roma, desaparecia de la faz de la tierra. Había quedado, es verdad, reducida casi á la nada, desde que la venciera el gran Escipion *el Africano*; empero existia, y su existencia tenia disgustados á los romanos, porque sabian que el débil puede recuperar sus fuerzas; el moribundo puede verse sano; pero el muerto no puede resucitar.

Aunque destituida la siempre pérfida Roma de fundamento, emprendió la tercera guerra púnica, que tuvo principio en el año 150 antes de J. C., en cuyo año comenzó á darse á conocer el gran Viriato.

No entraremos en detalles ni en minuciosos pormenores, porque esto no hace á nuestro propósito: sin embargo, como quiera que Cartago dominó tanto tiempo en España; como con esta fué no menos pérfida, sanguinaria y cruel que la de Roma, y como su fin fué menos glorioso que lo que de su antigua preponderancia y despótico poder debia esperarse, presentaremos brevemente las circunstancias de aquel, á fin de demostrar una vez más que la expiacion de los crímenes podrá seguir á éstos más ó menos de cerca, pero que jamás deja de consumarse.

Establecidas las bases de paz que fueron el resultado de la toma de Cartago por Escipion el Grande, una de ellas determinaba que esta república fuese en lo sucesivo tratada con todo miramiento. Esta cláusula no dejaba camino abierto para llegar á una declaracion de guerra á todas luces injusta, puesto que los cartagineses no habian faltado á los pactos mutuamente aceptados. No obstante, Roma, siempre la misma en dirigirse directamente á su fin sin re-

parar en los medios, declaró la guerra, apoyándose en que la palabra latina *civitas* no significaba ciudad ó sean las casas que la componen ó forman, sino los ciudadanos ó habitantes que en ella moraban.

Cartago escuchó esta torcida y malvada interpretacion con toda la indignacion y furor que merecia; y recordando sus tiempos de gloria y de esplendor, decidió hacer frente á las legiones romanas, defendiendo sus hogares hasta la muerte.

Esta resolucion cambió de pronto el aspecto de aquella república, pacífica y tranquila desde la paz establecida con Roma. En el momento se habilitaron casi tantas fábricas de armas como casas, que producian diariamente trescientas espadas, mil agudos dardos, cien escudos ó rodelas, y quinientas lanzas, armándose en breve tiempo cuantas personas eran capaces de afrontar los horrores y peligros de la guerra: cuéntase que las mujeres cortaban sus luengas y magníficas cabelleras, en las que tenian cifrada toda su vanidad, para tejer con ellas cuerdas para los arcos.

Se comenzó la guerra, y aunque estaba Cartago tan desprovista y débil, aun supo recordar lo que habia sido, sosteniéndose durante tres años contra todo el poder de Roma; mas Escipion Emiliano fué á ponerse en Cartago al frente del ejército romano, al mismo tiempo que su hermano Quinto Fabio venia á España para oponerse á las victoriosas huestes de Viriato.

Escipion, decidido á cortar brevemente aquel nudo gordiano, decidió dar el asalto á la sitiada ciudad, entrando muy pronto en ella; pero teniendo primero que sostener dentro tantos combates como calles habia, y despues tantos rudos y sangrientos choques, como casas contaba en su recinto la magnífica poblacion. Estos repugnantes horrores duraron por espacio de seis dias completos. El cruel vencedor hizo destruir la ciudad; las voraces llamas la consumieron, permaneciendo con llamas el incendio diez y siete dias, y quedando reducidas á cenizas las moradas de más de 700,000 habitantes. Dicese que Escipion hizo pasar el arado por el perímetro de la destruida ciudad, pronunciando varias terribles imprecaciones, en nombre de la república de Roma, contra todo el que quisiera habitar en lo sucesivo en el terreno en que habia existido Cartago.

El Senado concedió al vencedor, entre los demás honores, precio de la ejecucion de la infame é inaudita perfidia, el de llamarse Escipion *el Africano*, como hiciera con su abuelo adoptivo cuando venció en otro tiempo á la república cartaginesa.

La de Roma habia quedado libre del recelo que siempre le inspirara su antigua rival; solo la faltaba destruir á Viriato, y acaso ya entonces meditaba la manera de lograrlo, aunque para ello fuera

necesario, á falta de medios nobles y leales, apelar á infamias y nuevas perfidias.

Convencido el caudillo romano de que le era forzoso permanecer en España, por no haber quien le relevase, comenzó á prepararse para entrar en campaña; porque era muy difícil, ó más bien imposible, pasar otro año sin obrar cosa alguna.

Tomó, por fin, la iniciativa; y sea que sus preparativos fueron bien meditados y oportunos, ó sea que dió principio á la campaña con fortuna, en el primer combate que tuvo lugar venció á Viriato, haciéndole retroceder en diversos choques hasta las inmediaciones de Evora. El férreo carácter del caudillo de los españoles no se arredra fácilmente; á pesar del mal efecto que produjeran en sus huestes las derrotas, tan larga retirada, y las consiguientes pérdidas moral y material, poco tiempo tardó en reorganizar sus tropas, reclutándolas nuevas además, y en ponerlas en estado de entrar en campaña.

Estaba el cónsul de Roma en cuarteles de invierno, cerca de Córdoba; y aprovechando Viriato la oportunidad, pensó formar una liga con diversos pueblos, antes de retar al enemigo. Al efecto excitó el entusiasmo de los invictos celtiberos; de los valientes arevacos; de los indomables vacceos, y de los infatigables tricicios, á fin de formar una confederación para exterminar al comun enemigo, llevando todos por norte y enseña un mismo estandarte nacional. A Viriato, como dicen diversos autores, le corresponde de derecho la alta gloria de haber sido el primero que inculcó en el ánimo de los españoles el gran pensamiento de una nacionalidad, formando de diversos pueblos una sola patria; y no llamó en vano al amor nacional de los independientes españoles: unos le facilitaron grandes sumas de dinero; otros, muchísimas armas, y *todos* le dieron hombres aptos para la guerra, y valientes como todos los españoles.

A pesar de cuanto se ha referido, nada ocurrió de notable hasta la venida á España del cónsul Cecilio Metelo, el Macedónico, llamado así por haber subyugado la Macedonia, el cual deshizo todos los proyectos de los celtiberos y arevacos y tomó algunas ciudades, entre otras á Contrelia (hoy Trillo, en la provincia de Guadalajara) y Nertobriga (que ya dijimos es hoy Riela en Aragón); empero no las tomó sin hacer grandes esfuerzos y experimentar respetables pérdidas.

Viriato no tuvo parte en estos hechos de armas, porque estaba haciendo la guerra en la Lusitania contra el pretor Quincio, el cual triunfó algunas veces, y otras fué vencido. Vino despues á llevarle Fabio Serviliano con un ejército numeroso que trajo consigo de Roma, reforzado con un buen número de caballos y elefantes que de África le mandó el rey Micipsa, hijo de Masinisa.

Con tan buenos elementos atacó Fabio á Viriato, y en el primer combate quedó este vencido. El romano logró obtener una victoria, que hubiera podido llamarse decisiva, si el vencido hubiera sido otro que Viriato. Este, viendo que su fuerza no era igual á la de su enemigo, apeló á la sagacidad y puso en juego uno de sus acostumbrados ardides de guerra, acometiendo como quien se desbanda; corriendo como quien rehuye el combate, y cargando como quien le desea: de este modo logró cambiar la faz de la guerra, y no solamente venció, si que tambien mató 3,000 de los enemigos, é hizo al valiente Serviliano que se internase por la Bética, hasta guarecerse en la ciudad de Ituceia (hoy Castro del Rio, en Córdoba).

El invierno dió despues fin, ó al menos hizo que se suspendiesen las hostilidades; mas apenas se dejó ver la risueña primavera, ya salió á campaña el infatigable Viriato; y antes de que su contrario tuviese tiempo para oponérsele, tomó consecutiva y rápidamente cuatro ciudades llamadas entónces Gemela, Escadia, Obólsola y Baccia (hoy Martos, Escúta, Porcuna y Baeza, en Andalucía). Tenia, además, por suya Viriato á Erisana; y Serviliano, como por venganza, la puso sitio, en el año 144 antes de J. C.; mas el célebre caudillo español, tan valiente como astuto, en medio del silencio de la noche y haciéndole observar rigorosísimo á sus huestes, se introdujo en la plaza, favorecido por las nocturnas tinieblas, aunque no se dice el medio de que se valió. Empero es indudable que pudo penetrar en la ciudad, sin que Serviliano se apercibiese de ello; y al romper el alba hizo una salida tan impetuosa como inesperada, con la cual no solamente rompió las líneas del sitio, sino que puso en precipitada y vergonzosa fuga á Serviliano y sus huestes.

Cada español era un verdadero leon en el ardimiento con que vencía á su contrario; y persiguiendo y acosando á los fugitivos, llevaron los españoles á los romanos hasta un desfiladero cerrado por el fondo, en donde los encerraron, quedando sin medios de huir por la falta de salida, y rodeados de altísimas é inaccesibles montañas. ¿Qué podrá esperar el lector despues de ver las anteriores líneas? Sin duda creerá que el activo y bizarro caudillo de la independencia de España aprovechó tan propicia ocasion para exterminar al artero y pérfido enemigo, mas no fué así. Repugnaba á la nobleza del bizarro Viriato el destruir á un contrario á quien su especial posicion tenia postrado y casi inerme. Tan valiente como magnánimo, lejos de aprovecharse como podia del fruto de su sagacidad y arrojo, propuso la paz á Serviliano cuando se veia vencedor; creyendo sin duda que era la mejor ocasion de que Roma viese que no ofrecia la paz por temor, sino por nobleza de

carácter y por deseo de poner un término á los terribles males que consigo lleva la destructora guerra.

El asombrado cónsul, que esperaba la muerte, y una muerte ignominiosa, no vaciló en aceptar una paz que no se hubiera atrevido á proponer, porque no abrigaba la menor esperanza de que el héroe español la aceptase. Mas ¡ay! El valiente y noble leon olvidó, por su desgracia, que trataba con lealtad al artero y pérfido tigre, y al no dar á este la muerte, como pudo hacerlo, firmó la sentencia contra su vida propia.

Ya hemos visto diversas veces hasta qué punto fué Roma traidora; empero no se concibe que lo fuese una vez más, para destruir á un hombre que la habia salvado la honra y perdonado á sus hijos la vida.

La paz se solemnizó, en efecto; y la orgullosa república capituló con Viriato de potencia á potencia, firmando las condiciones por él propuestas. En ellas se establecía que conservarían los romanos lo que en España habian adquirido, comprometiéndose del modo más solemne á no continuar en la conquista, porque quedaba establecida y firmada la *paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato*; y el Senado y el pueblo se apresuraron á dar su aprobacion y confirmar lo que habia estipulado en su nombre Serviliano. Sin embargo, á este sucedió en el gobierno de la España ulterior su hermano Quinto Servilio Cepion, el cual tenia fama de inepto como hombre de armas y como hombre de gobierno, tachándole además de ambicioso, avaro y pérfido; era, en fin, un malvado, en toda la extension de esta palabra. Puede sospecharse que por lo mismo fué este infame el elegido; porque siendo notoria en Roma su nulidad, no era fácil que le confiasen el gobierno de una parte de España, sino por creerle dócil instrumento del Senado, y pronto á realizar una de sus más repugnantes infamias; se trataba de anular de cualquier modo que fuese el reciente tratado de paz, y solo un infame villano pudiera prestarse á coadyuvar á la consumacion de tan reprochable hecho.

Cuando las legiones romanas estaban encerradas y perdidas en un desfiladero, era forzoso, para salir, avenirse á todo; despues ya estaban libres, y era preciso continuar la conquista y romper en mil pedazos el solemne tratado.

Sin embargo, no tomó el Senado la iniciativa, sino Cepion; y este hombre inepto é incapaz de obrar el mal ni el bien por inspiracion propia, propuso al Senado que se rompiese una paz tan humillante para la república, y que se prosiguiesen la guerra y la conquista. Ni respetó el nombre de su hermano que habia aceptado la paz, ni agradeció á Viriato que hubiese perdonado á aquel la vida; lejos de eso, instó, y logró que el Senado diese al mundo el escandaloso espectáculo de no respetar sus palabras, deshonorando su

firma: todo esto hace creer que si la proposicion fué de Quinto Servilio, el Senado se la inspiró.

Ageno Viriato á tales infamias, reposaba tranquilo y se entregaba á las más pacíficas ocupaciones en lo interior de la Lusitania, cuando llegó á su noticia que Cepion, con escandaloso desprecio de los derechos divino y humano, habia comenzado la guerra y se dirigia hacia donde estaba el caudillo.

En el momento empuñó Viriato sus gloriosas y recién abandonadas armas; reunió alguna gente, y salió á recibir al pérfido Cepion; empero no tuvo tiempo bastante para reunir un ejército numeroso, y viendo que era mucho mayor el que su enemigo acaudillaba, sin empeñarse en un combate formal, se retiró sin huir y muy concertadamente. Mas no fué perdida su retirada, ni tardó mucho en mostrarse tal cual era, tal como siempre fué. Auxiliado instantáneamente por diversos pueblos españoles, por los celtiberos entre otros, que jamás le faltaron, se presentó de nuevo en campaña; y unas veces en acciones formales, otras haciendo recordar las felices y memorables estratagemas que realizara en los tiempos de Vetilio y de Plaucio, dejó á Cepion unas veces vencido y otras burlado.

Esto hizo comprender al Senado romano que Viriato era invencible, y que habia llegado el caso de que terminase la inicua obra, apelando á los medios de que se servia cuando no eran suficientes los legales y honrosos. No abrigando esperanza de vencer definitivamente á Viriato, decidió apelar al asesinato, á la traicion; y en la série de crímenes que eternamente mancharán el nombre de la república romana, uno de los más notables y repugnantes es el que vamos á referir.

Cuando acababa el caudillo lusitano de vencer y burlar á Cepion, determinó mandar un mensaje al cónsul romano, para recordarle el solemne tratado concluido con su hermano y antecesor; habiendo aguardado tambien, como en la ocasion precedente, á que su resolucion no pudiese parecer hija del temor.

Dirigiéronse al campo romano los tres mensajeros nombrados por Viriato: afortunadamente no sabemos el nombre de la ciudad en que vieron la primera luz, para evitar á su patria la deshonra de haberlos producido; pero sí conocemos sus nombres, para entregarlos á la general y eterna execracion. Llamábanse Ditalco, Minuro y Aulaco, y se dirigieron á los reales de Cepion, el cual no fué inepto para secundar perfectamente las pérfidas intenciones del Senado. Recibió á los tres mensajeros, y á fuerza de dádivas y de promesas logró que le ofreciesen asesinar á su propio jefe, al invicto y glorioso Viriato, á cuya nobleza debia la vida de su hermano y la salvacion de las legiones de Roma.

Regresaron á su campamento los mensajeros; aguardaron á que cerrase por completo la noche, y á hora muy avanzada, cuando sabian que por no ser ya esperados se habria entregado al sueño el leal y confiado caudillo, se acercaron á su tienda; los centinelas, reconociendo en ellos á tres de sus capitanes, les franquearon la entrada; y hallando los infames asesinos á tan gran guerrero tranquilamente dormido, sirvieron á la cobardè Roma; cumplieron su palabra al inicuo Cepion; asesinaron de una sola certera puñalada en la garganta al gran Viriato; con él asesinaron por entonces la independencia de España, y cubrieron para siempre su nombre de baldon é ignominia.

Tan triste y repugnante hecho tuvo lugar en el año 140 antes de J. C., y tal fin tuvo el gran Viriato. El que de simple pastor se hizo formidable guerrero y entendido caudillo; el que hiciera estremecer á toda Roma desde el Senado hasta el Capitolio, murió á impulso de un acero venal y homicida; mas no murió su ilustre nombre, y el tiempo ha trasmitido á la posteridad sus gloriosísimos hechos. Durante muchos años combatió con tanto ardor como inteligencia, y parece increíble que en tan largo periodo de tiempo no solamente burlase el colosal poder de Roma, si que tambien la venciese muchas veces, haciendo que las orgullosas águilas volasen despavoridas, al verse acosadas por los invictos leones. Si recordamos estos antecedentes, ¿cómo no sentir el trágico é inmerecido fin del que tanta gloria habia sabido conquistar?

Quando ya el sol se acercaba á dar su luz al trágico espectáculo, los guerreros, acostumbrados á ver en pié á su jefe antes del alba, entraron en la tienda cuidadosos, creyéndole dormido; mas al acercarse y ver que el sencillo lecho del reposo, convertido por una impia y traidora mano en lecho mortuorio, estaba inundado de sangre, las sinceras lágrimas de unos se veian confusamente mezcladas con las terribles imprecaciones de otros; y sobre imprecaciones y sobre lágrimas se oia resonar, más elevada que todas, la aterradora voz de la venganza. Empero los asesinos habian regresado al campo de la altiva Roma, para sustraerse á la suerte que merecian. ¿Y en qué fundaba su orgullo y altivez la criminal república? ¿en que siempre vencía? ¿Habia olvidado á Cannas y Trevia, al Tessino y al Trassineno? Procediera ella como leal, y su nombre seria menos odioso, y sus triunfos más legítimos y apreciables. Mas por desgracia, aun no estaba cercana la hora de la expiacion; y mientras esta llega, habremos de presentar nuevos crímenes, nuevos horrores y perfidias nuevas.

Los leales soldados de Viriato, inútilmente buscaron á los asesinos: estos habian pasado de los reales lusitanos al campo de Cepion, desde donde se dirigieron á Roma, para pedir el premio de

su traicion y homicidio. El Senado contestó á los asesinos, que Roma jamás habia aprobado que los soldados asesinasen á su caudillo; y sin otra respuesta los despidió de su presencia, quedando humillados y convencidos de que los traidores son despreciados hasta de las personas que les toman por instrumentos de su traicion, porque de ellos se recela siempre que si no fueron leales con los suyos, menos lo serán con los extraños.

Tambien Cepion quedó burlado en sus esperanzas. El Senado, sin duda para colocarse en buen lugar y no aceptar la menor parte en un hecho que habia sido generalmente reprobado, negó á Cepion los honores del triunfo que habia solicitado; dejando de este modo que recayese sobre él y sobre los infames asesinos traidores toda la odiosidad del nefando hecho.

Los fieles secuaces de Viriato, despues de haber hecho en su honor las exequias entonces acostumbradas, eligieron por caudillo á un guerrero llamado Tántalo, el cual, sin duda alguna, carecia de las dotes que necesariamente habian de concurrir en el sucesor del gran Viriato: ademas, semejantes héroes no se encuentran fácilmente; y es menos difícil, sin embargo, encontrar uno de aquellos que hallar quien le reemplace.

El electo, ó por ser indolente, ó por comprender que el peso del cargo que le estaba encomendado era muy superior á sus fuerzas, se apresuró á capitular con los romanos. Tal vez sus soldados comprendieron que muerto Viriato y no habiendo quien le reemplazase dignamente, la resistencia era inútil; porque sin oposicion depusieron las armas, y Cepion les dió suficiente terreno para que pudiesen vivir pacíficamente, cambiando la espada por el arado.

Gozosa estaba la soberbia Roma, por haberse desembarazado del temible caudillo que tanta gloria habia adquirido, á costa de la sangre y del honor de la insidiosa república.

Restaba, sin embargo, oprimir á una noble ciudad que, dignamente altiva, habia sabido conservar incólume su honor é ilesa su independencia. Aun permanecia libre Numancia, la cual habia establecido su alianza con Roma en el año 152 antes de J. C., siendo cónsul Marcelo, y se habia gobernado por sus leyes, como ciudad independiente y libre.

Numancia, ciudad de la Celtiberia, estaba situada casi una legua distante de la moderna Soria, y era la cabeza de algunos pueblos llamados pelendones, colocados en la falda de los montes Idubedas; confinaba por el Norte, por el Poniente y por el Mediodia con los berones y los arevacos, y la rodeaban por otros puntos los demás pueblos de la celtiberia.

Tan considerada habia llegado á ser Numancia, que en tiempo del cónsul Metelo, cuando este sujetó los pueblos celtiberos, la ex-

presada ciudad fué respetada como neutral ó independiente; empero vivia entonces Viriato, y no era posible lograrlo todo á la vez: ya muerto el terror y el asombro de Roma, era muy diferente. Mas era preciso buscar un pretexto, siquier fuese especioso, que diera alguna apariencia de razon á las reclamaciones del Senado, y no se buscó en vano.

Estaban situados cerca de Numancia los pueblos de Segeda (como colocados entre Soria y Osma, en donde hay un pueblo denominado Seges), comprendidos entonces entre los llamados belos. Los segedanos prestaron en otro tiempo auxilio eficaz á Viriato, y perseguidos por los romanos, se refugiaron en Numancia, cuya ciudad los franqueó las puertas y los dió amparo como á convecinos y amigos. Este hecho, que ya debia estar olvidado, fué el pretexto de que se sirvió Quinto Pompeyo Rufo para romper las hostilidades contra la precitada ciudad.

El Senado de Numancia contestó á Pompeyo que no podia haber rehusado á sus aliados y amigos el asilo que de ellos reclamaban; mas Pompeyo, lejos de aceptar la disculpa, trató de afrentosa manera á los enviados numantinos, y los despidió con altanería é insolencia, pidiendo, ó mejor dicho, reiterando la peticion de que se le entregasen los refugiados.

No se avino la noble ciudad á condescender con semejante proposicion; antes bien contestó con noble altivez, que Numancia no quebrantaba las sagradas leyes de la hospitalidad, ni las de la humanidad consentian que se entregase á los que se habian acogido á su buena fé, y amparado de su lealtad; recordando, por último, que Roma debia respetar la fé de los tratados que estipulados tenia. Numancia habia sin duda olvidado que para la república romana nada existia menos sagrado que su palabra, ni más preciso que la realizacion de sus ensueños de ambicion y avaricia. Por esto, en vez de hacer el debido honor á la digna respuesta de Numancia, dijo con su acostumbrado y desmedido orgullo, que Roma jamás pactaba con sus enemigos, hasta despues de haberlos vencido.

Bien comprendieron los leales y bizarros numantinos que la verdadera ofensa hecha á Roma, solo consistia en no poder ver sin envidiosos ojos la independendencia que la gloriosa ciudad habia sabido conquistar y mantener. En la desdeñosa y altiva respuesta de Quinto Pompeyo vieron demostrado que la guerra era inminente, y á la guerra con valor y decision se prepararon.

Inmediatamente se pusieron en armas cuantos podian manejarlas, formando entre todos un ejército de 8,000 hombres, mandados por un ciudadano de gran renombre entre ellos, llamado Megara, que demostró ser muy digno de la confianza que en él depositaran los demás ciudadanos.

En tanto avanzaba Pompeyo con un ejército de 30,000 hombres, los cuales acamparon en las inmediaciones de la amenazada ciudad, tomando diversas alturas que casi la circundaban por tres partes, teniendo en la restante una llanura que se extendía por las orillas del río Tera.

El general romano hizo inútiles esfuerzos para obligar á los numantinos á que aceptasen una campal batalla: el entendido y bizarro Megara sabia muy bien que no era conveniente dejarse llevar de un perjudicial entusiasmo, sino adoptar un sistema de guerra especial, propio para el objeto, y en exacta relacion con sus fuerzas y circunstancias militares. Los guerreros, dóciles y obedientes á su caudillo, también se desentendieron de su febril y patriótico entusiasmo; convencidos de que Megara quería lo mejor para la defensa de su amada patria, se limitaron á obedecerle y secundarle ciegamente, y no tardaron en ver por sus propios ojos cuán ventajosas eran las disposiciones que adoptaba su caudillo.

Este, de tiempo en tiempo, sin período fijo, y siempre inopinadamente, hacia bruscas y repentinas salidas de la plaza; provocaba á combates parciales; mataba algunos romanos, y cuando el grueso del ejército de estos se ponía en movimiento, se replegaba á la plaza, y defendido por sus trincheras se sostenía con valor, y hacia que Roma pagase con sangre propia, derramada casi al pié de las murallas de la ofendida ciudad, el precio de su inusitada perfidia é insigne mala fé.

Era natural que esta manera de hacer la guerra fatigase á Pompeyo, el cual, desconfiado del éxito de su empresa, levantó el sitio y se dirigió á descargar su enojo sobre otra ciudad, no distante de Numancia. Aquella imitó á esta; no quiso que en su recinto penetrasen los romanos; y haciendo una salida tan impetuosa como inesperada, rechazaron los españoles á Pompeyo, haciendo que se retirase tan azorado y tan en desorden, que eligió para huir los senderos menos practicables y más tortuosos, circundados de horribles precipicios, menos temibles para ellos que las espadas de los españoles, por los cuales se despeñaron no pocos romanos. Ya puesto en salvo el resto del ejército, acampó á suficiente distancia; y tal era el pavor de que estaban poseídos los romanos, que en toda la noche se entregaron al descanso, pasándola armados, en continua y atenta vigilancia.

Repuesto en parte Pompeyo, creyó que su honor exigía una segunda acometida, que no dudó sería más feliz que la primera; empero le engañaron su deseo y su pensamiento: el mismo resultado, la misma derrota sufrió en el segundo ataque; por lo cual, abandonando del todo su empresa por entonces, se dirigió á Manlia ó Mallia (Mallen, en Aragon), cuyo pueblo no solamente le admitió

de buen grado, si que tambien asesinó inicuaente á la escasa guarnicion española que en su recinto habia.

Orgullosa con esta compensacion de las anteriores derrotas, se dirigió á la Edetania; deshizo algunas partidas, impuso terror con sus excesos, y creyendo que era más oportuna entonces la ocasion, volvió de nuevo sus iras contra Numancia.

No estaban desprevenidos los numantinos, aunque habian visto levantar el sitio á los inieuos invasores: comprendian demasiado bien que habian jurado quitarles la libertad, ó exterminarles; empero ellos habian contestado al infame juramento con otro leal y santo: «Muertos sí; esclavos jamás.» Este heroico juramento habia sido llevado por el eco hasta los reales de Pompeyo, y habia avivado su deseo de sojuzgar á gente tan belicosa, suponiendo que no llevaria á cabo su propósito. Habia olvidado el tirano, sin duda, que estaba en el país de los héroes, y no recordaba tampoco que habian existido Sagunto y Astapa.

Seria por demás prolija y enojosa la relacion de los infinitos combates que tuvieron lugar junto á los muros de la invicta ciudad: solo diremos que Pompeyo ordenó diversos asaltos tan bien combinados como vigorosos; que no logrando domar la ciudad por medio del hambre, puesto que la habia incomunicado con todas las limitrofes, quiso apelar á sitiirla por sed, poniendo en práctica el proyecto de variar el curso del rio, dándole un nuevo cauce, á fin de que no regase los muros de Numancia; empero los numantinos supieron impedirlo con sus bien templados aceros, haciendo huir á los romanos que en semejante trabajo se ocupaban, y sosteniendo diarias luchas, en que siempre salian vencedores, para proveerse de agua; que siempre fué rechazado con grandes pérdidas, y que despues de un año de continua lucha por su parte, y de una heroica defensa por la de los sitiados, vió el opresor que su ejército estaba destruido; sus soldados, sin ánimo; la esperanza de vencer, desvanecida.

En tan afflictivo estado, el orgullosa caudillo romano vió con profundo dolor que le era forzoso capitular con el animoso Megara, y poner término á tan destructora lucha; porque tambien el destemplado clima diezmbaba las legiones, cuyos soldados, acostumbrados á mucho más benigna temperatura, no podian resistir á tan intenso frio y al rigor de las nieves y los hielos. Además, supo que estaba ya nombrado para sucederle el cónsul Marco Popilio Lenas ó Lenate (año 139 antes de J. C.), y sin duda temió que el nuevo cónsul adquiriese tanta gloria como él habia adquirido ignominia. Los españoles, siempre nobles y leales, no desoyeron la voz de su enemigo, y se comenzaron al momento las pláticas de paz.

Pompeyo, al parecer, deseoso de salvar las apariencias y de no

atraer sobre sí el enojo del Senado, propuso que se firmasen dos tratados: uno público y favorable á Roma; y otro secreto, que seria el que rigiese, ventajoso para Numancia, reconociendo la independencia de esta, bajo ciertas condiciones. Por cierto que no se comprende cómo podian dar fé los españoles á las promesas y estipulaciones de la patria de Lúculo, de Galba, de los asesinos del glorioso Viriato, y de tantos y tantos impudentes, falaces y cínicos caudillos.

Sin embargo de tan fatales y sospechosos antecedentes, los numantinos aceptaron confiadamente las proposiciones de Pompeyo, y no fué perezoso el tiempo para llegar á demostrarles lo imperdable de su ciega credulidad.

Acababan de cumplir los heróicos hijos de Numancia con las condiciones del tratado, entregando los rehenes y una cantidad de dinero que en aquellas se estipulaba, porque esta última circunstancia era la primera que exigian los famélicos y avaros caudillos de la república romana, cuando Pompeyo fué llamado á Roma. Llegó á reemplazarle el cónsul Marco Popilio; y la asamblea ó Senado de Numancia, lleno de buena fé, y deseoso de remover en tiempo oportuno todo obstáculo que pudiera oponerse al puntual y exacto cumplimiento del tratado de paz, pidió á Pompeyo que antes de ausentarse, solemnizase por su parte el tratado, como ellos por la suya lo habian verificado sin necesidad de ninguna excitacion.

Entonces Pompeyo, con el más inaudito descaro, que no merecen más digna calificacion sus audaces palabras, manifestó que las condiciones secretas ningun valor tenian. Popilio, que de la justa reclamacion de Numancia no conocia más antecedentes que los facilitados por Pompeyo, vaciló antes de decidir lo que debía hacerse. Los numantinos, sin embargo, acreditaron la verdad, presentándole el tratado secreto autorizado por su antecesor; empero era romano, y sin hacer justicia, como pudo por sí mismo hacerla, remitió el asunto al Senado para que decidiese, ofreciendo no continuar la guerra en tanto que no llegase la respuesta de Roma.

Mandó tambien Numancia sus representantes, para hacer oír sus razones y presentar el tratado; mas todo fué inútil. El Senado declaró que los artículos de aquel que presentaban los numantinos, no existian; y que por lo tanto debía continuar la guerra.

El tiempo invertido en demandas, consultas y decisiones, no fué perdido para la república, porque reorganizó y aumentó el ejército de España, que probablemente seria lo que buscase Pompeyo al proponer un tratado que seguramente no pensaba cumplir. Popilio, recibidos los refuerzos y las órdenes del Senado, reunió todo el ejército y puso de nuevo sitio á Numancia.

Megara, el digno caudillo español, adoptó entonces un sistema

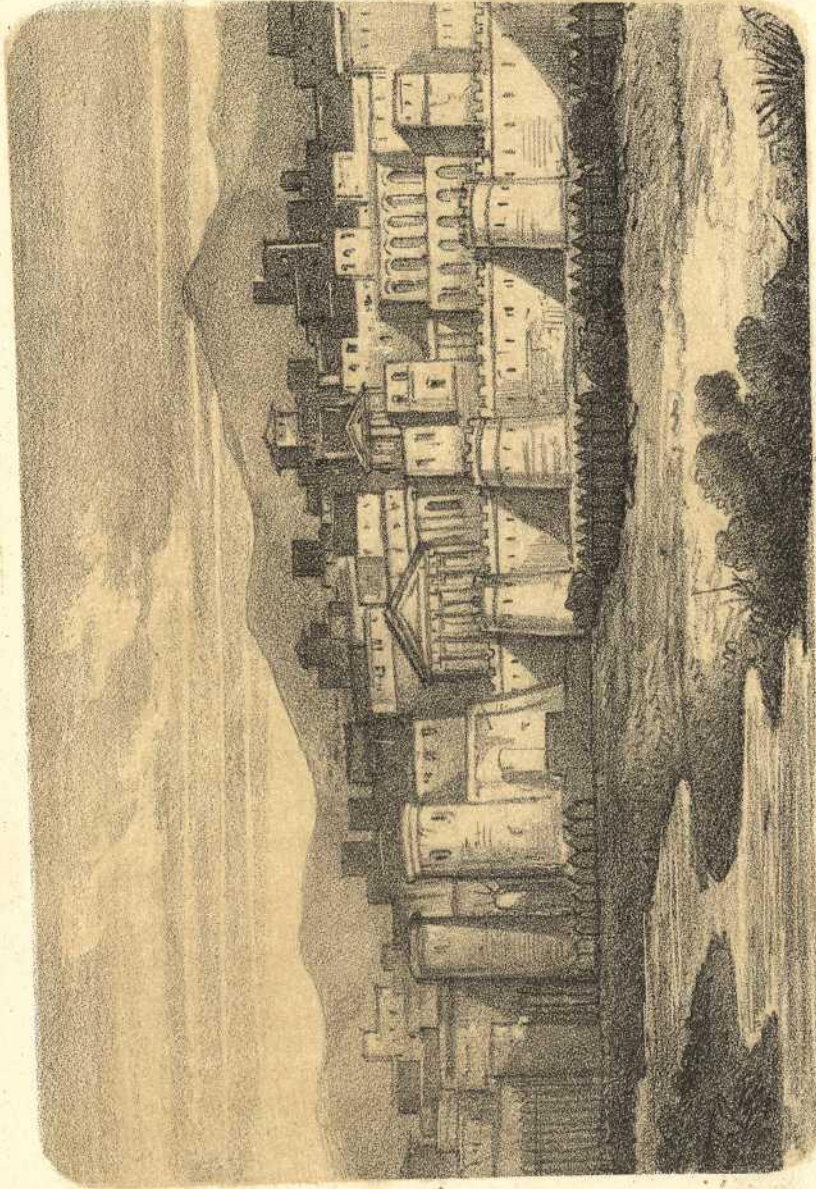
diametralmente opuesto al que empleara anteriormente, cuando le amenazaba el falaz Pompeyo. Determinó no hacer ninguna salida; y como si el belicoso ejército que mandaba tuviese ya enervado su valor, en otro tiempo tan demostrado, hizo que se encerrase aquel dentro de las murallas, observando tan completo silencio que la ciudad parecía un triste desierto ó un fúnebre campo santo, más bien que una población habitada por héroes invencibles.

No dejó de alarmar á Popilio tan extraña novedad, porque la noticia de los notables hechos de los numantinos durante la anterior campaña había llegado hasta Roma. A pesar de esto, teniendo el orgullo más cabida en el ánimo del caudillo de Roma que la reflexion, se persuadió de que la ciudad, intimidada al ver el numeroso y florido ejército que consigo llevaba, había caído de ánimo, y que para vencerla solo era necesario un alarde de fuerza y de valor. Hecho este cálculo, harto aventurado tratándose de españoles, y de españoles como los numantinos, decidió obligarles á salir de su impasibilidad, provocándoles de diversas maneras. Continuó, sin embargo, el silencio y la inmovilidad: esto acabó de afirmar á Popilio en su idea, y dispuso un asalto general, seguro de mandar inmediatamente á Roma la noticia del asalto y de la completa victoria.

Verificóse la impetuosa acometida con la mayor decision, y sin embargo, continuaba el sepulcral silencio; los sitiados indicaban con su incalificable conducta, que habían renunciado á la defensa, ó que inusitadamente cobardes, se habían aletargado con algun narcótico, para no sentir la muerte que necesariamente habían de recibir de manos de los vencedores.

No obstante, tan extraña conducta obró una inesperada reaccion en la imaginacion de Popilio; no podía convencerse de lo que estaba viendo; casi veía ya dentro de la plaza á sus tropas, como que nadie se oponía á su veloz carrera, y por efecto de uno de esos extraordinarios cambios tan incomprensibles como frecuentes en los solemnes y supremos momentos, el pánico que suponía en sus contrarios se apoderó instantánea é imprevistamente de su corazón: temió una celada inevitable; y cuando estaba, puede decirse, dentro de la plaza, vuelve apresurado la espalda, manda retirar á sus legiones, y Megara, que solo esperaba este momento, como inspirado por un profético espíritu, cargó denodadamente con sus descansadas y bizarras huestes sobre los romanos, y poniéndolos en vergonzosa fuga los derrotó completamente, haciendo en ellos un incalculable destrozo.

No hay para qué expresar la profunda y dolorosa impresion que tan triste nueva causaría en Roma, justamente castigada por su traidora y villana conducta. Imposible le parecía que una sola ciu-



Lit. M. Sanchez, Huertas 16 y 18 Madrid.

NUMANCIA.



dad hubiese ya ocasionado tres sangrientas y deshonrosas derrotas á un ejército siempre superior al de Numancia, por lo menos en tres cuartas partes.

Aun corria el año 138 antes de J. C., cuando Popilio encendió la guerra contra los lusones, pueblos limítrofes de Numancia, deseoso sin duda de acreditar su gobierno; porque habia sido prorogada la duracion de este por el Senado romano. Aquellos belicosos españoles le rechazaron, y sosteniendo diversas batallas y no pocos encuentros, siempre vencieron á Popilio, haciéndole huir con sus desbandadas legiones. Desesperado por efecto de tantas derrotas, y habiendo reorganizado y aumentado su ejército cuanto le fué posible, volvió contra Numancia, sin ganar el menor terreno. Algunos autores colocan estos hechos antes del asalto que dió Popilio á la invicta ciudad, cuando ya casi dueño de ella, fué perseguido por los sitiados y diezmadadas sus huestes. Como quiera que sea, las derrotas que experimentó al tratar de rendir á los lusones, son positivas.

En tanto que los hechos antes narrados tenian lugar en la España citerior, gobernaba por Roma Decio Bruto en la ulterior. Sus moradores, los célebres hijos de Viriato, habian comenzado de nuevo á alterarse: sin embargo, por aquel tiempo, algunos de los antiguos soldados que habian recibido terrenos á consecuencia de la capitulacion hecha con Tántalo, sucesor del gran Viriato, edificaron y poblaron la ciudad de Valencia. No ha faltado quien diga que la expresada ciudad es hoy la del Cid; empero fuera de toda razon, porque esta está situada en lo que fué España citerior, en la cual ni tuvieron terrenos ni habitaron jamás los lusitanos. Pudo ser Valencia de Alcántara, en Extremadura; y segun Mariana, lo probable es que fuese Valencia del Miño, entonces incluida en la Lusitania, y que hoy está frente de Tuy.

Llegado el año siguiente (137 antes de J. C.), el Senado prorogó á Decio Bruto el tiempo de su estancia en España, y en reemplazo de Popilio mandó á la citerior á Cayo Hostilio Mancino.

Era Mancino muy dado á la melancolia; crédulo por de más en los agüeros, y que, por efecto sin duda de su tétrica imaginacion y sombrío carácter, cuando estaba despierto, siempre tenia ante su vista calamidades y fatídicos sucesos, y cuando dormia era turbado su sueño por lúgubres y aterradoras visiones. Uno de aquellos le asaltó la víspera de salir de Roma para venir á España; y sin duda afligido y perturbado por efecto de su terrible sueño, en el momento de embarcarse creyó oír una profética voz que le decia con melancólico acento: «¡No vayas, Mancino, detente!»

Con tales antecedentes, unidos á lo que públicamente decian los que de España regresaban, ensalzando hasta el cielo el indomable

valor de los españoles, dicho se está si emprendería su viaje el nuevo cónsul con tanta repugnancia como temor. A esto contribuiría no poco el carácter natural de Mancino; mas debemos decir que casi todos los autores están contestes en asegurar que por aquel tiempo los romanos estaban, en general, aterrados; que sin fuerzas muy superiores, no se atrevían á hacer frente á los españoles, y que no habia un romano, uno solo, que puesto ante un numantino, se atreviese á mirarle cara á cara. No negando, como no puede negarse, el valor á los romanos, lo antes expuesto es el mejor y más grande elogio que puede hacerse de los españoles.

Llegó el desdichado Mancino con un grueso ejército al frente de Numancia, y no fueron parte las superiores fuerzas de que disponia para mitigar su temor y atenuar su dolorosa tristeza. Todo su cuidado consistia en fortificar su campamento, en el cual permanecia encerrado con sus numerosas huestes: por manera que no era fácil decidir si estaba sitiando á Numancia, ó si él mismo estaba sitiado.

Así hubiera quizá seguido indefinidamente, á no haber llegado á sus oidos la voz de que los vacceos (pueblos situados en una parte de Castilla la Vieja) y los cántabros venian á socorrer á Numancia. No fué menester más para que determinase levantar su campo: aprovechando el silencio y las sombras de la noche, sin dar señal ni hacer movimiento alguno que pudiera avisar á los numantinos de su partida, huyó de aquellos sitios, que solo pronosticaban á su preocupada imaginacion desventuras sin cuento. Una casualidad tan rara como imprevista, dió por tierra con su bien combinado propósito de no ser descubierto por los de Numancia.

Dos apuestos y valientes jóvenes, naturales de la expresada ciudad, pretendian á una misma doncella, y ambos, acaso mal seguro de por sí cada uno de obtener de ella misma la preferencia, se dirigieron á su padre, demandando la mano de la jóven. Uno y otro la merecian; iguales en bienes, en valor y en buenas prendas, y no diferentes en el afecto que el padre de la bella numantina les profesaba, colocaron á este en una posicion difícil, porque á ninguno de los dos queria despreciar ni hacer agravio. En tan apurado trance ideó una solucion, digna de aquellos tiempos y costumbres, única que en su concepto podia librarle del punzante compromiso en que se encontraba. «Ambos amais á mi hija, les dice, y ambos la mereceis; empero á los dos no puedo entregarla. Volad al campo enemigo; y el que me presente de vosotros la mano derecha de un romano, ese obtendrá la de mi hija.»

Este medio, que no vacilaremos en calificar de atroz, era más á propósito para librarse de ambos por medio de la muerte, que para obtener el objeto que en realidad se proponia el grave numan-

tino; mas no se arredraron, sin embargo, los valientes y enamorados jóvenes. Con un ánimo superior, si es posible, á la dificultad y grande riesgo de la empresa, se dirigieron á los reales enemigos, y con extraordinaria sorpresa vieron que el campo estaba desierto, como si el ejército romano jamás hubiese estado allí.

Inmediatamente regresaron á la ciudad, y dieron parte de aquella novedad tan impensada como increíble; y engreidos los numantinos por efecto del temor que los enemigos demostraban, instantáneamente se prepararon 4,000, salieron á alcanzar á los fugitivos, y los alcanzaron en efecto. Forzado Mancino á defenderse, dió frente al corto número de numantinos que le acometian; pero estos al material valor unian el moral que les daba el terror de los contrarios, cuyo temor los disminuía moralmente, y procurando tomar sucesivamente diversas posiciones ventajosas, sucesivamente tambien fueron con grandes pérdidas desalojados de ellas, muriendo cerca de 15,000 hombres, que fueron pasados á cuchillo, y encerrando á los restantes en un sitio del cual no les era posible salir.

Mancino, que creyó ver ya realizados sus fatídicos sueños y lúgubres agüeros, se apresuró á pedir la paz, aunque con poca esperanza de lograr su deseo; porque no podia creer que habiendo experimentado los españoles en general, y en particular los de Numancia, tantos agravios de la desleal y perjura república, fuesen tan excesivamente generosos que perdonasen á un enemigo vencido y postrado. Empero no conocia la noble y perjudicial credulidad, nunca desmentida, de los españoles, la cual obligó á los vencedores á entrar en la capitulacion, si bien no quisieron tratar con Mancino, como los de Intercacia no quisieran tratar en otro tiempo con Lúculo, temerosos de que sucediese lo mismo que en la capitulacion pactada con el falaz Pompeyo. Para evitarlo quisieron que en los pactos de paz interviniese directamente el cuestor Tiberio Gracco, en el cual tenian más confianza; porque su padre en una ocasion análoga, hizo que el Senado ratificase un tratado pa-recido.

Avínose Gracco á intervenir en el tratado, y no se opuso Mancino, que era desde su nombramiento un verdadero autómatas; y las principales condiciones de la capitulacion consistian en el perpétuo reconocimiento de Numancia como ciudad libre é independiente; en que el ejército romano entregaria á aquella sus máquinas de guerra, todas las alhajas y preseas, así como todo su bagaje, siendo este el único medio de que saliesen con vida de aquellas estrechuras más de 20,000 legionarios de la artera república, que perdonados por el acero español hasta entonces, estaban próximos á perecer de hambre, la que ya se dejaba sentir demasiado entre aquellas inhospitalarias breñas, á consecuencia de los dias que tras-

curriendo iban en proposiciones y contestaciones de una y otra parte.

Pactóse, pues, en los antedichos términos la capitulacion; porque ni el cónsul ni las legiones deseaban otra cosa que salir del terrible trance en que se veian, á cualquier costa y bajo las condiciones que se les quisieran imponer. No sucedió lo mismo en el Senado, ni era extraño que no sucediese, porque no podia ser para él mas ignominioso el tratado de paz; pero hubieran tenido más ardimiento sus soldados, y no hubiera recaido un nuevo baldon sobre la fatal república, la cual, humillada por la capitulacion de Mancino, la desaprobó absolutamente, á pesar de las protestas que hiciera el cuestor Tiberio Gracco con enérgicas razones, como responsable de la ejecucion del tratado. Los senadores, unánimemente decididos á no sancionar la capitulacion, fulminaron un decreto contra Mancino, condenándole á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado, sin que sirviesen para impedir que recayese tan grande ignominia sobre el desventurado cónsul, los increíbles esfuerzos que en su favor hiciera el cuestor Gracco.

Terrible seria para el infelice Mancino el momento de ver realizados sus lúgubres ensueños, al sufrir el vergonzoso castigo á que le condenara la orgullosa república. Tan cierto es que todo el que se empeña en ser desgraciado, atrae sobre sí la desgracia.

Llegado el fatal instante, el vilipendiado cónsul fué presentado á la puerta de Numancia, en los términos que la inicua sentencia prescribia, en donde permaneció todo el dia abandonado de los suyos, sin ser admitido por los enemigos; porque los numantinos, con sobrada razon, decian que repugnaba á su valor y nobleza el tomar venganza en un hombre aherrojado, y que debia cumplirse el tratado, ó volviendo las cosas al ser y estado en que se encontraban antes de la capitulacion, debian entregarles los 20,000 hombres á quienes generosamente habian perdonado la vida. Proposicion era esta á todas luces justa, y su justicia hubiera sido reconocida por cualquiera otra república que no fuese la de Roma, receptáculo de los vicios, de las infamias y de las traiciones.

Tratábase en ella de sojuzgar á toda costa á Numancia, sin reparar en inconvenientes, en palabras ni en tratados; y Marco Lépidio, á pesar de las órdenes recibidas, nada hizo respecto de la ciudad, y se dirigió á las tierras de los vacceos, contra lo que expresamente le habia prevenido el Senado. Para dar cierta apariencia de justicia á sus depredaciones, pretextó que los vacceos habian en otro tiempo auxiliado á los numantinos. Sin otro motivo corrió todo el país, talando cuanto encontraba á sangre y fuego; y revolviendo contra Palencia, intentó atacar la ciudad; empero los palentinos le dieron una severa leccion. Le redujeron á tal estrechez,

que no podía moverse, ni hacer provision de lo más indispensable para sus huestes; por esta razon, reducido á una posicion extremadamente apurada, y viendo que el hambre dejaba sentir ya sus destructores efectos entre sus legiones, á media noche, por sendas excusadas y procurando no producir ruido ni rumor, hizo que desfilasen sus tropas, á fin de evitar el último peligro.

No pudo verificar su fuga tan en silencio que no fuese sentido; y como los palentinos eran gente denodada y de muy probado valor, cargaron sobre los fugitivos, los acometieron y los derrotaron, pasando á cuchillo 6,000 romanos.

Esta ignominiosa derrota contristó á Roma, en términos que llamó á Lépido para pedirle cuenta de sus actos; porque se le habia ordenado expresamente que no persiguiese á los españoles en general, cuyo valor tan notable y conocido era, sino que se limitase á hostilizar á Numancia. Por esta razon las pérdidas sufridas en las inmediaciones de Palencia se achacaron á la desobediencia de Lépido, y por ello se le acusó ante el Senado.

Decio Bruto, en tanto, gobernaba con acierto y menos crueldad en la España ulterior, logrando con sus acertadas órdenes sosegar varias insurrecciones de los gallegos y lusitanos, y haciendo que se le entregasen los talabrigenses. Esto decidió sin duda al Senado á prorogar el gobierno de Decio Bruto, y en reemplazo de Lépido vino á la España citerior Publio Furio Philon, con el encargo expreso de realizar el castigo y entrega del desgraciado Mancino. No dejaron de hacer oposicion al nombramiento de Philon, Quinto Metelo y Quinto Pompeyo: mas él no solamente fué preferido, si que tambien tuvo bastante influencia para humillarlos, haciendo que el Senado los hiciese venir á España como sus tenientes ó legados.

Llegó Philon en el año 136 antes de J. C., y nada hizo durante el tiempo de su mando, fuera de ejecutar el cruel y vergonzoso castigo del infeliz Mancino. Respecto de la heroica ciudad, no hizo otra cosa que ver sus muros; porque ni se acercó á ellos, ni hostilizó á los numantinos, demostrando de ostensible manera que los temia.

Así trascurrió el año, hasta que vino á reemplazarle Calpurnio Pison, en el año 135, el cual imitó á su antecesor en no dar señales de vida. Invernó en la Carpetania, y terminados los rigores de la frígida estacion, tampoco hizo otra cosa que dejar á su ejército en completa libertad. La disciplina militar, que estaba ya har-to mal parada, acabó de relajarse por completo; los soldados estaban encenagados en los vicios; la embriaguez se habia generalizando; primero faltaban en su equipo las armas á los soldados, que los dados, con los cuales se quitaban mutuamente el dinero á toda hora; y esto, unido á estar plagado el campamento de mujeres de

licenciosa y repugnante vida, hacia que las águilas romanas permaneciesen postradas y abatidas por tierra.

La inaccion de Calpurnio, lo mismo que la de Philon, consistia principalmente en el terror que á los españoles tenian, especialmente á los de Numancia y sus comarcas; porque tantos cónsules habian sido vencidos por ellos, y tantas legiones habian derrotado, que en Roma se llamaba públicamente á Numancia *terror de la república*, y de ella solo se hablaba con un respeto mezclado de temor, siendo aquel hijo de este.

El Senado notaba esto con extraordinario disgusto, porque era para él muy bochornoso que una sola ciudad, y no de las más grandes de España, llevase tantos años ya sosteniéndose sola contra todo el poder de la que entonces era la capital del orbe. Los tesoros de Roma, aunque en gran parte salidos de España, á España tenian que volver para mantener la atroz guerra que la república sostenia; las legiones desaparecian como por encanto en los campos de la Celtiberia; tan pronto como salian de su patria era forzoso pensar en formarlas nuevas, porque los numantinos las diezaban, y no encontrando más que hombres nulos para el mando, ó caudillos que, siendo aptos, se negaban á exponer su reputacion luchando contra los héroes de Numancia, tuvo que pensar en poner decididamente un término á aquel estado tan afflictivo como vergonzoso, y para lograrlo no encontró otro medio que el de nombrar cónsul á Escipion el Africano, cuyo carácter y antecedentes eran para el Senado una garantia segura de que sabia ejecutar en Numancia lo que supo realizar en Cartago.

Ya habia entrado el año 154, cuando tuvo Escipion su expedicion dispuesta, contándose en ella algunos millares de voluntarios, de los cuales entresacó 500 nobles ó patricios, con los que formó una especie de guardia de honor denominada *Filonida*, compañía ó *cohorte de los amigos*.

Aceptó Escipion el encargo del Senado con el enérgico entusiasmo que acostumbraba y que le era connatural; y teniendo ya noticia del estado de desmoralizacion y desenfreno en que el ejército de España se hallaba, encargó el arreglo y conduccion de los expedicionarios á Marco Buteon, su teniente; y él, sin perder momento, vino precipitadamente á la peninsula ibérica.

Llegó á España, y vió que la fatal pintura que en Roma se hacia del ejército no era exagerada; por esto comprendió que era imposible emprender operacion ninguna, por poco importante que fuese, sin organizar primero sus huestes, formando cohortes de buenos soldados de aquella coleccion de hombres viciosos é inútiles para las armas.

La primera providencia que dictó, fué para arrojar ignominio-

samente del ejército á las mujeres, á los vivanderos, leñadores, aguadores y chalanés. Prohibió las camas, que eran entonces más cómodas de lo conveniente en campaña, haciendo que fuesen reemplazadas por unos sacos; señaló las especies en que habia de consistir la racion de cada guerrero, dando él mismo ejemplo en cumplir las órdenes; no comia otra cosa que la racion de soldado, y era el primero á dormir en el saco-cama.

Ocupaba muchas horas diariamente á sus legiones en ejercicios y simulacros de batalla; los hacia cavar fosos, y terraplenarlos despues; construir trincheras y diversas fortificaciones, y ocuparse en otras faenas militares. Para trasladarse de un punto á otro y regresar al campamento, hacia llevar siempre consigo á cada uno siete gruesos palos ó estacas para formar el campamento y levantar empalizadas, y raciones de trigo para doce ó quince dias; y de esta manera los hacia adquirir pericia y ejercitar las fuerzas, no dando tiempo á que pensasen en vicio alguno; porque cuando se entregaban al reposo, solo de descansar tenian deseo.

Ayudó mucho á Escipion en sus militares faenas uno de sus segundos, Cayo Marcio, discípulo suyo y que fué despues un gran caudillo, y en España un fiel y entendido auxiliar del *Africano*. Este, segun algunos autores antiguos, al hablar de las faenas militares en que sin cesar tenia ocupados á sus guerreros, decia con su habitual y dura energia, hablando de estos: «Que se manchen de lodo, puesto que tanto temor tienen á mancharse con sangre.»

De este modo pasó el invierno y casi todo el año, sin que se determinase el caudillo de Roma á tomar la iniciativa contra Numancia. El ejército estaba ya desconocido, fuerte, diestro y morigerado; empero no se habia podido lograr que perdiese el temor que á los numantinos tenia. Por esto sin duda creyó Escipion necesario que antes de emprender las operaciones contra la ciudad, era conveniente y aun preciso hacer que á los simulacros sucediesen algunos encuentros con verdaderos enemigos.

Para lograrlo emprendió algunas correrías, haciendo todo el mal que le era posible; llegó hasta el territorio de los vacceos; emprendió algunas luchas con los palentinos, manifestando que trataba de vengar la derrota de Lévido; y estos, como gente belicosa y mal sufrida, le dieron en qué entender. Hizoles frente Rutilio Rufo, que se vió simultáneamente cargado por todas partes; y le hubieran envuelto y destrozado, á no ser por los socorros que instantáneamente le mandara Escipion.

Cuando este se acercaba ya á Numancia, estuvo para recibir un sensible golpe. Habia mandado algunas tropas á forrajear, y sabedores de esto los numantinos, dispusieron hábilmente una emboscada á favor de unos peñascos y matorrales inaccesibles. El pre-

visor Escipion, que supuso podria suceder esto, preparó 3,000 escogidos caballos; y cuando los bizarros numantinos pusieron por obra su propósito, fueron cargados por aquellos, teniendo estos que retirarse, aunque con mucho orden y concierto. Se celebró en la misma Roma con grandes regocijos este sencillo suceso, porque era la primera vez que en tantos años habian visto las espaldas á los numantinos.

Continuó despues el romano sus correrias hasta llegar á Caucia, casi destruida desde que se consumara la traidora infamia de Lúculo. Compadecióse Escipion al ver el estado á que habia quedado aquella reducida, y mandó que á voz de pregon se invitase á los que quisieran contribuir á reedificarla y poblarla, ofreciéndoles grandes franquicias, y exencion de tributos: llegado el otoño, volvió á las cercanias de Numancia.

En la primavera del año 133 antes de J. C., estableció formalmente Escipion las líneas del sitio, llegando de África oportunamente Yugurta con algunos millares de peones y ginetes, trayendo tambien diez elefantes.

Era Yugurta sobrino del rey Micipsa, hijo de un bastardo de Masinissa, práctico y entendido en los asuntos de la guerra: por manera que la llegada del príncipe africano fué de grande importancia para Escipion, tanto por los importantes refuerzos con que se presentara, cuanto por la pericia y valor del mismo Yugurta.

Más de 60,000 guerreros se acercaron á la invicta Numancia, todos temibles, puesto que llevaban un año de práctica en la guerra, figurada y real; estaban bien disciplinados y sumisos, teniendo además perfectamente ejercitada la fuerza.

Para resistir á este poderoso ejército, la ciudad apenas contaba con 8,000 combatientes, que si en razon de su notorio valor se les podia contar como en doble número, aun así solo representarian una cuarta parte del ejército sitiador.

Por aquel tiempo habia llegado ya á España la orden del Senado romano prorogando á Escipion el de su gobierno, siendo cónsules Publio Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pison.

Los heróicos numantinos que vieron su amada ciudad rodeada de aquella nube de guerreros, y no olvidando que á su frente estaba el destructor de Cartago, determinaron exponerlo todo al trance de una decisiva batalla, confiando cada español en que tendria valor por cuatro romanos durante la lucha; ¡cuánta seria la merecida fama de aquel puñado de héroes, cuando el grande Escipion el Africano, á pesar de su inmensa superioridad, no aceptó la batalla! Sabia muy bien que los bizarros numantinos eran en la guerra leones, y por esto no dudaba que exasperados y sabedores de que en aquella sola accion estribaba su vida ó su muerte, su libertad ó su esclavitud, se batirian como hombres desesperados y fre-

néticos. Hé aquí, sin duda, la razón por que el caudillo romano no quiso aceptar la batalla que tan noblemente y con tanta desventaja le presentó el heroico Megara. Optó por reducirlos á fuerza de hambre, de miseria y de opresion; medio mucho menos arriesgado y noble, empero infinitamente más infalible y seguro. Positivamente fué raro que los numantinos no acometiesen al remiso enemigo, obligándole á batirse mal de su grado: mas estaban contados los días de Numancia, y escribí el en que habia de sucumbir con tanta gloria suya y de la nacion de que formara parte.

Escipion, constante en su propósito, circunvaló la ciudad, incluyendo en las líneas de circunvalacion las montañas y colinas. Hizo cavar profundos fosos, y construir una empalizada en derredor de la plaza, formando un fuertísimo valladar de diez piés de elevacion por cinco de latitud, relleno de tierra apisonada, aspilleado, con torres de trecho en trecho y con fuertes armaduras para colocar sobre ellas las ballistas y otras máquinas de batir. Hecho esto, solo quedaba franca la entrada por el rio; mas queriendo el sitiador interceptarla tambien, no se contentó con guarnecer la orilla con algunas cohortes escogidas, sino que pensó en cerrarla por completo. Hasta entonces los guerreros de Roma allí colocados habian sido burlados completamente; porque no solamente pasaban los numantinos en ligeras barcas, á pesar de las saetas romanas, si que tambien unos hombres, diestros nadadores, á guisa de buzos, entraban y salian por debajo de la superficie del agua, y llevaban á la plaza escasos, pero suficientes recursos.

Este último tambien se concluyó para los sitiados. Escipion, que, segun no hace mucho dijimos, pensaba en cerrar completamente la entrada por el rio, maduró su proyecto, y para realizarle hizo construir y guarnecer una torre en la orilla, y atravesar en lo ancho del rio unas fuertes vigas encadenadas y llenas de agudos garfios y puntas de hierro, colocadas de tan hábil y bien entendida manera que no era posible pasar sin clavarse en aquella nueva y diabólica invencion.

Ya estaban colocadas las catapultas, los arietes y otras terribles máquinas; las torres todas estaban guarnecidas de buenos honderos y escogidos saeteros; nadie podia entrar ni salir en la ciudad sin evidente é inminente peligro de muerte; á ninguna hora del dia ni de la noche faltaba la más esquisita vigilancia; y para completar su sistema de ataque, habia puesto Escipion en práctica una especie de telegrafia óptica, á fin de entenderse unos y otros á grande distancia; y por medio de señales previamente convenidas se entendian perfectamente, y se acudia en el momento á donde era necesario.

Mientras se realizaba todo lo dicho, no estuvieron ociosos los

sitiados: trataron, por el contrario, en diversas ocasiones de impedir aquellas obras hechas para su daño; empero inútilmente. El caudillo de la ambiciosa y falaz república tenía fuerzas materiales suficientes para estrechar á los sitiados, al tiempo mismo que llevaba á cabo sus proyectos de circunvalar á Numancia con otra ciudad casi; y los numantinos se convencieron de que solo les restaba perecer de hambre ó entregarse, cosa que repugnaba á su noble fiereza, y que era un fin, por cierto, indigno y muy poco conforme con la gloriosa lucha por ellos sostenida durante una série de tantos años.

En tan aterradora y repugnante disyuntiva, un hombre valiente entre los muchos que Numancia guardaba en su recinto, llamado Retogeles Caravino, ó Caraunio, cuando el fatídico genio de la destruccion batía ya sus negras alas, meciéndose con atroz gozo sobre los muros de Numancia, ideó salir de esta, con un corazon superior al valor más inusitado. Su objeto era el de acercarse á algunos pueblos comarcanos, para pedirles auxilio en aquella terrible y extrema calamidad. La idea, una vez realizada y habiendo hallado acogida en los auxiliares que buscaba, pudiera haber cambiado, por entonces al menos, la faz de la guerra; porque atacada la retaguardia de los romanos por los pueblos limítrofes, y la vanguardia por los denodados y desesperados numantinos, hubieran sin duda alguna dado en qué entender unos y otros á los legionarios de la proterva Roma.

No faltó el ánimo á Retogeles para la ejecucion del notable y arriesgado proyecto. Cuando por efecto de los muchos días pasados en continúa vigilancia, supuso que los romanos estarian rendidos, y despues de haber calculado el sitio menos fuerte y expuesto, acompañado de otros nueve héroes, de los cuales eran cuatro hijos suyos, escaló el valladar, mató los centinelas, encargándose un guerrero de cada uno, y lo verificaron de tan certeros y fuertes golpes, que ni una sola exclamacion pudieron proferir. Hecho esto se dirigió á los arevacos, pero en vano: temieron á Escipion, ó no quisieron exponerse por una causa que miraban como perdida, aunque tan justa y santa. Solamente Lutia (que es hoy Viniegra, en la provincia de Logroño) oyó á Retogeles y se ofreció á sacrificarse en aras de la independencioa española, si no lograban vencer al enemigo. Por desgracia, la muerte de los centinelas romanos y la salida de los numantinos fueron bien pronto descubiertas, y Escipion, más veloz que el rayo, acudió al remedio. Sitiada la pequeña ciudad tuvo que rendirse, y el romano, con una crueldad que es una de las infinitas que mancharán eternamente su fatal memoria, hizo que le entregasen 400 jóvenes, á los cuales mandó castigar cortándoles las manos.

Cumplido el bárbaro castigo, regresó Escipion á Numancia, sobre la cual estaba de nuevo al rayar el alba, seguro de haber dado el último golpe á la independencia de los numantinos, y de la próxima rendicion de la ciudad.

Los sitiados, quizá al contemplar con dolorosa mirada á los atribulados ancianos, á las débiles mujeres y á los inocentes niños, decidieron enviar un mensaje á Escipion, creyendo que su inaudito valor tantas y tantas veces demostrado les ponía á cubierto de toda sospecha que pudiera ser poco favorable á su honor de guerreros. Escipion, como en otro tiempo Anibal frente á los muros de la gloriosa Sagunto, contemplaba á Numancia vencida; la miraba ya como su presa, y no era posible que siendo de suyo tan feroz comprendiese la significacion de la palabra piedad, ni creyese conveniente, aun comprendiéndola, darla oídos. Por esto sin duda oyó de muy desdeñosa manera á los enviados, limitándose á decirles por toda respuesta que depusiesen las armas, entregándose á discrecion, y que despues podria oirles.

Difícil seria el querer expresar de digna y exacta manera el efecto que la orgullosa é insolente respuesta produjera en Numancia: baste decir que los enviados que la trajeron, en aquel primer arrebató de arrolladora cólera, fueron victimas del furor popular, tal vez por haberla oido tranquilamente y haberla trasladado impasibles á sus conciudadanos.

Es indescriptible seguramente la escena que sucedió á la antes referida. Las mujeres manifestaban aun más ardimiento que los guerreros: en vano se oponia á la extrema resolucion de aquellos héroes la debilidad de muchos, efecto de la absoluta carencia de alimentos nutritivos y sanos, pues ya habian apelado á los manjares más repugnantes, y aun á la carne de los numantinos que perecian; último y terrible extremo á que pudieron verse reducidos. Mas nada importó esto; lo mismo los más fuertes y robustos que aun conservaban bastante resistencia, que los estenuados y demacrados que semejabán verdaderos espectros, todos en confuso tropel salieron de la plaza decididos á morir, matando al menos algunos romanos.

Con el terrible impetu de la extrema desesperacion, refulgente y momentáneo brillo de la luz pronta á extinguirse, llegaron hasta las mismas fortificaciones de los enemigos, y con terribles voces les instaron y obligaron á batirse. Fuerzas inmensamente superiores en todos conceptos acudieron veloces á rechazar la brusca é impetuosa acometida; mas no fué larga la lucha. Puede decirse que más de la mitad de los numantinos quedaron muertos sobre el campo, regado abundantemente también con sangre romana en aquel terrible dia. Los españoles que sobrevivieron regresaron á la



plaza, y acordaron terminar de una manera análoga á la que dió fin á la no menos gloriosa é inmortal lucha de Sagunto.

Los que aun podian sostener el fuerte y temido acero, se batieron unos contra otros, con el único objeto de perecer antes de que los romanos se apoderasen de la ciudad. Las heroínas de Numancia, los tiernos niños, los horrorizados ancianos optaron entre un tósigo mortal y las destructoras llamas; porque tambien, lo mismo que en Sagunto, incendiaron la hermosa ciudad y los tesoros, y las alhajas y cuanto en su seno encerraba, ofreciendo á Roma pocos edificios, casi derruidos; cadáveres y cenizas, nada más.

Dijimos al tratar de Sagunto que no hubo despues gloria que superase á la suya; empero, á fuer de imparciales, debemos añadir que Numancia la igualó. Si bien el ejemplo heróico fué de la primera, su resistencia duró ocho meses, y la de la segunda *catorce años*. La destruccion de Sagunto fué, más bien que otra cosa, un vivo deseo de provocar á Roma y obligarla á una guerra mortal; la de Numancia fué la necesidad en que se vió la falaz república de domar el baluarte y antemural de la independendencia española. La primera causó notables pérdidas al ejército de Cartago; mas la segunda venció y destrozó diversos ejércitos romanos, humilló á sus caudillos, obtuvo capitulaciones tan ventajosas para ella como bochornosas para Roma, y dió á entender lo que era, y cuánto valor hubiera tenido su heróica resolucion si hubiera sido secundada. Sea de Sagunto la gloria de haber dado el ejemplo; de Astapa la de haber imitado fielmente á esta, y de Numancia la de haber adquirido el nombre de *terror de la república romana*, defendiendo durante catorce años la independendencia española, y habiendo resistido quince meses de riguroso sitio despues que le estableció Escipion.

La inicua Roma celebró de mil maneras el deshonoroso triunfo: deshonoroso, porque habia empleado todas sus fuerzas, enormes entonces, contra 8,000 hombres decididos y contra una pequeña ciudad; deshonoroso tambien porque la infame república, durante la prolongada lucha, habia representado la opresion, la ambicion y la avaricia, en tanto que Numancia representaba la justicia y la independendencia; y por último, igualmente deshonoroso por no haber pactado de manera ventajosa para ella y decorosa para Numancia, respetando la vida de los héroes que tantas hazañas habian sabido obrar: mas esto no era fácil. El ambicioso no es valiente; es siempre cruel y déspota: el verdadero valiente es noble; aprecia y respeta el valor del enemigo, y jamás es sanguinario.

El Senado, entre otros premios, concedió al feroz Escipion el título de *Numantino*, añadido al de *Africano*, para perpetuar esta segunda hazaña, que, como la primera, siempre merecerá la execracion de los hombres honrados. Quiso el héroe de Roma llevar

tan al cabo su ferocidad, dando rienda suelta á sus atroces instintos, que mandó arrasar los pocos restos de algunas casas que el fuego había respetado, á fin de que no quedase memoria de la destruida pero no domada ciudad. ¡Como si tan gloriosos hechos no fuesen infaliblemente transmitidos de generacion en generacion, hasta el fin de los siglos!

Después de arrasada Numancia, las ciudades comarcanas, que solo esperaban el triunfo ó la ruina de aquella para conocer la suerte que les esperaba, se sometieron en breve tiempo al caudillo de Roma. Merecieron, sin duda, el yugo bajo el cual comenzaron á gemir; hubieran ellas ayudado á la gloriosa Numancia, y acaso no tuvieran que llorar su libertad perdida: mas desde tan remota época hasta nuestros días, jamás ha dejado de verificarse que unos pocos luchen por la felicidad general, y que los demás los abandonen entregándose á una punible neutralidad, hija de un vil egoismo, librándose del riesgo si los fuertes sucumben, y aprovechándose de las ventajas si el triunfo corona el valor de los héroes.

Con la ruina de Numancia, si no se apagó el fuego del sacro amor patrio, por lo menos se amortiguó. Roma se fue enseñoreando de España, y á la destruccion de la invicta ciudad siguieron más de veinte años de paz mezclada con oculto y general disgusto, y la insurreccion se dejaba entrever, aunque bastante latente. La repugnante ferocidad de Escipion, el horroroso castigo con que aterró á los habitantes de Lutia, y tantos y tantos ejemplos de barbarie como se habian dado para imponer á la multitud, hicieron que España presentase un aspecto pacifico sin duda; empero aquella paz era ficticia, hija del terror y de la opresion; no de la conviccion ni de la gratitud. Era, más bien que paz, una impasibilidad forzosa, de esas que reconocen por único origen la insensibilidad nacida del exceso del más acerbo pesar que enerva el valor, dejando inerte é impotente al objeto de las iras de la suerte; á la víctima débil y aherrojada, ante su verdugo fuerte y libre.

Contribuia mucho á que germinasen las semillas de las insurrecciones, y á que no se extinguiese el fuego de la independencia, el gobierno despótico y tiránico que Roma habia establecido, tratando á los españoles como habitantes de un país vencido y conquistado: como esclavos, no como hombres; y este no era el mejor medio de atraer á los que eran enérgicos de carácter, valientes por instinto, fuertes, robustos y ágiles por naturaleza.

Verificada la gloriosa catástrofe de Numancia, que tuvo lugar en el año 133 antes de J. C., y pasado el largo período de tiempo de aparente paz de que antes hemos hablado, ocurrieron pocos hechos notables.

España continuó gobernada por diez legados, distribuidos en

diversas provincias, desde la destruccion de Numancia. A consecuencia de haberse alterado la tranquilidad en las islas Baleares y haberse dedicado muchos de sus naturales al ejercicio de corsarios, se dirigió á aquellas el cónsul Quinto Cecilio Metelo, y logró subyugarlas, por lo cual adquirió el sobrenombre de *Baleárico*. No fué, empero, la conquista tan rápida que no costase bastante tiempo y no escasa sangre á los romanos; porque la resistencia de los terribles honderos mallorquines fué tan obstinada como sostenida, y se cree que para someterlos completamente tuvo Metelo que dejar entrever el halago y la esperanza, mezclados con el rigor y la crueldad.

Cayo Mario, que gobernaba la España ulterior, mandó abrir diversos caminos para facilitar las comunicaciones, y limpió los que ya estaban abiertos, de infinitos malhechores que por todas partes pululaban; porque si para los hombres honrados solo habia tiranía y opresion, en cambio los salteadores y desalmados vivian en completa licencia, sin freno que les contuviese en sus maldades y hechos facinerosos. Para poner un dique á este fatal estado de cosas, hizo muy buenas leyes, castigó duramente á los ladrones, y dió fuerza y prestigio á las autoridades que eran delegadas suyas.

Algunos años despues ocurrieron diversas alteraciones en la Lusitania, que fueron sosegadas primero por Calpurnio Pison, y despues por Sulpicio Galba, hijo de aquel cuya memoria tan funesta y fatal era para los lusitanos. Mariana presenta despues de estos hechos la irrupcion de los cimbro, que desde el Norte aparecieron en España de tan violenta manera como un desbordado torrente: otros colocan la expresada irrupcion en tiempo del pretor Fulvio, gobernador de la España citerior. Sea de esto lo que quiera, cierta aparece ser la irrupcion, así como no lo es menos que los celtiberos heroicamente contribuyeron á expulsarlos tan pronto como aparecieron.

El fuego mal apagado en las comarcas lusitanas volvió á dejarse ver, y fué por entonces sofocado por Lucio Cornelio Dolabella, procónsul de aquella provincia.

A estos chispazos de insurreccion siguieron otros en la Celtiberia, cuyos naturales apelaron abiertamente á la guerra; y debió ser bastante alarmante la manera de presentarse aquellos en campaña, cuando Roma dispuso que para sofocar la insurrección viniese expresamente á España el cónsul Tito Didio. Su presencia y los refuerzos que consigo trajo no arredraron á los celtiberos, los cuales vinieron á las manos con las legiones de la república. Dícese que tuvo lugar una sangrienta y formidable batalla, en la que hubo tal encarnizamiento de ambas partes, que duró hasta la noche, cuyas sombras despartieron contra su voluntad á los combatien-

tes. Didio, cuya imaginacion era fecunda en ardides, como la de sus predecesores, comprendiendo que dificilmente vencerian á aquellos españoles tan denodados como vigorosos, apeló á un medio que juzgó el único para salir con bien de la pendiente batalla.

Durante la noche, hizo enterrar á casi todos los romanos que habian quedado sobre el campo, cuyo trage tan diverso era del de los soldados celtiberos; de modo que al aparecer el sol y preparar las armas ambos campos, los españoles vieron la multitud de los suyos que sobre la tierra yacian, y el escasisimo número de romanos que habian sucumbido. Tan fatal vista los desanimó en tales términos, que su pujanza y brio disminuyeron; y vencidos moralmente antes de pelear, capitularon con Didio, sin objetar nada á las condiciones que este los impuso, que no fueron excesivamente crueles para lo que la artera Roma acostumbraba.

Los termestinos tambien daban muy á menudo en qué entender á los legionarios, porque estaban favorecidos por los sitios en que habitaban, inaccesibles y defendibles por naturaleza. Por esta razon los obligaron á trasladarse á terrenos llanos, estableciendo en ellos sus habitaciones, y exigiendo la más estrecha responsabilidad á sus jefes, á fin de que no se fortificasen, ni aun diesen al terreno que ocupaban forma de ciudad.

Tito Didio, á quien el Senado acordó los honores del triunfo, fué llamado á Roma para gozar de aquel, aunque se le reprobó que hubiese hecho degollar inhumanamente á una gran partida de malhechores, los cuales se le entregaron con sus mujeres é hijos, bajo el seguro de su palabra.

Estos hechos fueron los más notables que ocurrieron durante más de veinte años, época que algunos autores quieren hacer llegar á cerca de cuarenta, hasta que se dió á conocer un romano que impuso despues pavor á su propia patria.

Hallábase en España Quinto Sertorio ejerciendo el cargo de tribuno de soldados, equivalente al de los modernos coroneles, cuando una insurreccion de los españoles vino á dar cierta celebridad á su nombre.

Los habitantes de Castulon estaban vejados y oprimidos, por efecto de la licenciosa vida y el desenfreno de los soldados romanos; y habiendo el disgusto rebasado los límites de la paciencia, estalló violentamente. Para vengarse cumplidamente de sus opresores, los castulonenses se pusieron de acuerdo con los gerisenos (situados todos en tierra de Jaen), y acordaron un plan combinado para degollar á todos los romanos que guarnecian dichos puntos. La ejecucion del terrible hecho debia comenzar por Castulon, y no se creia que fuese difícil llevarle á cabo: los romanos, siempre más afectos á la vida muelle y cómoda que á la de campaña, pasaban

las noches al lado del fuego; porque era invierno y muy rigoroso, y se entretenían haciendo copiosas libaciones, dando rienda suelta á todos los vicios, y muy confiados en la completa paz de que hacía muchos años se disfrutaba en aquellas comarcas.

A una hora dada y hecha la señal, comenzó en Castulon el degüello, sin perdonar á ninguno de cuantos romanos encontraban; pero como no era posible acudir á un tiempo á todas partes, algunos pudieron fugarse, y entre ellos el tribuno Sertorio. Reuniendo este los fugitivos y algunos otros soldados que pudo recoger de pronto, volvió sobre Castulon; y cargando denodadamente á los sublevados, mató no pocos castulonenses, aunque no en tan gran número como el de los romanos ya sacrificados.

Cortada la sublevacion, y habiendo sabido que los gerisenos debían seguir las huellas de los de Castulon, hizo que se disfrazasen muchos de sus soldados con los vestidos de los castulonenses muertos, y colocándolos á la cabeza, se dirigió á la inmediata ciudad que los recibió con vítores, les dió cordiales enhorabuenas por el destrozo hecho en los comunes enemigos, y les franqueó las puertas dejándoles que se hiciesen dueños de la poblacion. Esto era lo que Sertorio deseaba, para desplegar en toda su terrible severidad el rigor de las leyes de la guerra; en virtud de estas, castigó á unos con la última pena, y á no pocos hizo esclavos.

Estos sucesos dieron no escasa fama á Quinto Sertorio, quien supo acrecentarla muchísimo en la Galia Cisalpina, á donde despues fué destinado de cuestor ó pagador. Sus hechos de guerrero fueron tan notabilísimos en dicha campaña, que por ser de los primeros en avanzar y por acudir á los sitios de mayor peligro, en ella perdió un ojo.

Ya estaba muy considerado cuando estalló en Roma la terrible guerra civil entre Mario y Sila. Sertorio, que odiaba de todas veras la tiranía, y que, por otra parte, estaba resentido con Sila por haberle perjudicado en cierta pretension al consulado, se decidió por Mario; y cuando la faccion de este fué vencida por la de Sila, y este tirano ocupó á Roma como dictador, todos los parciales de Mario fueron proscritos, y en la proscripcion fué incluido Sertorio, que se refugió en España.

Su venida tuvo dos objetos: buscar un asilo seguro y distante de Roma, fué el primero; el segundo, suscitar en toda la península enemigos á Sila. Esta empresa era muy fácil para Sertorio: conocía la sencilla bondad de los españoles, que jamás tenían doblez ni podían abrigar la falsía. El sagaz talento del antiguo tribuno le enseñaba el camino que debía seguir para captarse el afecto de los españoles, los cuales querían encontrar tanta generosidad como ellos mismos en su corazon albergaban, y que se les tratase como

valientes y libres; no como cobardes y esclavos. Solo tenia Sertorio en contra suya el fatal recuerdo de Castulon y el ardid usado con los gerisenos; empero tambien conocia que no eran los españoles rencorosos, y esperaba del mucho bien que pensaba hacerles el olvido de aquel hecho aislado, y del cual su propio peligro era, en su concepto, suficiente disculpa.

Aparecióse, pues, Sertorio en la Celtiberia, y comenzó por presentarse como caudillo, para auxiliar á los celtiberos en la grande obra de destrozar en mil pedazos el ominoso yugo que envileciéndoles les oprimia. No fué menester más para que se le entregasen varias ciudades, reconociéndole sin la menor oposicion por pretor de toda la provincia.

Nada se le olvidaba de cuanto podia hacerle ganar terreno en el afecto de los españoles: una de sus primeras providencias fué rebajarles los tributos; hizo que se acuartelasen sus tropas en los arbales y extramuros, para no incomodar á los pueblos con la carga de los alojamientos, siempre molesta y ocasionada á disgustos; y como su pretension se reducía á excitar el odio contra el tirano Sila, y como Sila era el jefe de la república romana, dicho se está que nada difícil seria que Sertorio lograra su deseo. Los españoles habian demostrado en más de una ocasion que eran buenos aliados y mejores amigos, puesto que no habian procedido de una misma manera con todos los cónsules y pretores. Por esto hemos visto á las ilergetes y otros pueblos, confederados unas veces, y otras decididos enemigos de Roma, segun con ellos procedian los representantes de esta. Solamente cuando veian que era escarnecida su buena fé y que la proteccion era la máscara de una opresion deshonrosa, las confederaciones se rompian, y renacia más vehemente que nunca la enemistad.

Elegido Sertorio pretor de la Celtiberia por la voluntad unánime de sus habitantes, reunió un pequeño ejército de españoles, al que se agregaron muchos romanos que habitaban en España y que eran declarados enemigos del dictador Sila, formando un total de 9,000 guerreros.

Llegó á Roma la noticia de lo que en España ocurría, y el tirano nombró á Cayo Annio, para que seguido de numeroso ejército atravesase las Galias y se dirigiese á España, con la mision de someter á Sertorio. Este, que tuvo oportuno aviso, hizo salir á Livio Salinator con solo 6,000 hombres, que componian más de dos tercios de su pequeño ejército, para interceptar el paso al que Annio venia acaudillando. A fin de lograrlo más fácilmente, se colocó por mandado de Sertorio en las mismas gargantas de los Pirineos.

Al encontrarse Annio con el predicho obstáculo, comprendió muy bien la desventaja que tenia, y que no le era posible vencer; porque

Salinator ocupaba una posicion que no podia serle más favorable, desde la cual, sin exponer apenas sus escasas huestes, podia destruir las enemigas. En este compromiso, pensó Annio en hacer uso de uno de los *nobles* ardidés acostumbrados por los romanos: ganó á uno de los capitanes que militaban en las tropas de Sertorio, íntimo amigo de este, llamado Calpurnio Lanario, el cual se encargó de asesinar á Salinator. Cumplió el traidor su infame oferta y muerto el caudillo, se desbandaron sus soldados, pasándose los unos á las legiones de Annio, y regresando otros al campo de Sertorio.

Habiendo quedado en cuadro el ejército, ya de suyo reducido, comprendió Sertorio que su posicion era en España muy expuesta, y determinó retirarse á Africa, á donde llegó, á pesar de haberle perseguido Annio, en una flota que sacó de Cartagena. La vida de aquel célebre caudillo estuvo despues sujeta á infinitos azares y no pocas aventuras, ya apoderándose, aunque por poco tiempo, de Ibiza, ya regresando á Africa, ó tratando de internarse en el territorio de los belos.

Obtuvo algunos triunfos parciales contra las huestes de Sila en Africa; empero de poco le hubieran servido, á no haber recibido oportunamente un mensaje de la Lusitania. Los belicosos lusitanos, no pudiendo avenirse á sufrir el duro y vergonzoso yugo que les oprimia, se decidieron á romperle; mas les faltaba un Viriato cuyo valor pudiera guiarles al combate, y cuya pericia les proporcionase la victoria. Comprendiendo aquellos valientes que Sertorio tenia suficientes cualidades para llenar aquel vacío, le ofrecieron el mando, prometiéndole sujetarse á lo que dispusiese; y Sertorio aprovechó tan excelente ocasion de hacer la guerra al aborrecido tirano.

Tan pronto como recibió el mensaje se embarcó con rumbo á España, trayendo consigo 2,500 soldados romanos que le habian sido siempre fieles, y 700 africanos. Llegó felizmente, y desembarcó en las costas de la Bética, á pesar de que habia fuerzas enemigas guardando aquellas, é inmediatamente se le incorporó un escogido cuerpo de ejército, compuesto de 4,500 peones y 700 ginetes, casi todos lusitanos.

Hemos pasado ya gran número de años de aparente paz, que algunos hacen llegar á cuarenta, y despues los en que tuvieron lugar los hechos que precedieron á la guerra de Sertorio. Nos encontramos, pues, en el año 81 antes de J. C., en el cual tuvo lugar el desembarco de dicho caudillo, llamado por los lusitanos.

Como su carácter, por conveniencia al menos, era dulce, y sus hechos estaban exactamente de acuerdo con su carácter, antes de que solicitase socorros de hombres, se le presentaron de todas par-

tes voluntariamente, para ingresar en sus filas. Por esta razón reunió en breve un ejército numeroso, al cual organizó é instruyó según las costumbres y táctica romanas, logrando ver á la mayor parte vestidos y armados en armonía con aquellas, sirviéndose de los despojos de los vencidos soldados de Sila.

Jamás al repartir el botín se reservaba parte alguna: todo era para sus soldados; de modo que no se había conocido un caudillo que más querido fuese, ni que más seguro pudiera estar de ser secundado.

Por efecto de diversos encuentros más ó menos importantes, se hizo en breve tiempo dueño de la Lusitania y de la mayor parte de la Bética y de la Celtiberia; y no contribuyó poco á darle la victoria el amor que le profesaban sus soldados.

El feroz y sanguinario Sila veía con profundo disgusto y casi con temor los triunfos de Sertorio, los cuales, unidos al don de gobierno que poseía y á su dulzura y suavidad para el mando, le iban haciendo rápidamente dueño de toda España. Viendo el dictador que todos sus generales habían sido uno por uno derrotados; que el segundo ejército que mandó, acaudillado por Lucio Domicio, nombrado al efecto pretor de la España citerior, fué completamente deshecho á la falda de los Pirineos; que en las orillas del Betis, ó Guadalquivir, habían derrotado al pretor Didio, y que los españoles se apresuraban á incorporarse al vencedor ejército y á ponerse bajo las órdenes del invicto Sertorio que para ellos simbolizaba su independencia y libertad, mandó que sin perder momento viniese á España un tercer ejército, bajo el mando de Quinto Cecilio Metelo, el Pio ó Piadoso, de cuyo valor y pericia, que le habían grangeado no escasa fama, lo esperaba todo.

No tuvo Sila presente que nombraba á Metelo, práctico, entendido y valiente, sin duda; empero anciano y sin suficiente vigor para hacer frente á Sertorio, también valiente, entendido y práctico, fuerte, robusto y en lo más florido de su edad viril. El ejército que acaudillaba Metelo era superior en número y muy aguerrido; pero ignoraba los atajos, senderos y caminos, que Sertorio y los suyos perfectamente conocían, á favor de cuya ventaja sabía aquel conducir á Metelo á donde le convenía; llevaba á las legiones enemigas á sitios angostos y de difícil salida, en los cuales ni podía maniobrar, ni evadirse del riesgo sin experimentar grandes pérdidas; porque Sertorio con sus bizarros españoles caía como por encanto sobre ellas, ya cuando las tenía enredadas en verdaderos laberintos, ó viéndolas oprimidas por efecto del hambre ó de la sed.

Teniendo por suyo el heroico caudillo á casi todo el país; contando con su sagaz valor y con un ejército no compuesto de hombres mercenarios y venales como el de Roma, sino de voluntarios

y libres que luchaban por su amada independencia y para defender sus familias y hogares, bien se comprende cuántos reveses sufriría Metelo y cuán altos rayarian su disgusto y su pesar. Quería atraer á su contrario á una batalla campal; empero este la rehuía, porque, conociendo que las fuerzas no eran iguales, comprendía perfectamente que debía apelar á batir paulatinamente y en detalle á su enemigo, haciéndole esa guerra de guerrilla y montaña, que no da si se quiere grandes é instantáneos resultados, pero que á manera de la gangrena ó cáncer, va comiendo poco á poco, hasta que llega un dia en que de repente casi da el completo resultado, funesto para el que ha sufrido la horrible enfermedad.

Sin embargo de haber Sertorio adoptado sábiamente aquella manera de destruir á su enemigo, sus soldados comenzaron á murmurar; porque belicosos, ardientes é inconsiderados como todo el que no conoce el riesgo que debe evitar y el camino que debe seguir, solo deseaban hallarse frente á frente con los legionarios, en campo abierto y en donde pudiesen de una sola vez vencerlos y exterminarlos.

Sertorio, sin manifestar que á su noticia habian llegado las murmuraciones de los suyos, quiso poner ante la ofuscada vista de los bizarros soldados todo lo imprudente de su intempestiva fogosidad. Al efecto hizo que acercasen dos caballos: el uno potro, muy vigoroso; el otro viejo, débil; y mandó que un anciano despojase al jóven y brioso caballo de todas las cerdas de su espesa y poblada cola, arrancándoselas una á una, en tanto que un atlético y robusto jóven procuraba practicar idéntica operacion con el estenuado y viejo caballo, pero arrancando de una sola vez todas las cerdas. El resultado no podia ser dudoso: el anciano terminó su larga tarea, en tanto que el jóven se esforzaba inútilmente para arrancar la cola del débil cuadrúpedo.

Entonces Sertorio, elevando la sonora y elocuente voz, dijo á sus soldados: «Ved aquí, valientes españoles, á lo que os exponéis, si por acabar con nuestros enemigos de un solo golpe, os aventurais á una empresa temeraria que os destruya, sepultando con vosotros la santa causa que defendeis; mas si reproducís sin cesar los golpes pequeños y al parecer insignificantes, aprovechando toda oportunidad y ocasion, ireis debilitando á los traidores, poco á poco, es verdad, pero al fin los vereis destruidos y humillados á vuestros piés, sin esperanza de levantarse jamás.»

Tan admirable leccion convenció á los soldados, y atajó las murmuraciones; siguiendo Sertorio siempre sus hábiles manejos y ventajosa táctica, que solo proporcionaban á Metelo derrotas y vergüenza, desesperacion y dudas respecto del éxito de la campaña.

Se ocupaba el general romano de hallar un medio para dar á

Sertorio un golpe decisivo, y entretanto puso sitio á Lecobriga, comenzando por cortar las aguas á los sitiados. De poco le sirvió la ejecucion de tan importante medida: el famoso y entendido caudillo de los españoles encontró el medio de introducir en la ciudad 2,000 cueros grandes llenos de agua, suficientes vituallas, y cuanto fué necesario para prolongar la resistencia. No contento con esto, obligó al romano á levantar el sitio; y cuando este se retiraba de las líneas le cargó con su bizarro ejército, y le derrotó completamente.

No por cuidar de la parte concerniente á la campaña, descuidaba Sertorio la correspondiente á la política y á la civilizacion. En tanto que el jefe delegado del sanguinario Sila se ocupaba de reparar sus grandes pérdidas y estaba acongojado por el mal éxito de todas sus tentativas, Sertorio disponia que España se dividiese en dos grandes distritos. Determinó que Evora fuese la capital de la Lusitania, y Osca (hoy Huesca) de la Celtiberia. En la primera instituyó un Senado, casi idéntico al de Roma, compuesto de 300 senadores, muchos de ellos romanos emigrados; los demás españoles.

A este elevado cuerpo dió la suprema potestad, colocando á sus órdenes á las autoridades inferiores, como pretores, tribunos, cuestores, ediles y demás públicos funcionarios, de la misma manera que en Roma se usaba; mas afectada ó verdadera, tuvo la delicada modestia de reservarse solamente el cargo de general, sin adoptar el titulo de dictador, ni establecer para sí un cargo que fuese en atribuciones y poder superior al Senado.

En Huesca (entonces Osca) estableció una especie de universidad, habiendo antes hecho venir de Roma notables profesores que enseñasen la literatura griega y latina. Dicese que su objeto principal fué tener reunida en aquella escuela superior la flor de la juventud española, que en caso necesario y extremo pudiera servirle de excelentes rehenes, como que los jóvenes educandos pertenecian á las más distinguidas familias; mas, aunque así fuese, no puede negarse que España salia notablemente beneficiada por efecto de tan civilizadora determinacion. Los españoles, buenos guerreros hasta entonces solamente, comenzaron á ser hombres ilustrados y entendidos. Puede asegurarse que Sertorio cuidaba del importante establecimiento científico que habia creado, con tanta solicitud como de los asuntos de la guerra: rara fué la vez que no presenció los exámenes y que no distribuyó por su misma mano los premios debidos al saber y á la aplicacion.

El ejército del activo caudillo de los españoles, se reforzó repentinamente, de impensada manera. Hallábase por entonces haciendo la guerra en Cerdeña, bajo las órdenes de Emilio Lépidio, un romano llamado Marco Perpenna, que habia sido comprendido en la

proscripcion dictada por el feroz Sila. Murió Lépido en Cerdeña, y Perpenna quedó al frente del ejército; y aunque su primer pensamiento fué hacer por sí la guerra, tuvo que ceder ante la necesidad; porque sus soldados, ganosos de servir bajo las órdenes de un caudillo como Sertorio, cuya fama era ya universal, le obligaron á que se pusiese bajo las órdenes de este, como su segundo. De este modo se encontró inopinadamente reforzado el ejército español con 20,000 esforzados y aguerridos combatientes.

Corria el año 79 antes de J. C. cuando falleció el tirano Sila; y aunque España creyera haber ganado con este acontecimiento, estaba muy en los intereses del Senado romano seguir la misma política del difunto dictador, respecto de la península ibérica. Con objeto de reparar las quiebras ocasionadas por las reiteradas desgracias de Metelo, nombró la república al jóven Cneo Pompeyo, investido de las mismas facultades y autoridad que el citado Metelo.

El nuevo caudillo habia sido agraciado por Sila con el dictado de *Grande*, aunque no falta quien diga que le adquirió despues, por sus fatales hazañas en España ejecutadas, ó que si le trajo ya cuando vino de Roma, lo debió á haber hecho erigir á su costa en la ciudad eterna el primer teatro que en ella se vió construido de piedra, para recreo del pueblo. Sea de esto lo que quiera, con la venida de Pompeyo se previan grandes é importantes acontecimientos; porque iban á encontrarse frente á frente cuatro grandes generales, nivelándose en esta parte el vigor, la experiencia y el consejo en cada uno de ambos bandos. En el de Roma iban á militar, y dirigir unidos las legiones, Metelo y Pompeyo: el primero, inteligente y anciano; el segundo, brioso y jóven: en el de España, Perpenna y Sertorio, en los cuales concurrían idénticas circunstancias que en los jefes del ejército romano respectivamente. Este se componia de 60,000 romanos, y el de los españoles se acercaba á 70,000, entre los cuales se contaban 8,000 magníficos caballos amaestrados por Sertorio en la táctica romana.

Con ínfulas de conquistador y pretensiones de gran general se presentó en España el jóven Pompeyo, llamando á las brillantes huestes de aquella los *residuos ó restos* de la faccion de Mario, y diciendo con despreciativa arrogancia que muy en breve los destruiria por completo.

Hallábanse Sertorio y Perpenna sitiando á Laurona (hoy Liria, en Valencia), cuando llegó Pompeyo á romper las líneas y hacer levantar el sitio. Cuéntase que habiendo aquel mandado se dijese á los sitiados que muy en breve verían sitiados á los sitiadores, contestó el gran Sertorio á tan arrogantes palabras diciendo: «Yo enseñaré á ese aprendiz de Sila que un buen general debe mirar atrás más que hácia adelante.»

Acaso no habian llegado todavia á los oídos de Pompeyo estas palabras, cuando se halló cercado por todas partes, sin encontrar camino por donde evadirse, y sin poder evitar que pudiesen al filo de los bien templados aceros españoles 10,000 romanos de los de Pompeyo, entre ellos su teniente Decio Lelio: dura leccion sin duda; empero muy merecida, y digna de la desmedida arrogancia de aquel. A esta terrible derrota siguió la toma de Laurona, cuyos habitantes, por efecto de su capitulacion, obtuvieron gracia de la vida y salieron con sus ropas y alhajas; despues de lo cual la puso fuego Sertorio, más que con objeto de abrasarla, por desprecio á su enemigo, á cuya misma vista lo ejecutó. Tuvo lugar este hecho en el año 76 antes de J. C.

De tanta consideracion fué el triunfo que acabamos de referir, que Metelo y Pompeyo se retiraron, llegando hasta los Pirineos; y Sertorio y Perpenna pasaron á Lusitania.

No fueron estos tan afortunados en el comienzo del siguiente año. Dada una batalla por Metelo contra los españoles mandados por Hirtuleyo, el triunfo fué de aquel, y este huyó. La mortandad fué tan atroz en el ejército de Sertorio, que algunos autores la hacen llegar á la enorme cifra de 20,000 hombres, que á varios de aquellos les parece exagerada.

En tanto que Hirtuleyo sufría el referido desastre, se posesionaba Sertorio de Contrelia. Era esta una fuerte y antigua plaza, muy importante entre las que poseian los romanos, que sostuvo un penoso asedio antes de rendirse. Segun algunos refieren, en dicho sitio se hizo uso de un misto inflamable para volar las murallas por medio de una especie de mina, cuya manera de batir, entonces desconocida, aterró á los sitiados y contribuyó no poco á que la rendicion se anticipase.

Continuaron las batallas y los simples encuentros alternativamente; en las márgenes del Júcar, y en una de aquellas, tan reñida estuvo la pelea, que fué hecho prisionero Pompeyo, el nuevo general romano. Sin embargo, como era hombre de grande ánimo, espíó los movimientos todos de sus guardas; y cuando el ejército de Sertorio estaba ocupado en repartir los muchos despojos de la batalla, el romano aprovechó una ocasion oportuna y desapareció del campo español, recobrando la perdida libertad.

Más afortunado fué el fugitivo caudillo en otra accion sostenida en la ribera del Guadalaviar, en cuanto á quedar el campo por suyo; empero con tal pérdida de gente, que casi igualó á la que experimentara el ejército de Sertorio. De éste murieron Hirtuleyo, un hermano suyo, y otro jefe llamado Cayo Herennio; antes y despues de lo cual tuvieron lugar otros varios hechos de armas que no especifican los autores que más latamente han escrito la historia pa-

tria, quizá por no haber tenido grande importancia, ó tal vez porque su relacion, de suyo poco interesante, pudiera ser enojosa, como seria prolija, para el lector.

Solamente ocurrió un hecho que pudo ser muy ventajoso para la causa de Sertorio. Este hirió con su propia lanza á Metelo, en una de las infinitas acciones á que acabamos de aludir, y hubiera sucumbido el veterano general de Roma si sus soldados no hubieran acudido á salvarle, formando con sus cuerpos una muralla y con los escudos un fuerte parapeto.

A consecuencia de esta accion mandó Sertorio diseminar su ejército en pequeños cuerpos, disponiendo que por diversos senderos, unos por atajos y otros por rodeos, se dirigiesen á Calahorra, en cuyo punto se reunirían á él. No pudo olvidar este célebre guerrero que encerrándose en una ciudad, el enemigo se apresuraria á poner á esta sitio; pero cabalmente esto era lo que se proponia. Necesitaba reclutar fuerzas, organizar nueva gente y hacer promociones de ciertos jefes subalternos; y para lograrlo se mantuvo descausadamente en la ciudad, en tanto que Metelo y Pompeyo reunian sus ejércitos y preparaban las formidables máquinas para el sitio. Tal fué la activa diligencia del gran Sertorio, que al empezar los romanos á bloquear á Calahorra, ya habia dado cima á su importante propósito; y cuando le pareció oportuno, hizo repentinamente una inesperada y arrolladora salida; rompió las líneas, destrozó las legiones que á su paso se opusieron, y dejó tan atónitos como avergonzados á los sitiadores.

No participó Metelo, seguramente, del asombro ni del bochorno; antes bien creyó haber obtenido un notable y singular triunfo. Algunos autores atribuyen la ciega vanidad de Metelo á la edad avanzada, que habia debilitado su razon; empero sea á causa de esto, ó bien sea que al ejecutar tan arrojado hecho perdió Sertorio 3,000 de los suyos, y en esta pérdida fundase su triunfo el romano, es indudable que el anciano Metelo, de su propia autoridad, decretó en su favor los honores del triunfo, haciendo que todos los pueblos por donde transitaba le tratasen como á emperador, cuya vestidura comenzó á usar desde entonces, haciendo que fuesen incensándolo en cada ciudad que entraba, porque quiso tambien divinizarse. Se cree que dió su nombre á la ciudad de Medellin, que, segun algunos autores suponen, llamóse entonces Cecilia Metellina.

En tanto que Cecilio Metelo gozaba de su soñado triunfo, Sertorio habia desplegado de nuevo su antiguo plan de campaña, á fin de reponer su ejército y diezmar el de Roma. Por toda España comenzaron á pulular las partidas, que se unian y separaban, segun la necesidad, como por encanto, y que diariamente cortaban los caminos, merodeaban los viveres, interceptaban las comunicaciones,

y desde las breñas, matorrales y bosques, mataban romanos, cuando estos más descuidados estaban.

Ya por aquel tiempo los caudillos de la república acariciaban en su mente la grata idea de vencer *á la romana*; sin embargo, primero quisieron llamar la atención hácia un punto dado, á fin de obligar á Sertorio á que reuniese su ejército. Al efecto Metelo y Pompeyo pusieron sitio á Palencia, á la cual, por otra parte, tenían notable aversion, por lo mucho que de tiempo inmemorial habia dado en que entender á los romanos.

Corria el año 75 antes de J. C., cuando fué puesto el sitio á Palencia: resistió con su bizarría y denuedo acostumbrados hasta tal punto, que se decretó el asalto. Cuando ya se tendian las escalas y se preparaban los romanos para subir, ganosos de adquirir la apreciada corona mural, llega Sertorio; su aparicion produce tal efecto, tal pánico difunde entre las legiones de Roma, que huyen despavoridas, sin presentar la menor resistencia. El ejército español las fué persiguiendo hasta Calahorra, en donde hizo en ellas grande estrago, pues pasaron de 3,000 los romanos que murieron junto á dicha ciudad. De tanta importancia fué esta victoria, que Metelo se retiró hasta la Bética; y Pompeyo no se contentó con alejarse en términos análogos, sino que salió de España y atravesando los Pirineos, se refugió en la Galia Narbonense.

Tan reiterados y contundentes golpes, la hábil manera de combatir que adoptó Sertorio, ya diseminando ó reuniendo sus fuerzas segun más conveniente era, y el universal partido que justamente habia en España adquirido, convencieron á la criminal república de la imposibilidad del triunfo, y de la imprescindible necesidad de apelar á sus medios decisivos y reservados. Contribuyó, sin duda, á que el temor de Roma se aumentase, una embajada que recibió Sertorio, y los resultados subsiguientes á aquella.

Era ya universal la fama del caudillo español que habia sabido hacer de una nacion guerrera por instinto solamente, una nacion guerrera por valor y por arte, é ilustrada y respetable. En ciencias, letras y artes, en legislación, en costumbres y en idioma, ninguna diferencia existia entre Roma y España; y si la hermosa paz hubiera coronado tantas ventajas, la rica y envidiable península ibérica hubiera sido sin duda un paraiso, bajo el paternal y acertado mando del gran Sertorio.

Las memorables hazañas de este, llevadas en alas de la fama, llegaron al Asia; y oyólas con placer el rey del Ponto, llamado Mitrídates. Este, cuyo principal empeño se cifraba en contribuir á la ruina de Roma y en suscitarla enemigos y obstáculos, la declaró por tercera vez la guerra, al mismo tiempo que mandó á Sertorio una embajada. Por medio de esta, le ofrecia cuarenta buenas gale-

ras pertrechadas y equipadas, y 3,000 talentos de plata para combatir á Roma en España, siempre que Sertorio, en justa reciprocidad, le enviase un cuerpo de tropas mandadas por uno de los mejores jefes del ejército español.

No desagradó á Sertorio el objeto de la embajada; sin embargo, acordándose por entonces de que habia nacido en Roma, contestó á Mitridates que se reservase en buen hora la Capadocia y la Bitinia; mas que no pensase en tomar en el Asia Menor más terreno del que por los tratados se habia convenido. Aceptó el rey del Ponto, aun con la expresada cláusula, la alianza del célebre caudillo español, y remitió las cuarenta galeras y los 3,000 talentos, que arribaron á Denia, á donde pasó á recibirlos el mismo Sertorio. Entonces fué cuando este, á su tránsito y como si realizara una cosa de poca importancia, quitó á los romanos la hermosa ciudad de Valencia. Estos hechos que tuvieron lugar en el año 74, decidieron al viejo Metelo; y la toma de Valencia fué la última hoja de laurel que añadió el gran Sertorio á su copiosa é inmarcesible corona.

¡Quién sino Dios puede sondear el corazon humano! Increíble parece que aquel hombre tan altivo y fuerte en la pelea como dulce y apacible en el gobierno; aquel fulminante rayo contra el enemigo, iris de paz con el vencido; aquel Sertorio, en fin, que á favor de su amable trato y de sus desvelos por la ilustracion y libertad de los españoles habia convertido á España en una nacion poderosa, culta é igual á la importante y considerada Roma, cambiase en pocos momentos, convirtiéndose al amoroso padre, en sanguinario tirano; al dulce amigo, en enemigo implacable. Acaso contribuyesen á obrar este raro y triste cambio las arteras maniobras de los romanos, los cuales, decididos á destruir á su enemigo, comenzaron á sembrar la discordia entre las huestes sertorianas, valiéndose, entre otros medios, del de disgustar á los romanos, recordándoles que Sertorio habia, con desprecio de estos, formado su guardia particular de españoles. A consecuencia de la cizaña sembrada por el viejo Metelo, comenzaron las deserciones; y sea que Sertorio que tan bien conocia las malvadas artes de Roma comprendiese la suerte que le estaba destinada; sea que recordase el fin del inmortal Viriato, ó que su corazon le hiciese presagiar el terrible desastre que Roma, ó su caudillo, le preparaba, es lo cierto que su carácter hizo un total cambio repentinamente, no pareciendo posible que fuese aquel el mismo Sertorio.

Este supo que el infame y vano Metelo, aunque por si mismo deificado, no se creyó con poder para vencerle, y apeló al más reprochable y vil de todos los medios: á la verdadera proteccion del homicidio. Pregonó la cabeza del célebre caudillo español, ofreciendo por ella 1,000 talentos de plata y 20,000 arpentas de tierra. Todos

estos hechos, reunidos á la llegada de grandes refuerzos que con viva insistencia habia pedido á Roma Pompeyo desde la Galia Narbonense, le hicieron caer en una negra melancolía, permaneciendo encerrado continuamente y sin curarse para nada del gobierno ni de la guerra.

Su humor hipocondriaco y sombrío le conducia á la crueldad y á padecer unos accesos de locura, verdaderos vértigos ocasionados por lo exaltado de su humor acre y bilioso. Desde el momento en que supo que su cabeza habia sido pregonada, se hizo suspicaz y receloso, y en cada hombre que se le acercaba veia la venal y cruel mano de su asesino. En tan afflictivo estado pasaba de lastimosa manera los dias, castigando á muchos bárbaramente y por efecto de las más leves é infundadas sospechas, y dejando que sus legiones oprimiesen á los pueblos sometidos, seguras de que el supremo jefe no pensaria en poner coto á los desmanes; siendo tantos los suyos, que en uno de los precitados vértigos hizo asesinar á varios de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, y á otros los declaró esclavos.

Bien se comprende que el infelice y valiente Sertorio era presa de una cruel enagenacion mental; porque á no ser así, ¿cómo habia de haber servido á sus enemigos contra sí propio, con sus injustos y sanguinarios hechos?

Perpenna era uno de los pocos jefes que conservaban su confianza, y era precisamente quien menos la merecia; pero la mision del gran Sertorio habia concluido, y ya solo podia presidir el desacierto á todas sus acciones. El traidor amigo que desde un principio se avino mal á ser el segundo en el ejército, y que cedió únicamente en virtud de la firme é irrevocable decision de sus legiones, que quisieron participar de la refulgente gloria que circundaba á las de Sertorio, creyó llegado el momento de realizar sus dorados ensueños, y se preparó á ser el original del traidor Vellido Dolfos, á quien despues conoceremos.

Comenzó á tramar la conspiracion atrayendo á varios oficiales romanos, que le ofrecieron secundarle: para gloria de España, ningun jefe español tomó parte en la infame conjuracion, que debia estallar en un festin. La dificultad única que encontraban los conjurados, consistia en erer imposible que el inaccesible y melancólico Sertorio se prestase á asistir á una funcion en que debia reinar la alegría. Sin embargo, como el que no abriga en su pecho la traicion suele estar siempre á merced del traidor, el desgraciado caudillo accedió á las instancias del villano Perpenna.

Para lograrlo hizo este escribir un pliego, en el que uno de sus lugartenientes le daba parte de una falsa victoria, en cuyo escrito contaba la destruccion del enemigo y las ventajas de la causa de

Sertorio; y como el principal motivo de la melancolía de este consistía en creer que aquella estaba perdida, se animó algún tanto, y consintió en asistir al banquete que, según se le dijo, tenía por objeto celebrar el inventado triunfo.

Excusado es decir que reinaria una alegría tan inmoderada como serian frecuentes y copiosas las libaciones, hasta que, llegado el momento oportuno, el traidor Perpenna dejó caer sobre la mesa una copa de vino, que era la convenida señal, y en el momento mismo uno de los jefes llamado Antonio, que estaba sentado al lado de la infeliz víctima, le asestó una mortal estocada. No obstante, aquel grande héroe, valiente entre los valientes, hizo un supremo esfuerzo para incorporarse y tirar de su espada; empero el mismo asesino le sujetó contra el respaldo del asiento, en tanto que otros conjurados acribillaban á puñaladas á aquel héroe que les hiciera jefes, que les colmara de riquezas, y que tantas y tantas veces les diera la victoria. Este repugnante hecho tuvo lugar en el año 75 antes de J. C., según Mariana, en Huesca; mas según otros autores tan eruditos como bien informados, se verificó en Etozca (hoy Aytóna, cerca de Lérida): acaso Mariana equivocaría el nombre de Osca con el de Etozca.

No merecía, por cierto, Sertorio el trágico fin que la traición le diera; y los españoles, que fueron absolutamente ajenos á la infame conspiración, sintieron vivamente la muerte de un caudillo que tanta gloria había dado á España y que, por decirlo así, la había regenerado. Todos designaron á Perpenna como autor del execrable delito, y sobre él recayó la general indignación; mas cuando se hizo público el testamento de Sertorio y se conoció su última voluntad, fué muy difícil contener á los leales españoles: el traidor tuvo necesidad de refugiarse entre los romanos que militaban en las huestes de España; porque el gran caudillo legaba todos sus bienes y nombraba para sucederle en el supremo puesto al pérfido ambicioso que cortó el hilo de su gloriosa vida, en lo más verde y florido de ella.

Pasados los primeros momentos dedicados al justo sentimiento y á la disculpable ira, Perpenna logró apaciguar los ánimos. A los romanos los afirmó en su amistad con dádivas, á los ambiciosos con honores, y á los españoles con promesas y esperanzas de independencia y de gloria. Tal vez por esto, ó porque el mal era irremediable y hacía falta un jefe supremo al ejército, el tumulto concluyó; y Perpenna, hábil y valiente, aunque su edad era avanzada, tomó por fin posesion del anhelado puesto. Era, sin embargo, imposible que fuese duradero el mando de quien para llegar á él había puesto por escabel el cuerpo de su jefe, y por medio el homicidio: por otra parte, los hombres como Viriato y Sertorio no pueden ser con facilidad dignamente reemplazados.

Conociendo esto mismo Pompeyo, decidió atacar al nuevo general supremo, sin darle tiempo para prepararse. Quiso Perpenna evitar la batalla, pero no pudo; porque Pompeyo preparó hábilmente una celada en que cayó su enemigo, y le fué forzoso combatir mal de su grado. Cuando se vió casi vencido, se olvidó de su antiguo valor; ó quizá el remordimiento y la airada sombra de Sertorio, que le perseguía en su imaginacion á toda hora, le obligaron á mostrarse cobarde, decidiéndole á esconderse en unos matorrales, de donde fué sacado por los romanos. Es sin duda alguna más difícil cometer por primera vez un delito, que despues de cometido incurrir en los más criminales excesos. Puesto Perpenna en la fatal pendiente de la infamia, la recorrió con la mayor rapidez; porque viéndose prisionero, y comprendiendo la suerte que le esperaba, pidió ser conducido ante Pompeyo, con objeto de presentarle importantes pliegos que en su poder tenia, mediante los cuales se ponía de manifiesto una correspondencia cambiada entre el difunto Sertorio y muchas personas principales de la república romana, que tramaban una bien urdida conspiracion en favor de aquel y contra el gobierno de esta última.

Fué noble en su decision Pompeyo: rechazó al traidor, y no quiso conocer la traicion. Mandó quitar la vida al fementido Perpenna, y á varios de sus cómplices, haciendo quemar antes los pliegos que trataban de la conspiracion, sin querer leerlos. Hecho fué este muy celebrado por todos, y que dió gran reputacion al jóven y bizarro general de Roma.

En tanto la guardia particular de Sertorio, compuesta toda de españoles, llamada *cohorte de los amigos ó devotos*, que habian jurado defenderle en vida y no sobrevivir á su muerte, cumplieron como buenos su horrible juramento. Al efecto se batieron unos contra otros, aunque amigos y hermanos de armas, hasta no quedar con vida más que uno solo, que se la quitó con su propia espada. Difícil es que pueblo alguno del mundo presente más grande ejemplo de rudo valor, de abnegacion más sublime, aunque hoy repugnante, y de más ilimitada adhesion á su amado jefe.

Despues de los hechos antes referidos, muchas ciudades se entregaron á Pompeyo, no encontrando medios de resistencia ni defensa, contándose entre ellas á Huesca y Valencia. Osma no quiso seguir el ejemplo de estas; y tan firme se mantuvo, que necesitó tomarla por fuerza el romano, arrasándola despues, para vengar el daño que habian experimentado sus legiones durante el sitio y el ataque. A pesar de la obstinada resistencia de Osma, la de Calahorra fué tan superior, que en cierto modo emuló en gloria á Sagunto, Astapa y Numancia.

Algunos autores, con referencia á Valerio Máximo, dicen que fué

tan horrible el hambre sufrida con heróico ánimo por los calaguritanos, que salaban los cadáveres para que los soldados pudiesen alimentarse más tiempo y defender la ciudad, terminando aquella horrible situación por la entrada á viva fuerza y con grandes pérdidas de las tropas de Roma, las cuales pasaron á cuchillo á los que habian sobrevivido, saqueando cuanto fué posible y asolándolo todo.

Después de esta horrible catástrofe, rendidas por fuerza de armas unas ciudades y entregadas voluntariamente otras, volvió España al mismo triste estado en que quedó después de asesinado el memorable y temido Viriato. La misma aparente paz; el mismo latente rencor; el mismo mal oculto deseo de venganza.

Metelo y Pompeyo fueron llamados á Roma para gozar de los honores del triunfo, quedando España, para que la situación fuese igual en un todo á la de otros tiempos, sujeta á la mala fé, rapaces instintos y despóticos decretos de los pretores.

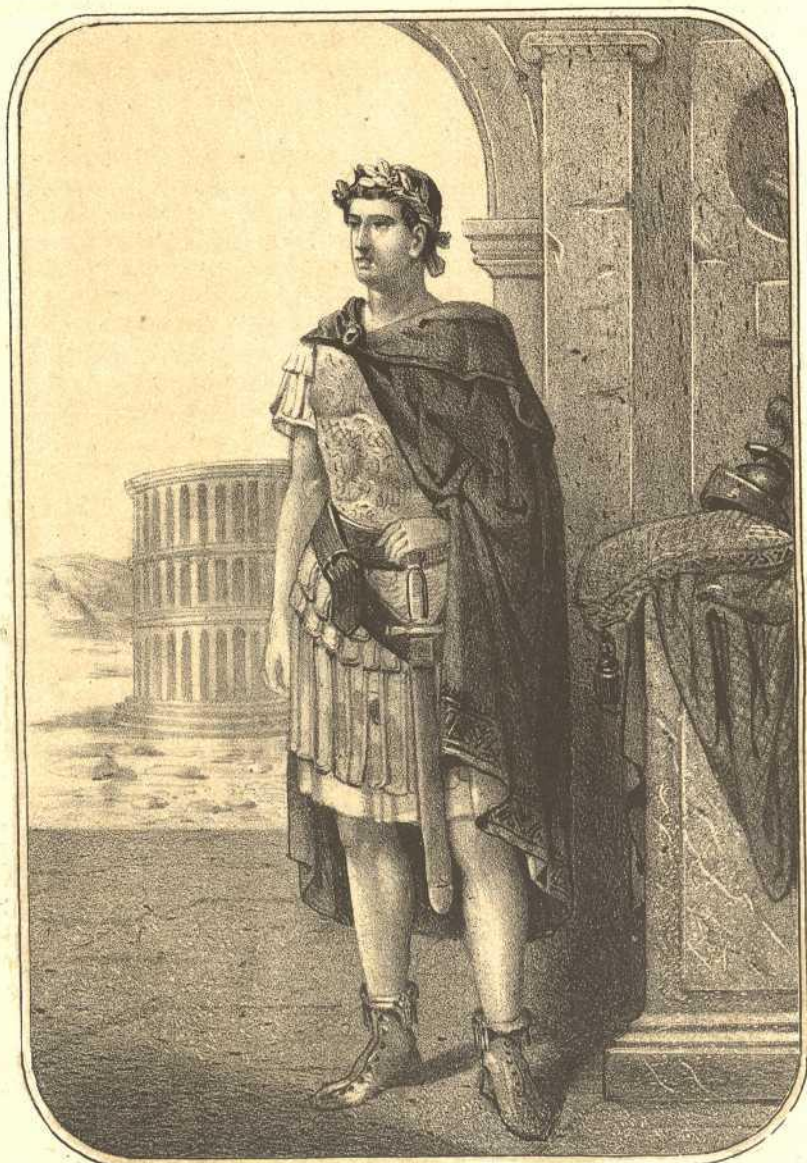
Nada notable ocurrió durante algunos años, hasta el 69 antes de J. C., en cuyo trascurso vino á España Cayo Julio César. Llegó en compañía del pretor Antistio, como cuestor ó pagador de las tropas; y segun se afirma, trajo también la especial misión de inspeccionar los templos gentílicos, que otros entonces no se conocian, de la España ulterior. Con este motivo se dice, con referencia á Suetonio, que al visitar en Cádiz el magnífico templo de Hércules se fijó en el busto de Alejandro Magno, y que ante su vista, y absorto en el recuerdo de las hazañas del gran conquistador, se conmovió hasta derramar lágrimas, considerando que á la edad en que el héroe de Macedonia habia adquirido un mundo, él nada habia hecho que digno fuese de memoria.

Sin embargo, por entonces nada hizo ni pudo hacer en España que mereciese mencionarse; porque el cargo que desempeñaba, tampoco lo permitia. Sin duda por esto, por la impresion que le hiciera su visita al templo de Hércules, y porque su ambicion no queria perder ya más tiempo, regresó á Roma, de cuya república obtuvo sucesivamente diversos ascensos.

Ausente César, fué asesinado Cneo Calpurnio Pison por varios caballeros: era pretor de la España citerior, y aunque la causa de su muerte se atribuyó á Pompeyo, también ausente entonces lo mismo que César, se la dió otro origen, y la verdad no pudo con seguridad saberse.

Continuó España sufriendo el despotismo y las vejaciones de Roma, deseando vengarse pero sufriendo en silencio, hasta el año 60 en que volvió César, con el cargo de pretor de la península ibérica. En prueba de las ideas de extraordinaria ambicion que en su cabeza germinaban, se asegura que al atravesar los Alpes y con-





M^o lit^o

Lil. M. SANCHEZ, Huertas 16.

JULIO CESAR.

siderar con los suyos la pequeñez y pobreza de una aldea allí cerca situada, dijo estas notables palabras: «Más quisiera ser el primero en esa miserable aldea, que el segundo en Roma.»

Estas palabras prueban que un nuevo ambicioso llegaba á la trabajada península ibérica; empero un ambicioso lleno de talento; eminente general; orador sublime; de magnánimo corazón; de alma elevada; de sin par valor; hombre, en fin, de quien con tanta verdad como magnífica elocuencia dice el ilustre escritor y entendido general, nuestro Mecenas, en la primera de sus sentidas y bien escritas *Leyendas de África*, que «solo le faltara haber sido tan poeta como Ovidio, y tan épico como Virgilio, para cuadrar el círculo de su inteligencia con la suma de la inteligencia humana.»

Cayo Julio César se presentaba de nuevo en España, no ya como cuestor, sino como pretor; no como quien venia á desempeñar una misión recibida de un poder superior, sino como poder coartado que buscaba la libertad de acción: era el águila aprisionada que trataba de romper sus fuertes ligaduras, y que veía en la bella España el necesario espacio para remontar sin límites su raudo vuelo. Lástima grande fué que sus eminentes dotes no fueran empleadas en favor de la magnánima y guerrera nación que habia elegido para teatro de sus primeras glorias: á emplearlas en ventaja de aquella, hubiera oscurecido la refulgente gloria de Viriato y de Sertorio.

El estado en que hallara César la península ibérica, no era el más á propósito para desarrollar sus vastos proyectos; sin embargo, nada es más fácil que suscitar la guerra cuando la paz es ficticia, ni hay cosa menos difícil que alterar esta cuando así conviene á hombres del temple y circunstancias del nuevo pretor de Roma.

Bien fuese á favor de sus ocultos manejos, ó bien que la llamada casualidad le favoreciese, encontró el pretexto que buscaba en la intranquilidad de los habitantes del monte Herminio (sierra de la Estrella), que reunidos en partidas, comenzaron á inquietar á los que habitaban en las inmediaciones de aquella parte de la Lusitania.

Aunque César calificó á las predichas partidas de bandas de salteadores, fué personalmente á sujetarlas seguido de más de 15,000 hombres, á cuya fuerza no podía resistir aquella gente indisciplinada y falta de una cabeza que rigiese el esforzado cuerpo. En esta ocasión, como en otras muchas, se probó de evidente manera la gran verdad que encerraban las palabras de Sertorio, el cual decia «que era preferible un ejército de ciervos con un leon por caudillo, á otro de leones si llevaban un ciervo por jefe.»

César se mostró cruel en demasia, é inauguró de sangrienta

manera su mando. Bajo el pretexto de que las casas de los partidarios eran guaridas de salteadores, las hizo destruir por completo, degollando sin piedad á los que resistían, y obligando á los obedientes á residir en las llanuras, en sitios despejados y que no fuesen por su naturaleza defendibles.

No pudo, sin embargo, degollar á todos los desobedientes; no escaseo número de insurrectos acostumbrados al uso de las armas bajo el mando del gran Viriato y perfeccionados á las órdenes del célebre Sertorio, burlaron la vigilancia del caudillo romano, y lograron ganar una isla pequeña situada en la costa de Galicia. Acaso hubieran sido tan afortunados como su gran corazon merecia, si otro que el activo é infatigable Julio César hubiera mandado las enemigas armas; empero este se hizo al momento cargo de que las aguas estaban sumamente bajas, y sin detenerse un punto, haciendo trabajar á todos sus soldados, habilitó instantáneamente el suficiente número de balsas, en las cuales hizo pasar á la isleta las cohortes que juzgó necesarias.

La creciente ocasionada por la marea se llevó las balsas despues de haber salido de ellas los romanos, que ignoraban al abandonarlas la suerte que les estaba reservada, y que para nada les serian necesarios los frágiles trasportes que á merced de las aguas dejaban. Cuantos pusieron el pié en la isla fueron degollados por los refugiados, pudiendo salvarse solamente un romano llamado Publio Sceva, el cual aunque con muchas heridas se arrojó al agua, y nadando llegó, aunque semi-vivo y desfallecido, con bastante vigor para dar cuenta de la fatal desgracia al asombrado César.

Esta derrota, pequeña en su esencia, era muy fuerte y notable, moralmente considerada. El enojo y la ira del pretor llegaron á su colmo, y determinó pasar personalmente á lavar la afrenta con la sangre de los refugiados: para lograrlo hizo venir de Cádiz una flotilla, en la cual se embarcó seguido de algunos millares de romanos. Prevencion inútil: aquellos héroes no dejaban, por serlo, de ser hombres sujetos á todas las miserias de la débil naturaleza humana. Carecian de todo alimento hacia ya algunos dias, y estaban extenuados y sin fuerzas para resistir al enemigo; circunstancia á favor de la cual César los exterminó fácilmente, sin trabajo y sin pérdida alguna.

Satisfecho el pretor con haber vengado á sus soldados, aunque, como todos sus predecesores, sin mostrarse clemente ni obligado por el desgraciado é indisputable valor, siguió la costa de Galicia hasta llegar al puerto Brigantino (hoy Coruña).

Fué grande la admiracion y aun el asombro que causaron en los habitantes de aquel puerto las magnificas naves romanas: las hinchadas velas, la magnitud de sus mástiles y gávias; el marcial y

luciente arnés de los guerreros, todo era para ellos sorpresa y causa de admiración. Acostumbrados á ligeras y débiles barquillas, no dudaron los coruñeses del poder de los que poseian aquellas flotantes poblaciones: por esto sin vacilar, sobrecogidos de un respeto mezclado de temor, se entregaron voluntariamente á César.

Después de haberse apoderado de la Coruña, regresó á Cádiz y se dedicó á redactar diversas leyes, dando á dicha ciudad las que pidieron sus mismos habitantes, y ordenando otras muy buenas: entre estas se hizo bastante notable una que ponía coto á la usura, ya en aquel tiempo por demás escandalosa é inaudita; prohibiendo la expropiación forzosa por deudas, y limitando las obligaciones y los derechos de los deudores y los acreedores respectivamente. Con tales leyes adquirió gran partido, y mil bendiciones de los pobres que eran víctimas de la necesidad, y presa de los que vergonzosa é infamemente con tal desgracia medraban y especulaban, como siempre ha sucedido. En esta ocasión César miró por los suyos, y demostró que por experiencia conocia la fatal posición del que contrae débitos; porque al conferirle la república el gobierno de España, estaba tan perseguido por sus muchos acreedores que habian logrado se le retuviese en calidad de arrestado. Se dice que llegó á deber la fabulosa suma de 850 talentos de oro, que hacen muchos millones de reales; y no le hubieran dejado venir á esta península, si el opulento Craso no se hubiera ofrecido por su fiador.

En España no dejó de imitar á otros pretores célebres en la rapiña; porque después de haber promulgado las nuevas leyes, sin esperar á ser reemplazado ni aceptar los honores del triunfo, regresó á Roma, para hallarse presente á las elecciones; y no solamente fué bastante rico para pagar sus enormes deudas, si que tambien, según se asegura, erigió un magnífico templo, y aun le quedaron bastantes riquezas para ganar votos suficientes que le apoyaran en su pretensión al consulado. Tan inmenso capital reunido en menos de dos años, dice claramente si es ó no verdad lo que al comenzar este párrafo hemos indicado.

En el año 59 ascendió á la dignidad consular, en bien difíciles circunstancias. Roma estaba dividida en dos parcialidades, que seguian una á Pompeyo, otra á Craso. El primer pensamiento del nuevo cónsul fué el de atraerse la voluntad de los dos jefes de partido; y respecto del uno nada difícil le fué lograr su designio, pues harto claramente probó que era su amigo cuando se presentó como su universal fiador: más difícil era la empresa de ganar la voluntad de Pompeyo, orgulloso y vano como era, y sin embargo lo logró, formándose con los tres unidos el primer triunvirato que consigna la historia de aquella república. Una parte del Senado por adulación, y otra por haber comprendido que la rivalidad de tres hom-

bres importantes pudiera ser nociva á la república, felicitaron á César por haber llevado á cabo tan importante union: solamente el severo Caton previó que se comenzaba á forjar la dura cadena que habia de esclavizar á Roma, y fué incorruptible y firme en su propósito de defender la libertad de la república, poniendo de manifiesto siempre los lazos en que pretendian aprisionarla, y siendo hasta la muerte irreconciliable enemigo de César.

Este, deseando afirmar su amistad con Pompeyo, que la creia mal segura, le dió á su hija Julia en matrimonio, con cuya acertada idea consolidó por entonces la necesaria union. No era fácil, sin embargo, que esta fuese estable; porque ambos eran ambiciosos, ávidos de gloria, enemigos de obedecer á un poder superior, y deseosos de avasallar á todos sin excepcion: por consecuencia, ninguno de los dos queria estar sujeto al otro.

El lector conoce ya á Pompeyo, que estuvo en España en tiempo del hábil y desgraciado Sertorio, y debe conocer á Julio César cuanto por ahora es necesario: fáltale, pues, conocer al tercer triunviro; al riquísimo Craso.

Tambien este vino á España proscrito por Sila como amigo de Mario. Como hombre importante, fué tan perseguido, que tuvo necesidad de esconderse y encerrarse en una oscura gruta que estaba situada entre Ronda y Gibraltar. En ella hubiera perecido de sed y de hambre, si algunos españoles, lastimados y compadecidos de su desgracia, no le hubieran diariamente socorrido, tanto por ser naturales enemigos de Roma, cuanto por ser de suyo, como todos los hijos de esta predilecta tierra, compasivos y humanos. Esta para Craso fatal situacion, duró no menos de ocho meses largos, en cuyo tiempo no le faltaron ni un solo dia los socorros de sus benéficos protectores, llevados con tanto heroismo como exposicion. En pago de estos importantes servicios, tan pronto como pudo el romano abandonar su repugnante retiro por haber desaparecido el peligro, se puso á la cabeza de algunas tropas de su partido, y con ellas asoló aquellas mismas comarcas cuyos habitantes no le dejaron perecer víctima de la más horrible de las muertes. Este solo hecho puede dar una idea del carácter de Craso, hijo legitimo de la romana república.

Despues de terminado el año del consulado de Julio César, se hizo la distribucion de provincias, dando el gobierno de las Galias y la Iliria á aquel; á Craso el de Egipto, la Macedonia y la Siria; y á Pompeyo el de España.

Brillantes y magníficos fueron los hechos de armas que adornaron la vida militar de Julio César durante su permanencia en las Galias; empero no hace á nuestro propósito separarnos de los asuntos ligados con los de España, y solo diremos que sus triunfos le

afirmaron en la idea de dar rienda suelta á su desmesurada ambicion, que le hacia desear la soberanía de Roma. Su corazon le predecia que serian colmados sus deseos; su ánimo era mayor que la árdua empresa, y solo esperaba la ocasion, para no dejarla huir delante de él.

En tanto murió Craso (año 57) en la campaña que seguía contra los parthos, y el triunvirato quedó disuelto. Dícese que un romano hizo echar en la boca del cadáver oro derretido, con intento sin duda de insultar su proverbial y desmesurada avaricia.

La muerte del hombre que era tenido por el más rico de todos los romanos, no solamente dejó de hecho disuelto el triunvirato, si que tambien colocó frente uno de otro á los dos ambiciosos. Pompeyo y César iban á disputarse el mando, si bien tenian la rémora del cariño que uno y otro profesaban á la bella Julia, lazo por entonces indisoluble y que tan estrechamente los tenia ligados.

La muerte se encargó de servir á la ambicion, arrebatando impensadamente á la jóven y débil mujer, que era, no obstante, un fuerte baluarte de la paz interior y un poderoso dique de la guerra civil.

Aunque habia tocado á Pompeyo el gobierno de España, no quiso ausentarse de Roma, y envió desde esta á aquella sus lugartenientes, llamados Afranio, Marco Varron y Petreyo. Al primero encargó el gobierno de la España citerior; al segundo dió el de Sierra-Morena á Extremadura, y el de la Bética y la Lusitania al tercero.

De este modo estaba gobernada la península ibérica, cuando falleció la bella Julia con tan acerbo dolor de su padre Julio César, como cordial sentimiento de su esposo Pompeyo. Mas atenuados ambos tristes afectos despues de algunos dias, y excitada la rivalidad por los partidarios de uno y otro, que esperaban medrar á la sombra de aquellos bizarros y entendidos ambiciosos, Pompeyo, que, como ya dijimos, no habia abandonado á Roma, logró ser elevado á la dignidad consular. César, en tanto, estaba persuadido de que podia pretender dicho supremo cargo; pues aunque ausente, y existiendo una ley que expresamente lo prohibia, sus bazañas notables en las Galias, y el haber puesto por dos veces en grave conflicto á Inglaterra, le hacian en su concepto acreedor á que en obsequio á sus relevantes méritos se derogase en su favor la ley.

La pretension de César no fué de buen agüero para el Senado romano, el cual, por otra parte, estaba soliviantado á consecuencia de los numerosos partidarios de Pompeyo, que dentro y fuera de su seno sin cesar atizaban la negra discordia, y lograron que el Senado aprobase ó hiciese publicar un decreto, á cuya formula solamente se acudia en circunstancias peligrosas y extremas.



reducía en sustancia á mandar «que los cónsules, pretores, tribunos del pueblo y demás funcionarios, pusiesen el mayor conato en procurar que la república no recibiese daño alguno.»

España en tanto permanecía pacífica, porque los lugartenientes de Pompeyo ninguna orden recibían, pues aquel estaba demasiado atento á los asuntos de Roma y preocupado con el deseo de triunfar de su rival. Hasta entonces él, como más inmediato á la república, era árbitro de esta; y obtuvo un decreto del Senado, por el cual se mandaba formalmente á César que abandonase el mando del ejército. Pasáronse algunos días, en cuyo trascurso contestó aquel negándose á obedecer hasta tanto que Pompeyo resignase también el mando de un fuerte ejército que acaudillaba en Roma, contra lo que una ley, que invocó, prevenía.

La contestación del Senado fué reiterando la orden, y amenazando al héroe de las Galias con declararle traidor á la patria, si inmediatamente no obedecía la orden de la república. Quizá entonces Pompeyo se lisonjeaba con la vana idea de haber hecho sucumbir á su enemigo; empero se ve bien que no le conocía: á conocerle, no se hubiera declarado su rival; porque haciendo justicia á las eminentes dotes de Pompeyo, debemos, sin embargo, decir que dos hombres de la magnitud de Julio César rara vez existen simultáneamente en el mundo. Otro de menor entidad, sobrecogido con el aterrador decreto, hubiera resignado el mando; mas el conflicto con que Pompeyo trató de hundir en el polvo al gran Julio César fué el primer escabel por que subió este á la realización de sus ambiciosos ensueños.

Recibe César el fulminante decreto del Senado romano; deja volar su imaginación retrospectivamente para recordar sus deslumbrantes glorias adquiridas en las Galias; coloca la diestra sobre su corazón, y le encuentra tan grande cuanto era necesario para llevar á cabo la atrevida empresa; recorre con la penetrante vista las victoriosas legiones, y las contempla aguerridas, fuertes, ganosas de triunfos, adictas al primer general de aquel siglo; y desenvainando el invicto acero, exclama con estentórea voz: *Alea jacta est! La suerte está echada*, dice, y denodado é intrépido atraviesa el Rubicon.

Era este río, desde entonces tan célebre, un miserable riachuelo que apenas este nombre mereciera, debiendo contentarse casi con el de arroyo; mas determinaba ó marcaba el límite de la provincia que entonces César mandaba: á causa de esto, sin duda, existía un antiguo decreto de la república, que declaraba traidor al general romano que atravesara aquel límite, en dirección de Roma, con fuerza armada. Por manera que al consumar el terrible hecho Julio César, sabía muy bien que perder la cabeza ó triunfar era para él la única alternativa.



Llegada á Roma la noticia, fué general el pánico que oprimió á los ciudadanos; porque conocido como era el *traidor sublime*, según la feliz expresión del Sr. Ros de Olano, sabíase demasiado bien que una vez resuelto, nadie sería capaz de oponer un dique al arrebatado curso del valor y talento de César.

El Senado celebró una agitadísima sesión, en la que Ciceron pidió á Pompeyo la reseña de las fuerzas con que pensaba oponerse al traidor, á cuya pregunta contestó el general con la misma presunción y orgullo que usara en tiempo de Sertorio. «Bástame, dijo, herir con el pié la tierra, para hacer brotar de ella legiones.» Mas sin embargo, no se detuvo á golpear la tierra para hacer que se cumpliese su orgullosa profecía: golpeóla, en efecto, con los piés; pero fué para ausentarse de Roma.

Llegó á esta ciudad el gran César, y penetró en ella sin la menor oposición, aprovechándose del tesoro público para coronar su triunfo; porque fué tal y tan grande la prisa con que huyera Pompeyo, que sin acordarse de tan cuantiosos fondos, los dejó intactos.

La triunfal entrada de César fué grata á muchos que, abandonados de Pompeyo, querían hacerse lugar en el ánimo del vencedor ilustre, el cual se declaró dictador de la república. (Año 49 antes de J. C.)

En tanto que pasaban los sucesos que hemos referido por creernos íntimamente ligados con los que van á tener lugar en España, esta, como antes tambien hemos indicado, permaneció en expectativa, pacífica en apariencia. Solamente en el año 55 los cántabros, ó vizcainos, bajo el mando de algunos jefes creados en la escuela militar de Sertorio, pasaron á las Galias para auxiliar á sus vecinos los galos ó franceses. Pero ninguna cosa notable ocurriera en lo interior de la península, ni se hubiera tal vez alterado la paz, si Julio César y Pompeyo hubiesen elegido otra más lejana arena para disputarse el imperio universal.

Pompeyo, en quien concurrían brillantes y notables cualidades, aunque inferiores á las que poseía César, habia cedido á las circunstancias, pero no habia desistido; y el dictador, que muy bien le conocía, comprendió esto mismo y quiso debilitar sus fuerzas, no dudando que apareceria en España, país desgraciado y célebre á la vez, porque mostraban sucesivamente toda su grande importancia los enemigos de Roma, que á aquella apelaban para vengarse de esta, imponiéndola temor y respeto.

Al efecto encomendó César á Marco Antonio el cuidado de Italia, y con un ejército imponente, dividido en dos grandes cuerpos, se dirigió á España, dando el mando de uno de aquellos, que debia penetrar por los Pirineos, á Cayo Fabio, y reservándose el man-

do del otro: el antiguo y oscuro cuestor, en vez de desembarcar en Ampurias debió verificarlo en Cádiz, para haber hecho su segunda visita á la estatua de Alejandro Magno, á fin de rendirla el tributo de justa gratitud por la feliz inspiracion que á su ambicion, entonces latente, le sugiriera.

Los generales de Pompeyo se prepararon á interceptar el paso á las bizarras legiones cesarianas, dirigiéndose Petronio y Afranio á detener la marcha de Fabio, y Varron se encargó de mandar una flota desde Cádiz, para atacar á César. Sin duda la ejecucion no fué tan rápida como convenia; porque el dictador de Roma desembarcó sin el menor obstáculo, dirigiéndose hácia el Ebro, en tanto que Cayo Fabio, atravesando felizmente los Pirineos, se internó en España, y llegó hasta la confluencia de los rios Cinca y Segre, en donde estableció su campamento.

No lejos de Lérida colocaron el suyo las huestes de Pompeyo, y sin hacer nada que mereciese consignarse en la historia, se contentaron con algunas insignificantes escaramuzas, hasta que llegó Julio César al campamento de Fabio, seguido de 4,000 ginetes próximamente, todos escogidos. Con la llegada del gran general tomó nueva faz la campaña: su vasto genio le sugirió la idea de incomunicar con la ciudad á su enemigo, y este proyecto fué el origen de un rudo y sangriento combate en el que fué casi igual la pérdida, si bien el ejército de César rechazó, por fin, al de Pompeyo, casi hasta encerrarle dentro de la ciudad.

La ventaja en aquel momento estaba de parte del dictador; empero repentinamente cargaron sobre sus legiones algunas escogidas fuerzas enemigas, compuestas casi en su totalidad de españoles, las cuales deshicieron á sus contrarios, rompieron sus filas, y recuperaron la primitiva posicion. ¡Cuán cierto es que á ninguno le es posible desprenderse del carácter con que ha sido dotado! Con dolor se deduce de lo que dicho queda, que los españoles continuaban ayudando á sus enemigos en una guerra civil; pero civil para Roma, y de la cual ninguna ventaja podia reportar la ibérica península, fuese uno ú otro ambicioso el vencedor.

La enérgica resolucion de los pompeyanos, ó, más bien, de los españoles, colocó á César en un verdadero conflicto y en una expuestísima posicion, encerrado entre dos rios, entonces terribles y amenazadores; porque la primavera habia sido asaz lluviosa, y los rios llevaban tanto caudal de aguas, que amenazaban rebasar sus naturales límites y desbordarse de arrolladora manera, puesto que ya en su creciente furia habian arrastrado y deshecho los puentes.

Las legiones de César temian ya ser victimas del hambre asoladora; porque estaban incomunicadas, y aunque, para mayor des-

dicha y desesperacion, veian llegar los carros cargados con provisiones de todo género que de la Galia les remitian, los furiosos rios impedian que aquellos se acercasen á las legiones, y estas no podian tampoco ir hasta ellos.

No decayó por esto el grande ánimo del invicto Julio César: cuando comprendió que no solamente sus queridos soldados estaban sufriendo el horrible y penoso suplicio de Tántalo, si que tambien era muy factible que las provisiones viniesen á parar á manos de sus enemigos, mandó construir instantáneamente unos botes pequeños y ligeros, en los cuales hizo que parte de sus tropas atravesasen el Segre, ocultos de las legiones contrarias á favor de una eminencia que impedian que aquellas vieses la arriesgada operacion.

Despues de atravesar el imponente rio, tomó posicion sobre unos cerros que fortificó egrégiamente; y acto continuo echó un puente, por medio del cual logró que pasase la caballería, las tropas que en su auxilio vinieron de las Galias y todos los carros. En poco tiempo el célebre romano cambió la suerte que tan impróspera se le mostraba, y viendo que el mal estaba conjurado, tomó la ofensiva y destruyó al enemigo poniéndole en completa dispersion.

Con este buen suceso coincidió la llegada de un mensajero, que le trajo la placentera nueva de haber ganado su escuadra una batalla naval contra la de Pompeyo en las aguas de Marsella; y como la aureola de gloria tiene sobre los pueblos de nobles instintos una inmensa fuerza magnética, los repetidos triunfos de Julio César hicieron que muchos pueblos de España hasta entonces neutrales, como los lacetanos, ausetanos, ilerconvones, cosetanos y otros varios se adhriesen á César, sirviéndole con la mayor abnegacion personalmente, y facilitándole cuantos recursos le fueron necesarios. Por manera que la guerra civil comenzó entonces verdaderamente en España, puesto que desde aquel momento militaban españoles en las filas de César y en las de Pompeyo, frente á frente hermanos contra hermanos, hijos contra sus padres, amigos contra sus fieles amigos; y todo esto para servir á los ambiciosos que por sí únicamente miraban, y no por la trabajada peninsula ibérica.

La precitada novedad hizo que los jefes de las huestes pompeyanas comprendiesen que el pujante enemigo habia adquirido inmensa fuerza, y que les era á ellos indispensable internarse en la Celtiberia, aficionada más que otras provincias á la causa de Pompeyo. Para lograrlo se dispusieron á vadear el Ebro, cuya manobra comenzaron á realizar cuando César mandó á su caballería que practicando idéntica operacion en el Segre, fuese á alcanzar á los pompeyanos y picase activamente su retaguardia. Algunas horas despues pidieron las legiones de infantes pasar tambien el rio, pero á nado; y César, que otra cosa no deseaba, otorgó la peticion

como por condescender á los deseos de sus legiones, las cuales denodadamente realizaron su atrevido deseo con el agua casi al cuello, pero con la mayor felicidad: hecho esto, puso César en tantos y tan repetidos conflictos á los enemigos mediante su habilidad estratégica, que los lugartenientes de Pompeyo, reducidos á una verdadera desesperación, solicitaron un armisticio, que les fué concedido por el vencedor.

Puede suponerse que accedió á tal demanda, previendo el buen resultado que para su causa habia de tener dicha concesion; porque militando en ambos bandos españoles y romanos, y puestos en contacto por efecto del armisticio, comenzaron á desertar los de Pompeyo, ya seducidos por las instancias de sus compatriotas, ó bien deslumbrados con la gloria de César, y temerosos de la desgracia que perseguia á su contrario.

Las deserciones llegaron á multiplicarse en términos que Petreyo, lugarteniente de Pompeyo, ejecutó varios crueles castigos y escogió diversos medios para cortar aquel mal, decidiendo retirarse á Lérida á fin de alejarse del contacto con los cesarianos. Entonces el invicto dictador de Roma yendo apresuradamente á su alcance, le colocó en tan fatal y crítica posicion, que le era no menos difícil continuar su marcha que retroceder; y careciendo de viveres y de agua, determinó hacer un esfuerzo supremo para romper las líneas de las legiones de César, empero inutilmente; porque extenuados sus guerreros por la falta de alimento y agobiados por la sed, tuvieron necesidad de rendirse. En esta ocasion fué grande y magnánimo el dictador: no abusó de la victoria ni con sus compatriotas ni con los españoles. Permitió á aquellos regresar á sus hogares, previo el solemne juramento de no volver á combatir contra su vencedor, y á estos últimos, sin condicion, los dejó en completa libertad.

La terminacion de esta campaña aumentó la fama de Julio César; porque habiendo demostrado en ella su gran talento militar, su fuerte corazon y su actividad infatigable, fué además muy avaro de la sangre de sus soldados, y supo igualmente economizar la de sus enemigos.

Vencido y destruido Petreyo, restaba solamente las fuerzas que mandaba Varron, las cuales apenas llegaban á 30,000 hombres y estaban entonces ocupando la Bética. Dicho lugarteniente de Pompeyo, viendo á César distante y dedicado á hacer guerra contra su colega, se dedicó á construir gran número de naves y acumular inmensas riquezas, por si acaso tenia que abandonar la península; y lo primero que dispuso fué la extraccion de los tesoros amontonados en el magnífico templo de Hércules Gaditano.

Tenia Varron hostigados con fuertes é inusitadas exacciones á los pueblos que gemian bajo su despótico mando, y esto era de muy

buen agüero para Julio César, el cual se apresuró á servirse de tanta ventaja.

Al efecto dispuso que el tribuno Casio pasase á la Bética para invitar á todas las ciudades á que nombrasen sus representantes, los cuales debían hallarse en un día fijo en Córdoba. Llegado el día se presentó en esta ciudad el gran Julio César, seguido de 600 elegidos ginetes, haciendo en ella su entrada triunfal, y celebrando Córtes en audiencia pública con los representantes de las predichas provincias.

Varron, sin embargo, quiso tentar fortuna y se acercó con su ejército á Córdoba; empero esta ciudad le negó la entrada, porque prefería á Julio César, tanto como odiaba al avaro Varron. Este, viendo frustrado su intento, se dirigió á Carmona á tan mal tiempo, que pocos momentos antes habían los habitantes de aquella arrojado ignominiosamente la guarnición. Coincidió con este hecho la desercion de un brillante cuerpo de unos 5,000 españoles que pertenecían á su ejército, y que abandonando sus filas se retiraron á Sevilla.

Estos reiterados y sensibles golpes hicieron que Varron decayese de ánimo y se decidiese á apelar á la magnanimidad del vencedor. César no vaciló en admitirle, pero determinando dar á los venideros un sublime ejemplo y una severa leccion.

Llegado Varron á Córdoba, le hizo el dictador de Roma presentarse ante los representantes que formaban el nuevo Senado, y en presencia de ellos le hizo rendir la más estrecha cuenta de todos sus actos arbitrarios, mandándole entregar las sumas que tan injucamente había acumulado, las cuales hizo devolver religiosamente el invicto César á las personas que por Varron habían sido despojadas.

No hay para qué decir cuán del agrado del pueblo sería esta notable determinacion del dictador, el cual, despues de haber dado gracias á los senadores y de ofrecerles su más decidido apoyo, se trasladó á Cádiz, en donde hizo devolver al templo de Hércules las riquezas de que había sido despojado por el mismo Varron.

Esta hermosa ciudad, en la que vimos la primera luz y á la cual consagramos este pobre tributo con el puro afecto de buenos hijos que con justicia ensalzan á su amada madre, ocupó siempre un brillante lugar en la historia. Su noble proceder la hizo adquirir grande renombre; la libró de toda opresion; con él adquirió el derecho de dictar las leyes por que había de regirse, y mereció que el gran Julio César la declarase *ciudad romana*, suma en aquellos tiempos de todos los honores, concediendo á todos sus habitantes el título de ciudadanos de la ciudad eterna.

Despues de haber promulgado el dictador algunas leyes de gene-

ral y pública utilidad, se embarcó para volver á Roma. Al emprender su viaje, en la misma flota que habia hecho construir Varrón con muy diferente objeto, nombró gobernadores de España á Quinto Casio Longino y á Marco Lépido, encargando al primero la ulterior, y la ceterior al segundo. Su entrada en la magnífica ciudad entonces capital del mundo, fué un lisonjero triunfo, una grátisima ovación para el héroe romano, que fué nuevamente nombrado dictador.

La ausencia del gran Julio César fué la señal de alarma para los españoles: comprendieron que iban á renovarse las persecuciones, las rapiñas, las iniquidades, y no se equivocaron. Los delegados del dictador se olvidaron de lo que á sí propios se debían y lo que debían á César, comenzando á ejercer el mando de la más despótica manera. Longino sobresalió tanto en sus intencas arbitrariedades, que dió motivo á que se tramase contra él una conspiración. Los jefes ó cabezas de esta se llamaban Annio Scapula y Lucio Cécilio.

Este, segun unos, y segun otros uno de los conjurados llamado Minucio Silon, al presentar una pretension escrita á Casio Longino le dió de puñaladas. Esta era la segunda vez que le sucedía; porque en tiempo de Pompeyo fué herido por idéntica causa, siendo notable que perseguia y despojaba sin distincion á españoles y romanos.

Tampoco esta vez murió: socorrido Longino por los individuos de su guardia, fué llevado al lecho; el que le hiriera cayó en poder de aquella, y la vasta conjuración fué descubierta en todas sus ramificaciones. Aplicada la tortura al asesino, fué el dolor que sufrió más fuerte que su propósito de guardar silencio: infinitas personas complicadas en la conjuración perdieron la vida; otras salvaron esta á costa de grandes sumas de dinero.

Tan pronto como Casio Longino se vió restablecido, comenzó con más abinco que antes á perseguir y despojar á cuantos podia, dando márgen su infame y opresora conducta á una segunda conspiración, empero más temible que la anterior. El pueblo de Córdoba, apoyado por la guarnición de aquella plaza, dió el grito, que fué secundado por todas las legiones que iban en dirección de África para reforzar el ejército cesariano. Manifestando los conjurados decididamente su propósito, acamparon junto á Córdoba, destituyeron á Casio, y nombraron para reemplazarle á un jefe muy querido llamado Marcelo; y para completar la desgracia del destituido pretor, este pidió auxilio á su colega Lépido, el cual se adhirió á la decision de los conjurados y abandonó á aquel. Es verdad que éste siempre fué más comedido en sus actos, y sin duda no quiso patrocinar á Longino, señalado por todos como un públi-

co ladron, el cual viéndose sin apoyo se embarcó con rumbo á Málaga, no atreviéndose á ir en direccion de Roma; y en la travesía pagó todos sus crímenes. En las bocas del Ebro sufrió una horrible tempestad, y en aquellas aguas quedó sumergido el proscrito pretor con todas sus riquezas; porque tuvo buen cuidado de llevarlas consigo. Tales son los altos juicios de Dios: Casio Longino se burlaría de sus perseguidores viéndose acompañado del fruto de sus rapiñas, que le ponía al abrigo de la miseria y en actitud de abrirse franco paso por todas partes; empero la pena seguía de cerca al delito, y el desenfrenado avaro iba á morir de muy digna manera, sirviendo á su cuerpo de funeraria losa las mismas riquezas á las cuales vendió su honor.

Poco después terminó sus días el gran Pompeyo, de innecesaria manera. Habiendo perdido la famosa batalla de Farsalia, tuvo que huir; porque la derrota fué completa. No sabiendo en qué sitio refugiarse, le ocurrió, en hora fatal para él, pasar á Egipto, cuyo rey, llamado Ptolomeo, habia sido su pupilo ó discípulo, debiendo su mismo padre grandes beneficios á Pompeyo. Motivos eran estos para inspirar grande y muy fundada esperanza. Sin embargo, el infame y desagradecido rey creyó ganar mucho en el afecto de César si hacia traicion al desgraciado fugitivo su bienhechor, y le hizo degollar.

César, valiente y noble, sintió la muerte de aquel noble y valiente; porque la encontró innecesaria é indigna de tan fuerte y respetable varon. Reprochó á Ptolomeo la accion infame; derramó lágrimas cuando le presentaron la inanimada cabeza de su memorable rival; y mandó honrar su memoria celebrando solemnes y suntuosas exequias. El dictador de Roma se condujo de noble manera; hizo quemar el arca en que Pompeyo guardaba su correspondencia, que fué hallada en la tienda de aquel, sin querer leerla, á fin de no descubrir quiénes eran sus propios enemigos. Algunos autores dicen que César imitó á Pompeyo, el cual hizo lo mismo con la correspondencia de Sertorio que le presentara en España el traidor Perpenna; empero nosotros creemos que Julio César hizo mucho más y superó á Pompeyo. La correspondencia de Sertorio hubiera descubierto á enemigos de Roma ó de Sila: la de Pompeyo á los que lo eran directa y personalmente de César; y cuando renunció al deseo de conocerlos y á la necesidad de exterminarlos para asegurar su poder, dió ostensible muestra de poseer un alma grande y elevada, y se mostró digno de mandar y de ser obedecido.

Después de haberse detenido en Egipto sujeto entre las redes de la artificiosa y falaz reina Cleopatra, venció al rey del Bósforo, Cimerio, y al de la Armenia, llamado Deyataro. Como esta guerra tan gloriosa para César fué tan rápidamente terminada, dió margen á

que dijese á sus amigos las palabras hoy tan conocidas: *veni, vidi, vici: llegué, vi, vencí.*

En tanto, España disfrutaba de un periodo de calma; de uno de esos intervalos pacíficos tan poco frecuentes en ella como de efímera duracion, y de más apariencia que realidad. César al mismo tiempo disfrutaba en la hermosa Roma de sus gloriosos triunfos, y recibía por tercera vez la investidura de dictador de la república.

No le dejaron por mucho tiempo reposar tranquilo: los partidarios del difunto Pompeyo, instigados por los amigos de aquel, Caton, Escipion, Lavieno y Juba, rey de la Mauritania, encendieron en África la guerra. Acudió César, y solo necesitó seis meses para derrotar y vencer á sus enemigos, declarando provincias romanas la Mauritania y la Numidia; hecho lo cual como quien nada hace, porque para él las grandes hazañas eran hechos tan insignificantes como frecuentes, regresó á Italia, siendo la admiracion del atónito universo, en donde fué prorogada por diez años su dictadura.

Ya por entonces habia comenzado á agitarse en España el maléfico genio del mal, y la guerra comenzaba á mostrar su faz destructora y horrible. Habia dejado Pompeyo dos hijos, Cneo y Sexto, dignos herederos del valor y de la inteligencia de su glorioso y desgraciado padre, que habian elegido tambien para teatro de su ambicion, su gloria y su venganza, á la magnífica y oprimida península ibérica.

Aun durante el corto periodo de paz, habia estado España dividida en dos bandos ó partidos, el cesariano y el pompeyano: este respondió al llamamiento de los nuevos adalides, llamamiento que no limitaron á España, sino que le hicieron extensivo á toda Europa, Asia y África. Desde esta vino á España Cneo Pompeyo, el mayor de los dos hermanos, apoderándose á su paso de las islas Baleares: enfermó en estas y tuvo que detenerse en Ibiza, en donde convalenció muy en breve, sirviéndole de no pequeño alivio la noticia de que Annio Scapula, antiguo conjurado en la conspiracion contra Casio Longino, y Quinto Aponio, habian echado de su provincia al prócónsul Aulio Trebonio, declarándose franca y decididamente pompeyanos.

Llegó poco despues Sexto Pompeyo, acompañado de Accio Varo y de Tito Lavieno, al frente de los restos del ejército de África, poco tiempo antes destrozado por César. Cneo tomó varias ciudades, inclusa la de Córdoba, en la cual dejó á Sexto su hermano, y pasó á poner sitio á Ulia (hoy Montemayor).

La noticia de haber llegado á España el dictador de Roma causó profunda sensacion en los dos hermanos; porque no creian que abandonase la capital del mundo, ó, por lo menos, pensaban les daria suficiente tiempo para posesionarse de la mayor y más prin-

cipal parte de la península. Empero César, que con sobrada razón conocia hasta qué punto era importante la posesion de España para sostener su elevada posición en Roma, usó de su acostumbrada é incalculable celeridad, á fin de no darles el tiempo que deseaban y que tan necesario les era.

Diez y siete días tardó desde Roma á Murviedro, término harto breve para tan largo camino en aquella época, desde donde pasó á Obulco (hoy Porcuna, entre Córdoba y Jaen). En este pueblo recibió la embajada que le mandaron los cordobeses, para representarle que no por voluntad, sino por carècer de medios de resistencia, habian dejado penetrar en su recinto á los pompeyanos. Al mismo tiempo que esto sucedia, los sitiados de Ulia mandaron aviso para que socorriese la ciudad á fin de evitár que cayese en poder de Cneo Pompeyo. Todo esto prueba que el valor y altas prendas de César habian conquistado el afecto de la mayor parte de los españoles.

Debe decirse que tambien contribuyó mucho al buen éxito que obtuvo César en esta última campaña, el odio que habian merecido los pompeyanos en los sitios de Ategua y de Veubi, deleitándose en la consumacion de toda clase de excesos y de horrores: César, por el contrario, fué muy humano despues de obtener el triunfo.

Volviendo á tratar de Ulia, diremos que el dictador mandó en socorro de esta á Lucio Junio Pacieco con seis cohortes; y él, con ánimo de llamar la atencion de Cneo y hacerle abandonar el sitio, le puso á Córdoba y causó tal espanto á Sexto, que pidió auxilio á su hermano, sin ser bastante á detenerle la noticia de que ya estaba Cneo casi apoderado de Ulia.

Diversos encuentros tuvieron lugar despues, sin formalizarse una verdadera batalla; porque tanto empeño como César tenia en poner el éxito de la guerra al trance de una accion decisiva, manifestaban temor los hijos de Pompeyo, quizá porque no se creian sus iguales ó tal vez porque su corazon les presagiaba un funesto desenlace.

Semejante estado no podia ser duradero; y hallándose los pompeyanos cerca de Aspasia, los cesarianos los acometieron y desalojaron, pasando aquellos á situarse, ó refugiarse más bien, en los campos de Munda, ciudad de la parcialidad de Pompeyo.

Durante largo tiempo se ha creido que la antigua Munda es hoy Monda, villa situada á corta distancia de Málaga, y así lo afirman algunos historiadores; empero como se hizo tan célebre su nombre por haberse decidido en sus inmediaciones la sangrienta aunque no larga lucha de César y los Pompeyos, otros historiadores, no menos célebres, ilustrados y eruditos que los precitados, se han dedicado á investigar la verdadera situación topográfica de la antigua Munda y el nombre que hoy la corresponde. Estos últimos en-

cuentran que la moderna *Monda* no puede haber sido Munda; que esta es hoy *Montilla*, corrupcion de *Munda illa*; porque las circunstancias de territorio y de lugar, y las distancias que hay desde aquella á las poblaciones que recorrieron ambos ejércitos hasta fijarse cerca de Munda, evidentemente lo demuestran. Asi lo certifica el Sr. Cortés en su *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, á cuyo parecer se adhiere el erudito Sr. Lafuente.

No existia gran diferencia numérica entre ambos ejércitos, y casi habia en cada uno de los dos tantos soldados romanos como españoles; y para que en nada se diferenciassen, en uno y en otro se contaban auxiliares africanos, y en cada uno un príncipe de la Mauritania.

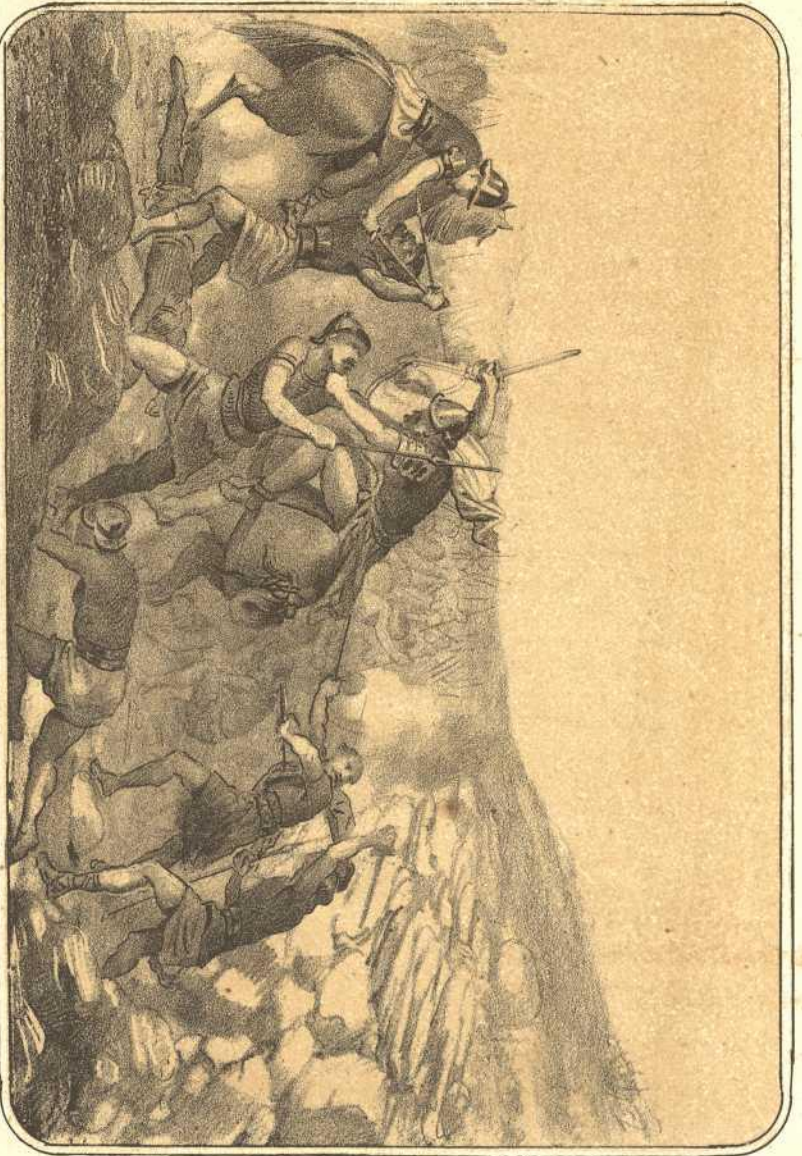
Con esa indecision que suele acompañar al más probado valor en las supremas ocasiones y decisivos momentos, se miraban y casi si se temian uno y otro ejército: de españoles, romanos y africanos; se componia el de César; africanos, romanos y españoles formaban el de los Pompeyos; valor, arrojo é inteligencia habia en los caudillos de uno y otro bando, y casi estaban niveladas las fuerzas; empero todos conocian que la batalla era inevitable, y que el vencedor seria dueño de la ambicionada España; y todo prisionero que va á echar el dado para perder la vida ó salvarse, jugando la suerte por su propia mano, vacila siempre; desea salir de la ansiedad horrible, quiere lanzar el dado, pero teme ver el punto fatal que marca, señalando quizá toda la extension de su desgracia.

Esto precisamente sucedia á César, que temia el resultado de la batalla, porque los Pompeyos estaban en terreno de su parcialidad; y estos temian el valor, la inteligencia y la fortuna de César.

Largo rato permanecieron impasibles unos y otros, mirándose silenciosos y con sombrío y mal tranquilo semblante. Las ventajas á causa de los accidentes del terreno, estaban de parte de los pompeyanos; y era preciso que César les obligase á descender de unas colinas ó, más bien, eminencias de que se habian posesionado. Para lograrlo acometió César y comenzó la batalla; siendo muy notable que segun verídicos y respetables autores, repentinamente dejó de oirse la espantosa é incómoda gritaría con que en todas las batallas acostumbraban los guerreros animarse á sí propios y aterrar al enemigo, quedando el campo tan en absoluto silencio, que ni una voz se oia; empero resonaban á inmensa distancia el rudo fragor de las armas y los mortales golpes vibrados por más de 100,000 hombres denodados y fuertes.

Largo rato llevaban combatiendo sin obtener ninguno de ambos caudillos la menor ventaja sobre su contrario, hasta que comenzaron á obtenerla los de Pompeyo; porque el ejército cesariano empezó á vacilar y á perder visiblemente terreno. Conmovidó al extre-





M. 31. 9

BATALLA DE MUNDA

Lib. M. Sanchez, Baerz n.º 16

mo el heroico dictador, hizo todos los esfuerzos posibles para remediar el mal: con la voz, en el semblante, con el acero, hablaba elocuentemente, pero sin sucesos, porque sus huestes se replegaban cada vez más, y faltaba muy poco para que se declarasen en verdadera fuga. Conociéndolo César y viendo que el refrigente sol de su gloria estaba próximo á eclipsarse, ó mal bien extinguirse, llegando al colmo su desesperacion, quiso atravesarse el pecho con su propia espada; y lo hubiera verificado, á no haber detenido su fuerte brazo los que le rodeaban. «Pues bien, les dice, no moriré por mi mano, pero haré que me mate el enemigo, si no encuentro quien me ayude á derrotarle.» Y repitiendo varias veces y con estentórea voz las palabras *aquí quiero morir*, blandiendo el acero y casi sin cubrirse con el escudo, se lanzó en medio de los enemigos, á cuyo ejemplo no pudieron resistir ni jefes ni soldados, y la batalla se renovó con mayor ardor y más encarnizamiento, sin dar cuartel ni querer recibirle.

Como el ejército de los Pompeyos era tan numeroso como el de César, y estaba compuesto de gente tambien valiente, los hijos del desgraciado general comprendian muy bien que quien perdiese la batalla lo perdía todo, y se multiplicaban y á todas partes acudian para procurar obtener el triunfo. Mas cuando la Providencia ha decretado, nunca falta una casualidad, como en el mundo llaman á las segundas causas y á los accidentes que, procedentes de estas, hacen que el inmutable decreto sea ejecutado por medios naturales, y al parecer casuales tambien. Una, al parecer, casualidad, vino á decidir la batalla cuando más sangrientos aparecian sus resultados inmediatos y más dudoso era su desenlace decisivo. Bogud, príncipe africano auxiliar de César, comprendió que los reales de los pompeyanos no estaban bien guardados; y juzgando oportuno acometerlos, seguido de los suyos ejecutó su propósito. Mandaba Lavieno una parte de la caballería pompeyana; y viendo el movimiento de Bogud y la direccion que tomaba, acudió precipitadamente á defender los amenazados reales. Por desgracia de Cneo y de Sexto, sus soldados, que vieron el movimiento precipitado de Lavieno sin haber comprendido ni aun notado la causa que le motivara, creyeron que el bizarro general y sus ginetes huyan; y como en la guerra, segun el gran Alejandro Farnesio, comienza el vencimiento por los ojos, creyendo los peones que los ginetes abandonaban el campo, decayeron de ánimo y comenzaron á replegarse: los cesarianos tomaron ánimo, acosaron á los vacilantes, y la accion se restableció, quedando el campo cubierto de cadáveres, de cuerpos troncos, de cortados miembros; los Pompeyos huyeron, y César proclamó la victoria.

Cuéntase que sobre el campo quedaron 30,000 hombres, inclu-

sos 3,000 caballeros romanos. El gran Julio César confesaba que hubo momentos en que peleó por salvar su vida, así como otras mil veces había combatido solo por la gloria. Sexto Pompeyo se refugió en Córdoba, y Cneo, seguido de menos de 200 caballos, llegó á Carteya, en un principio Tartessio y hoy Tarifa, habiendo tenido lugar la memorable batalla de Munda en el año 46 antes de J. C.

Después de este glorioso hecho de armas, cambió completamente de carácter el glorioso dictador de Roma. Tal como sucediera al gran Sertorio, al acercarse su desastroso fin hizo se sanguinario y cruel, hasta el más bárbaro exceso.

Al sitiar á Munda, en donde se habían refugiado muchos pompeyanos después de la batalla, mandó hacer en derredor de la ciudad una trinchera con los 30,000 cadáveres, ensartados en las lanzas que con ellos habían quedado sobre el campo, de modo que los sitiados viesan muchas de las cabezas de sus difuntos compañeros, clavadas en las puntas de las picas. Resistieron, sin embargo, heroicamente los amenazados guerreros hasta perecer; y César entró en la ciudad vencedor de los muros y no de los guerreros, que habían sabido sucumbir, fieles á sus juramentos, antes que entregarse al enemigo.

Cneo Pompeyo, que supo cuanto sucedió á la terrible batalla, se embarcó en Carteya con ánimo de apartarse de España; empero fué alcanzado por Didio y Cesonio, quienes mandados por César atacaron la flotilla y la destruyeron, incendiando parte de las naves. Cneo, herido gravemente, pudo desembarcar y se ocultó en una gruta; mas le descubrieron algunos soldados y le asesinaron. De este modo pereció el valiente Cneo Pompeyo, quien pocos días antes estuvo á punto de derrotar á César y hacerse dueño de España, si, tan desgraciadamente para él, no hubiera ocurrido al africano Bogud acometer los desamparados reales pompeyanos. Sexto, su hermano, comprendiendo que no podría resistir en Córdoba si era atacado por el dictador, pasó á la Celtiberia, provincia firme y fiel en la devoción á la causa de su desgraciado padre, y se refugió en el centro de aquella valiente é indomable comarca española.

No se engañó Sexto; César atacó á Córdoba, dividida en bandos; entró á favor de la confusión y desunión de la diversidad de pareceres, y se mostró repugnantemente cruel y sanguinario. A pesar de ser la bella ciudad privilegiada por él y de contar en su perímetro algunos bellos edificios de que era dueño César, este saqueó é incendió sin consideración, haciendo degollar hasta 20,000 ciudadanos. Poco después se posesionó de las demás ciudades de Andalucía, inclusa la hermosa y poética Sevilla, quedando toda la Bética por el dictador en el año 45 antes de J. C.

No habiendo por entonces quien resistiese, la guerra cedió su puesto á la adulacion que sin tregua asediaba al glorioso vencedor. En todas partes se construian monumentos, se elevaban estatuas, se erigian altares y se consignaban perpétuos recuerdos en loor del gran César. Las virtudes del vencedor se querian immortalizar cambiando los antiguos nombres de algunas ciudades por los de *Forum Julium*, *Claritas Julia*, *Fama Julia*, *Liberalitas Julia* y otros no menos significativos. Empero el dictador, no pudiendo desear más gloria, cuanto más se acercaba á su fin, más riquezas deseaba.

Estaba en Cartagena, al parecer tratando de dar á la ibérica península una organizacion politica y civil, recibiendo como soberano á los diputados de las diversas provincias de aquella, que sucesivamente se le iban presentando. Al contestar á los discursos de los representantes de España, encomiaba no poco los beneficios que aquella le debia, y les daba en el rostro con su ingratitude; los diputados se apresuraban á hacerle cuantiosos dones á costa de las respectivas provincias, á fin de congraciarse con el dictador, y este los recogia con ávida mano, guardando en sus arcas los forzosos donativos. Poniéndose despues en contradiccion consigo propio, impuso fuertísimas contribuciones; y sin recordar el castigo que impusiera á Varron, recogió tambien las enormes riquezas que el templo de Hércules gaditano encerraba en su recinto. Mas, sin embargo, se despidió de España, para jamás volver, dejándola obligada por efecto de la promulgacion de muy sábias y útiles leyes.

Al llegar á Roma obtuvo los honores del triunfo como nadie los habia alcanzado anteriormente, ni era fácil que los alcanzase en lo sucesivo. Todo, en efecto, parecia poco para honrar al inimitable héroe que habia ganado en diversos países quinientas batallas, y asaltado y tomado cerca de mil ciudades. El Senado le concedió que llevase siempre la corona de laurel ornando sus sienes; que asistiese á los actos y festejos públicos sentado en una silla de oro; le nombró dictador perpétuo, le dió la denominacion de emperador (*imperator*), y últimamente le concedió el título de padre de la patria, mandando erigir su estatua con una leyenda que decia: *A César, semi-dios*, que fué colocada frente á la de Júpiter, en el mismo Capitolio, acordándole en su extraviado frenesi los honores divinos, y deificándole bajo el nombre de *Júpiter Julio*.

Sin embargo de tanta y tan desusada gloria, la conspiracion se fraguaba entre algunos de los mismos que en pleno Senado tanto entusiasmo demostraban. Algunos de sus fieles amigos dieron á César secretos y anónimos avisos. El augur Spurina, yendo más lejos que todos, le fijó época, diciéndole una mañana al entrar en el Senado: «César, guárdate de los idus de Marzo.» Empero su

fin estaba decretado, y no hizo caso de ningún aviso. Un día, precisamente en los idus de Marzo, entró tranquilo y sereno en el Senado, y rodeándole en seguida varios asesinos, le dieron veintitres puñaladas. Al ver el glorioso César entre aquellos á su protegido y y ahijado Junio Bruto, no pudo menos de exclamar con dolor: *¡Tú tambien, hijo mio!* y cayendo á los pies de la estatua del gran Pompeyo, exhaló el postrer aliento aquel incomparable héroe, á cuyo nivel pocas figuras históricas dejarían de aparecer pequeñas, si los vicios y defectos no hubieran atenuado la incomparable gloria, el singular talento y el sin par valor del héroe de las Galias; del atrevido guerrero que osó desafiar á la prepotente Roma, atravesando el Rubicon, para llenar el universo entero de su nombre y su gloria inmarcesible. Pereció de tan inmerecida manera á los 56 años de edad, y en el 44 antes de J. C. Suetonio, Plutarco, Floro, Patérculo, Dion y otros infinitos escritores de la antigüedad añaden á la guerrera gloria del gran Julio César las apreciables dotes de escritor distinguido, profundo político y eminente orador. Con su desgraciada muerte termina la *España romana bajo la república*; y antes de comenzar la siguiente época, pasaremos á dar, en cumplimiento de nuestra oferta, la tabla cronológica de cuantos en nombre de la república de Roma gobernaron á España, bajo la denominación de pretores, procónsules y cónsules.

Años antes de J. C.

NOMBRES.

219	}	Publio Cornelio Escipion y
		Cneo Cornelio Escipion (hermanos), que combatieron hasta el 212, muriendo ambos en campaña.
212		Lucio Marcio, interino.
211		Claudio Neron.
210	}	Publio Escipion; general que gobernó á España hasta el año 2.
201		Lucio Cornelio Léntulo.
		Lucio Manlio Acidino.
195		Cayo Cornelio Cethego.
192	}	Cneo Sempronio Tuditano (governó en la España citerior).
191		Quinto Fabio Buteon (en la ulterior).
		Marcc Porcio Caton (pretor de España).
190	}	Appio Claudio Neron (cónsul en la ulterior).
		Publio Manlio (en la citerior).
188		Sexto Digicio (de la citerior).
186		Cayo Flaminio.

Años antes de J. C.	NOMBRES.	NOMBRES.
185	Marco Fulvio	88
182	Quinto Fulvio Flacco	87
179	Aulio Terencio Varrón	
176	Graco	86
175	Publio Furcio Filón	85
170	Appio Claudio Centón	84
169	Marco Claudio Marcelo	83
166	Lucio Canuleyo	82
154	Quinto Fulvio Nobilior	81
152	Marco Claudio Marcelo	80
148	Quinto Fulvio	79
	{ Publio Escipion Emiliano, general.	
147	{ Licinio Lúculo (para la citerior).	78
	{ Sergio Galba (para la ulterior).	
	{ Marco Vetilio, pretor.	77
	{ Cayo Plaucio.	
146	Nagidio	76
	Unimano	
145	Cayo Lelio	75
	Quinto Fabio Máximo Emiliano	
144	Servilio Sulpicio Galba	74
143	Lucio Cornelio Cota	73
141	Serviliano	72
140	Quinto Servilio Cepión	71
	{ Quinto Pompeyo Rufo.	
139	{ Marco Popilio Lenas.	70
	{ Decio Bruto.	
138	{ Cayo Hostilio Mancino.	69
	{ Marco Lépido.	
136	{ Publio Furio Filón.	68
	{ Calpurnio Pison.	
135	{ Escipion el africano.	67
	{ Se proroga á Escipion el tiempo de su go-	
133	{ bierno, siendo cónsules en Roma Publio	66
	{ Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pison.	
	{ Quinto Cecilio Metelo.	
132	{ Cayo Mario.	65
	{ Calpurnio Pison.	
131	{ Sulpicio Galba.	64
	{ Lucio Cornelio Dolabella.	
129	{ Tito Didio.	63
128		62

Años antes de J. C. NOMBRES. NOMBRES.

88	Cayo Annio.	182
87	{ Lucio Domicio.	183
	{ Didio.	179
85	Marco Perpenna.	178
79	Cneo Pompeyo.	173
69	{ Cayo Julio César.	170
	{ Antistio.	189
68	Cneo Calpurnio Pison.	168
59	Craso.	154
57	{ Afranio.	152
	{ Marco Varron.	148
	{ Petreyo.	147
55	Cayo Fabio.	145
52	{ Casio Longino.	143
	{ Marco Lépidio.	142

Volvió despues á España Julio César, en donde permaneció hasta que, derrotados los pompeyanos, muerto Cneo y prófugo Sexto, volvió á Roma, despues de nombrar cónsules de la península ibérica á M. Lépidio y Asinio Polion, obtuvo el gran triunfo é inmensos honores que en su lugar hemos referido, y pereció víctima de la conjuracion de Bruto, Casio, Casca y otros republicanos.

EPOCA CUARTA.

ESPAÑA ROMANA BAJO LOS EMPERADORES.

Pocos hechos notables podemos presentar en esta cuarta época, decididos como estamos á no entretener al lector con narraciones de escasa importancia, puesto que solo le interesan los verídicos hechos presentados con exacta cronología, para poder conocer á fondo la historia patria.

Hemos comenzado esta cuarta época inmediata á la muerte del gran Julio César, porque, más que el acuerdo del Senado de Roma, sus altos hechos y su manera de proceder le hicieron ser el primero de los emperadores romanos; y despues de su alevosa muerte obtuvo el mando su heredero y sobrino Octavio, á quien más adelante concedieron el título de Augusto. Cierta es que dividió el imperio con Marco Antonio; empero como reservó para sí la hermosa España, de él exclusivamente debemos ocuparnos en lo poco que, concerniente á la península ibérica, puede decirse que merezca ser consignado.

Por aquellos tiempos, aprovechando la oportunidad, Sexto Pompeyo que hasta entonces habia estado oculto, salió del territorio de los lacetanos, hoy comarca de Jaca, seguido de sus partidarios. Tan pronto como se presentó en campaña publicó una recluta general, y tantos españoles se apresuraron á alistarse en sus filas, que muy en breve juntó un ejército tan fuerte, que habiendo venido á las manos con el de Polion, este quedó derrotado y Sexto se hizo

dueño de una gran parte de España, pudiendo recorrer sin oposicion y sin obstáculo desde la Lacetania hasta la Bética. El ilustre proscrito impuso gran terror á la soberbia república; y puede juzgarse del efecto que produciría en el Senado la actitud y los triunfos del hijo de Pompeyo, diciendo que la altanera Roma, no contando ya con el robusto brazo y ánimo sin igual del glorioso César, llamó á Sexto á su seno, ofreciéndole el mando de todo el ejército romano, con la sola condicion de poner término á la lucha emprendida en España. Sexto, para quien el bien ó el mal de esta nacion nada significaban, viendo satisfechos su ambicion y su orgullo por entonces, se apresuró á aceptar la oferta del Senado: licenció su ejército, abandonó á España, que por él neciamente habia sido tan pródiga de sus riquezas y generosa sangre, y se trasladó á Roma para tomar posesion del cargo que se le habia ofrecido.

No hace á nuestro propósito consignar los disturbios ocurridos entre Octavio y Marco Antonio, ni los que dieron márgen á la formacion de un nuevo triunvirato compuesto de ambos y de Lépido, así como tampoco hablaríamos de las proscripciones y asesinatos que tuvieron lugar en Italia, por no tener conexion con los asuntos puramente españoles, si entre las víctimas sacrificadas no se hubiera contado al eminente orador Marco Tulio Ciceron, asesinado por el tribuno de soldados M. Popilio, á quien habia librado de la muerte con su elocuencia, defendiéndole en causa que se le seguia por parricidio; es decir, que el infame fué dos veces parricida.

Todos estos desórdenes á que dieran márgen los asesinos del gran Julio César, tuvieron un término; y *Octavio Augusto César* se dedicó á proporcionar á la invicta España mil ventajas materiales, de que hasta entonces se habia visto privada. La mostró hasta qué punto confiaba en su fidelidad, formando para su propia guardia una legion de 3,000 españoles, todos naturales de Calagurris (Calahorra); trasformó por completo y en ventaja de España su organizacion política y civil, y la dió la apreciable unidad que hace fuertes y grandes á las naciones, porque de todas las provincias que hasta entonces habian estado separadas, regidas por sí mismas y sujetas al capricho de un gobernador más ó menos despótico, hizo una sola nacion. Cierto es que al formar de tantos diseminados trozos y sueltos miembros un solo cuerpo grande, fuerte y robusto, hizo á España tributaria de Roma; empero la dió la unidad que no tenia, y la preparó involuntariamente para ser tan grande y respetada como muchos siglos después llegó á ser.

Corria el año 58 antes de J. C., cuando ya toda España obedecia á unas mismas leyes; y en su trascurso se realizó el acto solemne é importante de la incorporacion de España á los dominios romanos. Otra novedad importante tambien ocurrió en aquel año,

relativa al cómputo de los tiempos, que sirvió de fundamento ó base á un sistema cronológico para ajustar los hechos históricos, que unos denominaron *Era de Augusto*, y otros *Era española*. La palabra *era*, segun eruditos autores, se aplicaba indistintamente á toda cuenta de tiempo, ó á la sucesion de estos, citando Mariana á un antiguo autor que en vez de *número* de dias, dice *eras* de dias. La de Augusto estuvo en uso durantè catorce siglos, hasta que el rey D. Juan I, en las Córtes celebradas en Segovia en el año 1383, mandó adoptar el uso de la *Era cristiana*, que comienza en el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, á la cual, llegado el caso, ajustaremos los hechos históricos, continuando en sentido inverso la cuenta de los treinta y ocho años que nos restan para llegar al gran acontecimiento del nacimiento del Salvador del mundo.

Satisfecha y alegre se mostraba la magnánima España al notar que era considerada, que no se la oprimia, y que florecía cobijada bajo las verdes ramas del benéfico y fecundo árbol de la paz. Quería Augusto, entretanto, aparentar que gobernaba unido al Senado romano. Para hacerlo creer así dividió el imperio, dejando al Senado la direccion administrativa de las provincias más pacíficas y menos belicosas, y reservando para sí las menos sumisas. Se creyó que esta determinacion de Augusto tenia por objeto el demostrar su consideracion y deferencia hácia el Senado, cuando en realidad solo se dirigia á asegurar su poder; porque estando situadas las mejores legiones en los puntos cuyos habitantes se mostraban menos adictos á Roma, claro es que Augusto era el dueño de las armas. De acuerdo con la expresada determinacion dividió á España en dos distritos, *senatorial é imperial*, asignando al Senado la Bética y reservando para sí lo restante de la península, cuyo importante resto dividió en dos provincias, llamada la una *Tarraconense*, y *Lusitana* la otra, gobernadas por delegados suyos, que estaban investidos del doble carácter de jefes militares y civiles.

Casi toda España iba adoptando los usos y costumbres de los romanos; porque la ilustracion se aumentaba, y los españoles no se veian esclavizados ni envilecidos: tal era la confianza que Augusto tenia de que su imperio era grato á aquellos, que no destinó á la península más que tres legiones, de las veinticinco de que podia disponer.

Nada hacia prever que pudiese encenderse de nuevo la guerra, cuando hasta el idioma romano se habia generalizado en España; empero existian aun comarcas enteras que á través de tantos años, y á pesar de tantos pretores y procónsules, habian conservado su amada independencia, y ni habian recibido ni querian recibir leyes de Roma, ni sufrir el yugo extranjero. Los cántabros fueron los primeros que recibieron con grande pesadumbre la noticia de los

progresos que en España hacia la dominacion romana. Gente de carácter feroz; sin ningun género de cultura; robusta y fuerte por naturaleza; sufridora de trabajos por la esterilidad de sus campos, y sóbria por la carencia de recursos, estaba siempre más inclinada que á la paz á la guerra, para la cual por extremo la favorecia. la fragosidad y naturaleza de los agrestes sitios en que moraba. Para los cántabros el destructor tiempo no se habia movido; libres estaban entonces como seiscientos años antes; ni conocian el lujo, ni otras necesidades que las más indispensables; y ni aun habia llegado á ellos el uso del dinero.

Conocidos estos antecedentes, fácil es comprender cuán indomables serian aquellos hombres, que durante tantos siglos habian permanecido tan ajenos á la dominacion de los cartagineses como á la de los romanos. Viendo los cántabros que estos se habian posesionado de casi toda España, temieron por su amada independencia; y antes de apelar á las armas, quisieron ponerse de acuerdo con los asturianos y gallegos, en quienes concurrían casi todas las mismas circunstancias que en ellos.

Dada la señal y comenzada la guerra, cundió rapidamente por los austrigones y turmodigos, desde Vizcaya por Burgos hasta el reino de Leon, imponiendo temor á la prepotente Roma, que tan bien conocia á los valientes españoles. Baste decir que el emperador Augusto, desentendiéndose de la Esclavonia y de la Hungría, cuya tranquilidad estaba alterada, vino en persona á España, despues de haber mandado abrir por cuarta vez las puertas del templo de Jano. Esta era la señal de guerra, así como la clausura de las temibles puertas era el signo de paz; y para juzgar con acierto de la importancia que en Roma se dió á la nueva guerra de España, bastará decir que la primera vez que se mandaron cerrar las puertas del expresado templo fué en tiempo de Numa; la segunda á la terminacion de la guerra púnica ó cartaginesa, y la tercera cuando el mismo Octavio Augusto derrotó á Marco Antonio. Jamás se abrian las puertas del fatídico templo cuando la guerra presentaba escasa importancia.

Corria el año 26 antes de J. C., cuando llegó el emperador á España, seguido de un formidable y escogido ejército dividido en dos cuerpos, de los cuales destinó uno para operar contra los astures, bajo las órdenes del pretor Carisio, y él con el otro se dirigió contra los cántabros. El ilustrado Sr. Costanzo fija en el año 25 la venida de Augusto, y nos inclinamos á creer que fundadamente: de un modo ó de otro, poco significa la diferencia, constando como consta que despues de subir Octavio Augusto al trono imperial, hubo un largo periodo de paz en España, que no bajó de trece ó catorce años; periodo que se supone tuvo lugar desde el año 38 al 26 ó

al 25, en el cual ningun hecho ocurrió digno de mencionarse, fuera de lo que hemos referido.

Llegado Augusto á las inmediaciones del teatro de la guerra, fijó su cuartel general y campamento en Segisamo (hoy Sasamon, entre Burgos y el Ebro). Dispuesto su plan de campaña, hizo infinitos esfuerzos para obligar á los enemigos á que aceptasen la batalla; empero inútilmente. Los valientes cántabros habian comprendido perfectamente la clase de guerra que les convenia, y tan pronto atacaban inopinadamente á los romanos acometiéndolos brusca y violentamente, como se recogian deshechos en mil pequeños grupos y algunas veces diseminados, y se encerraban en sus naturales fortificaciones: en sus inaccesibles breñas y encumbrados riscos. Tan pronto se presentaban pocos hombres, como el número se multiplicaba maravillosamente; y con la misma facilidad se disminuian, desapareciendo por completo. Aquella incomparable agilidad, aquel incesante movimiento, tenian en continua desesperacion á las valientes legiones de Octavio Augusto, las cuales, más tardas y pesadas en sus evoluciones, se cansaban de pelear con un enemigo que se les escapaba de entre las manos y desaparecia ante su propia vista.

El mismo emperador se disgustó de aquella guerra que parecia querer eclipsar tantas glorias en otros países adquiridas. Su disgusto le hizo caer en una terrible melancolía que le ocasionó una enfermedad, y esta le obligó á retirarse á Tarragona, despues de muchos meses de estéril y aun perjudicial campaña. Al abandonar el campo dejó el mando á cargo de Cayo Antistio, Publio Carisio y Cayo Firmio, en los territorios de Vizcaya, Asturias y Galicia. Algunos aseguran que dió el mando supremo á Marco Agrippa su favorito, á quien despues casó con su hija Julia; empero otros manifiestan que aquel no vino á España hasta muchos años despues. Sin embargo, segun algunas medallas á que se refiere el ilustrado Sr. Chao, Agrippa fué, en esta primera guerra cantábrica, general de la armada ó ejército de mar.

Hasta entonces habian sido inútiles todos los esfuerzos hechos para vencer á los rudos y enérgicos montañeses, aunque habian operado en combinacion ambos ejércitos de tierra y de mar; empero Cayo Antistio tuvo mejor fortuna ó más cálculo. En cierta ocasion en que sus enemigos bajaron á las llanuras en busca de víveres, fingió una retirada que aquellos tomaron por cierta, y continuaron avanzando; Antistio siguió aparentando que huia, hasta que vió á los cántabros colocados en el terreno conveniente. Entonces revolvió de pronto contra ellos y les obligó, á su pesar, á aceptar una verdadera batalla, en la que fueron derrotados; porque no podian ni debian salir de su primitivo sistema de guerra. Este desas-

tre, de muy mal augurio para lo porvenir, tuvo lugar cerca de Vellica é inmediato á las fuentes del Ebro.

El primer intento de los fugitivos fué el de tomar posicion en el monte Vindio; empero los romanos habian apostado una legion en Aracillum (hoy Aradillos, cerca de Reinosa), y tuvieron que dirigirse al monte Medulio, en el cual tomaron posicion velozmente, y del que con dificultad los hubiera expulsado todo el poder de los imperiales. Antistio, que no podia desconocer esto mismo, circunvaló el monte; abrió en su rédedor un ancho y profundo foso, describiendo un círculo de quince millas, y de trecho en trecho colocó torres fortificadas á la usanza de aquel tiempo. Parecia que se trataba de sitiar una fuerte ciudad, y todo hacia prever que los denodados españoles se preparaban á emular la gloria de los numantinos y saguntinos, y que el monte Medulio iba á legar á la historia su célebre nombre, tan lleno de gloria como los de Astapa y Calahorra.

La terrible resolucion no se hizo esperar. Viéndose los cercados destituidos de toda esperanza de socorro y sin ningun género de alimento, se batieron los unos contra los otros por no caer en manos de los soldados de Roma, y otros se envenenaron con cierto género de ponzoña que para tales casos extremos llevaban siempre prevenida, y que segun Mariana la extraian del árbol llamado tejo. Se dice que los romanos, admirados de este nuevo y terrible ejemplo que daban los independientes españoles, empero sentidos del desprecio á las armas imperiales y de que escapase de sus manos la venganza de tantos meses de parciales derrotas y de desprecio como habian sufrido, subieron al monte cuando por estar casi todos ya muertos, ningun peligro presentaba la subida; y cogiendo á los pocos que aun no se habian suicidado, los crucificaron, sufriendo el horrible suplicio, no solamente con serenidad, si que tambien permanecieron en la cruz cantando himnos guerreros é insultando á los romanos, hasta lanzar el postrer suspiro.

Publio Carisio en tanto peleaba contra los astures, y logró alcanzar á un cuerpo de españoles que se dirigia por Galicia á Lusitania. No volvieron la espalda los denodados montañeses; antes bien sostuvieron un terrible combate tan heróicamente, que el altivo general de Augusto los llamó valientes, y al mostrarse admirado de su arrojo confesó que no eran inferiores á los soldados de Roma. Estos, cuya fuerza numérica era infinitamente mayor, lograron la victoria; y los astures se encerraron en Laucia, ciudad situada á nueve millas de Leon, á la cual puso sitio el mismo Augusto en persona.

La ciudad fué tenaz y bizarramente defendida; empero tuvo que sucumbir al fin, porque sus medios materiales de resistencia no

igualaban al denuedo y gran corazón de los sitiados, de los cuales los más notables por su valor fueron vendidos como esclavos.

Pacificadas por entonces las comarcas que habían sido teatro de la guerra, Augusto las recorrió detenidamente, y dispuso, para asegurar la paz, que los habitantes de las montañas bajasen á residir en las llanuras, á fin de quitarles sus inexpugnables y naturales fortificaciones. Hizo donacion de varios terrenos á los soldados romanos que habían terminado el tiempo de su empeño, y de ellos hizo tambien los primeros pobladores de nuevas colonias. De este modo se fundó *Emérila Augusta* (hoy Mérida, en Extremadura).

Tambien otras ciudades tomaron el nombre de Augustas, para eternizar el del emperador. La antigua Salduba trocó este nombre por el de *Cæsar-Augusta* (hoy Zaragoza), y con otras ciudades se tomó igual determinacion, como con *Braccara Augusta* (hoy Braga, en Portugal), y con *Pax-Augusta* (hoy Badajoz).

Por aquel tiempo se fundó tambien la ciudad de *Legio Séptima Gemina*, nombre de las legiones que permanecieron vigilando para asegurar la tranquilidad de Asturias, y que despues cambió el nombre de *Legio* en el de Leon que hasta hoy conserva: y puede asegurarse que durante el imperio de Augusto se construyeron notables monumentos, que fueron otras tantas pruebas de su deseo de engrandecer á España. El hizo edificar las *Turris Augusti*, que en forma de pirámide se elevaban en las orillas del rio Ulla; mandó construir un hermoso puente sobre el Ebro; durante su dominacion se fabricó el magnifico templo de *Janus Augustus* en la ciudad de Écija, y otros monumentos por más de un estilo notables.

Terminada la guerra cantábrica y tomadas las disposiciones antes referidas, volvió Augusto á Roma y mandó cerrar por cuarta vez las puertas del templo de Jano que al comenzarse aquella hizo abrir, dando á dicha guerra por este solo hecho toda cuanta importancia era posible darla. Al abandonar la península dejó encargado el mando del ejército de la España Tarraconense á Lucio Emilio, y dió el gobierno civil de la misma y de la Lusitania á Publio Carisio, en calidad de *legado augustal*.

Poco previsor anduvo al disponer tan pronto la clausura del famoso templo; acaso no habia comprendido bien el carácter de los enemigos que acababa de vencer, más que por otra razon por haberse hallado aislados en la lucha, y por haber tenido que hacer frente á todo el poder romano. No fué más pronto el encontrar la ocasion de encender la guerra, que el aprovecharla los cántabros y astures: en el momento que les fué posible se lanzaron de nuevo á la pelea, convencidos de que el triunfo era difícil, y la muerte segura en caso de vencimiento; empero todo lo preferian á la igno-



minia de arrastrar el yugo, y no podían olvidar que sus compatriotas habían sido vendidos como esclavos.

Lucio Emilio y Publio Carisio acudieron velozmente á sofocar la sublevación, y no anduvieron escasos en la repugnante crueldad. Talaron, quemaron, saquearon, cortaron las manos á los que pudieron hacer prisioneros, y sin embargo, no dejarían extinguido el fuego; cuando el sucesor de Emilio, llamado Cayo Furio, tuvo que pelear con los tenaces y denodados montañeses. Por cierto que todo cuanto se diga en alabanza de tan valientes varones, jamás será bastante para encomiar dignamente su bravura. Sabían muy bien que Roma, libre entonces de toda guerra, podía desplomar sobre ellos todo el imponente y abrumador poder de sus armas; y no obstante, se lanzaban á luchar denodadamente por su independencia, prefiriendo á la esclavitud la muerte. Tan indomables eran, que habiendo Cayo Furio reducido á la miserable condición de esclavos á todos los prisioneros astures y cántabros, puestos todos ellos de acuerdo asesinaron á sus respectivos señores, y escapándose á los montes dieron el grito de guerra, y el país nuevamente se conmovió en masa. Sea eterna su gloria, como fué inimitable su inmutable heroica firmeza, que á ser secundada por otras provincias, el poder de la altiva y prepotente Roma se hubiera estrellado en los aceros de los héroes de Cantabria y de Asturias.

Así lo temió Augusto, y no lo temió menos el Senado. Repugnaba á aquel el atroz pensamiento de extinguir aquella raza de hombres de tanto corazón, y tan identificados, por decirlo así, con su propia independencia; empero necesitaba asegurar su poder con la pacificación de la península, y comprendía que solo exterminando aquella raza para la cual la vida nada valía, podía destruir aquel casi indestructible elemento de perpétua rebelión. Entonces mandó venir á España á Marco Agrippa, ya casado con su hija Julia, el cual creyó fácil empresa la que le había sido encomendada, porque había sojuzgado á los germanos; y aunque estos eran muy valientes, del valor español no hay muchos ejemplos.

El comienzo de la nueva campaña fué terrible para las armas romanas: sus legiones fueron puestas casi en fuga, desordenadas; y el orgulloso Agrippa tuvo necesidad de replegarse y aplazar la guerra, para reanimar á los asombrados legionarios con sus palabras, castigando también á algunos á fin de restablecer la relajada disciplina. Entonces fué cuando disolvió la legión llamada *Augusta*, declarándola indigna de ostentar tal nombre; porque esta legión, honrada con uno de los que llevaba el emperador, se mostró en el combate tan temerosa que rayó en cobarde, y los vencedores de los valientes germanos huyeron despavoridos ante los heroicos cántabros.

Llegó el momento en que Agrippa tuvo á sus tropas dispuestas



para renovar la campaña, y aguardó la ocasion más propicia; cuando los bizarros montañeses, que no esperaban comenzase aun de nuevo la guerra, estaban diseminados por las llanuras, los obligó á empeñarse en una batalla general, y fueron vencidos.

Agrippa hubiera excedido en crueldad, si posible fuera, á todos sus predecesores. Taló, quemó, saqueó, asesinó á cuantos pudo haber á las manos, haciendo que los ancianos, las mujeres y los niños descendiesen de las montañas para morar en los llanos; y ocupó todo el país militarmente. Fué extraordinaria la admiracion del general romano, al ver que no todos, sino pocos, obedecieron la órden de mudar su domicilio. A su vista se asesinaron unos á otros, incluso no pocas mujeres, por no presenciar el triunfo de Roma y por no doblegar la cerviz bajo el yugo extranjero.

Hemos llegado al año 19 antes de J. C., en el cual terminó la famosa guerra cantábrica, último destello de la independencía española; guerra que hubiera asegurado aquella misma independencía, á no haber estado circunscrita á una pequeña parte de la península ibérica. Aun así, para destruir aquel perenne foco de digno amor patrio y de noble rebelion, fué menester que Agrippa, aprovechando, ó mejor dicho, acechando la ocasion, sorprendiese y asesinasen á los cántabros, sin dejar con vida á un solo hombre capaz de sostener el peso de las armas y las fatigas de la guerra; solo dejó con vida las mujeres, los ancianos y los niños. En este mismo año murió en Brindes el célebre poeta Virgilio.

Quedó por fin en paz España, despues de haber hecho ver al mundo que ninguna nacion habia defendido con más enérgico teson y denodado arrojo su independencía. No venció, porque no estuvo unida; porque siempre una gran parte de ella favoreció y auxilió, ya á unos, ya á otros de sus conquistadores; empero aun así, fueron necesarios *doscientos* años para sujetarla; derrotó los más floridos ejércitos de Roma, acostumbrados á vencer fácilmente en cuantos países ocuparan; hizo que viniesen á procurar sujetarla los más grandes generales que produjera Roma, los cuatro Escipiones, y César, y Pompeyo, y Augusto, y todo el poder romano, que sin embargo tuvo que emplear dos siglos para lograr que nuestra bella y codiciada península quedase reducida á provincia romana. Esto dice lo que fué siempre España, así como recientes ejemplos predicen lo que siempre será.

La guerra cantábrica fué uno de los pocos hechos notables que ocurrieran durante la dominacion del imperio romano. Terminada aquella, siguió un larguísimo periodo de paz, que denominaron *pax octaviana*, la cual, llamada así proverbialmente, ha llegado hasta nuestros dias para vulgarmente aplicarla ó compararla con otras épocas sucesivas y análogas.



Por aquel tiempo el sistema de gobierno que en Roma regía era, más que otra cosa, y según muy entendidos autores, una monarquía con formas republicanas. Augusto gobernaba como señor absoluto; empero conservaba las antiguas formas y los nombres que eran apreciados por el pueblo, demostrando el mayor respeto á los antiguos poderes aun existentes, los cuales se sometieron de hecho á la omnipotente autoridad de Augusto. Este llegó á ser el primer emperador romano, así como su tío, el gran Julio César, lo fué también de hecho, sin otra diferencia que la de llamarse dictador.

Mucha parte de España amaba á Augusto, y casi toda llegó á apreciarle; porque fué el azote de los pretores romanos, á los cuales no perdonaba cuando recibía quejas contra ellos; declaró exentas de tributos á varias ciudades; fundó diversas colonias; hizo abrir calzadas y caminos; estableció escuelas, y dió parte á los españoles en los públicos destinos, habilitándolos para llegar, como muchos llegaron, hasta las más altas dignidades.

Los españoles, hasta entonces tan maltratados y envilecidos, creyeron ver en Augusto un semi-dios, y llevaron su cariño hasta el frenesí, erigiéndole templos y deificándole, porque aun la España estaba sumida en las tinieblas del paganismo, lo mismo que sus dominadores. Los sevillanos, entusiastas hasta el exceso, á fuer de verdaderos meridionales, elevaron un templo á la emperatriz Libia, denominándola *madre de todos los pueblos (generatrix orbis)*; y no es extraño que tan alto rayase el entusiasmo, cuando á la sombra de la paz, siempre benéfica y envidiable, el comercio, la industria, las artes, la agricultura, todo, en fin, florecía, y era la península un inagotable manantial de inmensas riquezas; porque España, cuya rica tierra fue *ab initio* y *ab æterno* bendecida por Dios, apenas tiempo necesita para reponerse después de los mayores desastres, en términos que las mismas personas que los presencian llegan á dudar después que hayan sucedido, puesto que ni rastro ni huella dejan. En el año 8 (antes de J. C.) falleció Horacio, primer poeta lírico de Roma; y en el 2, el Senado y pueblo romano concedieron á Augusto el título de *Padre de la patria*.

Después de diez y nueve años de envidiable paz, de surtir la España á la soberbia Roma del sobrante de sus ricas producciones y de sus manufacturas, viéndose el emperador casi señor del universo entero, trató de saber el inmenso número de personas que estaban sometidas á su imperio y regidas por su imperial cetro. Para realizar su pensamiento dispuso se verificase un empadronamiento general en todos los dominios de su vasto imperio, á los cuales pertenecía la Palestina, provincia entonces tributaria de Roma.

Practicándose estaba el precitado empadronamiento, cuando un

humilde artesano de Galilea, descendiente empero de soberanos y del mismo rey-profeta David, varon santo, y pronto siempre á obedecer á la autoridad legitima, acudió acompañado de su esposa, santa tambien más que otro santo alguno, á cumplir con el precepto imperial. Entonces fué cuando, careciendo de medios para pasar la noche al abrigo de la cruel intemperie, la santa Virgen María y su esposo San José se guarecieron en un semi-derruido establo situado en los términos ó distrito de Bethlem, en cuyo punto debian inscribir su nombre; y entonces fué tambien cuando vino al mundo el Mesias verdadero, el Hijo de Dios, JESUCRISTO, Redentor del linaje humano. Este sin igual acontecimiento tuvo lugar al terminar el dia 24 y comenzar el 25 de Diciembre del año 3983 de la creacion del mundo, 752 de la fundacion de Roma, 42 del imperio de Augusto, y 58 de la era española ó vulgar. Durante el largo y feliz periodo de tiempo en que se disfrutaba de la proverbial paz octaviana, se cumplieron las sagradas profecias tantos siglos antes anunciadas: cuando imperaba Octavio Augusto César, vino al mundo el Dios de paz, el que, regenerando la especie humana, habia de difundir la salvadora religion, la civilizadora sagrada ley cuyo principal fundamento consiste en no querer para otro lo que para si propio no se quiere.

Siglo I.

Continuaba entretanto España gozando de la más envidiable tranquilidad; y sin embargo de que el Dios-Hombre avanzaba en edad y se aproximaba más cada día al en que debía consumir la grande é incomprendible obra de la redencion del humano linaje, Augusto, muy distante de comprender que existia ya sobre la tierra aquel que como principio y fin de todas las cosas habia de fijar con su venida al mundo el cómputo de los tiempos, no contento con dejar un recuerdo más de su imperio al haber establecido la era que llevó su nombre, quiso inmortalizar este mudando el del sexto mes del año, llamado por esta razon *Scxtilis*, en el de *Augustus*, cuyo mes quedó despues ocupando el octavo lugar y hoy se llama *Agosto*. En esto no hizo más que imitar á su tío Julio César, el cual al quinto mes del año, que hoy es sétimo, hizo cambiar el nombre de *Quintilis* en el de *Julius*, hoy Julio.

En el año 5 se sintió un horrible terremoto en Roma: el Tiber se desbordó, ocasionando una arrolladora inundacion. En el mismo año se eclipsó el sol, y á consecuencia del general trastorno que sufrió la naturaleza, atribuyeron una horrorosa escasez que produjo un hambre asoladora.

Quando el imperio de Augusto casi tocaba á su término se alteró la paz, pero no en España, sino en otros de los dominios romanos; cosa nada extraña siendo estos tan extensos.

Poco despues murió el emperador (año 14), estando en Nápoles, en la ciudad de Nola; y á pesar de su muerte continuó disfrutando la península ibérica de las delicias de la paz. Tenia Augusto 73 años de edad, y llevaba 56 de regir el imperio romano, cuando descendió al sepulcro: las exequias celebradas en honor suyo fueron magnificas, y el Senado colocó al difunto emperador en el número de sus dioses, estableciéndose desde entonces la apoteosis de los emperadores. Notable ceguedad la de los hombres que, no pudiendo deificarse á sí mismo cada uno, se creian facultados para deificar á otro.

Augusto dejó por sucesor á Tiberio, uno de los infinitos monstruos que abortara el infierno, y que fueron baldon del género humano. Al saber su exaltacion al trono imperial, aparentó rehusar este honor, por no creerse suficiente á llenar tan grave compromiso. Con esta falsa modestia engañó á los más perspicaces, y ocupó al fin el solio, con general alegría de la nobleza y pueblo romano; alegría que muy pronto hizo cambiar en amargos gemidos y tristes sollozos.

No es posible leer sin horrorizarse el largo catálogo de los inauditos crímenes cometidos por Tiberio. Los autores que, refiriéndose á Suetonio y Tácito, de su relacion se ocupan, llenan con esta muchas páginas. Bástenos decir que no perdonó á Livia su madre, que fué en realidad la que le dió el trono, ni á su misma esposa Julia, hija del gran Octavio Augusto, á la que hizo morir de hambre.

Tambien España se resintió de la dominacion de tan infame emperador, porque sus delegados eran dignos representantes suyos. Los prefectos que por entonces gobernaban en la península ibérica llamábanse Vivio Sereno, que gobernaba en la Bética, y Lucio Pison en la Tarraconense.

Los españoles procedieron de más digna manera que los romanos, los cuales sufrían pacientemente la hasta entonces inusitada tiranía del feroz Tiberio: subleváronse los primeros, pronunciándose abiertamente contra el despotismo y las depredaciones de los pretores, sin que se pudiese recabar de ellos que dejasen las armas, hasta que vino de Roma la separacion de Vivio Sereno, y la seguridad de que se haría cumplida justicia á los bravos españoles.

A pesar del despotismo de que hacia uso Tiberio, y de haber antes mandado Augusto como señor absoluto, continuaba el Senado aparentando que conservaba alguna parte de su antiguo poder; y como la Bética pertenecia al Senado, este, oidas las acusaciones que los españoles lanzaran contra Vivio, le desterró á una de las islas del mar Egeo. Empero no sucedió lo mismo con Lucio Pison: aunque no era menos déspota ni su rapacidad era menos excesiva, para desgracia de los españoles, la Tarraconense era provincia im-

perial, y Tiberio no quiso castigar á Lucio Pison, el cual no hacia otra cosa que emular al tirano en sus vandálicos y sanguinarios actos; empero un español, labrador, viendo con notable enojo que Pison, alentado con la impunidad, redoblabá sus demasias, tomó por su cuenta el hacer cumplida justicia á las víctimas de aquel, y buscando la ocasion le dió de puñaladas. Sufrió el intrépido labrador los más crueles tormentos sin manifestar si tenia ó no cómplices: á las reiteradas preguntas que se le hacian cuando se le aplicaba la insufrible tortura, solo contestaba: *no he tenido más cómplice que la abominable conducta de Pison*; y visto que no era posible obtener otra respuesta, fué condenado á muerte; empero él no quiso sufrirla de manos del verdugo. Al conducirlo al suplicio, con su notable fuerza corporal, que estaba en proporcion, sin duda, con la de su enérgica alma, logró desasirse de los verdugos que le conducian, y por no recibir la muerte de las impuras manos de los sayones del feroz Tiberio, él mismo se deslizo la cabeza contra un poste ó meta de piedra. (año 26). Uno antes (25) fué Ponceio Pilato nombrado pretor de la Judea.

Los españoles pagaron la merecida muerte de Pison sufriendo todo el peso del infundado é injusto enojo de Tiberio; mas no debemos ocuparnos de la interminable série de sus repugnantes crímenes, sino dar una idea del carácter de cada uno de los dominadores de España. El sucesor de Augusto, de quien ya hemos referido lo que fué para con su madre y esposa, se enamoró, si así puede decirse por no usar de otra palabra menos digna de la historia y de sus lectores, de la hija de un opulento español llamado Sexto Mario, que tenia su residencia en Roma; y más que de la jóven se habia prendado de las grandes riquezas del padre. El amor del oro, más desenfrenado que otro alguno y más fuerte en el mezquino y duro corazon del avaro, hizo olvidar todo otro afecto; y desentendiéndose del primero, dispuso que acusasen á Sexto del repugnante delito de incesto con su hija. Probado el crimen por medio de los falsos testigos que comprara el vil emperador, Sexto y su hija fueron condenados á muerte y despoñados de la roca Tarpeya: la confiscacion de los bienes del supuesto criminal se decretó, como era consiguiente, y Tiberio se hizo dueño de todos aquellos, que fué el objeto que se propuso al preparar la infame calumnia.

Llegado el año 31, y aproximándose el dia de la redencion del humano linaje, Jesucristo eligió sus apóstoles, concediendo el primer puesto á Cefas de Betsaide (San Pedro); y para que nada faltase al reinado del feroz Tiberio, el Dios-Hombre que habia venido al mundo á redimir á los mortales, y á predicar una religion de paz, de mansedumbre y de justicia; Jesucristo, el hijo de la santísima MARIA, cuya corta vida mortal solo se ocupó de predicar la paz,

de sanar enfermos incurables y de dispensar todo género de bienes, sufrió el afrentoso suplicio de cruz, entonces destinado á los más infames malhechores. Poncio Pilato, pretor de la Judea en representacion del emperador Tiberio, fué quien consintió que se consumase el mayor de los crímenes, la ingratitud más inaudita que puede y podrá registrarse en ambas historias, sagrada y profana, desde la ereacion del mundo hasta la consumacion de los siglos.

La naturaleza conmovida y el mundo estremecido como si ambos polos fueran á quebrantarse, demostraron de horrorosa manera que, más sensibles que los humanos seres, tomaban una grande y directa parte en el inexplicable sentimiento que la terrible catástrofe merecía, protestando enérgicamente contra los perpetradores del incalificable crimen, y contra los que impasibles contemplaban su inicua ejecucion. Tal fué aquel verdadero cataclismo, que obligó á que el gran San Dionisio Areopagita, entonces gentil, residente en Atenas y uno de los individuos de su Areópago, exclamase al sentir el violento desórden de la naturaleza toda, aunque tan distante se hallaba de Jerusalem: «Ó la naturaleza perece, ó el autor de la naturaleza padece.» La terrible catástrofe tuvo lugar á las tres de la tarde del viernes 25 de Marzo del año 55 de J. C., ó de la era cristiana que hoy rige.

En el año 56 fundó San Pedro la Iglesia de Antioquia, y desde esta época se denominaron cristianos los discípulos de Cristo. El día 16 de Marzo del 57 falleció en la isla de Cáprea, para dicha de España, el cruel y sanguinario Tiberio, siendo cónsules Cneo Acerronio Próculo, y Cayo Porcio Nigro. El vulgo, segun algunos sientan, le apellidó *Callipedes*, nombre de cierto animal que siendo sumamente vivo en sus movimientos, apenas avanza un pié; porque de continuo mandaba hacer los preparativos para marchar á visitar las provincias romanas, y jamás salió de Roma.

Sucedió á Tiberio en el trono Cayo, llamado además Caligula, porque siempre usaba cierto calzado militar llamado *caliga*. Debía creerse que despues de muerto el cruel Tiberio, cualquier emperador habia de parecer humano; empero á su sucesor oyeron decir una vez: *¡Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para derribarla de un solo tajo!* Estas palabras dan una clara muestra del ánimo feroz de Caligula, el cual más de una vez tuvo el placer de cerrar los públicos graneros, para ver cómo perecía de hambre el pueblo romano.

No sirvió de escarmiento á semejante monstruo la tentativa que para asesinarle hizo el español Emilio Régulo, el cual pagó con la vida la desgracia de no haber podido realizar su deseo de librar á la tierra del infame emperador, oprobio del género humano. Juzguese lo que debia esperarse de un hombre que, absolutamente in-

sensible á la pasión del amor en su parte más noble, decia á su querida: *Nunca me parece más bella tu cabeza, que al recordar cuán fácil es á mi poder hacerla caer á mis pies.* He aquí por qué el asesinato frustrado cuando le intentara Régulo, se realizó no mucho despues (año 41). Casio Quéreas, tribuno de los pretorianos, libró al mundo de tan repugnante malvado, dejando libre el trono á su tío-el emperador Claudio, notable por su imbecilidad y por ser marido de la impúdica y disoluta Mesalina.

En el año 42, San Pedro, que se hallaba preso en Jerusalem, se vió milagrosamente libre de las cadenas que le oprimian, y trasladándose á Roma, estableció en esta ciudad la Iglesia católica, que quiere decir universal.

El estúpido Claudio nada hizo que merezca referirse, fuera del asesinato de su esposa, que ordenó en el año 49. Ejecutada la muerte de aquella, se casó con Agripina, madre del funestamente célebre Neron, nacido de aquella y de Cneo Domicio Enoarbo. Claudio al tomar nueva esposa no hizo más que cambiar una prostituta por una malvada, que prevaleándose de la facilidad con que podia acercarse á Claudio, le envenenó para hacer que ascendiese al trono imperial el cruel Neron, que habia de hacer olvidar á Tiberio y Caligula (año 54).

Cinco años gobernó Domicio Neron con bastante acierto y sin hacerse notar por su crueldad, la cual desplegó despues de la más horrorosa manera. Manifestó al subir al solio imperial que deseaba seguir las huellas del divino Augusto; y se mostró tan sensible, que al firmar la primera sentencia de muerte, exclamó conmovido: *Quisiera no saber escribir.*

Si era disimulo esta piedad, ó si su naturaleza hizo un cambio repentino pasando de uno á otro extremo (cosa que si bien puede mirarse como un fenómeno, no carece, empero, de ejemplar), no podemos decirlo; mas puede, sin embargo, decirse que el mismo Neron que pronunció tan sentidas y dignas palabras, el mismo emperador que al expedir el Senado un decreto mandando erigir en honor de aquel estatuas de oro y de plata, contestó: *que aguarden á que las merezca,* cambiando la piedad y la modestia en la mas inaudita crueldad y el más atroz desenfreno, hizo olvidar las atrocidades de sus predecesores, y dejó á los más crueles de los venideros sin esperanza de poder superarle en inaudita perversidad y repugnante sevicia.

En el año 59 hizo abrir el vientre á su madre; hizo asesinar á su tia, y á sus dos esposas Octavia y Popea. La misma suerte sufrió el célebre poeta Lucano, nacido en Córdoba en el año 59, á la edad de veintiseis; de la misma manera perecieron su preceptor del arte militar Afranio Burrho, jefe del pretorio, y su maestro de elocuen-

cia el español Séneca, nacido el año 13 en Córdoba tambien, como Lucano, de quien era tio.

— Interminable seria la relacion de los inusitados crímenes que Neron ejecutara, y que coronó con el incendio de Roma en el año 64. Desarrollado con su destructor poder el devastador elemento por orden del emperador, este subió á la cima de la roca Tarpeya, para recrear su vista con tan terrible espectáculo, cantando al son de la cítara, ó de la lira, la destruccion de Troya la famosa.

Las sospechas del pueblo, que investigaba y quería conocer el autor de tan memorable catástrofe, recayeron en Neron; empero él, con tanta destreza como artificio, hizo que los cristianos apareciesen como instigadores y perpetradores del incalificable crimen; y comenzó la primera persecucion de aquellos. Llevó el infame emperador á tal extremo su bárbara crueldad, que para disminuir las nocturnas tinieblas, *mandó que sirviesen de antorchas los cristianos*; y en efecto, sus incendiados cuerpos alumbraban de noche los restos que perdonara el fuego de la magnífica Roma.

Tantos y tan multiplicados crímenes hicieron que se pensase en librar á la tierra de tan abominable monstruo. Por aquel tiempo estaba en España Servio Sulpicio Galba desempeñando el cargo de pretor de la provincia Tarraconense. Era Galba muy apreciado de los españoles, porque mandaba con imparcial severidad, castigando sin consideracion á los criminales, y protegiendo á los honrados. Su edad, que pasaba de los sesenta años, no era la más á propósito para acoger ninguna idea ambiciosa; empero sin que él pensase, ni aun remotamente, en reemplazar al funesto Neron, Julio Vindex, propretor de la Galia, se lo propuso; Othon, gobernador de la Lusitania, secundó á Vindex; el pueblo y el ejército aclamaron á Galba, y sin embargo, este no se hubiera decidido á aceptar sin haber sabido la muerte de Neron; hallándose el citado pretor en Clunia (Coruña).

Aquel tirano, despues de haber hecho martirizar á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo (año 66), viendo que el pueblo estaba amotinado, cansado de sufrir su horrible dominacion, y que le perseguian los soldados de la guardia pretoriana, huyó de Roma, y encerrándose en una de sus casas de recreo, se dió á si mismo la muerte, segun algunos; otros, y no sin fundamento, aseguran que mandó á uno de sus esclavos le diese de puñaladas (año 67).

Como se habia preciado de artista, hasta el punto de tomar parte en los espectáculos públicos, al morir exclamó: *¡Qué gran artista pierde el mundo!* Y dijo verdad sin duda alguna; porque en el arte de la maldad y en el de la crueldad más inusitada, fué consumado maestro.

La muerte de Neron decidió al irresoluto Galba, que llegó á Ro-

ma y tomó posesion del imperio, cuando ya corria el año 68. El emperador romano en nada se pareció al antiguo pretor de la España Tarraconense, aunque ambos eran una misma persona: después de ascender al solio imperial se hizo tan cruel, que si lo pareció menos no fué por otra causa que por haber sucedido al cruelísimo Neron; empero lo fué Galba hasta con los que le elevaron á la dignidad imperial. Uno de ellos (Othon, gobernador de la Lusitania), que le facilitó sus tropas y le dió toda su plata labrada para que acunándola pudiese facilitarse el camino del trono, sublevó contra Galba á los mismos que le proclamaran, y el nuevo emperador fué asesinado á los siete meses de haber subido al solio (año 68). En su tiempo floreció el retórico Fabio Quintiliano, español, natural de Calahorra.

En el momento fué proclamado Othon, primero por las legiones, y después por el Senado y por el pueblo. El nuevo emperador recordó, y fué raro por cierto, que en España habia comenzado su fortuna, y quiso en justa correspondencia engrandecerla. Para lograrlo agregó á la Bética las costas de África, bajo la denominacion de *España Tingitana*.

Por desgracia su imperio fué de efimera duracion. Los soldados, que en poco más de medio año habian nombrado dos emperadores, se acostumbraron sin duda á este difícil género de elecciones, y decidieron dar sucesor á Othon.

Las legiones de Germania nombraron á Vitelio; y al saberlo Othon, con impasible serenidad, colocandolos debajo de las almohadas de su lecho, se acostó tranquilamente diciendo: *Añadamos una noche más á nuestra vida*: al amanecer despertó, y en seguida se suicidó de un solo certero golpe. Cuando entraron en su aposento los conjurados, hacia algunas horas que ya no existia el emperador: reinó tres meses solamente.

No fatigaremos el ánimo y la imaginacion del lector con la serie de crímenes perpetrados en muy poco tiempo por Vitelio, sucesor de Othon. Se distinguió principalmente en la glotonería, apelando hasta á los más repugnantes medios para excitar su apetito, estragado y muerto á fuerza de sus reprobables excesos.

Era imposible que un emperador que no se ocupaba de otra cosa que de satisfacer su sensualidad, ni se ejercitaba más que en toda clase de deleites, permaneciese mucho tiempo sobre el trono imperial, que tan escandalosamente mancillaba. Las legiones de Oriente fueron las primeras que se pronunciaron contra Vitelio, proclamando al general Flavio Vespasiano; y tanto se propagó la sublevacion, que extendiéndose hasta la misma Roma, dentro de sus muros se derramó sangre; porque no faltaron algunos que, vivien-

do á costa de los excesos del emperador, lograron formar una parcialidad que le defendiese.

El emperador, degradado por efecto de sus repugnantes vicios, no supo mostrarse digno en tan suprema ocasion: se escondió en un sitio inmundo, acompañado de su cocinero y de un proveedor de pan, escolta la más propia que, según sus costumbres, pudo elegir. El pueblo y las legiones, destruida por completo la escasa parcialidad que defendiera al indigno emperador, buscaron á este, yendo hasta el mismo repugnante sitio en que se habia ocultado: de él le sacaron de la más ignominiosa manera; le hicieron recorrer toda la vía Sacra con las manos atadas á la espalda y con una soga al cuello; y la multitud que de todas partes en tropel acudia, le apostrofaba de la más terrible manera, arrojándole á la cara cuantos objetos encontraban al paso, por inmundos que fuesen; y cuando se cansaron de insultarle y vejarle, le quitaron la vida, pasearon su cabeza en triunfo por toda Roma, y arrojaron el cuerpo al rio Tiber (año 69). Reinó tambien poco más de tres meses.

Se comprende perfectamente que los procónsules ó los gobernadores que estaban en España no dejarían de oprimir y molestar á los habitantes de esta, cuando los emperadores eran tales como acabamos de describirlos. Sufriendo en silencio y conteniendo á duras penas la indignacion estaban, cuando se supo la grata novedad de la muerte de Vitelio; novedad tanto más plausible, cuanto que á tan fatal emperador sucedió el general Flavio Vespasiano, proclamado, como ya dijimos, por las legiones de Oriente.

No era posible que en otro hombre alguno concurriesen mejores y más nobles circunstancias que las reunidas en el nuevo emperador. Hablaba con sencilla manera y encantadora franqueza de su humilde nacimiento; la modestia y la más pura honradez presidían á todos sus actos y formaban la base de sus loables costumbres; justo y equitativo en sus fallos, examinaba prolijamente todos los asuntos sobre los que debia resolver, para no cometer la más leve injusticia; y tan humano era, que las pocas sentencias de muerte que su deber le obligaba á firmar le causaban tan profundo dolor que siempre derramaba abundantes y sentidas lágrimas.

No pudo olvidar el gran Vespasiano, como lo hicieron algunos de sus predecesores, que España se habia decidido por él, antes de que ascendiese al trono imperial. En muestra de su agradecimiento, concedió inmediatamente á los españoles los derechos latinos; y los españoles, que jamás supieron ser desconocidos á los favores que recibieran, determinaron dar el nombre de *Flavias* á varias ciudades de la península, del mismo modo que anteriormente habian adoptado el de *Julias* y el de *Augustas*, en memoria de Julio César y de Augusto.

Vespasiano hizo construir varios notables monumentos en la península ibérica; y aun hay algun autor que atribuye á aquél la construccion del famoso acueducto de Segovia, verdadera admiracion de propios y extraños, cuya realizacion corresponde, en sentir de la generalidad, á Trajano; aunque, segun un erudito y respetable autor moderno, sin fundamento seguro. No contento el emperador con demostrar su gratitud por los medios que hemos referido, hizo á España el mayor bien que esta pudiera apetecer: mandó á la península ibérica como cuestor á Plinio el mayor, seguro de que gobernaria de la manera que el benéfico Vespasiano deseaba.

En cuanto llegó Plinio á España, comenzó á desplegar tanto celo en favor de su soberano, como en ventaja del país cuyo gobierno le estaba encomendado. Inspeccionó muchas provincias, y se dedicó casi exclusivamente á estudiar cada país y cada clima, recopilando abundantes y luminosos datos para formar con acierto la historia natural de España. Admitió con benevolencia y buscó con empeño á todos los españoles notables en cualquier concepto; y despues de cultivar su amistad durante su permanencia en la península, la mantuvo por medio de una correspondencia epistolar luego que regresó á Roma.

Poco despues de haber ascendido al solio imperial Flávio Vespasiano, se realizó una de las más terribles profecías que contienen los libros sagrados. El hijo del emperador, Tito Vespasiano, hacia la guerra en Judea, y por su padre le habia sido encomendada la mision de sujetar aquella provincia. En el año 70 se cumplió la tremenda profecía: Tito entró por fuerza de armas en Jerusalem; destruyó el famoso templo en el cual desplegara el gran rey Salomon las riquezas de su opulento reino; pasó á cuchillo á millares de hebreos, y *no dejando piedra sobre piedra*, y poniendo en verdadera dispersion al pueblo judío, fué el brazo de Dios en la tierra para que tuviese cumplimiento el sagrado vaticinio. De tal modo pagó aquel pueblo feroz y desereido la ejecucion del crimen sin nombre y sin ejemplo; el incalificable delito de haber crucificado sobre el Gólgotha al Unigénito del Supremo Ser que dictara su divina ley sobre la cima del Sinai, al mismo Dios-Hombre que se trasfigurara en el Tabor. 1790 años han corrido hasta el dia, desde la destruccion de Jerusalem; y en el trascurso de casi 18 siglos, no han podido formar una nacion los infelices hebreos, á pesar de sus colosales esfuerzos; es más: todos los hombres, sea cualquiera el país de que procedan, merecen más ó menos consideracion de sus semejantes; empero los judios son despreciados en todas las naciones, como si llevasen aun sobre su frente el estigma sangriento que indeleblemente les marca y da á conocer como deidadas.

No es menos notable que Tito Vespasiano fué dulce en su carácter, piadoso y compasivo aun más que su padre; y sin embargo, dió cima á tan terrible empresa, en la que quedaron cautivos 97,000 judíos, y perecieron *millon y medio!* No puede argüirse que cambiaria repentinamente de carácter; porque despues de la muerte de su padre, fué más notable que este sobre el solio por su benignidad y dulzura: véase en Tito, al realizar la destruccion de los israelitas, de su ciudad principal y de su famoso templo, al brazo elegido por Dios para ejecutar el tremendo castigo y dar cumplimiento á la terrible profecía; cumplimiento que hizo derramar lágrimas al piadoso Tito, al ver los derruidos edificios; los montes de cadáveres; la destruccion, el terror por todas partes, la desolacion y el luto en cualquier punto á donde volviera la aterrada vista.

En aquella general dispersion de los hebreos, una gran parte de estos llegó hasta España, y se avocindaron, segun diversos autores, en Mérida, punto que les fué señalado por el gobierno hispano-romano para fijar su residencia.

La entrada de Tito en Roma fué magnífica, no solamente por la pompa triunfal y el régio fausto, si que tambien por los recuerdos del memorable triunfo que precedian á la carroza del triunfador; entre otros se veían el magnífico y simbólico candelabro de oro, riquísimas vestiduras y suntuosas preseas.

El reinado de Flavio Vespasiano duró diez años, que empleó constantemente en beneficio de sus innumerables súbditos: falleció á los setenta de su edad y en el 79 de la era cristiana. Por su fallecimiento ascendió al trono de los Césares Tito Vespasiano, á quien denominaron los españoles primero, y despues todos sus vasallos, *las delicias del género humano*. Todas las virtudes se encontraban en tan digno emperador; ninguno se acercaba á él (y á todos recibía) que no viese su necesidad remediada y no experimentase la liberalidad de Tito; porque decia siempre: «No es razon que persona alguna salga descontenta de la presencia del príncipe;» y una noche que al acostarse recordó que durante aquel dia no habia dispensado ningun beneficio, cosa notable y sin ejemplo en su corto y glorioso reinado, dijo con dolorido acento á los que le rodeaban: «Amigos míos, hoy he perdido el día.»

El mismo año en que empuñó el cetro, ocurrió una horrible catástrofe (año 79). Una formidable erupcion del Vesubio sepultó á las bellas ciudades de Pompeya y Herculano. Esta calamidad horrorosa ocurrió cuando las matronas y damas pompeyanas se preparaban para asistir á un gran festin que daba á la nobleza el gobernador de la ciudad: todas quedaron sepultadas, ya embellecidas con sus más ricas joyas y magníficos atavíos; y como la ciudad quedó herméticamente cerrada con la lava, que se solidificó tan

pronto como perdió el calor, sin que pudiese el aire penetrar, al hacer las primeras escavaciones en tiempos modernos, todo se encontró en las habitaciones de Pompeya conforme estaba al ocurrir la horrorosa catástrofe: las damas, los caballeros, que muy poco después se redujeran á polvo, estaban enteros y en la misma posición que tenían en aquella fatal y memorable noche, que con tal horror parecía augurar al mundo las calamidades que sobre él iban á desplegarse.

La primera fué la muerte de Tito, cuando solo contaba cuarenta y dos años de edad, y dos meses y medio de reinado, cuya desgracia tuvo lugar el día 15 de Setiembre del año 81.

La España, y el imperio todo, gozaba de las inapreciables dulzuras de la paz, y de los beneficios que de esta se derivan; y tuvo aun más sentimiento al ver arrebatado del mundo tan fuera de sazón al bondadoso emperador, que á Vespasiano; aunque tanto también le quería. Quedábale, empero, el consuelo de que heredaba el cetro un hermano de Tito ó hijo de Flavio Vespasiano, el cual, en concepto de los españoles, no podía degenerar de su familia. A pesar de esta racional creencia, la segunda calamidad que se desplegó sobre el imperio fué la ascension al solio del perverso Domiciano, hermano del virtuoso Tito. Lejos aquel de pertenecer al linaje de los Flavios por su carácter y costumbres, parecía descendiente de Tiberio, de Neron ó de Calígula. Su tiranía rayaba en lo increíble; sus costumbres eran desenfrenadas; su crueldad llegaba al extremo de deleitarse con ver derramar sangre, y no experimentaba placer más completo que al privar á alguno de la vida, casi por pura complacencia. Dictó la segunda persecucion (año 95) contra los cristianos; y para que nada faltase al tirano, rayaba tan alta su avaricia, que si alguno de sus mártires era rico, cuanto había poseído durante su vida, pasaba á su muerte á ser presa de la rapacidad del funesto emperador; el cual no perdonó ni á su propia sangre, puesto que arrancó la vida á Flavio Clemente, que era de su linaje, como su nombre lo indica.

En el año 95 desterró Domiciano á San Juan Evangelista á la isla de Patmos, en donde escribió el Apocalipsis; y despeñándose de uno en otro crimen llegó á hacerse tan odioso, que se deseaba su muerte como uno de los mayores bienes que pudiera el imperio recibir. Por esto se formó una conjuración que estalló dentro de su mismo palacio, en donde recibió la muerte de mano de los conjurados, á 18 de Setiembre del año 96. Por aquel tiempo florecieron en Roma tres notables poetas españoles: Cayo Canio, natural de Cádiz; Deciano, de Mérida la Grande, y Marco Valerio Marcial, célebre por sus epigramas, de Bilbilis, pueblo del reino de Aragón, situado cerca de donde está Calatayud.

Muerto Domiciano sin haber designado sucesor, el Senado nombró emperador á Cayo Nerva; empero comprendiendo sin duda el electo que el cetro era muy pesado para la avanzada edad que ya contaba al aceptar el difícil y espinoso cargo, adoptó por hijo y compañero en el imperio á Ulpio Trajano.

Diez y seis meses solamente empuñó Nerva el cetro; y á pesar de esto, dispensó cuantos bienes pudo, y enmendó las arbitrariedades é injusticias cometidas por su antecesor Domiciano. Entre otros actos benéficos que hiciera el anciano emperador, levantó el destierro á todos los perseguidos durante el anterior reinado: esta gracia alcanzó á San Juan Evangelista, el cual regresó á su iglesia de Efeso.

España también mejoró de suerte en cuanto subió Nerva al trono; y su dominio pareció aun mucho más suave por haber seguido al del perverso Domiciano, cuya memoria fué tan execrada que se mandó borrar su aborrecido nombre de todos los públicos monumentos: con él concluyeron los emperadores denominados *los doce Césares*.

Uno de los grandes beneficios que debió España á Nerva, fué sin duda el de haberla dotado de magistrados tan sabios como probos y rectos, embelleciéndola además de notable manera, y con especialidad á la hermosa Córdoba; y para que su recuerdo fuese eternamente grato á la península ibérica, no la favoreció menos al morir, dejando en el trono imperial al español Trajano (año 98). En el reinado de Nerva dió principio (96) la memorable época de felicidad que duró cerca de cien años, y que lleva el nombre histórico de *siglo de los Antoninos*.

Subió, pues, al trono Ulpio Trajano, que nació en la bella Itálica, ciudad situada junto á la poética Sevilla, en 18 de Setiembre del año 54 del siglo I, cabiendo á España la gloria, como muy oportunamente dice un erudito autor moderno, de haber sido la primera que dió á Roma un soberano extranjero; emperador que mereció el halagüeño dictado de *óptimo príncipe*, cosa que ninguno de sus predecesores había obtenido.

En Colonia estaba Trajano (año 99) cuando fué proclamado; y dirigiéndose inmediatamente á Roma, hizo en la gran ciudad su pública entrada, no como otros soberanos que se circuian de armas y de defensores porque sus desmanes les obligaban á ser temerosos, sino como un padre querido, cuyos hijos anhelan su regreso á los paternos lares. Rodeado del pueblo, que le vitoreaba, recorrió la ciudad eterna en medio de la más tierna efusión y del más ardiente entusiasmo, presago infalible de la felicidad y bienandanza que al vasto imperio aguardaba.

Era Trajano naturalmente benéfico por carácter, y su benefi-

ciencia á todas partes se extendia; empero si fué grande y magnánimo como emperador, como hombre tuvo defectos notables, dando en la práctica, con sus costumbres, excesivo culto á Venus y Baco. También tuvo la flaqueza de ser muy aficionado á ver su nombre inscrito en las paredes de los edificios; afición que llevó á tal extremo, que le hizo adquirir el renombre de *Parietario*. Empero estas faltas estaban en lo posible compensadas con sus relevantes y poco comunes circunstancias como soberano. De su generosa liberalidad vivian más de dos millones de personas, abriendo con pródiga mano sus tesoros para socorrer á los pobres, y para dar educacion á los hijos de estos; y cuando sus favoritos ó amigos le recordaban el exceso de su munificencia, los sellaba los labios diciendo: «Siendo emperador, no hago otra cosa que poner por obra lo que desearia que hiciese el emperador si fuese yo particular.»

Sin embargo de tan humano y dulce carácter, era enérgico y recto; y si cortó de raíz el despotismo de sus delegados, no fué menos duro y vigoroso para oponer un fuerte dique á la anarquía.

En el año 100 escribió San Juan su Evangelio, y falleció en Efeso teniendo más de noventa de edad, puesto que nació del noveno al décimo del primer siglo de la era cristiana, y contaba de veintitres á veinticuatro cuando se verificó la cruel crucifixion del Salvador del mundo.

Tales son en resumen los hechos más notables, de los ocurridos en el trascurso del siglo I. En tanto que ocupe en la historia nuestra amada España el secundario puesto de dominio romano, seguiremos siendo lacónicos, como hemos ofreeido, así como en la parte concerniente á la dominación de los godos; porque no por haber esta durado cerca de tres siglos dejaremos de considerarla como una época de transicion. Cuando la restauracion y la independencia de España se anuncien; cuando comience á luchar noble y enérgicamente la magnánima y valerosa nacion para lanzar de sus hogares á los musulmes, entonces tomará la historia las proporciones necesarias y que le son precisas, si ha de llenar debidamente su objeto.

No se olvidó Trajano de que había visto la primera luz en la hermosa España. Trajano así mismo como que tan grande se hallaba de las pasadas que sostenía la guerra el emperador; porque en ella las letras, las artes, el comercio, y todas las diligencias de Trajano sabían que se les extrañaba cuando se no seguían con el marqués y bendito príncipe.

Durante su reinado se construyó el magnífico puente de Alcántara, sobre el Tago, en Extremadura, se elevaron sus edificios públicos y edificios particulares, se repararon los antiguos caminos, se abrieron otros; se hicieron canales, se limpió el agua de las fuentes, se comunicaron otras aguas y otras ciudades, se experimentaron las bellas penurias, toda clase de industrias, y todas las montañas más notables se condecoraron con bellas columnas. Trajano, en el momento cuando se levantó la columna, se levantó la columna. Y el resto de la vida, se levantó la columna.

Siglo II.

Fué notable también la revolución de Trajano para administrar justicia. El procedimiento de Trajano, cuando se iba a celebrar una sesión pública, se levantaba una columna con el nombre de Trajano, y se levantaba una columna con el nombre de Trajano. Trajano, cuando se iba a celebrar una sesión pública, se levantaba una columna con el nombre de Trajano, y se levantaba una columna con el nombre de Trajano.

Continuó el gran Trajano dando a su imperio bellos días de gloria; porque llevó sus victoriosas armas hasta la India; combatió valerosamente á los parthos; subyugó á los asirios; triunfó en la Dacia, y para perpetuar sus numerosas y célebres victorias, se erigió en Roma la magnífica *columna Trajana* (año 114). A fin de colocar este digno y grandioso monumento se formó una gran plaza, tomando todo el terreno que ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro piés; y al verificar la inauguración de la estatua, se solemnizó esta de tan extraordinaria manera, que las fiestas duraron ciento veintitres días, y en las luchas del gran circo perecieron más de mil fieras.

El reinado de Trajano fué, sin embargo, manchado con la cruel persecucion que sufrieron los cristianos. Esta fué tal, que en el año 102 escribió á Trajano Plinio el jóven sus célebres cartas, en favor de los injustamente perseguidos; y aunque aquellos escritos hicieron sensacion en el bello ánimo del emperador, no dejaron de sufrir los verdaderos creyentes, si bien aquel no lo mandó por medio de edictos. Sin duda le parecería inconveniente el determinar que la persecucion cesase, porque los gentiles, que formaban el mayor número, excitaban el celo de las autoridades, tachando á los cristianos de novadores que difundían por el imperio una religion que no era la reconocida por el Estado.

No se olvidó Trajano de que había visto la primera luz en la hermosa España. Tranquila esta, como que tan apartada se hallaba de los países en que sostuviera la guerra el emperador, florecían en ella las letras, las artes, el comercio; porque los delegados de Trajano sabían que se les exigiria estrecha cuenta si no secundaban al magnánimo y benéfico príncipe.

Durante su reinado se construyó el magnífico puente de Alcántara, sobre el Tajo, en Extremadura; se elevaron magníficos edificios y célebres monumentos; se repararon los antiguos caminos y se abrieron otros; se hicieron espaciosas calzadas, á fin de facilitar la comunicacion entre unas y otras ciudades; y experimentó la bella península toda clase de mejoras. Entre los monumentos más notables se contaron la hermosa é imponente Torre den Barra, en Cataluña; la de Hércules, en Galicia; la imponente columna de Zalamea de la Serena, y el gran circo de Itálica, patria del emperador.

Fué notable tambien la severidad de Trajano para administrar justicia. El procónsul de la Bética, llamado Cecilio, no gobernó como otros la rica provincia cuya administracion le estaba encomendada; y olvidando que existia un emperador pródigo y humano, se hizo avaro y déspota. Confiadas las ciudades en la justicia del emperador, porque nada anima más á los pueblos que la seguridad de ser oidos por el poder supremo, llevaron la acusacion contra Cecilio á Roma, y la causa de este se vió ante el Senado.

Estaba entonces en la capital del vasto imperio Plinio el jóven, el cual en ocasion análoga habia defendido enérgicamente, en union con el español Herennio Seneciúm, á los españoles, que en tiempo del feroz Domiciano se habian quejado de la rapacidad de cierto procónsul; y tan bien sostuvo la causa de los españoles, que á pesar de ser tan perverso Domiciano, dispuso el secuestro de cuantos bienes poseia el procónsul acusado.

Dió este hecho tanto renombre á Plinio el jóven, que fué encargado tambien de sostener la justa demanda de las ciudades de la Bética contra el rapaz y despótico Cecilio, en tiempo de Trajano. Su imponente voz se elevó solemne, elocuenté y conmovedora; presentó incontrovertibles argumentos; apostrofó de vehemente manera al malvado procónsul, y probó plenamente los capítulos de que la acusacion se componia.

No esperó la sentencia el acusado: eludió el castigo por el cohardé medio del suicidio; mas no pudo salvar su nombre, ni sacar incólume su honra. El Senado decretó el secuestro de todos los bienes del culpable suicida, indemnizando con ellos y con los que indebidamente habia arrebatado, á los maltratados pueblos. Tan recto y equitativo fué Trajano al aprobar la sentencia, que cas-

tigó tambien á todos los que, en mayor ó menor escala, habian sido cómplices de las depredaciones y desmanes del procónsul Cecilio; y habiendo este dejado una hija, mandó se la diese posesion de los bienes que su padre tenia antes de ser nombrado procónsul de la Bética.

Este dignísimo emperador, que debiera haber sido eterno, falleció en el año 117, habiendo reinado diez y nueve años y seis meses. Fué sepultado debajo de la gran columna Trajana, digno y grandioso recuerdo de sus inmarcesibles glorias, habiendo logrado, como pocos soberanos, que á su muerté fuese tan general el llanto como sincero; y para terminar el elogio de este gran príncipe, diremos que mereció el grato y halagüeno renombre de *padre de la patria*, y que pasados doscientos cincuenta años, segun refieren antiguos autores, el pueblo romano, al aclamar á un nuevo emperador, le deseaba que fuese aun más feliz que Augusto y aun más virtuoso que el gran Trajano.

Al descender este al sepulcro, no dejó ningun hijo; empero habia elegido para sucederle á Elio Adriano, compatriota suyo, puesto que era español y natural tambien de Itálica, aunque alguno le supone nacido en Roma, empero hijo de madre gaditana. Está, sin embargo, averiguado que era, como hemos dicho, de la Bética; y al exponer fidedignos autores las razones que tuvo Trajano para elegirle por sucesor suyo, aseguran que no solamente influyeron mucho las eficaces diligencias de Celio Taciano, que habia sido ayo de ambos emperadores, si que tambien tuvo mucha fuerza en el ánimo de Trajano el ser Adriano esposo de su sobrina Sabina, y más que todo el ser español el electo, y tambien, como Trajano, natural de Itálica.

Comenzó Elio Adriano de muy digna manera su reinado; del modo más propio de un hombre agradecido, y el más á propósito para captarse la voluntad de sus pueblos; porque al verificar su entrada en Roma, hizo colocar sobre el carro triunfal la estatua de Trajano, para rendir este digno y merecido tributo á la memoria del gran príncipe su favorecedor.

El carácter del nuevo emperador era poco belicoso, dado algun tanto á la filosofia y á las artes. Recorrió la mayor parte de sus vastos dominios y pasó de Roma á Alemania; de Alemania á Inglaterra, de Inglaterra á España, y desde esta se dirigió al África y recorrió el Oriente. Entre las rarezas hijas de su singular carácter, se cuenta que en sus dilatados viajes caminó casi siempre á pié, y siempre con la cabeza descubierta, sin que fueran bastante á hacerle variar de propósito ni el penetrante frio de los Alpes, ni el sol abrasador del África.

Comenzó sus viajes en el año 120, empleando en ellos once años:

cuando sus cortesanos le aconsejaban que los suspendiese, les contestaba: *un soberano es como el sol, que debe dejarse ver en todos los países.*

En su visita á España, dejó indelebles recuerdos del cariño que á su patria profesaba; y hallándose en Tarragona, despues de haber hecho reedificar el templo de Augusto mandado erigir por Tiberio, estuvo para perder la vida; porque inesperadamente le acometió un esclavo, blandiendo contra él una espada. Se hallaba solo el emperador, y pudo defenderse del agresor hasta que llegó gente á socorrerle; empero como de los informes que mandó tomar Adriano resultase que el infeliz esclavo estaba demente, mandó aquel que no se le castigase, y que fuese entregado á los médicos á fin de procurar su curacion (año 122).

En la precitada ciudad reunió Adriano unas Córtes, en las cuales estuvieron representadas todas las principales ciudades de España. Fué muy notable que todas aquellas asistiesen al llamamiento del emperador, excepto Itálica, patria del mismo. Este desaire resintió vivamente al soberano, el cual al hacer su viaje triunfal por la península ibérica, no quiso entrar en Itálica, para castigar el desprecio que de su edicto hiciera la ciudad.

Las Córtes ó Senado de Tarragona dieron un digno ejemplo de firmeza, y el emperador no se mostró menos noble y digno. Adriano, como en otro lugar hemos manifestado, era poco belicoso; empero necesitaba tener siempre dispuestas y prontas numerosas legiones. A sus dilatados dominios hacian falta grandes guardaciones, á fin de repeler la fuerza con la fuerza, si alguno intentase turbar la paz á que era tan aficionado.

Para aumentar su ejército necesitaba un nuevo contingente de hombres, y le pidió á las Córtes ó Senado español (año 125); mas los diputados le hicieron saber con notable firmeza que no les era posible conceder lo que pedia, porque el número de hombres que era necesario entregar hacia falta á la nacion, que se veria privada de sus más robustos y vigorosos brazos. Adriano empleó, sin embargo, todos sus recursos oratorios para persuadir á los dignos representantes de España de la necesidad de acceder á su demanda; mas el Senado se mantuvo inexorable, y denegó en definitiva el subsidio pedido por el emperador. Este, á pesar de todo, no se mostró ofendido, ni dejó de tratar á los diputados con su sólita afabilidad.

Esta bondad de Adriano, que tan visiblemente contrastaba con la tiranía de algunos de los que le precedieran, acabó de captarle la voluntad de todos los españoles, que á porfia le obsequiaron y aclamaron al recorrer la península, construyendo arcos de triunfo, erigiendo monumentos, y acuñando medallas en honor suyo.

Algunos autores hacen mención de una inscripción hallada en la ciudad de Munda, que demuestra la generosidad de Adriano. Según de la misma medalla se deduce, perdonó á aquella provincia la respetable cantidad de 1.900,000 sextercios que estaba debiendo, no limitando á esto solo su munificencia; porque hizo restablecer á costa de su propio peculio la gran calzada ó via pública, que daba paso desde Munda á Cartina, que tenia más de 20,000 pasos de longitud. La citada inscripción le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dacio, Máximo, Británico, sumo pontífice, padre de la patria*, etc.

En el año 126 expidió un edicto prohibiendo que se hiciese morir á los cristianos sin prévia acusacion jurídica; mas, sin embargo, la persecucion no cesó, y fué la cuarta: así como en tiempo de su antecesor Trajano sucedió la tercera.

Terminaron los viajes de Elio Adriano en el año 131, y al regresar á Roma, concedió por un edicto varias garantías legales á los esclavos, prohibiendo tambien que se les castigase arbitrariamente. Se ocupó igualmente de proteger las letras y las artes liberales, y al tratar asimismo de reformar el derecho civil, publicó el célebre *Edicto perpétuo*, tan notable y estimado por los jurisconsultos. Pocos emperadores aventajaron á Adriano en dar leyes de utilidad comun; porque además de las ya expresadas, cuidó de la moralidad, y prohibió los establecimientos de baños, que hasta entonces habian sido comunes á los dos sexos; tambien tomó igual providencia respecto de los horribles y repugnantes sacrificios humanos, y nada olvidó de cuanto podia contribuir al bienestar y felicidad de sus pueblos.

Llegado el año 135, y despues de revocar la ley de Vespasiano por la que se prohibia á los judíos poblar á Jerusalem, mandó edificar sobre las ruinas de esta memorable ciudad otra nueva, bajo el nombre de *Elia Capitolina*, formado del primero de los suyos y en honra del Capitolio romano. Llenos de orgullo los descendientes de los antiguos hebreos con las concesiones de Elio Adriano, comenzaron á formar proyectos, quizá contra el mismo que los favorecia. Se asegura, sin embargo, que el emperador no mejoró la condicion de los judíos; porque ni les permitió la entrada libre en la nueva Jerusalem, ni les ocupó en otra cosa que en la fabricacion de armas para sus legiones, en lo que sin duda anduvo poco previsor.

Estaban los hebreos ya disgustados, porque en vez de sinagogas, los templos gentílicos ocupaban los sitios en que, según ellos, debian existir aquellas: los idolos del paganismo se ostentaban en todas partes; llegando la sacrilega ceguedad del emperador hasta el punto de consentir la colocacion de una estatua de Júpiter sobre el sacro-

santo sepulcro de JESUCRISTO, la de VENUS sobre la cima del Calvario, y la de Adonis en el mismo pesebre que fué cuna del Salvador del mundo. Todas estas horribles profanaciones hubieran importado nada á los hebreos, á no haber ido acompañadas de otras determinaciones que atacaban directamente á la práctica de sus ritos y ceremonias religiosas.

Indignados, primero á consecuencia de haber sustituido el culto gentilico á la ley mosaica, y despues, entre otras causas, por haberles prohibido la circuncision, sirviéronse oportunamente de la fabricacion de armas que estaba confiada á su cuidado, y se insurreccionaron contra Adriano.

Furiosos y á manera de torrente desbordado salieron armados, sembrando por todas partes el terror; y extendiéndose de una á otra sin dique que se les opusiera, asesinaron cerca de *quinientos mil* griegos en Chipre, en Egipto, y en Cirene, haciendo sufrir á muchos de ellos mil géneros diversos de martirios, y llegando su bárbara fiera y aborrecible sevicia hasta el exceso de beber la sangre y devorar la carne de algunas de las sorprendidas é infelices víctimas de su incalificable ferocidad. Este vértigo de aquellos descreidos é incorregibles hebreos fué hijo de los mismos anteriores crímenes, que les cegaron sin duda, á fin de que por medios naturales y humanos tuviese por completo la debida realizacion el sagrado y antiguo vaticinio. Las legiones romanas hicieron cumplida justicia á las desgraciadas víctimas del furor hebreo: cerca de 700,000 israelitas fueron pasados á cuchillo por aquellas, y el resto se dispersó, llegando algunos á España: los que sobrevivieron y quedaron en poder de los romanos, fueron vendidos como animales, en los públicos mercados. Adriano consumió la obra comenzada por Tito Vespasiano; arrasó centenares de poblaciones, y la antigua Judea quedó convertida en un vasto y melancólico desierto, en cumplimiento de la sagrada profecía, continuando dispersos los hebreos desde entonces hasta hoy.

Se asegura que Adriano dió un nuevo edicto prohibiendo castigar á los cristianos, sino se les acusaba de algun delito y se probaba la certeza de la acusacion. Algunos autores aseguran que el expresado edicto fué publicado á consecuencia de que, á su paso por Atenas, le presentaron por escrito la apología de los discípulos de Cristo, hecha por Aristides y por Cuadrato; personas de tanta valia como de grande saber; y el procónsul del Asia, llamado Sereno Grano, dirigió una carta al emperador, elogiando á los cristianos, y ponderando la suavidad de sus costumbres y las máximas que difundian, tan convenientes á la sociedad.

Desde entonces comenzó á demostrar alguna aficion á estudiar las costumbres de los perseguidos, y á conocer los fundamentos de

la ley que profesaban; y aun se asegura que trató de reconocer á Jesucristo, aunque solo para colocarle en el número de sus dioses; llegando despues á estar tan próximo á reconocer al verdadero Dios, que mandó erigir templos en diversas ciudades, mandando que no se colocase en ellos ninguna de las deidades gentílicas, como quien espera á conocer la verdad para no rendir culto á la mentira.

La escasa salud de Trajano le hizo estar en los últimos años de su reinado muy asistido de médicos; y llegó á tomarles tal aversion, que, segun Mariana, se asesinó á sí propio huyendo de aquellos, á fuerza de su temor, que le obligaba á no tomar apenas alimento alguno. Sin embargo de esto, consta que no perdió su humor jovial ni aun viéndose próximo á la muerte, porque decia siempre que todo príncipe debia morir con alegría.

Viéndose muy atacado de la hidropesia, se retiró á una bellísima casa de recreo que tenia en Tivoli, en donde lejos de procurar el alivio de la terrible enfermedad que le aquejaba, se entregó á todo género de placeres y de desórdenes, observándose siempre en su carácter la incomprensible y heterogénea mezcla de las más bellas inclinaciones, con la más escandalosa disolucion. Con semejante manera de vivir, era preciso que diese fomento á su fatal enfermedad y apresurase el término de su vida, la cual le faltó en el año 158, sin que demostrase el más leve vislumbre de melancolia; lejos de esto, recitó en tan supremo y terrible instante unos alegres versos que él mismo compuso, y que cita Spartiano en la vida de este emperador.

No dejó Elio Adriano ningun hijo; empero habia adoptado por tal á Antonino, el cual le sucedió en el trono imperial. Fué este príncipe uno de los mejores soberanos de cuantos empuñaron el centro romano, y mereció el dictado de *Pío*, ó piadoso, así por la dulzura de sus costumbres, como por el afecto que tuvo siempre á su padre adoptivo.

Nada podemos referir del reinado de este emperador, porque gobernó en paz y justicia, sin que un solo momento se alterase aquella, á pesar de haber durado su mando más de 22 años, en cuyo trascurso tambien disfrutó España de igual tranquilidad, y en ella florecieron las artes, la industria y el comercio.

Antonino Pío falleció en el año 161, nombrando para sucederle á Marco Aurelio Antonino, pariente de Adriano, y por consiguiente de familia española. El nuevo emperador recibió la noticia de su exaltacion con notable disgusto y verdadera tristeza; y segun algunos autores, abandonó la casa paterna para dirigirse á la residencia imperial, haciendo las lágrimas que derramaba notable contraste con la popular y entusiasta alegría.

Apenas habia ascendido al trono, asoció al imperio á su hermano Lucio Vero; muy desemejante á él, porque era iracundo, y no bien intencionado. Afortunadamente esta rémora que á su benéfico carácter impuso Marco Aurelio, no duró mucho; porque Vero solo vivió nueve años, de los diez y nueve que reinó Aurelio. Hasta entonces no habia ocurrido ejemplo alguno de tener igual ejercicio del supremo poder á la vez dos personas; y en aquella ocasion se demostró de ostensible manera lo perjudicial de semejante determinacion, y lo fácil que es encontrar dos hermanos diametralmente opuestos en costumbres y carácter.

Los vastos dominios del emperador se felicitaban más cada dia por la fortuna que les habia cabido; que no hay suerte que mejor sea para los pueblos que la de tener un soberano benéfico y justo. Aurelio, sin embargo, no gozaba de la tranquilidad que su bondad merecia; porque su esposa, la impúdica Faustina, le hacia sufrir toda suerte de tormentos con sus escandalosos desórdenes.

Llegado el año 171, los africanos de la Mauritania, atravesando el Estrecho, pasaron á la península, y comenzaron á devastar las provincias meridionales. Salieron inmediatamente á su encuentro Vallio y Severo, gobernadores por Marco Aurelio, los cuales encontraron á los mauritanos ocupados en poner sitio á Singilis (Antequera la vieja). Llegar los delegados de Aurelio y hacer levantar el sitio, fué obra de pocos instantes; y persiguiendo á los africanos con rápida decision hasta las mismas costas de Tánger, los internaron en África no poco escarmentados.

Tambien las naciones bárbaras del Norte asaltaron las fronteras del imperio romano; y el benéfico emperador, apellidado el *Filósofo*, tuvo que abandonar sus hábitos tranquilos, y mostrar al mundo que su bondadoso carácter no se oponia al enérgico valor, llegada la ocasion de demostrarle. Salió á detener el paso á los invasores, y con notable celeridad los deshizo y puso en vergonzosa fuga, haciendo que retrocediesen hasta pasar el Danubio.

Los gloriosos hechos de guerra valieron á Aurelio el renombre de *Germánico*; hechos tan notables, que obligaron á los bárbaros á entregar, ó más bien, devolver al imperio, cerca de cien mil prisioneros. Sin embargo, este hecho, que prueba, sin duda, el gran poderío que ya tenian los agresores, fué el prólogo, por decirlo así, de la caida del imperio, y una muestra de los intentos y deseos que abrigaban los bárbaros del Norte; deseos que habian de tener, demasiado pronto para Roma, completa realizacion: no de otro modo que amaga el accidente al hombre fuerte y robusto, dejándole con vida y casi sano; empero dándole el aviso de que renovará los ataques y que de aquella enfermedad morirá.

No debemos omitir un hecho maravilloso que sucedió en dicha

campaña, más allá del Danubio; porque fué tan notable que de él se habló durante largo tiempo, y de él se hacen cargo los más célebres autores, tanto antiguos como modernos.

Hallábase Marco Aurelio rodeado por los marcomanos (moravos), y su ejército, abrasado y agobiado por la sed, estaba casi entregado á una verdadera desesperacion, porque veia que debería sucumbir de ignominiosa manera, y sin que á estorbarlo fuese parte su reconocido y probado valor (año 174). Cuando la angustia llegaba al colmo, inesperadamente se anubla el cielo, y poco despues comienza á desprenderse de las nubes una abundantísima lluvia. Los soldados romanos la reciben con gritos de alegría; la recogen del modo que es posible á cada uno, bien en los cascos, bien en las vasijas de su escaso menage de campaña; y exclusivamente dedicados á la grata ocupacion de apagar la sed devoradora, dan lugar á que los enemigos los sorprendan y les ocasionen grandes pérdidas. Empero no pudieron gozar los bárbaros largo tiempo de la victoria; aquella misma nube que se habia limitado á socorrer en su angustiosa posicion á los romanos, arroja sobre el campo enemigo un diluvio de granizo y piedra, que le hiere y acosa, sin que pudiese encontrar medio de preservarse de tan mortífera descarga. Los imperiales, animados con el terror de los marcomanos, los acometen con tanta energía como valor, acosándolos en todas direcciones y destruyéndolos por completo.

El socorro á los romanos, y el castigo á sus contrarios, se atribuyó unánimemente, hasta por los mismos gentiles, á las oraciones de los cristianos, próximos á perecer de sed, que iban en la vanguardia de los imperiales; y el citado hecho se tuvo por milagroso. El mismo Marco Aurelio, que (si bien impulsado por Vero, su feroz hermano, que reinó nueve años con él, como en su lugar dijimos) dictó una terrible persecucion contra los cristianos (año 163), escribió al Senado una carta refiriendo la notable victoria, y manifestando, aunque en términos propios para no alarmar de pronto á los romanos, tan apegados á las gentilicas creencias, que debia aquel gran triunfo á los cristianos. No contento el emperador con dar esta pública y oficial muestra de su gratitud á aquellos, mandó que se castigase severamente á cuantos profiriesen calumnias contra ellos, segun afirman los más respetables autores.

Las doctrinas del cristianismo no solo se extendian por todo el vasto imperio romano, si que tambien se internaban por todos los más apartados y remotos confines de la tierra, merced á la abnegacion sin ejemplo de los apóstoles de Jesucristo, y á la de los discípulos de aquellos. En el año 180, el jefe de los bretones mandó al Papa Eleuterio un respetuoso mensaje, rogándole le enviase misioneros, para que sus vasallos fuesen instruidos en las doctrinas de

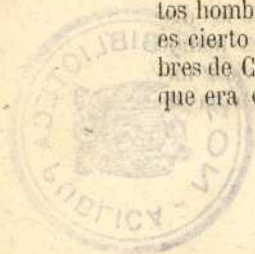


la verdadera religion. En Roma no se extendia de tan ostensible manera como en otros países, porque los tormentos hacian que los cristianos celebrasen sus ritos y ceremonias occultamente; empero no sucedia lo mismo fuera de Roma, y ya por entonces estaba muy difundida en España. El primero que apareció en ella con tan santo objeto fué, como es sabido, el apóstol Santiago, en Zaragoza, en el reinado del emperador Claudio, y á sus instancias y diligencia se debió la ereccion de un templo que, segun piadosa tradicion, visitó en carne mortal la Santa Virgen, y que hoy es el templo del Pilar. Despues le sucedieron otros diversos, entre ellos San Eugenio, primer arzobispo (obispo entonces) de Toledo, que apareció en España por encargo de su maestro San Dionisio Areopagita, al terminar el reinado de Domiciano.

El día 17 de Marzo del año 180 falleció Marco Aurelio, el Filósofo, sin haber acabado de domar á los bárbaros del Norte. El imperio todo sintió vivamente la muerte del emperador; porque fué bondadoso, instruido, humano, y noble en todos sus actos. Cada vez que Roma perdía un buen emperador, no solamente debía sentir la pérdida, sino temer la ascension al trono de un nuevo soberano que pudiera ser en carácter y costumbres diametralmente opuesto á su predecesor, sin que bastase el que estuviesen íntimamente ligados por los vínculos de la sangre, como varias veces hemos visto y muy pronto veremos.

Tambien para España fué muy sensible la muerte de Marco Aurelio. En el trascurso de los diez y nueve años y un mes que duró el suave reinado de este memorable emperador, la ibérica península fué completamente feliz; la paz no se turbó ni un solo día; ciencias, artes, industria y comercio florecieron simultáneamente, y solo recibió beneficios del humano y bondadoso soberano. Este hizo restablecer el camino de Certima (hoy Cortama), ciudad situada junto á las fuentes del Júcar, en el reino de Toledo; el de Astorga á Braga; el de Caparra á Mérida, en Extremadura, y dispensó otros notables beneficios, por los cuales los españoles acuñaron monedas y medallas y erigieron monumentos en honor suyo.

Con la muerte de Marco Aurelio terminó la feliz época denominada *siglo de los Antoninos*; porque á este gran emperador sucedió su hijo Lucio Aurelio Cómodo, tan desemejante á su padre, que la nobleza, lo mismo que la plebe, fundándose quizá en la disolucion de costumbres de la emperatriz Faustina, decia que el funesto Cómodo era hijo de aquella y de un gladiador que, entre otros infinitos hombres de baja estirpe, obtuvo visiblemente sus favores. Ello es cierto que no habia punto alguno de contacto entre las costumbres de Cómodo y las de Aurelio. Aquel tenia tan feroces instintos, que era cruel por diversion, por placer. Entre otros de sus re-



pugnantes y feroces hechos, se refiere que una noche hizo asesinar á cuantas personas se hallaban reunidas en el público teatro; si alguno le parecia antipático por su fisonomía ó por otra cualquiera causa, le hacia asesinar, ó, cuando menos, le mandaba cortar los piés ó las manos, ó hacia que le sacasen los ojos. Tambien se asegura que habiendo visto cierto dia un hombre de excesiva obesidad, le mandó dividir en dos pedazos, para tener el gusto de ver la magnitud de las entrañas y cómo estas se esparcian por el suelo: si tal era Cómodo respecto de crueldad, en cuanto á disolucion nadie le habia hasta entonces aventajado. Tenia un verdadero serrallo, en el que mantenia trescientas concubinas, é igual número de bellos mancebos; y á pesar de cuanto hemos dicho; de haber hecho asesinar á infinitos patricios y muchos senadores; no obstante haber legado á la posteridad, para que nada le faltase, el pernicioso ejemplo de haber vendido todos los principales cargos públicos, porque tambien era avaro, Roma pudo consentir que se la titulase *Colonia Comodiana*, y el Senado colocó en la principal puerta de su propio palacio una inscripcion que decia: *Casa de Cómodo*.

Créese, con motivo, que esto era el colmo de la bajeza y de la abyeccion; sin embargo, el miedo á tan terrible y feroz tirano pudo entrar por mucho, al consentir en dispensarle honores tan inmerecidos y que no se habian acordado á Aurelio, Antonino, Vespasiano ni Tito. Empero si el temor, aunque sea razon harto vergonzosa, pudo obligar al Senado á rebajarse hasta el punto que hemos manifestado, no podemos comprender cómo consintió, ni menos el maltratado pueblo, que el reinado de tan repugnante monstruo durase más de doce años, y que el purgar á la tierra de aquel quedase reservado á una de sus concubinas llamada Marcia, auxiliada por un atleta, segun unos, y segun otros por un eunuco: el año 193 le dió aquella un veneno; y no habiendo sido este bastante activo, el auxiliar de la concubina ahogó al emperador y dió libertad á Roma y al vasto imperio.

A Cómodo sucedió en el mando Helvio Pertinaz (ó Pertinax). Era de familia de esclavos é hijo de un liberto, y tenia setenta años cuando ascendió al trono imperial; sin embargo de su edad avanzada, conservaba todo el vigor y la energia de la juventud. Sus sentimientos eran buenos y humanos; y hubiera acaso vivido bastantes años, como su robusta constitucion hacia esperar, para haber hecho olvidar el mando de su fatidico y aborrecido predecesor, si no hubiera muerto violentamente, cuando solo contaba algunos meses de reinado. Ocupado en moralizar todas las clases de la sociedad, llegó su turno al ejército, que en los doce años que reinara el perverso Cómodo, habia por completo perdido la disciplina. La guardia pretoriana, más deseosa que otra corporacion al-

guna de conservar su perniciosa libertad, no quiso sufrir el freno que oportunamente la puso Pertinaz, y amotinándose contra él, en vez de guardar su persona y ser el baluarte del orden, le asesinó bárbaramente. Fué, según algunos autores, muy docto en las lenguas griega y latina.

Después de muerto Pertinaz, sucedió en Roma un hecho sin ejemplo. Fué puesto el vasto y respetable imperio en pública subasta. De los postores, fué Didio Juliano el preferido; ofreció 1,250 dracmas más que otro alguno, y le fué adjudicado el imperio como si fuese una finca, y sus muebles y alhajas 120 millones de personas. El afortunado postor no pudo, por su desgracia, abonar la suma que había prometido, y se quedó sin el imperio; mas tuvo la desdicha de perder con aquel la vida, el año 194, dos meses y seis días después de haber vestido la púrpura imperial.

El mal ejemplo dado con la precitada escandalosa subasta, hizo, sin duda, que el ejército creyese menos bochornoso y más útil al Estado el que fuesen las legiones árabas de nombrar los emperadores. Adoptada esta determinación, cada una de aquellas quiso nombrar uno distinto; empero solo fueron tres los elegidos, y de estos el más fuerte derrocó á sus dos competidores. Llamábase Septimio Severo, que en un principio se hizo solamente notable por su odio mortal á los cristianos, y por haber hecho que el Senado colocase al feroz Cómodo en el número de los dioses: este inalicable hecho hace la apología de Severo.

La persecución dictada por el nuevo emperador contra los cristianos, fué de las más crueles y sangrientas que los inocentes perseguidos sufrieron, y llegó hasta España, en donde ya era muy grande el número de los discípulos del Salvador; y puede juzgarse de la activa fiereza con que el edicto se llevaría á cabo, sabiéndose positivamente que las anteriores apenas se habían conocido en la península española.

Septimio Severo era de feroces instintos, y creía afirmar su poder demostrando á los romanos, gentiles en su mayor parte, que lo era también de corazón; y para probarlo, determinó enseñarse con los que profesaban la verdadera religión. Era africano, de Trípoli; y alistado como voluntario en las romanas legiones, obtuvo sucesivamente los diversos cargos militares, hasta llegar á jefe de una de las legiones. Desde que ascendió al trono, no se ocupó de otra cosa que de hacer que se extendiese la persecución hasta los más recónditos puntos del imperio; y comprendía perfectamente que era preciso adular al pueblo y á las legiones, porque la decadencia del imperio era visible. Cualquiera aventurero tenía derecho á esperar que llegaría á poseer el cetro de los Césares; todas las clases de la sociedad estaban, sin excepción, desmoralizadas;

y perdida la dignidad del Senado, que hubiera podido ser la única y fuerte rémora de los emperadores indignos, todo anunciaba que el temido imperio se desmoronaba, y que llegaría á derrumbarse, para solo existir en la historia.

Dió, sin embargo, Severo un notable ejemplo para restablecer la disciplina de la guardia pretoriana, con la cual no fué tan indulgente como con las legiones. Hizo averiguar cuáles de sus individuos habian sido los asesinos del emperador Pertinaz, y los expulsó de la guardia, sin armas ni vestidos, desterrándolos de Roma y de cien millas en derredor de la ciudad.

A medida que iba trascurriendo el tiempo, se creia más seguro sobre el trono; y esta seguridad le hacia desplegar, sin duda, un nuevo carácter, y mostrarse verdaderamente severo con los que obraban en contra del imperio, y con los que daban funestos ejemplos contra la moralidad.

Como militar, fué valiente y hábil. Venció tres veces á los partos; triunfó tambien en Francia; pasó sus armas á Oriente; destruyó á Bizancio, y dando gloria al imperio, hizo cuanto le fué posible para restituir á sus dominios el antiguo esplendor.

En el año 199 publicó Tertuliano su apología del cristianismo, obra que honrará perpétuamente su memoria y dará eterna muestra del arrojo con que arrostró las iras de los verdugos de Severo. Algunos autores afirman que la expresada apología fué la que hizo que se decidiese y llevase á cabo la persecucion dictada por Severo; empero no nos detendremos á investigar la certeza ó la inexactitud de este hecho, puesto que está averiguado que aquella se dictó, que fué de las más encarnizadas, y que en España se contaron infinitos mártires en el reinado de que nos venimos ocupando.

Al terminar el siglo II, aun continuaba en el trono Septimio Severo.

Siglo III.

Habia ya llegado el año 202, y la persecucion contra los cristianos no cesaba, ni aun se mitigaba, produciendo millares de mártires en todos los dominios del imperio, y muy particularmente en España. Nada más ocurrió de notable hasta el fin del reinado de Severo, que terminó en el 211, cuyo emperador fué despues de los primeros años de su mando muy bueno para el imperio, en general, aunque sin dejar de ser siempre excesivamente feroz y cruel para los discípulos de Jesucristo.

Despues de haber reinado diez y siete años y ocho meses, murió en York Septimio Sévero, y dejó por sucesores á sus dos hijos, de madres distintas, Caracalla y Geta. Poco antes de morir pronunció Severo con entera voz y notable energia las siguientes palabras: «Encontré el imperio alborotado, y sosegado le dejo á mis hijos: el sosiego será eterno si ellos obrasen bien; sinó, será pasajero.» Caracalla, francés de nacion, inauguró de horrorosa manera su reinado; porque asesiné á su hermano Geta, en los brazos de la misma madre de este y madrastra suya, con la cual se casó, sin atender á ninguna consideracion divina ni humana. El célebre jurisconsulto Papiniano dió entonces una gloriosa muestra de su honradez y carácter, negándose con la más loable energia á defender en el Senado el feroz y repugnante fratricidio, diciendo que era más fácil cometer el horrible delito, que encontrar razones para justificarle.

Ya seguro en el trono, comenzó Caracalla á dar muestra de poseer enérgico carácter, empero cruel y falso. En el año 216, sin consideracion á sexo ni edad, pasó á cuchillo á todos los habitantes de Alejandría; esto prueba su feroz crueldad. En cuanto á su falacia y falsedad, bastará decir que aseguró al rey de los parthos que iba á tomar por esposa á su hija. En esta confianza, fundada en la fé de la palabra de un emperador romano, el rey, lo mismo que sus vasallos, dieron de mano á toda prevencion de guerra; y aprovechándose de tan oportuna ocasion, los sorprendió Caracalla y pudo hacer impunemente en ellos un atroz é incalculable destrozo.

Poco despues (año 217), un soldado llamado Carras Marcial dió de puñaladas al feroz emperador. Todos vieron en el guerrero al brazo que asesinó, y en Opilio Macrino, prefecto del pretorio (capitan ó jefe de los guardias), la voluntad que decidió el asesinato; y esta sospecha pasó á decidida seguridad, tan pronto como Macrino aceptó la púrpura imperial. Se asegura, sin embargo, que las legiones proclamaron á un hombre de tanta valia como ánimo esforzado, llamado Audencio; empero que este se negó á tomar sobre sí la enorme carga del imperio, tan vacilante á causa de los vicios de casi todos los emperadores, y que logró de los soldados que proclamasen á Opilio Macrino.

El reinado de este fué tan fugaz como la exhalacion que rápida cruza la esfera. Messa, suegra de Caracalla y mujer poseedora de una inmensa fortuna, preparaba la caida de Macrino, el cual, por instigacion y diligencias de la misma, fué asesinado en Calcedonia en medio de sus huestes; y para que nada pudiese oponerse á la realizacion de las miras de la intrigante Messa, con él asesinaron á Diadumeno, hijo de Macrino. Este, por efecto de una de tantas aberraciones como se observan en la historia de los emperadores romanos, mandó erigir altares á su victima; al emperador Caracalla. Reinó catorce meses solamente.

Libre Messa de Macrino y Diadumeno, dispuso, á favor del oro, que al saberse la muerte de aquellos proclamasen las legiones de Siria á su nieto, cuya proclamacion fué el objeto que la impulsara á dictar ambos asesinatos.

El nuevo emperador era natural de Siria, tenia apenas diez y ocho años, y llamábase Aurelio Antonino Vario, conocido por *Heliogábalo*, que segun respetables autores, significa *sacerdote del sol* en lengua fenicia. Era hijo natural de Caracalla y de Soemis, hija de Messa; y tan hermoso era de semblante, tan gentil y gallarda era su apostura, que se prendaban del nuevo emperador cuantos le miraban, y su rostro y presencia contribuyeron no poco á que las intrigas de su abuela dieran el apetecido resultado.

Dificilmente se encontrará un corazon que más completamente

desmienta la aparente bondad que el rostro indica. Sus hechos sobre el trono, como emperador, se redujeron á introducir en Roma el culto del sol; á deshacer la obra de Septimio Severo, que en sus últimos años moralizó á sus súbditos, desmoralizando á todas las clases de la sociedad y corrompiendo por completo las costumbres, llegando á tan vergonzoso extremo su afeminacion, que dispuso que gobernase el imperio un senado de mujeres.

Como hombre, no fué gloton, á pesar de que una vulgar tradicion así lo ha hecho creer á la generalidad; su vicio dominante fué la más repugnante lascivia, que llevó á un grado tal que no es posible consignar aquí, por respeto á la historia, por no ofender el decoro de nuestros lectores y el nuestro; porque fueron tan inconcebibles y tan inusitados, que el referirlos repugna al natural pudor: baste decir que no pudiendo sufrir sus escandalosos hechos y una lubricidad tan llevada al extremo, la guardia pretoriana se sublevó contra el emperador, privándole de la vida el día 10 de Marzo del año 222. Para hacerle terminar de una manera análoga á la suciedad, que así es preciso decirlo, en que había vivido, no quisieron emplear ni el acero ni el veneno: le ahogaron en una letrina, y segun algunos autores, en compañía de su madre. El nombre de Heliogábalo, lo mismo que el de Domiciano, fué instantáneamente borrado de todos los sitios y monumentos públicos: tenia escasamente veintidos años el emperador cuando fué asesinado.

En el año 223 se sintió en Roma un fuerte terremoto, siguiendo á este tres dias de profundas tinieblas, de cuyo verdadero fenómeno sacaron gran partido los agoreros para hacer sus tristes predicciones y funestos vaticinios.

Afortunadamente para España, que sentia más ó menos, pero siempre sentia, las oscilaciones del imperio y el efecto que producian los vicios y defectos de los emperadores, á Heliogábalo sucedió en el trono su primo Alejandro Severo, que estaba elegido César desde la ascension de su predecesor al solio imperial.

Era Alejandro un príncipe cabal y perfecto, que poseia tantas virtudes como vicios tuviera su antecesor, y que era noble en sus actos como hombre; justo y equitativo como soberano. Uno de sus primeros edictos fué para prohibir la escandalosa venta de los cargos públicos, cuya costumbre habia quedado establecida desde que reinara el funestamente célebre Aurelio Cómodo. Hablando de los motivos que le impulsaron á dictar tan oportuna prohibicion, decia: «Todo el que compra, forzosamente ha de vender luego.» En su palacio no recibia á persona alguna cuya buena fama fuese objeto de duda; para allegar dinero, que hacia entonces al público erario notable falta, escogió un medio ingenioso para lograr su objeto y refrenar al propio tiempo el escandaloso lujo, que tanto in-

fluye en la corrupcion de las costumbres, estableciendo un impuesto ó contribucion sobre todos los objetos innecesarios y que solamente se compraban para satisfacer caprichos, hijos de la moda, que en todos tiempos tuvo respectivamente sus numerosos esclavos; manifestó el mayor cuidado y demostró muy grande acierto en la eleccion de gobernadores; y para imitar á los cristianos, que en aquel tiempo elegian sus obispos y sacerdotes, dispuso Severo que se proclamasen los nombres de los nuevos gobernadores, dejando que el pueblo, despues de tomar los antecedentes que quisiese acerca de los electos, aprobase la eleccion; cuyo hecho, notable por más de un concepto, agradó tanto á los españoles, que entusiasmados le bendecian, erigiendo en su honor diversos monumentos.

Como hombre religioso, fué el primero de los emperadores que hizo colocar en su oratorio la imagen de Jesucristo crucificado, haciendo más que Adriano, su antecesor, que mandó construir templos sin imágenes, como esperando á decidir las que debian ser colocadas. Cierto es que Severo puso la imagen de Jesucristo entre la de Abraham, la de Apolonio de Tiana y la de Orfeo; empero dió clara muestra de que tal vez hubiera llegado á abjurar los gentílicos errores, si una muerte alevosa, muy fuera de sazón, no hubiera atajado su brillante y digno mando.

Como hombre de guerra, combatió victoriosamente contra los parthos, guiados por Artajerjes su rey; mas por desgracia, hallándose en Alemania (año 235) haciendo la guerra con sus victoriosas legiones, el general Maximino le asesinó á traicion. Tenia veintinueve años, y reinó trece y nueve dias. De este emperador solo se refiere un hecho que, sin duda alguna, contrasta visiblemente con su humano carácter y bella índole, aunque es, en nuestro sentir, muy propio de un soberano recto y justiciero; que no se opone la humanidad á la justicia, ni es bueno un jefe del Estado que no castiga á los malvados con la misma mano que premia á los buenos. Aparece, en efecto, el hecho que vamos á referir como un poco arbitrario y cruel; empero le referiremos, y nuestros lectores juzgarán.

Tenia Severo un privado en quien enteramente confiaba, y que abusando del favor del soberano, vendia, contra la expresa prohibicion de este, ciertos favores en nombre del emperador. Llamábase Turino Vetronio; era sumamente vano, y por el extremo aficionado al pernicioso humo de la adulacion y de la lisonja. Sabido y probado el crimen, el emperador, indignado con la descubierta venta, quiso castigar cumplidamente la prevaricacion, el abuso de su favor, y el de su nombre. Le condenó á muerte; empero queriendo que esta fuese análoga á la vanidad y orgullo del delincuente, mandó que fuese ahogado con humo de incienso y de diversos

perfumes. Fuera de esto, todos sus actos públicos y privados acreditan que fué humano, sensible, justo, recto y prudente.

El asesino del gran Alejandro Severo subió al trono, como deseaba, puesto que su anhelo de reinar fué el móvil que impulsara el alevoso brazo. Era natural de la Tracia, é hijo de padre godo y de madre alana. Comenzó su carrera de soldado voluntario en las legiones del imperio. Se distinguió únicamente por su colosal figura; puesto que no se conoció por aquel tiempo un hombre de estatura más elevada, ni más membrudo y fornido. Su fuerza era tan extraordinaria, que arrastraba un enorme carro, por cargado que estuviese, y luchaba y hacia morder la tierra á veinte ó más atletas y luchadores de oficio: en cuanto á agilidad, sacaba ventaja en la carrera al más veloz caballo. Dicen algunos autores, refiriéndose á Codro, que Maximino comia cuarenta libras de carne, y bebía veinticuatro azumbres de vino.

Este hombre atroz, y que subió al trono por medio del homicidio (año 235), se distinguió por su odio á los cristianos, contra los cuales dictó una sangrienta persecucion, que produjo infinitos mártires en España: entre ellos se cuenta á San Máximo y sus compañeros, que perecieron en Tarragona, y que segun varios autores debe ser el que por los catalanes es llamado San Magí ó Magin: la persecucion de Maximino se ensañaba en España muy principalmente contra los obispos y los sacerdotes.

Las nuevas alteraciones de los germanos le obligaron á salir de Roma; y el Senado rogaba á sus dioses que no volviese á entrar en el recinto de la memorable ciudad el feroz tirano. En tanto Maximino sosegaba á los germanos ó alemanes, y se dirigia contra los sármatas, ó polacos, cuando al llegar á Sirmio supo que las legiones de África habian proclamado emperador á Gordiano, su general, y presidente ó gobernador de aquella provincia. Esta noticia le hubiera alarmado poco si no hubiera llegado acompañada de la aprobacion del Senado, que habia aceptado á Gordiano por emperador; empero si le hizo notable impresion la noticia, no le faltó el ánimo para oponerse á la resolucion del Senado, y en el momento partió para Roma, seguido de sus legiones.

Al llegar á Aquileya, los ciudadanos cerraron las puertas de la ciudad para impedir que penetrase en ella; mas este disgusto quedó compensado con la noticia que recibió, casi al mismo tiempo, del asesinato del nuevo emperador Gordiano y de un hijo muy jóven que tenia. El Senado, sin embargo, que preferia cualquier emperador al aborrecido Maximino, se declaró abiertamente contra él y nombró á Pupieno y Balbino para suceder á Gordiano y su hijo, emperadores de algunos dias.

Apenas habian sido nombrados los nuevos emperadores, cuando

la guardia pretoriana los asesinó, y el Senado pensó en hacer nueva eleccion; porque puesto ya en abierta rebelion contra Maximino, sabia muy bien que si la resistencia no le salvaba, el humillarse al tirano no podria recabar de él el perdon.

Maximino caminaba, en efecto, en direccion de Roma, con ánimo de ejecutar los más terribles castigos y de tomar la más sangrienta venganza del Senado; mas afortunadamente, los soldados que le seguian, tal vez por el despotismo y crueldad con que mandaba, se amotinaron contra él una noche, y entrando tumultuosamente en la tierda del emperador le degollaron.

No hay para qué decir el gozo que en Roma causaria la noticia: se alegró la ciudad eterna, no se alegró menos España, y se regocijó extremadamente toda la cristiandad. Maximino fué emperador dos años y nueve meses: pereció en el 258, y subió al trono imperial Gordiano, jóven de quince años, nieto del que llevó igual nombre y fué proclamado por las legiones de África.

El jóven Gordiano habia sido nombrado César, como se acostumbraba con los presuntos herederos del imperio, desde el fugaz reinado de Balbino y Pupieno. Tenia muy buen corazon y las mejores intenciones; habiéndole servido de mucho los rectos y desinteresados consejos de Misistheo, que despues fué su suegro.

Continuaba el imperio sufriendo las acometidas de diversos pueblos semi-salvajes, y Gordiano salió á rechazar á los persas. Cada dia era mejor soberano, y daba muestras de ser tambien un gran general, como lo demostró en la expresada guerra que coronó con un completo y notable triunfo; empero cuando más lisonjeras esperanzas se concebian, cuando más se regocijaban los pueblos porque al sanguinario Maximino hubiese sucedido el bondadoso Gordiano, denominado el *Pío*, ó piadoso, el traidor Filipo, capitan de la guardia del emperador, sorprendiéndole, le asesinó á traicion en el sexto año de su reinado (244).

Fué universal el sentimiento que ocasionó tamaña desgracia, y pareció estaba escrito que el imperio no habia de tener jamás sino efimeros momentos de alegría y de paz. Gordiano *Pío* escribió una notabilísima carta á su suegro, lamentándose de que los soberanos, para premiar ó castigar, hayan de estar sujetos á los engaños y falsía de los cortesanos que los rodean, los cuales alaban ó deprimen á los que quieren proteger ó perjudicar; no con arreglo á verdad y justicia, sino segun las malas ó buenas pasiones que les animan, sin que el mismo soberano pueda fácilmente averiguar por sí propio la verdad y hacer cumplida justicia. Segun la carta de Gordiano, antigua es en el mundo la fatal calamidad de que en ella se lamenta.

Marco Julio Filipo, árabe de nacion, y asesino del emperador Gordiano, perteneció en sus principios á la hez del pueblo. Va-

liente y atrevido, hizo su carrera militar gloriosamente, hasta llegar á ocupar el puesto de jefe de la guardia pretoriana, del cual horriblemente abusó, como hemos visto. Ya en el trono, continuó la comenzada campaña contra los persas; mas entró en pactos con ellos, y se convino á dejarles la Mesopotamia, cuya transaccion fué muy mal recibida.

En su tiempo se celebraron (año 248) magníficos juegos y suntuosas fiestas, para solemnizar el milésimo aniversario de la fundacion de Roma. Poco despues (249) el imperio se alarmó á causa de una nueva invasion de los godos. Se acercaba ya el tiempo en que la inicua Roma debia pagar su desmedida ambicion: los pueblos del Norte, cada vez más inquietos, eran la causa ostensible que amenazaba al imperio y que auguraba su caida; empero otra causa latente auxiliaba á los godos, á la manera, lenta, en verdad, pero infalible, con que obra la zapa: los vicios y desórdenes de Roma anunciaban su muerte por consuncion, y los rudos pueblos que la embestian indicaban de visible manera que iban á hacer menos lenta y penosa la cruel agonía del imperio.

Filipo no fué en persona contra los godos; mandó á Marino, seguido de escogidas legiones, y Marino fué proclamado emperador por estas. Tampoco entonces salió á campaña Filipo; hizo marchar contra Marino al general Trajano Decio, húngaro de nacion, el cual, encontrando al rebelde cerca de Messia, le obligó á aceptar la batalla, que perdió con la vida Marino; empero nada ganó Filipo con la derrota y muerte de su rival, porque el vencedor Trajano Decio fué en el acto proclamado emperador.

Costó no poco trabajo á las legiones, que le aclamaron voluntariamente, el que aceptase el alto y espinoso cargo, y lo hizo demostrando visible y grande disgusto; mas despues de haberse decidido, sostuvo su determinacion con energía y dignidad.

Filipo recibió la noticia, y quizá comprendió que si mandaba un nuevo general contra Decio, no lograria más, con humillar y castigar á este, de lo que habia logrado al destruir á Marino. Sin duda por haber hecho esta exacta reflexion, salió en persona contra Decio; pero al llegar á Verona se amotinaron las legiones que le seguian, y le asesinaron: tambien quitaron la vida á un hijo suyo, niño todavia (año 249); reinó poco más de cinco años.

Decio, libre ya de todo obstáculo, se hizo cargo del imperio, y se mostró sañudo, cruel y sanguinario con los cristianos; más, segun se asegura, por odio á Filipo que los protegió, que por otra razon alguna. En la persecucion del emperador Decio padeció el martirio San Cristóbal, y debemos decir que aquella fué más cruel por culpa de los gobernadores de las distintas provincias del imperio que por las reiteradas órdenes del soberano, el cual, desenten-

diéndose de todo, marchó contra los godos, que se mostraban cada día más inquietos y amenazadores, y que por entonces destruían y talaban la Messia y la Tracia.

En la primer batalla fué Roma vencedora, y Decio se mostró gran general y valiente guerrero; mas en la segunda, uno de sus generales, Treboniano Galo, le hizo traicion. El perjurio de aquel y el de las fuerzas que mandaba, hicieron que Decio fuese vencido y muerto, en union con un hijo que le seguia. Algunos autores dicen que el emperador no murió por el acero enemigo ni por el de los sublevados, sino que en la confusion de la batalla, cayó y se ahogó en una laguna.

El principal móvil de la nueva acometida de los godos, se cree fuese un hermano del emperador Filipo. Aquellos se habían aproximado mucho á los limites del imperio romano, que estaban francos y libres desde que el gran Trajano conquistara la Dacia. El hermano de Filipo, llamado Crispo, quizá por vengar la caida y muerte de aquel, reveló á los enemigos el débil estado del imperio, y cuanto pudiera servirles de norte para que la invasion tuviese el mejor resultado. A consecuencia de esto invadieron los godos primero la Messia, despues la Tracia, y últimamente la Macedonia. Sin embargo, el valor y pericia del emperador acaso hubieran logrado rechazar á los invasores; mas la traicion de Treboniano Galo y la desercion de los legionarios que le seguian decidió en favor de aquellos la batalla, y el traidor fué aclamado sucesor de Decio (año 250).

El villano que quiso subir al trono dando la victoria á los enemigos de Roma, no podia ser buen emperador. No bastó para servirle de disculpa el no ser romano: era francés; empero en el hecho de ser general del imperio y de llevar sus armas, era romano por el honor, y no debió querer subir al solio, sirviendo de escabel á sus ambiciosos deseos la humillacion de su patria adoptiva.

Su primer acto como soberano le desacreditó á los ojos de todos, incluso los de aquellos que habian contribuido á su elevacion. Hizo un pacto de paz con los godos, obligándose en nombre del imperio á rendir párias á aquellos, entregándoles un tributo anual, á condicion de que respetarian el territorio imperial: como si el desatentado soberano no comprendiese que los godos faltarian sin el menor obstáculo á semejante condicion.

En el año 252 se declaró una mortifera peste, que asolaba el vasto territorio por donde se extendian las masas de godos para internarse por la Macedonia, al propio tiempo que los escitas invadían el Ponto Euxino, y los francos por el Rhin entraban en las Galias. En tanto que esto sucedia, el rey de los persas, el feroz Sapor, ocupando, la Armenia amenazaba toda el Asia, de la cual se proponia arrojar á los romanos.

Poco ó nada se curaba el imperio de Galo, desacreditado á consecuencia de la vergonzosa paz que celebrara con los declarados enemigos de los dominios romanos; dominios que tan amenazados estaban por diversos puntos. Su ineptitud dió margen á que Emiliano, africano de nacion, y uno de los generales del imperio, buscarse la ocasion de asesinarle, para proclamarse á sí propio emperador (año 255).

Subió, en efecto, al trono, que ocupó solamente tres meses; porque fué muy pronto asesinado, para dejar libre la régia silla á Valeriano, que al ascender á ella contaba una edad bastante avanzada. Llegó al sétimo año de su reinado sin realizar cosa alguna notable, y poco despues tuvo la desgracia de ser hecho prisionero por el feroz Sapor, rey de los persas, en una fuerte batalla que este sostuvo contra las legiones del imperio. El cruel persa humillaba al romano, sabedor de que su vanidad era excesiva, hasta el punto de hacerle servir de estribo cuando montaba á caballo; y el estado de envilecimiento en que el desventurado Valeriano se veia le hizo caer en una especie de enagenacion mental, muriendo al año de haber perdido la libertad, encerrado en una jaula por mandado de su vencedor, que le hizo estar en ella expuesto á la burla de todos los soldados, siendo el ludibrio y escarnio de aquellos. Valeriano dictó una nueva persecucion contra los cristianos, poco antes de marchar á combatir con los persas; y en tanto que gemia aprisionado, su hijo Galieno, que estaba asociado á su padre en el imperio, nada hizo en su favor: es verdad que de suyo era afeminado y poco belicoso. Por otra parte, hacia cuanto su carácter permitia para secundar á su padre en la guerra contra los persas, si bien el alma de aquella eran los generales Claudio, Aureliano, Probo y Pósthumo. La suerte de su padre acabó de arredrar al pusilánime Galieno, que permanecia en la más completa inaccion, en tanto que Valeriano humillaba su cuello y doblegaba la encorvada espalda para que el tirano Sapor pusiese el pié al montar á caballo. El orgulloso persa pisaba la imperial púrpura impunemente; empero Galieno no era Augusto, ni podia imitar á otros de sus valientes predecesores. Tanto quiso, Sapor, en efecto, humillar al régio cautivo y á la púrpura real, que habiendo hecho sacar de la jaula á Valeriano, le hizo degollar vivo porque excitó un dia su ira, y curtiendo con ella adobando la piel, teñida de encarnado purpúreo, mandó que con ella rellena de paja se hiciese una figura que conservase una apariencia de forma humana, y dispuso se colocase pendiente de la bóveda del principal templo de Persia: allí sirvió de permanente recuerdo de la ferocidad de Sapor, y de padron de ignominia á Roma, durante muchos siglos.

Galieno, hijo, como hemos dicho, del desgraciado Valeriano, re-

cibió la noticia de una manera estóica, muy parecida á la insensatez, ó á la estupidez más bien: dijo sin inmutarse al que le hizo saber la nueva, doblemente horrible y funesta por la muerte en sí y por la manera de recibirla: «Ya sabia yo que mi padre era mortal;» empero no sabia que habia de humillarse la misma púrpura que él vestia, y que habia de sufrir tan horrible tormento al perder la vida (año 260).

La ineptitud é insensibilidad de Galieno, unidas á su vergonzosa é inmoral conducta, le hicieron descuidar por completo los asuntos del gobierno, y dieron márgen á que treinta jefes militares, viendo la nulidad del emperador y el estado en que el imperio se hallaba, vivamente acosado por persas, godos y germanos, se declarasen emperadores proclamándose cada uno en el territorio que con sus legiones ocupaba. Esta es la época anárquica que lleva el nombre histórico de *los treinta tiranos*, que sin embargo de hostilizarse mutuamente y destruirse unos á otros, permanecieron dando en qué entender al imperio por espacio de ocho años.

Se cuenta entre los tiranos á dos mujeres, Victoria y Zenobia: aquella estaba en las Galias; esta en Oriente. La primera hizo Augusto á Mario, de oficio armero, el cual pereció á manos de un soldado que habia sido su dependiente en el taller de su primitivo oficio. Victoria, viendo muerto á Mario, nombró á Tétrico emperador de España y de las Galias; y en tanto Odenath, esposo de Zenobia, se hizo á sí propio emperador de Oriente. Mientras esto sucedia, los godos acosaban sin tregua al trabajado imperio: el respetado Capitolio se estremecia desde sus cimientos; la lenta y angustiosa agonia del imperio universal comenzaba á notarse demasiado visiblemente.

Galieno continuaba siendo para gobernar un verdadero autómeta, solamente sensible para ocuparse de sus vergonzosos placeres y de todo género de desórdenes. Iba á donde le llevaban, y afirmaba ó negaba lo que le mandaban afirmar ó negar sus allegados.

En el año 262 hubo en España una irrupcion de francos y de suevos, que asolaron y destruyeron los países por donde pasaron; empero fueron arrojados por Tétrico, que era el que habia sido declarado emperador de España por Victoria, como en su lugar dijimos.

Algun tiempo despues hicieron á Galieno que se dirigiese á Milan, en donde estaba fortificado Aureolo, otro de los tiranos, el cual se habia nombrado emperador de la Esclavonia, é internándose por Italia llegó á dicha ciudad; mas los soldados, no pudiendo sufrir aquel continuo luchar y reluchar sin esperanza de gloria ni de remedio á tantos males como afligian al imperio, se amotinaron contra el imbécil é inútil Galieno, y le quitaron la vida.

Algun tiempo antes, aunque segun respetables autores cuando aun era emperador Valeriano, padeció el martirio en Roma el gran español San Lorenzo, natural de Huesca; y en Tarragona San Fructuoso, su primer obispo, acompañado de los diáconos Eulogio y Augurio.

Llegó el año 268, y de los treinta tiranos que se habian destruido unos á otros, solo existían Odenath, en Oriente, Tétrico, en Occidente; y durante los ocho años pasados no hubo verdadero emperador, porque el tiempo que vivió Galieno fué completamente despreciado por todos, y el imperio existió sumido en la más completa y espantosa anarquía. En el expresado año empuñó el cetro con vigorosa mano Claudio II, llamado hasta entonces Flávio Claudio.

Era el nuevo emperador natural de Dalmacia, de enérgico carácter y de grande inteligencia en asuntos de guerra. Tan pronto como ciñó la régia diadema, venció y mató al tirano Aureolo; puso á raya á los germanos, y desbarató á los godos en tales términos, que mereció por sus notables victorias que se le apellidase Claudio *el Gótico*, como en remotos tiempos se apellidara el Numantino y el Africano á los vencedores de Numancia y de Cartago.

En el año 270, cuando el valiente Claudio II iba á dirigir sus victoriosas legiones contra Tétrico y Odenath, le acometió repentinamente una enfermedad que le privó en breves dias de la vida, con general sentimiento del pueblo y de las legiones. Reinó un año y diez meses y medio: falleció en Hungría, en la ciudad llamada entonces Sirmio, segun algunos autores acometido por la peste, que por entonces dieztaba el ejército.

Fué grande el sentimiento que ocasionó en el Senado la muerte de Claudio II, porque de él esperaba el restablecimiento del orden, y que volviese al imperio su eclipsada gloria. Aquel tenia, empero, muchos crímenes y demasiadas iniquidades á su cargo, y la hora de la expiación, lenta, pero infaliblemente, se aproximaba. Cuando esta llega no hay humano poder que sea bastante fuerte para detenerla, y todo intervalo de prosperidad tiene que ser forzosamente de tan efímera duracion, como el fugaz resplandor del relámpago. Sin embargo, los padres de la patria, deseosos de evitar los trastornos que podian suceder á la muerte de Claudio II, eligieron inmediatamente á Quintiliano para ocupar el trono, nombrando como adjunto ó asociado á un hermano suyo, tan apocado de ánimo, que diez y siete dias despues de su nombramiento se envenenó, asombrado con el grave compromiso que le habian hecho contraer; á este temor se agregó la noticia de haber proclamado emperador á Lucio Domicio Aureliano las legiones que se hallaban cerca de Claudio II, al ocurrir la muerte de este. Quizá al suicidar-

se el hermano de Quintiliano, quiso evitar que le asesinasen, y no se equivocó; porque casi coincidió con la ejecución del suicidio la muerte del mismo Quintiliano, que fué privado de la vida sin que le dejasen tiempo para mostrar lo que era como soberano.

El nuevo electo, Domicio Aureliano, era hombre de gran talento y corazón, príncipe recto y valeroso, denominado *Manus ad ferrum* (*Espada en mano*). En muy breve tiempo sujetó á los dacios; derrotó á Tétrico, que mandaba aun en Occidente, y pasó á Oriente, en donde la célebre y animosa Zenobia continuaba en el mando, por muerte de su esposo Odenath, acaecida en una batalla. También venció á la heroína y destruyó su ejército, en las inmediaciones de Palmira, haciendo á aquella prisionera.

Aureliano, vencedor de todos los enemigos con quienes habia combatido, entró en Roma en el rico carro triunfal, renovando los bellos dias de gloria que en más felices tiempos habia alcanzado el imperio; y para que su triunfo fuese más notable, con él entró la bella prisionera que tanto dió que hablar en todos los confines de los dominios romanos (año 271). Esta fué la última pompa triunfal que se celebrara en la ciudad eterna.

No era fácil que las legiones, acostumbradas por efecto de las revueltas del imperio y de los frecuentes cambios de emperadores á la más desenfundada licencia, sufriesen largo tiempo el recto mando de Aureliano. Su justa y bien entendida severidad no consentia la menor infracción de la militar disciplina; no toleraba que sus soldados cometiesen el menor desmán, ni que tomasen el más insignificante objeto á los ciudadanos nobles ni plebeyos de los países por donde pasaban, y les decia siempre que estaba pronto á castigar severamente á los que infringiesen sus órdenes, porque el soldado debia verter la sangre de sus enemigos, y no hacer verter lágrimas á los ciudadanos, robándoles su hacienda. Quizá por este loable rigor, cuando se dirigia contra los persas, entre Heráclea y Bizancio, le asesinaron los soldados, á cuya cabeza estaban varios oficiales. Se asegura que Mnesteo, su privado y amigo, le dió el primer golpe (año 275). Fué el primer emperador que ciñó la diadema de oro, á imitación de los de Oriente. Reinó cerca de cinco años, y fué muy buen soberano; empero se ensañó de terrible manera contra los cristianos, para los cuales fué su muerte un verdadero y grande beneficio.

Muerto Aureliano, ocurrió un interregno de ocho meses, durante los cuales existió el vasto imperio sin dueño conocido. Por la primera vez se suscitó una loable contienda entre el Senado y el ejército: aquel dió á este el cargo de elegir un sucesor al difunto Aureliano; y las legiones devolvieron al Senado la concedida autorización, que él mismo se habia tantas veces tomado, pidiéndole que

eligiese á su gusto el nuevo emperador; y varias veces fué y volvió la autorizacion, sin que ni el ejército ni el Senado cediesen en su propósito. Esta inusitada manera de proceder y esta rara cortesía duró los ocho meses, como antes hemos dicho, hasta que convenciéndose el Senado de que el ejército no queria usar como otras veces de su poder, nombró á Claudio Tácito, hombre notable por su talento y buenas costumbres. Tenia el nuevo emperador cerca de setenta y cinco años cuando fué elegido, y falleció á los seis meses y medio en Tharso (Cilicia). Su hermano Floriano, para no dar lugar á que el Senado y el ejército cortesemente contendiesen, se nombró á sí propio emperador; mas se arrepintió muy en breve, y á los seis meses dentro de un baño se desangró, mandando él mismo que le abriesen las venas. Algunos autores dicen que le asesinaron los soldados, los cuales habian proclamado ya otro emperador.

Fuese asesinado ó suicidado, cierto es que al morir Floriano ya habian proclamado las legiones de Oriente á Marco Aurelio Probo, natural de Narbona (año 276). Dificilmente los que le aclamaron pudieran haber tenido más acertada eleccion; porque Probo era valiente soldado, entendido general, hombre recto y justo, hábil político, desinteresado administrador, de noble alma, y de corazon tan grande como humano. Despreciaba las riquezas; era sufridor de trabajos, sóbrio y frugal como ningun otro, y era, en fin, un viviente ejemplo para los poderosos como soberano, y para los soldados como militar. Domó á los germanos y á los sármatas; deshizo á los vándalos y á los godos, y no entró en batalla en que no fuese vencedor.

De Probo se refiere que recibió á los embajadores del rey de Persia sentado sobre la cumbre de una montaña de la Armenia, comiendo en una vasija de barro comun algunas legumbres, que eran su ordinario alimento, y cubierto con una túnica de ordinaria lana, teñida de púrpura, que era su único traje. En cuanto á su modestia y llaneza, cuanto quisiera decirse para ensalzarlas seria muy poco; trataba con la mayor afabilidad al más infimo de los legionarios; y cuando por sus grandes y continuas victorias le aclamaban, contestaba afablemente, aunque con visible tristeza: «No me llameis emperador, porque me afligis.»

Además de las victorias que obtuvo y que antes hemos referido, hizo perder la vida sobre el campo de batalla á 400,000 soldados de los diversos pueblos bárbaros á quienes sujetó; dió libertad y reedificó mas de sesenta ciudades, y llevó á cabo tantos gloriosos hechos en tan poco tiempo, que era la admiracion del imperio y del mundo, y el objeto de la veneracion y el cariño de todos sus pueblos, por su saber, su dulzura, su virtud y su valor. Tambien

le cupo la gloria de terminar la gran muralla que se extendía á lo largo del Rhin hasta el Danubio (año 278), para detener las invasiones de los pueblos germánicos, que estaba comenzada desde el reinado de Augusto, casi trescientos años antes.

Poco despues permitió á los francos que pasasen á poblar las Galias; y habiendo terminado todas las guerras extranjeras y apagado las intestinas discordias, viendo asegurada la paz, mandó que los soldados de sus legiones se dedicasen á la agricultura, y se empleasen en las campestres faenas. Este estado feliz y raro da clara muestra de las admirables dotes que en Probo concurrían, cuando en el corto espacio de cuatro años escasos, de tan ventajosa manera trasformó la faz de aquel inmenso y desordenado imperio. Probo revocó el incalificable edicto de Domiciano por el cual estaba prohibida en España la plantacion de viñas.

Imposible parece que tan eminente emperador, por cuya vida debieran haber rogado diariamente los romanos, hubiese de morir asesinado. Su bello natural y rectas intenciones, fueron la causa de su prematura y desgraciada muerte. Satisfecho de su grande obra el memorable Probo, dijo un dia que si le daban tiempo y no le faltaba la vida, no tardarian en ser de todo punto innecesarios los soldados en el imperio. Estas palabras, que revelaban el alma de un príncipe modelo de soberanos, porque no existe en el mundo más grande, más provechoso, ni más general beneficio que la paz, fueron su sentencia de muerte. Las legiones, que no podían vivir ni medrar sin la guerra, que satisfacía las ambiciones y presentaba grandes medios de lucro, pocas veces honroso para los que le desean y buscan por tales medios, oyeron aquella directa amenaza á las respectivas y poco loables aspiraciones. Desde aquel dia se dedicaron á espiar la ocasion, y como esta no falta cuando el traidor armado acecha al inerme inocente, ignominiosamente le asesinaron y con él á sus pueblos, que por él comenzaban á ser felices (año 282). Reinó cerca de seis años, y pocos dias despues del horrible asesinato pusieron sobre su sepulcro la siguiente inscripeion:

Aquí yace Probo,

EL MEJOR DE LOS EMPERADORES,

EL VENCEDOR DE LOS TIRANOS

Y DE TODAS LAS NACIONES BÁRBARAS.

El gran emperador dejó dos hijos, llamados Carino y Numeriano, á los cuales habia asociado al imperio; y encargó al primero el gobierno de España y de las Galias, y al segundo le llevó siempre consigo. Mas no les sirvió la buena memoria que de su padre quedara, ni la voluntad de este: el ejército proclamó emperador á Mar-

co Aurelio Caro, el cual se dirigió al momento contra los persas; pero no pudo terminar la guerra, porque en las orillas del Tigris fué muerto por un rayo (año 283).

Numeriano, hijo de Probo, hubiera quizá permanecido en el trono, al cual ascendió despues de muerto Caro; mas su suegro Annio Apro, ó Aper, le hizo asesinar yendo dentro de una litera, tomando por pretexto, para ocultar su ambicion, la indignidad de Numeriano que habia pactado una paz con los persas, vergonzosa para el imperio. No logró, sin embargo, su anhelo, porque el ejército proclamó á Valerio Diocleciano (año 284), cuya primer obra fué asesinar con su propia espada á Annio, matador de Numeriano.

En tanto Carino, hijo tambien de Probo, continuaba gobernando hábil y humanamente en España, en donde para perpetuar su buena administracion se hicieron diversas inscripciones. Sabedor de lo que en el imperio ocurría, quiso resucitar sus derechos al imperio como hijo del grande é inolvidable emperador; empero Diocleciano no quiso darle tiempo, y yendo á su encuentro trabó con él y sus legiones la batalla. El triunfo fué del electo emperador, aunque no es fácil saber si le hubiera obtenido á no haber tomado parte la traicion en la pelea: los mismos soldados que seguian al desventurado Carino le dieron alevosa muerte, y esta infamia dió la victoria al tirano.

Quedó libre en el trono el fatídico Diocleciano (284). Era de familia de esclavos, y libertos sus padres: valiente como el primero que más lo hubiese sido de todos sus antecesores; mas fué tan sanguinario y cruel con los cristianos, que mereció la funesta é impía distincion de que comenzase con él la época llamada *era de los mártires*, ó *era de Diocleciano*, que es una misma cosa.

Al año siguiente de su ascension al solio imperial, asoció al imperio á Maximiano, de Hungría; y para poder atender al cuidado de todos sus dominios, nombró Césares á Galerio Maximino y Constancio Cloro. Dió á Maximiano el mando de África; á Galerio el de la Persia; á Constancio el de la Bretaña, y él se reservó el cuidado del Egipto. Maximiano y Galerio, aunque con inestable fortuna, triunfaron de los enemigos; este último, sin embargo, no correspondió completamente á lo que de él esperaba Diocleciano, y le castigó haciéndole correr á pié delante de su carroza por espacio de una milla. El humillado Galerio se resintió vivamente de la afrenta recibida; mas no la vengó, segun la costumbre de aquel tiempo, procurando asesinar á Diocleciano: volvió sus iras contra los enemigos, y obtuvo sobre ellos una notable victoria, por la cual Diocleciano le hizo volver á su presencia de triunfal manera, y salió á recibirle á bastante distancia.

En el año 286, ya la antigua y opulenta Roma no era la residencia habitual de los Césares: el feroz Diocleciano, lo mismo que su adjunto el cruel Maximiano, se ocupaban casi exclusivamente de la horrible persecucion. Continuaba esta sin dar tregua ni momento de reposo á las inocentes victimas; y por los años 295 ó 96 se desencadenó de tal modo la furiosa rabia del tirano, que ya no se limitaba á mandar que se quitase la vida en medio de las torturas más inauditas y de los más inusitados tormentos á todo el que no adorase los idolos del paganismo: trataba el impío emperador de extinguir la religion verdadera, santa y benéfica, como si fuera posible que faltase la palabra del Supremo Poder.

La terrible persecucion se ensañó muy principalmente en España, en donde el cristianismo contaba más prosélitos que en otro país alguno; y el siglo III terminó cuando el odio de los bárbaros sicarios del sacrilego Diocleciano, más efervescente y solícito, invadía hasta el más recóndito sitio de la península ibérica.

Este siglo comenzó del mismo modo que había terminado el anterior. En el año 305 mandó el tirano que fuesen derribados todos los templos de la Iglesia católica en los dominios del imperio; que públicamente se quemasen todos los sagrados libros, y que los discípulos de Jesucristo y los que profesasen la cristiana religion fuesen declarados infames, é incapaces de tener representacion pública y de ejercer dignidad ni cargo alguno en el imperio.

Entonces fué quando en España se multiplicaron los mártires, despues de haberlo sido en Roma el mismo Sumo Pontífice San Cayo; en Sevilla padecieron tambien el martirio Santa Justa y Santa Rufina; en Galicia, Santa Marina; en Barcelona, Santa Eulalia; Santa Engracia, en Zaragoza; en Alcalá de Henares, los Santos niños Justo y Pastor; Santa Leocadia, en Toledo; en Mérida, Santa Olalla; y sería innumerable é interminable seguramente el catálogo de nombres de mártires, si hubiéramos de consignarlos todos; porque el impío y sanguinario Daciano, entrando por los Pirineos en España en representacion del cruel y sacrilego Diocleciano, la recorrió toda de Levante á Poniente y del Mediodía al Setentrion, sin ocuparse de otra cosa que de hacer victimas y de aumentar el número de mártires de inconcebible manera. Preseindiendo de la inocencia de los perseguidos, bastárales ser humanos seres, y ser hombres á los verdugos, para que los unos no hubieran si-

do objeto de tan bárbara crueldad, y los otros se mostraran menos feroces.

Algunos autores defienden á Diocleciano hasta el punto de disculparle en todo lo concerniente al edicto que dictara en Nicomedia, de cuyos bárbaros resultados nos venimos ocupando. Nosotros no negaremos que fué buen emperador en la mayor parte de sus actos; que fué prudente como príncipe; hábil como general; que administró bien el imperio y le dió no escasa gloria; que sujetó la preponderancia de las legiones, y las obligó á observar la perdida disciplina; empero no podremos disculparle respecto de la impía persecucion, ni de haber adquirido con justicia la funesta y bárbara gloria de haber dado su nombre, con sus inalicables y sanguinarios hechos, á la *era de los mártires*. No basta, en nuestro concepto, para disculparle, que vacilase antes de firmar el tremendo edicto de Nicomedia; no basta tampoco que antes de firmarle consultase al consejo de magistrados, que forzosamente habian de aconsejarle del modo que lo hicieron, ni bastará más que consultase asimismo á los oráculos del gentilismo, cuya interpretacion habia de ser precisamente dada á medida del deseo de los arúspices, tan aferradamente paganos, ni que oyese á viciosos y fanáticos sacerdotes de las falsas deidades del gentilismo. Debia suponer lo que habian de decirle; y si quieren disculparle con su debilidad, en el punto en cuestion, los que le alaban de enérgico para refrenar las inmensas masas de armados y valientes legionarios, les diremos que es muy extraño, sin duda alguna, que él, fuerte con los fuertes, fuese débil para dejar que asesinasen impunemente á los inofensivos é inermes cristianos.

Diocleciano fué, segun las tradiciones, quien quiso casarse con Filomena, despues santa, niña de trece años. La tierna jóven, hija de padres secretamente cristianos, se negó á las instancias del tirano y fué de su órden arrojada al Tíber. Saliendo de las aguas ilesa, y reiterando sus instancias el emperador, Filomena, firme en su resolucion irrevocable, fué cruelmente azotada, y atravesada últimamente por innumerables saetas. Este es uno de los infinitos hechos que se refieren, y que muestran hasta qué punto fué Diocleciano personalmente cruel, sin agena instigacion, y sin consejo de persona alguna.

Es muy notable la respuesta de *Apolo de Mileto*, al ser consultado de órden de Diocleciano. Aquel dijo que los justos esparcidos por la tierra le impedian decir la verdad; y los arúspices declararon que los justos á que se referia el oráculo eran los cristianos. Por manera que los arúspices declararon justos á los discípulos de Jesucristo, y sin embargo, se persiguió y se trató de exterminar á la justicia; y por otra parte, es tan grande como excesivamente ridi-

cula la contradicción que envuelve el ser los justos los que impedian decir la verdad, como si justicia y verdad no fuesen una misma cosa.

Creemos, sin embargo, que Galerio, César entonces electo por Diocleciano, y Maximiano también, fueron los que más eficazmente contribuyeron á que el bárbaro decreto fuese llevado á efecto en toda su horrible latitud; empero Diocleciano tenía sobre el segundo bastante ascendiente, como muy en breve veremos, para no guiarse por sus inspiraciones.

La persecucion continuaba de la más encarnizada manera; en las cárceles no cabían las víctimas, hacinadas en los más hediondos é insalubres calabozos; las vias públicas estaban casi intransitables, porque las obstruían millares de cadáveres; mutilados cuerpos; troncos despojados de miembros; miembros esparcidos por todas partes; cabezas clavadas en infinitos sitios; y si este repugnante y horribilísimo espectáculo se presentaba á la aterrada vista de los españoles en todos los caminos, en las ciudades no se veían otros adornos que los instrumentos del martirio, y el elocuente aunque mudo emblema de la bárbara sevicia de Diocleciano, de Maximiano y de Galerio; las inmensas piras que, elevándose á gran altura, parecían amenazar sacrilegamente al cielo; la cruz, el cruel potro, los desgarradores garfios, las fieras de todas razas, en fin, que de consuno y sin tregua privaban de la vida á jóvenes y ancianos, á débiles mujeres y á robustos mancebos, á familias enteras; y desolacion, y lamentos, y luto y exterminio, eran el placer, y el reposo y la dicha de que gozaban los horrorizados españoles. ¡Y puede disculparse á Diocleciano!!!

El cielo tuvo piedad de la nacion; y cuando menos podia esperarse ni perverse, el sanguinario monstruo, estando en Nicomedia, abdicó la imperial corona (año 305), cuando llevaba cerca de veinte años de reinado. Entonces se hizo notar su influencia sobre el ánimo de Maximiano, el cual, á persuasion de Diocleciano, abdicó también, hallándose en Milan.

Por efecto de la predicha y doble abdicacion, subieron al trono Constancio Cloro y Galerio, nombrados mucho tiempo antes (en 285) Césares, el primero por Maximiano y el segundo por Diocleciano, encomendándoles el cuidado de diversos puntos del vasto imperio al concederles la precitada y alta categoria.

La suerte de los cristianos de España mejoró con haber empuñado el cetro Constancio Cloro, que lo era también; y aun cuando siendo César gobernaba la península, Diocleciano le dejó, puede decirse, sin mando, porque, como en su lugar hemos consignado, Daciano vino á España expresamente comisionado para llevar á cabo la horrible persecucion. En esta época tuvo también lugar el martirio de los Innumerables de Zaragoza.

Los cristianos de Oriente no mejoraron de condicion, porque el feroz emperador Galerio continuó la persecucion por espacio de ocho años, activándola por sí mismo, no con mayor encarnizamiento que sus antecesores, porque esto era imposible, pero sí con igual crueldad y sevicia. Algunos autores atribuyen á las diligencias y aun amenazas de Galerio la abdicacion de Maximiano y de Diocleciano; otros á decision voluntaria de este, quien persuadió á aquel á que le imitase.

Tan pronto como Constancio tomó el cetro de Occidente, mandó abrir las puertas de las cárceles, y de ellas salieron gozosos los infinitos cristianos que en ellas gemian. Obtuvo entre estos la libertad el célebre y perseguido Osio, obispo de Córdoba.

Era Constancio tan excesivamente modesto, que vestia casi humildemente; se servia, como el gran Probo, de vajilla de barro ordinario; y tan pobre estaba, que, segun es fama, cuando su elevado rango le obligaba á dar algun convite, tenia que pedir prestada la plata para servir la mesa. Tenia un carácter excesivamente dulce y humano, si en esto cabe exceso; y era justo, recto y tolerante con los que no abrigaban sus ideas y convicciones. Con tales circunstancias, inútil seria decir que Constancio era un modelo de buenos soberanos.

Ya por entonces se habia hecho notable su hijo Constantino, que en la temprana edad de diez y ocho años se habia alistado en las legiones romanas en tiempo de Diocleciano, y servia en las de Oriente bajo las órdenes del impío Galerio. Era natural que el hijo quisiese pasar al Occidente, en donde imperaba su padre; y á sus deseos se unian las vivas gestiones de Constancio, agobiado de enfermedades, que deseaba la compañía de su hijo para que le auxiliase en los graves y penosos cuidados del imperio.

El mal intencionado Galerio no queria acceder á tan justas demandas; y el jóven Constantino, resuelto á sufrir las consecuencias de su resolucion, apeló á la fuga, la cual no dejó de ir acompañada de frecuentes peligros.

Logró, por fin, Constantino reunirse á su padre, que se hallaba entonces en York, y poco despues de su llegada murió el benéfico y humano Constancio Cloro (año 306). Las legiones fueron justas y agradecidas en aquella ocasion; porque proclamaron emperador á Constantino, casi sin conocerle, en obsequio á las altas virtudes de su padre. Este fué emperador por espacio de un año y poco más de diez meses.

Los principios del reinado de Constantino, apellidado *el Grande*, fueron muy turbulentos; porque Majencio, hijo de Maximiano, se apoderó por sorpresa de Roma y se proclamó emperador. Su padre, reducido por efecto de su abdicacion á la condicion de particular,

acudió á Roma bajo el pretexto de socorrer á su hijo; mas este debió entender que la verdadera intencion era la de recuperar el trono; y como los ambiciosos no conocen ni aun los sagrados vínculos del parentesco, Majencio rechazó á Maximiano su padre.

No quedó libre por esto de competidores: Severo, César electo por Galerio, se opuso con sus huestes al tirano; empero la batalla le fué tan funesta que con ella perdió la vida; y en su lugar el emperador de Oriente nombró César á Licinio, despues de lo cual se dirigió á oponerse al tirano.

En su camino debió notar que no podía estar seguro del ejército que le seguía, puesto que sin motivo visible retrocedió y regresó á la Esclavonia, con ánimo de desfogar su ira en los inocentes cristianos. No pudo, sin embargo, realizar sus crueles deseos, ante los cuales se interpuso la muerte, á consecuencia de una llaga, de la que padeció durante cinco años.

Hallábase Constantino en Francia cuando ocurrió la derrota del César Severo, y estaba decidido á oponerse personalmente al tirano Majencio. Para la empresa que se proponia le servian de poderosos auxiliares la ferocidad de aquel, sus desmanes, su disolucion, y el odio que por esta causa le profesaban los romanos. Tratando el emperador de poner por obra su propósito se dirigió á Milan: deseando atraerse á Licinio, le dió por esposa á su hermana Constancia, y acto continuo marchó contra Majencio.

Corria el año 312, y llegando Constantino á las inmediaciones de Roma, segun una piadosa tradicion, vió en el espacio una cruz resplandeciente, orlada por una inscripcion que decia: *Con esta señal vencerás*. Cierta es que Constantino mandó colocar en el estandarte (*labarum*) de sus legiones la cruz de Jesucristo, con las palabras *in hoc signo vinces*; y para dar tan aventurado y grave paso, rodeado de tantos guerreros, gentiles en su mayor parte, muy poderoso motivo tendria. No fué esta la única decision atrevida que tomó; porque en el mismo año disolvió y extinguió la funestamente célebre guardia pretoriana, cuyos jefes habian formado casi siempre un plantel de emperadores, que subian al solio sirviéndoles de escabel la insurreccion y el homicidio, y cuyos soldados eran una coleccion de hombres turbulentos y sediciosos, de sanguinarios verdugos, que se habian constituido en mil diversas ocasiones árbitros de los destinos del imperio, no habiendo tenido ni aun la disculpa de la buena eleccion en sus punibles decisiones.

Despues de haber adorado el emperador la Santa Cruz, se aproximó á Roma, y el tirano salió á recibirle: trabaron la batalla á vista casi de los aterrados y temerosos romanos, que en el exceso de su angustia rogaban fervorosamente por el triunfo de Constantino.

No se hizo aquel desear durante mucho tiempo, porque no era posible que en definitiva triunfase el malvado que ni á su propio padre respetara. La derrota del tirano Majencio fué completa, y huyendo del vencedor cayó al Tíber, al atravesar por un puente de barcas, en cuyas ondas terminó su criminal vida.

Entró Constantino en Roma, en medio de las aclamaciones y victores de los ciudadanos y del pueblo todo; y abierta y francamente cristiano, mandó que cesase toda persecucion tan pronto como vió coronado su triunfo.

En Milan publicaron Constantino y Licinio su primer edicto en favor de los cristianos; empero el César Maximino continuaba la persecucion en todos los países de Levante, hasta que Licinio fué á encontrarle, y derrotándole le quitó tambien la vida. Es muy digno de notarse que Licinio, tan pronto como murió Maximino, se declaró acérrimo perseguidor de los cristianos, á quienes tanto habia defendido, á costa de exponer la propia vida. Rara inconstancia de los humanos pensamientos, que obligó al apóstata á dirigirse contra su cuñado el emperador, con quien en el año 314 habia celebrado un tratado de paz y de amistad.

Le recibió Constantino con las armas y le venció; mas á ruegos de su hermana, esposa del vencido, le perdonó y dejó libre. La impunidad le alentó, sin duda, y volvió de nuevo sus iras contra el emperador, el cual venciéndole de nuevo en Bithinia, le redujo á la clase de simple particular; cuyo castigo no le sirvió de correccion, porque habiéndose rebelado nuevamente, fué vencido y estrangulado (año 324).

Antes de estos sucesos, cuya narracion no hemos querido trincar por parecernos inconveniente, prodigó Constantino las concesiones y privilegios á los cristianos, estableciendo, sin duda alguna, los fundamentos del poder civil de la Iglesia. Dueño ya del imperio, sin opositor ninguno, dió gracias al Dios de los ejércitos por las grandes victorias que habia concedido á sus armas bajo la sacra enseña de la cruz, y recibió el Bautismo. Algunos autores dicen que este sacramento le fué administrado por un sacerdote arriano, momentos antes de morir: otros prueban hasta la evidencia que los que tal escriben han confundido á Constantino con uno de sus hijos llamado Constancio.

En el año 329 trasladó el trono imperial á Bizancio, á cuya ciudad cambió el nombre, denominándola, del suyo, Constantinopla, que aun hoy día conserva. Un año despues, segun algunos autores, se celebró el famoso concilio de *Illiberis*, ciudad de la Bética, situada entonces en el lugar que hoy ocupa Granada: otros dudan si el expresado célebre concilio se realizó en el año 330, ó algunos antes; mas de un modo ó de otro, consta que se realizó; que asis-



tieron á él más de cuarenta obispos, entre ellos Félix, de Acci, que firmó el primero; San Valerio, de Zaragoza; Osio, de Córdoba; Sabino, de Sevilla; Melantho, de Toledo; y Liberio, de Mérida. Se redactaron ochenta y un cánones, y se trató principalmente de oponer un dique á la relajacion de los cristianos, que iba cundiendo demasiado.

Constantino en los últimos años de su reinado se ocupó de hacer algunas innovaciones, reformando las legiones que recorrían las orillas del Rhin y del Danubio, en número de quince, para contener las acometidas de los bárbaros del Norte; y despues de suprimir el cargo de prefecto del pretorio y algun otro, dispuso la creacion de cuatro magistrados con mando supremo civil y militar, destinando dos á las provincias de Levante y dos á las de Poniente. Algunos aseguran que fué este emperador quien creó el dictado de conde, destinado entonces á distinguir cierta categoría militar.

Llegado el año 337, falleció el gran Constantino en las inmediaciones de Nicomedia, despues de haber reinado con gloria y con provecho de sus vastos dominios por espacio de treinta años y cerca de diez meses. Dejó tres hijos, llamados Constantino, Constancio y Constante, que fueron Césares durante la vida de su padre. Este, por su última voluntad, dejó dispuesto que el mayor (Constantino) fuese dueño de la parte de Poniente, allende los Alpes; el segundo (Constancio) de la parte de Levante, y el menor (Constante) de la Italia, con la Esclavonia y el África. Nombró asimismo César á Dalmacio, su sobrino; empero este, antes de terminar el primer año, fué muerto en un tumulto militar.

Casi al término del tercer año (340), se dirigió Constantino contra su hermano Constante, porque se quejaba amargamente de que se le habia hecho injusticia en el reparto, siendo el mayor de los tres. No llegó, sin embargo, á esgrimir las armas, puesto que muy cerca de Aquileya fué muerto alevosamente. No fué arriano Constantino, como por algunos se ha supuesto: á sus vivas instancias se debió que fuese levantado el destierro por su hermano Constante á San Atanasio, que le sufría antes de morir el padre de los tres emperadores.

Constante, el menor de los tres, fué decididamente católico y muy protector de los cristianos; mas por desgracia de estos, el traidor Magnencio, que se habia proclamado emperador en España y las Galias, le hizo asesinar alevosamente al atravesar el Rosellon, sabiendo que se dirigía á la península ibérica para sujetarle y concluir con la traicion. Este asesinato hizo que solo quedase vivo Constancio; el cual, para que le auxiliase en los cuidados del dilatado imperio, nombró César á Galo, su primo hermano, encargándole de la parte de Oriente; y él se dirigió á vengar la muerte de su hermano Constante.

Llegó y dió la batalla al traidor Magnencio, que perdió en ella, segun se afirma, 24,000 hombres: 30,000 perdió Constancio, sin embargo de lo cual fué suya la victoria, aunque las bizarras legiones quedaron, como bien se comprende, diezgadas. El tirano Magnencio se retiró á Lyon con su hermano Decencio, á quien habia nombrado César, y ambos se suicidaron. La paz duró despues algunos años, obedeciendo el imperio todo á un solo soberano, hasta que los germanos se introdujeron en Francia, sin que su invasion diese resultado alguno notable.

Constancio, á medida que el tiempo avanzaba, iba adquiriendo un carácter excesivamente suspicaz y receloso: se mostraba tambien muy asequible á los aduladores, y daba oidos á los que le hablaban mal de los ausentes. Acaso estos defectos fueron causa de la muerte que dieran al César Galo en Oriente, y el destierro á Atenas de Claudio Juliano, hermano de Galo y primo del emperador; mas, sin embargo, á consecuencia de los trastornos ocasionados por los persas y con los disturbios de las Galias, alzó el destierro á Juliano y le hizo pasar de Atenas á Milan, en donde, para más asegurarle, le dió por esposa á su hermana Elena, y le nombró César. Celebrado el matrimonio le mandó á sosegar las Galias, y él se dirigió contra los persas.

La fortuna se mostró bastante contraria al emperador, y comenzó á perder prestigio entre su ejército. Con esto coincidió la proclamacion de Juliano por las legiones de las Galias, que aficionadas al genio guerrero de este, le eligieron emperador en Paris. Tan pronto como Constancio recibió la noticia, emprendió el camino para ir á sujetar á su primo Juliano; empero en Antioquia enfermó gravemente, y falleció poco despues de haber recibido el bautismo, administrado por un sacerdote arriano (3 de Noviembre de 361). Reinó veinticinco años y cinco meses.

Al morir, no habiendo dejado hijo alguno, nombró emperador al mismo á quien iba á sujetar, el cual era valiente, cristiano en apariencia y hasta entonces; entendido, y por su aficion al estudio apellidado *el Filósofo*. Mas no tardó en cambiar este renombre por el de *Apóstata*, con el cual le conoce la historia; porque en cuanto se vió sobre el trono comenzó á perseguir á los cristianos de hábil y maquiavélica manera; no abiertamente, sino protegiendo á los enemigos de aquellos bajo el especioso pretexto de una falsa tolerancia, y apartando á los cristianos de todo cargo público y estrechándolos más cada dia, al propio tiempo que dejaba en absoluta libertad á los gentiles y á toda clase de sectarios.

Demostró de ostensible manera su insano empeño de desmentir al mismo Dios, disponiendo la reedificacion del templo de Jerusalem por los judios. Los católicos presentan la relacion de algunos pro-

digios ocurridos que impidieron la reedificacion; otros no los refieren; de un modo ó de otro, el hecho innegable es que no pudo llevarse á cabo la obra, y que el cumplimiento de la sagrada profecía se ha cumplido.

El apóstata Juliano tomó gran pesadumbre al ver la inutilidad de sus esfuerzos; y habiendo marchado á la guerra de Persia, recibió un flechazo que le privó de la vida. Quiso sostener hasta el último momento su sacrilega protervia ó impiedad: al caer exánime se arrancó la saeta del pecho, y arrojándola hácia el cielo, con espantoso encono dijo airado: ¡*venciste, Galileo!* aludiendo á Jesucristo. Estas palabras dicen cuanto es necesario para comprender el carácter de Juliano Apóstata. Tenia treinta y dos años, y llevaba uno y cerca de ocho meses de reinar (año 365).

En cuanto murió Juliano, fué nombrado emperador por el ejército Flavio Joviano, excelente como hombre de virtudes y no menos como emperador. Cuando supo su proclamacion se negó á aceptar la imperial púrpura, manifestando que era cristiano y que no podia ser emperador de los que no lo eran. Sin embargo, como se le hiciese entender que la mayor parte de los que le habian proclamado y le seguian profesaban la verdadera religion, al fin aceptó la corona. Al momento devolvió á los cristianos sus honores, habilitando á todos ellos para adquirirlos; devolvió á las iglesias sus rentas, y revocó todos los impíos edictos de Juliano. Tambien para el imperio se mostró muy bueno; mas por desgracia, yendo á Roma murió asfixiado, á consecuencia de haber dejado en la habitacion en que dormia, un gran brasero cuyo combustible estaba mal encendido. Tenia cuarenta años, y reinó siete meses y medio.

Fué nombrado en su lugar Flavio Valentiniano, húngaro. En su primera edad tuvo el oficio de cabestrero, y despues tomó plaza en una legion; y á fuerza de valor é inteligencia llegó, grado por grado, hasta general, cuyo cargo desempeñaba cuando fué proclamado por el ejército.

El nuevo emperador era cristiano de corazon; y tan firme tenia su creencia, que delante del mismo Juliano Apóstata, tratando de hacerle rendir culto á las falsas deidades del gentilismo, un empleado en el templo de uno de los idoles le roció el rostro con el agua lustral. Entonces Valentiniano, sin curarse de que el emperador estaba allí, dió un gran bofeton al atrevido empleado (Mariana le denomina sacristan), y despojándose de las insignias de mando, quiso renunciar á todo, antes que adorar á las deidades paganas.

En cuanto subió al trono, nombró á su hermano Valente emperador tambien, encargándole el gobierno de la parte oriental, y él se estableció por entonces en Italia. Se mostró prudente, recto y

conciliador, sin abandonar por completo su habitual energía en la elección de Pontífice; porque habiendo muerto Liborio, que lo era, estaba la ciudad dividida en bandos tratando de elegir el sucesor. Valentiniano arregló las diferencias que mediaban, y resultó electo San Dámaso, español, aunque su ciudad natal se ignora: algunos atribuyen esta gloria á Madrid; otros á Zaragoza, y otros á Lusitania; pero únicamente ha podido asegurarse hasta ahora que fué español y nada más.

Fué eminente pontífice y verdadera gloria de España. Condenó á los arrianos, luciferianos, apolinaristas, melecianos, y á cuantos impíos y heréticos sectarios inficionaban el orbe católico; celebró varios concilios, y dejó escritas diversas obras, habiendo vivido ochenta años, hasta el 384 en que falleció.

No estaba en tanto tranquilo el imperio de Oriente: un pariente del apóstata Juliano, llamado Procopio, se habia proclamado emperador. Valente salió á su encuentro, y habiéndose trabado la batalla, quedó vencido Procopio; y cuando esto tenia lugar en Oriente, Valentiniano se cubria de gloria y la daba no escasa á su imperio. Venció á los sajones y á los alemanes; arrojó de la Tracia á los godos; de la Suria á los persas; de la Bretaña á los escoceses, y á los sármatas de la Panonia (Hungria).

Este buen emperador y gran general, tuvo, por desgracia, corta vida: estando en Alemania haciendo guerra á los cuados (ó quados), falleció á consecuencia de una enfermedad, que en muy breves dias le arrastró al sepulcro, en 17 de Noviembre del año 375, á los once, ocho meses y veintidos dias de reinado. Fué su muerte sumamente sentida.

Su hermano Valente era muy desemejante al difunto emperador, en punto á creencias religiosas: era arriano, y con arreglo á la manera de esta impía secta se bautizó. Fué muy dado á la superstición, á cábalas y agüeros: despues de la muerte de su hermano, segun de él se refiere, se empeñó en hallar un adivino que le predijese quién habia de sucederle en el trono. A este propósito se dice que uno de tantos embaucadores dispuso se colocasen sobre el pavimento todas las letras del alfabeto, y sobre cada una de ellas mandó poner un grano de trigo. Hecho esto soltó un gallo, y en tanto que él pronunciaba á media voz varias misteriosas é ininteligibles palabras, observó cuidadosamente el órden con que el gallo comia los granos de trigo. De la observacion solo pudo sacarse que las primeras letras que el ave despojó del trigo eran *THEON*, y que formaban esta silaba: *THEON*. De aqui infirió el adivino que un Theodulo, Theodoro, Theodosio ó Theodato era el presunto sucesor de Valente; y eso bastó para que todos los que tal nombre llevaban fuesen perseguidos.

Entre los inocentes que pagaron con la vida el llevar uno de los predichos nombres, se contó al español Honorio Theodosio (Teodosio), natural de Itálica, descendiente del gran emperador español Trajano, que por sus méritos y valor llegó á desempeñar el alto cargo de general de la caballería. El desatentado emperador le quitó la vida por llamarse Teodosio, desconociendo que no es posible contrastar ni impedir los decretos del cielo, como muy pronto veremos.

Por entonces hicieron los godos una nueva tentativa y fueron vencidos por Valente; empero repuestos aquellos de la derrota, le acometieron de nuevo no lejos de Andrinópolis, y destrozaron el ejército del emperador. Este, no encontrando otra salvacion, se refugió en una choza; le intimaron que se rindiese; no quiso entregarse; pusieron los bárbaros fuego á la choza, y con ella se abrasó el infeliz emperador de Oriente, terminando sus dias de la más horrorosa manera (año 379).

Estaba á la sazón mandando en el imperio de Occidente Graciano, hijo de Valentiniano y sobrino de Valente, que era César en vida de su padre; y Graciano involuntariamente realizó lo que á costa de santa sangre quiso impedir Valente. Este no dejó ningún hijo; y el imperio oriental, sin jefe supremo y amenazado por los godos, por demás insolentes con la derrota y muerte del emperador, estaba á punto de perderse si no se acudía cuanto antes al remedio. Para evitar la inminente pérdida, quiso Graciano nombrar un emperador que se encargase de la parte amenazada, y que fuese hombre de tanta fidelidad como valor é inteligencia. Por concurrir todas estas circunstancias en un jóven de valor y de sangre real, le prefirió á todos: llamábase el electo *Teodosio*, español, hijo del que murió por llamarse de la misma manera; y al fin un Teodosio sucedió á Valente en el imperio oriental.

Correspondió el nuevo emperador á la merced que le hiciera Graciano. Puso á raya á los godos, hasta el punto de obligar á su jefe Frigiderno á que diese en rehenes á su mismo hijo, llamado Atanarico. Algunos aseguran que Teodosio fué á campaña nombrado solamente general, y que por agradecimiento á su manera de proceder y á consecuencia de sus victorias le nombró Graciano emperador de Oriente.

De un modo ó de otro, Teodosio fué emperador de aquella parte, al mismo tiempo que en Occidente lo era Graciano, su protector: ambos desplegaron gran celo por la religion cristiana. Graciano, aunque antes que él se sentaron en la silla imperial otros principes cristianos, fué el primero de los emperadores que no quiso aceptar la estola pontifical que al ascender al trono se les entregaba como pontífices de la secta gentilica: él fué tambien quien hizo derribar en Roma el gran altar de la Victoria (año 382). En cuan-

to á Teodosio, tan pronto como se ciñó la corona de Oriente des- hizo cuanto el arriano Valente habia hecho, y mandó que se siguie- se en su imperio la fé de Dámaso, pontífice romano.

Este último emperador nombró á su hijo Arcadio, César de Orien- te (año 385); y en tanto en Occidente comenzaba la sedicion á le- vantar de nuevo la destructora cabeza. En España y las Galias se habia sublevado Clemente Máximo, y habia arrastrado á bastantes legiones. La sublevacion presentaba tan mal aspecto, que Graciano juzgó necesaria su presencia para cortarla de raiz, y al efecto se dirigió á España, en donde estaba el foco sedicioso. Por desgracia suya, no lejos de Lion alevosamente le asesinaron, contando solo siete años y nueve meses de reinado. No dejó ningun hijo, y Teo- dosio solo en ambos imperios, auxiliado por Arcadio, continuó desplegando su celo por la religion y su paternal cuidado por el bien de sus súbditos, y logró restablecer el orden en todas partes. Mas en Tesalónica se mostró asaz cruel, á consecuencia de un tumulto que ocurrió en dicha ciudad. En aquel asesinaron á un ge- neral y á otros varios individuos de cierta importancia; y Teodosio, indignado, hizo degollar hasta 6,000 personas.

Despues de tan fatal ocurrencia, y estando el emperador en Mil- lan, al dirigirse á la principal iglesia, el gran arzobispo San Ambro- sio se presentó ante su vista, y poniéndole entredicho le privó la en- trada, por la sanguinaria manera con que habia procedido, y el em- perador le obedeció. Llegadas las fiestas de Navidad, quiso de nuevo entrar en la iglesia, y el santo arzobispo le reprendió pública- mente y renovó el entredicho, hasta que la penitencia hecha por el emperador, y su grande humildad, obligaron á San Ambrosio á dejarle de nuevo libre el ingreso al templo. No es fácil apreciar en todo su valor la humildad de un emperador tan sumamente podo-roso, y el ánimo y resolucien del prelado, que ante su obligacion como tal, no vaciló en arrostrar el enojo de un hombre de irritable carácter, dueño de tan vasto imperio, y con poder omnímodo.

Despues de haber procedido Teodosio como hombre entendido y como católico príncipe en las diferencias y disturbios ocasionados por los gnósticos, secuaces de una de las infinitas sectas impías y heréticas que cada dia iban apareciendo, nombró á Honorio, su hi- jo segundo, emperador; y un año despues (395) falleció de hidro- pesía, en Milan, á 17 de Enero, llevando diez y seis años y dos dias de reinado. Fué su muerte sumamente sentida, y San Ambro- sio y el gran San Agustin honraron las eminentes virtudes del dig- no emperador en varios sermones y elegantes escritos.

Por muerte de Teodosio subieron al trono sus hijos: Arcadio al de Oriente, donde fué César, y Honorio al de Occidente. Al to- mar posesion de su imperio Arcadio, ya habian sido derribados

por orden de su padre los templos de los ídolos gentílicos, con cuyo motivo se descubrió la artificiosa manera con que aquellos estaban contruidos, á fin de que por ellos pudiesen responder los embaucadores, figurando que respondian Júpiter, Apolo, y otras de sus deidades por sí mismos.

Los dos hijos del eminente y virtuoso Teodosio se mostraron tan buenos emperadores como su padre: poseian las mismas virtudes, y eran, por consiguiente, tan celosos como aquel por la cristiana religion. Tuvieron, empero, la desgracia de que estoviese escrito que en su tiempo habia de consumarse la ruina del inmenso y soberbio imperio, que iba instantáneamente á derrumbarse desde la cumbre de su gloria, aunque ya un tanto eclipsada; eclipse que debia, por una parte, á su misma magnitud; por otra á sus crímenes que exigian de la eterna justicia una cumplida expiacion, y por otra á su corrupcion y sus vicios, que, á la manera de horrible cáncer, lentamente le habian corroido hasta el momento de hacerle perecer.

En 398 subió al solio pontificio San Anastasio; poco despues se dispuso la celebracion del primer concilio toledano, que, segun algunos, tuvo principio en el primer dia de Setiembre del año 400, y el siglo terminó sin que ocurriese cosa alguna digna de referirse.

Siglo V.

El difunto Teodosio contribuyó involuntariamente á apresurar la ruina del imperio, queriendo facilitar á sus hijos la grave é im-próba tarea de gobernar el Estado y hacer felices á sus súbditos. Tales son las obras de los mortales, y tal su limitada capacidad: por los medios con que intentan perfeccionar sus obras, las destru-yen muchas veces; y no pocas, por los más torcidos caminos la per-feccion de aquellas se asegura.

Para conservar la paz del imperio y hacer el bien de los pueblos, temiendo la inexperiencia de Arcadio y de Honorio, dejó dispuesto Teodosio, su padre, que tres personas de su íntima confianza les auxiliasen en el gobierno. A Rufino destinó á Oriente; á Gildo dió el encargo del África, y á Estilicon el gobierno de Occidente, en calidad de tutores ó ayos de sus jóvenes hijos los emperadores.

Ninguno de los tres fué leal: todos abusaron de la más punible manera de la confianza que [en ellos depositara el difunto empera-dor. Gildo, el primero que se rebeló, fué vencido y muerto por su hermano Macecel, que salió contra él por órden de Honorio; este, empero, nada logró, porque el vencedor de Gildo se declaró em-perador tan pronto como obtuvo el triunfo sobre su hermano.

La nueva traicion hubiera importado muy poco, si al mismo tiempo no hubiera ocurrido la defeccion de Rufino, el cual llevó al

extremo posible la traicion. Confabulado con los godos, trató de abrir las puertas del imperio á los enemigos naturales de este. Era Rufino un notable capitán, británico ó franco, cuyo esfuerzo y valor debian temerse mucho: la traicion, sin embargo, fué descubierta; y por entonces no resultó otro mal que el de haber hecho comprender á los godos que era posible encontrar apoyo en algun traidor romano, enseñando á los que lo fuesen el camino de la infamia; y no hay fuerte que resista cuando en su recinto existe quien proteja al enemigo que ha de acometer. Rufino pagó con la cabeza su traicion.

Estilicon en tanto no estaba ocioso: aunque pariente del emperador, trató de hacer que su hijo Eugenio fuese proclamado, y para lograrlo quiso imitar al traidor Rufino. Se concertó con los alanos, los vándalos, sus compatriotas, y los naturales de otras naciones bárbaras. Al propio tiempo trató indirectamente de hacer que los godos se sublevasen; porque, como en su lugar dijimos, Teodosio venció á Frigiderno, y este entregó en rehenes, y para seguridad del cumplimiento de los pactos que hicieran, á Atanarico su hijo. Los millares de godos que seguian á estos caudillos, quedaron al servicio y sueldo del imperio; y Estilicon, cuando quiso poner en accion aquella muchedumbre valiente y terrible hasta la ferocidad, con pretexto ó sin él, suspendió los pagos de los precitados haberes ó sueldos. El proyecto se realizó conforme el traidor le ideara, y los godos se sublevaron por la falta del pago.

El nuevo traidor, más cauto que Rufino, más artero, ó quizá escarmentado con el trágico fin que este tuvo, ejecutó con prudencia y disimulo su proyecto, sin que se llegase á traslucir la menor cosa. Cuando los godos, unidos á otros pueblos de que ya hemos hecho mencion, rompieron por Italia, fué contra ellos Estilicon en persona, y viniendo con ellos á las manos los venció, quedando Honorio agradecido al traidor que tan bien jugaba su doble papel.

El emperador hacia ya algunos años que habia abandonado á Milan (en 405) para fijar su residencia en Rávena, y allí recibió la noticia de la victoria obtenida por Estilicon. Sin embargo, estaba intranquilo; porque las naciones bárbaras sobrado daban á entender que no desistian ni desistirian de su propósito, sin que las derrotas les escarmentasen ni les arredrasen los peligros.

En el año 406 los germanos, borgeñones, vándalos, alanos, escitas, suevos, hérulos y mil diversos pueblos invadieron las Galias, recorriéndolas y llevando en pos de ellos el estrago y la desolacion; y aunque el traidor continuó siendo fiel en apariencia, aunque venció más de una vez á los enemigos del imperio, y aunque se mostró siempre solícito por el bien de este y del emperador, su falsia fué descubierta, y pagó con la cabeza su enorme delito (año 408).

Tardó más que Rufino en perecer; mas el traidor, si elude algun tiempo la accion de la justicia, jamás la evita.

En el mismo año (408), Alarico, visigodo, entró en Italia desde la Panonia, en donde se hallaba refugiado desde el 402, haciendo mil estragos. Considerándose con fuerzas suficientes para emprender una formal conquista, mandó proposiciones al emperador Honorio, que éste airado rechazó; empero el bárbaro, nada intimidado por la ira del emperador, respondió sitiando á Roma, con asombro del imperio entero. Incalculables son las calamidades que sufrieran los habitantes de la ciudad eterna: hambre asoladora; destructora peste; alimentos repugnantes y horribles; todo cuanto en sí puede encerrar la tremenda desgracia de la guerra sufrió en tal ocasion la magnífica Roma.

El Senado que en tantas ocasiones dictara leyes al mundo; aquel Senado que patrocinó el homicidio del gran Viriato; que destruyó á Numancia y á Cartago, no encontró medio de salvacion sino humillándose al caudillo visigodo para proponerle una paz vergonzosa, entregándole una gran suma de dinero y rehenes importantes.

Poco sirvió al Senado, en otro tiempo altanero y pérfido, el haberse humillado al visigodo: si la ley de las compensaciones es infalible, no es menos cierto que la pena del talion castiga en este mundo, por disposicion providencial, los delitos. El falaz Senado en cuyo nombre se pactara ante los muros de la memorable Numancia con el gran caudillo español Megara, y á cuyo pacto impudentemente faltó tan pronto como las legiones romanas salieron de la estrecha posicion en que se encontraban, experimentó en Alarico idéntico comportamiento. Muy pronto se vió Roma por segunda vez sitiada (año 409), padeciendo tantos, si no más grandes horrores que la vez primera.

Algunos refieren que en aquella ocasion habia traidores dentro de la ciudad: quizá los insoportables sufrimientos hicieran que algunos aterrados ciudadanos facilitasen la entrada á los sitiadores. Sea de esto lo que quiera, es cierto que el dia 24 de Agosto, entró Alarico vencedor en la soberbia ciudad. La invencible Roma; la Señora del mundo; la que dictara leyes al universo entero, pagó la opresion en que al orbe tuviera por espacio de tantos siglos. El imperio romano se derrumbó con horrisono estruendo, y la ciudad de los Césares fué presa de los bárbaros, despues de mil ciento sesenta y tres años de grandes é innegables glorias, que hubieran sido más grandes aun si hubieran ido siempre acompañadas de la lealtad y de la buena fé.

El saqueo, la carnicería, las violencias, la ruina de suntuosos edificios, todo acompañó á la entrada en Roma del bárbaro visigodo. Este, aunque arriano, mandó que no se hiciese daño ni vio-

lencia alguna á la muchedumbre que se habia encerrado en la magnífica iglesia de San Pedro y San Pablo, ni se tocase á ninguno de los objetos del sagrado culto católico.

En el siguiente año (410) falleció Alarico, y le reemplazó su pariente Ataulfo, el cual se casó con Placidia, hija del gran Teodosio y hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, la cual habia sido hecha prisionera en el templo.

Era Ataulfo uno de los mejores caudillos que sitiaron á Roma; de humano carácter, sin dejar de ser por el extremo valiente; y tanto por aquella circunstancia, cuanto por la mediacion é instancias de su esposa Placidia, se concertó con Honorio, dejando á este la Italia y pasando aquel á ocupar cierta parte de España y de las Galias (411).

En el año 412 llegó Ataulfo á Narbona, y en el siguiente pasó á Burdeos, en cuya ciudad fué muy bien recibido; llegando á España en el 414, para ocupar el primer lugar como rey de la dinastía goda.

Hemos terminado la CUARTA ÉPOCA, y solo nos falta la que vamos á comenzar para encontrarnos en la gloriosa de la restauracion, ó de la reconquista; época gloriosísima, en la que veremos luchar á los españoles, obrando verdaderos prodigios para obtener su amada independencia, desafiando y venciendo á unos contrarios que les arrebataran la península entera; y desde un pequeño espacio, desde un remoto sitio, les veremos en cortísimo número desafiar á innumerables enemigos, y reconquistar palmo á palmo cuanto les habia sido arrebatado.

ESPAÑA ROMANA.

EMPERADORES (1).

* Cayo Julio César, nombrado *imperator* por el Senado en el año 45 antes de J. C.

<u>Año en que subieron al trono.</u>		<u>Año en que murieron.</u>
28 antes de J. C.	Cayo Augusto César Octaviano.	14 despues de J. C.
14 desp. de J. C.	Tiberio César.	57
37	* Cayo Caligula.	41
41	* Cayo Claudio.	54
54	* Domicio Neron.	67
68	* Galba.	68
68	* Othon.	68
68	* Vitelio.	69
69	Vespasiano.	79
79	Tito Vespasiano.	81
81	Domiciano.	96
96	Nerva.	98
98	Trajano.	117
117	Elio Adriano.	138
138	Antonino Pio.	161

(1) Los que llevan este signo * murieron de muerte violenta.

**Año en que subieron
al trono.**

Año en que murieron.

161 desp. de J. C.	Marco Aurelio Antonino	180
180	Lucio Vero	189
189	* Lucio Aurelio Cómodo	193
193	* Helvio Pertinax	193
193	* Didio Juliano	194
194	* Septimio Severo	211
211	* Caracalla	217
217	* Opilio Macrino	218
218	* Heliogábalo	222
222	* Alejandro Severo	235
235	* Maximino de Tracia	238
238	* Gordiano Pio	244
244	* Filippo	249
249	* Trajano Decio	250
250	Treboniano Galo	253
253	* Emiliano	253
253	* Valeriano	260
Con Valeriano	* Galieno (en este reinado tuvo lugar la época de los treinta tiranos)	268
268	Claudio II.	270
270	* Quintilio	270
270	* Domicio Aureliano	275
276	* M. Claudio Tácito	276
276	* M. Aurelio Probo	282
283	* M. Aurelio Caro	283
284	{ Valerio Diocleciano } Maximiano }	305 (abdicaron).
305	{ Constancio Cloro } Galerio }	306 307
306	Constantino el Magno	337
337	{ Constantino II. } Constante } Constancio }	340 341 361
361	Claudio Juliano (el Apóstata)	363
363	* Flavio Joviano	363
363	Valentiniano	375

Año en que subieron al trono.		Año en que murieron.
375 desp. de J. C.	* L. Valente	379
379	* Graciano	385
379	Teodosio, en Oriente.	395
395	} Arcadio, en Oriente. Honorio, en Occidente.	

Ambos reinaban cuando la invasion de los bárbaros del Norte.

No damos lugar en la anterior tabla cronológica á *Geta*, porque le asesinó su hermano *Caracalla* sin que llegase á subir al solio imperial (año 211).

Al general *Gordiano* que fué nombrado por el Senado en odio de Maximino, y que en el acto fué asesinado, con su hijo, por el ejército (año 237).

A *Pupieno* y *Balbino*, nombrados tambien por el Senado en reemplazo del general Gordiano, porque la guardia pretoriana los asesinó sin que llegasen á vestir la púrpura imperial (año 237).

Ni á *Valentiniano*, II de su nombre y hermano de Graciano, porque asociado á él muy niño, pereció en Oriente asesinado por el tirano Argobasto.

270	L. Valente.	270 desp. de L. V.
385	Graciano.	379
385	Teodosio en Oriente.	379
	Arcadio en Oriente.	
	Honorio en Occidente.	395

ÉPOCA QUINTA.

ESPAÑA GODA.

Siglo V.—Año 414.

Los más eruditos escritores están conformes en creer que los bárbaros del Norte fueron impulsados por otras tribus, compuestas de hombres aun más salvajes que aquellos, como los hunos, ó hunnos, que despues acaudillara el feroz Atila. Es cierto que pudo contribuir mucho á determinarlos, cuando hicieron la primera tentativa, el anhelo de extender los dominios que poseian; mas el espíritu de conquista que en aquellos remotos siglos dominaba, superior entonces á todos los humanos afectos, no pudo, en nuestro concepto, ser el que les hizo aferrarse en su propósito, desentendiéndose de las derrotas y grandes reveses que en diversas ocasiones sufrieron: el exceso de poblacion, y el impulso que recibian de otras selváticas y feroces tribus, fueron sin duda el principal móvil que los decidiera á invadir un imperio tan respetable, y por necesidad tan respetado.

Miras políticas ni de ambicion, entendida esta palabra en su genuino sentido, no pudieron entrar en los cálculos y proyectos de unos guerreros tan sumamente selváticos y agrestes, que algunas de sus tribus, hacian sacrificios de víctimas humanas; se alimentaban de leche y de los productos de la tierra, que devoraban en el mismo estado natural en que esta pródiga madre los ofrecia; si al-

guna vez comian carne, el condimento con que le preparaban era la maceracion, verificada entre el cuerpo del guerrero, en su mayor parte ginetes, y la montura del corcel, tan salvaje é indómito como el mismo guerrero. El lujo tampoco podia hacer que aspirasen á adquirir medios de sostenerle y deslumbrar á los demás: algunas armas defensivas usaban, especialmente el capacete, mal ó bien forjado; pero no llevaban otro vestido que el compuesto de mal curtidas pieles de animales, muertos casi siempre por ellos mismos.

Tal era la muchedumbre que habia invadido el imperio, compuesta de borgoñones y jépidos; de godos y de alanos; de suevos y de marcomanos; de germanos y de hérulos; de vándalos, de hunos y de otras diversas razas indomables, que se desplomaron sobre los mejores paises del mundo, ávidas de destruccion y exterminio, como la asoladora langosta sobre los agostados campos llenos de doradas mieses. Eran, en general, tan feroces, que su adorno favorito consistia en los cráneos de los enemigos que habian vencido, y que llevaban ensartados y pendientes de la montura de los caballos: su único placer era el estrago; su mayor gloria, el dejar yermas las más pobladas comarcas; y no abrigando creencia religiosa de ninguna especie, su fé se cifraba en sus armas, y en destruir á los enemigos, su esperanza.

De todas las expresadas razas vinieron á España principalmente alanos, suevos, vándalos y godos. Los godos ó getas, que son de los que casi exclusivamente debemos ocuparnos, eran originarios del Asia; estaban divididos en dos grandes tribus, diferenciándose la una de la otra por el nombre de ostrogodos, con el cual se distinguia á los orientales, y visigodos que se aplicaba á los occidentales. Estos vinieron mezclados con los suevos, vándalos y alanos, todos movidos por un mismo impulso y dirigiendo á un mismo blanco sus tiros; porque visto el país magnífico que desconocian, quizá pensaron en lo que jamás habian proyectado, sin comprender que obtenido el fin propuesto habrian de contender entre sí aquellas diversas razas, para disputarse el predominio sobre las demás.

En el oportuno lugar hemos dicho que los traidores Estilicon y Rufino contribuyeron directa y eficazmente á que la invasion se verificase con mejor esperanza de suceso que en otras aciagas ocasiones, é indicamos tambien el convenio estipulado entre Ataulfo y el emperador Honorio, con cuya hermana casó aquel. En virtud del citado convenio, la España y las Galias fueron presa de los invasores, y por ellas se desparramaron los suevos, los alanos, los vándalos y los visigodos, con sus respectivos reyes ó caudillos, Hermenerico, Atacio, Gunderico y Ataulfo. Llegados á España, los suevos se posesionaron de Galicia, con Leon y Castilla la Vieja; los alanos de la Lusitania y

Cartagena, y los vándalos de la Bética. Algunos afirman que estos cambiaron el nombre de la bella provincia que ocuparan en el de Vandalucia, que ha llegado hasta nosotros sin otra diferencia que la supresion de la primera letra; mas otros atribuyen dicho cambio de nombre á los árabes, por la razon que manifestaremos en el correspondiente lugar.

Las razas salvajes ocasionaron no poco daño en España, y algunos autores atribuyen á sus verdaderamente vandálicos actos el que los españoles llamasen en su auxilio á Ataulfo, y el que este, abandonando la Galia Narbonense en donde se hallaba, se dirigiese á España, atravesando los Pirineos y ocupando inmediatamente una parte de Cataluña. Otros autores manifiestan que el rey de los visigodos tuvo algunas diferencias con el emperador Honorio, á consecuencia de las cuales se desavinieron, y el caudillo de los visigodos invadió en venganza la ibérica península, entrando en Cataluña.

En dicha provincia se batió Ataulfo con los vándalos y los venició; pero su reinado fué tan breve, que apenas duró dos años. Era valiente; empero más afecto á la paz que á la guerra, y de más humano carácter de lo que convenia á un hombre destinado á ser jefe de una raza guerrera por instinto, por placer y por necesidad. Por esto, habiendo sospechado los suyos que trataba de entrar en transacciones, se valieron de un alevoso doméstico del rey, que le asesinó en Barcelona antes de espirar el segundo año de su reinado (año 416). Se le cuenta como el primer rey godo, aunque solo dominó en una parte de la España Tarraconense, porque si de toda la península no llegó á serlo, fué quizá porque el puñal homicida no le dió tiempo; mas abrigó sin duda el proyecto de arrojar de la península á las diversas razas feroces que la oprimian, con el objeto de fundar una monarquía ó imperio gótico.

Por muerte de Ataulfo fué proclamado Walia, reconociéndole los godos por su rey. Tuvo, sin duda, más perspicacia que los caudillos que hasta entonces habian mandado las huestes de los godos: comprendió el motivo que habian tenido los selváticos soldados para asesinar á su predecesor Ataulfo y al sucesor de este, que en realidad lo fué un caudillo nombrado Sigerico, á quien no hemos tomado en cuenta porque solo vivió siete dias despues de proclamado.

Lo primero que hizo Walia fué hacer entender á sus guerreros que era preciso jurar odio eterno á los romanos, y que la obligacion de hacerlos la guerra era sagrada. Sin embargo, los godos, menos bárbaros que los individuos de otras de las razas invasoras, acostumbrados ya á mejor manera de vivir que la observada por ellos en sus remotos confines, padecian grande estrechez por efecto de la falta de subsistencias. De esta se sirvió Walia, aprovechando una oportuna ocasion.

El general romano Constancio, que amaba con delirio á Placidia, viuda de Ataulfo, propuso á Walia la paz, como haciendo favor al godo soberano, bajo la condicion única de que este le habia de entregar á Placidia, que estaba en poder de Walia. El godo, fingiendo hábilmente que aceptaba con dificultad, y comprendiendo que Constancio nada omitiria para lograr que la princesa á quien amaba fuese su esposa, aceptó por fin la paz, con la cláusula expresa de que el romano le habia de proporcionar 600,000 medidas de trigo para su ejército. Constancio agregó á ellas algunos dones no pedidos, tal era su regocijo, y Walia al hacer la paz supo agradecer á su ejército; porque el hambre habia enfriado el entusiasmo, y hecho lo más no le fué difícil convencerle de que los romanos no eran ya sus verdaderos enemigos, y que convenia hacer la guerra única y exclusivamente á los vándalos, suevos y alanos, para poseer la bella España entera.

Los godos recibieron con entusiasmo las razones de su caudillo, y acto continuo le siguieron á la Bética para pelear con los vándalos.

No fué estéril en resultados la campaña de los godos contra los vándalos, á los cuales batieron diversas veces, lo mismo que á los suevos y alanos: Walia obligó á estos á que admitiesen caudillos y gobernadores godos, y á los vándalos los hizo huir hasta Galicia, en donde se confundieron por entonces con los suevos.

No fué tan afortunado al hacer una expedicion á África: una deshecha tempestad dispersó completamente su flota; y nada desanimado por tan fuerte contratiempo, revolvió contra los alanos que ocupaban la Lusitania, y tan completamente los deshizo, que los restos que de ellos quedaron, en absoluta y verdadera dispersion, huyeron hasta incorporarse con los vándalos.

Tan pronto como terminó esta breve campaña se dirigió á domar á los suevos; mas supo antes de avistarlos que habian rendido vasallaje á Roma, y no tanto por esto cuanto porque el emperador Honorio, que celebraba, alucinado, como propios los triunfos obtenidos en España por los godos, hizo donacion á Walia de la segunda Aquitania, mediante lo cual la monarquía ó imperio gótico se extendió de Tolosa de Francia al mar Océano, con inclusion de parte del país situado entre el Loire y el Garona. En Tolosa, córte del gótico imperio, residia Walia, cuando una enfermedad le arrastró al sepulcro (año 420).

Al difunto Walia sucedió Teodoro, en cuyo tiempo, y poco despues de la muerte de aquel, los vándalos, que se habian confundido con los suevos y ocupaban á Galicia, acaudillados por su rey Gunderico, se sublevaron contra los mismos que les ampararan en su derrota. Tambien se dice que se coligaron los individuos de las

diversas razas que ocupaban la España, excepto los godos, con objeto de despojar á Honorio del imperio de la península; empero está averiguado que los vándalos derrotaron á los suevos en el primer ímpetu, y que luego fueron rechazados, teniendo necesidad de abandonar la hospitalaria tierra que les habia dado un asilo tan mal agradecido por ellos, despues de lo cual, revolvieron hácia la Bética ó Vandalucía, en donde comenzaron á hacerse memorables por sus destrozos y estragos; estragos que hicieron llegar hasta las costas de Valencia: despues tomaron y saquearon á Cartagena, y ejecutaron diversos actos verdaderamente vandálicos.

Llegado el año 424, murió Honorio, el desgraciado hijo del gran Teodosio, y le sucedió en el trono del casi destruido imperio su sobrino Valentiniano III, hijo de Placidia, viuda de Ataulfo, la cual quedó encargada del mando durante la menor edad de Valentiniano. Placidia, no pudiendo extender su solícito cuidado á todas partes, nombró su lugarteniente en África al conde Bonifacio, bajo el nombre de prefecto. Existía por entonces un íntimo consejero y gran privado de la regente, llamado Accio, general de las tropas romanas, el cual aconsejó á la emperatriz madre que relevase al conde de su gobierno ó prefectura. Herido Bonifacio de tan sensible manera, y no encontrando mejor medio de vengarse, invitó á los vándalos de España á que se trasladasen á África en su auxilio, asegurándoles que solo reservaria para sí una tercera parte de lo que conquistasen, siendo las dos restantes de los conquistadores, siempre que le favoreciesen para llevar á cabo su venganza.

No fueron menester muchas instancias para que los bárbaros aceptasen la proposicion de volver sus armas contra los romanos, demasiado distraidas en aquella ocasion, porque los visigodos habian roto la paz y sitiado á Arlés, en el año 425, y desde entonces la guerra habia continuado más ó menos vigorizada, pero siempre bastante encendida para dar á entender claramente que el enemigo, infatigable en combatir é inexorable en su decision, no abandonaba ni abandonaria su propósito de conquista.

En el 428 se dispusieron los vándalos, acaudillados por su rey, que lo era entonces Genserico, á trasladarse á África, llevando consigo sus mujereš, sus hijos, y el fruto de sus anteriores rapiñas. Ochenta mil se reunieron y pasaron el Estrecho, contentos y gozosos por la inesperada fortuna que se les habia aparecido; fortuna que sabrian aprovechar perfectamente. No duró el gozo del conde traidor á Roma tanto como el de los vándalos: no tardó en comprender todo lo repugnante de su deslealtad y todo lo expuesto de su pérdida venganza. Los vándalos se hicieron muy pronto dueños por completo de toda la Mauritania, y asediaron á Hipona. Durante el sitio de la ciudad, falleció su obispo el gran San

Agustin (430), á cuya cabecera estuvo el arrepentido Bonifacio, hasta que el santo prelado y eminentísimo doctor exhaló el postrer aliento.

Invasida el África por los selváticos vándalos, no tardó en ser su presa la memorable y desgraciada Cartago, cerca de seis siglos despues de haberla destruido Escipion el jóven. De este modo quedaron dueños de aquel país, fundando en él un imperio y olvidando á España, con tanto gozo de esta como ventaja de los visigodos; porque habiéndose fijado en África los vándalos, y estando ya por completo aniquilados los alanos, solo tenían que destruir á los suevos, que si bien eran tambien fuertes y belicosos, estaban arrinconados, por decirlo así, inmediatos á la Lusitania.

No obstante, en cuanto supieron que la bellissima Bética habia sido abandonada por los vándalos, quisieron apoderarse de ella. Desde su remoto confin se aproximaron, en efecto: los visigodos, auxiliados por los españoles, que desde luego los habian preferido, presentaron la batalla; la victoria fué, sin embargo, de los suevos, y el fruto de ella la ocupacion de Mérida, y despues de Sevilla: la batalla tuvo lugar cerca del Genil.

Estaba predestinado que los godos habian de establecerse y fundar su imperio en España, y los españoles parece lo comprendieron así, por efecto de algún secreto impulso. Cierto es que los godos eran, menos feroces que los demás pueblos invasores; mas sin embargo, entraban en este número; y bien sea porque los españoles comprendieron que era preciso adherirse á alguna de aquellas tribus si habian de llegar á rechazar á las demás y eligieron la que mejor con ellos procedia, ó sea que estaba dispuesto por la Providencia que la monarquía gótica quedase establecida en España, lenta pero inevitablemente se habian de ir allanando todas las dificultades, é involuntaria y naturalmente habian de avenirse los españoles con los godos.

No obstante, por entonces la fortuna auxiliaba á los suevos, quienes no tardaron muchos años en poseer toda la Bética, con la Lusitania y la Galicia, acaudillados primero por Hermerico y despues por Rechila, sus reyes. Los españoles llevaban pesadamente la dominacion de los feroces vándalos: protestaba contra ella tambien el clero, el cual por medio de Idacio, obispo en Galicia, habia impetrado el auxilio de los romanos contra aquellos feroces y crueles dominadores. Los godos, más civilizados, eran arrianos en su mayor parte, y el clero confiaba poder llegar á atraerlos al catolicismo, lo que no podia esperarse tan fácilmente de los selváticos suevos, paganos casi todos, y algunos sin creencia de ninguna especie.

No es nuevo en el mundo el que suceda lo que menos debe

esperarse: falló el cálculo del clero; porque el cruel Rechila murió en Mérida, y su hijo y sucesor Rechiario inesperadamente se convirtió al cristianismo; y aunque no dejó por esto de ser feroz y sanguinario, hizo ver que no era tan difícil como se creía el que abjurasen los suevos sus antiguos errores.

Rechiario, rey como ya dijimos de los suevos, se casó poco después con una hija del rey godo Teodoredo, y salió á recibir á su esposa á los límites del territorio vasco-navarro; y para celebrar las nupcias, sin duda, taló y cogió cuanto encontró á la mano; pasó los Pirineos, llegó á Tolosa, y dió muestras de una ferocidad poco comun. A su vuelta devastó á Lérida, saqueó á Zaragoza, y regresó á sus dominios sin que nadie se le opusiera en su camino.

En tanto Teodoredo poseía solamente la España Tarraconense, desde los Pirineos al Llobregat: era hombre esforzado, mas de avanzada edad, y aunque algunos suponen que permaneció siempre unido á los romanos, en el año 437 se apoderó de las plazas romanas situadas entre Tolosa y Narbona. Pudiera consistir el error de los que afirman otra cosa, aunque no nos parece causa suficiente, en que varios han llamado Teodorico á Teodoredo; mas sea de esto lo que quiera, es cierto que este hizo la guerra á los romanos, de los cuales era la España propiedad nada más que nominalmente.

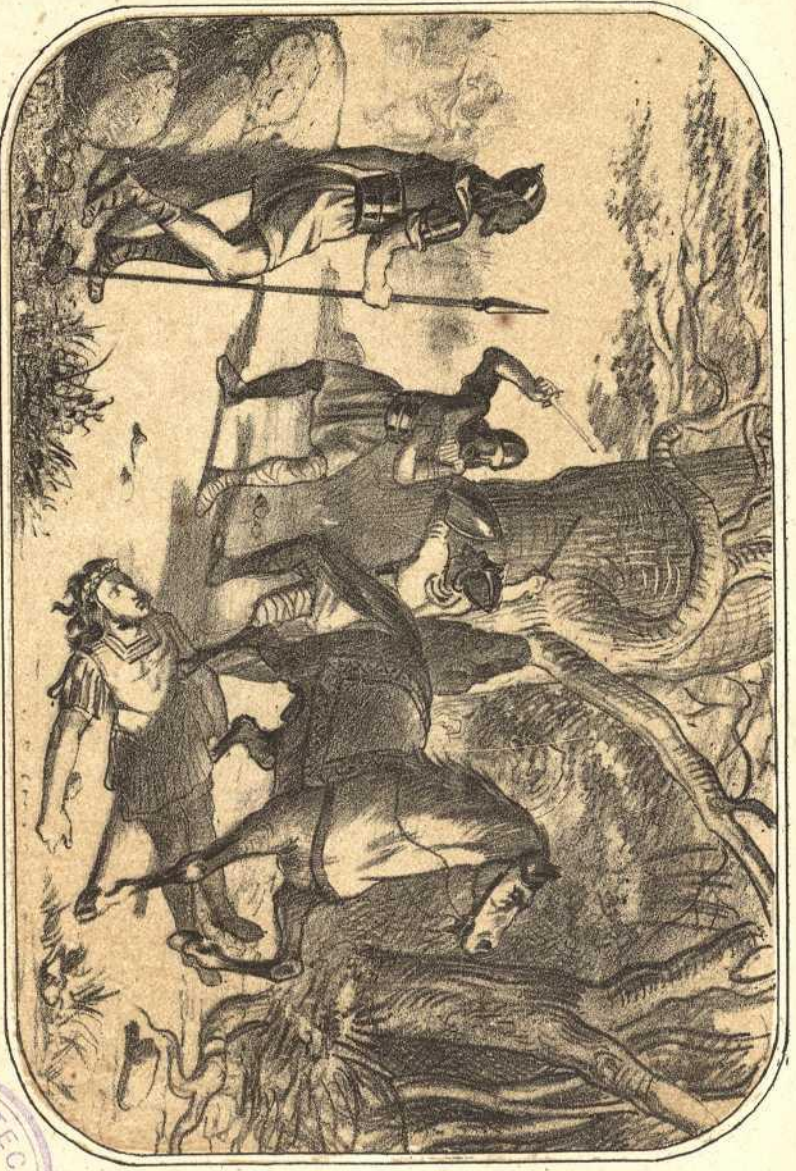
En el 438 se puso en práctica el Código Teodosiano, ó sea la primera coleccion de leyes escritas y confirmadas en el imperio romano por la soberana autoridad, y en 440 subió al solio pontificio San Leon I, el Grande.

En tanto el feroz y sanguinario Atila, rey ó caudillo de los hunos, se extendía por los dominios imperiales, talando y llevándolo todo á sangre y fuego. Corria el año 450 cuando se acercó á las Galias, y en 451 fué derrotado y regresó á la Panonia.

En el año 452, repuesto sin duda Atila de su descalabro, acometió de nuevo los dominios del imperio; y llegando á la Italia setentrional, comenzó á devastar sus provincias, haciendo la guerra tan fiera y bárbaramente como de costumbre tenia. El santo Pontífice Leon I se presentó al feroz caudillo de los hunos, el cual no pudo resistir á la imponente vista del Vicario de Jesucristo, y contuvo su furor, deteniéndose en el camino de la destruccion.

No tardó mucho, sin embargo, en continuar sus destrozos; porque internándose en las Galias, quemó y asoló á Reims; sitió á Orleans, y llevando camino de destruir todas aquellas comarcas, Teodoredo, rey de los godos, confederándose con los romanos por efecto del peligro comun, salió á detener al bárbaro Atila, presentándole la batalla en los campos cataláunicos. Los hunos experimentaron una espantosa derrota; mas no fué la victoria tan com-





Planchas 16 y 18.

Muerte de Teodoro.



pleta que no llevase consigo una importante desgracia. El anciano pero bizarro Teodoro, llevado de su ardor marcial hasta el sitio en que más embravecida estaba la batalla, cayó del caballo ileso; empero mientras su hijo Turismundo se batía con el feroz Atila y todos atendían á la necesidad de conservar la propia vida y de obtener el triunfo, fué atropellado y muerto, quedando vacante el trono de los godos (año 451).

Las tropas aclamaron inmediatamente á Turismundo, hijo de Teodoro, el cual muy en breve obtuvo sobre Atila una tan decisiva victoria, que dejando deshechas sus huestes y poniendo en grave peligro su vida, le obligó á huir precipitadamente á su propio país, derrotado, famélico y luchando con una mortífera enfermedad que diezmo los soldados, muy escasos en número, que pudieron seguirle.

En el año 453 se pusieron los primeros cimientos sobre los cuales habia de erigirse la célebre república veneciana. Un año antes habian abandonado su patria algunos italianos, huyendo de la bárbara ferocidad de los hunos. Buscando algun oculto y despoblado sitio en donde morar en tanto que las fatales circunstancias duraban, se refugiaron en varias islas pequeñas del Adriático, y aquella pequeña poblacion fué el fundamento de la temida república que ocupa en la historia un papel distinguido y notable, aunque sus glorias se presenten un tanto oscurecidas por la tiranía con que gobernaba sus pueblos aquel incalificable misto de aristocracia patricia y gobierno democrático.

En el mismo año murió Atila, y un año despues Turismundo, asesinado cobardemente. Su carácter despótico y altanero, ni aun á su propia sangre perdonaba; sin duda por esto, ó quizá por efecto de la perniciosa ambicion, se conjuraron contra él sus hermanos Teodorico y Fridgario, los cuales ganando por medio del seductor oro á un doméstico de la íntima confianza del rey, le hicieron asesinar hallándose enfermo en la cama, y por consecuencia indefenso y descuidado. Aun no se habian cumplido los tres años de su reinado (454).

El alevoso y homicida Teodorico subió al trono gótico, por el asesinato de su hermano Turismundo; y debe decirse que si tan grande é indeleble borron no manchase su historia, hubiera podido decirse de él que era buen soberano: fué tambien arriano, aunque entre los godos comenzaba á extenderse el catolicismo; mas como rey y como guerrero fué muy bueno, y le cupo la gloria de haber derrotado á los suevos, mandados por Rechiario su rey, que se mantenian posesionados de Galicia.

Ya por aquel tiempo, y por muerte de la princesa Pulqueria, se habia extinguido en Oriente la raza del gran Teodosio, y en el año

455 se extinguió tambien en Occidente. Alentados de nuevo los bárbaros que giraban de un punto á otro, se posesionaron de Roma y la saquearon durante catorce días; y en el mismo año, Teodorico, contándose como árbitro del imperio, nombró emperador de Occidente á Avito, que habia sido su maestro, á nombre del cual ganaron los visigodos una gran victoria.

En el año 457 fué depuesto Avito, y el imperio todo estaba á merced del más fuerte, hasta que algunos años despues el conde Egídio, romano, con numerosa hueste presentó la batalla á los visigodos en las inmediaciones de Orleans. Mas todos estos eran los últimos resplandores del refulgente sol del imperio, pronto á extinguirse. El verdadero jefe del de Occidente era el Sumo Pontifice; mas se conocia visiblemente que tocaba á su término.

El de Oriente no presentaba mejor aspecto; y se llegó á tomar como nuncio de terribles desgracias el voraz incendio ocurrido en Constantinopla, su capital, que destruyó muchas preciosidades, y entre ellas una notable Venus escultada por Praxiteles, y un magnífico Júpiter Olímpico hecho por Fidias: algunos al tratar de la época en que sucedió este desastre, la fijan en el año 475.

En España volvieron á alterarse los suevos, por asuntos suyos y relativos á la sucesion de sus soberanos; mas terminados estos y habiendo empuñado su cetro Remismundo, hicieron grandes levas y reunieron un formidable ejército, con el cual extendiéndose por toda la Lusitania se apoderaron de diversas ciudades; despues de lo cual, no curándose para nada del menguado poder romano, y atento solamente á conservar la gracia y favor del rey de los godos, envió Remismundo una embajada ofreciéndole estar á su obediencia; porque el poder de aquellos se aumentaba visiblemente cada dia.

No mucho despues (año 467) fué asesinado Teodorico por su hermano Eurico, y subió al trono manchadas las manos con la sangre y con el estigma del fratricida, á los trece años, poco más ó menos, de haber asesinado Teodorico á su hermano Turismundo.

Eurico el nuevo rey tuvo fijo su pensamiento, más que ninguno de sus antecesores, en arrojar á los romanos y suevos de toda España y en establecer los límites del imperio godo en la Galia Narbonense. Era muy buen soberano; y dábale cuidado Remismundo el suevo, porque, al decir de algunos, se habia casado con una hija de Turismundo, y pudiera querer vengar al padre de su esposa. Sin embargo, desentendiéndose de todo temor y recelo, porque de suyo era valiente y firme en sus decisiones, atravesó los Pirineos en 471, cuatro años despues de haber subido al trono, se hizo dueño de Aragon, de Navarra, de Valencia, y de toda España, en fin, á excepcion de Galicia, en la cual se mantenian todavia los suevos. Tam-

bien hizo conquistas en las Galias; empero debemos concretarnos á nuestra España, y decir que no es fácil conjeturar á dónde hubiera llegado Eurico con su genio guerrero y emprendor, si la muerte no le hubiera atajado en su glorioso camino. En Arlés le acometió una enfermedad que en breve le privó de la vida (año 485), á los diez y siete años de reinado.

Fué muy buen soberano; á él debe España su independencia, pues que de ella formó un reino, despues de setecientos años de no ser otra cosa que un dominio romano; y le debe, asimismo, la compilacion de todas las leyes que dieran los reyes godos sus antecesores, y uniéndolas á otras dictadas por él mismo, dió á la nacion su primer código escrito que hoy forma la celebrada coleccion que lleva el nombre de *Fuero-Juzgo*. Fué muy grande lástima que tan buen rey hubiese sido un fratricida, y que se ensañase muchísimo contra los cristianos, persiguiéndolos, no como arriano, sino á la manera de Dioleciano y Maximino, como un secuaz del pernicioso y desatinado gentilismo.

Las exequias del rey, hechas á la manera que era costumbre en aquella remota época, fueron solemnes y dignas del difunto personaje. Ya los godos no eran aquellos hombres feroces y selváticos que vinieran de los bosques del Norte. Ya conocian el lujo y ciertas comodidades y costumbres que aprendieran en su trato con los españoles y romanos, é iban adquiriendo bastante cultura.

Terminados los funerales de Eurico, fué proclamado Alarico, su hijo, segundo de este nombre, aunque el primero no llegó á reinar en España; mas fué, sin embargo, de quien heredara el poder Atilfo. Eurico, pocos momentos antes de espirar, recomendó mucho á las principales personas de su reino que hiciesen rey á su hijo, y le fuesen siempre fieles: dió á aquel excelentes consejos y poco despues abandonó el mundo.

Los primeros años del reinado de Alarico II fueron de paz y de tranquilidad, y aun despues no se alteró esta tampoco en España. En Francia sí; y como los sucesos allí ocurridos tienen muy directa relacion con los de España, debemos ocuparnos de ellos, si bien ligeramente, en el siglo inmediato, al cual corresponden.

En el año 496, el rey de los francos, Clodoveo, abjuró solemnemente el arrianismo y pidió ser bautizado. Le fué administrado el Bautismo por San Remigio, que era obispo de Reims, en el dia de la Pascua de Navidad. A ejemplo del soberano se hicieron católicos muchos individuos de su reino, entre ellos tres mil de los que más figuraban en la córte y en el ejército; y este cambio de Clodoveo influyó mucho para que se realizase la guerra que el rey franco emprendió contra el godo Alarico II, que era tenaz arriano.



y celoso hasta el exceso, aun más que su padre, por el aumento de la perniciosa é impla secta.

Los sucesos ocurridos en los años restantes del siglo V, nada tuvieron de notable. En ellos se preparó la guerra que no solo tuvo su principal origen en la diversidad de religion de los dos soberanos contendientes: quizá influyó no poco el poseer Alarico todavía una parte de la Galia, y el desear Clodoveo desposeerle de ella; porque es innegable que la naturaleza dirigida por Dios ha prefijado los límites geográficos de las naciones; y cuando un soberano los traspasa, más ó menos pronto pierde el terreno que el Supremo Poder dejó fuera de las líneas que demarcan y encierran los dominios de que un país debe estar formado.



Siglo VI.

Antes de llegar á los sucesos con que se inauguró el siglo VI, debemos reseñar varios antecedentes que aclaran no poco aquellos, facilitando completamente su inteligencia.

Uno de los caudillos de los bárbaros que fueron derrotados por Estilicon (siglo V, año 407), fué el verdadero fundador, segun antiguos autores, del reino de los ostrogodos. Llamábase Radagasio, y despues de la precitada derrota se unió al feroz Atila. Con este asistió Radagasio seguido de los suyos á la derrota del jefe de los hunos, que á sí propio se llamara el *Azote de Dios*, en los campos cataláunicos, de cuyo desastre hicimos mencion en el correspondiente lugar.

Despues de tan espantosa derrota, y por efecto de sucesos cuya relacion no hace á nuestro propósito, el jefe del imperio romano admitió á sueldo de este á los ostrogodos con su caudillo, y les dió la Panonia para que en ella morasen. Trascurrió bastante tiempo y llegó á ser rey de este pueblo Teodomiro, el cual, habiendo tenido que dar rehenes al emperador de Oriente, mandó á un hijo natural que tenia, llamado Teodorico, cuyo bello aspecto, juvenil edad, amable carácter y peregrino talento hicieron tan profunda impresion en el emperador, que le dejó volver libre al lado de su padre.

Llegó Teodorico á ser rey de los ostrogodos, y fué á visitar al emperador, á cuyas bondades estuvo siempre muy reconocido, á

tiempo que Odoacre, héruo, invadió la Italia. Teodorico pidió la vénia al emperador para marchar contra Odoacre, y habiéndole derrotado y destruido las huestes que acaudillaba, se llamó Teodorico rey de Italia, con la aquiescencia de su antiguo protector.

Entonces pensó en afirmar su poder haciendo importantes alianzas con otros soberanos; y para lograrlo se casó con una hermana de Clodoveo, rey de los francos, y dió en matrimonio á dos hijas naturales que tenía, una al rey de los visigodos Alarico II, y la otra á Gundibaldo, rey de los borgoñones.

Cuando al comenzar el siglo VI se notaron los primeros síntomas de guerra entre Clodoveo y Alarico, quiso mediar Teodorico á fin de evitar que aquélla se realizase: sus esfuerzos fueron inútiles: Alarico deseaba venir á las manos con Clodoveo, en defensa de una parte de sus dominios, y por el mortal odio que á los católicos profesaba; y Clodoveo no lo deseaba menos, para dar rienda suelta á sus deseos de engrandecer sus dominios, y por la aversion con que miraba á los arrianos. En vano Teodorico invocó la influencia que debiera tener como pariente de ambos soberanos; Clodoveo le manifestó que estaba decidido por la guerra, y que sentia cordialmente no tener dos diestras: una para estrechar la de Teodorico, y otra para enristrar la lanza y esgrimir el acero.

Por fin, y á pesar de las gestiones, cada día más vivas y eficaces, de Teodorico, la guerra comenzó y se avistaron los ejércitos de Alarico y de Clodoveo en los campos de Vouglé, muy cerca de Poitiers. Reñidísima fué la batalla, y grande el valor que demostraron ambos ejércitos; mas la suerte se mostró desde luego adversa á los godos, á pesar de los extraordinarios é incalculables esfuerzos del bizarro Alarico. Con el acero, con la lengua, con todo exhortaba y animaba á sus soldados; y aunque llegó á verse casi abandonado, no pudieron lograr que se retirase los pocos que le seguian, hasta que vió por completo desvanecida toda esperanza de triunfo. Cuando desposeido de aquella se retiraba, le alcanzó Clodoveo; y sin darle tiempo á combatir ni aun á ponerse en defensa, le derribó de un bote de lanza, suceso que no hace grande honor al rey de los francos, porque debió procurar vencerle peleando, y no casi á traicion, ó cuando menos por sorpresa. Despues de estar derribado el valiente godo, aun quiso levantarse y no dejar al franco que se jactase de haberle quitado la vida impunemente; empero lo que la traicion comenzó, no podía concluirlo la lealtad. Un peón del ejército de Clodoveo ganó á Alarico la accion, y le atravesó con su espada por la espalda.

En tanto estaba más que estrechado el rey de los francos, aunque auxiliado de uno de los suyos, defendiéndose de dos nobles godos, que á toda costa querian vengar la muerte de su rey, y que

lanza en ristre hostigaban á sus enemigos. La excelente armadura y buena loriga de Clodoveo, y despues el socorro de gente, le salvaron, retirándose ilesos los dos valientes godos despues de haber tendido algunos de sus contrarios sobre la tierra. El desastre de Alarico tuvo lugar en el año 506: la manera de morir hizo que el término que tuvo fuese en parte sentido por los suyos. Por lo demás, el sentimiento no fué grande; porque si era, en efecto, muy valiente, en cambio esta apreciable prenda del ánimo estuvo notablemente oscurecida por la falacia y por la crueldad que distinguieron casi todos sus actos, y por la ceguedad lamentable con que persiguió á los católicos y protegió el arrianismo. Promulgó leyes escritas, recopilando el Código Teodosiano, que nada tiene que ver con el *Fuero-Juzgo*, que fué compilado de órden de su padre, y que segun varios eruditos escritores, se publicó bastante tiempo despues.

Muerto el soberano, se dispersó por completo el ejército, yendo á reunirse despues en Tolosa, en tanto que Clodoveo se apoderaba de las principales ciudades de toda aquella parte de la Galia. Reunidos los nobles en Tolosa, trataron de dar sucesor al difunto Alarico: este habia dejado un hijo de muy tierna edad, llamado Amalarico, y otro, natural, por nombre Gesaleico. Huyendo quizá los nobles de una minoría siempre fatal, por otra razon poderosa, ó tal vez por intrigas de los amigos del bastardo, este fué preferido al legitimo, por la aparente razon de su edad varonil, y Gesaleico quedó proclamado rey.

Llegó esta noticia hasta el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, el cual llevó pesadamente la fatal nueva; porque Amalarico era su nieto; era hijo legitimo de Alarico y de su esposa, y el bastardo ningun parentesco tenia con el soberano ostrogodo. Para deshacer la injusticia y reconquistar los conculcados derechos de su nieto, mandó un fuerte y poderoso ejército contra el bastardo. El de este no estaba repuesto, ni era posible que lo estuviese, de la reciente derrota; de aquí la inutilidad de sus esfuerzos para resistir el ímpetu de las huestes de Teodorico, quedando este, por consecuencia, árbitro de decidir la suerte del bastardo.

No abusó el rey de Italia, como otro en su lugar quizá hubiera hecho, de la ventajosa posicion en que se encontraba, pudiendo disponer como mejor le conviniese del trono gótico. Se limitó á nombrar gobernador del reino á un ostrogodo llamado Teudis, durante la minoría de Amalarico, en quien tenia suficiente confianza para creer que cumpliria como bueno el espinoso y grave cargo que á su lealtad encomendaba.

Nada desanimado Gesaleico, aunque por el pronto desapareció de la escena política, logró, andando el tiempo, la proteccion del rey

de los vándalos; y reuniendo algun ejército, quiso derribar del trono á Amalarico. La suerte fué tan justa, como injusta la causa del bastardo; y habiéndose dado la batalla, fué derrotado aquel y en vergonzosa fuga se internó en Francia. Algunos autores dicen que murió en la accion á manos de los suyos; otros que falleció de enfermedad. De un modo ó de otro, desde el año 511, en que tuvo lugar su derrota, no volvió á saberse de él.

Llegado Amalarico á la mayor edad, empuñó el cetro, y algun tiempo despues contrajo matrimonio con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo. Era católica, y Amalarico habia sido educado en el arrianismo; empero se estipuló por ambas partes que la princesa no seria molestada en lo más mínimo, respecto de la religion que profesaba.

A medida que el rey avanzaba en edad, iba siendo más cordialmente arriano; y faltando á su sagrado compromiso, llevado de un celo indiscreto, empezó á empeñarse con su esposa á fin de lograr que abjurase el catolicismo. Comenzó por las persuasiones; á estas siguieron las amenazas, los desprecios y aun los indignos tratamientos, y nada puede haber comparable á la paciencia y santa resignacion con que la virtuosa Clotilde lo sufrió todo, antes que separarse de la práctica de aquellas máximas religiosas que desde su niñez inculcaran en su corazón.

Llegó un momento en que se hizo por demás insoportable el cruel proceder de Amalarico con su esposa, y tuvo esta necesidad de implorar el amparo de sus hermanos, hijos de Clodoveo. Childeberto, que era rey de Paris; Thierry, que lo era de Metz, y Clotario, que lo era de Soissons, atravesaron los Pirineos, y presentando la batalla á Amalarico cerca de Barcelona, fué este completamente derrotado, no pudiendo resistir su ejército, escaso en antiguos guerreros, á los numerosos veteranos que seguian á los tres reyes francos.

Amalarico se vió forzado á huir, y en su fuga ocurrió un suceso que indudablemente fué providencial. Viéndose absolutamente perdido, trató de refugiarse en un templo católico, no dudando que el sagrado asilo serviria de escudo á su vida; mas en el momento en que el furibundo arriano, que tanto habia hecho contra la verdadera y católica religion, atravesaba el umbral del sagrado templo, fué mortalmente herido; segun unos por un bote de lanza, y segun otros por un dardo (año 531).

La aristocracia gótica, que ya era poderosa, y que vió sin gran pesadumbre la muerte de Amalarico, eligió para reemplazarle á Teudis, que se habia conducido con tanto acierto como prudencia durante el largo tiempo que fué regente ó gobernador del reino, mientras pasó la menor edad del difunto rey. No engañó la esperanza á los que le eligieron, porque ninguno de sus antecesores se

desveló más por lograr el bien de sus súbditos, quienes le pagaron tal comportamiento con entrañable cariño.

Durante su reinado invadieron los francos inesperadamente la Navarra, y tomaron por sorpresa á Pamplona: despues hicieron lo mismo, y no tardaron mucho en poner sitio á Zaragoza. Sin embargo, puesto en movimiento el ejército godo, los francos temieron sin duda; porque el cariño hacía un buen soberano, es garantía segura del bélico ardor de los guerreros y de la invencible decision de los pueblos. Sin duda por esto levantaron el asedio antes de que llegase un buen ejército, acaudillado por Teudiselo, jefe valeroso, mandado por el soberano.

Algunos autores que merecen tanta consideracion como respeto, refieren un hecho digno de consignarse, y que segun los mismos fué la ocasion de levantar el cerco de Zaragoza. Parece que estrechando el sitio los francos, y temiendo los habitantes de la amenazada ciudad cuantos desastres son inherentes á la toma por conquista de una plaza, recurrieron á la religion, medio único en las grandes calamidades, y al cual se apela, por punto general, cuando toda humana esperanza se ha desvanecido.

Invocaron la proteccion de San Vicente, uno de sus mártires, y para aplacar á Dios se publicó un rigoroso ayuno y pública penitencia. Era de ver la conmovedora escena que todo el pueblo presentaba, vistiendo los hombres groseros sacos, cubiertos de ceniza, mortificados con ásperos y punzantes cilicios; sueltas las luengas cabelleras, las mujeres lloraban afligidas, y en esta forma recorrieron procesionalmente las murallas, llevando reverentemente consigo la túnica que en vida vistiera el santo mártir.

El franco caudillo, que observaba atento aquel para su vista singular espectáculo, se informó de lo que significaba, y á fuer de católico, conmovido é intimidado, levantó el sitio apresuradamente, pidiendo á los sitiados alguna reliquia del santo protector para llevarla á Francia.

Agradecidos el clero y el pueblo le cedieron una estola de San Vicente mártir, que el rey franco recibió agradecido. Se dice tambien que en memoria de este hecho mandó erigir un suntuoso templo en Paris al expresado santo, que es hoy el de San German.

Los autores que de este modo refieren el término del sitio de Zaragoza, añaden que al regresar los francos á la Galia, y al querer pasar unos desfiladeros en los Pirineos, encontraron cortado el paso por el ejército que acaudillaba Teudiselo, no dejando otro arbitrio al jefe francés que el de negociar su libertad por medio del dinero. Obtuvo lo que deseaba sin gravámen alguno, porque habiendo hecho proposiciones á Teudiselo, y gozoso este con la esperanza de percibir una cuantiosísima suma, concedió al franco veín-

ticuatro horas para explicar su proposición; y á favor del descuido del codicioso godo, aprovechando las nocturnas tinieblas, pasó el caudillo francés libremente los Pirineos, seguido de los principales de su ejército y con las más elegidas tropas. Apercebido Teudiselo de lo que ocurría, cargó rápidamente sobre los que no habían aun huido, y los pasó á cuchillo.

En el año 533 el emperador de Oriente, Justiniano, hizo publicar el *Digesto*, colección de decisiones de jurisconsultos, y las *Institutas*, que contienen los principios de la ciencia del derecho.

Un suceso desgraciado tuvo después de esto lugar en España. El citado emperador de Oriente, Justiniano, célebre por las hazañas de su grande caudillo Belisario y por la ingratitud con que procedió con este, se posesionó de Ceuta: no se sabe á punto fijo si pertenecía á los godos, pero se supone. Alarmó al buen Teudis el golpe de mano dado por los bizantinos, y temió que habiendo destruido en África el imperio de los vándalos, quisieran intentar lo mismo respecto del de los godos.

Este temor le obligó á mandar un ejército para procurar la reconquista de Ceuta; y en un principio, la bizarra manera con que asaltaron los godos en diversas ocasiones, hizo dudar al gran Belisario del éxito de la empresa; mas llegó un domingo, primero de aquel mes, y los godos, según una de sus religiosas costumbres, no quisieron combatir, como nunca en tal día combatían.

Creyeron, por desgracia, los godos que los enemigos, católicos en su totalidad, observarían de igual manera la religiosa fiesta; mas lejos de esto, aprovechando traidoramente la coyuntura, hicieron espantosa carnicería en los desprevenidos godos. Autores hay que sientan como cierto que no quedó del ejército ni un individuo que fuese á dar la noticia del desastre.

Estos son los hechos más notables que ocurrieron durante el reinado de Teudis, que fué, por lo demás, pacífico y tranquilo. Duró algo más de diez y seis años, acreciendo cada día el cariño que sus pueblos le profesaban; y no obstante, Teudis no murió de muerte natural. Un infame asesino se introdujo una mañana en la habitación del rey, y sorprendiéndole le quitó á puñaladas la vida (año 548): el regicida estaba demente, ó al menos lo fingía. Teudis encargó al morir muy encarecidamente que no se castigase á su asesino.

No podemos decir que Teudiselo, el caudillo que derrotara á los francos, hubiese sido quien impulsó el alevoso brazo del homicida, aunque quizá el creerlo no fuese en realidad un juicio temerario ni aventurado; porque él fué el elegido para suceder al bondadoso Teudiselo, y el carácter despótico, cruel, y, sobre todo, ambicioso que desplegó después de su ascension al solio gótico, dieron alguna sos-

pecha que pudiera poner en cuestion la fama de su honradez. Si fué tal como hemos dicho en cuanto soberano, como hombre fué disoluto y pérfido. Ni era posible contar con su buena fé, ni menos poner á cubierto de su disolucion el doméstico hogar ni el conyugal tálamo.

No era fácil que un rey que reunia en sí tan fatales circunstancias, mandase mucho tiempo á un pueblo por él vejado y oprimido. Algunos nobles godos que tenian recibidos del rey notorios agravios, y que deseaban vengarse de él, le invitaron á un gran banquete en Sevilla; y cuando Teudiselo estaba más divertido y menos podia adivinar el fin que le estaba reservado, le asesinaron los conjurados (año 550), á los diez y ocho meses de haber sido proclamado.

Pocos soberanos presenta la historia más ineptos para el mando que el sucesor de Teudiselo, llamado Agila. Como hombre, fué excelente; ningun orgullo tenia, y vivió sobre el trono de la misma manera que siendo particular. Su misma ineptitud fué causa sin duda de que Córdoba se rebelase; y aunque trató de domarla y para lograrlo la puso sitio, los sublevados, decididos á jugar el todo por el todo, hicieron una bizarra salida, y con el más inusitado atrevimiento se apoderaron de un hijo del rey, le quitaron la vida y se apoderaron de sus riquezas.

El mal éxito de la desdichada empresa de Córdoba acabó de desacreditar á Agila entre los suyos; y tamaño desastre contribuyó no poco á que una conjuracion, de antemano tramada, pero que se conservaba latente y quizá sin tan fatal suceso hubiera abortado, estallase de pronto. Un noble y rico godo, tal vez por ambicion, ó lastimado de la suerte que al reino esperaba si continuaba rigiendo sus destinos un hombre tan nulo como soberano, pensó en quitarle el trono y hacerse proclamar en su reemplazo.

Estaba Atanagildo en muy buena armonía con Justiniano, y fué tan mal patricio, que en su desapoderada ambicion no vaciló en acudir al emperador, que le prometió protegerle, y en pago del auxilio que de él necesitaba le ofreció una parte de la hermosa España. Puestos ambos de acuerdo, y estipuladas las respectivas condiciones, la rebelion de Atanagildo se manifestó ya abiertamente; y habiendo reunido un regular ejército, presentó la batalla al desgraciado Agila, no lejos de Sevilla, y le derrotó completamente.

Huyendo el destronado rey seguido de algunos pocos, llegó hasta Mérida; y como en el mundo se encuentra rara vez auxilio y compasion para el desgraciado, cuando su mejor salvaguardia debiera encontrarla en la propia desdicha, los mismos que le seguian le asesinaron, sin tener en cuenta su bondad y cuán buen ciudadano habia sido.

Después que Atanagildo se creyó seguro en el trono, pensó, sin duda, de muy diversa manera que mientras fué pretendiente á la corona. Al momento comenzó á inquietarle el recuerdo del interesado auxilio que le prestara Justiniano, y á temer que á favor de las circunstancias en que el reino se hallaba, no poco dividido, quisiese el romano tomarse más de lo que estaba estipulado.

Para evitar lo que recelaba, echó mano de una política tan sagaz como astuta, contemporizando con Justiniano, y haciendo notar con sus palabras la gratitud que abrigaba su corazón, aunque con las obras nada realizaba. Este estado no podia ser duradero: cuando una persona exige de otra el cumplimiento de solemnes promesas, y solo recibe halagüeñas palabras y evasivas razones, á la amistad sucede el enojo, á este la enemistad, el odio, y la ruptura de relaciones, por estrechas que estas sean.

Tal fué el resultado de las gestiones de Justiniano y de las amistosas razones de Atanagildo. El emperador determinó que decidiese el pleito la última razón de los soberanos, y el monarca godo aceptó el reto. La suerte de la guerra fué alternativamente próspera y adversa á ambos contendientes, aunque, en último resultado, Atanagildo no desmembró sus dominios. Fué notable la época de su mando, porque durante ella se restableció la religion católica en Galicia, habiéndola abrazado el primero su rey Teodomiro, y por los concilios que en aquella parte de España se celebraron para arreglar diversos é interesantes puntos relativos á disciplina.

Atanagildo fué, en general, buen soberano, y estando en Toledo, mucho después de terminada su cuestion con Justiniano, falleció á consecuencia de una enfermedad, llevando trece años de reinado (567).

A la muerte de Atanagildo siguieron algunas revueltas parciales, porque los nobles godos no estaban de acuerdo respecto de la persona que debía ser elegida para suceder en el trono al difunto soberano. A consecuencia de esto tuvo lugar un interregno de cinco meses, poco más ó menos, después del cual fué elegido por rey Liuva, primero de su nombre, que á la sazón era virey de la Galia gótica y residia en Narbona (año 567). Nada notable hizo, fuera de dar el ejemplo, inusitado hasta entonces entre los godos, de asociar al gobierno de sus dominios á su hermano Leovigildo. Este acto tuvo lugar en el segundo año de su reinado: encomendó á su hermano el cuidado de España, y él se retiró de nuevo á la Galia gótica, á fin de estar más cerca y en mejor posición para rechazar las invasiones de los francos, inquietos siempre y deseosos de extender por aquella parte sus dominios.

Leovigildo, encargado de España, como hemos antes manifestado, dió muy pronto buena muestra de sí. Era enérgico y valiente;

á estas prendas reunia un claro talento, una actividad infatigable y un carácter férreo, que hacia irrevocables y decisivas sus resoluciones; pero no se ha sentado sobre el solio gótico un arriano más tenaz ni más preocupado; baste decir que no perdonó á su propia sangre, en defensa de sus errores, como en su lugar muy pronto veremos.

En el momento que subió al trono manifestó ostensiblemente su resolución de hacer la guerra á los romanos; mas antes de dar cuenta de sus hazañas, diremos que, sin que ocurriese nada notable á Liuva I, falleció en 572, quedando solo Leovigildo en el trono.

Cuando se realizó este acontecimiento, ya su hermano habia desalojado de toda la Andalucía á los romanos, habiéndoles dado la primera batalla y derrota muy cerca de Baza; despues pasó triunfante á Málaga; tomó á Medina-Sidonia, y redujo á la obediencia á Córdoba, sublevada é independiente todavía desde el reinado de Agila, y cambió ventajosa y completamente en poco tiempo la faz del gótico imperio; y lo mismo que realizó en Andalucía, practicó en Cantabria.

Muerto su hermano Liuva I, tuvo que pasar á Aquitania, en donde rápidamente sosegó algunas alteraciones con fuerte mano: regresó á España y se dirigió á Galicia. Myro, rey de los suevos, que mandaba en aquella parte, hizo proposiciones de paz á Leovigildo, porque su esfuerzo, fortuna y carácter habian impuesto á todos los reyes de los dominios limítrofes por la parte de la Galia, y en España por Africa y Galicia. Leovigildo concedió treguas únicamente al rey suevo, y quizá lo hizo por tener decidido arrojar á un ejército fronterizo que tenian los romanos, y cuya vecindad desagradaba no poco al rey godo; y lo logró lo mismo que se lo propuso; porque más bizarro y guerrero soberano no se habia sentado en el trono gótico.

No descuidando los asuntos políticos ni los intereses de familia, pensó en abolir indirectamente la costumbre adoptada de que los nobles eligiesen el rey cuando quedaba el trono vacante, y al propio tiempo quiso introducir la ley de sucesion directa; pero sin decidirse por entonces á dar ley escrita, se limitó á imitar el ejemplo que diera su hermano al asociarle al trono, para lo cual asoció igualmente á sus dos hijos, Hermenegildo (el mayor y que hoy veneramos en los altares, mártir por la fé católica) y Recaredo. El pretexto ostensible fué la extension que habia dado á sus dominios, y la visible necesidad de tener quien le reemplazase en el cuidado del reino, en tanto que él se dedicaba á proseguir sus conquistas y engrandecer los góticos dominios. Fijó la córte en Toledo, y fué en realidad el rey que dió principio al engrandecimiento de esta ciudad, despues denominada imperial (año 554).

Leovigildo estaba casado con una hija del gobernador bizantino de la provincia de Cartagena, llamada Teodosia, y de esta eran hijos ambos hermanos Hermenegildo y Recaredo, nacidos los dos mucho antes de ser elevado al trono Leovigildo. Murió Teodosia, y el rey contrajo nuevas nupcias con Gosminda, que era viuda de Atanagildo; la primera esposa era católica, y la segunda de corazon arriana.

La madre de los dos principes godos influyó, como era natural, en la educacion de sus hijos; y aunque continuaron siendo arrianos, como su padre, las máximas que la católica reina Teodosia sembrara en el corazon de Hermenegildo y de Recaredo, aunque lentamente, no podian menos de germinar.

Leovigildo, deseando consolidar su poder, y afirmar la corona en sus descendientes, habia cuidado de hacer que sus dos hijos contrajesen enlaces ventajosos, así por efecto de alianzas con soberanos, como quitando algunos derechos más ó menos fundados, menos ó más eventuales. Para lograrlo, dispuso y realizó que Hermenegildo contrajese matrimonio con la princesa Ingunda, hija de Sigiberto rey de Lorena, y nieta del rey godo Atanagildo (del cual se supone fué de secreto católico, aunque no tuvo valor para publicarlo); matrimonio muy conveniente á los proyectos que abrigaba, porque los hijos que acaso hubiera tenido Ingunda si con otro se casaba, pudieran en su día haber suscitado algunas turbulencias, y resucitado derechos como descendientes legítimos de Atanagildo.

A Recaredo, hijo segundo de Leovigildo, le hizo desposar con otra princesa directamente emparentada con los reyes francos, circunstancia que concurría tambien en Ingunda; pero debemos ocuparnos exclusivamente por ahora de Hermenegildo, y dejar á Recaredo.

La princesa esposa del hijo mayor de Leovigildo era católica, y la madrastra de Hermenegildo furibunda arriana: mas no se limitaba á serlo hasta el fanatismo, si que tambien deseaba hacer prosélitos; empero lo que más vivamente anhelaba era atraer á la esposa de su hijastro, comprendiendo que pudiera ser perjudicial á la secta el que fuese sincera y cordialmente católica una princesa que habia de llegar á ocupar un lugar en el solio gótico.

Comenzó por no abandonar el lado de Ingunda, y no dejaba de insinuarse en su voluntad por medio de halagos y de cariñosos obsequios. Perdida completamente la esperanza de que el sistema que habia adoptado surtiese el efecto deseado y propuesto, se decidió por el contrario, y apeló á las amenazas; de estas pasó á los rigurosos é indignos tratamientos, habiendo llegado el caso de que la cruel y malvada mujer arrastrase un día por el suelo á la princesa, y otro la arrojase en un lugar inmundo.

Leovigildo se apercibió por fin de lo que pasaba, porque no pudiera estar oculto, cuando en diversas ocasiones vió las señales de las heridas que recibiera la paciente y sufrida princesa; y quiso poner un término á tales escenas, separando á su nuera del lado de su esposa Gosminda. A esto atribuyen algunos autores el haber cedido el rey á su hijo primogénito una parte de Andalucía, y no á miras políticas.

Ingunda se mantenía firme en sus creencias, y aun parecía que las afirmaban los malos tratamientos y persecuciones. Al mismo tiempo, el príncipe, cuyo corazón tan predispuesto por su madre había sido en favor de la religión verdadera, instado viva y continuamente por su esposa, estaba casi decidido á abjurar los errores del arrianismo. A las vivas y eficaces instancias de la princesa se unían las amonestaciones del arzobispo de Sevilla, San Leandro, tío de Hermenegildo; porque al asociar al gobierno Leovigildo á sus hijos, dió á Hermenegildo la parte de la Bética, como no há mucho dijimos, y el príncipe tenía habitualmente su residencia en Sevilla, y frecuentemente veía al santo arzobispo. Este, que miraba con dolor los perjuicios que al reino ocasionaba la impía secta, y que, por otra parte, había descubierto en el príncipe arriano un bellísimo natural y un gran fondo de piedad religiosa, intentó con decisión el terminar la obra que había la princesa Ingunda comenzado con tanta fé como resolución; y hallándose el rey tan distante, puesto que residía en Toledo, no se apercibió de lo que pasaba respecto de la conversión de su hijo, hasta que supo con el mayor disgusto é incomodidad que su primogénito había abjurado pública y solemnemente los impíos errores de la secta de Arrio, y que le habían imitado infinitas personas.

Recaredo, que generalmente estaba siempre más cerca de su padre, seguía siendo arriano; y la resolución de Hermenegildo, imprevista casi para todos, fué causa de una división en el reino: los católicos eran muchos más en número, como siempre lo fueron; empero entre los arrianos se encontraba la gente más poderosa, tanto por adulación al rey, cuanto porque este soberano no hubiera confiado cargo ni puesto alguno importante á ninguno que fuese católico. La actitud de uno y otro bando hacía prever que iba á inaugurarse una terrible y fatal época de desastres; porque se temía que estallase la guerra civil, la cual á sus inherentes horrores debía agregar los que produce la guerra religiosa, siempre más sostenida, intolerante y desastrosa que otra alguna.

Parecía improbable que un padre se ensañase contra su hijo; empero prescindiendo de la honda división é irreconciliable enemistad que de una guerra de religión resultan, Leovigildo había dado muy ostensibles muestras de una dureza feroz y de un carácter ex-

tremadamente sanguinario, cuando domara algunas ciudades de la Bética; habiendo llegado el caso de que arrojara la sangre por las calles de algunas ciudades, especialmente por la de Assidonia (Medina-Sidonia), corriendo también por los campos circunvecinos; si en esto hay exageración, en ella están conformes todos los escritores que en otros puntos menos notables difieren.

Con tales antecedentes, todo el mundo esperaba y temía que la guerra estallase; por una y otra parte se hacían preparativos, se aprestaban armas y máquinas, se fortificaban las ciudades y se aguardaba el terrible momento, sin que uno ni otro bando se determinase á derramar el primero la contraria sangre; porque en semejantes casos, una sola gota es precursora infalible de grandes estragos y de innumerables horrores.

Con el principio de la intestina y religiosa lucha coincidió, y no deja de ser notable, el nacimiento de Mahoma, en Medina (en la Meca); parece que el nacimiento del falso profeta, que algunos fijan pocos años antes de esta fecha, vino á anunciar la horrorosa efusión de sangre, y á renovar los tiempos de Diocleciano, Maximiano y Galerio.

En tanto Hermenegildo se preparaba, decidido á no levantar la espada contra su padre; empero sin embargo de haber determinado estar á la defensiva, no pudiendo serle indiferente la suerte de los suyos, á fin de no dejarlos perecer y de no colocarles en la dura precisión de entregar el cuello al verdugo como inermes corderos, fortificó egrégiamente á Córdoba y Sevilla, acopió grandes provisiones de boca, y aun estaba haciendo sus indispensables prevenciones cuando su padre había comenzado la persecución y la guerra (año 582).

Hermenegildo había estipulado una alianza con los romanos, para que le auxiliasen si su padre desplegaba todos los recursos de que disponía en contra de sus partidarios; mas poco tardó Leovigildo en romper dicho tratado, atrayendo á su partido á los romanos, los cuales no conocían otro Dios fuera del *becerro de oro*. Prodigando este metal, que á pesar de haber hecho en el mundo muchos bienes, creemos haya ocasionado mayor número de males, desertaron todos los romanos del bando de los católicos y se pasaron al del arriano Leovigildo.

La guerra anunciaba ser horribilísima; por punto general, la sangre derramada por causas religiosas y políticas suele ser muy fecunda, y la de los católicos producía diariamente nuevos prosélitos y mayor número de neófitos. Acaso por esto creyó el rey oportuno celebrar un concilio en Toledo, á fin de reformar ciertos puntos de la impía secta; reforma en que maquiavélicamente pensaba, á fin de engañar á los menos cautos y disminuir el número de los ca-

tólicos, aunque quizá sin propósito de que los decretos del concilio se cumpliesen.

Al efecto mandó convocar el concilio, admitiendo en él solamente á los obispos arrianos. Sin duda les hizo saber primero cuáles eran sus intenciones, ó á los obispos sectarios, errando como erraban en lo mas importante y sustancial, les era indiferente errar en lo menos, y faltando escandalosamente á su conciencia, secundar el engaño. Sea de esto lo que quiera, el concilio decretó diversos puntos, y entre ellos los dos cardinales quizá en que la secta de Arrio fundaba su perniciosa é impía doctrina. Uno de los decretos fué para prohibir la renovacion del Bautismo, que todo arriano debia recibir aun cuando fuese antes católico y por consiguiente estuviese bautizado, siendo sacramento que no se puede renovar; y otro abjurando de varios errores, entre ellos el más importante relativo al misterio de la Santísima Trinidad.

Inútil es decir que nada de cuanto el concilio decretó se llevó á debido efecto; pero sí se cumplió el objeto de Leovigildo, reducido á engañar á los incautos y dar largas á una guerra que se presentaba amenazadora y horrible. En efecto; tres años trascurrieron, durante los cuales se templó mucho el celo religioso de no pocos católicos; porque no hay seres más refinadamente hipócritas, ni que más habil sutileza tengan para inocular el veneno, que los sectarios de la herejía, cuando tratan de atraer á los confiados y crédulos. Aquellos, por otra parte, se apoyaban para convencer á los partidarios de Hermenegildo en las decisiones del concilio, el cual en apariencia se habia mostrado casi católico.

Llegó el desgraciado caso de que el rey Leovigildo, despues de haber hecho grandes levas, reunió un numeroso ejército y puso sitio á Sevilla. No concuerdan los autores al señalar el sitio en que el rey hizo prisionero á Hermenegildo. Está, sin embargo, averiguado que, perdida la esperanza de este, se recogió en un templo, y allí esperó. Su padre habia ya hecho prender fuego á los arrabales del pueblo; y Recaredo, que acompañaba á su padre y amaba como era razon á su hermano, pidió al rey permiso, y á Hermenegildo hora, para verse con este, y avistados ambos hermanos, pasó largo rato sin que pudiera hablar palabra ninguno de los dos: tal era la pena que en ambos causaban las tristes circunstancias que habian motivado aquella entrevista. Por último, Recaredo rompió el silencio para hacer un discreto razonamiento, cumpliendo con ambos deberes, filial y fraternal; instó vivamente á su hermano para que se entregase á su padre como hijo humilde que reconocía la paternidad potestad sin reparar en que esta abusase ó no de su poder y estuviese mal ó bien dirigida, y el resultado fué que Hermenegildo cedió y se entregó á su padre, quien al verle trocó el semblante

grave en afable, abrazó á su hijo, que se habia arrojado á sus piés, y usó con él de muy tiernas y sentidas palabras. En seguida le mandó ir á los reales, en cuyo punto no mucho despues le mandó despojar de las insignias de soberano y llevar preso á Sevilla, en cuya ciudad fué puesto á buen recaudó en una elevadísima y angosta torre, cerca de la puerta de Córdoba. Se asegura que no pareciéndole á Leovigildo que su hijo estaba bastante seguro, consintió, si no lo dispuso él mismo, que le sujetasen con cadenas, y por medio del llamado *pié de amigo* le pusieron sujetas las manos al cuello. Consta, si es que en esto hay exageracion, que teniendo el jóven y real prisionero escrúpulo de haber tomado las armas contra su padre, aunque sin intencion de esgrimirlas contra él directamente y en todo caso en defensa propia, desde el primer dia de su prision se entregó á la penitencia, probando apenas algun manjar de los que le llevaban, vistiendo duros cilicios, y durmiendo sobre ellos el corto rato que dedicaba á pagar el inevitable tributo á la frágil naturaleza humana.

Llegó el 14 de Abril de 586, domingo en el cual cayó en aquel año la Pascua de Resurreccion; y el rey mandó que un obispo arriano fuese á la prision, y redujese á Hermenegildo para que, en razon á celebrarse aquella festividad, cumpliese con los deberes religiosos que la misma exigia, pero siguiendo la costumbre y manera de los heréticos sectarios de Arrio. Todo el empeño de Leovigildo estribaba en que su hijo abjurase el catolicismo; y firme este en mantener incólume en su corazon la fé católica, ni aun quiso oir al fanático prelado, haciéndole que se alejase inmediatamente de su vista.

Sentido el rey del desprecio hecho al obispo y que consideraba como suyo, en el instante mismo mandó que pasase á la prision un verdugo, que segun antiguos autores se llamaba Sisberto, el cual, cumpliendo con el impío y desnaturalizado mandato, cortó la cabeza á Hermenegildo, pocas horas despues de la en que se presentó el obispo arriano, que se dice fué á la media noche.

La corta y virtuosa vida del jóven principe, así como la gran penitencia que hiciera en la prision, y sobre todo, el haber sido un verdadero mártir de la fé católica, movieron sin duda al gran Sixto V á mandar colocar el nombre del malogrado rey de Sevilla en el Calendario español, en el mismo dia en que recibió la santa corona de los mártires.

Poco tiempo vivió el feroz Leovigildo; pero aun le quedó vida suficiente para continuar ensañándose con los católicos, y persiguiendo á los santos prelados á quienes no arredraba su impío furor. Desterró á San Leandro, arzobispo de Sevilla, á su hermano Fulgencio que era obispo de Ecija, y al que ocupaba la silla de Mérida,

porque se negó á entregarle la túnica que vistiera Santa Olalla; se apoderó de las rentas de diversas iglesias; sustituyó los prelados católicos con otros decididamente arrianos, y mandó dar muerte á varios opulentos particulares, bajo especiosos pretextos, siendo la verdadera causa de tantos atropellos su grande impiedad y la no menor avaricia.

No obstante cuanto dicho dejamos, debemos repetir que Leovigildo, como soberano, fué el mejor de cuantos le precedieron; engrandeció el reino y dió grande gloria á la nacion. Consecuentes en el propósito de seguir en nuestra sencilla narracion la más estricta y severa imparcialidad, lo mismo en las anteriores épocas y en la presente que al llegar á referir los hechos que han tenido lugar en nuestros dias, nos hemos olvidado y nos olvidaremos en lo sucesivo de nuestra particular opinion y particulares convicciones, á fin de huir, en cuanto posible sea, de dar color político á nuestros pobres escritos; porque el historiador, siquier sea modesto y oscuro, ó esclarecido y erudito, debe ser, respectó de la historia y de los personajes que en ella figuran, lo que el fiscal respectó de la ley y de los que por esta deben ser castigados ó protegidos. Por eso al presentar los desmanes que á fuer de fanático y recalcitrante arriano cometiera Leovigildo, no omitimos las alabanzas, justísimas por cierto, que en otro concepto merece, si bien no encontramos disculpa para haber dado á la guerra con los católicos tan sangriento desenlace, mucho más cuando su hijo, cediendo á las instancias de su hermano Recaredo, se entregó bajo el seguro de la palabra real, y confiado en el paternal cariño.

Como esta guerra, sin duda alguna, es un episodio histórico de suyo muy interesante, no queremos dejar de insertar dos cartas que por ciertas se tienen, á fin de que se pueda juzgar con más acierto acerca del proceder de ambos reyes, padre é hijo; de este modo no debe quedar lugar á la duda. Hemos ya dicho que á pesar de no haber esgrimido Hermenegildo las armas directamente contra su padre, tuvo tan fuertes escrúpulos acerca de su proceder, que los últimos dias de su vida los pasó en la más rigurosa penitencia y sufrió el martirio con inalterable tranquilidad y conformidad absoluta y completa. Sin embargo, la simple lectura del documento que vamos á insertar da á conocer que jamás faltó al respeto que debia guardar á Leovigildo, ni como padre, ni como rey. Este, antes de que la guerra se embraveciese y tomase grandes proporciones, envió sus embajadores á Hermenegildo con una carta, en la cual, entre otros particulares, le decia: «Más quisiera, si tú vieras en ello, tratar de nuestras haciendas y diferencias en presencia que por carta; porque ¿qué cosa no alcanzara de tí si estuvieras delante, quier te mandara como rey, quier te castigara

»como padre? Trajérate á la memoria los beneficios y regalos pa-
 »sados, de que parece con tu inconstancia te burlas y haces escar-
 »nio. Desde tu niñez (puede ser con demasiada blandura) te crié y
 »amaestré con cuidado, como quien esperaba serías rey de los go-
 »dos en mi lugar. En tu edad más crecida, antes que tú lo pidieses,
 »y aun lo pensases, te di más de lo que pudieras esperar, pues te hice
 »compañero de mi reinado, y te puse en las manos el sceptro para
 »que me ayudases á llevar la carga, no para que armases contra mí
 »las gentes extrañas con quien te pretendes ligar. Fuera de lo que se
 »acostumbra, te di nombre de rey, para que contento de ser mi
 »compañero en el poder, me dejases el primer lugar, y en esta mi
 »edad cargada me sirvieses de arrimo y me aliviases el peso. Si de-
 »más de todo esto deseas alguna otra cosa, decláralo á tu padre;
 »pero si sobre tu edad, contra la costumbre, allende tus méritos te
 »he dado todo lo que podías imaginar, ¿por qué causa como ingra-
 »to al implamente, ó como malvado, fuera de razon engañas mis es-
 »peranzas y las truecas en dolor? Que si te era cosa pesada espe-
 »rar la muerte deste viejo y los pocos años que naturalmente me
 »pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que diese parte
 »del reino á tu hermano, fuera razon que me declararas tu senti-
 »miento primero, y finalmente lo remitieras á mi voluntad. La amb-
 »bicion, sin duda, y deseo de reinar, te despeña, que suele quebran-
 »tar las leyes de la naturaleza, y desatar las cosas que entre sí esta-
 »ban con perpetuos nudos atadas. Excúsaste con tu conciencia, y
 »cúbreste con el velo de la religion, bien lo veo, en lo cual advier-
 »to que no solamente quebrantas las leyes humanas, sino que pro-
 »vocas sobre tu cabeza la ira de Dios. De aquella religion te apar-
 »tas, guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo el nom-
 »bre de los godos se ha aumentado en riquezas y ensanchado en
 »poderio. ¿Por ventura menospreciarás la autoridad de tus antepa-
 »sados que debías tener por sacrosanta, y por dechado sus obras?
 »Esto solo pudiera bastar para que considerases la vanidad de esa
 »nueva religion, pues aparta el hijo del padre, y los nombres de
 »mayor amor muda en odio mortal. A mí, hijo, por la mayor edad
 »toca el aconsejarte que vuelvas en tí, y como padre, mandarte
 »que dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu corazon. Si lo
 »haces así, facilmente alcanzarás perdon de las culpas hasta aquí
 »cometidas; si acaso no condesciendes con mi voluntad y me fuer-
 »zas á tomar las armas, será por demás en lo de adelante esperar
 »ni implorar la misericordia de tu padre.»

A esta carta en que Leovigildo atribuye á la ambicion y deseos
 de reinar la resolucion de su hijo al abrazar el catolicismo, con-
 testó este con las siguientes líneas:

«Con paciencia y con igual ánimo, rey y señor, he sufrido las

amenazas y baldones de tu carta, dado que pudieras templar la libertad de la lengua y la cólera, pues en ninguna cosa te he verrado. A tus beneficios, que yo tambien confieso son mayores que mis merecimientos, deseo en algun tiempo corresponder con el servicio que es razon, y permanecer por toda la vida en la reverencia que yo estoy obligado á tener á mi padre. Mas en abrazar la religion más segura, que tú para hacerla odiosa llamas nueva, nos conformábamos con el juicio de todo el mundo, además de otras muchas razones que hay para abonalla. No trato cuál sea más verdadera: cada cual siga la que en esta parte le pareciere, á tal que se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la buena andanza de nuestra nacion á la secta arriana que siguen, por no advertir la costumbre que tiene Dios de dar prosperidad, y permitir por algun tiempo que pasen sin castigo los que pretenden de todo punto derribar; y esto para que sientan más los reveses y el trocarse su buena andanza en contrario. Y que la tal prosperidad no sea constante ni perpétua, lo declara bastantemente el fin en que por semejante camino han parado los vándalos y los ostrogodos. Que si te ofendes de haber yo mudado partido sin consultarte primero, séame licito que yo tambien sienta que no me des lugar y licencia para que estime en más mi conciencia que todas las cosas, por lo cual si necesario fuere, estoy presto á derramar la sangre y perder la vida; ni es justo que el padre pueda con su hijo más que las leyes divinas y la verdad. Suplico á Nuestro Señor que tus consejos sean saludables á la república, y no perjudiciales á nos que somos tus hijos; y que te abra los ojos para que no des orejas á chismeras y reportes, con que tú tengas que llover toda la vida, y á nuestra casa resulte infamia y daño irremparable, por cualquiera de las dos partes que la victoria quedare.»

De ambos documentos podrá el lector deducir lo que más justo estime: que no luchó el hijo contra el padre; que se limitó á sufrir el cerco en Sevilla, y que de la ciudad huyó, ya lo sabe, así como tambien conoce el trágico desenlace de la triste y sangrienta cuestion: réstanos solamente decir que Leovigildo, acaso pesaroso de haber mandado dar muerte á Hermenegildo, se ensañó más y más con los católicos, quizá por considerarlos primordial causa de la fatal contienda.

El bizarro rey fué guerrero y emprendedor hasta los últimos momentos de su vida. El fué quien, prevaliéndose de las oportunas circunstancias, se apoderó de la parte de España que hacia ciento setenta y cuatro años poseian los suevos, no habiendo omitido durante su reinado fatiga, diligencia ni peligro para acrecentar sus dominios y engrandecer su reino. Se asegura que al fin de su vida

abjuró la herejía, y que trató con Recaredo su hijo y sucesor diversos puntos en favor de la religion católica, asegurándole que el reino que tan engrandecido le dejaba, lo seria más cada dia cuando todos los godos abrazasen la verdadera religion, y que tuviese y estimase como á padres á los prelados Leandro y Fulgencio, cuyo destierro dejó alzado en una cláusula expresa de su testamento. Se dice asimismo que hizo venir á San Leandro y que le rogó cuidase de su hijo, y que le amonestase á fin de que llegase á ser en costumbres y bondad como Hermenegildo su hermano, á quien sin causa suficiente habia hecho quitar la vida; de la cual pasó Leovigildo á la eterna, al amanecer del miércoles 2 de Abril del año 587.

Este gran rey y esforzado guerrero se esmeró tanto en realzar la potestad real, que fué el primero en usar del régio manto, del cetro y de la corona, á la cual sin duda alguna dió más esplendor que ninguno de sus predecesores.

Después de celebrar con la debida pompa las exequias de Leovigildo, fué unánimemente aclamado su hijo Recaredo. Desde el momento comenzó á seguir las huellas de su padre, dedicándose á encontrar la mejor manera de engrandecer su reino y de moralizar á sus súbditos; porque uno de los puntos más importantes de que se ocupó Leovigildo fué de la reforma de las leyes por que eran regidos los godos, aumentando algunas, aboliendo otras, y perfeccionando hasta donde le fué posible tan grave é interesante ramo.

Dicese que Recaredo, antes de la muerte de su padre, era en secreto católico; tambien que aquel lo supo en los últimos momentos, cosa que nada de particular tiene si se recuerda que el moribundo rey cambió de creencias religiosas, segun Mariana y otros indican. Se asegura igualmente que en los primeros meses de su reinado no se mostró francamente católico Recaredo, tratando de preparar antes los ánimos de los principales godos, á fin de que le imitasen; y últimamente, tambien se dice que los hermanos Leandro y Fulgencio, esclarecidos prelados católicos como en otra ocasion hemos dicho, instaron al nuevo rey para que no demorase su pública conversion.

Recaredo era muy querido de todos; porque á su figura verdaderamente simpática, unia un claro talento y una afabilidad extremada. El valor personal, prenda tan necesaria en un soberano, era en aquella época una cualidad tan indispensable como considerada; y Recaredo tenia en este punto una muy respetable reputacion, porque se habia distinguido en diversas ocasiones, y muy principalmente en las campañas de la Septimania.

En otro lugar hemos dicho que la educacion del nuevo rey, lo

mismo que la de su hermano Hermenegildo, habia sido cimentada sobre las sólidas máximas de la católica religion: es muy probable que el no haberse manifestado abierta y francamente católico al mismo tiempo que su hermano, consistiese en el temor de ocasionar á su padre más disgustos de los que la guerra con Hermenegildo le causara; no por el de perder la vida, puesto que tenia bien probado su esfuerzo y su resuelto carácter.

Después que subió al trono conversó frecuentemente con su tío el arzobispo de Sevilla, y tomó su parecer para buscar el acierto en distintas ocasiones; mas como quiera que sus deseos no se limitaban á dar ejemplo, si que tambien queria que á su conversion siguiesen tantas que hiciesen cambiar instantáneamente la faz de la nacion en el punto de que su imaginacion más se ocupaba, en los primeros meses de su reinado continuó estudiando el carácter y circunstancias de aquellos á quienes deseaba atraer, estudio que tenia comenzado desde mucho antes de sentarse en el trono gótico.

Algunos autores fijan la muerte de Leovigildo en el año 586; nosotros hemos señalado el 587, no solamente por haberlo visto así escrito en antiguos y respetables documentos, sino porque Máximo, que escribió en aquella tan remota época, dice haberse hallado presente á la muerte de Leovigildo, y señala el año, dia y hora del fallecimiento, exactamente como nosotros en su lugar hemos dicho.

Corria el indicado año, y apenas acababa de empuñar con vigorosa mano Recaredo el cetro de los godos, cuando ya dió una prueba de su decision por la fé católica, y de su cariñoso recuerdo á la memoria de su hermano. El verdugo Sisberto, que no por ser segun algunos respetables autores capitán de la guardia del rey merece mas honrado nombre, pagó muy pronto la funesta gloria que adquirió entre los arrianos por haber degollado á Hermenegildo. Se cree que el pretexto, si es que no hubo razon, fué el haber conspirado contra el nuevo monarca; sea por esta causa, ó porque la inocente sangre vertida reclamaba la debida expiacion, es lo cierto que el autorizado asesino del príncipe mártir fué decapitado pocos meses después de ceñir Recaredo la régia diadema.

Esta justicia fué el toque de alarma para ciertos arrianos, en cuyos intereses no entraba ni podia entrar el abjurar sus errores; empero estos eran en corto número. El rey habia terminado sus cálculos y observaciones respecto de las principales y más influyentes personas de su reino, y para atraerlas y asegurar su cooperacion, á unos lisonjeó con honores, á otros con dádivas, que era por el exceso liberal y magnífico; y asegurando á unos pocos de esta manera á fin de que no hiciesen oposicion á los desinteresados y de recto proceder, se afirmó en el trono, y se creyó en posicion de obrar francamente y sin rémora.

Aun corria, aunque estaba espirando, el primer año de su reinado, cuando Recaredo públicamente anunció que abrazaba la fé católica tal como estaba concebida en el símbolo de Nicea; y al hacer el rey tan importante y trascendental declaracion, le imitaron y siguieron todas las personas de valía, casi todos los obispos arrianos, y el pueblo todo; porque de este la mayor parte era secretamente católica, y el temor solamente la tenia retraida, y la obligaba á no publicar sus religiosos sentimientos.

Dado este paso, forzoso era que Recaredo, aunque en realidad le fuese sensible revocar muchos decretos ú órdenes que subsistian vigentes desde el anterior reinado, deshiciese las injusticias hechas por su padre, reintegrando á cuantos habian sido privados de sus bienes por su opinion religiosa. Hizolo así, en efecto, y todos los perjudicados en tal concepto fueron inmediatamente reintegrados, y aunque comprendió que si hacia la misma justicia á los obispos depuestos por Leovigildo, los arrianos que ocupaban las respectivas sillas tratarian de conspirar contra él directamente, su rectitud pudo más que toda otra consideracion, y al vil temor se sobrepuso el noble valor. Dió, pues, sin vacilar la orden, y los obispos católicos volvieron á las diócesis de que habian sido injustamente separados en el reinado anterior, y los prelados arrianos al abandonar aquellas juraron llevar á cabo su sangrienta venganza.

El triunfo del catolicismo fué completo; casi no quedó en España un arriano que no abrazase la verdadera fé, excepto los prelados depuestos, cuya ambicion y avaricia habian quedado defraudadas. Decididos á conspirar, no tardaron mucho en manifestar su impío pensamiento: el primero que levantó el estandarte de la rebelion fué un obispo arriano, llamado Ataloco, que residia en la Galia Narbonense. Era tan fanático, y tan adherido estaba á la impía secta, que podia llamársele patriarca de ella: baste decir que más bien que por su propio nombre se le conocia por el de Arrio, como si fuera el mismo autor de aquella herética doctrina.

Ataloco encontró fuerte apoyo en dos condes poderosos de la citada provincia, que le secundaron de importante manera; mas el ejército de Recaredo, acudiendo al instante á sofocar la inicua rebelion, pronto abatió la impía bandera, y los rebeldes de la Galia gótica fueron en muy corto tiempo sujetos.

En España fué Sunna, obispo arriano de Mérida puesto por Leovigildo, quien trató antes que otro alguno de alterar la paz. Su primer deseo se dirigia á privar de la vida á Mausona, varon respetable por su sabiduría y virtud, que habiendo sido depuesto de la silla metropolitana de Mérida por Leovigildo, fué reintegrado en ella por Recaredo. El gobierno de aquella provincia, que era la España lusitana, estaba encomendado por el rey al duque Claudio,

celoso católico y fiel súbdito, no menos entendido que en las artes de la paz, en las de la guerra. Bien comprendió Sunna que era Claudio un fuerte obstáculo para lograr la perpetracion del execrable delito que meditaba; mas unido al ambicioso conde Segga, y apoyado por algunos pocos que esperaban medrar á favor de la revuelta, decidió asesinar á Claudio al mismo tiempo que al venerable Mausona; y encargó la ejecucion de los asesinatos á un jóven godo, de ánimo esforzado y de gran corazon, llamado Viterico, á quien más adelante veremos ocupar el solio de los godos, el cual, siendo individuo del séquito y familia del duque Claudio, podria pérfidamente, pero con más facilidad que otro, perpetrar el nefando crimen.

Concertado el plan, y todo dispuesto y preparado, el arriano y despechado Sunna pidió lugar y hora á Mausona para visitarle. El prelado católico, que si bien ignorante de la conspiracion que para su daño estaba fraguada, no podia menos de temerlo todo de aquel hombre impío y cruel, dió parte al duque Claudio, el cual se ofreció á asistir á la entrevista.

Llegado el momento, el jóven Viterico, colocado como siempre á la espalda del duque, fué á sacar el acero, mas no pudo verificarlo. Imposible es asegurar si fué temor de morir á manos de los que á Claudio acompañaban, ó de ejecutar tan notoria maldad: lo que puede decirse es que se quedó con el arma empuñada, sin decidirse á desnudarla. Dado este golpe en vago, quisieron los conjurados lograr por otros medios realizarle, y al efecto trataron de aprovechar una ocasion que creyeron tan oportuna como segura.

Un dia en que se celebraba una solemne fiesta á Santa Olalla, trataron de asesinar á Mausona y á Claudio que habian de ir en una devota procesion. En ella tomaban parte tambien muchos parciales de Sunna y Segga, los cuales en un momento dado podrian tomar las armas necesarias; porque habian de aparecer en el trayecto que la procesion debia recorrer, algunos carros cargados de trigo, y en ellos se llevarian ocultas las espadas para proveer de ellas á los conjurados. Afortunadamente abortó tambien la nueva conspiracion; porque el jóven Viterico, al parecer arrepentido de haber tomado parte en la primera, dió aviso al duque Claudio; y este, preparando oportunamente sus tropas, cargó sobre los conjurados y degolló á los que, armados ya, quisieron hacer resistencia: Sunna fué desterrado á África, y Segga, cortadas las manos, á Galicia.

De más consideracion é importancia fué otro complot tramado dentro de la casa de Recaredo, y directamente contra el mismo rey, por un obispo arriano, llamado Uldila, apoyado y auxiliado por Gosminda, madrastra de Recaredo, y la primer causa quizá del asesinato de

Hermenegildo. Mas afortunadamente tambien abortó; el arriano fué desterrado, y la muerte vino oportunamente á sacar á Recaredo del fuerte compromiso en que se hallaba, colocado en la alternativa de castigar á la viuda de su padre, ó dejar aquella impía é indomable mujer en libertad y posicion de continuar atentando contra la vida de su entenado y soberano.

Apenas habia trascurrido un año, cuando un cierto Argimundo, duque de una provincia, conspiró de nuevo contra Recaredo; pero este no solamente fraguó el complot con el objeto de abolir la religion católica: conspiró contra la vida del rey y con el propósito de apoderarse del trono. Dios protegia visiblemente al soberano, quien descubrió por medio de un incidente casual la horrible trama: los que en ella tomaron parte, pagaron con la vida su delito. El duque Argimundo, que tan escandalosamente habia abusado de la confianza que en él depositara Recaredo, volviendo la espada contra él y tratando de arrancarle con la vida la corona, sufrió mayor castigo, así como era mucho mayor su delito. Despues de raparle la cabeza (castigo ignominioso en aquella época, igual á degradarle de la categoria de noble), le cortaron la diestra mano y fué paseado sobre un jumento, sufriendo en su larga carrera por toda la ciudad las burlas é insultos de la plebe, que, amando tan cordialmente á su rey, miró con horror y desprecio al conspirador. Terminado el paseo, fué decapitado Argimundo.

Desde el reinado de Recaredo I, comienza á hablarse frecuentemente de duques y de condes, y no creemos esté fuera de lugar hacer alguna ligera explicacion acerca de ambas dignidades, muy diferentes en su creacion de lo que son hoy dia. Era entonces, como ahora, superior la de duque (dux) á la de conde (comes): aquel titulo se daba generalmente á los que desempeñaban el cargo de capitanes generales. Algun autor antiguo manifiesta que tenian el derecho de *batir* (acuñar) moneda para el pago de sueldos de los guerreros y hombres de armas que á sus órdenes tenian, y que de este privilegio y de su dignidad de duques, tomó cierto género de moneda, denominada en un principio *escudo*, el nombre de *ducado*, que despues solo fué imaginaria.

Llevaban generalmente el titulo de condes los gobernadores de provincia; y despues se amplió la concesion á cuantos ejercian un cargo ó empleo principal y de importancia. Por esto habia en remotos tiempos un conde de la Cámara; otro del Patrimonio; otro del Tesoro; otro de los Notarios, y hay quien afirma que el jefe de las caballerizas se llamaba conde del Establo, y que variando sus obligaciones y sufriendo modificaciones su denominacion, por efecto del trascurso del tiempo, del titulo *conde del Establo*, se formó el de *condestable*.

Recaredo, después de sofocar con la debida energía las diversas conspiraciones cuyo foco existia en los depuestos arrianos, se dedicó al cuidado del reino, y á dar uno y otro día continuas y ostensibles pruebas de su liberalidad. A su costa mantenía algunos establecimientos que pudiéramos llamar hospicios; socorría á infinitos necesitados; hacia edificar suntuosos templos, y á todo atendia con vigilante cuidado. Mas como estaba convencido de que los arrianos que fueron prelados no desistirian en sus maquinaciones, mandó que se convocase un concilio (tercero Toledano), que dió por resultado la paz en todos los dominios españoles.

Antes de reunirse, según la general opinion, obtuvo Recaredo sobre los francos una gran victoria, brillantísima página del reinado de este rey. Los francos (año 588) se preparaban á hacer una nueva intentona; porque el rey Guntrando no habia podido olvidar la vergonzosa derrota que en tiempos anteriores habia sufrido uno de sus generales. Juntando y entresacando de todos sus dominios un fuerte ejército invadió la Galia gótica, con tan imponente aparato que hubiera debido atemorizar á corazones menos fuertes y varoniles que los de los godos. El fiel y entendido duque Claudio fué el general escogido por Recaredo para pasar á la Galia desde el gobierno de la Lusitania, encargado de rechazar al ejército franco, que contaba más de 60,000 combatientes. No queremos consignar el número de hombres que seguian al duque Claudio, porque nos parece imposible que por medios humanos pudiese aquél vencer á tantos contrarios, si es cierto lo que autores antiguos refieren. Enemigos de toda exageracion, por grata y lisonjera que parezca, nos limitaremos á decir que el ejército de Recaredo I era muy inferior en número al del rey franco, y que, sin embargo, la victoria fué de aquél, sufriendo el enemigo inmensas pérdidas cerca de Carcasóna, en cuyo sitio tuvo lugar la batalla, que fué tan empeñada como sangrienta.

Esta memorable accion de guerra fué anterior á la traicion de Argismundo, y después de esta se verificó la convocacion del tercer concilio Toledano; y aunque rara vez, por no truncar la narracion, se anteponga algun hecho á otro, rectificaremos y fijaremos el orden cronológico de los sucesos, á fin de evitar toda confusion y duda.

Para confirmar el acto solemne é importante de haber abrazado la religion católica toda la nacion; restituir á su primitivo vigor la disciplina eclesiástica, harto relajada por las vicisitudes hijas de tan aciagos dias y anormal estado, y para contrarestar y oponer un indestructible dique á las maquinaciones de los arrianos, se dispuso la celebracion de un concilio nacional, según en su oportuno lugar hemos anunciado. Fueron convocados todos los obispos de los dominios góticos, ó españoles, y determinó el rey que se reuniesen



en Toledo, córte en aquel tiempo y por consecuencia capital de todo el reino.

Cerca de setenta prelados, entre ellos algunos metropolitanos ó arzobispos, acudieron al llamamiento, y la primera sesion se celebró en los primeros dias del mes de Mayo del año 589. Veintitres cánones fueron promulgados, dirigidos á reformar la relajada disciplina, con otros no menos importantes. Fué notable tambien este concilio, por haber ratificado en su seno el rey y su esposa la solemne abjuracion de los errores de Arrio, cuyo ejemplo imitaron pública y solemnemente algunos obispos, que habian sido en otro tiempo tocados del contagio, y tambien varios nobles.

Dicen varios autores que se miró á la antigüedad de los prelados para *distribuir los asientos*, y que por esta razon el célebre Mausona, obispo de Mérida, obtuvo el primer lugar; Eufemio, ó Euphimio, de Toledo, el segundo; y Leandro de Sevilla, el tercero. El rey presenció tambien el concilio, y al pié de los decretos puso su firma, debajo de esta fórmula: «Flavio Recaredo, rey, esta deliberacion que determinamos con el santo concilio, confirmándola, firmamos.»

El dia 3 de Setiembre del año 590 ascendió al solio pontificio San Gregorio el Magno, elegido unánimemente por el clero y el pueblo á consecuencia de la muerte de Pelagio II. Recaredo mandó una magnífica embajada para que en su nombre felicitase al gran Pontífice, remitiéndole tambien un régio presente; y como este rey benigno y liberal procuraba siempre que algun acto caritativo acompañase á todos aquellos en que tomaba parte, remitió al jefe de la Iglesia trescientos vestidos para repartirlos entre los pobres de Roma.

Créese que el primordial objeto de esta embajada fué el de impetrar la aprobacion del Sumo Pontífice en favor de las decisiones del tercer concilio Toledano, á cuyo concilio nacional siguieron varios provinciales, segun en aquel quedó ordenado. El nuevo Pontífice, tan atento á conservar en toda su pureza la fé católica como quien un dia habia de ocupar un distinguido puesto en el catálogo de los santos, protegió como era natural los esfuerzos que sin cesar jamás hizo Recaredo en favor de la verdadera religion. San Gregorio fué el Pontífice que tomó en sus escritos (año 593) el titulo de *Servus servorum Dei* (*Servo de los siervos de Dios*), y le han imitado todos sus sucesores.

En los últimos años del siglo VI falleció Bada, esposa de Recaredo. Este, atento al cuidado de cortar las continuas reyertas que suscitaban los francos, más por razones de ambicion que por otra alguna, mandó sus embajadores al rey de Lorena, para pedir por esposa á la princesa Clodosinda, hermana del expresado soberano,

que estaba prometida al rey de los longobardos. A pesar de este inconveniente, fue preferido Recaredo, porque el longobardo era gentil, y los reyes francos se distinguieron por su catolicismo desde que llegara hasta ellos la luz del Evangelio. Antes, sin embargo, de que obtuviese el rey visigodo lo que deseaba, le fué exigido que protestase solemnemente y jurase, como lo verificó, que ninguna parte le cupo en la desgraciada é injusta muerte de su hermano Hermenegildo; y no solamente cumplió el deseo del rey franco, si que tambien certificó y probó el grande sentimiento que tamaño desastre le causara, y que hizo cuanto de su parte estuvo para evitar que se consumase.

Muy á la ligera se refieren los sucesos acaecidos en los últimos años del siglo VI y del reinado de Recaredo, en cuyo tiempo fueron vencidos y derrotados algunos romanos que aun residian en España, y puestos á raya los navarros, en cuyo territorio ocurrieron algunas revueltas. Con estos hechos terminó el siglo, y con ellos coronó su glorioso reinado el gran Recaredo I.

Tuvo serios disgustos con Teodorico, rey de Borgoña, á consecuencia de haberse casado con una hija de este príncipe. Después de haberse casado con Teodorico, cuya ciudad era de residencia habitual (501). Reinó quince años y cuarenta días. Su muerte fué tan sentida como la de su hijo, porque el carácter de este príncipe, con sus ideas de libertad, no le permitieron someterse á la tiranía de su hijo. Después de haberse casado con Teodorico, cuya ciudad era de residencia habitual (501). Reinó quince años y cuarenta días. Su muerte fué tan sentida como la de su hijo, porque el carácter de este príncipe, con sus ideas de libertad, no le permitieron someterse á la tiranía de su hijo. Después de haberse casado con Teodorico, cuya ciudad era de residencia habitual (501). Reinó quince años y cuarenta días. Su muerte fué tan sentida como la de su hijo, porque el carácter de este príncipe, con sus ideas de libertad, no le permitieron someterse á la tiranía de su hijo.



que está prohibida en vez de los longobardos. A pesar de este convenio, los pretorios favorecieron, por el longobardo era que los reyes francos distinguieron por un calificado de los longobardos hasta el rey visigodo de que deseara la que exigía que probase solemnemente y jurase como lo verificado que ninguna parte le quedaba la herencia de su hermano. Hallóse cumplido el deseo del rey visigodo que también certifica y probó el grande sentimiento que ramano demostró la causa y que dice cuando de un parte está por avisar que se consumasen y también los sucesos de la guerra de los visigodos en los últimos años del siglo VI y del reinado de Recaredo, en cuyo tiempo fueron vendidos y destruidos algunos templos que una vez en su vida y puestos a raya los navarros en cuyo territorio ocurrían grandes revueltas. Con estos hechos terminó el siglo y con ellos su firma, debió de estar el gran Recaredo que se celebró la liberación que determinamos con el santo concilio, confirmamos.

Siglo VII.

El día 5 de Setiembre del año 590 ascendió al solio pontificio San Gregorio el Magno, elegido unánimemente por el clero y el pueblo a consecuencia de la muerte de Pelagio II. Recaredo mandó una maravillosa embajada para que en su nombre felicitase al gran Pontífice.

Apenas había comenzado el siglo VII, cuando falleció Recaredo hallándose en Toledo, cuya ciudad era su residencia habitual (año 601). Reinó quince años y cuarenta días. Su muerte fué tan sentida como debía serlo; porque al enérgico carácter y grandeza de alma que le hicieron sobrellevar sin decaer de ánimo jamás, con singular esfuerzo, infinitas conspiraciones y fuertes disgustos, unió una afabilidad sin ejemplo en sus predecesores, y un corazón compasivo con exceso y lleno de una caridad ilimitada.

A tan gran monarca sucedió en el trono su hijo primogénito, llamado Liuva, segundo de este nombre, el cual mandó celebrar las exequias de su padre y antecesor con la mayor solemnidad y régia ostentación.

El nuevo rey apenas contaba veinte años de edad. El bello rostro, la gentil apostura, el ingenio, la afabilidad y el compasivo corazón le hacían ser un vivo trasunto de su inolvidable padre; y los prelados, lo mismo que los nobles y el pueblo todo, se congratularon con la esperanza de que si habían perdido un buen rey, les quedaba al menos el consuelo de ver sentado en el solio gótico a un nuevo Recaredo.

La impía é inicua traición no dió tiempo á que las fundadas esperanzas de la España entera se realizasen. El joven rey, dema-



siado jóven sin duda para ser hombre de propia decision, hallábase ocupado en consultar uno y otro punto de gobierno, deseoso de hacer la felicidad de su reino siguiendo las huellas de su padre, cuando Viterico, á quien no habrán todavía olvidado nuestros lectores; buscando un momento oportuno, le asesinó á traicion. Doloroso es decirlo; pero el hombre de corazón dañado no se corrige: la impunidad le ensoberbece; la bondad le alienta y estimula, y en tanto que existe no hay para él correctivo posible, porque para encontrar este, fuera preciso realizar el imposible de arrancarle el malvado y cancerado corazón, é introducirle en el pecho uno nuevo. Recaredo perdonó á Viterico cuando, comprometido á asesinar al obispo Mausona y al duque Claudio, no se decidió á sacar el acero, quizá por temor de no poder salir ileso, rodeado como estaba de los soldados de Claudio; y Viterico agradeció el generoso perdon asesinando traidora y cobardemente al hijo y sucesor del benéfico y piadoso soberano que generosamente le perdonara.

El infame regicidio tuvo lugar en el año 605, cuando aun no se habian cumplido dos años del reinado de Liuva II. Al asesinato siguieron las consiguientes revueltas, que dieron por resultado una revolucion que colocó en el trono á Viterico, el cual se distinguió después mucho como rey esforzado, y dió no pocas muestras de ser un gran general.

Tuvo serios disgustos con Teodorico, rey de Borgoña, á consecuencia de un desprecio que hiciera aquel rey á la hija de Viterico, desposada con él, y vuelta á España sin que se consumase el matrimonio.

Se hicieron mil versiones sobre tamaño suceso, que nadie sabia explicar, y llegó el caso de que se dijese como cosa positiva que las concubinas del rey de Borgoña habian dado una bebida á este, con la cual le habian hechizado, para que no tuviese voluntad ni accion para reunirse á su esposa. Semejantes dislates eran en aquella época tan admisibles como creidos; pero el desaire fué tan notable, que se trató de investigar la causa de que procedia, y segun los menos crédulos y dados á pensar cosas tan ridiculas como la que acabamos de indicar, la principal razon de no haber admitido el rey de Borgoña á la hija de Viterico no fué otra que las intrigas de la madre de Teodorico, á quien no convenia que otra mujer la disputase el dominio que sobre el rey tenia, para poder disponer del reino á su antojo.

En España se llevó pesadamente el agravio, y el rey se vió precisado á mandar sus embajadores, á fin de que en su nombre pidiesen la debida satisfaccion al de Borgoña, con encargo expreso de proponer una alianza á los reyes de los dominios limítrofes, para hacer cruda guerra á Teodorico en el caso de que no diese ámplia

y cumplida satisfaccion; porque la ocasion no podia ser más propicia, puesto que los expresados soberanos estaban enemistados con el borgoñon. Este no queria dar satisfaccion alguna, ni podia resistir á tan fuertes enemigos; mas como cauto y diestro, prefirió ceder de su derecho. Estaban ya concertados los reyes de Lorena y el de los longobardos con los reyes Clotario y Viterico: entonces el de Borgoña hizo su proposiciones á los enemigos más inmediatos, ofreciéndoles algunas concesiones, á fin de que cesase la antigua enemistad, y al de Lorena, llamado Teodoberto, que era su hermano, le cedió cierta parte de sus dominios. Este era el peor enemigo, y con lograr su deseo, depuso el enojo: los otros soberanos, contentos tambien y exhortados por Teodoberto, que era el alma de la alianza, desistieron de todo pensamiento hostil, y quedó por consiguiente aislado y solo Viterico.

El asesino de Liuva II habia subido al trono sin que á su ascension acompañase la popular simpatía; pero sus primeros hechos de armas habian logrado atenuar en parte el mal efecto que produjera su abominable traición. Por su desgracia, el triste papel que representara en el suceso ocurrido con el rey de Borgoña, resucitó, ó despertó más bien, el odio antiguo, mal amortiguado; porque á una nacion belicosa y magnánima como la española, el valor que desplegó el rey en un principio le fué tan ventajoso, como perjudicial la falta de carácter en una solemne ocasion en que estaba vivamente interesado el honor nacional. Por otra parte, la proteccion indirecta que dispensaba á los arrianos; el haberse mezclado con estos en diversas conspiraciones en vida de Recaredo I y de su hijo, y el decirse públicamente que ellos le habian ayudado á subir al trono y que estaba obligado con la perniciosa secta á volver á España al arrianismo, fué bastante causa para que, dando de mano á toda consideracion y respeto, se fraguase una conspiracion contra el rey, en la cual tomaron parte muchas y muy notables personas.

Estalló por último el motin de espantosa y arrolladora manera, y dirigiéndose á la casa del rey, atropellando y destruyendo los sublevados quanto á su paso se oponia, se apoderaron del monarca. Estaba comiendo, segun algunos, solo; y acompañado de varios cortesanos, segun otros, en un convite. De un modo ó de otro, los amotinados asesinaron á Viterico; y no contentos con esto, le arrastraron por las calles de Toledo, y entre denuestos, maldiciones é injurias, le llevaron desfigurado y desconocido á enterrar en un sitio indecoroso é inmundo (610). Siete años escasos empuñó el cetro; no siempre peleó con igual fortuna, en los principios de su reinado; empero llevó á cabo muy notables hechos de armas, y le dió

bastante nombre una gran victoria que obtuvo sobre los restos romanos cerca de Sigüenza.

Le sucedió Gundemaro, hombre de gran valía y en aquella sazón de mucho prestigio, puesto que tenía en su favor el haber sido verdadero cabeza del motin; porque rara vez la ambición deja de cubrirse con el sagrado manto del patriotismo, y no pocas obtiene, merced á sus amaños é hipocresía, el favor del crédulo pueblo. Dicese tambien que su ascension obtuvo la aquiescencia de los magnates y gente principal del reino; porque era Gundemaro fuerte en la guerra y hábil en la paz: mas tambien se cree que los francos apoyaron su ascension al trono, resentidos como estaban con Viterico. Segun algunos autores, consta que Gundemaro pagaba pábrias á los francos, deduciéndose asi, segun los mismos, de los escritos hallados en la universidad de Alcalá de Henares.

Sin embargo de esto, ocurrieron serias desavenencias entre España y la Galia, que movieron al rey visigodo á mandar embajadores al franco, el cual los trató de indecorosa manera faltando al derecho sagrado que asiste á los representantes de un soberano, derecho que siempre se ha mirado con la merecida consideracion. Gundemaro mandó nuevos embajadores, y sin embargo de todas las diligencias más ó menos conciliadoras y amistosas de las partes interesadas, aunque puestas en práctica por personas casi extrañas á las cuestiones que se agitaban, al fin el virey gobernador de la Galia gótica se creyó en el deber de negar el paso á unos embajadores francos que en nombre de su rey querian llegar hasta la córte, en donde residia Gundemaro, resultando de esta medida el choque que era consiguiente y natural.

El pueblo seguia aficionado al rey, porque mostró enérgico carácter, no solamente al rechazar diversas irrupciones de los imperiales, que jamás desistian de su propósito ni podian olvidar su antigua dominacion, si que tambien al reprimir á los vasco-navarros, que de nuevo se habian sublevado.

Sus buenas dotes como soberano y como general hubieran bastado á hacerle querido de todo el pueblo; y supo reunir á aquellas su decidida afición á los católicos, que componian más de las tres cuartas partes de la nacion.

Ellos le habian dado, sin duda alguna, la corona, destronando al arriano Viterico; y para corresponder á lo que por él habian hecho, desplegó todo su celo en favor del catolicismo, y supo hábilmente poner un término tan oportuno como grato á las diferencias suscitadas entre algunos obispos de la España cartaginense, que no estaban de acuerdo respecto del reconocimiento ó aceptacion de su metropolitano, para cuya silla, habia sido nombrado el de Toledo, sin dejar por esto su diócesis. Sin duda los que se opo-

nian llevaban á mal no tener un metropolitano propio y peculiar de la provincia; y este reparo, más ó menos fundado, no hubiera desaparecido sin la oportuna y eficaz intervencion del rey. Este determinó que se reuniesen en Toledo todos los obispos pertenecientes á las dos provincias, y discutido el punto que habia ocasionado la divergencia, los prelados de la provincia cartaginense firmaron un acta en la que reconocian al prelado de Toledo por metropolitano de su propia provincia, y Gundemaro sancionó con su firma al pié del acta lo que esta contenia. Despues, para dar á la determinacion toda la solemnidad que le era debida, se pidió la aprobacion á todos los metropolitanos de la iglesia gótica.

En este mismo año (610) comenzó Mahoma su predicacion, y se declaró á sí mismo profeta inspirado por el arcángel San Gabriel, y proclamó el dogma de la unidad de Dios, en medio de los inmorales dislates que predicará.

Poco gozó del mando Gundemaro, á quien tanto llegaron á querer los españoles. El año 612 falleció en Toledo de muerte natural, siendo tan triste suceso cordialmente sentido; porque á la muerte de cada soberano sucedia el justo recelo de qué le reemplazase uno malo, si el difunto habia sido bueno, ó uno peor si habia sido malo para el reino.

Afortunadamente á Gundemaro sucedió Sisebuto, rey tan notable por su afecto al pueblo y por su caridad con los indigentes, que mereció se le apellidase *padre de los pobres*: renombre glorioso y que resplandece más cuanto más elevada se halla la persona que lo sabe merecer.

No por ser de un compasivo corazon carecia este del valor tan necesario á un soberano. Apenas habia empuñado el cetro, sujetó á los astures y rucones, que por no degenerar de los demás montañeses, soportaban de muy mala voluntad la dominacion de los godos, del mismo modo que les habia sido insoportable la de los cartagineses y romanos.

Puso Sisebuto en movimiento su ejército, acaudillado por sus generales Siuntila, bizarro militar é hijo del gran rey Recaredo, y por Rechila; y despues de haber puesto á raya á los indomables montañeses, que aun poseian una parte de España en la Andalucía y Portugal, se dirigió contra los greco-bizantinos. Feliz fué para los visigodos el éxito de la primera batalla, y el de la segunda coronó la empresa. El patricio Cesareo fué completamente vencido; su ejército quedó absolutamente derrotado, y no le dejó arbitrio el vencedor para rehacerse, ni para oponer nuevas fuerzas le quedaron recursos.

Fué muy notable, en aquel siglo de tan rudas y selváticas costumbres, el ejemplo de extraordinaria compasion que presentó al

mundo el humano y piadoso Sisebuto. Cierto es que la ferocidad iba disminuyendo, aunque lentamente; empero la manera de pelear habia sufrido muy poca modificacion, y era casi un delito el compadecerse de los enemigos. A pesar de esto, el rey visigodo empleó todo su conato y se dedicó con el más laudable celo y más notable esmero al cuidado de los contrarios que sobre el campo quedaron heridos. Aun es más digna de encomio y mucho más sorprendente la providencia que tomó con los prisioneros. Sabido es que en aquella remota época, lo mismo que en los siglos anteriores, el guerrero que hacia prisionero á un enemigo era su dueño, y disponia, por lo menos, de su libertad. El que tenia la desgracia de caer en poder de un vencedor déspota y de duro corazon, sufría más que lo que padecer pudiera perdiendo la vida; pero Sisebuto, sin par en la piedad, extendió su generosa bondad hasta el extremo de rescatar á los prisioneros con su propio tesoro, cautivando la voluntad y el corazon de los que libertaba, que no podian menos de confesarse esclavos de quien tan magnánimo era que excitaba la admiracion universal, colocándose mil veces más elevado que el mismo trono que tan dignamente ocupaba. Era tan ferviente católico, que el serlo los enemigos prisioneros fué una de las razones que le movieron á desmembrar considerablemente sus tesoros para comprar la libertad de aquellos.

El jefe de los vencidos se vió obligado á pedir la paz al vencedor; y al proponerla, estaban muy distantes los miserables judíos de poder imaginar cuán costosa habia de serles aquella. Era á la sazón emperador de Oriente Heraclio, hijo del Exarca de África, que habia reemplazado en el solio imperial al cruel Focas. Cesáreo habia propuesto á Sisebuto las condiciones que habian de servir de base á la paz; y aunque el rey visigodo estaba pronto á aceptarla en los términos propuestos por el jefe de los imperiales, este no podia firmarla en definitiva sin que fuese aprobada por su soberano Heraclio.

Era este muy dado á los vaticinios y á las quimeras de los astrólogos, los cuales, en medio de sus incomprensibles misterios y con su ampuloso y enigmático lenguaje, le habian hecho creer que la destruccion del imperio procedería infaliblemente de una nacion errante y circuncisa, contraria y capital enemiga de la cristiandad.

Las palabras pronunciadas con fatidica solemnidad por los maestros de la astrología judiciaria, no podian retratar de más marcada manera á los dispersos y circuncidados israelitas; y el crédulo Heraclio, no dudando de la realizacion del fatal vaticinio, puso todo su empeño y conato en la persecucion de aquellos miserables, que si abrigaban la intencion que en ellos suponian, estaban por cierto bien distantes de tener los medios de realizarla.

El emperador de Oriente sabia que existian en España los descendientes de aquella parte del pueblo de Israel que, huyendo de su tierra natal al ver la destruccion del magnifico templo, habian encontrado un asilo en la ibérica peninsula; y tampoco ignoraba que en esta moraban tambien los descendientes de los infelices que pudieron salvarse de la imponderable carnicería ejecutada en tiempo de Adriano, merecida por cierto, porque no fué más que una verdadera represalia.

Llegaron á las manos de Heraclio las condiciones de la paz, á fin de que las sancionase, y no quiso desaprovechar la ocasion que se le presentaba de continuar la persecucion de aquellos desgraciados seres, á quienes miraba como los futuros destructores de su imperio. En tanto estimaba su dominante manía, que no presentó el menor obstáculo á que sus tropas evacuasen cuantas ciudades poseian en la costa meridional de España; mas esto habia de tener efecto en el caso de que Sisebuto firmase la total expulsion de los judíos que en la peninsula moraban.

Nos parece que en acceder á tal demanda no procedió bien el rey, y creemos que su corazon olvidó en aquel momento la compasion de que tan grandes pruebas habia dado. Siendo el vencedor, pudo establecer las condiciones, y no aceptar la paz con restriccion ninguna; y puesto ya en el caso de admitir la proposicion de Heraclio, no debió decretar la expulsion en los términos que lo hizo.

La religion católica, como verdadera que es, se diferencia de la gentilica y de la mahometana, en que es religion de paz, de humanidad, de libertad verdadera; no de violencia, de fuerza y de sangre. La dulzura y mansedumbre que consigo necesariamente lleva, atrae á los incrédulos y multiplica las conversiones: hacer cristianos por el rigor y la fuerza, equivale á crear hipócritas y malvados, enemigos, al propio tiempo, irreconciliables de la humana fuerza que quiere ir más allá que el mismo Dios que ha dejado al hombre el libre albedrío, para que por sí mismo obre el bien ó el mal, y si busca su ruina que no pueda achacarla á un poder superior que le coarta y arrastra.

Sisebuto, olvidado por entonces de su humano carácter y de su recto corazon, decretó la expulsion de los judíos (año 616) que en el espacio de un año no abjurasen la ley mosaica y abrazasen la religion católica, recibiendo el sagrado bautismo: si no lo hacian así, no solamente la expulsion se verificaria, si que tambien sus bienes serian confiscados, y saldrian de España miserables y sin amparo ni consuelo.

Autores hay que sientan como hecho cierto que se bautizaron cerca de cien mil judíos, puestos en la dura alternativa de aceptar

el cambio de religion ó perecer en la miseria; si estos miserables desgraciados pudieron ser buenos ó malos cristianos, lo dejamos á la consideracion del lector. No por esto dejaron de emigrar en grandisimo número: tal era el que de ellos en España habitaba; y los infelices fugitivos, huyendo de la persecucion que en esta nacion sufrían, fueron á provocar otra no menos fuerte y dura.

El emperador su infatigable enemigo, tan pronto como vió que los judíos expulsados de España se refugiaban en las Galias, instó al rey Dagoberto para que consumase la obra, y este los colocó en la misma fatal disyuntiva que Sisebuto, llevando su disposicion á tan cruel extremo, que les obligó á escoger entre la violenta abjuracion de sus errores ó la muerte.

No dejaban los israelitas que en la península ibérica quedaran de sufrir mil distintas vejaciones y de ser objeto de no pocas crueldades, en términos que San Isidoro, insigne arzobispo de Sevilla, desaprobó públicamente la conducta del rey, y le escribió diversas veces sobre el citado objeto.

No hizo despues Sisebuto cosa alguna notable, y falleció de muerte natural en el año 621, habiendo reinado ocho años, seis meses y quince dias. Sobre la causa de su fallecimiento se hicieron diversos comentarios, prevaleciendo la idea de haber equivocado él mismo la dosis de una medicina, que en debida proporcion le hubiera devuelto quizá la salud, y que administrada con semejante exceso, le causó una muerte instantánea. Otros, sin embargo de esto, supusieron que no existió equivocacion alguna y que fué de propósito envenenado, cosa no muy difícil en unos tiempos en que los escasos conocimientos de la medicina estaban casi vinculados en los hábiles hebreos, y pudo ser muy bien que mirando estos al rey como un fatídico y cruel enemigo, buscasen la ocasion de consumir una venganza que probablemente tendrian muy meditada.

Despues de la muerte de Sisebuto, subió al trono su hijo Recaredo II, el cual solamente le ocupó tres meses; y como su reinado fué de tan efimera duracion, la historia no puede consignar ningun hecho ni referir pormenor alguno de este rey visigodo, excepto su ascension al solio en 621, y su muerte noventa y siete dias despues.

La nobleza goda y los prelados se reunieron tan pronto como murió Recaredo II, á fin de nombrar el que habia de sucederle. Unánimemente se fijaron todos en Suintila, hijo, segun algunos autores, del gran Recaredo I, y á quien hemos visto combatir bizarramente como general de Sisebuto. Sus anteriores hazañas y el recuerdo de su padre pudo mucho en los ánimos de los electores, y el electo correspondió de muy digna manera dirigiéndose personalmente á dar la paz al reino, no poco alterada á consecuencia de las ince-

santes revueltas de los cántabros y vascones y por los griegos-imperiales, que no cesaban de hacer sus incursiones por el Mediodía. A este y al Norte fué sucesivamente Suintila; domó brevemente á los duros y feroces hijos de las montañas; fué contra los imperiales, que en virtud del tratado con Sisebuto habian quedado reducidos á la posesion legal de los Algarbes en Portugal (entonces Lusitania), y aun de allí los arrojó ignominiosamente, dándoles dos formidables batallas y otras tantas vergonzosas derrotas.

A Suintila cupo la envidiable gloria de ser el primer rey de España que despues de dos siglos largos del comienzo de la dominacion gótica, y pasados ochenta años de estar inmóviles en la península los griegos-imperiales, dejó aquella completamente libre; y no quedando en España más cetro que el suyo, bajo su dominacion quedó la península entera, de la cual supo hacer una sola nacion grande y poderosa (año 624).

Tambien este rey fué sumamente generoso, en tan alto grado, que se le apellidó públicamente *padre de los pobres*, como á Sisebuto, en cuya circunstancia están de acuerdo todos los más notables autores, al paso que de su antecesor no todos lo dicen, aunque todos hacen la merecida justicia á sus buenas y eminentes cualidades.

Engreido Suintila con sus triunfos, quiso vincular el solio en su familia; y el aura popular que sus brillantes hechos de armas le hicieran adquirir le pareció suficiente garantía del respeto y placer con que su determinacion seria aceptada.

Asoció, pues, Suintila á su hijo Rechimiro al solio gótico; y lo que es más extraño é inusitado aun, dió participacion en el poder á su hermano Geila, y á Teodora su propia esposa. Tan extraña resolucion no fué acogida de la grata manera que Suintila esperaba: muy lejos de esto, se miró aquella como un ataque directo á la facultad de elegir los reyes, que estaba concedida por leyes y concilios nacionales á los poderosos y al alto clero.

Otros no creen que fué este el verdadero motivo que ocasionara el general desagrado: acaso lo que más enagenó al rey la buena voluntad y cariño de sus súbditos, fué el extraordinario cambio que en su carácter se notó casi repentinamente. Dicese que de pronto se manifestó avaro, tirano, sensual, lleno de los más reprobables vicios, y que esto hizo comenzar el rumor de proyectadas conspiraciones que excitaron las iras del monarca, cuyos castigos, ejecutados por esta causa, no hicieron otra cosa que exacerbar el mal y precipitar los sucesos.

El alma de la conspiracion era un noble y poderoso godo, llamado Sisenando, que á la sazón era gobernador ó virey de la Galla gótica. Prevalido de los notables defectos del rey, y pretextando

amor á la nacion y á los hijos de esta, se cubrió con el patriótico manto, que tantas fortunas ha hecho y tantas posiciones ha cambiado, no teniendo otro norte ni otro fin que el de destronar al rey y usurpar la corona.

Comprendía demasiado Sisenando que la empresa era muy árdua; porque la energía de Suintila tenia muy á raya á los descontentos; la mayor parte del ejército le miraba como un gran general y un valiente soldado, y no pocos recordaban sus innegables hechos de gloria, que dieron por resultado la completa union de la península ibérica.

Para obviar estos fuertes inconvenientes formó el usurpador una estrecha alianza con Dagoberto, rey á la sazón de los francos; y auxiliado con tropas que este le facilitara, con las de la Septimania, y con la esperanza de que los descontentos apoyados por estos recursos se agruparían sin vacilar en derredor de su bandera, pasó atrevidamente los Pirineos, y llegó sin obstáculo hasta Zaragoza.

Tan pronto como Suintila supo la rebelion del gobernador de la Galia gótica, salió apresuradamente á detenerle en su camino; empero la esperanza de Sisenando se realizó, y más que las legiones de la Septimania y que los auxiliares, le dió el triunfo el ejército que personalmente acaudillaba Suintila, el cual se vió abandonado por sus soldados, que proclamaron al usurpador, olvidados de los brillantes hechos de su rey, así que le vieron coartado para desplegar su enérgico carácter.

Sin darse la batalla quedó por la traicion el campo; el monarca huyó sin que se pudiese llegar á saber de él, ni menos de su hijo (año 651).

A la proclamacion militar siguió la popular; y el nuevo rey, no satisfecho con esto, quiso afirmar su poder procurando que los prelados y los nobles sancionasen la usurpacion. Para lograrlo convocó un concilio nacional en la córte de España, que fué el cuarto de Toledo, en el cual se reunieron cerca de setenta obispos (año 655), bajo la presidencia de San Isidoro, que era arzobispo de Sevilla desde la muerte de su hermano San Leandro. El nuevo rey dirigió la palabra á los prelados en ademan de penitente contrito, con devoto semblante y humildemente arrodillado, á guisa de reo que implora la piedad de sus jueces, rogándoles le encomendasen á Dios y cumpliesen con la santa mision á su sabiduría cometida, de reformar la disciplina eclesiástica y las estragadas costumbres.

El concilio, como presidido por un varon eminente en virtud, atendió á tan interesantes extremos; mas como quiera que el blanco á que se dirigia Sisenando no era en realidad el que con sus humildes palabras designaba, el concilio se ocupó además de lo que el

usurpador quizá únicamente quería. Cierto es que para hacerlo así le favorecían los vicios y excesos de Suintila; y cuando la opresión se hace insoportable, cualquier remedio se tiene por legal y admisible, y hasta se buscan razones para legitimar la usurpación. Sin duda por esto el concilio anatematizó al fugitivo Suintila, condenando su conducta, así como la de su hijo Rechimiro y la de su esposa, nombrados por él sus adjuntos. Además, no contentándose con este acuerdo, le declararon, lo mismo que á sus descendientes, inhábil para ejercer cargo alguno, decretando la confiscación de cuantos bienes poseía, y declarando que, si llegaba á ser habido, pudiese quedar ó quedase desde luego su persona á disposición del nuevo rey.

También se ocupó el concilio de las obligaciones del soberano, designando la manera suave y humana con que debía gobernar á sus súbditos; marcando, lo mismo para el monarca allí presente, que para los reyes que en el solio le sucediesen, los deberes que á la posesión del cetro iban ligados; y fulminó asimismo la terrible excomunión contra todo soberano que fuese tirano con sus pueblos; decretando, por último, que al fallecimiento de un rey siguiese inmediatamente la reunión de los prelados y la nobleza para elegir el sucesor.

En el reinado de Sisenando se atenuó mucho la persecución contra los desventurados hijos de Israel, merced, principalmente, al caritativo y bien entendido celo de San Isidoro, si bien no tuvo bastante poder é influencia para evitar que se tomasen ciertas medidas que no debemos calificar, y que no estaban de acuerdo con la templanza que en otro sentido se notaba.

El reinado de Sisenando terminó con su muerte á los cinco años, sin que hiciese cosa digna de ser consignada (636). En seguida se reunió la nobleza con los prelados, en cumplimiento de lo prescrito por el anterior concilio, y de común acuerdo fué elegido Chintila. En el momento que empuñó el cetro convocó el quinto concilio de Toledo, como hiciera su predecesor; y aun dos años después de subir al solio convocó el sexto, cuyas dos determinaciones son los hechos más notables que del rey Chintila puede referir la historia desde su elección hasta el año 640 en que falleció (en el mismo año murió el célebre Mahoma). Pidió poco antes de morir que fuese nombrado para sucederle su hijo Tulga, cuyo carácter dulce y bellísima índole eran poco apropiados para mandar en aquella época, si no estaban acompañadas de la debida energía para evitar graves males. Es muy grande y muy positiva calamidad para un Estado el tener un supremo jefe dócil con exceso y falto del teson y carácter que debe tener el que manda, siempre que se acierte á usar sin abusar de tan indispensables circunstancias.

Reinando Chintila fué elegido metropolitano de Toledo el virtuoso Eugenio, segundo de este nombre entre los que ocuparon la silla de la expresada diócesis. Muy ligado por medio de amistosos vínculos con el gran San Isidoro, y no menos convencido de la sabiduría del eminente prelado sevillano, le consultó acerca de si era posible que el inferior absolviese de la sentencia ó censura fulminada por el superior, y si todos los apóstoles tuvieron igual poder.

El santo prelado contestó á Eugenio, por medio de una carta que insertamos como un modelo de elegante laconismo, que sin duda hace que descuelle este escrito sobre muchos de aquella época, por la circunstancia que acabamos de apuntar. Hé aquí la breve carta de San Isidoro:

«Al carísimo y excelente en virtudes Eugenio, Isidoro obispo.
 »Recibi la carta de vuestra santidad, que trajo el mensajero Vere-
 »cundo. Dimos gracias al Criador de todas las cosas, porque se
 »digna conservar para bien de su Iglesia en salud vuestro cuerpo y
 »alma. Para satisfacer conforme á nuestras fuerzas á vuestras pre-
 »guntas, pedimos que por los sufragios de vuestras oraciones sea-
 »mos del Señor librados de las miserias que nos afligen. Quanto á
 »las preguntas que vuestra venerable paternidad, dado que no ig-
 »nora la verdad, quiere que responda, digo que el menor, fuera del
 »artículo de la muerte, no puede desatar el vínculo de la sentencia
 »dada por el superior; antes al contrario, el superior, conforme á
 »derecho, podrá revocar la del inferior, como los padres ortodoxos,
 »por autoridad sin duda del Espíritu Santo, lo tienen determinado:
 »que decir ó hacer al contrario, como vuestra prudencia lo en-
 »tiende, seria cosa de mal ejemplo, es á saber, gloriarse la segur
 »contra el que corta con ella. En lo de la igualdad de los apósto-
 »les, Pedro se aventajó á los demás, que mereció oír del Señor
 »*tú eres Pedro*, etc.; y no de otro alguno, sino del Hijo de Dios y
 »de la Virgen, recibió el primero la honra del pontificado. A él
 »tambien, despues de la Resurreccion del Hijo de Dios, le fué di-
 »cho: *apacienta mis corderos*: entiendo por nombre de corderos
 »los prelados de las iglesias, cuya dignidad y poderio, dado que
 »pasó á todos los obispos católicos, especialmente reside para siem-
 »pre por singular privilegio en el de Roma, como cabeza más alta
 »que los otros miembros. Cualquiera, pues, que no le preste la
 »debida obediencia, apartado de la cabeza, se muestra ser caido en
 »el acefalismo. Doctrina que la Santa Iglesia aprueba y guarda co-
 »mo artículo de fé, lo cual quien no creyere fiel y firmemente no
 »podrá ser salvo, como lo dice San Atanasio hablando de la fé de
 »la Santísima Trinidad. Estas cosas brevemente he respondido á
 »vuestra dulcísima caridad, sin ser más largo; pues, como dice el
 »filósofo, al sábio poco le basta.—Dios os guarde.»

Anudando el quebrado hilo de nuestra narracion, y volviendo á ocuparnos de Tulga, hijo de Chintila, diremos que su dócil y amable carácter dió márgen á que se abusase de él por los que jamás pierden la ocasion de aprovechar el flaco del soberano para servirse de él segun á sus particulares fines conviene. En nombre de un rey, quizá el más humano de cuantos han subido al solio de los godos, muchos de sus delegados ó gobernadores de las provincias oprimian y vejaban al pueblo en términos que el descontento era general, y se iba tomando cada dia más odio al inocente Tulga. La falta de carácter en un rey, bueno como particular, es una calamidad para la nacion y una verdadera desgracia para él; porque sus bondades quedan reducidas y encerradas en un estrecho círculo y son por lo tanto desconocidas, al paso que las infamias que en su nombre y sin su conocimiento se ejecutan, recorren hasta los más remotos confines de la nacion cuyos destinos en apariencia rige, excitando el odio universal, puesto que se le mira como un tirano, y á sus delegados solamente como instrumentos suyos, recayendo la principal parte de la mortal aversion sobre el rey, que en realidad es quien menos la merece, porque ni aun sabe lo que sucede.

Esto fué precisamente lo que ocurrió con el jóven y bondadoso Tulga: las iniquidades cometidas en su nombre por los gobernadores de provincia dieron márgen á que estallase un motin popular, auxiliado el pueblo por los grandes del reino. Estos, ó llevaron mal que el nuevo monarca hubiese heredado á su padre resucitando de nuevo el principio hereditario, que no agradaba á ciertos magnates porque, además de otros inconvenientes, destruía muchas ambiciones y segaba en flor no pocas esperanzas, ó los más influyentes quisieron probar fortuna, á ver si en la revuelta salia alguno de ellos elegido. Mas esto no era fácil: á la cabeza del motin se colocó un viejo y entendido guerrero; de noble sangre; de lo más calificado de los godos; resuelto hasta la temeridad, y de irrevocables resoluciones; era, en fin, un hombre de carácter diametralmente opuesto al de Tulga. Llamábase Chindasvinto; pasó á palacio, se apoderó del rey, le reclusó á un monasterio, y encerrándole en él le obligó á tonsurarse y vestir la cogulla. En seguida el usurpador fué aclamado (año 642), adoptándole la nacion por rey, previas las formalidades que los anteriores concilios prescribian.

No fué tan afecto Chindasvinto á las conspiraciones despues de subir al trono, como antes de ser á él elevado. En los primeros meses de su mando se ocupó casi exclusivamente de buscar á los autores de las conspiraciones y motines que estallaran en los anteriores reinados, castigándolos con rigor y fuerte mano, sin duda para precaver su caída ó, cuando menos, impedir que esta fuese igual en los medios á la subida.

Tal fué su energía para perseguir á los antiguos conspiradores, que, segun se dice, hizo perecer en el suplicio á más de doscientos nobles, y de inferior clase pasaron de quinientos los decapitados: en cuanto á destierros, puede calcularse cuántos serian, por el número que pagaron sus errores ó crímenes con la última pena; y aunque no toda la emigracion fué forzosa, unos por superior mandato, otros por remordimientos, y algunos por temor, salieron apresuradamente, y la Galia y el África recibieron en su seno á innumerables fugitivos de la península ibérica.

Dura fué, con efecto, la persecucion; pero en cambio nadie se atrevió á conspirar mientras reinó Chindasvinto, el cual, por otra parte, á su extraordinaria energía habia sabido reunir un carácter casi afable y cariñoso. El verdadero pueblo, que nada sacaba de los motines y revueltas, tan frecuentes en los reinados anteriores, estaba satisfecho de su rey; porque ni era opresor para la gente de orden, ni podia ser más afecto á la equitativa justicia. Además, era hombre religioso y de intachable conducta; nada avaro, y bastante decidido por el fomento de las letras. La única falta que tuvo, si falta fué, consistió en haber determinado que la revolucion que le elevara al trono fuese la última, sin duda convencido de los males que á ellas son inherentes, por justificadas que aparezcan; y cuando creyó que la tranquilidad estaba asegurada, se dedicó al cuidado de su reino, y en favor de las letras determinó que el obispo de Zaragoza, llamado Tajo, ó Tajon, se dirigiese á Roma en busca de los libros morales que dejara escritos el pontífice San Gregorio el Magno, que estaban á la sazón perdidos. El obispo cesar-augustano invirtió mucho tiempo inútilmente, y llegó á perder la esperanza de dar felice cima á su difícil comision; mas al fin encontró el perdido tesoro, segun las antiguas y cristianas crónicas, de sobrenatural manera.

En los últimos años de su reinado asoció Chindasvinto á su hijo Recesvinto al trono, segun algunos con el natural deseo de que heredase la corona, y segun otros para que le ayudase á sostener el peso de aquella, demasiado insoportable para su edad, que era muy avanzada. Á fin de no realizar esta novedad de una manera ilegal y de efimera duracion, contó con la nobleza y con el clero, y Recesvinto quedó legalmente asociado á su padre (año 649), aunque siendo de hecho el único y verdadero soberano; porque deseando descansar de tan graves cuidados como á toda hora le asediaban, se propuso vivir tranquilo y confiado en la fidelidad de su hijo.

Tres años vivió aun, hasta que en el 652, contando ya noventa de edad, falleció de muerte natural en Toledo. Como habia gobernado religiosa y justamente; no se habia ensañado sino con los

revoltosos; habia sido el verdadero centinela avanzado de la ley, que jamás traspasó, haciendo otras nuevas y de general utilidad; y como, en fin, dió muestras de su religiosa piedad convocando el sétimo concilio Toledano (646) y fundando y señalando rentas á diversas iglesias y monasterios, su muerte fué muy sentida, aunque era esperada en razon á tan avanzada edad, y su hijo fué confirmado en el trono, ó mejor dicho, tomó sin la menor dificultad la entera corona que por mitad habia hasta entonces poseido.

A pesar de la ancianidad del fuerte Chindasvinto y de haberle reemplazado un jóven vigoroso por la edad, la falta de la enérgica mano que acababa de helar la muerte se conoció bien pronto. Perdido el temor del castigo que aplicaba siempre sin consideracion el viejo y severo soldado, algunos nobles volvieron á sus hábitos antiguos, y las revueltas comenzaron de nuevo. Entre ellos fué el más osado Froya, el cual, á la manera de Sisenando, quiso contar con suficientes elementos antes de comprometerse, y tuvo arte bastante para lograr la proteccion de los vascones de la Aquitania, ó de la Navarra francesa.

Desasosegados é inquietos por carácter, y duros, belicosos y sufridos por temperamento y por necesidad, se prestaron gustosos á ayudar al ambicioso Froya, el cual á su cabeza y seguido tambien de los navarros españoles, siempre prontos á secundar á sus revoltosos hermanos, porque no lo eran menos que ellos, entró sin obstáculo en la península y llegó hásta Zaragoza.

El principio no correspondió á la decision y arrojó de los insurrectos, que fueron derrotados por las tropas del rey Recesvinto, y el desleal y ambicioso Froya tuvo la desgracia de ser hecho prisionero. Los rebeldes libraron mucho mejor de lo que podian esperar; porque el rey quiso oírlos y conocer el motivo que habian tenido para rebelarse. Le manifestaron sin rebozo los descontentos que no podian soportar el recargo de contribuciones ó impuestos con que de continuo se les oprimia. El rey, sin vacilar, empenó con ellos su palabra de reparar el mal haciendo cumplida justicia, y ofreciendo ser clemente con ellos: en virtud de esta oferta se sometieron, y el rey comenzó á meditar de qué modo podria realizar lo que de tan solemne manera habia ofrecido.

Al desnudar el acero para ir á someter á los insurrectos, habia jurado no transigir con ellos y obrar con todo el rigor que merecian. Estaba ligado por un juramento, y en aquel tiempo se solian estos respetar tanto cuanto era debido. Para no faltar á él ni á su palabra, convocó el octavo concilio Toledano, en cuyo seno expuso la situacion en que se encontraba, y suplicó que, si era posible, se le relevase del impremeditado juramento.

El concilio unánimemente le relevó del cumplimiento como de-

seaba, fundándose en que el juramento era de suyo nulo, porque se oponia á la paz del reino y á la pública tranquilidad. De esta manera salió Recesvinto del compromiso en que estaba, y cumplió fielmente su promesa de usar de completa indulgencia con los insurrectos que se habian sometido.

Otros varios concilios se celebraron durante el reinado de que nos venimos ocupando; y alguno de ellos mereció el nombre de Córtes, mejor que el de concilio, porque á él asistieron no solamente los prelados, sino los duques y condes y lo más florido y notable de la nobleza goda. En uno de los expresados (año 655) se tomó un acuerdo que debemos consignar en este lugar, porque tendremos muy pronto que ocuparnos de él, en atencion á que fué exactamente puesto en práctica á la muerte de Recesvinto. Se acordó, despues de prefiar las circunstancias que habian de concurrir precisamente en el que fuese elegido soberano, que en el mismo paraje en donde ocurriese el fallecimiento del rey se reuniesen los prelados y magnates para elegir la persona que habia de ascender al vacante solio.

El largo reinado de Recesvinto fué pacífico y tranquilo, sin que le turbase nube alguna de rebelion, fuera de la que poco hace referimos. Liberal y magnífico el rey, emuló á su padre en hacer donaciones y en enriquecer con dinero, alhajas y riquísimas estofas los templos y monasterios.

Tambien se ocupó del arreglo de las leyes, y las hizo muy buenas; pero ninguno de sus hechos le dió más gloria ni pudo hacer más eterno su nombre que el haber realizado la fusion del pueblo godo con el hispano-romano. Anuló de la más solemne manera la ley fatal que separaba las dos razas, prohibiendo que pudiesen contraer matrimonio las personas de una de aquellas con las de la otra. No limitándose á esto, dispuso y verificó la solemne promulgacion de la ley de Chindasvinto, su padre, por la cual quedaba abolido el uso del derecho romano, y tenian que ser regidos españoles y godos por la legislacion visigoda; por manera, que deshecha la fuerte valla que impedia la union de ambos pueblos, destinados á vivir bajo un mismo cielo y sobre el mismo suelo, y unidos como estaban antes por una misma religion y desde entonces por unas mismas leyes, la España fué desde entonces una sola nacion compacta, unida y fuerte, y debió á Chindasvinto la unidad política y civil, como debió á Recesvinto la unidad nacional.

Reinó este gran rey más de veintitres años, casi dos en vida de su padre, y despues de la muerte de éste veintiuno y once meses; cuyo largo reinado, mayor que otro alguno de los que á este precedieron, fué por el extremo beneficioso al país y glorioso para la nacion; porque no solo las conquistas hechas por las armas dan gloria á los pueblos. En los últimos años se quebrantó de notable

manera su salud; y creyendo el mismo Recesvinto que podria recuperar aquella mudando de clima, se puso en camino; y al llegar á Gérticos, pequeño pueblo no distante de Valladolid, se agravó la enfermedad que le aquejaba, y falleció en la mañana del dia 1.º de Setiembre del año 672.

Despues de llorada como merecia la muerte del rey, y de hacerle las fúnebres honras de muy digna manera, se decidió cumplir puntualmente el acuerdo del concilio de que poco hace nos hemos ocupado. En Gérticos, miserable y pobre aldea, era forzoso verificar la eleccion de soberano, y á ella debian acudir todos los prelados y altos dignatarios que tenian voto y que no habian seguido á la córte. Aquel pobre y reducido pueblo, cuyos miserables habitantes tan lejos estaban de pensar que el lugar en que nacieron figurara en la historia, se hizo célebre entonces, no solamente por deberse verificar la eleccion del sucesor del difunto soberano en su estrecho recinto, si que tambien por un hecho notable que alli tuvo lugar, sin ejemplo hasta entonces, y que tal vez será muy pocas veces repetido hasta la consumacion de los siglos.

Muerto el piadoso, benéfico y recto Recesvinto, ningun grande ambicioso, ningun general acreditado pretendió la corona; por la primera vez se vió vacante el trono, sin que ni la fuerza, ni la intriga, ni el oro (palancas á cual más poderosas y que jamás se gastan á pesar de hacerse de ellas tanto uso) se pusiesen en juego y se disputasen el poder para llenar el sensible é importante vacío. Acaso los ambiciosos temieron el compromiso demasiado fuerte y expuesto que debian arrostrar; porque reemplazar dignamente á Recesvinto era empresa por demás espinosa y difícil: la paz con que gobernó, y la unidad que supo dar á la gran nacion cuyos destinos estaban encomendados á su paternal mando, debian hacer que el de aquel que le sucediese fuese muy corto y bien fatal su término, si no tenia las necesarias prendas para lograr que no se notase la falta de su predecesor.

Fuese esta la razon, ó fuese otra que alcanzar no podemos, es lo cierto que, muertas todas las ambiciones y coartados todos los deseos, los brazos poderosos del Estado, como impulsados por una fuerza sobrenatural, é inspirados milagrosamente, se fijaron en un noble godo llamado Wamba.

Era éste anciano ya; rico de bienes y más aun de virtudes; de buen ingenio; de recto corazon; de enérgico carácter; su posicion y talento le habian hecho figurar al lado de los últimos reyes, sin que jamás pensara en sacar ventaja alguna de esta circunstancia: el favor de que gozara solo lo empleó en pagar el afecto de sus soberanos con los buenos consejos que les daba, dirigidos al pró comun y en ventaja de la nacion.

A la que habia perdido á un Recesvinto, no podia menos de serle muy grata la eleccion de un hombre que tales y tan buenos antecedentes tenia; empero no contaban los electores y el alborozado pueblo con que el electo rehusase de resuelta manera, y con la energía que le era peculiar, la corona que se le ofrecia.

Presentáronle los reales atributos al darle cuenta de la unánime eleccion, y los rechazó con firmeza, excusándose con su debilidad para sobrellevar tan enorme peso. Los prelados le rogaban, le suplicaban los nobles, le instaban los guerreros; y sin embargo, no se movia su corazon más que si de mármol fuese.

La interesante y peregrina escena se prolongaba sin anunciar un término feliz, cuando un veterano capitán, hombre de leal corazon y de ánimo esforzado, avanzó con el acero desnudo, y apostrofando á Wamba, entre otras razones le dijo: «El deseo del público bien nos ha movido á elegirte rey; ¿serás, por ventura, tan osado, que pretextes una falsa modestia para anteponer tu particular comodidad al bien de tu país, y las dulzuras de una cómoda vida á la felicidad de la patria? En mucho estimas los pocos años que de vivir te quedan, cuando no quieres conturbarlos con los cuidados del reino: mas repara que te engañas; porque con este acero te la arrancaré aquí mismo si no aceptas, puesto que es un verdadero enemigo de su patria, que no debe existir, quien rehusa contribuir al bien del Estado.»

«No es, por cierto, el cuidado de mi vida ni el deseo de gozar del reposo, el que me ha movido á rehusar el cetro (respondió tranquilamente Wamba): muéveme la escasez de mis fuerzas; la duda de ser sobre el trono lo que vosotros queréis y el Estado necesita, y más aun el temor á los volubles caprichos del pueblo, asaz vehementes, sí, pero á las veces demasiado inconstantes y entre sí contrarios. La misma nacion me detenia: por ser muy su amigo rehusaba; que ni mi inclinacion, ni mi deseo, ni mi vocacion me inclinaban al trono. Mas puesto que lo juzgais conveniente, acepto la corona, y sobre vosotros pese el resultado si no acierto á cumplir por más que quiera.»

Despues de este breve razonamiento, manifestó que ni se consideraria rey, ni aceptaria de hecho el cetro, hasta estar ungido y consagrado en Toledo, porque no queria serlo en otra parte. Se cree que de este modo trató de librarse todavía del grave compromiso que le tenia asombrado, imaginando que mientras á Toledo llegaba y la ceremonia se podia realizar, cambiarian de pensamiento los que le habian proclamado; proclamacion que sin duda juzgaba hija de un entusiasmo del momento, y tan pasajero como fué general y espontáneo.

Se engañó, sin embargo; la córte llegó á Toledo á los diez y

nueve dias de haber fallecido Recesvinto; y en la mañana del 29, Quirico, á la sazón metropolitano ó arzobispo de aquella diócesis, y sucesor del gran San Ildefonso, ungió y consagró con el oleo sagrado á Wamba, colocando despues sobre sus sienes la gótica corona, en la iglesia de San Pedro y San Pablo.

Entre los nobles que prestaron el juramento de fidelidad al nuevo soberano, lo verificó un hombre de importancia y valía, llamado Flavio Paulo, á quien se supone godo y aun pariente del predecesor de Wamba, sin embargo de que, por el nombre que llevaba, algun erudito escritor le tuvo por griego de origen.

Los vascones, inquietos siempre, apenas empuñara el cetro el nuevo rey comenzaron á alterar la Navarra. Fué á sujetarlos Wamba, y aun no lo había logrado, cuando una insurreccion más temible apareció en la Galia gótica, y á la cabeza del movimiento se colocó decididamente el conde de Nimes, tan poderoso por sus riquezas como por su crédito.

Los sublevados fueron tan adelante en sus desmanes, que fué preciso pensar en cortar de raíz aquel mal, y para lograrlo mandó Wamba un fuerte ejército acaudillado por Paulo, de quien poco hace nos hemos ocupado, por ser gran general y muy apto para desempeñar de un modo digno y completo su cometido; mas sin duda pensaba en rebelarse desde el momento en que prestó el juramento de fidelidad, y solo aguardaba la ocasion oportuna para manifestar abierta y ostensiblemente sus punibles intenciones.

Tan pronto como se encargó del mando del ejército, comenzó á ser traidor: dispuso tan lentamente las marchas, hizo las prevenciones tan despacio, que los rebeldes tuvieron sobrado tiempo para hacerse fuertes y aperebirse contra las fuerzas reales; y puesto de acuerdo con el gobernador de Tarragona (duque Tarraconense) y con otras personas influyentes y poderosas, entró en Cataluña y se apoderó de Barcelona, de Gerona, de Vich, y de otros puntos situados en la entrada de España por la Galia.

La insurreccion había tomado terribles proporciones: puestos en comunicacion los sublevados de Cataluña con los de Navarra, y viéndose tan inmediatos á Francia, determinaron unir sus respetables fuerzas con las del conde de Nimes para poder resistir á las del rey, con esperanza de seguro y buen suceso.

El arzobispo de Narbona decidió cerrar las puertas de la ciudad á los rebeldes; mas no le fué posible. Paulo llegó imprevisamente, y reuniendo una asamblea de ciudadanos y guerreros, reprendió agriamente al arzobispo y manifestó despues las razones que creyó suficientes para justificar su delito y el de sus secuaces. El resultado de aquella reunion fué el que debía esperarse: Paulo propuso se procediese á la eleccion de un nuevo rey, y él mismo salió elegido.

Se asegura que el pseudo-soberano llevó su osadía al extremo de remitir á Wamba un injurioso escrito, en tanto que los suyos despojaban los templos de sus riquezas, y arrebatában á los ciudadanos cuanto poseían, reuniendo una inmensa cantidad de plata y de oro.

El rey, sin aparentar congoja y con aquella energía que le era natural, determinó aniquilar á los rebeldes; mas ante todo quiso oír á los nobles, y convocó un congreso, en el cual no estuvieron conformes los pareceres. Wamba, despues de escuchar con gran reposo á todos, les dijo decidido: «Por mejor tengo prevenir los intentos de los enemigos y acudir con el remedio antes que el mal »pase adelante, que dejar se nos pase la ocasion que un momento »puede resbalar de la mano, cosa que nos daria pena doblada. La »victoria, que tengo por seguro ganaremos, dará reputacion á nuestro imperio: confio en la ayuda de Dios que mirará por nuestra justicia, y en vuestro esfuerzo, al cual ninguna cosa podrá hacer »contraste, y es justo que encendamos más aina con la presteza la »indignacion concebida contra los traidores y el fervor de los soldados, que con la tardanza entibialle: cá la ira de tal condicion es, »que con la priesa se aviva y con el tiempo se apaga. El trabajo de »las ciudades, los campos talados, los bienes de nuestros vasallos »robados, ¿á quién no moveran el corazon? Males que forzosamente »se aumentarán cada dia, si esta empresa se dilata. ¿Quién de vos »(si ya el ardor de la noble sangre no está resfriado, y acabado el »antiguo valor de los godos) no tendrá por cosa más grave que la »misma muerte, dejar los amigos y los deudos á la discrecion y »crueldad de los enemigos, y con la tardanza dar ánimo á los que »asombrados de su misma conciencia y de sus maldades no podrán »sufrir nuestra vista? Apresuremos pues la partida, y con la ayuda »de Dios, cuya causa principalmente se trata, castigemos esta gente malvada, y no permitamos se persuadan que tenemos miedo »de sus fuerzas. Nuestro ejército ni es tan flaco como algunos han »apuntado, y la loa y prez de la victoria tanto será mayor cuanto »con menor aparato y más en breve se ganaren.»

No hay para qué decir hasta qué punto entusiasmarian las palabras del rey á los guerreros; bastará referir que puesto en marcha el ejército, y llegado al lugar de la rebelion, en siete dias no más sosegó el rey completamente la Navarra, y se dirigió apresuradamente á Cataluña, ciertos los soldados de la completa victoria, tomando por seguro pronóstico de aquella el triunfo de Navarra; y no se engañaron, porque el mismo buen éxito tuvieron en Cataluña. De allí fué el rey á la Galia, y pasando los Pirineos puso sitio á Narbona, la tomó por asalto, y no resistiendo nadie al legítimo soberano, este deshizo á los rebeldes é hizo prisionero al traidor Paulo. No le mandó quitar la vida, como quizá algun otro hubiera

hecho; se contentó con deshonrarle haciéndole raer la barba y el cabello, y le confinó en una prision perpétua.

Destruida y aniquilada la rebelion, el rey volvió á Toledo, en cuya ciudad hizo su triunfal entrada, oyendo las espontáneas aclamaciones del pueblo que le victoreaba entusiasmado, así como injuriaba al prisionero Paulo, que entró en Toledo tambien, cubierta la cabeza con una corona de cuero, para hacer escarnio de su atrevida y loca empresa.

Despues de sosegado el reino, se dedicó Wamba á la reforma de varias leyes, arreglando diversos é importantes puntos de gobierno. Convocó el undécimo concilio de Toledo, que se reunió el dia 7 de Noviembre del año 675 (cuarto de su reinado). Reformó la disciplina militar, y ocupándose tambien del órden civil, á todo acudió, y logró tal renombre, que la nacion estaba cada dia más pagada de su buen gobierno y más gozosa por haberle elegido.

Tambien tuvo ocasion de mostrar su valor y militar saber contra los sarracenos. Estaban estos dominando libre y arbitrariamente el África toda, y habian extendido su poder desde las bocas del Nilo hasta el Estrecho de Gibraltar; y como la extension de dominios y el exceso de poder despiertan la ambicion y desarrollan la irresistible codicia, decidieron penetrar en Europa, engreidos con la seguridad de obtener su ambicioso deseo. Para realizarle juntaron una flota de ciento setenta velas, con la cual se pusieron á vista de España, talando y llevando á fuego y sangre cuanto al desembarcar encontraron en la ribera.

No menos animoso Wamba con los descreidos hijos de Mahoma que lo fuera con los rebeldes de su reino, aprestó una armada capaz de hacer frente á la de los enemigos, con la cual le derrotó de ignominiosa manera, rechazándole victoriosamente, tomándole parte de las naves é incendiando otras muchas.

Se dice que los sarracenos vinieron seguros de su triunfo, porque fueron llamados por Ervigio, godo de noble sangre y deudo del rey Recesvinto, el cual llevó pesadamente la eleccion de Wamba, aunque, más cauto que Paulo, no quiso demostrar su disgusto é intento abiertamente, prefiriendo el manejar hábilmente y con arteria su traidor propósito.

Su desleal idea se estrelló contra el enérgico temple del valeroso é inteligente Wamba; y viendo el falaz Ervigio que el tiempo trascurría, y que era en vano el esperar que el popular cariño abandonase á un soberano que tantas muestras de bondad é inteligencia daba en momentos de paz como en los de guerra y revueltas, meditó detenidamente y determinó hacerse rey, poniendo en juego una extraña intriga que no habia tenido ejemplo en tiempo de los reinados anteriores, para que, segun las palabras de un erudito y cé-

lebre escritor moderno, el glorioso reinado de Wamba fuese más extraño y singular en su término que lo había sido en su comienzo.

Era Ervigio uno de los condes mejor admitidos en la intimidad del rey, y prevaliéndose de esta gran ventaja, preparó en la bebida un fuerte narcótico que hizo quedar á Wamba aletargado, en términos que todos, ignorantes de la pérfida intriga, llegaron á creer que la vida le había abandonado. Ervigio, aprovechando la general creencia, y demostrando un celo sin par en respetar la costumbre de la época, se apresuró á mandar tonsurar y revestir el hábito de penitente al querido rey á quien difunto se creía; y tanto apresuró la ceremonia, que al recobrar Wamba el conocimiento, estaba ya convertido en monje.

Vuelto á la vida, sus fieles servidores y el pueblo todo quisieron que siguiese rigiendo los destinos de la nación, á la cual tanta gloria había dado; mas él, que había con tanto pesar aceptado la corona, y que al ceñirla no hacía otra cosa que consumir diaria y continuamente un penoso sacrificio, decidido á dejar de ser rey, invocó el acuerdo solemne de un concilio que privaba del cetro al que hubiese sido tonsurado y vestido, siquiera fuese una sola vez, de hábito monacal.

Al despedirse de sus fieles servidores, llevó su generosidad hasta el punto de designar para reemplazarle al mismo Ervigio, autor único y exclusivo de la traicion; retirándose despues, en medio del más general y sincero llanto de los suyos y del pueblo, á hacer la vida de penitente en el monasterio de Pampliega, inmediato á Búrgos (año 680). Ocho dias despues, el desleal y ambicioso Ervigio fué ungido en la principal iglesia de Toledo, en cuyo sagrado recinto le ciñó la gótica corona el metropolitano (domingo 21 de Octubre).

Aunque mal mirado y por fuerza admitido en un principio, el nuevo monarca llegó á grangearse la voluntad popular, porque comenzó á gobernar con moderacion, reformó el rigor de algunas leyes, rebajó los tributos, y aun condonó á muchos cuanto al erario debían.

Sin embargo, otros le tenían mortal aversion, porque á pesar de la cautela con que había procedido para destronar á Wamba, algunos no habían dejado de sospechar la verdad. El mismo usurpador llegó á sentir remordimientos y á concebir temores; porque Wamba vivía, y su memoria era cada dia más grata.

El estado violento de Ervigio le obligó á acogerse á la religion, segun varios autores para cubrirse con su sagrado manto y atraer al pueblo, esencialmente católico, y muy pagado de que sus monarcas lo fuesen. No sabemos si seria así, ó si su determinacion nacería de un corazón sinceramente arrepentido; porque es tan delicada

do como expuesto el querer penetrar en el sagrado de las conciencias. El término de Ervigio no habla en favor de la primera idea: convocó el duodécimo concilio Toledano (681); hizo donaciones, y siguió las huellas de sus antecesores, despues de lo cual, deseando asegurar, como era muy natural y justo, el porvenir de sus hijos, casó á Cixilona, que lo era suya, con Egica, sobrino de Wamba, á cuyo jóven príncipe prometió le aseguraria la trasmision de la corona, siempre que él en justa reciprocidad le jurase cuidar como era debido de la familia de su esposa, principalmente de los hermanos de esta.

Nada más ocurrió de notable durante el corto reinado de Ervigio (fuera de haberse reparado las murallas de Mérida y su puente), el cual, cuanto más el tiempo avanzaba, más melancolía se notaba en él, doblemente fatal por estar acompañada de suspicacia y de temores que le hacian sufrir un continuo martirio, hasta el punto de haber enfermado de bastante gravedad. Comprendiendo que se le acababa la vida, mandó reunir en derredor de su lecho á todos los obispos y dignatarios; les relevó del juramento de fidelidad; abdicó la corona en Egica su yerno, y á fin de que no pudiese ser anulado cuanto decidido habia si, contra lo probable, recuperaba la salud, hizo practicar consigo propio lo que siete años antes practicara con Wamba. Se mandó tonsurar y poner un hábito de monje; pero no fué necesaria tal prevencion, porque falleció á consecuencia de aquella enfermedad (año 687).

Poco tiempo le sobrevivió Wamba, aunque tuvo tiempo suficiente para ver subir al trono á su sobrino Egica, y descender al sepulcro al que le usurpara un cetro que tan digna y rectamente manejaba; empero murió poco despues que Ervigio, como si Dios, por uno de sus incomprensibles arcanos, hubiese determinado que ambos fuesen casi á la vez residenciados por la eterna é infalible justicia, dando, no obstante, tiempo al oprimido para ver la caída del opresor, verificada por idénticos medios á aquellos de que este para oprimir á aquel hiciera uso.

Lo más notable del reinado de Egica fué la conspiracion que contra su vida tramaron en la córte, doblemente notable por estar dirigida á quitar la vida al rey, á todos sus hijos y á varios de los principales magnates, y por ser el jefe de los conjurados y el alma de la trama el metropolitano de Toledo, llamado Sisberto, que sucedió en la sede toledana al gran Julian, tan sabio como virtuoso.

Afortunadamente el rey fué á tiempo avisado del tremendo golpe que tenebrosa y maquiavélicamente se preparaba. Hizo primeramente asegurar la persona de Sisberto, y convocó un concilio (año 695), cuya decision fué declarar al metropolitano reo de lesa magestad (*lesæ majestatis*), en virtud de lo cual fué privado de to-

das sus dignidades, preeminencias y bienes, y condenado á perpétuo destierro.

De entonces data la costumbre, puesta en uso por decreto del expresado concilio, de rogar diariamente los sacerdotes en todas las iglesias de España al celebrar la misa, por la vida y prosperidad del soberano y de la real familia, como hoy mismo se verifica.

Nos vamos acercando al término de la dinastía de los godos, que es precisamente el principio de la verdadera historia española, así por la mayor abundancia de positivos datos, como porque comienzan á desaparecer los personajes cuyo inmediato origen nos hace recordar que son extranjeros. Ciertamente es, sin embargo, que algunos de los reyes godos fueron nacidos en España; empero su educación y circunstancias relacionadas íntimamente con gentes extrañas, como personas demasiado cercanas á su primitivo y verdadero origen, hacen que ni parezcan hijos de nuestra amada patria, ni tales consideraciones permiten que sean mirados como verdaderos españoles; al paso que desde algún tiempo antes de Pelayo, y de este en adelante, sucediéndose unas á otras las generaciones, la sangre se fué purificando, por decirlo así, y siendo puramente española.

Una nueva invasión dará muy en breve término á la dominación de los godos; mas esto no disminuirá en lo más mínimo lo que acabamos de indicar, porque los caudillos principales de la restauración y los denodados defensores de la Santa Cruz hicieron bando aparte de los secuaces de Mahoma y sectarios del Korán, sin que, generalmente hablando, pudiesen avenirse los valientes de Covadonga á concertarse con los invasores, del modo que en otro tiempo lo hicieron sus antepasados con los godos, y más remotamente aun con los romanos.

Así, pues, creemos conveniente dar una ligera idea de los derechos y aun obligación que tenía por su sangre y circunstancias el gran Pelayo para erigirse en jefe de los bizarros soldados de la restauración; y como en el reinado del hijo y sucesor de Egica, al cual muy en breve llegaremos, deberemos hacer mención del padre de Pelayo, nos permitiremos el detenernos á dar exacta cuenta de sucesos que en sí aparecen como poco importantes, porque están reducidos á demostrar la crueldad de un rey, crueldad que no carece de funestos ejemplos; mas su relación es en cierto sentido de muy alta importancia, pues hace comprender que muerto ó desaparecido D. Rodrigo, el héroe de la restauración no debía ser otro que Pelayo.

Volviendo á ocuparnos del reinado de Egica, diremos que durante aquel se convocó el décimo-sétimo y último concilio Toledano, en el cual se trató principalmente de una exposición que el rey presentó relativa á la destrucción radical de los judíos que en Es-



paña moraban, de los que aparentemente se habían convertido; porque se les achacaba una terrible conjura, de acuerdo con sus correligionarios de África, dirigida á entregar la rica y bella península á los Sarracenos.

Ya había trascurrido el décimo año del mando de Egica, cuando decidió asociar al trono á su hijo Witiza. A pesar de que en repetidos concilios se había decretado la forma y manera de elegir los monarcas cuando el solio quedase vacante, casi todos los soberanos, barrenando las leyes, procuraban vincular la gótica corona en su familia. Egica desde los más tiernos años de su hijo había encomendado á este algunos de los más importantes cargos del reino, hasta que logró hacerle participe de la régia corona y del poder real.

Debido á anunciar desde luego el joven Witiza su turbulento carácter y poco arregladas costumbres, cuando su padre, *por evitar alborotos y desabrimientos*, según Mariana, le encomendó el gobierno de Galicia y alejó de su lado. Se sabe que hasta la muerte de Egica permaneció su hijo en su gobierno, y que terminó el siglo sin que ocurriese hecho alguno que merezca ser consignado en la historia.



Siglo VIII.

Apenas habia comenzado á correr el siglo, cuando terminó la vida del antepenúltimo rey de los godos. En Toledo residia cuando enfermó, y en breves dias descendió al sepulcro, habiendo ocupado el gótico solio cerca de quince años, desde el mismo dia del fallecimiento de Ervigio hasta el en que murió (en el principio de Noviembre del año 702).

Tan pronto como llegó á noticia de Witiza la muerte de su padre, se puso en camino dirigiéndose á Toledo, apresurando su marcha cuanto le fué posible. Llegó á la córte, y sin la menor oposicion fué reconocido, y poco despues ungido (15 de Noviembre) y coronado, siguiendo á este importante y solemne acto el indispensable juramento de fidelidad, que prestaron cuantos tenian el deber de hacerlo.

Cruel y trascendental engaño sufrió la noble nacion que recibiera por rey al inícuo é inmoral Witiza; porque en los primeros años de su reinado fué un modelo de príncipes. Justo, liberal, laborioso, benéfico, se ocupaba sin descanso y á todas partes extendia su solicitud y sus beneficios. Uno de los hechos que más renombre le dieron fué levantar el destierro á cuantos le sufrían, devolviéndoles los honores y bienes de que antes de ser castigados disfrutaban; y luego mandó quemar todos los procesos, para que de ellos no quedase rastro y se llegase á perder la memoria de los crímenes que motivaran los castigos.

Tuvo un defecto natural, y otro que adquirió con el trascurso del tiempo, y ambos fueron sin duda el origen y primordial causa de su ruina: su carácter hacia que se dejase dominar fácilmente, y hombre de primera impresion, se dejaba arrebatar sin rémora ni dique, por los mas fuertes afectos. Por otra parte, á medida que avanzaba en edad se pagaba más de los aduladores, ponzoñosa semilla que invade siempre las mansiones de los poderosos y que á veces es árbitra de los destinos de un pueblo entero, autora y responsable de horriblosos crímenes y de tristes é irremediables excesos. Si á los defectos naturales y adquiridos de Witiza se agrega una escandalosa lubricidad llevada al más ruboroso extremo, solamente comparable con la del peor de todos los antiguos emperadores romanos, encontraremos, sin duda, la clara explicacion del cambio, extraordinario á primera vista, que se obró en el carácter de este soberano.

Parece que predijo el próximo término de la dinastía de los godos, y quiso precipitar y abreviar su dolorosa agonía, á costa del propio descrédito y haciéndola sucumbir entre horribles maldiciones, en vez de procurar que desapareciese de gloriosa manera y entre sentidas lágrimas y dolorosos ayes.

Uno de los hechos de Witiza que á los ojos de la nacion más le desacreditaron, fué el establecer en su palacio un verdadero harem, en donde albergaba un sin número de concubinas, á las que hacia servir y tratar como reinas, y de la misma manera que si fueran sus esposas legítimas; é igual libertad dió á todos sus súbditos. Motu proprio, y como si pudiese resumir en sí la potestad real y la espiritual, constituyéndose en supremo jefe de la Iglesia, cometió diversos excesos, mandando, entre otras cosas, que los eclesiásticos pudiesen libre y públicamente quebrantar sus sagrados votos y casarse, llegando á formular una ley por la que se mandaba, bajo pena de muerte, negar la obediencia al Sumo Pontífice.

Aunque en tan fatal época una parte del clero estaba no poco corrompida, otra, y no escasa por fortuna, hacia verdadero honor al sacerdocio. El rey, queriendo canonizar, ó dar, al menos, alguna legalidad á sus horribles excesos, hizo convocar un concilio, que fué el décimo octavo; empero no há mucho llamamos último al décimo sétimo, porque en efecto lo fué: el de que hemos hecho ahora mencion, se reunió por fin; mas no se le ha dado lugar entre los concilios, ni fué otra cosa que un verdadero conciliábulo. Todos sus decretos y decisiones fueron diametralmente opuestos á las leyes y cánones eclesiásticos, y á él no asistieron otros individuos que aquellos cuyas perniciosas costumbres estaban de acuerdo con los reprobables mandatos de aquel monstruo que malamente llevaba el nombre de rey.

El ejemplo provechoso ó funesto es tanto más activo y poderoso, cuanto más elevada es la persona que le presenta; y siendo esto así, dicho se está que la más vergonzosa desmoralización y el más escandaloso desenfreno cundiría rápida y destructoramente por toda la gótica monarquía, que selvática, pero valiente, en su juventud; digna, fuerte y respetable en su virilidad, presentaba los ostensibles signos de una decrepitud anticipada, sin haber pasado por la noble y respetable ancianidad.

Conservábanse afortunadamente algunos hombres de recto corazón é incorruptibles costumbres, que no podían mirar á sangre fría tanta calamidad, ni esperar inermes é inertes la inminente ruina que á la monarquía amenazaba. Trataron estos dignos partidarios del nacional honor de poner á tanto mal enérgico remedio, y naturalmente volvieron la contristada vista hácia los descendientes del memorable Chindasvinto. Witiza, por desgracia, se apercibió de la justificable y justificada conjura, y esto le hizo fijarse en la necesidad de exterminar aquella raza, tan fuerte y vigorosa como querida de la parte de pueblo que no habia sido contagiada con las pestilentes costumbres del rey y de sus favoritos. No parece sino que un odio innato é instintivo contra los descendientes de Chindasvinto germinó en el malvado corazón de Witiza desde sus primeros años, como si predijese lo que tiempo adelante debiera suceder.

Hemos llegado, como en su lugar anunciamos, á un punto en que debemos detenernos á dar algunas noticias de Pelayo, que no podemos pasar en silencio, por las razones que en el indicado lugar expusimos.

Chindasvinto al morir dejó tres hijos: Recesvinto, que heredó la corona, y sus dos hermanos Teodofredo y Favila. Por defecto de edad, ó por otras razones cuya investigación es indiferente, no se les tuvo en cuenta al morir su hermano mayor, y el unánime parecer de los electores dió la corona á Wamba. Andando el tiempo llegaron á figurar de una manera digna de su alcurnia y estirpe: Teodofredo era duque de Córdoba, y de Cantabria Favila; aquel tenia un hijo llamado *Rodrigo*, y éste tenia otro, llamado *Pelayo*.

Teodofredo manifestó siempre cierta aversión á la córte, que le decidió á no moverse de Córdoba, en donde hizo construir para su morada y recreo un magnífico palacio con deliciosos pensiles; empero Favila, cuando Egica dió á su hijo el gobierno de Galicia, admitió el cargo de capitán ó jefe de la guardia de Witiza. Las costumbres de este fueron siempre desordenadas, aunque las moderaba bastante cuando su padre vivía, por temor, ó, si se quiere, por respeto.

A pesar de esto asesínó por su mano á Favila: hay quien dice

que fué por haberse apasionado de la mujer de este desgraciado duque de Cantabria. Pelayo, aunque muy jóven, tenia el cargo de teniente de su padre, cerca de la persona de Witiza; mas con motivo del bárbaro asesinato se retiró á sus estados de Cantabria, encerrándose en las inaccesibles rocas de Vizcaya. Por manera, que al empuñar el cetro de los godos para perdicion de la gótica monarquía el infame Witiza, los descendientes de Chindasvinto en quienes pudieran fijar su aterrada vista y su espirante esperanza los conjurados, eran Teodofredo, Rodrigo y Pelayo.

Descubierta por el tirano la conspiracion, de nada sirvió al primero de los tres arriba mencionados nobles el vivir retirado en sus dominios, ageno á las maquinaciones de la córte: á Córdoba llegaron los sicarios del nuevo Neron, y por orden de este le privaron ini-cuamente de la vista.

Dios, en sus inescrutables juicios, destinaba á los hijos de ambas víctimas, Teodofredo y Favila, al uno para hundir en el polvo á una degradada dinastía corroida por la destructora inmoralidad, y al otro para restaurar á una gran nacion, terror de Cartago y de Roma, y digna por sus antiguas y refulgentes glorias de volver á la vida para jamás morir: el primero fué el desgraciado Rodrigo; el segundo el glorioso Pelayo: y como escrito estaba el irrevocable decreto en el celeste libro con ígneos caracteres por el dedo del Eterno, la mano alevosa y fementida que asesinara villanamente á Favila y cegara á Teodofredo, no pudo alcanzar ni á Rodrigo ni á Pelayo.

No se culpe, sin embargo, al infelice Rodrigo de la perdicion de España. Severos y escrupulosos observadores de la verdad, consignaremos sus defectos cuando á su reinado lleguemos; mas puesto que del de Witiza nos venimos ocupando, cumple á nuestra imparcialidad manifestar que este, y no aquel, fué la causa eficiente de que la gótica monarquía se derrumbase. Si Rodrigo, como hombre, tuvo indisculpables lunares, como guerrero fué valeroso al par del rey que más lo hubiese sido, y no habria tenido lugar la espantosa catástrofe del Guadalete, si el tirano Witiza, queriendo quitar á los conspiradores los medios de resistencia y de hacerse fuertes, no hubiera hecho abatir las fortalezas, derribar las murallas, disolver las legiones, convertir en instrumentos fabriles y agrícolas el metal de las armas; y el bárbaro y desatentado opresor, en un solo día, dejó á su reino sin defensa y sin defensores.

¿Se podrá concebir de otra manera, que la magnánima nacion que habia producido tales hijos como los de Sagunto, Numancia y Astapa; los que tantas pérdidas morales y materiales causaron á las huestes más aguerridas, disciplinadas y célebres de la época, per-diesen á la entera nacion en una sola batalla? ¿Y dada contra quién?

¿Eran acaso los fanáticos sectarios del Korán, los rudos y feroces descendientes de los vándalos, soldados de Anibal, de Pompeyo ó de Julio César?

Cegado para su propia perdicion el aborrecible déspota, por los mismos medios que buscara su seguridad precipitó su ruina. Los hijos de la bella Andalucía, en donde estaba preso y condenado á perpétuas tinieblas el desgraciado Teodofredo, fueron los primeros á rebelarse contra el tirano, proclamando á Rodrigo. Este (auxiliado por los romanos, segun algunos indican sin asegurarlo), derrotó é hizo prisionero al monstruo coronado, y haciéndole sufrir la pena del talion, mandó que le cegasen y le relegó prisionero á Córdoba, en cuya ciudad falleció en los últimos dias del mes de Febrero del año 709.

Subió al trono Rodrigo, encontrándole minado por su base y sin defensa, como no há mucho dijimos: la relajacion de costumbres y la impiedad le habian colocado en una triste y vacilante posicion, al paso que las desatentadas disposiciones del despreciable Witiza le habian dejado á merced de propios y de extraños.

Los deudos de este fatal rey existian y no sosegaban en sus pérfidas maquinaciones, ni podian olvidar que Rodrigo se habia milagrosamente deslizado de las manos de los sicarios de Witiza. Este tenia un hermano llamado Oppas, que era metropolitano de Sevilla, y habia dejado dos hijos, llamados Sisebuto y Ebas. El primero de los tres era emprendedor, y de grande energia, y no podia sufrir que un usurpador, segun él le llamaba, como si Witiza hubiera tenido algunos legitimos derechos, ciñese la régia diadema; y aunque no habia manifestado de ostensible manera sus deseos é intenciones, trataba de procurar la elevacion al trono de alguno de los hijos del inmoral Witiza.

Habia por completo desaparecido de España la tranquilidad, puesto que estaba dividida en partidos, que son la carcoma de las más fuertes naciones, los cuales, teniendo por único norte la ambicion, no reparaban en los males y perjuicios que pudieran atraer sobre la España: solo tenian presente el deseo de realizar sus ensueños ambiciosos, desplegando todos sus grandes resortes en la intriga y el crimen, hasta llegar al anhelado término.

Rodrigo, jóven y educado en la escuela que generalizó en la nacion el relajado Witiza, era demasiado amigo de los placeres. Tan pronto como se vió en el poder, mandó ensanchar y hermosear el palacio que en Córdoba habia hecho edificar su desgraciado padre Teodofredo; y como era natural y justo, llamó á la córte á su primo Pelayo, y le dió el cargo de capitán de las guardas del rey, cargo que era el primero en la córte y en el palacio.

Tenia Rodrigo una predisposicion muy grande á entregarse al

amor y á la amistad, prenda que rara vez concurre en quien no tiene gran sensibilidad y noble corazón: así fué que entregó todo su cariño amistoso á su primo Pelayo, más aun que por ser su primo, por haber sido tan perseguido como él y por haber como él tambien escapado milagrosamente, puede decirse, de una muerte que parecia tan inminente como segura. Empero Rodrigo era igualmente fuerte en el odio; no pudo olvidar nunca las infamias de Witiza, cuyo castigo personal, no pareciéndole bastante, le hizo transmisible á sus hijos, persiguiéndolos en tales términos, que les obligó á emigrar, decidiendo pasar, como lo ejecutaron, á la Mauritania Tingitana, parte de África distante de la córte, pero sometida á los godos.

Los hijos de Witiza querian no alejarse de España, porque tenían cada dia más viva la esperanza; cada dia más grandes los deseos, merced á las intrigas y maquinaciones de Oppas su tio. Estaba, por desgracia, este muy auxiliado por la desmoralizacion general, y muy particularmente de la córte y del mismo palacio: la religion, que es muy grande freno para sujetar las costumbres, casi toda la fuerza habia perdido; las leyes sinodales y decretos de los concilios estaban puestos en bando y relegados al olvido; la parte del clero que habia seguido las inspiraciones y obedecido los impíos é inmorales mandatos de Witiza, vivia emulando á los grandes y poderosos en el fastuoso lujo, en la avaricia, en la disolucion, en los vicios todos; el público concubinato seguia consentido, y no estaba seguro el sagrado del hogar doméstico, ni lazos nupciales ni de otro género alguno eran respetados por nada ni por nadie. Tal habia dejado el último rey la nacion á su desgraciado sucesor, y aunque hubiese tenido intencion y deseos de exterminar y cortar de raiz tamaños males, el lograrlo no era obra del momento. La salud del cuerpo social es sin duda alguna muy parecida á la del cuerpo humano: la cabeza de una nacion, como la de un cuerpo, en un solo dia, en algunos instantes, puede alterar y trastornar la propia salud de terrible y fuerte manera, con peligro inminente de la ruina total y de la muerte. Aunque esta no sobrevenga, el recuperar la salud un Estado y un cuerpo, ni siempre es seguro el llegar á lograrlo, ni aun cuando afortunadamente se logre es obra de pocos dias, sino de inmenso tiempo; no es empresa para la que sirve un hombre mediano; es necesario un hombre especial que tenga de lo alto la mision de hacer aquel gran bien, y es menester, en fin, un Pelayo, el cual, á pesar de sus grandes dotes, no pudo, sin embargo, ni era posible que pudiese lograr otra cosa que echar los cimientos al inmenso y glorioso edificio de la restauracion; la cual fué obra tan larga como necesariamente debia ser.

Era, por otra parte, Rodrigo un hombre notable por su liberalidad, por su energía, por su firmeza, por una resolución que rayaba en osadía y un valor que llegaba á la temeridad; y aun cuando es cierto que sus costumbres eran hijas de la época, como, no mediando un milagro, era preciso que lo fuesen las de un jóven que habia nacido y se habia educado en la disolucion, sin ejemplo hasta entonces, de la córte de Witiza, sus prendas como rey le hacian muy apto para haber dado grande é inmarcesible gloria á la nacion, y sin embargo, él dicen que la perdió; pero en aquellas circunstancias, en medio de tanta y tan repugnante desmoralizacion, cuando los bastiones y adarves, cubos y caballeros yacian por el suelo; cuando los godos capacetes, los paveses y las lanzas se habian convertido en rejas de arado, en hoces y guadañas, ¿era posible que salvase á España Rodrigo? ¿La hubiese podido salvar el mismo Pelayo? De ningun modo: los vicios, los desórdenes y las inquietudes la habian hecho enfermar, y era forzoso atravesar por una horrible, expuesta y larga crisis, para que volviese á su primitiva salud.

Á tan fatales circunstancias se unian las activas y diarias maquinaciones del hermano y de los hijos de Witiza, que no se daban punto de reposo. Oppas principalmente, hombre de grande influencia é inmensas relaciones entre los más nobles godos, era amigo de un conde Julian, á la sazón gobernador de una plaza litoral de la Mauritania, que hoy llamamos Ceuta.

Al nombrar á este nuevo personaje, no podemos ménos de sentir una repulsion instintiva, involuntaria, que alcanza al nombre de ese traidor sin fé, sin ley, sin religion. Á ese villano cuyo nombre fué hace casi doce siglos legado á la pública y universal execracion, y que no dejará de serlo hasta la total destruccion del universo, mientras exista un español que pueda trasmitir el legado de la execracion y del odio legitimo á ese hijo espúreo, á todas las generaciones venideras.

Dicen que tuvo un grande agravio que vengar; pero el hecho en que le fundan es tenido como apócrifo por más de un escritor respetable, y muy en breve nosotros, que por apócrifo tambien le tenemos, expondremos las razones que hay en pro y en contra de la certeza de semejante suceso. Empero, suponiendo que cierta hubiese sido la terrible injuria, ¿no habia puñales, si tal era el deseo de venganza, para lavar con sangre del ofensor, segun los usos de la época, la ofensa recibida? ¿Necesitaba el infame villano perder á su patria para vengarse? ¿Es caballero, es hombre quien venga las injurias á costa de la honra y de la existencia de su propia madre?

Julian era un ambicioso traidor y no otra cosa; mas comenzaremos á referir el enunciado suceso, que raro español ignora, así por-

que su noticia hace falta en la historia, como para manifestar los encontrados pareceres que sobre él se observan, haciendo ver de incontrovertible manera que ni Rodrigo (á quien Mariana, con otros, maltrata injustamente hablando en absoluto como hiciera con Pedro I de Castilla), ni su primo Pelayo, ni otro que un nuncio de Dios, directamente por el Altísimo enviado para salvar á España, hubiera podido lograrlo en aquellas fatales circunstancias y en aquella combinacion de encontrados elementos.

Segun antiguas crónicas refieren, los jóvenes de ambos sexos pertenecientes á las principales familias de la córte, se educaban y vivian en palacio: los jóvenes se empleaban en el servicio del rey, y en el de la reina las jóvenes. En el número de estas se contaba una hija del conde Julian, cuya peregrina hermosura era muy notable en la córte, cuyo sol era, pareciendo solamente las demás bellas habitadoras del régio alcázar, lucientes satélites que prestado recibian su fulgor de aquel hermoso y magnifico sol.

Á una dama que moraba en palacio como hija del pérfido Julian, naturalmente debia el rey haberla visto mil veces; mas segun las crónicas cuentan, no produjo su belleza sin par el menor efecto, hasta un cierto dia en que Rodrigo observaba sin ser visto cuando las damas todas salian del baño, y entre ellas vió á Florinda, que así se llamaba la hija del fementido conde, la cual, muy agena de que era vista por otra persona que por sus compañeras, con estas jugaba con menos recato del que hubiera usado á haber sabido que era acechada.

De aquí se siguió la pasion del rey; el declarársela á la jóven; el rechazar esta al monarca, y el haber usado este de indigna violencia, comprendiendo hasta qué punto eran inútiles los cariñosos ruegos.

La hija comunicó con el padre la injuria recibida; y para que nada falte á la ligera relacion de este suceso, insertaremos la carta que, segun se dice, remitió Florinda á Julian. Dice así el expresado documento: «Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva ponerlos en ocasion de un dolor y quebranto perpétuos. Con cuántas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo ha sido manchado, sino tambien amancillada el alma con mancha y infamia perpétua. ¿Qué salida tendrán nuestros males? ¿Quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? ¿Esperaremos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia más pesada que la misma muerte? Avergüenzome de escribir lo que no me es ilícito callar, ¡oh triste y miserable suerte! En una palabra; vues-

otra hija, vuestra sangre, y de la alcuña real de los godos, por el rey D. Rodrigo, al que estaba, mal pecado, encomendada como la oveja al lobo, con una maldad increíble ha sido afrentada. Vos si sois varones hareis que el gusto que tomó de nuestro daño se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linaje y á nuestra casa.»

Á consecuencia de la noticia que esta carta encerraba, el conde, que á la sazón estaba en África, porque era gobernador de Ceuta, *resolvióse de apresurar la traicion que poco antes tenia tramada.* Florinda, al decir de algunos escritores, fué la causa eficiente de la ruina de España; y los moros, agradecidos á aquella célebre dama, la denominaron por antonomasia la *Cava*, que es igual á decir *mujer*; como si solo diciendo la mujer, se comprendiese ya quién era. Tal celebridad tomó, y debiera tomar á ser cierto, la que de par en par les franqueó las puertas de la rica y bellísima península que formara un día sus delicias, de la que con amargas lágrimas se separaron, y que no han olvidado aun ni fácilmente podrán olvidar.

El referido suceso se ha tenido modernamente por fabuloso y completamente apócrifo; y en pro de esta creencia el erudito señor Lafuente nos dice que Isidoro Pacense, único autor contemporáneo y que debiera estar muy bien informado, nada dice sobre los amores de Rodrigo y Florinda, ó la Cava. Y ¿pudiera callarlos un cronista, si de ellos hubiera resultado nada menos que la ruina de la nacion entera?

Por manera que ni Pacense ni otros escritores más modernos que este se han ocupado de semejante suceso, siendo de tanta importancia; y el primero que de él habla, que es el monje de Silos, escribió cuatro siglos despues, y se refiere á un escritor árabe que tomó la noticia de otro que gozaba de poco ó ningun crédito; y del monje la tomaron los demás en lo sucesivo. De modo que hay mayores fundamentos para suponer la aventura apócrifa, antes que cierta.

Sin que concedamos ni neguemos el hecho, queremos hablar en la hipótesis de que hayan existido Florinda, los amores y cuanto por algunos autores se supone. Las palabras *resolvióse de apresurar la traicion*, que no son nuestras y por eso las hemos subrayado, prueban hasta la evidencia que la traicion estaba tratada; porque mal se puede apresurar lo que no está determinado y comenzado. Además, sabemos que los hijos de Witiza, antes de pasar al África, se concertaron con varios personajes españoles para levantar el estandarte de la rebelion, y muy principalmente con su tio D. Oppas; sabemos que D. Julian, recibida la carta de su hija, se dirigió á la corte, en donde residió disimulando su agravio, que era mucho di-

simular si le tenia recibido, y que no limitándose al disimulo, gozaba del régio favor, se le admitia á todos los consejos y se le iniciaba en todos los secretos, *lo cual todo no se hacia por sus servicios y partes, sino más aína por amor de su hija*. Luego el agravio no existia y si el favor, ó su honor tenia una tranquilidad y reposo por demás excesivos, cuando sufría reportado que los amores continuasen; y sin duda su hija habia logrado enjugar las lágrimas que mancharan su misiva, cuando consentia que la deshonra continuase. De un modo ó de otro, la verdad innegable, el punto fuera de toda duda, el hecho incontrovertible queda reducido á que el conde don Julian fué un insigne traidor, mil veces peor que Vellido Dolfos que lo fué por servir á su señora, y que, en su género, el nombre de más repugnante monstruo no se registra en la historia.

La invasion de los árabes estaba de antemano proyectada, y su ejecucion decidida; y entre otras pruebas, la acometida que verificaran con respetable armada en el reinado de Wamba nos lo dice claramente; empero en aquel tiempo la nacion no estaba desmantelada, desarmada y sin ejército, y el enérgico rey destruyó la flota enemiga; y por otra parte, si habia desleales, permanecieron ocultos, quizá porque no estaban en posicion de manifestarse.

El traidor conde, intimamente tratado y admitido á los consejos del rey, persuadió á este de la conveniencia de que mandase la poca fuerza militar con que España contaba á conjurar peligros imaginarios, porque deseaba que el paso quedase franco á los verdaderos; y una vez removido este único obstáculo que pudiera haber entorpecido pero no evitado la consumacion de su execrable delito, pretextando una grave enfermedad de su esposa, se volvió apresuradamente al África.

Estaba puesto de acuerdo con Muza, emir africano, delegado de Walid, califa de Damasco; y aquel, antes de emprender las operaciones, consultó con este, á fin de no adquirir responsabilidad, si fracasase la expedicion como sucediera cuando reinaba Wamba. Vino de pronto á las mientes de Walid la por ellos llamada profecía de Mahoma, que aseguraba á sus sectarios la posesion del Oriente y el Occidente, y aceptando la idea en toda su latitud, facultó á Muza para proceder, habilitándole con plenos poderes.

Sin embargo de esto, no abusó de las amplias facultades el precavido Muza. Limitóse por el momento á mandar unos quinientos hombres, sin otro objeto ni servicio que el de observar y ser exploradores. La expedicion venia á las órdenes de Tarif, el cual desembarcó con los suyos en la antigua Tartesio, que desde entonces hasta hoy, en memoria del caudillo árabe, tomó su nombre y se llamó Tarifa (año 91 de la egiira, para nosotros Julio de 710).

Es evidente que Muza Ben-Noceir, emir de África, á pesar de las

seguridades del traidor y de la aprobacion de su califa, procedia con suma cautela y no menor recelo. Sin duda no podia creer se encontraria un hombre tan villano como el execrable conde, y haciéndole inmenso favor, le suponía falso para con los mahometanos. Sin embargo, la intentona hecha sobre la nueva Tarifa le hizo concebir lisonjeras esperanzas y tener más confianza en el infame gobernador de Ceuta.

Por entonces Tarif con las escasas fuerzas que llevaba se limitó á reconocer los pueblos más inmediatos de aquel litoral, robando ganados y lo que pudo haber á la mano. Hechos tambien prisioneros algunos descuidados habitantes que por las cercanías andaban, regresó á Tánger sin obstáculo ni estorbo y dió cuenta al emir de su comision.

Gozoso Muza con la placentera nueva, y casi convencido de que Julian no le engañaba, pensó en dar mayores proporciones á la expedicion; y al manifestar su determinacion se vió asediado de instancias, porque todos querian tomar parte en la empresa. Los exploradores decian que no habian visto jamás un país más frondoso, rico y florido, y todos codiciaban traspasar la corta línea divisoria, el intranquilo Estrecho; mas el emir, no pudiendo acceder á todas las peticiones, y desentendiéndose de ellas para atender á lo más conveniente, dispuso una segunda acometida, pero ya con 12,000 hombres, casi todos berberiscos, mandados por el más osado de todos sus caudillos, llamado Tarik-ben-Zeyad.

Al desembarcar, guiados, segun se dice, por el traidor Julian, pusieron el pié sobre un dilatado terreno, cuyo suelo mullido y alfombrado por un natural tapete de finísima y verde yerba, daba á aquel sitio un aspecto por el extremo visual. Por esta causa le denominaron *Alghezirah Alhadra*, esto es, *isla verde*, que hoy, apenas corrompido el primitivo nombre, llamamos *Algeciras*.

Despues pasaron á tomar posicion en el monte Calpe, en donde se atrincheraron, y le dieron el nombre de *Gebal*, que equivale á monte, y *Tarik* por el general, y llamóse en lo sucesivo *Gebal-Tarik*, como hoy se llama *Gibraltar*.

Era jefe superior ó gobernador general de toda la Andalucía un leal y valeroso caudillo, llamado Teodomiro, el cual, sin curarse del número de los invasores, y atendiendo solamente á su deber y á su brio, juntó de rebato y como pudo unos dos mil ginetes, muy escasamente, y con denodado corazon se dirigió á hacer frente á los invasores. El éxito fué tal como pudiera esperarse de tan notable desigualdad de fuerzas, y Teodomiro dió por escrito parte al rey de cuanto ocurría.

Gran pesadumbre recibió Rodrigo con el escrito del fiel y decidido Teodomiro; mas como hombre enérgico, belicoso y de accion

en momentos dados, determinó que se hiciesen por todas partes levadas para allegar ejército; le dolió en el alma el estado indefenso de la guerrera nación, y entonces, por primera vez, comprendió todo el trascendental perjuicio de las desacertadas determinaciones del funesto Witiza.

Las palabras de Teodomiro, su gobernador de Andalucía, eran otros tantos acerados y agudos dardos que en el corazón llevaba á toda hora atravesados. «Señor, decia el fiel y valeroso caudillo, aquí han llegado gentes enemigas, de la parte del África, que por sus rostros y trages, ni sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra. Yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya. Ahora á mi pesar acampan en esta tierra: ruégoo, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar. Venid vos en persona, señor, que será lo mejor.»

El infelice Rodrigo, pensativo y desasosegado, agitaba y daba prisa á cuantas providencias eran necesarias para reunir gente é improvisar un ejército. Dirigióse á los prelados, duques y condes, á fin de que contribuyesen al logro de sus deseos por cuantos medios les fuese posible, y en efecto lo hicieron. Sin embargo, los ocultos enemigos fueron traidores hasta un repugnante extremo, hasta un punto que manifiesta ostensiblemente toda la perversidad que su corazón abrigaba, y el alma pérfida que por desdicha de su madre poseían.

Todos los invitados por el rey acudieron puntuales al llamamiento, contribuyendo con sus fuerzas y tesoros al aumento del ejército, que á la sazón de rebato y con prisa se formaba. Entre los prelados y condes que recibieron la invitación del rey estaba D. Oppas, digno hermano de Witiza, metropolitano de Sevilla, el cual, fingiendo patriotismo y fidelidad, prometió hacer todo cuanto en su mano estuviese, que, á ser verdad la oferta, no era poco; y los mismos hijos del malvado Witiza vinieron á España, y en unión con Oppas, su tío, representaron al rey que depondrían sus antiguos rencores, porque ante el peligro de la madre común, toda rivalidad debía ser puesta en bando, y todo noble debía acudir á defenderla, como acudían ellos si eran admitidos, para sacrificarse como buenos con la lanza en la mano en aras de la patria. No falta quien crea que al hacer tales ofertas no tenían intención de ser traidores. Nosotros, que respetamos la agena suposición, vemos que lo fueron; y que lo fueron en tan crítica circunstancia, que sin su traición España quizá se hubiera salvado. Los infames que teniendo en su mano la vida ó la muerte de su patria se deciden por asesinarla, son muy capaces de premeditar, calcular y perfec-

cionar la manera de ejecutar el nefando hecho, esperando el más conveniente y oportuno momento para realizar la inicua traicion, usando en tanto del mayor disimulo.

Por otra parte, ¿les serviria de disculpa el haber decidido de pronto la horrible traicion? Una vez hecha, el indeleble y repugnante borron que cayerá sobre la maldecida raza de Witiza durará eternamente, y no hay humano poder que alcance á cancelarle. Los dos hermanos, lo mismo que su tio, habian estado de acuerdo en todas las prévias maquinaciones con los moros; los tres se presentaron al vendido Rodrigo, y todos ellos, raza de criminales y bandidos, perpetraron la negra traicion, disimulando la venenosa venganza y el odio inextinguible, hijos de su injustificada ambicion, hasta el momento en que pudieran sin exponerse consumir la perdicion del rey, unida al completo hundimiento de su inocente patria, que debia caer, segun el plan por ellos meditado, envuelto y soterrado entre y bajo las ruinas de la magnánima España.

Los feroces hijos del desierto, en tanto esto pasaba en la córte, recorrian sin rémora el litoral de Andalucía. Habian comenzado por cometer toda clase de excesos desde Algeciras á Assidonia, ó Medina-Sidonia, sin detenerse hasta llegar á las riberas del rio Anas. Allí supo Tarik que el mismo rey, con firme corazon, se preparaba á resistir como debia, y que si bien habia en la córte zozobra, no habia temor: habia zozobra, por la duda de que pudiese en pocos dias enmendarse cuanto mal hizo para la defensa del reino el impio Witiza; pero no habia temor de venir á las manos con un enemigo como el que á invadir la bella España se presentaba. Era valiente, sí; empero su principal ventaja consistia en su número; y si estaba avezado ya á la guerra y orgulloso con muchas y recientes victorias, no era seguramente disciplinado, entendido y temible como las legiones que seguian á las invictas águilas latinas; y no obstante, en España dejaron estas muchas veces de poder llevar con honor y verdad el glorioso dictado de invictas.

¿Tan remoto estaba el reinado de Wamba? Y durante él, ¿no fueron rechazados, despues del completo destrozo y total ruina de una formidable armada de ciento y setenta naves? Si no hubieran existido los vástagos del venenoso tronco, carcomido por su propia ponzoña, pero con bastante vida para lanzar aquella á su inocente y gloriosa patria, es muy probable, como muy pronto veremos, que Rodrigo hubiera logrado lo mismo que algunos años antes lograra Wamba; porque los fanáticos sectarios del Korán, en tan corto espacio de tiempo, ni tenian más guerreros, ni más diestros, ni más temibles.

Recordando sin duda el emir de África el mismo para ellos fu-

nesto suceso al cual acabamos de aludir, caminó con tanta cautela como prudencia; y al pedirle nuevamente Tarik más fuerzas para completar convenientemente la expedición, se dice que no fiándose todavía Muza del pérfido Julian, hizo que se quedase en Tánger, y en calidad de rehenes, el conde Requila, que era teniente del conde Julian en el gobierno de la plaza de Ceuta.

Todo lo que de negro tiene la acción del infame conde, se ve claramente en el deteniimiento y recelo con que desde el principio de esta fatal negociación obrara Muza. Individuo de una raza de hombres engañadores y de muy poca fé en su mayor parte, aun no se determinaba á creer que pudiera residir en el humano corazón tamaña maldad y tan incalificable villanía; porque es tan sagrado el amor de la patria, que es el primero que hace latir nuestro corazón. Cuando de la razón el uso nos hace oír de boca de nuestros padres que hay un Dios, grande y poderoso autor de esa magnífica y pródiga naturaleza que tan hermosos objetos produce, les creemos, porque sus palabras están de acuerdo con lo que nuestro corazón mudamente nos dice cuando alzamos la vista hácia el inmenso espacio y la hacemos girar en torno nuestro. El sol y la luna; cada estrella incrustada en el inmenso záfiro de la bóveda celeste; cada flor, cada planta y cada criatura, desde la imperceptible hasta la colosal, nos revelan la existencia del Supremo Creador; pero aún antes de que podamos hacer uso de nuestra razón y de nuestro propio criterio, siquiera sea con la debilidad conatural á los primeros años; antes de que nuestros padres se ocupen de hablarnos de cosa alguna, ¿cuál es la balbuciente lengua del más tierno infante, que en sus pueriles juegos con los que por la edad se le asemejan, no habla en pro de los muros que le vieron nacer, y no defiende el hogar que le sirve de refugio, si los compañeros de infancia le motejan ó quieren sobreponer en bondad el respectivo de cada uno? Pues este amor, que ampliándose con la edad y con el uso de la inteligencia se extiende á la patria toda, da á entender que es un sentimiento innato del cual ni las fieras del desierto prescindén, que instintivamente se posee, y del cual solo pudieran separarse los descendientes y amigos de Witiza, que eran de peor raza que de fieras; porque el hombre que gratuitamente recibe ricos dones intelectuales y de ellos se desentien-de y abusa, es mil veces peor que una fiera, puesto que tiene raciocinio para hacer el mal: del mismo modo que no hay más pestilente y perjudicial hereje que un católico extraviado.

Sin embargo de que Tarik merecía toda la confianza de Muza, las razones que en la anterior digresion toscamente hemos presentado le impedían abrir la mano á la expedición, á pesar de estar para ella autorizado por el califa de Damasco, de quien dependía. Por

esto sin duda fué el pedir rehenes, despues de lo cual mandó á Tarik bastantes millares de africanos y algunos de judíos.

En tanto el rey Rodrigo habia juntado un numeroso ejército, que algunos hacen llegar á cien mil hombres; mas todos novicios en el arte de la guerra, y casi todos tomaron por primera vez las armas al aprestarse para rechazar al comun enemigo. El núcleo del ejército habia desaparecido; no existian los huesos y nervios, segun la expresion de un ilustre y antiguo historiador, para llenar de carne el robusto y fuerte cuerpo, ni se encontraban apenas armas para proveer á los improvisados guerreros, merced al fatidico Witiza; y Rodrigo, contentándose con la gente que habia podido reunirse, y difundiendo en las filas el mucho valor que de su corazon rebosaba, con alma fuerte é impávido semblante, á la cabeza de aquella tomó la vuelta de Andalucía.

Reuniósele el gobernador, el leal y bizarro Teodomiro, y caminando en direccion de la ciudad que hoy es Jerez de la Frontera, se avistaron ambos ejércitos en las inmediaciones del rio Guadalete, célebre desde entonces y de muy funesta memoria.

Era el dia 28 de Julio cuando ambos ejércitos, español y sarraceno, se avistaron; aquel contaba mayor número de hombres; este tenia mayor número de guerreros. El ejército que acaudillaba Tarik se componia en su mayor parte de robustos hijos del Yémen, nacidos y criados sin hogar y sin casa, y acostumbrados á llevar desde sus primeros años una vida nómada y errante, que hacia siempre incierta su residencia. Plantaban sus móviles tiendas en donde les convenia detenerse, al recorrer el vastísimo terreno que forma ó compone la Arabia, país tan propiamente subdividido, en remotos tiempos, bajo los nombres de Arabia Feliz, Arabia Pétreá y Arabia Desierta; y con la misma fácil movilidad trasladaba aquel ambulante pueblo su domicilio.

Avezados á la necesidad de ofender y de defenderse para guardar lo que poseian, para ellos la lucha y la guerra si no eran un placer, eran por lo menos una cosa indiferente, si bien no tenian más que un fabuloso valor personal y el orgullo producido por buen número de victorias, debidas más que á otra cosa á su temerario arrojo, y al estado de ignorancia en que para la mayor parte de las naciones se hallaba el arte de la guerra; pues aun los cortos conocimientos que, con arreglo á la época, en este punto se tenian, no habian alcanzado á los árabes. Estaban aguerridos, porque habian tenido necesidad de luchar y de procurar la defensa de su propia patria, principalmente desde que en el año 570 se verificó la invasion del Yémen, parte del S. O. de la Arabia denominada Feliz, por Abrahah-el-Aschram, jefe cristiano de los abisinios. Respecto de su origen, pretendian descender de Ismael, hijo de Abraham

y de la esclava Agar, cuya creencia diera margen á que se les denominara, ya agarenos, ya ismaelitas.

Otra parte del ejército invasor se componia de africanos, habitantes del que hoy es reino de Marruecos; gente feroz y guerrera por instinto, tan vandálica en sus actos como en su origen. En el año 429 estaban hostigados en España los vándalos por los visigodos, y decidieron atravesar el Estrecho y allende este inquieto mar procurar el establecimiento de un imperio. El conde Bonifacio, que en aquel territorio gobernaba por el emperador romano, traidor á su patria por celos ambiciosos, como en su lugar hemos dicho, allanó el camino á Genserico, rey de los vándalos, convidándole con lo que deseaba. Este pueblo fiero y salvaje, ejercitado en las armas y práctico en el sufrimiento, se desparramó por el África; de la cual se hizo dueño; y cinco años despues tuvo que luchar con decidido arrojio contra el célebre Belisario, que los venció por fin, y redujo el África á ser provincia del imperio griego; pero á los vencidos, que consideraban ya el país como suyo, y como tal querian conservarles sin tener extraña dependencia, no les arredró el vencimiento; y apoderándose del Atlas, en él se fortificaron preparándose á sostener á todo trance la lucha. De estos feroces y selváticos guerreros descendia otra parte de los invasores.

La tercera se componia de judíos, que ni por su número ni por sus circunstancias debe tomarse en cuenta. Enervado el valor y apagada la varonil energía de los hispano-godos á consecuencia de la desmoralizacion de los últimos reinados, dados á los deleites, y sumidos en una vergonzosa afeminacion, no podian hacer frente á unas tropas de suyo fuertes y valientes, y endurecidas por los trabajos y las privaciones.

Por manera que no siendo la fuerza numérica, sino la inteligente y apta la que aprovecha en ocasiones dadas, aun en el supuesto de que los godos fuesen más, en la realidad eran menos. Los feroces árabes sentian centuplicada su fuerza, porque su fanatismo, llevado hasta la exageracion, les hacia dar completo crédito á las predicciones de su pseudo-profeta, el cual les habia prometido la entera posesion de toda la tierra: por consiguiente, la seguridad que tenian del triunfo los daba confianza y arrojio; al paso que los godos, conociendo sus desventajas, desconfiaban del triunfo. Malos antecedentes eran estos para entrar en batalla; y sin embargo, el amor patrio logró que en el terrible dia de prueba se realizasen verdaderos prodigios.

El bizarro rey se presentó ante los suyos con la régia diadema en la cabeza y en la diestra el áureo cetro, sentado sobre un bello carro de marfil, segun la costumbre de los reyes godos para entrar en batalla, y cubiertos sus hombros con una riquísima clámide de hermosa púrpura, recamada de finisimo oro.

Con imponente aparato recorrió la inmensa línea, compuesta de hombres mal armados; porque no habiendo podido reunir suficiente número de armas, gran parte de ellos solo llevaban hondas, y no faltaban algunos que solo tenían en las manos guadañas, ahijadas y otros rústicos instrumentos campestres; en tanto que los árabes iban bien y uniformemente armados: alfanjes, lanzas y saetas, con su carcax á la espalda y sobre el hombro el arco, llevaban todos.

La aurora comenzaba á blanquear el horizonte cuando se dió principio á la pelea, que duró sin interrupcion más de quince horas, hasta que las nocturnas sombras vinieron á dar fin ó, mejor dicho, á suspender la sangrienta lucha. Tantas horas de combate prueban que aun eran los hispano-godos valientes y más fuertes de lo que algunos dicen, ó que el sacro amor de la patria los vigorizaba y daba nuevo ser; debiendo creerse que sin la falaz y maldicienda raza del cobarde é infame Witiza, hubiera vencido Rodrigo y arrojado de España á los feroces hijos del Yémen, como los arrojará en otro tiempo Wamba.

Apenas el sol del nuevo día habia colorado los objetos, cuando se recomenzó la batalla, que fué suspendida en idénticos términos que el día precedente; y vueltos á la lucha al amanecer del tercero, los sarracenos, ya casi vencidos, comenzaron de visible manera á ceder el campo y á pronunciarse casi en retirada.

Tarik, bizarro y decidido, aplicando desesperado ambos acicates á los palpitantes ijares del alazan brioso, rápido como el relámpago recorrió los agrupados pelotones de agarenos, arremolinados y más que indecisos; impelidos de dos opuestas fuerzas, á saber: la firme creencia en la prediccion de su falso profeta, y el temor á la realidad de la inesperada pujanza de los bisoños soldados de la Cruz, tal como los volantes objetos que agitados en medio del espacio en tempestuoso día por encontrados vientos, avanzan, retroceden, y en cada empuje que reciben pierden un poco más de terreno, y se aturden, y vacilan y caen desplomados sobre la tierra.

Tarik apostrofó á los musulimes enérgicamente, echándoles en cara cuánto tenían de vergonzoso é infundado sus temores; mas sin embargo, la fuga no se detenia; el desórden se aumentaba, y en tal momento el pronóstico no podia ser dudoso. Entonces los infernales traidores, baidon de aquel siglo, creyeron llegado el momento de consumir la traicion, poniendo el colmo á todas sus iniquidades. En tanto que supusieron seria de los moros la victoria, no se atrevieron á mostrarse desleales; les repugnaba á ellos mismos tan triste é infame papel; empero cuando vieron que los agarenos cedian el campo, *que su patria vencia*, abandonaron el papel de leales que malamente sabian sostener, asi como el juglar que

en un día de máscara toma el traje de caballero, que con sus maneras y palabras desaira y envilece.

En el crítico momento en que Rodrigo se preparaba á impulsar á sus huestes para que acabasen de arrollar á los feroces sarracenos, los hijos de Witiza, más repugnantes é infames si es posible que su padre, á quienes el confiado rey encomendara las líneas extremas de la batalla, se pasaron á la media luna, al mismo tiempo que el... repugnante (no encontramos palabra para calificarle enérgica y dignamente) conde D. Julian con todos los suyos, y seguido del villano D. Oppas, tío de los dignos vástagos de Witiza, imitaban ó secundaban á estos y consumaron la venganza. Se vengaron del rey que nada habia hecho contra ellos; si cegó á Witiza, Witiza primero cegó á Teodofredo, padre de Rodrigo; este era descendiente legítimo de Recesvinto; y si el principio hereditario se invocaba, Witiza usurpó la gótica corona á Rodrigo.

Viendo la cruel defeccion el animoso rey, y que los traidores habian arrastrado consigo á sus parciales y soldados, redoblándose su valor, saltó del ebúrneo carro, y montando sobre Orelia, su bellísimo y blanco corcel de batalla, empuña la lanza y abraza la rodela, exclamando con estentórea voz: «Cumpli ya como rey; voy á morir como soldado.»

Y diciendo y haciendo, internóse seguido de algunos fieles guerreros, y de su leal primo D. Pelayo, dando ostensible muestra de cuán grande era el corazon que cobijaba su pecho. Mas verificada la inicua traicion; cansados los fieles despues de tres dias seguidos de campal batalla; en cuadro sus columnas por la defeccion de los traidores, ¡qué esperanza quedaba ni qué consuelo sino el de llorar sobre el semi-yerto cuerpo de la amada madre, atravesado por el puñal de los espúreos hijos! ¡Cómo podrá la historia colocar sobre la infame frente el estigma que los marque de indeleble manera hasta la consumacion de los siglos, sino llamándolos parricidas!

El fin de la dinastía de los godos tuvo lugar un viernes 31 de Julio del año 711. Los hacinados cadáveres de uno y otro bando obstruian el paso en la llanura; las aguas del tranquilo Guadalete se tiñeron del purpurado color que á ellas llevaron mezcladas la sangre de los godos y la de los agaremos, de los cuales perecieron diez y seis mil, y murieron más godos todavía. Esto consuela, sin duda, siquiera sea el consuelo asaz horroroso y repugnante; mas cuando una batalla dura tres dias, y tales rastros y señales deja, los que vencen no obtienen de balde la victoria; los vencidos han vendido á buen precio la honra de su patria, que es la propia.

En cuanto al fin del desventurado y valiente Rodrigo, están discordes los autores, aunque hay algunas razones para creer que murió en la batalla. Escritos existen que dan por muerto al infelice

rey batiéndose en combate parcial con Tarik: otros afirman que al atravesar huyendo el Guadalete, le arrastraron las aguas de este río; y en confirmacion de esta creencia sientan como segura señal el haber encontrado en la ribera el bello corcel vagando sin gineete, y esparcidos los reales atributos; la recamada clámide, el áureo cetro y la esplendente corona. Sin embargo, pudo querer el desdichado soberano alejar de sí aquellos emblemas de poder y de gloria en más felices dias, y en tan amargó instante signos de oprobio y punzantes recuerdos de inmerecida ruina. Hubo quien llegó á creer que vivió solitario y penitente en un remoto y despoblado sitio; y otros, en fin, cuentan que muchos años despues se encontró una sepulcral losa en Viseo que conservaba intacto un epitafio en latin, que vuelto al castellano decia:

AQUÍ REPOSA RODRIGO,
ÚLTIMO REY DE LOS GODO.

De esto se llegó á inferir que se refugió en la Lusitania, en donde acabó su desgraciada vida.

Terminó en los hermosos campos de Jerez la goda monarquía, enferma por la corrupcion y los vicios y asesinada por la traicion. La horrorosa catástrofe del Guadalete hizo quedasen dispersos los restos de los valientes godos que vagaban sin orden ni concierto, buscando los encumbrados riscos y las desiertas rocas donde esconder su rubor y dar al aire sus gemidos; porque no era posible creer tan extraordinario é imprevisto cambio, á los que vieran pocos tiempos atrás aquella brillante y fuerte monarquía, cuyo poder pareciera incontrastable, y la consideraran en pocos momentos hundida en el abismo y sepultada en su ignominia. Semejante tristísima mutacion salia de la esfera de las más terribles y dolorosas vicisitudes humanas, y España regaba con bien sangrientas lágrimas los agostados campos, en tanto que el indomable leon colocado sobre las elevadas montañas de Cantabria, giraba de un ángulo á otro de la bella y rendida península su mirada de fuego; desplegabá al libre viento la rizada y erizada melena, y afilando contra la dura piedra la rapante garra, lanzaba horrisonos ruidos de furor y de alarma; ruidos que el eco devolvía y multiplicaba presuroso para que llegasen de un confin hasta el otro, y aterrando al ufano vencedor en su intranquilo sueño, le hiciesen entender que el ignominioso emblema que pasara á ser sobre la cima del Gólgotha glorioso signo de redencion podia ocultarse, pero jamás caer, y se aprestaba á servir de celestial enseña para restaurar á la magnánima España.

CRONOLOGÍA DE LOS REYES GODO DE ESPAÑA (1).

Principio de su reinado.	Nombres.	Año en que murieron.	Duración de su reinado.
<i>Años.</i>			
SIGLO V.			
414	* Ataulfo.	416.	2 años.
416	* Sigerico.	416.	9 días.
416	Walia.	420.	3 años 6 meses.
420	* Teodoro.	451.	21 a. 7 m.
451	* Turismundo.	454.	2 a. 9 m.
454	* Teodorico.	467.	13 a.
467	Eurico.	485.	16 a.
486	* Alarico.	506.	22 a. 5 m.
SIGLO VI.			
506	Gesaleico.	511 destronado	5 a.
511	* Amalarico.	531.	20 a.
531	* Teudis.	548.	16 a. 6 m.
548	* Teudiselo.	550.	1 a. 6 m.
550	* Agila.	554 destronado	4 a.
554	Atanagildo.	567.	13 a.
567	Liuva I.	572.	5 a.
572	Leovigildo.	587.	14 a. 9 m.
586	Recaredo I.	601.	15 a.

(1) Este signo * indica los monarcas godos que perecieron de muerte violenta: además, á los que no fueron muertos al perder el trono y fallecieron despues de haberle perdido, los denominamos destronados ó depuestos, para que se comprenda que no murieron en el año que en la presente tabla se expresa.

Principio de su reinado.	Nombres.	Año en que murieron.	Duración de su reinado.
SIGLO VII.			
601	* Liuva II.	603.	2 años.
603	* Witerico.	610.	6 años 6 meses.
610	Gundemaro.	612.	1 a. 10 m.
612	Sisebuto.	621.	9 a.
621	Recaredo II.	621.	3 m.
621	Suintila.	631 destronado	10 a.
631	Sisenando.	636.	5 a. 10 m.
636	Chintila.	640.	3 a. 9 m.
640	Tulga.	642 destronado	2 a.
642	Chindasvinto.	652.	9 a. 8 m.
649	Recesvinto.	672.	23 a. 6 m.
672	Wamba.	680 depuesto. .	7 a. 3 m.
680	Ervigio.	687.	7 a.
687	Egica.	701.	14 a.

SIGLO VIII.

701	Witiza.	709 destronado	7 a. 7 m.
709	Rodrigo.	711 idem.	2 a. 3 m.



Nombre	Año	Indicaciones
--------	-----	--------------

SIGLO VII.

601	Witricos	601
602	Witricos	602
603	Witricos	603
604	Witricos	604
605	Witricos	605
606	Witricos	606
607	Witricos	607
608	Witricos	608
609	Witricos	609
610	Witricos	610
611	Witricos	611
612	Witricos	612
613	Witricos	613
614	Witricos	614
615	Witricos	615
616	Witricos	616
617	Witricos	617
618	Witricos	618
619	Witricos	619
620	Witricos	620
621	Witricos	621
622	Witricos	622
623	Witricos	623
624	Witricos	624
625	Witricos	625
626	Witricos	626
627	Witricos	627
628	Witricos	628
629	Witricos	629
630	Witricos	630
631	Witricos	631
632	Witricos	632
633	Witricos	633
634	Witricos	634
635	Witricos	635
636	Witricos	636
637	Witricos	637
638	Witricos	638
639	Witricos	639
640	Witricos	640
641	Witricos	641
642	Witricos	642
643	Witricos	643
644	Witricos	644
645	Witricos	645
646	Witricos	646
647	Witricos	647
648	Witricos	648
649	Witricos	649
650	Witricos	650
651	Witricos	651
652	Witricos	652
653	Witricos	653
654	Witricos	654
655	Witricos	655
656	Witricos	656
657	Witricos	657
658	Witricos	658
659	Witricos	659
660	Witricos	660
661	Witricos	661
662	Witricos	662
663	Witricos	663
664	Witricos	664
665	Witricos	665
666	Witricos	666
667	Witricos	667
668	Witricos	668
669	Witricos	669
670	Witricos	670
671	Witricos	671
672	Witricos	672
673	Witricos	673
674	Witricos	674
675	Witricos	675
676	Witricos	676
677	Witricos	677
678	Witricos	678
679	Witricos	679
680	Witricos	680
681	Witricos	681
682	Witricos	682
683	Witricos	683
684	Witricos	684
685	Witricos	685
686	Witricos	686
687	Witricos	687
688	Witricos	688
689	Witricos	689
690	Witricos	690
691	Witricos	691
692	Witricos	692
693	Witricos	693
694	Witricos	694
695	Witricos	695
696	Witricos	696
697	Witricos	697
698	Witricos	698
699	Witricos	699
700	Witricos	700

Siglo VIII.

INTERREGNO.—AÑO 712.

Terminada la gótica monarquía por el sangriento drama que tuviera lugar cerca del Guadalete, quedó España á merced de los bárbaros venidos de allende el Estrecho. Pocos de los soldados, reliquias del destruido ejército de Rodrigo, quedaron en las ciudades deseando blandir el fuerte acero contra el osado opresor; la mayor parte fueron á reunirse á los más fragosos é impenetrables sitios de la Vasconia, Cantabria y Asturias.

En tanto el emir de África, el anciano Muza, llevó con disgusto y pesadumbre los triunfos de su caudillo Tarik. Celos de guerrera gloria, ambicion y deseo de riquezas comenzaron de consuno á desgarrar su corazon; llegando á tal extremo su despecho, que mandó á Tarik suspender las operaciones y paralizar los movimientos, advirtiéndole que iba él mismo á pasar á España conduciendo considerables refuerzos, á fin de asegurar el éxito definitivo de la empresa acometida.

Grande impresion produjo en el esforzado Tarik tan intempestiva é inesperada orden. Estaba decidido á no cumplimentarla, mas no queria proceder sin la completa seguridad de ser secundado; y para tenerla, reunió un consejo compuesto de los principales jefes de sus huestes, al cual pidió parecer, despues de darle conocimiento del escrito que del emir habia recibido.

La opinion general se inclinó á la prosecucion de la guerra, á fin de aprovechar el terror que habia difundido la memorable derrota del Guadalete, sin dar tiempo á que se rehiciese alguna parte del disperso ejército. Tarik, que otra cosa no deseaba, ni esperaba distinto acuerdo, dispuso su plan de campaña y formó tres gruesas divisiones, destinando la primera á Córdoba, mandada por Murgueiz *el Rumi* (el romano); la segunda á Málaga, bajo las órdenes de Zaide-ben-Kesadi; y él se reservó el mando de la tercera, para dirigirse á Jaen y despues á Toledo.

Comienza ya el interés de la patria historia; el feroz invasor se prepara á llevar á cabo la conquista disponiendo de inmensos recursos, en tanto que, privados de todos ellos, se apresta á emprender la reconquista un puñado de héroes recluido á un remoto confin de la ibérica península. Ahora los verdaderos españoles, muchos de ellos descendientes de godos, empero ya hijos de padres españoles tambien, van á mostrar en breve su inmenso corazon y su bravura; y crece el interés y el corazon palpita al considerar que se proponen tan magna empresa para tan flacas fuerzas.

Hemos creido conveniente denominar *interregno* á este período de casi siete años, porque durante su trascurso España no tuvo soberano, y los hijos de Ismael se enseñorearon de toda ella. Algunos colocan como el primer rey á Theudimero (Teodomiro), el bizarro gobernador de Andalucía, á quien ya conocemos; y entre los autores que así lo creen, se cuenta el respetable y erudito Masdeu. Cierto es que Teodomiro salió ileso de la memorable batalla en que se derrumbó una gloriosa monarquía de tres siglos; que muy pronto le veremos figurar de muy digna manera, y que llevará el nombre de rey. Sin embargo, no solamente creemos deber conformarnos con la general opinion, si que tambien el reinado, si así puede llamarse, de Teodomiro, fué limitado, corto, aislado, y más bien hijo de su sagaz valor y de la admiracion del caudillo agareno, que del propio pensamiento y deliberada aceptacion del héroe. Por el contrario, Pelayo fué solemnemente proclamado, en bien aciagas circunstancias y aterradores momentos; y en la triste ocasion en que recogió la empañada corona, más bien debia mirarla como afilada segur que debia derribar su cabeza, que considerarla como simbolo de dignidad y emblema de supremo poder. Pelayo, español, hijo de Favila y nieto de Recesvinto, españoles tambien, sobrevivió á la ruina del imperio godo; no sucumbió en el destrozo de la sangrienta batalla, perdida la cual se retiró á Toledo, desde cuya ciudad, triste y desolada, en otro tiempo opulenta y llena de gloria, partió á las Asturias seguido de una pequeña pero escogida linde; acompañando al arzobispo Urbano, cuyo metropolitano, lleno de laudable y santo entusiasmo, llevó consigo las sagradas reliquias y



los escritos de San Isidoro, San Ildefonso y otros prelados. Dejemos por ahora al valiente Pelayo, y volvamos á Muza.

Decidido á pasar el Estrecho, preparó la expedición, compuesta casi de 20,000 guerreros entre infantes y ginetes. Dejó el gobierno de África á su hijo Abdelaziz, y embarcándose despues, llegó bien pronto á España y desembarcó en Algeciras (712).

La primera noticia que el emir tuvo de la desobediencia de Tarik, fué la de haber tomado Zaide á Écija, y poco despues á Málaga y Elvira, en tanto que Murgueiz sitiaba á Córdoba. Los godos se negaron á abrir las puertas de la bella ciudad, y no hubiera sido quizá tan pronta la entrada sin la intervencion de un malvado pastor que dió cuenta al caudillo agareno de la poca gente de armas con que aquella contaba, y de una fácil entrada que existia por la parte del rio.

Pasaron 1,000 ginetes con otros tantos infantes á la grupa, y escalada la parte débil é indefensa, sirviéndoles de guia el traidor, llegaron á lo alto del muro, degollaron los centinelas, y desparramándose por la ciudad, llenando el aire de sus acostumbrados y atronadores alaridos, cometieron toda clase de excesos, sin respetar sexe, edad ni condicion.

El bizarro gobernador de Córdoba, reuniendo cuatro ó cinco centenares de valientes, se hizo fuerte en un templo, en el cual resistieron heróicamente cerca de once dias, hasta que Murgueiz, convencido de que tan valientes guerreros sabrian morir, pero no rendirse, mandó incendiar el templo, en cuyo sagrado recinto perecieron todos los defensores. El templo en que voluntariamente se inmolaron en aras de la patria aquellos héroes, llevó desde entonces el histórico nombre de *Iglesia de la Hoguera*.

Poco tiempo despues, juntando Tarik su cuerpo de ejército con el que acaudillaba Zaide, se colocó sobre Toledo, ganoso de poseer la brillante córte de la gótica monarquía, y decidido á adquirirla ó perecer en la demanda. Cierto es que los musulimes eran gente valiente hasta la temeridad, y atrevidos hasta la osadía; empero no hay por qué encomiar los rápidos pasos que dieran en su conquista, si se consideran las especiales circunstancias en que España se hallaba. Desmanteladas sus plazas; diseminados los pocos guerreros que sobrevivieran á la tremenda catástrofe del Guadalete; los pocos bizarros caudillos encerrados en las impenetrables fragosidades de la Vasconia, de Cantabria y de Asturias; los sacerdotes, las mujeres, toda la gente inerme prófuga, errante, escondida y temerosa; porque las extrañas vestiduras, el raro aspecto, el peregrino idioma, todo atemorizaba; y el que se deja vencer por la vista, vencido está en el corazon.

La posicion y accidentes topográficos de Toledo, en los tiempos



remotos en que ni se había descubierto la pólvora ni menos era conocida la artillería, hacían á esta respetable ciudad casi inexpugnable y muy á propósito para la defensa; mas ni tenía guarnicion, ni defensores casi por natural consecuencia, ni apenas provisiones para sustentar á los que su perímetro guardaba. Sin duda por tan poderosas razones capituló Toledo, no mostrándose Tarik inhumano ni duro al estipular las condiciones de la entrega.

El caudillo de los invasores se apoderó en el instante de las inmensas riquezas y tesoros que encerraba el palacio de los reyes. Entre otras magníficas alhajas, dícese que encontró más de veinte coronas de oro purísimo é incrustadas de preciosas piedras; porque, segun varios autores, era costumbre de los reyes godos el legar á su muerte una corona al tesoro real, haciendo grabar en su base el nombre, edad y duracion del respectivo reinado.

En tanto, Muza, á quien hemos dejado en Algeciras, determinó continuar personalmente la conquista, comenzando las operaciones por la parte opuesta á las en que Tarik hubiese estado. Entretanto poco tiempo por el condado de Niebla, y deseando dar un notable golpe de mano, de más valor moral y material que la insignificante conquista de algunas poco importantes ciudades que había tomado, se dirigió á Sevilla, tan desprovista de cuanto para la defensa necesitaba como Toledo; la cual resistiendo, sin embargo, más de treinta dias, capituló por fin; y dejándola encomendada á Isa-ben-Abdila, se dirigió contra la Lusitania, en cuyo territorio se fijó, no encontrando al parecer grande resistencia, y se puso á vista de Mérida.

Cuenta la historia que al mirar atentamente la ciudad el anciano Muza, exclamó asombrado de su magnificencia é imponente exterior: «¡Dichoso aquel que pueda hacerse dueño de tan soberbia y rica ciudad!»

No perdió un momento para hacer los preparativos del sitio; pero no se le ocultó hasta qué punto era difícil someterla. Sin embargo, intimó resueltamente la rendicion, y recibió una enérgica negativa. Todas sus tentativas fueron infructuosas; el tiempo trascurría inútilmente, y tan completamente llegó á perder la esperanza el emir africano, que mandó orden á su hijo Abdelaziz, que aun residia en Tanja (Tánger) como lugarteniente de su padre, para que apresuradamente atravesase el Estrecho, reuniendo cuanta gente pudiese de la más avezada á la guerra.

No pasaba dia sin que los sitiados hiciesen una salida y empuñasen un combate con los sitiadores que se presentaban á atacar la ciudad; los desesperados godos iban diezmado en detall y lentamente las africanas huestes; los más bizarros jefes agarenos iban sucumbiendo inmolados por el gótico acero; y Muza, desesperado y



sin tranquilidad, creía ya perdidos tantas fatigas y alardes de valor. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos decidió acudir al ardid, puesto que no podía vencer en buena ley.

Se presentó al romper la aurora, como de costumbre, á atacar la ciudad; y cuando los sitiados hicieron su salida, tambien cotidiana, para rechazarle, los agarenos apenas presentaron resistencia, comenzaron á perder terreno, y declarándose en abierta fuga, atrajeron tras sí á los cristianos, enardecidos con el calor de la pelea, hasta una emboscada en que oculta estaba respetable fuerza de los musulmes. Esta, descansada como estaba, entró de refresco; y cogiendo á los godos fatigados y tan distantes de la plaza, hicieron en ellos espantosa y mísera carnicería, no sin haberse defendido con fabuloso valor por espacio de *más de siete horas*, y dejando tendidos tantos sarracenos, que las vidas de semejantes héroes fueron compradas á muy caro precio.

No por esto se rindió la memorable Mérida: los defensores que habian sobrevivido se prepararon á vengar á sus hermanos inmolados por la artera traicion, y lograron la posible venganza.

Pocos dias habian pasado desde que los godos cayeran en la celada que dispusiera Muza, cuando la gente de este se apoderó de una de las torres que guarnecian la ciudad. Tan pronto se vieron posesionados de ella, como tuvieron necesidad de sostener un rudo ataque de los sitiados, que se aprestaban denodadamente á arrojarlos del punto que habian tomado; y arrojaron de la torre, en efecto, los godos á los musulmanes; pero los arrojaron sin vida. Ni uno solo sobrevivió; y sus cuerpos fueron echados por los godos desde las almenas á la plaza, para que sirviesen de espectáculo al pueblo, y de venganza y expiacion á los manes de sus sacrificados hermanos. Los árabes mostraron tan gran sentimiento por la desgraciada ocurrencia, que en memoria del misero suceso denominaron á la citada torre *Torre de los mártires*.

No era difícil prever que el triunfo coronaria los heróicos esfuerzos y sacrificios de los meridianos: pocos dias más, y Muza hubiera tenido que levantar avergonzado su campo, y dar al viento sus esperanzas y deseos. Por desgracia de los godos, antes que este caso llegase, apareció el jóven Abdelaziz con 12,000 guerreros escogidos, y de ellos 5,000 ballesteros.

Con esta intempestiva llegada coincidió el haberse agotado las provisiones en la plaza: el hambre asoladora comenzaba á desplegar sus negras alas sobre la heroica ciudad, y amenazaba diezmar sus valientes hijos.

El guerrero que sabe resistir con inmutable serenidad al más valiente enemigo, no puede hacerse superior á los lamentos de una madre, de una esposa ó de un hijo espirante. Los meridianos, per-



dida toda esperanza con la llegada del príncipe africano, oprimidos á impulso de mil distintas y atroces calamidades, y seguros en su honor y conciencia de haber hecho mucho más de cuanto la conciencia y el honor pudieran prescribirles, pidieron capitulación y la obtuvieron.

El ambicioso y avaro Muza no procedió como valiente al imponer las condiciones á los vencidos: debiera haber tenido á la vista para dictarlas el sin par heroísmo de los mericanos, los cuales las aceptaron tales como las quiso imponer el despótico vencedor, que entró triunfante en la destrozada y casi yerma ciudad el día 11 de Julio del año 712.

Desde Mérida pasó á Toledo Muza, y Tarik se dirigió á recibirle, despues de haber depositado en la ciudad mil riquísimas alhajas y preciosas preseas que habia adquirido en sus expediciones por ambas Castillas. Sin embargo de que todos los caudillos de Ismael eran rapaces y avaros, mediaba notable diferencia entre Tarik y Muza: aquel era afable, noble, generoso; no oprimia á los pueblos; repartía el botin con sus secuaces, y su afabilidad le hacia bien quisto de cuantos le trataban; al paso que Muza era avaro, con nadie dividia los despojos, y era duro y feroz con los que se sometian.

Llegaba el emir á Medina Talbera (Talavera), y allí se avistó con Tarik que habia salido á su encuentro. Le recibió con fria severidad, aunque sin demostrar encono ni rencor; pero Tarik, que conocia perfectamente hasta dónde llegaba la avaricia del emir, le presentó un magnífico regalo. Los bellos y riquísimos objetos de que aquel se componía hicieron desarrugar á Muza el torvo ceño; porque á vista de las alhajas, la indignacion se calmó. Aceptó sin reparo los dones que Tarik le presentara, y llevó su avaricia hasta el punto de preguntarle públicamente, despues de llegar á Toledo, en dónde estaba la mesa de Salomon, notable alhaja llamada *mesa de esmeralda*, de prodigiosa dimension, de una sola pieza, y de tan incalculable valor al decir de algunos, que no solamente dió nombre á la antigua Compluto, que se llamó *Ciudad de la mesa* por haberla encerrado en su recinto, si que tambien era tan conocida y nombrada la alhaja en cuestion, que ya tenia de ella noticia Muza antes de venir á la peninsula.

Tarik, que esperaba la pregunta, y estaba para responder preparado, dijo al emir que para él habia desde luego destinado la mesa, y que no tardarian en conducirla á su presencia. Poco tiempo despues estaba ante la vista de Muza, asombrado de la magnificencia de tan sin par alhaja, disminuida empero por la falta de un pié que Tarik de propósito le habia mandado arrancar, aunque aseguró con tanto aplomo como franca é ingénuo manera, que del mismo modo que estaba la habia él encontrado.

El avaro Muza, sin embargo de haber dulcificado su semblante con la vista de los riquísimos dones y de haberlos aceptado y pedido además la riquísima mesa, destituyó al valiente caudillo del Guadalete, tomando el nombre del califa, y le reemplazó con Murgueiz. Este hombre digno y arrojado, en vez de aceptar el cargo, como otro ambicioso en su lugar hubiera hecho, sostuvo con calor y grande energía la defensa de Tarik delante de Muza.

Fué Tarik, sin embargo, encerrado en una prision con tanto sentimiento de sus amigos como de sus soldados, que le amaban entrañablemente por su valor y su generosidad, la cual le hacía rayar en pródigo, y por su amable carácter.

En tanto que esto pasaba en Toledo, Abdelaziz estaba sobre Sevilla, por orden de Muza, su padre, á consecuencia de ciertos disturbios que en la ciudad habian ocurrido entre los ciudadanos y la guarnicion de los invasores, desde cuyo punto se dirigió hácia la costa del Mediterráneo, guardada con valor, inteligencia y asiduidad por el bizarro Teodomiro, el gobernador de Andalucía en tiempo del desgraciado Rodrigo, segun nuestros lectores recordarán aun.

Despues de haberse batido con gloria hasta el último instante en el dia de prueba, cuyo resultado dió á los extraños el triunfo á consecuencia de la traicion de los propios, Teodomiro ó Theudimero, como algunos le llaman, se habia retirado á aquella comarca en donde los restos del destrozado ejército que le siguieron, le habian reconocido como supremo jefe y era en realidad su soberano, aunque las circunstancias solo le daban una supremacia militar.

Tan pronto como el heróico godo tuvo noticia de que el enemigo se acercaba, sacó al campo su escasa, pero escogida hueste, y apostándose á conveniente distancia en unos desfiladeros, esperó decidido la llegada de Abdelaziz, perfectamente resguardado por los accidentes del terreno, que habia sabido elegir con previsora inteligencia.

Abdelaziz sin embargo noticioso sin duda de la posicion de Teodomiro, habilmente le obligó á abandonarla y le hizo replegarse hasta Murcia desde Segura, sufriendo los godos grandes pérdidas á la vista de Lorca.

A consecuencia de esta derrota se encerró en Orihuela el caudillo godo. Pocas horas despues estaba Abdelaziz á vista de la poblacion en la cual pensaba haber entrado al momento, puesto que habia visto quedar más que diezmada la valiente hueste del heróico Teodomiro. Creia por lo tanto encontrar sin defensores á Orihuela, empero se halló tristemente sorprendido al ver la muralla coronada de innumerables guerreros.

Dudó del éxito y creyó que si se posesionaba de la ciudad sería

á costa de sangre y de pérdidas; mas su valor y su reputacion militar se avenian mal á volver cobardemente grupas, y se decidió á dar el asalto.

Quando se preparaba para llevar á cabo su propósito, se oyó llamada de parlamento, y salió de la ciudad un apuesto y elegante guerrero, pidiendo hablar al príncipe Abdelaziz en nombre del caudillo Teodomiro.

Recibióle benévolo el hijo de Muza, acogién-dole con tanta amabilidad como respeto, porque el valiente siempre honra y admira al valeroso. Oyó las proposiciones que en nombre de Teodomiro le hiciera el mensajero, alegrándose no poco de que por capitulacion se le entregase una ciudad que si resistia, contando con tan gran muchedumbre de guerreros, la rendicion habia de ser tan difícil como costosa.

Esta entrevista dió por resultado un tratado de paz cuya insercion no queremos omitir, por ser un documento tan curioso como notable y fidedigno, legado á la historia por Isidoro Pacense, autor coetáneo y digno de singular aprecio por su veracidad, segun el crédito de que disfruta entre los historiógrafos y notables escritores. Así dice á la letra el expresado documento:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso: rescripto de »Abdelaziz, hijo de Muza, para Teodomiro hijo de los godos (Tadmir ben Gobdos). La paz le sea otorgada, y sea para él una estipulación y pacto de Dios y de su profeta, á saber: que no se le hará »guerra ni á él ni á los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de »su reino: que los fieles (los árabes) no matarán ni cautivarán ni »separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán »violencia en lo que toca á su ley: que no serán incendiados sus »templos; sin que tenga mas obligaciones de su parte que las aquí »estipuladas. Se entiende que Tadmír (Teodomiro) ejercerá pací- »ficamente su poder en las siete ciudades que siguen: Auriol (Ori- »huela), Balentila (Valencia), Lécant (Alicante), Briscaret, Mula, »Aspis y Lurcat (Lorca); él por su parte no tomará las nuestras, »ni auxiliara ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará »sus proyectos; que él y los suyos pagarán un dinhar ó áureo cada un año por cabeza, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, »cuatro de mosto, cuatro de miel, cuatro de vinagre y cuatro de »aceite, y los siervos ó pecheros pagarán la mitad. Fecho el 4 de »rehjeb del año 94 de la hégira (equivale al mes de Abril del año »715).—Signaron el presente rescripto *Otman-ben-Abi-Abdah*, »*Habib-ben-Abi-Obeida*, *Edris-ben-Maicera*, y *Abulcacin el Mo- »zeli.*»

Despues de redactado este original documento, se cruzaron por ambas partes razones de cortesía, encomiando uno y otro las nota-

bles prendas militares de su contrario, y Abdelaziz manifestó con franqueza que de buen grado haria cualquier sacrificio por llegar á conocer á Teodomiro. Entonces el apuesto guerrero da un paso atrás con gallardía, y con noble franqueza y entera confianza levanta la visera del capacete y exclama: «En tu presencia está.»

Es imponderable el efecto que causó en los jefes de los musulimes el hallarse con el célebre caudillo de los godos en la tienda de Abdelaziz: tal fué su admiracion y regocijo, que improvisaron un suntuoso banquete en honor del que llamaban rey de aquella comarca. Pero otra sorpresa mayor preparaba Teodomiro á los árabes; sorpresa que habia producido tan buenos resultados para aquel, como perjudiciales para Abdelaziz.

A la mañana siguiente entró este en Orihuela, y viendo con grande admiracion que la ciudad estaba casi desierta y libre de soldados, preguntó con extrañeza al caudillo de los godos en dónde estaban aquellos, ó si por temor se habian escondido. Entonces sonriendo Teodomiro le manifiesta que los innumerables soldados de que habia visto las murallas coronadas, eran mujeres. A este ardid acudió viéndose perdido: ellas le aceptaron de buen grado en obsequio de la comun salvacion, y vistiendo animosas los petos y las grevas y lorigas, cubrieron sus delicadas cabezas con los férreos capacetes, colocando además las lenguas cabelleras divididas por el centro, cayendo por ambos lados y recogidas por debajo de la cara, á fin de presentar á distancia la apariencia de las crecidas barbas de los godos.

La ejecucion de este singular y bien meditado ardid no resintió al caudillo del Islam ni á sus secuaces. Lejos de esto, todos celebraron muchísimo tan ingeniosa estratagema y riéronse largamente del efecto que en ellos habia producido el ver sobre los muros tanto casco, lanza y ballesta, cuando creian la ciudad casi abandonada de gente de armas, despues de la derrota de Lorca. A consecuencia de todo lo referido, Teodomiro y Abdelaziz entablaron una cordial amistad, separándose con no poco disgusto cuando tuvo el segundo que dirigirse á Andalucía, en cuya comarca tomó á la bella Garnathat (Granada), despues la codiciada perla de sus dulces ensueños, su último baluarte en España, y su inextinguible recuerdo, y entonces solo arrabal de Illiberis (Elvira), habitado en su totalidad por judíos.

También como de paso ocupó á Jaen y Guadix, á Baza y Málaga sin hacer otra cosa que entrar en las ciudades sin la menor oposicion, establecer guarnicion de los suyos y seguir adelante. Por esto no comprendemos qué causa hallan á la mano para admirarse aquellos á quienes asombra que en menos de siete años se posesionasen los árabes de España, cuando otros invasores, los romanos

principalmente, tardaron siglos enteros para dominarla por completo.

Cuando estos vinieron á España, había caudillos indígenas, como nos hace ver la historia; en los siete años que se establecen para sentar el paralelo, solo apareció Teodomiro en una parte de España. Las águilas latinas penetraron por el Ampurdan en la ibérica península, hallándola pertrechada de cuanto material la era necesario, con sus plazas amuralladas y bien defendidas, con cuantos recursos presentaba el arte de la fortificación en aquella remota época; á la invasion de los árabes, las plazas estaban desmanteladas y abiertas al primero que á ellas se llegase: los legionarios de la ciudad eterna encontraban en España dos contrarios á la vez, á cual más poderosos y temibles, á saber: los indígenas, que eran muy buenos, muy temidos soldados, y que defendian su hogar y su patria, y los cartagineses, tan buenos y valientes como los romanos, tan entendidos en el arte de la guerra, en la defensa de las plazas y en la navegacion como los invasores; al paso que los hijos del Yémen y del Atlas no encontraron soldados ni propios ni extraños: los pocos que existian, respetables reliquias por milagro salvadas junto al Guadalete, estaban recluidos, disponiendo tal vez la ejecucion de la sangrienta y notable venganza, pero escondidos hasta poder aparecer sin exponerse á hacer un inútil, perjudicial y estéril alarde de cívico amor y de puro patriotismo.

Si los árabes hubieran encontrado con un Viriato ó un Sertorio durante el trascurso del interregno de siete años, en cada indígena habrian experimentado un implacable enemigo; si se hubieran estrellado contra una ciudad como Numancia la gloriosa, ¿habrian tomado posesion de España en tan breve espacio de tiempo? Y aun sin esto, ¿poseyeron medio siglo al menos en pacífica y entera posesion la península?

Desde que el grito de independencia ó muerte se levantara prepotente y terrible sobre la cima de la memorable Covadonga, resonando desde allí en el Moncayo, como desde el Pirineo en Sierra-Morena, ni un solo dia de sosiego tuvieron los musulimes. Cuando los nobles secuaces de Pelayo desnudaron el vengador acero, ya eran dueños los invasores de la península; pero no por culpa ni temor de sus hijos, sino por las disposiciones que diera el infame Witiza, y por la negra traicion de sus parientes y allegados. Una vez posesionados de España, el arrojarlos de ella era empresa mucho más costosa y difícil que el impedir su entrada; empero en cambio la posesion fué una continuada série de combates que terminaron por la completa expulsion; siendo mucho más glorioso, á nuestro modo de ver, el vencer á un enemigo valiente que cuenta siete siglos muy largos de posesion, que el haber impedido que penetrasen en la destruida España.

Así, pues, no creemos deba causarnos admiracion que Abdelaziz, Muza, Tarik y demás caudillos pasearan libremente por España, cuando ni encontraban guerreros que les impidiesen el paso, ni ciudades que les opusiesen resistencia.

Paso á paso tambien nos vamos acercando á ver la primera derrota de los musulimes, y nos convenceremos de que no merece admiracion su rápida conquista, ni la diferencia de tiempo entre esta y la dominacion de los romanos, si se tienen presentes las circunstancias arriba indicadas, y si en lo sucesivo observamos las derrotas que sufrirán los hijos de Mahoma, como las hubieran antes experimentado, á no haber sido las que eran las circunstancias de España. Dispénsenos el lector la digresion, al parecer inoportuna, dirigida á probar que la instantánea conquista de los árabes no consistió, en nuestro concepto, en que fuesen ni supiesen más que los romanos, ni en que los españoles fuesen ni valiesen menos que algunos siglos antes, sino en las especiales circunstancias de España y de sus valientes hijos.

En aquella ocasion recibió Muza una orden del califa, dirigida á rehabilitar al depuesto Tarik, orden que el anciano emir muy á su pesar cumplió. Comprendiendo que no le era posible incapacitar á su rival en la conquista, por entonces al menos, se reconcilió con él y le devolvió el mando del ejército que antes estaba á sus órdenes, con grande regocijo de los musulimes, que entrañablemente querian á Tarik.

Continuaron ambos la conquista; este caudillo se dirigió á la parte oriental de España, y Muza á la del Norte, tomando diversas ciudades, hasta que se reunieron ambos á la vista de Zaragoza, que tambien se entregó despues de una obstinada resistencia, y otros elementos que el natural valor, completamente destituido de medios materiales de defensa.

Dividiéronse despues ambos caudillos, partiendo Muza en direccion de Galicia y Tarik hácia Valencia; y como nada podía oponerse á la marcha de los invasores, continuaron estos apoderándose de la península; y ni sus triunfos, si así pueden llamarse, deben excitar la admiracion, ni aun la atencion siquiera, ni el presentarlos detalladamente ofreceria el menor interés. Por esta razon abreviaremos lo posible la relacion de los sucesos de que debemos ocuparnos hasta finalizar el interregno.

Despues de haberse hecho dueños de España los musulimes, quedó de gobernador de aquella el jóven Abdelaziz. Estableció su córte en la bellísima Sevilla, y se ocupó de loable manera en el cuidado del reino, organizando la administracion del modo que creyó más conveniente. Muza y Tarik regresaron á África.

Llegó el príncipe moro á crearse un partido entre los indige-

nas; porque ni era opresor, ni consentía que ninguno de aquellos fuese perseguido. Lejos de esto, se mostró muy solícito en su favor; rebajó á la décima los impuestos, que hasta entonces habian llegado al quinto en muchas partes, y aunque para gobernar á los suyos creó autoridades civiles y organizó el país á su manera, dejó á los españoles sus jueces, el libre ejercicio de su religion, sus ministros y sus santuarios.

Esta era una verdadera felicidad en medio de tan cierta desdicha; y no teniendo esperanza de librarse de la dominacion agarena, deseaban que la vida de Abdelaziz fuese tan larga como su juvenil edad prometia y hacia esperar. Rara vez el bien es en el mundo duradero, y una verdadera fatalidad hizo que el complemento de la fortuna se convirtiese en inocente instrumento de la desgracia.

Residia en Sevilla Egilona, viuda del último rey de los godos, el desventurado Rodrigo, la cual estaba en Mérida cuando tomaron la ciudad los invasores, y quedó entre otras nobles prisionera. Era jóven todavía y sumamente bella; Abdelaziz se enamoró de la hermosa viuda, y sea que esta aceptase por temor, sea que se prendase del mancebo, que era apuesto y gentil, es lo cierto que Abdelaziz se desposó con Egilona, sin que aquel exigiese de esta que abandonase la católica religion.

Los españoles más fervorosos llevaron mal este enlace, que miraban como una verdadera prostitucion de la real matrona: la generalidad recibió la noticia con alegre sorpresa, considerando aquel himeneo como nuncio de felicidad y como esperanza cierta de un risueño porvenir; y el tiempo hizo constar á los unos y á los otros que no se equivocaron los que esto último creian; porque Abdelaziz, de suyo humano, tolerante y benéfico, lo fué cada vez más por las inspiraciones de Egilona, á la que cada dia con más pasion amaba.

El regocijo de los protegidos salia naturalmente al exterior, con violentos celos de los fanáticos mahometanos, que miraban con insoportable disgusto la conducta que observaba su caudillo; y creciendo el odio de los musulimes á medida que se aumentaba la alegría de los españoles, los que se habian conjurado contra el benéfico Abdelaziz, echaron mano de la malvada espada de dos filos que tan cortante y mortal es cuando en circunstancias análogas se maneja artera y hábilmente. Cuando una nacion, por su mal, se encuentra en una terrible crisis como la que entonces trabajaba á la España, nada es más frecuente ni más provechoso para los malvados que el convertir las cuestiones politicas en religiosas, ó las religiosas en politicas. Los fanáticos y ciegos sectarios del Korán vieron en todo su esplendor la verdadera religion; sus templos alhajados, sus obispos y sacerdotes ejerciendo sin rémora ni oposicion su sa-

grado ministerio; y comprendiendo que á su califa le haria quizá menos impresion la noticia dada con verdad y lisura que si la presentaban como amenazando su poder soberano, pensaron en dársela revestida del disfraz político, para darla más fuerza y más valor.

Comenzaba á correr el año 715 cuando murió el califa Walid, con gran sentimiento de sus súbditos, á quienes gobernara con gloria y acierto. Este califa fué quien prohibió se hiciese uso en todo el imperio musulman del idioma griego en los escritos y actos oficiales, medida política que recibieron con grande aceptación sus pueblos; y él fué quien ordenó la construccion de los *minaretes*, ó torres para anunciar las horas de plegaria; disposicion religiosa que no fué menos grata á los mahometanos.

Le sucedió en el trono Suleiman, ó Soliman, que era opuesto en carácter á su predecesor: sombrío y cruel, déspota y altivo, era muy á propósito para dejarse llevar de las inspiraciones de los conjurados; y como estos sabian que el soberano era por el extremo celoso de su poder, determinaron poner por obra su infernal propósito, y á el acudieron en términos que no dudaron obtener el resultado que apetecian.

Formularon su acusacion basándola principalmente en los proyectos de Egilona respecto de volver á la posesion de la corona de España. Hicieron entender al califa que la bella *infel*, como ellos la llamaban, ejercia un mágico poder sobre Abdelaziz; que de continuo le instaba á que secundase sus ambiciosos deseos, y que para recordárselos, sin duda, todas las mañanas colocaba sobre la cabeza de su esposo una corona idéntica á la que usaba Ruderik (Rodrigo).

No fué menester más: Suleiman estaba fuertemente desavenido con Muza, y recelaba de sus hijos; creyó la acusacion, como se da crédito á cuanto puede perjudicar y perder al objeto que se odia; decretó la muerte de Abdelaziz, y cometió la ejecucion del arbitrario castigo á un crimen tal vez imaginario, á los primeros caudillos que en España moraban.

Muy ageno estaba el infelice víctima, de la pérfida trama que amenazaba de muerte su cabeza. Rezaba la oracion de la mañana cuando el alba comenzaba á aclarar el horizonte, en una mezquita que hiciera construir contigua á su palacio. Ignorante de cuanto sucedia estaba desarmado, y abstraído en la oracion ó en sus meditaciones, cuando de improviso le acometieron los caudillos verdugos y le asesinaron cobardemente, acribillándole con tan insano furor como si hubiese sido un malvado, los mismos á quienes el bizarro y benéfico jóven colmara de beneficios (año 716).

Los fanáticos y perversos asesinos llevaron su sevicia hasta el extremo de mandar al califa la cabeza alcanforada del sacrificado

caudillo, y consumó la horrible hazaña el mismo califa preguntando al afligido Muza si sabia de quién era aquella cabeza. Cuéntase que el anciano y fuerte guerrero, dominando su natural y terrible conmocion ante tan funesto y tristísimo espectáculo, contestó con voz tan entera como enérgica: «La reconozco, sí; maldiga Dios al asesino infame de mi hijo, que valia mucho más que él.»

Ningun hecho notable puede referirse despues de haber ocurrido los que acabamos de apuntar. La muerte de Abdelaziz hizo temer á muchos que iba á hacerse más duro el ominoso yugo, y más insoportable la vergonzosa servidumbre. Se habia trasladado ya que en cierto inculco y remoto sitio de España habia un asilo para los que, aborreciendo al invasor, sin dejarse ceñir la cadena, solo pensaban en romper las de sus compatriotas, haciéndolas pedazos sobre la frente de los opresores. Esta grata noticia fué bastante para que muchos, arriesgando la vida, se procurasen los medios de emigrar del centro de España, á fin de engrosar la pequeña hueste que se agrupaba en torno del estandarte de la cruz; hueste flaca de fuerzas; fuerte de corazon; decidida y pronta á lanzarse á la lucha, buscando caudillo; y el caudillo no podia faltar, porque Dios habia decidido la empresa.

REYES DE ASTURIAS Y DE LEON.—AÑO 718.

Mustia y llorosa la afligida España giraba en su derredor la aterrada vista: el magnífico cielo que la cobija, diáfano y puro en más felices tiempos, la parecía turbio, encapotado, y anunciando males y calamidades sin cuento; el feraz y florido suelo que de asiento la sirve no era para ella otra cosa que un triste yermo, un asolado campo por el impetu destructor del vendaval horrible; ni el sol ante su vista vivificaba los objetos, ni la melancólica luna aclaraba la noche; las estrellas habían huido del alto firmamento, y para la desolada madre todo era tinieblas, luto, amarga soledad.

¿De qué sirve á la amorosa madre el ver circular en derredor suyo millares de personas, cuando los amados hijos de su corazón se hallan prófugos, errantes, perseguidos? ¿Será para ella la más populosa ciudad otra cosa que un vasto y tristísimo desierto? ¿Y esta cruelísima pena no estará centuplicada si á ella va unida, para mayor desgracia, la absoluta y completa carencia de toda esperanza?

Así los mortales, sobradamente ciegos para penetrar los arcanos y los designios de la Providencia, se afligen y sollozan atravesada el alma por el doloroso dardo de la desconfianza y de la duda, cuando tocan sin poderlo prever el término de sus males. Así la altiva y noble España, representada por sus nobles y altivas matronas, carecía ya de lágrimas, agotadas á fuerza de derramarlas,

cuando la orgullosa media luna, que entrara en la península protegida por la traicion y se ostentara ufana porque pudo triunfar sin oposicion, estaba amenazada por la omnipotente cruz del Gólgota.

No distante de Cáunica (hoy Cangas de Onís) pululaban los cristianos refugiados, tristes tambien y melancólicos. Pasaban los dias, despues de haber trascurrido algunos años, sin que la amarga situacion cesase, ni aun para hacerla más llevadera se atemperaba con algun consuelo. Habian cesado las frecuentes pláticas; los proyectos estaban suspendidos; la fria realidad de los hechos, la imposibilidad de obrar tenian á todos aquellos valientes aterrados; y sin embargo, cobijaba su pecho un corazon grande y magnánimo, más grande aun que lo inmenso de la empresa que abstraídos á toda hora lo tenía. Y aquel silencio lúgubre y espantoso, era mil veces más elocuente y aterrador que las elevadas voces del entusiasmo: era el silencio de la desesperacion, precursor infalible del desencadenamiento de la ira destructora; era la aterradora calma de la ardorosa tarde del estío, en que el viento se para; en que se agota el aire que para respirar necesitamos, hasta que la tempestad se desencadena, y estalla el trueno que aterra, y descende el rayo que aniquila, y brama el huracan que arrasa cuanto encuentra en la comarca.

Tal era el estado de los hispano-godos: era un robusto aunque no grande cuerpo; empero le era necesario un alma que le animase y diese vida; y el alma se le infundió por fin, trocando el sombrío silencio en acentos enérgicos, en gritos de venganza que formaran la horrible tempestad que muy luego habia de estallar en Covadonga.

La pequeña legion de hombres esforzados y decididos que refugiada estaba en cierta parte de Asturias, como impulsada por una voluntad superior, fijó sus miradas en Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasvinto. Se cree que no residió siempre en aquel punto, y se supone que estuvo encerrado en su ducado de Cantabria, cuyos dominios comprendian las montañas de Burgos; mas luego desde estas pasó á las de Oviedo, parte de las cuales tambien pertenecian á su ducado, sabiendo que el núcleo de los guerreros de la cruz allí se formaba, y comprendiendo que estaba en el deber de aumentar su número.

Su carácter desconocia la ambicion; pero no era posible que los belicosos españoles eligiesen otro caudillo. Le habian visto demostrar su gran pericia y su incomparable valor en la catástrofe del Guadalete; era primo hermano de Rodrigo; y si los guerreros se afligian, si amenguaba su valor al ver que carecian de caudillo, no era porque Pelayo no estuviese presente en su memoria, sino porque habian intentado inútilmente el decidirle á que aceptase el grave y espinoso cargo.

No pudo, sin embargo, resistir á los ruegos y súplicas que de consuno le hacian nobles y plebeyos; y más aun que los reiterados ruegos habia de poder en su ánimo la consideracion de que su negativa pudiera aparecer como una miserable cobardía, y como poco celo por la religion que profesaba y por la independencía de su patria. Quizá estas consideraciones le hicieran aceptar, contra su voluntad, que más le llamaba al retiro.

Convencido al fin de que la grande y santa empresa no se llevaba á cabo por falta de caudillo; doliéndole en lo íntimo del alma los males de su amada patria, y sintiendo en su corazon la necesaria fuerza para arrostrar todas las consecuencias de su grave compromiso, Pelayo por fin aceptó el cargo; Pelayo, guerrero por instinto, por inclinacion, por valor y por inteligencia; Pelayo, que era de la sangre real de los godos y de la de Rodrigo; Pelayo, que habia ejercido el cargo cerca de este desgraciado monarca de conde de los espatarios (capitan de guardias), desplegando un fabuloso valor cerca del ensangrentado Guadalete, fué nombrado caudillo por aquella legion de hombres de fé, de corazon, de abnegacion sublime; de aquellos guerreros que se sublevaban contra millares de millares de sarracenos, formando ellos apenas algunos centenares; de aquellos héroes que al empuñar el denodado acero debian creer que se dirigian al martirio, segun las circunstancias en que se rebelaban estaban claramente indicando; pero que no abrigando ni aun sombra de temor, y poseyendo, por el contrario, un fervoroso corazon, un inmenso celo por la religion de sus padres y por la independencía de la amada España, sin reparar en peligros, y mil veces mas fuertes que los peligros mismos, empuñaban en la diestra el tajante acero y en la siniestra el escudo, agrupándose en derredor del valiente Pelayo, quien á su vez empuñó su gloriosa espada, y elevando sobre las cabezas de los guerreros que formaban su pequeña hueste la cruz santificada sobre la cima del Gólgota, colocada sobre la enseña que habia de guiarles al triunfo, como guiara á Constantino el Lábaro contra el impio Majencio que tenia centuplicadas fuerzas militares, habló á los suyos como inspirado por una fuerza superior, casi resplandeciendo su cabeza con una sagrada aureola.

«Valor y presteza necesitamos, dijo á sus caros conmlitones; ánimo nos sobra, fuerzas nos faltan; aterrorizar debemos al feroz enemigo con nuestro denuedo. Mas no desmayeis de ánimo: si las ciudades están guarnecidas por soldados del falso profeta, en cambio los ciudadanos son nuestros; son españoles oprimidos, pero no abatidos; de menos ánimo que vosotros, pero no faltos de él, oca en el mundo no todos pueden poseer iguales las prendas del palma y del ánimo. De vuestro valor estoy tan seguro como quien



lil. Huertas 16 y 18.

PELAYO





«os ha visto obrar prodigios en el día de vergüenza y baldon para
 «los traidores, como lo fué de gloria para los que pelearon como
 «buenos; asaz muestra disteis de ser fuertes cuando sin soldados ca-
 «si y casi sin armas, pusisteis de nuestra parte la fortuna y cam-
 «biásteis el trance de la batalla. ¿Y no enardecerá vuestra sangre y
 «dará entusiasmo á vuestro corazon el recuerdo vivo en nuestra
 «memoria de aquel sangriento y funesto dia? ¿No hará centuplicar
 «vuestro valor el recuerdo de la cruel opresion en que vuestros
 «hermanos y vuestras esposas gimen, y en que la sagrada religion
 «de Dios padece? ¿Creeis que otros millares de españoles no os acom-
 «pañan en deseos y solo esperan ver la santa enseña de la cruz pa-
 «ra agruparse en torno de ella? ¡Quién que sea español no seguirá
 «nuestros pasos! Empresa es esta, sin embargo, terrible y difícil,
 «mas no superior á vuestra decision y vuestro denuedo. Encerrar-
 «nos aquí es imposible: en esta estéril comarca pereceriamos, y
 «debemos abrirnos el camino, y sabremos abrirle. Dios, irritado con-
 «tra nosotros por nuestros pecados y desmanes, asaz nos castigó:
 «quizá aplacado nos proteja, pues que por la santa cruz vamos á
 «combatir, y no es nuevo á su bondad ni imposible á su inmenso po-
 «der el destruir con flacas fuerzas á las fuerzas gigantescas. ¡Sús,
 «y á las armas, compañeros míos! El bien comun nos guia; por Dios
 «y por la patria peleamos; mostrémonos tan enemigos de los des-
 «creidos hijos de Mahoma, como del español, si le hubiere, que no
 «siga nuestra bandera, la santa bandera de la cruz; y con las ar-
 «mas en la mano, la fé divina y el amor patrio en el corazon, el
 «poder y la misericordia de Dios en el pensamiento, seamos el an-
 «temural de la religion de nuestros padres; el azote del opresor
 «protervo; el escudo y defensa de los débiles, y los restauradores
 «de nuestra amada España.»

Dijo Pelayo esta breve alocucion, y en vez de comenzar la santa empresa rodeado de silencio y de misterio, hasta poder contar con más elementos de los que por entonces tenia, mandó tocar al arma ruidosamente con los belicosos atabales y clarines, á cuyo marcial sonido acudieron no pocos españoles de los que habitaban en Cáu-nica y su comarca. Mas ni habian venido en número suficiente para empezar á obrar, porque el terreno de suyo no lo permitia, ni era gente práctica en la milicia, ni apta para la ardua empresa por otra circunstancia que por su gran corazon, que en verdad no era po-co (718).

Discurrían por aquel país los españoles sin el menor estorbo; empero la fama de su atrevimiento, que de tal le calificaban los invasores, llegó á noticia del walí El-Horr y del caudillo Alkamah, lugarteniente del primero.

Pelayo, que además de su valor tenia grande inteligencia y tacto

para dirigir la colosal empresa, aguardó á una ocasion propicia y oportuna para tocar al arma: esperó á ver divididas las fuerzas de los árabes, y al momento en que muchas de las más escogidas de estas debian internarse en la Gália gótica.

Cuando El-Horr penetraba en ella supo la sublevacion del gran Pelayo, que tomó por una verdadera locura sin importancia y sin consecuencias. Mandó sin embargo á su lugarteniente el valiente y entendido Alkamah con tropa suficiente para sugetar por fuerza de armas á los sublevados astures; mas él prosiguió su camino, gansoso de conquistas y de riquezas, como si tal sublevacion hubiese ocurrido.

El ejército que al valiente Alkamah seguia era numerosisimo, y aunque se dice que fué exagerado por los primeros cronistas, era inmensamente mayor del que pudiera reunir Pelayo. Manuscrito hemos visto que le hace llegar á más de 100,000 hombres; y aunque esto así no sea, puede creerse que pasaba de 50,000, cuando los soldados de la restauracion ni á 7,000 llegaban.

Supieron estos que se acercaba Alkamah, y casi llegaron á temer de hueste respectivamente tan numerosa; mas no se alteró el caudillo, ni vaciló un instante. Comprendió que sin exponerse á malograr la santa empresa no podia esperar al enemigo en Cangas, y condujo su pequeña legion en direccion del monte Auseva; hizo pasar las mujeres, los ancianos y los niños de aquella comarca á lo más áspero é inaccesible de aquellas breñas y asperezas, para no dejarlos expuestos á los desmanes del invasor; colocó sus ballesteros y hombres de armas en las cimas y crestas de las elevadísimas rocas, á fin de que, sirviendo primero de atalaya y vigías, pudiesen luego tener tiro certero, y ofender al opresor sin ser de él ofendidos, y diezmar el soberbio ejército africano si se atrevia á penetrar por aquellas estrechuras y desfiladeros; y hecho todo esto, el animoso y previsor Pelayo se fortificó, por decirlo así, en un paraje situado al Oriente de Cangas, en una inmensa cueva, llamada entonces ya *Covadonga* (Cueva-honda), á donde hizo que con él penetrasen los demás soldados que no habian quedado sobre las montañas y elevados riscos.

La grande roca en que se halla la enunciada caverna ó gruta, tiene ciento veintiocho piés de elevacion; y su posicion, los cerros que limitan la cuenca formada al terminar su angosto valle, y todos los accidentes del terreno, daban ostensible muestra de la sagaz inteligencia de Pelayo, que tan bien conocia los puntos estratégicos, como hoy diriamos, para suplir la falta de fuerza material con los recursos de que le era dado disponer.

Cuando los exploradores dieron el aviso de la aproximacion de Alkamah, colocó el cristiano caudillo la posible fuerza entre las

espesas que limitan el valle, pequeño pero frondoso, fertilizado por las tranquilas aguas del Deva. Después recorrió los puestos, exhortó de nuevo enérgicamente y con breves palabras á sus guerreros, y esperó tranquilo, con la espada en la fuerte diestra, y en la siniestra la bandera de la santa cruz de Jesucristo, á que apareciese la media luna de Mahoma.

Alkamah era valiente, y pasaba por uno de los más entendidos caudillos entre los musulimes; y tal era la confianza que en su valor y en sus huestes tenia, que atribuyó la retirada de Pelayo desde Cáuica á Covadonga á temor de hacerle frente.

Confiado en la fuerza que esta errónea suposición le daba, marchó en busca de los que creía fugitivos; y llegando á la estrecha cañada, penetró en ella con su ejército, no como quien va á batirse con el enemigo, sino como vencedor que se dirige á recoger prisioneros y dispersos.

No permitia el terreno que desplegase Alkamah las masas de agarenos, y le fué forzoso avistar la cueva con idéntico frente al que presentaban los bizarros soldados de la restauración. Cuando comprendió hasta qué punto habia sido loca su confianza y su imprudencia grande, no pudo ya impedir que los ballesteros cristianos, oportuna y convenientemente colocados en las cimas de los riscos y montañas, diezmasen sus guerreros, cuyos extensos flancos, formados por hileras compactas, presentaban seguro blanco á las certeras saetas de los españoles.

Ya en el valle comenzó el rudo ataque y se formalizó la batalla; y fué preciso que Dios inspirase al memorable caudillo de Covadonga al elegir el terreno para dar á los hijos de Ismael la dura lección, que era segura muestra de la ruda lucha que habia de continuar durante más de siete siglos.

Todo estaba en contra de los feroces hijos del desierto; el Dios de los ejércitos, los elementos que por él son regidos, el trueno y el rayo, que también tomaron parte en una lucha que debia decidir la suerte de una gran nación. Las mismas flechas que los árabes disparaban hácia los cristianos, chocando contra las duras rocas, volvian de rebote y herian á los que las lanzaran, aumentando el número de las dirigidas por los soldados de la cruz.

El suelo se iba ya poblando de cadáveres y de heridos, cuando el sol comenzó á negar sus dorados rayos á la tierra: gruesos nubarrones se interpusieron impidiéndole brillar, y aglomerándose las negras y rojizas nubes se desencadenó el huracán; retumbó el aterrador trueno; multiplicados rayos se vieron serpentear en el horizonte; y tal era la lluvia que de las nubes se desgajaba, que á juzgar por lo copioso y violento de aquel semi-diluvio, pudiera creerse que las cataratas del cielo se habian rasgado para anegar á la tierra.

Terrible escena de horror y de agonía debía presentar aquel en otro tiempo tranquilo valle. Los clamorosos quejidos de los que entre agudos dolores daban un desesperado adiós á la tierra, eran ahogados por el rujir del arrollador huracan y por el retumbar del trueno, cuyo horrisono fragor era mil veces repetido por el eco de las montañas; el fulgor del fugaz relámpago que de vez en cuando aparecía para dar luz á tantos horrores, dejaba ver momentáneamente la muerte, la destruccion, á do quiera se volviere la aterrada vista; y en medio á tanta desolacion y tanto estrago, los españoles que en los riscos estaban colocados, arrojaban desde lo alto de las breñas inmensos peñascos, que hacian rodar violentamente y que caian sobre la cabeza de los musulimes, quienes sucumbían bajo la pesadumbre de los poderosos golpes que no podian evitar, dando márgen á que se creyese que hasta los montes se desplomaban sobre los musulmanes.

En tan desesperado trance, el terror comenzó á posesionarse de las huestes agarenas. Suleiman, caudillo compañero de Alkamah, yacía cadáver; no habia esperanza de salvacion; el valor vacilaba, y no era posible eludir la derrota. Conociendo esto mismo el lugarteniente de El-Horr, dispuso la retirada y determinó ganar la falda del monte Auseva. Inútil determinacion: ni era posible que los guerreros árabes, temerosos entonces, arremolinados y vacilantes, pudiesen caminar por tan estrecho sendero sin servirse unos á otros de inevitable y perjudicial estorbo, ni en tan atropellada precipitacion podian fijar la vacilante planta sobre un suelo resbaladizo por la lluvia, y que parecia se negaba á sostener á los descreidos y fanáticos sectarios del Korán.

¡Terrible y horrorosa confusion, originada por una causa que parece sobrenatural! Los españoles, de suyo tan valientes, que acometieron tan grande empresa sin que pudiesen prever que todas las circunstancias habian de conspirar en su favor, centuplicaron su esfuerzo, comprendiendo que Dios por ellos peleaba, y no cesaban sus acometidas, ya fuera de la gruta y en el llano. Centenares de moros caian atravesados á impulso de las mortíferas balistas; otros perecian aplastados por los peñascos que sin cesar rodaban; no pocos que ya se creian salvos porque habian vencido casi la subida de alguna eminencia, el resbaladizo y cenagoso suelo como airado los despedía, y rodando se estrellaban, y al chocar con los que más abajo pugnaban por ganar aquella misma pendiente, mutuamente perecian por la fatal colision; número no escaso, desatentado y ciego, que no hay mayor oscuridad que la ocasionada por el temor, sin saber á do se dirigia, iba á caer en las tranquilas aguas del Deva, entonces rápidas, resonantes y arrolladoras por efecto de la copiosísima lluvia; y la muerte agitaba sus negras alas

y esgrimia su afilada é incansable segur en el campo, en el monte, en el rio; y desolacion, y agonía, y muerte y exterminio se posesionaron del llano, de los riscos y de las aguas.

Antiguos escritores afirman que no quedó un musulme que pudiese referir por vista de ojos la batalla, y otros modernos, respetables por cierto y eruditos, lo refieren sin desmentirlo, señal evidente de que no han encontrado fundamento para verificarlo. Si se toma en cuenta, como debe tomarse, la reunion de poderosas circunstancias que hemos enumerado, y en las cuales no hay exageracion ninguna, nada extraño seria que la destruccion total del ejército de Alkamah, que pereció como Suleiman en la pelea, hubiese tenido lugar en Covadonga. Aun cuando así no sea, el destrozo debió ser tan atroz como incalculable; destrozo cuya magnitud no niegan ni dejan de referir los escritores árabes.

Gloriosa para España, para Pelayo y para los guerreros fué la memorable batalla de Covadonga, que tuvo lugar en el año 718. La guerra de la restauracion se inauguró de brillantísima manera; y aun en los asuntos de escasa importancia el éxito de los primeros pasos es de gran trascendencia é inmensa fuerza moral, porque frecuentemente se toma como precursor de otros sucesos parecidos, y como augurio infalible del resultado definitivo de lo que se desea ó emprende.

La memoria de tan inmenso triunfo quedó simbolizada en una capilla llamada la Santa Cruz, erigida en el mismo sitio en que Pelayo, haciendo abandonar á sus soldados la cueva, atacó en el llano á los musulmes; y se asegura que al adoptar este magnánimo héroe por emblema de su escudo una cruz de plata en campo azul, lo hizo para perpétuo recuerdo de la que vió aparecer en el cielo antes de comenzar la batalla.

El aspecto que presentaba el valle, los senderos y la vega de Cangas, era por el extremo aterrador: ginetes y peones, jefes y soldados, turbantes y alquiceles cubrian el enrojecido suelo. Es fama que durante muchos años se vieron en las faldas de las montañas y colinas las hacinadas osamentas de los musulmes; las piezas de armadura; los capacetes rodeados de lienzo, signo que distinguia á los osados hijos del desierto.

Tal fué la gran batalla de Covadonga, piedra angular, base y fundamento de la española monarquía. La fama del increíble triunfo dado por Dios á Pelayo, y obtenido despues de una sangrienta accion en la que todo se conjuró contra los opresores, hizo que de muchas partes acudiesen centenares de españoles, ganosos de participar de los triunfos y de la gloria, y seguros del éxito de una empresa que de tan visible manera era favorecida por Dios; no de otro modo comprendian que se hubiesen desbordado las aguas, desencadenado

los elementos, hundido los montes, y vencido, en fin, siete ú ocho mil bisoños y mal armados á más de veinte mil muy pertrechados y aguerridos. Ello es cierto que todo lo que sucedió fué producido por causas naturales, segun hemos referido; empero tan oportuna y justamente combinadas para dar el triunfo á la gloriosa causa de la restauracion, que parece que una suprema y protectora mano guió los sucesos y combinó las circunstancias tal como convenia á los soldados de la santa cruz.

Animados Pelayo y sus guerreros con el gran suceso de Covadonga, todas las empresas que proyectaba le parecian de facilísima ejecucion; á todo se atrevian y nada les arredraba: por esta razon el valiente caudillo determinó no detenerse en el glorioso camino de la reconquista, aprovechar el entusiasmo de sus bizarros guerreros, y extender sus operaciones militares.

Si no les faltó el ánimo para esperar al valeroso Alkamah con tan desiguales fuerzas y con tan notorias desventajas, puede juzgarse cuán alto rayaria su entusiasmo despues del triunfo por tantos títulos notable que acababan de obtener, y que borró completamente el tristísimo y funesto recuerdo de las ensangrentadas orillas del Guadalete.

Reforzado el ejército de Pelayo con los voluntarios que á toda hora acudian, descendió al llano, y avanzando sucesivamente, comenzó á extender sus dominios, posesionándose de diversos puntos de las Asturias, que destituidos de guarnicion enemiga, abiertos y sin defensa, y poblados de españoles que contaban parientes cercanos y amigos en el glorioso ejército de la restauracion, le invitaban á que entrase en ellos y le recibian con victores y con bendiciones.

No es fácil señalar una cifra que marque exactamente el número de guerreros que Pelayo contaba en su animosa hueste; empero no debía ser escaso cuando fué extendiendo su dominacion por las Asturias, guarneciendo los puntos que tomaba, y partiendo en seguida á continuar la grande obra para la cual estaba predestinado.

A medida que aumentaba y organizaba su ejército, ampliaba el círculo de sus operaciones; y algun tiempo despues, no contentándose con las empresas de fácil ejecucion y creyéndose bastante fuerte para desafiar al enemigo, se acercó al terreno dominado por los agarenos y comenzó á darles en que entender. Talaba los campos y recogia las mieses; aparecia en el llano y los atraia, para desaparecer de aquel y reaparecer sobre las elevadas montañas, haciendo disparar millares de ballestas, cuyas flechas hendiendo los aires, y silbando á guisa de ponzoñosas serpientes, caian sobre los hijos de Ismael, no menos espesas que el blanco granizo en dia de bramadora tormenta.

Eran para los enemigos doblemente mortales los certeros disparos de los guerreros de la cruz; porque el mayor número de las ballestas con que eran acosados, á los hijos del Yémen habian pertenecido, pues las abandonó su yerta mano ante la memorable Covadonga. El suelo sembrado de lanzas, ballestas, alfanjes y gumias, proporcionó abundantes armas al caudillo de la restauracion, y avinole bien, porque de otro modo no hubiera podido armar instantáneamente á los decididos voluntarios con que uno y otro dia, gozoso miraba reforzar su ejército.

De esta manera continuó cubriéndose de gloria, hasta que se creyó bastante fuerte para acometer una empresa de mayor importancia que todas las anteriores. Parecia seguir un rumbo incierto, sin norte fijo y que indicaba falta de plan y sobra de indecision, avanzando, retrocediendo, girando sobre un flanco y pasando al contrario. El tiempo hizo ver que trataba de fatigar y deslumbrar á los musulimes, á quienes era tan molesto como difícil luchar con un enemigo á quien creian menos fuerte de lo que en realidad era, y que ora visible, ora invisible; ya casi á tiro, ya en lontananza, se les escapaba de las manos cuando presa de ellos le creian, y los diezaba en detalle desde las montañas, cuando un ardid estratégico ó una celada hábilmente dispuesta los hacia comprender; muy á su costa y pesar, que no podian hacer frente á una guerra que no comprendian.

Improvissamente la indecision cesó, y cuando no tan cerca se le creia, pasó los montes que dividen las Asturias y Galicia, y apareció en las inmediaciones de la antigua Legio (Leon). Patrocinado por las nocturnas tinieblas se acercó intrépido: parecia aquel ejército un solo hombre; tal era el silencio con que caminaba, que un imperceptible suspiro se hubiera percibido, como se percibia el suave murmurar de los frondosos árboles, cuyas espesas hojas, blandamente agitadas por el viento, acompañaban á los héroes de España en su camino.

A vanguardia marchaba un cuerpo de ágiles y temidos ballesteros, de firme corazon; de ojo certero; de pulso fuerte; de valor impávido. Tras ellos seguia una légion acaudillada por D. Alfonso, primogénito del duque de Vizcaya, el cual reforzó el cristiano ejército con su valor y pericia, y con un cuerpo de vizcainos, rayos en el combate, fuertes como el acero; y cerraba la marcha otro cuerpo igual al que le precedia, guiado por el mismo Pelayo, que dirigia toda la expedicion, así como la importante empresa que iba á acometer. Y ya que encontramos la ocasion á la mano, debemos indicar que desde el reinado del infelice Rodrigo vemos que empieza á darse á algunos personajes el tratamiento de *Don*, que, como es bien sabido, antiguamente se escribia *Dom*, como abreviatura de *Dominus* (*Señor*).

El gran Pelayo no estaba ya escaso de guerreros, como cuando se refugiara en Covadonga; empero sabia demasiado bien que falto como estaba de máquinas de guerra, el corazon tenia que ser el ariete y el destructor acero la catapulta. Comprendiendo sin duda las desventajas que tenia para establecer el asedio, decidió atacar la ciudad por sorpresa. Cierta es que pudiera haber temido que los moros hiciesen una salida de la plaza y rompiesen las líneas; pero acaso no se hubiesen determinado á verificarla, puesto que libre de guarnicion la ciudad, hubiera sido tanto más difícil y costosa que la salida al regreso. Por otra parte, el español caudillo ni llevaba tan poco ejército consigo que pudiera temer al contrario, ni era difícil prever que una vez extramuros los hijos de Mahoma, sin distincion de condicion ni de sexo, todos los leoneses de consuno se hubieran precipitado intrépidos á auxiliar á quien venia á quebrantar las ominosas cadenas que vergonzosa y cruelmente los oprimian. El vencedor de Covadonga quizá no quiso exponer el éxito de la importante empresa al dudoso trance de una batalla, y prefirió que el agareno sintiese el duro golpe sin ver la enérgica amenaza, y que se encontrase vencido antes de saber que el temible enemigo se acercaba.

El enlutado manto en que tenia envuelto al mundo la reina de las tinieblas, más cerrada que nunca cuando la aurora se prepara á aparecer por el Oriente, proporcionó á Pelayo la ventaja de llegar sin que de nadie fuese visto; y decidido á tomar á Leon por fuerza de armas, dió un breve descanso á sus tropas; y al entrever los primeros albores de la mañana, acercándose á la ciudad por diversos puntos decidido á escalar la muralla, aunque mal pertrechado para el caso y completamente imposibilitado para abrir brecha, al sepulcral silencio sucedió el sonoro ruido de los belicosos atabales, cuyos pergaminos heridos duramente resonaban de aterradora manera, y sus ecos eran más alarmantes cuanto menos esperados, y se oian mezclados con el de las vibrantes trompetas y las voces que ora invocaban al Dios de los ejércitos, ya vietoreaban á la madre patria, ó bien desafiaban al desapercibido y feroz enemigo.

Créese que en la ciudad no faltó quien proporcionara la entrada á los cristianos, así como no es dudoso que la guarnicion tuvo que luchar con el ejército de Pelayo y con los ciudadanos. De un modo ó de otro, la media luna abatida fué expulsada de Leon, y en la ciudad ondeó la enseña sacrosanta del Calvario, clavada por la potente mano de Pelayo (año 722).

A la toma de Leon sucedió la de otros puntos más ó menos importantes, entre los cuales se cuenta á Tineo, Astorga y Mansilla. Con estos triunfos, de más importancia moral que material, el in-

victo Pelayo extendia sus dominios, aumentaba su ejército y multiplicaba sus recursos. Por otra parte, crecia su prestigio tanto como la fé que en él tenian los guerreros, puesto que nada les arredraba, nada les parecia difícil ni expuesto, si Pelayo marchaba á su cabeza; y cuando un ejército confia en el valor y pericia del general que le guia, los corderos se convierten en leones, y las batallas se cuentan por los triunfos.

Tambien al ejército español ayudaba no poco la desunion que entre sí tenian los caudillos de los agarenos. La ambicion los destruia; eran por la ponzoñosa envidia corroidos, y no sabian posponer sus particulares afectos y los deseos de sobreponerse á sus iguales, al afianzamiento de la empresa que tan bien se les habia presentado y tan sin oposicion habian llevado á cabo.

Continuó el vencedor de Leon y Covadonga aumentando su ejército, reforzando las guarniciones de los puntos de que se posesionaba y ensanchando sus dominios, sin que en largo tiempo ocurriese otra cosa, ni hecho alguno que merezca particular mencion; empero no podemos ni debemos omitir, aunque decididos á descartar siempre todo episodio que no pertenezca á la española historia, un hecho cuya importancia está en relacion directa con aquella, y que influyó no poca en el progreso incesante de la restauracion.

Dominaba en España Abderrahman y corria el año 721, cuando se intentó una sublevacion contra aquel en los confines de España y en la parte de Francia llamada Gاليا gótica. Dicese que ocurrió principalmente á consecuencia del extremado rigor con que el moro gobernaba, aunque por otra parte tenia muy buenas prendas, era recto, amigo de la justicia y muy valiente.

La expresada sublevacion aumentó notablemente sus proporciones, porque la protegió el duque de Aquitania; mas Abderrahman la sujetó poniendo sitio á la ciudad en que estaba el foco de la insurreccion, y habiendo triunfado en Cerdania, hallándose en la raya de España, y habiendo tomado ánimo con la derrota de los insurrectos, determinó internarse en Francia, ya que, al parecer, la ocasion le convidaba.

Hizo su entrada con toda la violencia que de costumbre tenian los hijos de Mahoma, y los galos y godos, que allí moraban en grande número, especialmente desde la rota del Guadalete, temerosos de aquel aluvion de musulmanes, se internaron, así por la sorpresa, como por no tener medios de resistencia por entonces.

El duque de Aquitania, sin embargo, reunió gente de guerra y presentó á Abderrahman la batalla sin tener elementos suficientes, y por consecuencia sufrió un terrible desastre con inmensa pérdida de los suyos. Estaba Abderrahman cerca de Arlés; y creyendo que su valor y su ejército eran irresistibles, se internó más; atravesó el

Garona, corrió por la orilla del Océano; y volviendo sobre Burdeos taló su campiña y saqueó la ciudad, cometiendo los más reprobables desmanes y repugnantes depredaciones y atropellos. El bárbaro, cada vez más alentado viendo con cuánta impunidad arrasaba, quemaba y destruía, lejos de contener su veloz carrera, la impulsaba y daba mayor fuerza; por esto desde allí siguió sus correrías, y Poitiers, Perigaud, Angouleme y otras ciudades experimentaron la misma mala suerte que Burdeos.

Los reiterados triunfos de los agarenos, obtenidos á mansalva, y por lo tanto tan rápidos como completos, ensoberbecieron al feroz y cruel Abderrahman, y dieron margen á que se pensase en oponer un dique á su destructora carrera, que en pos llevaba muertes, robos, violencias y estragos á millares. Él destruía los templos, asesinaba los sacerdotes; no había mujer noble ni plebeya que pudiera librarse de sus insolentes insultos; y en vez de procurar atraer á sí los pueblos conquistados por medio del cariño, de la moralidad y del orden, abusando de la victoria que fácilmente había obtenido, se procuraba en cada habitante del país un enemigo; pero un enemigo mortal, irreconciliable.

Estas circunstancias eran las más á propósito para encender los ánimos de los galos y godos, más inclinados á rechazar los ataques de los musulimes que á permanecer cautivos dejando al opresor que se enseñorease del país y que por él difundiese el luto, la miseria y la desolacion.

En tal estado se hallaban los oprimidos, cuando apareció un notable guerrero, que llegaba á aquella parte de Francia de lo interior de esta. Llamábase Cárlos Martel, y era mayordomo mayor de la casa de los soberanos de Francia. Presentóse, en efecto, para oponerse á los ismaelitas, despues de haber reunido gran número de soldados, no solamente en Francia, si que tambien por la Germania (Alemania) y Austrasia (Lorena).

Tan pronto como llegó la fama de su venida y de la guerrera muchedumbre que le acompañaba, comenzaron á fugarse de todas partes los hombres aptos para las fatigas de las armas y de la campaña, los cuales se presentaban á Martel como voluntarios. Dícese que tambien el duque de Aquitania se le reunió con su ejército, ganoso de vengar la derrota que debiera haber previsto, si en cuenta hubiera tenido cuán desiguales y débiles fuerzas tenia para oponerse á las del cruel Abderrahman.

Llegado á Tours Martel con su numeroso ejército, y pasado el Loire, estableció su campamento, fortificándole á la manera de aquellos tiempos, pero egrégiamente, y tomando por defensa de un lado el mismo rio, por el racional temor de que el innumerable enemigo le sorprendiese,

Tan pronto como Martel llegó á la Aquitania lo supo Abderrahman, quien lejos de desconcertarse por esto ni de recelar, confiado, así como sus numerosos secuaces, en la proteccion de Mahoma, y alegre con el recuerdo de los anteriores triunfos, se dirigió en busca de Martel, cuyo campo cada dia se aumentaba con los infinitos godos que se le unian, puesto que la árdua é interesante cuestion iba á decidirse en aquel terreno, que lo era entonces de España, y por eso se llamaba Galia gótica, y entonces gótico y español eran sinónimos.

El ejército de Abderrahman era, con propiedad dicho, innumerable; quien le ha hecho pasar de 300,000 hombres; quien le hizo llegar á 400,000; ello es cierto que fué tal como muchos años atrás no se habia visto.

Alegre y bullicioso marchaba el grande ejército de la media luna, cantando de antemano la victoria, calculando los magníficos despojos y placeres de que iba á disfrutar despues del triunfo, y tan sabrosamente distraído que jamás encontró su corazon más satisfecho: de este modo llegó á dar vista al campo de Martel, el cual por los exploradores que tenia convenientemente apostados supo la aproximacion de los musulimes, y con tiempo se preparó á recibirlos.

Apenas se avistaron ambos campos, cuando comenzó la batalla: cristianos y moros, en el momento que comenzaron á silbar las saetas, cruzándose en el aire y anunciando la destructora muerte, decayeron algo de ánimo; aquellos, porque siempre Abderrahman tenia doble ejército que ellos, aunque el suyo era grande; y estos, porque á pesar del número, la manera de recibirlos y de prepararse á la batalla les dió á entender que no era aquella una sublevacion sin caudillo, sin fuerza, sin inteligencia, y casi sin objeto.

Duró no pocas horas el combate, cuyo resultado fué mas de una vez dudoso y estuvo muchas horas indeciso, sin poderse prever de quien seria la victoria. Grande fué el valor de los cristianos, que siendo la mitad menos en número, no solamente se sostuvieron y pusieron primero indecisa la pelea, sí que tambien despues obtuvieron un triunfo, pero inmenso y decisivo.

Sobre el campo quedaron más de 100,000 moros, segun debe suponerse de las fuerzas suyas que entraron en combate, del destrozo que sufrieron y de las circunstancias que en la batalla concurrieron; y no se crea que es exagerado el número; porque autor hay que da por cierta la muerte y destrozo de *trescientos sesenta mil* moros en la batalla de Tours.

El valiente aunque cruel Abderrahman quedó tambien sin vida sobre el campo de batalla, y con él los mejores de sus caudillos por manera que la terrible derrota de los agarenos fué tan notable como provechosa para los cristianos, porque fué de tanto valor mo-



ral como material. Dicese que el duque de Aquitania peleó como general y como soldado; y se añade que el mismo bizarro y entendido Cárlos Martel así lo aseguró publicamente. Eudon, el duque de Aquitania, puede decirse que decidió la suerte del combate; porque esta accion no fué de las muchas que se daban sin órden ni concierto, en las que todo consistia en la fuerza material, y para nada se consideraban la inteligencia ni el cálculo.

En esta batalla, Martel tenia su plan bien combinado, de acuerdo con el duque de Aquitania que le secundó de admirable manera. En tanto que el grueso del ejército se batía denodadamente, Eudon cuidaba de disponer fuertes acometidas de tiempo en tiempo, cargando ambos flancos de los enemigos con varios cuerpos de caballos ligeros, y con peones diestrisimos en el tiro de ballesta. Por manera que estando los agarenos acometidos así constantemente por tres partes, y teniendo siempre en el aire y contra ellos una lluvia de flechas, ni sabian aquellos á quién atender, ni podian defenderse de las matadoras saetas.

Del ejército cristiano fué infinitamente menor la pérdida, porque, en lo posible, pelearon con arte y conocimiento, en tanto que los musulmanes no tenian de su parte más que el ímpetu, la muchedumbre y el valor.

Fué de inmensa importancia para España esta segunda derrota de los moros, mayor en cuanto á resultados materiales que la de Covadonga, porque entraron en accion fuerzas infinitamente mayores de los agarenos; y entre ambas batallas la pérdida fué tan considerable que el ejército se resintió visiblemente. Por otra parte, para Pelayo fué de muy buenos resultados; porque distraida la atencion de los moros en la guerra de la Galia gótica tenian desatendido todo lo demás, y el héroe de España podia sin obstáculo afianzar su pequeño reino, atender á su gobierno dotándole de buenas leyes, fortificar y pertrechar las ciudades para prepararlas á todo evento; y sin pensar por entonces en extender y ampliar sus conquistas, determinó como cuerdo afianzar lo que con tanta gloria habia adquirido.

La gran batalla de Tours tuvo lugar, segun creemos, pasados algunos años de la de Covadonga. Los autores no están contestes en el año en que se verificó, y aun hay quien la coloca en el 734; pero lo probable ó averiguado es que sucedió cuatro años despues de la proclamacion de Pelayo y del triunfo sobre Alkamah; esto es, en los últimos dias del año 721 ó principios del 722.

Con la muerte de Abderrahman quedó España sin gobernador de los invasores, y fué nombrado en su lugar Abdelmelich, cuyo gobierno fué solamente notable por los actos de avaricia y de crueldad; así la emigracion era continua, y se iba haciendo necesario el

ensanchar los dominios de Pelayo, porque no cabian en ellos los españoles que de todas partes acudian; de aquí resultó un ejército muy escogido: las costumbres eran puras, la honradez exquisita, y cuanto el reino tenia de pequeño en un sentido, lo tenia en otro de grande, puesto que la cabeza vigilaba y el círculo que habia de recorrer no era muy extenso.

El nuevo gobernador recibió orden del califa para continuar la guerra de Francia y vengar duramente el destrozo de Tours; pero igualmente los godos que los franceses ó galos, previendo esto mismo, no estaban desapercibidos. Preparados, fortificados y vigilantes permanecian atentos, cuando quiso penetrar el nuevo ejército agareno en las Galias. La accion fué breve; grande el destrozo de los hijos de Mahoma; el resultado, retroceder diezmados.

Aunque por entonces no pudieran penetrar ni ganar terreno, su decision era irrevocable y la afirmaban más el despecho y vergüenza de las derrotas y del sentimiento. Esta nueva guerra, unida á la multitud de conspiraciones que se sucedian en España, merced á la ambicion de los magnates moros, y á las cuales permanecian completamente extraños los españoles, hacia que los caudillos estuviesen divididos, discordes entre sí y muy poco dispuestos á auxiliarse mutuamente. De aquí la paralización que en la península se observaba, y la ventaja del nuevo reino; porque ó lo miraban, hasta entonces, como una cosa sin importancia ni consecuencias, ó la manera con que Pelayo se defendió en Covadonga y tomó despues las ciudades que formaban su pequeño dominio les arredró, ó quizá creyeron más conveniente dedicar todas las fuerzas y conato á la empresa de las Galias, pensando en llevarla á cabo, para despues acudir de una vez á aquella parte de España.

Al parecer Pelayo no se aprovechó hasta donde debió y pudo de las circunstancias tan ventajosas que le rodeaban, creadas por la ambicion en grande escala del califa y por la de los caudillos, en menor sin duda, empero más perjudicial para ellos, por tocar más de cerca y con mayor fuerza sus perniciosos efectos. Sin embargo, no avanzó en proporcion de lo que pudiera cuando vió destruidas las grandes fuerzas agarenas en la Galia gótica, y se limitó á extender el radio de su gobierno ó dominio sin salir de la provincia, y á fortificar egrégiamente lo que tomaba. Acaso su intencion no fuera reunir un gran reino, empresa difícil entonces sin duda alguna, sino dejar á su sucesor una base segura é infalible de operaciones para proseguir la reconquista, un refugio inexpugnable en caso de contratiempo ó derrota. Si pensó solamente en esto, lo realizó del mismo modo que lo pensara; y claro es que su ánimo no seria otro, porque á quien le tuvo para hacer frente á Alkamah casi sin recursos, y respectivamente sin gente, no le habia de faltar

para empresas más árduas en importancia material, pero mucho menores en su ejecucion por el aumento de medios de todos géneros de que disponia. Otra razon hay en pro de esta creencia. Pelayo tuvo siempre á su lado á Alfonso, hijo del duque de Vizcaya, de la sangre y alcurnia del gran Recaredo. Era tan emprendedor y belicoso como muy en breve veremos, y debia tener grande influencia en el ánimo del nuevo rey; y sin embargo, este no abandonó su sistema que sin duda creyó el más conveniente.

Parece que el primer rey de Asturias y de Leon previó que habia de sucederle Alfonso en el reinado, si no inmediatamente, con el tiempo; porque le dió á su hija Orminsda ú Hormesinda en matrimonio, y despues de celebrar los esponsales con cuanta pompa permitia la posicion del rey pero imitando hasta donde fué posible la régia é imponente usanza de los gódos, mantuvo á su yerno á su lado, teniéndole por consejero íntimo, por fiel amigo y por inseparable compañero. A pesar de esto, Pelayo no abandonó su plan, y Alfonso sin duda no instaria, aunque mortificase su natural carácter, para que siguiese sus inspiraciones; tanto más, cuanto que á la sazón no podia pensar en heredar á su suegro, que tenia un hijo llamado Favila, como su abuelo, el cual mostraba, por cierto, disposiciones mayores para como particular imitar en costumbres á Rodrigo su tío, que para emular la gloria y el valor de Pelayo su padre.

Quizá si Alfonso hubiese reinado entonces, la reconquista hubierá avanzado más rápidamente, mas no sabemos si con la misma solidez y perpetuidad; porque el reino fundado por Pelayo jamás faltó, y para formarle tomó algunas ciudades despues de su maravilloso triunfo. Algunos autores dicen que no fué el primer rey de Leon, puesto que quien llevó este titulo antes que otro soberano alguno fué Ordoño II. Tampoco falta quien asegura que la toma de Leon se verificó en el año 745, seis despues de haber fallecido Pelayo; pero, sin embargo, debemos conformarnos con el parecer de la mayoría.

En cuanto á si fué ó no el primer rey de Leon, debe tenerse por una verdadera cuestion de palabras; y sin vacilar le denominaremos así, porque fué el primero que poseyó la ciudad y fué de ella verdadero soberano, aunque no se lo llamase. Por otra parte, quizá en aquellos tiempos, tal vez por voluntad ó decision del mismo Pelayo, formarían Asturias y Leon una sola provincia.

A consecuencia de la derrota de Abdelmelich ó Abdelmelek, este fué depuesto por el emir ó wali de Africa, por mandado del califa de Damaseo, quien nombró en reemplazo del destituido á Ocbaben-Alhegag. Era este nuevo gobernador hombre experimentado, leal y valiente, y que habia demostrado su pericia y su ardor bélico en Africa contra los berberiscos.

Este hombre recto y probo dió el mando de la caballería al gobernador depuesto, habiendo préviamente examinado sus actos anteriores, y habiendo visto que sus derrotas eran solamente hijas de azares y de desgracia. Sin embargo, fué por demás ambicioso y cruel; mas se conoce que solo se examinaron sus actos en favor ó en contra del califa de quien dependia, y no respecto de los naturales del país cuyo gobierno le estaba encomendado.

Poco duró á Oeba el mando, despues de haber partido en direccion de los Pirineos, con objeto de invadir y tomar la Aquitania; porque imprevistamente recibió órden del emir de Africa, quien le mandaba dirigirse rápidamente á domar de nuevo á los inquietos berberiscos del Magreb, nunca tranquilos y siempre turbulentos, á cuya órden dió puntual y pronto cumplimiento el bizarro y fiel Oeba.

Casi al mismo tiempo que sucedia lo que acabamos de referir, falleció en Cangas el glorioso y memorable Pelayo, con grande sentimiento y sinceras lágrimas de todos sus súbditos, despues de haber poseido diez y nueve años una corona que supo adquirir por su esfuerzo, y que era para él mucho más grata y apreciable que si hubiese sido el emblema de un extenso poder y simbolizase grandes dominios (año 737). Fué sepultado á una legua de Covadonga, al lado de su esposa Gaudiosa, en Santa Eulalia de Velania (Abania).

Le sucedió en el reino Favila su hijo, por eleccion de los magnates de aquel pequeño reino. El nuevo soberano se parecia muy poco á su padre, y durante su cortisima vida, solo mostró una desmedida afición á la caza, cuyo recreo fué causa de su muerte.

Un dia, persiguiendo á una fiera se alejó de los que le seguian, y habiéndole salido al paso un oso de gran magnitud, le acometió con su acero; pero á pesar de todo fué hecho pedazos por el fiero animal, cuando apenas contaba dos años de reinado (año 739).

Este jóven soberano nada hizo ni pudo hacer que merezca especial mencion, fuera de la ereccion de la iglesia de Santa Cruz, que dispuso é hizo construir á sus expensas, no lejos de Cangas ni de Covadonga. Dejó hijos de su esposa doña Froleva, mas no se les tuvo en cuenta para heredar el cetro; quizá los pocos años de los que pudieran haberle sucedido, fueron la causa de que no se les eligiese en unas circunstancias en que tan necesarias eran la experiencia y el ánimo.

Habia además en la antigua córte de Pelayo una simpática y noble persona, en la que todos suponian y debian suponer reunidas cuantas prendas y dotes son necesarias para reinar, por difíciles que las circunstancias sean. Aun nos atrevemos á creer que si no fué elegido á la muerte de Pelayo, consistió tal vez en que este habia dejado un hijo capaz por la edad de empuñar el cetro, y no pudieron

decidirse á desairar la memoria del ilustre y bizarro restaurador de la monarquía española y de la independencia de la patria. Mas habiendo cumplido ya con el sagrado deber de gratitud y de respeto, y siendo de tan tierna edad los herederos de Favila, los magnates eligieron sin vacilar al yerno de Pelayo, Alfonso, hijo del duque de Vizcaya, y esposo de Hormesinda ó Ermesinda, hermana de Favila.

El gran Alfonso, primero de su nombre, que era naturalmente fuerte y belicoso, y que en vida de su suegro sufría sin poderlo evitar, por aquella inacción tan bien entendida de Pelayo, tan luego como empuñó el cetro determinó emprender algunas aventuras dignas de su nombre y ventajosas á su patria. Su celo religioso le hizo merecer el dictado de *Católico*, por cuyo renombre era conocido; é inspirado por las piadosas ideas, el nuevo soberano excitó el celo de sus súbditos para emprender, puede decirse, una verdadera cruzada contra los fanáticos y feroces secuaces del Korán.

Las circunstancias en que estos se hallaban eran las más á propósito para continuar la gloriosa obra de Pelayo; los feroces hijos del desierto habian aprendido, lo mismo en Covadonga que en la Gاليا gótica, de lo que eran capaces los hispano-godos, y cuando eran ya pasados ocho ó más años, durante cuyo tiempo no habian experimentado sino grandes pérdidas, tomando y dejando alternativamente todas las ciudades del Sur de la Gاليا. Baste decir que los sarracenos ganaron y perdieron más de una vez á Nimes, Avignon, Beziers, Marsella, Arlés y Narbona.

Por otra parte, las guerras intestinas que dentro de la peninsula se suscitaban todos los dias, de mayor ó menor duracion y de más ó menos sangrientas consecuencias, pero siempre por efecto de la ambicion de los gobernadores y caudillos moros, eran otra de las muchas causas que amenguaban y enflaquecian las fuerzas, no mucho antes colosales, de los agarenos.

Al ascender al solio Alfonso I, tenian además los árabes en Africa á los berberiscos, feroces como los tigres de Bengala, y sanguinarios como los chacales y panteras. Oeba habia abandonado á España por orden del califa para ir á sujetar á las turbulentas tribus, y su falta no era indiferente para el ejército agareno.

La guerra habia tomado notables y alarmantes proporciones: los berberiscos insurrectos habian aceptado resueltamente la batalla en las inmediaciones de Tánger y en las orillas del Masfa. De árabes, sirios y egipcios se componia el ejército africano, mandado por escogidos jefes, y fuerte por el valor y el número. Sin embargo de todo, los berberiscos salieron vencedores, haciendo una espantosa carnicería en sus enemigos.

Huyendo del degüello y de la bárbara sevicia de los feroces ber-

beriscos, se refugió en Ceuta un gran cuerpo de sirios con Thaalaba y Baleg sus jefes. Imploraron el auxilio de los que en España moraban, y Abdelmelek, que por ausencia de Oeba mandaba en Córdoba, no solamente prohibió el que fuesen socorridos, si que tambien hizo ahorcar á un moro que les mandó de su cuenta y peculio unos barcos con provisiones, despues de haber mandado le sacasen los ojos; y para más castigarle y afrentarle, ordenó pusiesen al caritativo musulman en el suplicio entre un cerdo y un perro.

De muy poco sirvió á Abdelmelek su extraordinario rigor: los berberiscos que en España formaban parte del ejército invasor, supieron con gozo el buen suceso de sus compatriotas de la Mauritania; y no siendo menos turbulentos que ellos ni más retraidos para insurreccionarse, dieron el grito de rebelion, lanzándose á la lucha á mano armada.

Entonces comprendió el emir de Córdoba su desacertado proceder al negar los socorros que los sirios pidieron, y él mismo los invitó á que vinieran, exigiendo primero la promesa de que se volverian á embarcar en el momento que él lo determinase. Cuando se está en un extremo conflicto, el prometer es muy poco costoso; y el caudillo de los sirios, que con sus secuaces casi perecia por falta de recursos, ofreció solemnemente lo que Abdelmelek exigia, y aun más hubiera prometido, si la exigencia del emir de Córdoba hubiera ido más allá.

La posicion del caudillo agareno por momentos se hacia más crítica: los berberiscos de España, puestos ya en manifiesta insurreccion, marchaban divididos, unos sobre Córdoba y otros sobre Toledo, y en la primera ciudad fué cercado el emir. Esto hizo que diese de mano á todo recelo: se contentó con la promesa de Baleg, caudillo de los sirios, y estos, en número de 20,000, vinieron de Ceuta á España, siendo cada uno de ellos un visible testimonio de los pasados sufrimientos, segun demostraban sus rostros famélicos y desencajados, y los harapos de que venian cubiertos.

En España fueron atendidos por órden del emir, y en parte se repusieron; pero no eran necesarios muchos esfuerzos, porque el odio y el espíritu de venganza los vigorizaba lo bastante para que desearan medir sus armas con los berberiscos, contra los cuales tenían vivo y reciente el penoso recuerdo de la temible derrota del Masfa.

Formóse, pues, un ejército compuesto de árabes y de los sirios recién llegados, y habiendo retado á los berberiscos, aceptaron estos la batalla, fueron derrotados, el desastre de Masfa obtuvo condigna venganza, y Abdelmelek, libre y seguro de los berberiscos, sin perder momento intimó á los sirios la órden de regresar á Africa. El emir de Córdoba no tenia amigos, porque su despótico y cruel

mando le enagenaba las voluntades: habia sido sumamente sanguinario, é infaliblemente las maldades se pagan; y el instrumento del castigo ó de la expiacion fué Baleg, el caudillo de los sirios.

Recibió este la órden de marchar, y resueltamente se negó á obedecer; y comprendiendo que al insurreccionarse contra ciertos hombres es forzoso ó no sacar la espada, ó arrojar al empuñarla la funda para no poder envainarla, al frente de los sirios se puso sobre Córdoba, penetró en la ciudad é hizo prisionero al emir.

Es muy probable que al aceptar las condiciones para venir de Ceuta á España, tuviese ya pensado Baleg lo que ejecutó despues de vencer á los berberiscos; porque dió evidente muestra de no haber olvidado que Abdelmelek les negó en un principio el socorro pedido, y de que trataba de vengarse, puesto que hizo ahorear al emir entre un perro y un cerdo, como el desdichado Abdelmelek habia hecho ejecutar con el caritativo musulman que intentó socorrerlos. Por este medio los famélicos y andrajosos aventureros se apoderaron de España, y su no menos andrajoso y famélico caudillo Baleg ocupó el puesto de emir, vacante por el ignominioso asesinato de Abdelmelek (745).

El teniente ó segundo del caudillo de los sirios, recibió pesadamente la eleccion de Baleg, y no quiso reconocerle como emir; los árabes se pusieron contra aquellos en abierta hostilidad; Abderrahman, walf de Narbona, pasó de la Septimania á España, decidido á enfrenar la ambicion de Baleg, y esta desgraciada nacion, envuelta en el caos de la anarquía, sufría las consecuencias de los desmanes de los unos y de las venganzas de los otros, sin que tuviese parte en las querellas, ni esperase la menor ventaja, cualquiera que, en definitiva, fuese el vencedor.

El improvisado emir salió á encontrar al wali de Narbona; se avistaron ambos ejércitos en las inmediaciones de Calat-Rahba (hoy Calatrava), y se comenzó una accion terrible, que anunciaba ser sangrienta y decisiva, y en efecto lo fué. Iguales eran el valor y el esfuerzo; justa, ninguna de ambas causas era; porque el wali sostenia una injustificable invasion, y el nuevo emir una usurpacion fundada en un asesinato. Alguno habia de vencer, sin embargo; y como la batalla se prolongaba y no era posible preveer el éxito, Abderrahman buscó de frente á su contrario; aceptó Baleg el reto; aunque valiente fué vencido, y la fuerte lanza del wali de Narbona atravesó el cuerpo de Baleg, sacándole cadáver de la silla.

Este suceso funesto para los sirios les puso en completa dispersion, y el campo quedó por Abderrahman. Parecia que el triunfo de este debiera terminar todas las cuestiones de aquellos con los árabes; mas no fué así. Thaalaba, teniente de Baleg, que, segun en su lugar dijimos, se habia negado á reconocer al caudillo sirio como

emir, hizo grandes esfuerzos para reunir los dispersos soldados; y antes que se supiesen las miras ulteriores del vencedor, se apoderó de Mérida; y pasando despues á Córdoba fué proclamado emir, y dió á conocer que sus ambiciosos designios motivaron su resolución de no reconocer á Baleb cuando fué elegido.

Cuánto sufrirían los españoles, puede concebirse fácilmente si se considera hasta qué punto habia llegado la anarquía. A donde se acercaban los vencedores ó vencidos, como eran todos enemigos de España, aparecian con ellos las violencias, las depredaciones, los insultos y los más punibles y crueles desmanes. Todo era confusion; todo horror, todo pesar y duelo. Los que sufrían por completo el ominoso yugo y se veían imposibilitados de huir de los crueles y pèrfidos dominadores, tenían fijo constantemente su pensamiento en el pequeño reino de Asturias, y hácia él volvían los ojos viéndole con el alma y con los deseos. La situacion de los españoles era tal como no lo habia sido en tiempo de los romanos ni de los cartagineses, y era necesario un gran corazón, una privilegiada cabeza y un fuerte brazo para continuar la grande obra tan gloriosamente comenzada en Covadonga.

La desgracia de Favila fué provechosa á España, porque este jóven soberano ninguna cualidad tenia de cuantas eran necesarias para el mando en aquella azarosa y difícil época. Por fortuna de la santa causa de la religion y de la independendencia española, el sucesor de Favila era lo contrario que su cuñado. Cabeza privilegiada para comprender el inmenso partido que podia sacar de la espantosa anarquía en que los invasores estaban sumidos; gran corazón para no volver el rostro ante ningun peligro, y fuertísimo brazo para arrollar cuanto obstáculo se opusiera en su camino.

Pelayo, como ya dijimos, más que á otra cosa se dedicó á consolidar lo que habia adquirido y á formar un sólido cimiento ó base en que fundar la antigua monarquía y la independendencia de España; empero el glorioso pendon de Covadonga por él fué clavado sobre la elevada cima de la montaña con poderosa diestra, formando el firme propósito de hacer pagar con la vida la osadía de querer arrancarle de aquel memorable y sagrado sitio, más clavado quedó. Alfonso I, belicoso por carácter, entusiasta por las glorias de su patria, y sentido y doliente en el corazón y en el alma de los males que á los españoles aquejaban, desenclavó el pendon, ante el cual pereciera humillado el fuerte Alkamah; le desplegó al libre viento, tremolándole con poderoso brazo; llamó á las armas; invocó la sagrada religion y la cara y amada independendencia; hizo levantas de gentes; aumentó sus huestes; dió parte en el mando del ejército á su hermano Fruela, y al pié de la sagrada roca dijo con el inimitable entusiasmo hijo de la fé y de la conviccion lo siguien-

te: «Á las armas os llamo, amados compañeros; el pendon que ha-
 »ce tantos años reposa gloriosamente, vuelve á ostentarse ufano;
 »y al tremolar al viento, os pide firme propósito, resolucion irrevocable, corazon impasible y brazo de hierro. No mireis en mí simplemente un guerrero de flacas fuerzas y de mediano esfuerzo; ved
 »al ejecutor de la última voluntad del gran Pelayo, que cumple un
 »deber desconfiado de lo que puede y vale y de ál, que de hacer lo
 »que posible para él sea: mas que obedece confiado en los invictos
 »soldados que han de auxiliarle en su difícil empresa. Volved la
 »vista, y vuestra acalorada mente os hará ver en el ingreso de esa
 »sagrada cueva la sombra del héroe de Covadonga. ¿No le veis ahí
 »mismo, donde le visteis cuando con su palabra y accion nos animaba
 »y redoblaba nuestra fuerza y valor? Pensad que ahí le veis; no llegueis á olvidar que él nos protege y nos sirve de guia, que desde
 »de la mansion de los bienaventurados en donde hoy mora cuida
 »de sus amadas legiones, y es cerca del Todopoderoso Dios y Señor de los ejércitos nuestro interesado defensor. El irá con nosotros, soldados, aunque no le veamos; él nos servirá de defensa y
 »amparo, y rogará eficazmente para que la santa cruz que triunfó
 »tan brillante en Covadonga no sea humillada ante la media luna,
 »na, símbolo del engaño y de la infamia. El cielo, los montes, las
 »aguas y los elementos todos pelearon entonces por nosotros, y quien
 »los rige nos auxiliará hoy como entonces; ca entonces como hoy somos sus humildes soldados que por la santa fé vamos á
 »pelear. No les esperemos aquí, no, salgamos en su busca; sientan
 »el golpe antes que la amenaza; pisemos la orgullosa media luna
 »del embaucador profeta, y demos asaz á entender que aun existen
 »los godos y que no en balde levantó esta bandera el gran Pelayo.»

El entusiasmo de aquellos valientes fué tan grande, como árdua la empresa. Ordenadas las haces para caminar, despues de hacer una tierna despedida de la cueva sagrada que fué su primer refugio y el memorable teatro de sus primeras glorias, puestos de nuevo en orden y siguiendo á su soberano y caudillo, con denodado corazon, con inexplicable alegría y con ánimo sin par, franquearon las montañas que dividen á Asturias de Galicia.

Dejémosles caminar en busca de sagrados y bélicos laureles, y en tanto tomemos algun reposo antes de comenzar á referir las hazañas y glorias de Alfonso y de su hueste, para que nuestras fuerzas, flacas tambien y cortas, nos permitan continuar desempeñando la árdua tarea que hemos emprendido, y que es tan inmensamente superior á aquellas.

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO PRIMERO.

ÉPOCA PRIMERA.—TIEMPOS PRIMITIVOS.

	Páginas.
Nombres diversos que ha tenido España	9
Primeros dominadores.	10
Venida de Gerion.	11
Idem de Osiris.	12
Idem de Hércules.	12
Idem de los celtas.	13
Idem de los isleños de Rodas.	14
Idem de los fenicios.	14
Desembarco de los cartagineses en las Baleares.	14
Victoria de los naturales de Turdeto (Puerto de Santa María) sobre los fenicios.	16
Mensaje de los fenicios, pidiendo socorro á los cartagineses contra los españoles.	17
Desembarco en Cádiz de la armada cartaginesa, derrotada por los españoles.	17

ÉPOCA SEGUNDA.—ESPAÑA CARTAGINESA.

Muerte de Baucio, príncipe y general de Turdeto.	19
Sitio de Gades (Cádiz) por los cartagineses.	20
Venida de Safon, hijo de Asdrubal.	21
Idem de Amilcar Barca.	23
Fundacion de Barcino (Barcelona).	24
Idem de Acra-Leuka (Peñíscola).	24
Orisson, príncipe español, vence á Amilcar Barca: muerte de este.	24
Asdrubal reemplaza á Amilcar.	25
Fundacion de Nueva-Cartago (Cartagena).	26
Tratado entre Roma y Cartago.	26
Muerte de Asdrubal.	26
Conquistas de Amilcar, sucesor de Asdrubal.	27
Guerra contra Sagunto.	28
Destruccion de Sagunto.	30

Guerra entre Roma y Cartago..	31
Cneo Escipion desembarca en Ampurias.	32
Derrota de Asdrubal cerca del Ebro..	34
Toma de Sagunto..	35
Muerte de Publio Escipion..	36
Muerte de Cneo Escipion..	37
Derrotas de los cartagineses.	38
Venida de Claudio Neron.	39
Idem de Publio Escipion el Joven.	40
Toma de Cartagena por los romanos..	41
Derrota de los cartagineses junto al Guadalquivir..	43
Idem idem cerca de Segovia.	44
Derrota de los cartagineses entre Sevilla y Córdoba.	46
Destruccion de Illiturgo (Cariñena).	47
Heroicidad de Astapa (Estepa)..	48
Abandonan á España los cartagineses: bárbara despedida de Magon.	51
Batalla de Zama.	53

EPOCA TERCERA.—ESPAÑA ROMANA BAJO LOS CONSULES.

Muerte de Indivil.	56
Idem de Sempronio Tuditano.	56
Batalla de Ilerda (Lérida).	59
Sangrienta batalla cerca de Toledo y de Eburá (Talavera)..	61
Derrota de los romanos cerca de Numancia.	65
Venida de Lúculo y Galba.	68
Traicion de los romanos..	68
Sitio de Intercacia.	70
Aparicion de Viriato.	72
Derrota de los romanos por Viriato.	73
Idem idem por idem.	74
Nuevo triunfo de Viriato sobre los auxiliares..	75
Idem idem sobre los romanos.	76
Derrota de los romanos y muerte del pretor Unimano.	76
Idem del pretor Nagidio..	76
Nuevo triunfo de Viriato sobre los romanos.	77
Tercera guerra púnica: completa destruccion de Cartago.	78
Victoria de los romanos.	80
Idem idem.	81
Triunfo de Viriato sobre Serviliano.	81
Asesinato de Viriato por disposicion de los romanos.	83
Comienzo de la guerra de Numancia.	86
Tratado de paz entre Numancia y Roma.	89
Roma falta al tratado y sitia de nuevo á Numancia.	90
Megara derrota á los sitiadores.	90
Derrota de Mancino.	93
Segundo pacto de paz con Numancia.	94
Derrota de Marco Lépido por los palentinos.	94
Escipion el Africano viene á España contra Numancia.	96
Nuevo sitio de Numancia.	98
Rendicion de Lutia.	100

Destruccion de Numancia.	102
Insurreccion de la Celtiberia.	104
Sertorio.	105
Guerra de Sertorio.	107
Venida de Perpenna y de Cneo Pompeyo.	112
Derrota de Pompeyo.	113
Idem de Sertorio.	113
Sitio de Calagurris (Calahorra).	114
Triunfo de Sertorio y de los palentinos.	115
Toma de Valencia por Sertorio.	116
Es puesta á precio la cabeza de Sertorio.	116
Asesinato de Sertorio.	118
Muerte de Perpenna.	119
Asombrosa resolucion de la guardia española de Sertorio.	119
Venida de Cayo Julio César.	120
Asesinato de Cneo Calpurnio Pison.	120
Paso del Rubicon.	126
Tercera venida de Julio César á España.	128
Guerra de César y Pompeyo.	128
César celebra Córtes en Córdoba.	131
Asesinato de Pompeyo.	133
Venida á España de los hijos de Pompeyo.	134
Batalla de Munda.	136
Muerte de Cneo Pompeyo.	138
Asesinato de Julio César.	140
Tabla cronológica de los pretores, procónsules, etc.	140

ÉPOCA CUARTA.

España bajo los emperadores romanos.	143
Octavio Augusto.	143
Era de Augusto.	145
Guerra de los cántabros.	146
Nueva guerra de cántabros y astures.	149
Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.	153

Siglo I.

Muerte de Augusto.	155
Tiberio.	155
Muerte de Lucio Pison.	156
Crucifixion de Jesucristo.	157
Muerte de Tiberio.—Cayo Calígula.	157
Muerte de Calígula.—Cayo Claudio.	158
Muerte de Claudio.—Domicio Neron.	158
Primera persecucion de los cristianos.	159
Muerte de Neron.—Galba.	160
Muerte de Galba.—Othon.	160
Muerte de Othon.—Vitelio.	160
Muerte de Vitelio.—Flavio Vespasiano.	161
Destruccion de Jerusalem y dispersion de los judios.	162

Muerte de Flavio Vespasiano.—Tito Vespasiano.	163
Muerte de Tito.—Domiciano.	164
Segunda persecucion de los cristianos.	164
Muerte de Domiciano.—Cayo Nerva.	165
Muerte de Nerva.—Trajano.	165

Siglo II.

Tercera persecucion de los cristianos.	167
Muerte de Trajano.—Elio Adriano.	169
Adriano reúne Córtes en Tarragona.	170
Publicacion del <i>Edicto perpétuo</i> .	171
Insurreccion de los judíos y su completa destruccion.	172
Mejora la suerte de los cristianos.	172
Muerte de Adriano.—Antonino Pio.	173
Muerte de Antonino Pio.—Marco Aurelio Antonino.	173
Entran en España los africanos de la Mauritania y son rechazados.	174
Progresos del catolicismo.	175
Muerte de Marco Aurelio.—Lucio Aurelio Cómodo.	176
Muerte de Cómodo.—Helvio Pertinaz.	177
Muerte de Pertinaz y de Didio Juliano.—Septimio Severo.	178
Cruel persecucion contra los cristianos.	178

Siglo III.

Muerte de Septimio Severo.—Caracalla.	180
Muerte de Caracalla y de Opilio Macrino.—Heliogábalo.	181
Muerte de Heliogábalo.—Alejandro Severo.	182
Muerte de Septimio Severo.—Maximino.	183
Nueva persecucion á los cristianos.	184
Muerte de Maximino, de Balbino y de Pupieno.—Gordiano.	185
Muerte de Gordiano.—Marco Julio Filipo.	185
Invasion de los godos en el imperio romano.	186
Muerte de Filipo.—Decio.	186
Muerte de Decio.—Treboniano Galo.	187
Muerte de Galo y de Emiliano.—Valeriano.	188
Muerte de Valeriano.—Galieno.	189
Epoca de los treinta tiranos.	189
Muerte de Galieno.	189
Martirio de San Lorenzo, español.	190
Flavio Claudio.	190
Muerte de Flavio Claudio y de Quintiliano.—Domicio Aureliano.	190
Muerte de Aureliano.	191
Interregno de ocho meses.	192
Claudio Tácito y Florianio.	192
Marco Aurelio Probo.	192
Muerte de Probo.—Carino y Numeriano.—Marco Aurelio Caro.	194
Diocleciano.—Maximiano.—Galerio.—Constancio Cloro.	194
Era de los mártires.	194

Siglo IV.	
Martirio de cristianos en España.	196
Respuesta de Apolo de Mileto, consultado por Diocleciano respecto de la persecucion y martirios.	197
Abdicacion de Diocleciano y de Maximiano, quedando Gale- rio y Constancio Cloro.	198
Constancio Cloro, cristiano, da fin á la persecucion y protege á los perseguidos.	199
Muerte de Constancio.—Constantino el Grande.	199
Sublevacion del tirano Majencio.	200
Aparicion de la Santa Cruz á Constantino.	200
Derrota y muerte de Majencio.	201
Muerte de César Licinio.	201
Concilio de Illiberis.	201
Muerte de Constantino.—Constantino, Constancio y Cons- tante.	202
Muerte de Constantino y Constante.	202
Muerte de Constancio.—Juliano el Apóstata.	203
Muerte de Juliano Apóstata.—Flavio Joviano.	204
Muerte de Joviano.—Flavio Valentiniano.	204
Eleccion de San Dámaso, Pontifice español.	205
Muerte de Valentiniano.—Valente.	205
Nueva tentativa de los godos y muerte de Valente.—Gra- ciano.	206
Graciano renuncia la estola pontifical y hace derribar en Roma el gran altar de la Victoria.	206
Graciano en Occidente.—Teodosio en Oriente.	207
Muerte de Graciano.—Teodosio solo en Oriente y en Occi- dente.	207
Muerte de Teodosio.—Arcadio en Oriente.—Honorio en Oc- cidente.	207
Celebracion del primer concilio Toledano.	208

Siglo V.

Traicion de Rufino, Gildo y Estilicon.	209
Invasion en las Galias de los bárbaros del Norte.	210
Alarico invade la Italia.—Sitio de Roma.	211
Toma Alarico la ciudad eterna.	211
Muere Alarico y le reemplaza Ataulfo, su pariente.	212
Entra Ataulfo en España.	212
Tabla de los emperadores romanos.	213

ÉPOCA V.—ESPAÑA GODA.

Muerte de Ataulfo.—Walia.	218
Paz entre Walia y el imperio romano.	219
Muerte de Walia.—Teodoro.	219
El conde Bonifacio llama desde Africa á los vándalos.	220
Muerte del gran San Agustin en Hipona.	220

Batalla de los suevos contra los visigodos, cerca del Genil. . .	221
Se pone en práctica el código Teodosiano. . .	222
Batalla entre Teodoro y Atila. . .	222
Muerte de Teodoro.—Turismundo. . .	223
Derrota de Atila. . .	223
Muerte de Turismundo.—Teodorico. . .	223
Es nombrado Avito emperador de Occidente. . .	224
Muerte de Teodorico.—Eurico. . .	224
Muerte de Eurico. . .	225
Fuero-Juzgo, primer código escrito. . .	225
Proclamacion de Alarico II. . .	225
Guerra entre Clodoveo, rey de los francos, y Alarico II. . .	225

Siglo VI.

Batalla de Vouglé. . .	228
Muerte de Alarico II. . .	228
Recopilase el código Teodosiano. . .	229
Proclamacion del bastardo Gesaleico. . .	229
Es destronado el bastardo.—Amalarico sube al trono. . .	229
Batalla cerca de Barcelona.—Muerte de Amalarico. . .	230
Eleccion de Teudis. . .	230
Sitio de Zaragoza por los francos. . .	231
Es levantado.—Teudiselo, general de Teudis, destroza á gran número de francos en los Pirineos. . .	232
Publicacion en Oriente del <i>Digesto</i> y de las <i>Institutas</i> . . .	232
Los bizantinos toman á Ceuta. . .	232
Belisario, por traicion, sorprende á los godos en Ceuta. . .	232
Muerte de Teudis.—Teudiselo. . .	232
Muerte de Teudiselo.—Agila. . .	233
Sublevacion y sitio de Córdoba. . .	233
Batalla y derrota de Agila por Atanagildo. . .	233
Muerte de Agila.—Sube al trono Atanagildo. . .	234
Muerte de Atanagildo.—Liuva I. . .	234
Leovigildo. . .	235
Se establece la córte en Toledo. . .	235
Principia la persecucion de Hermenegildo por Leovigildo su padre. . .	237
Concilio en Toledo. . .	239
Interviene Recaredo en favor de Hermenegildo.—Este se entrega á su padre. . .	239
Martirio de Hermenegildo. . .	240
Cartas de Leovigildo y Hermenegildo. . .	242
Muerte de Leovigildo.—Recaredo I. . .	244
Suplicio del general Sisberto, verdugo de Hermenegildo. . .	245
Recaredo abraza públicamente la religion católica. . .	246
Rebeliones arrianas. . .	246
Origen de los títulos de duque y de conde. . .	248
Tercer concilio de Toledo. . .	249
Batalla ganada por los hispano-godos sobre los francos, cerca de Carcasona. . .	249
Embajada de Recaredo al Pontifice San Gregorio el Magno. . .	250

Siglo VII.

Muerte de Recaredo.—Liuvia II.	252
Muerte de Liuvia II.—Witerico.	253
Muerte de Witerico.—Gundemaro.	254
Muerte de Gundemaro.—Sisebuto.	256
Victorias sobre diversos montañeses y sobre los greco-bizantinos.	256
Paz entre Sisebuto y Heraclio, emperador de Oriente.	257
Expulsion de los judíos.	258
Muerte de Sisebuto.—Recaredo II.—Suintila.	259
Arroja Suintila de España á los imperiales.	260
Es destronado Suintila por Sisenando.	261
Concilio cuarto de Toledo, presidido por San Isidoro.	261
Muerte de Sisenando.—Chintila.	262
Concilios quinto y sexto de Toledo.	262
Muerte de Chintila.—Tulga.	262
Destitucion de Tulga.—Chindasvinto.	264
Muerte de Chindasvinto.—Recesvinto.	265
Sétimo concilio de Toledo.	266
Sublevacion de Froya.	266
Octavo concilio Toledano.	266
Muerte de Recesvinto.	268
Eleccion de Wamba.	269
Sublevacion de Flavio Paulo y del conde de Nimes.	270
Paulo se hace proclamar rey.	271
Wamba le derrota y prende.	271
Concilio undécimo de Toledo.	272
Invaden los moros de Africa la península, y son rechazados por Wamba.	272
Es destronado el rey.—Ervigio.	273
Concilio duodécimo de Toledo.	274
Abdica Ervigio en Egica y muere.	274
Muerte de Wamba.	274
Conspiracion contra el rey, y reunion á consecuencia de esta de un concilio.	274
Ultimo concilio de Toledo.	275

Siglo VIII.

Muerte de Egica.—Witiza.	277
Excesos del nuevo rey.	278
Concilio tenido por mandato del criminal Witiza.	278
Antecedentes de Pelayo.	279
Desaciertos de Witiza.	280
Es destronado el tirano.—Rodrigo.	281
Circunstancias en que deja á España el malvado Witiza.	282
Pérfidas intrigas de los parientes y amigos de Witiza.	283
Fabuloso suceso.—La Cava.	284
Desembarca Tarif en Tartessio (Tarifa).	286
Idem en Algeciras Tarik-ben-Zeyad.	287
Llega Rodrigo á los campos de Jerez.	291

	Páginas.
Origen y antecedentes de los invasores	291
Comienzo la batalla del Guadalete	293
Traición de los de Witiza	294
Pérdida de España	294
Desaparición de Rodrigo	295
Cronología de los reyes godos	296
Interregno	297
Desembarca Muza en Algeciras	300
Toma de Córdoba por los agarenos	300
Idem de Toledo	301
Continúa la conquista	301
Gloriosa resistencia de Mérida	302
Tratado de paz entre Abdelaziz y Teodomiro	305
Ardid de Teodomiro	306
Se casa Abdelaziz con Egilona, viuda de Rodrigo	309
Conjuración y asesinato de Abdelaziz	310
Reyes de Asturias y de Leon	312
Pelayo toca al arma en Cànica	315
Batalla de Covadonga	317
Triunfo glorioso de Pelayo	319
Toma de Leon por los cristianos	322
Invasión de la Galia gótica por los árabes	323
Batalla de Tours.—Triunfo de Carlos Martel y del duque de Aquitania	325
Ociba marcha desde Aquitania á reprimir á los berberiscos del Magreb	329
Muerte de Pelayo.—Favila	329
Idem de Favila	329
Elección de Alfonso I, el Católico	330
Derrota de los berberiscos de España, por los sirios venidos de Ceuta	331
Los sirios vencedores aprisionan y asesinan á Abdelmelek	332
Muerte de Baleb, jefe de los sirios, á manos del walí de Narbona	332

Considerando esta obra como de estudio y de consulta, presentamos un indice extenso, aunque solo abraza los hechos más notables, á fin de que sin vacilar y sin molestia puedan hallarse los sucesos que se busquen en cada época y en cada reinado.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

RETRATO DE S. M., dando frente al prólogo.

RETRATO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROS DE OLANO, dando frente á la primera página de la obra.

HÉRCULES, en la página 15, dando frente á la 12.

ÚLTIMA NOCHE DE SAGUNTO, en la página 31, dando frente á la 50.

VIRIATO, en la página 75, dando frente á la 72.

NUMANCIA, en la página 91, dando frente á la 90.

JULIO CÉSAR, en la página 120, dando frente á la 121.

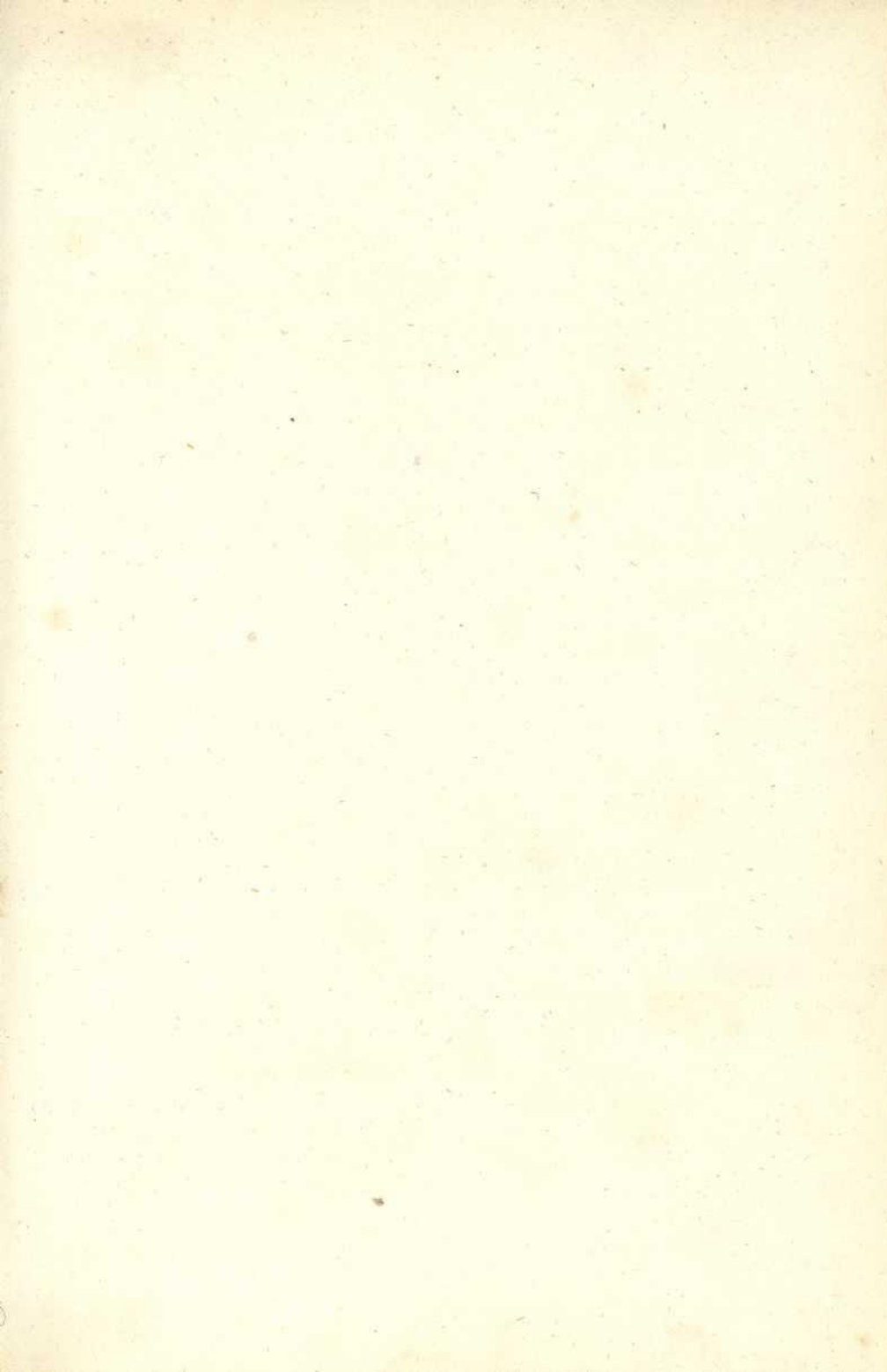
BATAALLA DE MUNDA, en la página 156, dando frente á la 157.

MUERTE DE TEODOREDO, en la página 222, dando frente á la 225.

PELAYO, en la página 315, dando frente á la 314.

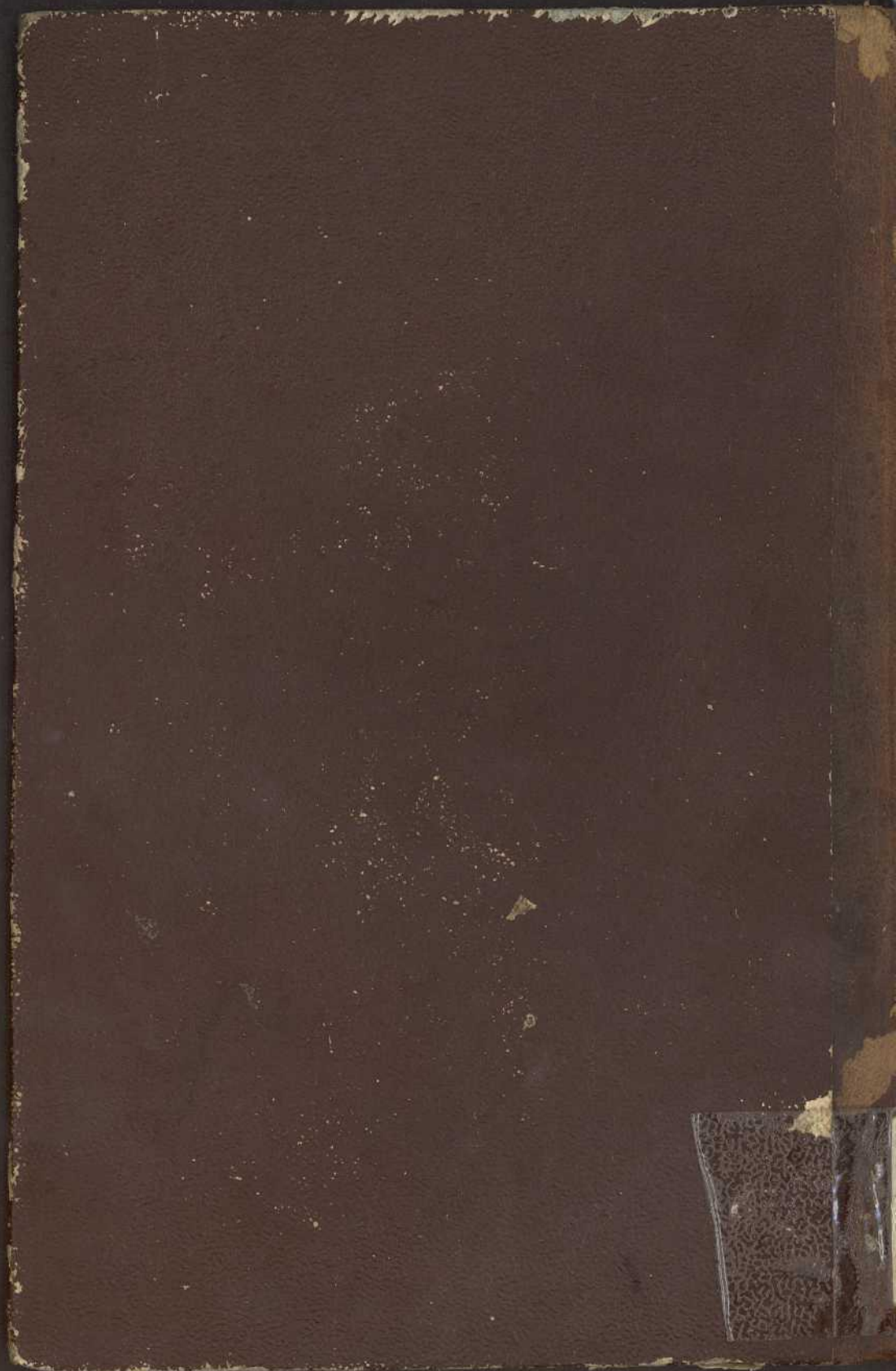
ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
21	4	que desde la isla	que, como dijimos, desde etc.
21	7	266	753
33	20	Asrubal	Asdrubal
45	12	Sangrientas luchas	Sangrientas luchas con los romanos
48	31	Y por esta causa	y que por esta causa
51	7	de su aparicion	de su última aparicion
63	9	que antes fué	y antes fué
91	34	por de más	por demás
164	10	dos meses y medio	dos años y dos meses y medio
188	37	degollar	desollar
206	19	santa sangre	tanta sangre
221	36	vándalos	suevos
244	36	conviccion	conversion
267	37	Chindasvinto	Suintila
273	7	abandouado	abandonado
299	12	privados	privado
304	39	haber haber entrado	haber entrado
307	5	el Ampurdan	por Ampurias
308	31	ambos ambos caudillos	ambos caudillos
321	19	ellos	ellas
323	21	poca	poco











HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA

1

43 25

